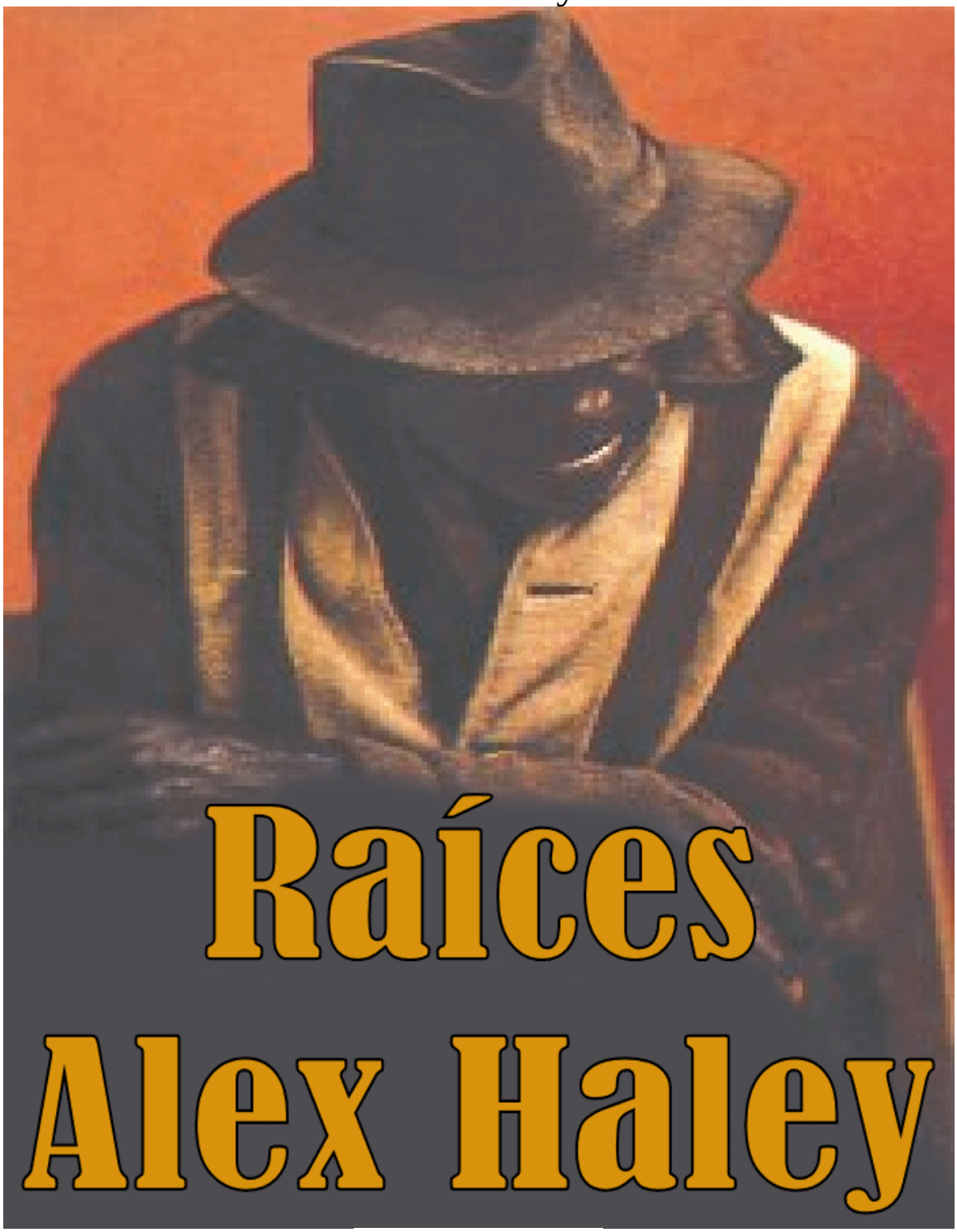
Raíces
Alex Haley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

DEDICATORIA

No fue parte de un plan dedicar doce años a investigar documentos para escribir Raíces.
Es una casualidad que se publique en el año del Bicentenario de los Estados Unidos.
Por eso dedico este libro como regalo de cumpleaños, a mi país, en el cual se desarrolló la mayor parte de Raices.

RECONOCIMIENTOS

Tengo una deuda tan profunda de gratitud con tantas personas que me ayudaron a escribir Raíces, que para enumerarlas a todas se necesitarían muchas páginas. Las siguientes personas son preeminentes:
George Sims, mi amigo de toda la vida, desde nuestra infancia en Henning, estado de Tennessee. es un gran investigador que viajó conmigo muchas veces, compartiendo aventuras físicas y emocionales. Su metódico rastrillaje de cientos de volúmenes y otras clases de documentos, especialmente en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y en los Archivos Nacionales, me proporcionó gran parte de los materiales históricos y culturales que he utilizado para la vida de mis personajes.
Murray Fisher, mi editor durante años en "Playboy", me brindo su experiencia clínica, ayudándome a estructurar este libro entre un laberinto aparentemente intransitable de material de documentación. Primero establecimos la división en capítulos y luego desarrollamos la línea argumental, que luego él revisó. Por último, en la etapa apremiante, cuando había que dar una forma definitiva al libro, él llegó a bosquejar algunas escenas, y fue su brillante pluma la que corrigió y comprimió la gran extensión del libro.
La sección africana de este libro, existe en su forma detallada sólo porque en un momento crucial la señora de Dewitt Wallace y los editores del "Reader's Digest" supieron compartir y apoyar mi anhelo ferviente de explorar la posibilidad de documentar en su origen africano la atesorada historia de mi familia.
Este libro tampoco existiría en su forma definitiva, sin la ayuda de docenas de abnegados bibliotecarios y archivistas de cincuenta y siete depósitos de informaciones en tres continentes. Descubrí que un bibliotecario o archivista se contagia del fervor de investigación de uno, y llega a transformarse en un detective que ayuda en la búsqueda.
Tengo una gran deuda con Paul R. Reynolds, decano de agentes literarios -y el honor de ser uno de sus clientes- y con Lisa Drew y Ken McCormick, editores principales de Doubleday. Todos ellos han compartido y socorrido pacientemente mis frustraciones en todos estos años que me llevó Raíces.
Finalmente, reconozco mí inmensa deuda a los griots de África. Hoy se dice, con exactitud, que cuando muere un gríot es como si se quemara una biblioteca. Los griots simbolizan el hecho de que la herencia humana se remonta a un lugar, y a un tiempo, en que no existía la escritura. Por eso, los recuerdos de los ancianos constituyeron el único vehículo para la trasmisión de las primeras historias de la humanidad... para que todos nosotros sepamos quiénes somos.

CAPITULO 1

A comienzos de la primavera de 1750, en la aldea de Juffure, a cuatro días, río arriba, de la costa de Gambia, África Occidental, nació un varón, hijo de Omoro y Binta Kinte. Hizo fuerza para salir del cuerpo joven y vigoroso de Binta. Era negro como ella, y por su cuerpo resbaladizo le chorreaba la sangre de su madre. Lloraba con todas sus ganas. Las dos arrugadas parteras, la vieja Nyo Boto y Yaisa, abuela de la criatura, se echaron a reír de alegría al ver que era un varón. Según sus antepasados, el primogénito varón presagiaba la bendición especial de Alá, no sólo para sus padres sino también para la familia de los padres. Además, se sabía con orgullo que el nombre Kinte sería perpetuado y distinguido.

Era la hora anterior al primer canto de los gallos, y junto con la charla de Nyo Boto y de Yaisa, el primer sonido que escuchó el niño fue el débil y rítmico bomp bomp bomp que hacían los morteros de madera en los que Ias otras mujeres de la aldea machacaban el cereal para preparar el desayuno tradicional de kouskous, con carne y verduras, que cocinaban en calderos de barro sobre un fuego hecho entre tres piedras.

El tenue humo azul, acre y agradable, ondeaba sobre la pequeña aldea polvorienta de chozas redondas de barro mientras Kajali Demba, el alimano de la aldea, empezaba a llamar a los hombres para la primera de las cinco plegarias diarias que se ofrecían a Alá desde tiempo inmemorial. Los hombres saltaron de sus camas de caña de bambú y cueros curtidos, se pusieron sus túnicas de algodón basto, y se alinearon rápidamente en el lugar dedicado a las plegarias, donde el alimano dirigía la oración: -Allahú Akbar! Ashadu an lailahai-lala!-, (Dios es grande. Atestiguo que hay un solo Dios). Fue después de la plegaria, cuando los hombres regresaban a sus chozas para desayunar, que Omoro corrió, excitado y sonriente, para darles la noticia del nacimiento de su primogénito. Todos los hombres, al felicitarlo, repitieron las profecías de buena fortuna.

De regreso en la choza, los hombres recibieron una calabaza llena de cereal cocinado de manos de sus esposas. Luego las mujeres regresaron a la cocina, en la parte posterior de la choza, para alimentar a sus hijos, y por último desayunaron ellas. Al terminar de comer, los hombres recogieron las pequeñas azadas, de mango curvo, cuyas hojas de madera habían sido envainadas de metal por el herrero de la aldea, y partieron a su trabajo, que consistía en preparar la tierra para sembrar maní, kouskous y algodón, cultivos primarios de los hombres (el arroz era el de las mujeres) en ese cálido y exuberante terreno de sabanas en Gambia.

Según la costumbre ancestral, durante los siete días siguientes, Omoro debía dedicarse seriamente a una sola tarea: la selección de un nombre para su hijo. Tendría que ser un nombre rico en historia y en promesas, pues la gente de su tribu -los mandingas- creía que un niño llegaría a tener siete de las características de la persona o cosa cuyo nombre tomaba.

Durante esta semana de meditación, en nombre suyo y de Binta, Omoro visitó todos los hogares de Juffure para invitar a las familias a la ceremonia en que se le pondría el nombre a su hijo y que tradicionalmente debía tener lugar en su octavo día de vida. Ese día, igual que su padre y su abuelo, el nuevo hijo se convertiría en miembro de la tribu.

Cuando llegó el octavo día, los habitantes de la aldea se reunieron a la mañana temprano frente a la choza de Omoro y Binta. Las mujeres de ambas familias, llevaban sobre la cabeza, recipientes hechos de calabazas ahuecadas llenos de leche agria y tortas dulces de arroz machacado y miel. Karamo Silla, el jaliba de la aldea, estaba presente con sus tambores tan-tang. También estaban presentes el alimano, y Brima Cesay, el arafang, que algún día sería el maestro del niño, y los dos hermanos de Omoro, Janneh y Saloum, que habían venido desde lejos para presenciar la ceremonia, al enterarse del nacimiento de su

sobrino por los mensajes trasmitidos por tambor. Binta sostenía orgullosamente en sus brazos al infante mientras le afeitaban un poco del pelo nuevo. Todas las mujeres exclamaron al ver qué bien formado era el bebé, pero pronto se callaron al oír que el jaliba empezaba a tocar los tambores. El alimano rezó una oración bendiciendo las calabazas llenas de leche agria y tortas munko, y mientras rezaba, los invitados tocaban el borde de la calabaza con la mano derecha en señal de respeto por la comida. Luego el alimano se volvió para orar por el infante, rogándole a Alá" que le concediera larga vida, éxito para su familia, su tribu y su aldea, a quienes les debía traer buen nombre, orgullo y muchos hijos, y finalmeme fortaleza y espíritu para merecer honor y honrar el nombre que estaba a punto de recibir.

Omoro caminó luego frente a la gente reunida de la aldea. Colocándose junto a su mujer levantó el niño y, mientras todos observaban, susurró tres veces el nombre que había elegido para su hijo en el oído de éste. Era la primera vez que se pronunciaba el nombre del niño, porque la gente de Omoro creía que el primero en enterarse de su nombre debía ser el destinatario del mismo.

El tambor tan-tang volvió a oírse, y esta vez Omoro susurró el nombre en el oído de Binta, que sonrió con orgullo y con placer. Luego Omoro le susurró el nombre al arafang, que estaba parado frente a los habitantes de la aldea.

- ¡El primer hijo de Omoro y Binta Kinte se llama Kunta! -gritó Brima Cesay.

Como todos sabían, era el nombre del medio del difunto abuelo del niño, Kairaba Kunta Kinte, que había llegado a Gambia desde su Mauritania natal. Había salvado a la gente de Juffure de morirse de hambre, se había casado con la abuela Yaisa, y posteriormente servido honorablemente a Juffure, hasta su muerte, como hombre sagrado de la aldea.

Uno por uno, el arafang recitó los nombres de los antepasados mauritanos del viejo Kairaba Kinte. Los nombres, que eran muchos, y grandes, se remontaban a más de doscientas lluvias. Luego el jaliba hizo sonar su tan-tang y toda la gente manifestó su admiracion y respeto por linaje tan distinguido.

Esa octava noche, bajo la luna y las estrellas, solo con su lujo, Omoro completó el ritual del nombramiento. Llevando al pequeño Kunta entre sus fuertes brazos, caminó hasta el borde de la aldea, levantó al bebé con la cara vuelta hacia el cielo y dijo en voz baja: -Fend kiling dorong leh warrata ka iteh tee. (Observa lo único que es más grande que tú).

CAPITULO 2

Era la estación de la siembra, y pronto llegarían las lluvias. En todo el terreno arable los hombres de Juffure habían apilado montones de hierba seca a los que luego les prendieron fuego para que la brisa, al desparramar las cenizas, enriqueciera el suelo. En los arrozales las mujeres ya habían empezado a plantar los verdes tallos en el barro.

Mientras Binta se recuperaba del parto, la abuela Yaisa se había encargado de cuidarle la porción del arrozal que le correspondía, pero ahora Binta ya estaba lista para recomenzar las tareas. Llevando a Kunta en un arnés de algodón sobre la espalda, Binta fue caminando con las otras mujeres hasta las piraguas que estaban en las márgenes del bolong, el riacho de la aldea, uno de los muchos canales tributarios del río Gambia, conocido como Kamby Bolongo. Algunas de las mujeres, entre ellas su amiga Jankay Touray, llevaban también a sus recién nacidos y balanceaban bultos sobre la cabeza. Cada piragua llevaba a cinco o seis mujeres que empuñaban con fuerza los remos cortos y anchos. Empezaron ahora a deslizarse por el bolong. Cada vez que Binta se inclinaba para hundir el remo, sentía la mullida tibieza de Kunta en la espalda.

El aire olía a la fragancia fuerte y almizclera de los mangles que se confundía con los perfumes de las otras plantas y árboles que crecían en profusión a ambos lados del bolong. Numerosas familias de mandriles se despertaron de su sueño, alarmadas por las canoas, y empezaron a bramar, saltando de aquí para allá mientras sacudían las frondas de palmeras. Los cerdos salvajes gruñían y resoplaban, corriendo a esconderse entre las hierbas y los arbustos. Miles de pelícanos, cigüeñas, airones, garzas, espátulas y otras aves zancudas que cubrían las márgenes fangosas, interrumpieron el desayuno para observar nerviosamente el paso de las piraguas. Algunas de las aves más pequeñas -palomas torcazas, rascones, alciones- levantaron vuelo, trazando círculos mientras proferían gritos agudos hasta que terminaron de pasar los intrusos.

A medida que las piraguas avanzaban como flechas por el agua, cardúmenes de peces pequeños saltaban, todos a la vez, ejecutaban una danza de plata, y volvían a hundirse con un salpicón. Persiguiendo a las mojarritas con tanta voracidad que a veces saltaban adentro de las canoas, iban peces grandes y feroces que las mujeres mataban con los remos y guardaban para una suculenta cena. Pero esa mañana las mojarritas nadaban alrededor de las piraguas sin que nada las perturbara.

El serpenteante bolong llevó a las mujeres, después de un codo, a un afluente más ancho, y al ser avistadas, el aletear de miles de pájaros marinos llenó el cielo con todos los colores del arcoiris. Mientras las mujeres seguían remando, la superficie del agua, oscurecida por las aves que trazaban surcos sobre ellas con las batientes alas. se llenó de plumas.

Mientras se aproximaban a los golfos pantanosos en los que generaciones de mujeres de Juffure habían cultivado cosechas de arroz, las canoas atravesaron nubes de mosquitos y luego una tras otra entraron con cuidado en zonas señaladas por plantas enmarañadas. Las plantas limitaban e identificaban la parcela que correspondía a cada mujer. En ellas ya se veían los brotes verde esmeralda de arroz que se levantaban hasta un palmo de altura por encima de la superficie del agua.

Como el tamaño de cada parcela era decidido anualmente por el Consejo de Ancianos de Juffure, de acuerdo con la cantidad de bocas que cada mujer tenía que alimentar, la parcela de Binta era aún pequeña. Bajó con mucho cuidado de la canoa con su bebé, balanceándose, y después de dar unos pasos se detuvo, mirando con sorpresa y deleite una diminuta choza de bambú, con techo de paja tejida, que se levantaba del agua sobre soportes. Mientras ella tenía los dolores del parto, Omoro había ido a su parcela y la había construido como refugio para su hijo. Como era típico de los hombres, no le había dicho nada a ella. Binta dio de mamar al niño, lo acomodó en el refugio, se cambió de ropa, poniéndose la de trabajo, que había llevado en el atado sobre la cabeza y se metió en el agua para empezar a trabajar. Inclinándose sobre el agua, casi doblada en dos, empezo a arrancar las malezas que de lo contrario secarian el arroz. Cada vez que Kunta lloraba, Binta se dirigía a él, chorreando agua. y volvia a amamantarlo a la sombra de la choza.

El pequeño Kunta gozaba día a día de la ternura de su madre. De regreso en la choza, todas las noches, después de cocinar y darle de comer a Omoro, Binta suavizaba la piel del bebé untándola de la cabeza a los pies con manteca de shea, y luego, con mucha frecuencia, solía llevarlo orgullosamente a través de la aldea hasta la choza de la abuela Yaisa, que mimaba y besaba al niño. Ambas hacían gritar de irritación al pequeño Kunta con las repetidas presiones que ejercían sobre su cabecita, la nariz, orejas y labios, para que tomaran la forma correcta.

Algunas veces Omoro le quitaba el bebé a las mujeres y llevaba al fardito de ropa a su propia choza (los maridos residían aparte de sus esposas) donde permitía que el niño explorara con la vista y con los dedos los atractivos objetos colocados en la cabecera de la cama de Omoro, y que tenían por fin alejar a los malos espíritus. Todas las cosas coloridas intrigaban al pequeño Kunta, especialmente la bolsa de cazador de su padre, hecha de

plumas, ahora casi enteramente cubierta por caparazones de moluscos, que representaban los animales que Omoro había llevado personalmente para que se alimentaran los habitantes de la aldea. A Kunta también le encantaba el arco largo y combado, y el carcaj con flechas que colgaba cerca. Omoro sonreía cada vez que la diminuta manita se extendía para acariciar la lanza oscura y delgada cuyo mango estaba lustroso de tanto uso. Dejaba que Kunta tocara todo excepto la estera de plegarias, que era sagrada para su dueño. Cuando estaban solos en la choza, Omoro le hablaba a Kunta de las acciones valerosas que llevaría a cabo cuando creciera.
Por último devolvía a su hijo a la choza de Binta para que le diera de comer. Kunta se sentía feliz casi todo el tiempo, estuviera donde estuviese, y siempre se quedaba dormido cuando Binta lo mecía sobre la falda o lo acostaba sobre la cama de ella y le cantaba una canción de cuna, como:

Hijo mío, sonriente,
Que llevas el nombre de un noble antepasado.
Gran cazador o guerrero
Serás algún día,
Lo que llenará de orgullo a tu papá.
Pero yo siempre te recordaré así.

Aunque Binta amaba mucho a su bebé y a su esposo, sentía una gran ansiedad porque, según una costumbre muy antigua, los maridos musulmanes, a menudo elegían otra mujer y se casaban con ella mientras la primera mujer amamantaba a su hijo. Hasta ese momento Omoro no se había vuelto a casar, y como Binta no quería que sintiera la tentación de hacerlo, no veía las horas de que Kunta empezara a caminar, porque en ese momento dejaría de amamantarlo.
Así que Binta se apresuró a ayudarlo cuando Kunta, a las trece lunas, empezó a dar los primeros pasos vacilantes. Al poco tiempo empezó a hacer pininos sin que lo ayudara nadie. Binta se sintió aliviada, y Omoro orgulloso, cuando Kunta, al llorar por la comida, recibió, en lugar del pecho, un buen chirlo y una calabaza llena de leche de vaca.

CAPITULO 3

Habían pasado tres lluvias, y estaban en la estación de carestía, cuando la provisión de cereales provenientes de la última cosecha estaba a punto de acabarse. Los hombres habían salido a cazar, pero habían regresado con unos pocos antílopes pequeños, gacelas y aves, porque en esa estación de sol abrasador, el agua de los pozos de la sabana se había secado y los animales más grandes se habían desplazado al bosque espeso, justo en el momento en que los habitantes de Juffure necesitaban todas sus fuerzas para sembrar para la próxima cosecha. Ya las mujeres estaban haciendo estirar las comidas principales, a base de kouskous y arroz, reemplazándolos con las desabridas semillas de caña de bambú y las desagradables hojas secas de baobab. Los días de hambre habían empezado tan pronto, que cinco chivos y dos novillos -más que la última vez- fueron sacrificados para reforzar las plegarias a Alá para que librara a la aldea del hambre.
Por fin los cielos calurosos se nublaron, las suaves brisas se convirtieron en fuertes vientos y, tan abruptamente como siempre, empezaron las finas lluvias. Caían, calidas y apacibles, mientras los agricultores azadonaban la tierra blanda formando surcos largos y rectos,

abiertos para las semillas. Sabían que había que apurarse a plantar antes de que llegaran las fuertes lluvias.
Todas esas mañanas, después del desayuno, en lugar de dirigirse en las piraguas a los arrozales, las esposas de los agricultores se ponían los trajes tradicionales de fertilidad, hechos de grandes hojas frescas que simbolizaban el verdor del crecimiento, y acompañaban a los hombres a la siembra. Se escuchaban sus voces que subían y bajaban aun antes de que aparecieran, pues entonaban oraciones ancestrales, para que las semillas de kouskous y de maní que llevaban en las calabazas que balanceaban sobre la cabeza, prendieran y crecieran.
Moviendo los pies descalzos al compás, las mujeres caminaban en fila y cantaban tres veces en cada campo. Después se separaban, y cada mujer se colocaba detrás de un agricultor. Cuando él hacía un agujero en la tierra con el dedo gordo del pie, ella echaba una semilla en el agujero, lo cubría con la ayuda de su dedo gordo, y seguía adelante. Las mujeres trabajaban más duro que los hombres, porque no sólo tenían que ayudar a sus maridos sino también ocuparse de sus arrozales y las huertas de verduras que cultivaban cerca de la cocina.
Mientras Binta plantaba cebollas, batatas, calabazas, mandiocas y tomates amargos, el pequeño Kunta pasaba el día retozando bajo la mirada vigilante de varias viejas abuelas que cuidaban a todos los niños de Juffure pertenecientes al primer kafo, es decir, todos los menores de cinco años. Niños y niñas jugaban y corrían desnudos como animalitos; algunos empezaban a decir sus primeras palabras. Todos, como Kunta, crecían con rapidez, reían y chillaban persiguiéndose alrededor del tronco gigantesco del baobab de la aldea, jugando a las escondidas y espantando a perros y pollos, que se convertían en bultos de pelos y plumas.
Pero todos los niños -inclusive los más pequeños, como Kunta- corrían rápidamente y se quedaban quietos cuando alguna de las abuelas les prometía contarles un cuento. Aunque Kunta aún no entendía muchas palabras, observaba con los ojos bien abiertos mientras las viejas ayudaban los cuentos con gestos y ruidos, haciéndolos parecer más reales.
Aunque pequeño, Kunta ya estaba familiarizado con algunos de los cuentos que le había contado su abuela Yaisa cuando él la iba a visitar a su choza. Pero, igual que sus compañeros de juego del primer kafo, creía que la que mejor contaba los cuentos era la querida, misteriosa y extraña Nyo Boto. Esta vieja era calva, llena de arrugas, y tan negra como el fondo de una olla. Le quedaban pocos dientes, teñidos de anaranjado por la inmensa cantidad de hojas de cola que había masticado. Entre ellos siempre le asomaba algún tallo, que parecía la antena de un insecto. La vieja Nyo Boto se acomodaba quejosamente sobre su banco bajo. Aunque era áspera, los niños sabían que los quería como si fueran hijos suyos, cosa que ella aseguraba.
Rodeada por todos, la vieja decía, refunfuñando: -Les voy a contar un cuento...
- ¡Sí, por favor! -decían en coro los niños, retorciéndose de gusto por anticipado.
Comenzaba de la manera en que comenzaban todos los narradores mandingas: -En cierto tiempo, en cierta aldea, vivía una cierta persona. Era un niñito -decía ella- de unas tres lluvias, que iba caminando por la margen del río y encontró un cocodrilo preso en una trampera.
- ¡Ayúdame! -le gritó el cocodrilo.
-¡Me matarás! -gritó el niño.
- ¡No! ¡Acércate! -dijo el cocodrilo.
Así que el niño fue adonde estaba el cocodrilo, y en ese mismo momento fue apresado por los dientes de su enorme boca.
-¿Es así como pagas mi bondad, con tu maldad? -exclamó el niño.

-Por supuesto -dijo el cocodrilo por un costado de la boca-. Así sucede siempre en el mundo.
El niño no quiso creerlo, así que el cocodrilo decidió no tragárselo hasta que no oyera la opinión de las tres primeras personas que acertaran a pasar. El primero fue un viejo burro.
Cuando el niño le pidió su opinión, el burro dijo: -Ahora que estoy viejo y que ya no puedo trabajar, mi amo me ha echado, para que me coman los leopardos.
-¿Ves? -le dijo el cocodrilo al niño. El próximo en pasar fue un caballo viejo, que expresó la misma opinión.
-¿Ves? -dijo el cocodrilo. Luego vino un conejo regordete que dijo: -Bueno, no puedo dar una buena opinión sin ver cómo sucedió esto desde el comienzo.
Gruñendo, el cocodrilo abrió la boca para contárselo, y el niño saltó y se puso a salvo.
-¿Te gusta la carne de cocodrilo? -le preguntó el conejo. El niño dijo que sí-. ¿Y a tus padres? -volvió a decir que sí-. Tienes aqui entonces a un cocodrilo, listo para la olla.
El niño huyó y regresó con los hombres de la aldea, que lo ayudaron á matar al cocodrilo. Pero trajeron con ellos a un perro, que persiguió al conejo y también lo mató.
-Así que el cocodrilo tenía razón -dijo Nyo Boto-, Así sucede siempre en el mundo: la bondad a menudo se paga con maldad. Eso es lo que les he contado en este cuento.
- ¡Bendita seas, y que tengas fuerza y prosperidad! -dijeron los niños, agradecidos.
Después las otras abuelas distribuían entre los niños, langostas y otros insectos recién tostados. En otra ocasión hubieran sido un sabroso bocadito pero ahora, en vísperas de las grandes lluvias y en medio del hambre reinante, los insectos tostados debían hacer las veces de comida del mediodía, pues en los depósitos de la mayoria de las casas sólo quedaban unos pocos puñados de kouskous y arroz.

CAPITULO 4

Ahora casi todas las mañanas caían chaparrones, y entre un chaparrón y otro Kunta y sus compañeros de juego, corrían excitadamente afuera de las chozas. -¡Mío! ¡Mío! -gritaban al ver el bonito arco iris arqueándose sobre la tierra, que nunca parecía estar demasiado lejos. Pero las lluvias traían también nubes de insectos voladores cuyas picaduras pronto hacían que los niños volvieran a entrar en las chozas.
Luego, de repente, una noche, tarde, empezaron las grandes lluvias, y los habitantes de las aldeas se acurrucaron en las frías chozas escuchando cómo golpeaba la lluvia sobre los techos de paja, observando los relámpagos y consolando a sus hijos cuando el trueno aterrorizante retumbaba en la noche. Entre los chaparrones sólo se oía el ladrido de los chacales, el aullido de las hienas y el croar de las ranas.
A la noche siguiente volvieron las lluvias, y luego a la siguiente, y a la otra, siempre de noche, inundando los bajíos cerca del río, convirtiendo los sembrados en pantanos y la aldea en un pozo de barro. Pero todas las mañanas, después del desayuno, todos los agricultores avanzaban con dificultad en medio del lodo para dirigirse a la pequeña mezquita de Juffure e implorarle a Alá que les enviara más lluvias aún, pues la vida misma dependía del agua, de que empapara la tierra profunda antes de la llegada de los soles tórridos, que secarían las plantas cuyas raíces no hallasen agua suficiente para sobrevivir.
En la humeda choza destinada a los niños, apenas iluminada y pobremente calentada por los palos secos y las tortas de bosta que ardían en el hogar poco profundo sobre el piso de tierra, la vieja Nyo Boto contaba a Kunta y a los otros niños acerca de la época terrible en la que llovió poco. No importaba que una situación fuera mala, pues Nyo Boto siempre recordaba un tiempo en que las cosas habían sido peores aún. Les contó que después de

dos días de fuertes lluvias habían llegado los soles abrasadores. Aunque la gente había rezado con fervor a Alá, bailado la ancestral danza de la lluvia, y sacrificado dos cabritos y un novillo por día, todo lo que empezaba a crecer se marchitó y murió. Hasta los charcos y aguaderos del bosque se secaron, dijo Nyo Boto, y primero las aves salvajes, y luego los animales de la selva, enfermos por la falta de agua, empezaron a acudir al pozo de agua de la aldea. Todas las noches, en el cielo transparente como cristal, brillaban miles de estrellas refulgentes, y soplaba un viento frío. Muchos se enfermaron. Era evidente que andaban espíritus malignos por Juffure.

Los que podían seguían con sus plegarias y sus danzas rituales, hasta que por fin se sacrificó el último chivo y el último novillo. Era como si Alá le hubiera vuelto la espalda a Juffure. Algunos empezaron a morir: los viejos, los débiles y los enfermos. Otros se fueron de la aldea, en busca de alguna otra donde rogarían a quienes tuvieran comida que los aceptaran como esclavos, sólo por un poco de alimento, y los que permanecieron perdieron el espíritu y se encerraron en sus chozas. Fue entonces, siguió diciendo Nyo Boto, que Alá guió los pasos del morabito Kairaba Kunta Kinte a la hambrienta aldea de Juffure. Al ver la situación apremiante de la gente, se arrodilló y le rezó a Alá -sin dormir casi, y tomando unos sorbos de agua por alimento- durante cinco días. A la noche del quinto día cayó una gran lluvia, como un diluvio, que salvó a Juffure.

Cuando hubo terminado la historia, los otros niños miraron a Kunta con nuevo respeto, pues llevaba el nombre de ese abuelo distinguido y esposo de la abuela Yaisa. Kunta ya había visto cómo se comportaban con Yaisa los padres de los otros niños, y se había dado cuenta de que era una mujer importante, como seguramente también lo era la vieja Nyo Boto.

Las grandes lluvias siguieron cayendo sobre la aldea todas las noches. Pronto Kunta y los otros niños empezaron a ver a los adultos vadeando en el fango que les llegaba hasta los tobillos e incluso hasta las rodillas en partes; algunos usaban canoas para ir de un lugar u otro. Kunta le había oído decir a su padre, hablando con Binta, que los arrozales estaban inundados, bajo las altas aguas del bolong. Los padres de los niños veían cómo sus padres, con hambre y con frío, sacrificaban a Alá preciosos chivos y novillos casi todos los dias, remendaban las goteras de los techos, apuntalaban las chozas que empezaban a hundirse, y rogaban que el escaso acopio de cereal les durara hasta la cosecha.

Pero Kunta y los otros, que eran niños pequeños, prestaban menos atención al dolor que sentían, por el hambre, que a sus juegos en el barro, donde luchaban y se resbalaban sobre el traste desnudo. sin embargo, como deseaban volver a ver el sol, agitaban las manos ante el cielo color pizarra exclamando, imitando a sus padres: -¡Brilla, sol, y mataré un chivo por ti!

La vivificante lluvia había transformado a todo lo que crecía en algo fresco y lozano. Por todos lados los pájaros cantaban. Los árboles y las plantas parecían reventar de fragantes capullos. El barro rojizo y pegajoso se cubría todas las mañanas con los pétalos de colores brillantes y las hojas verdes que habían caído por la lluvia de la noche anterior. Pero en medio de la exuberancia de la naturaleza, la enfermedad se extendía entre los habitantes de Juffure, pues los cultivos no estaban aún listos para comer. Tanto los adultos como los niños observaban con mirada hambrienta los miles de hinchados mangos y otros frutos que colgaban pesadamente de los árboles, pero estaban verdes y duros como piedras, y los que les hincaban el diente se enfermaban y vomitaban.

- ¡Nada más que piel y hueso! -exclamaba la abuela Yaisa, haciendo un ruido chasqueante con la lengua, cada vez que veía a Kunta. Pero en realidad la abuela estaba tan flaca como él, pues todas las despensas de Juffure estaban casi vacías. Los pocos animales de la aldea (vacas, chivos o gallinas) que no habían sido comidos o sacrificados debían mantenerse vivos -y ser alimentados- si se quería que al año siguiente hubiera chivitos, terneros y

pollitos. Así que la gente empezó a comer roedores, raíces y hojas procurados en la aldea o en los alrededores después de búsquedas que empezaban al salir el sol y terminaban cuando éste se ponía.
Si los hombres hubieran ido a los bosques a cazar animales grandes, como lo hacían con frecuencia en otras épocas del año, no habrían tenido la fuerza necesaria para arrastrar la presa hasta la aldea. Tabúes tribales prohibían que se comieran los abundantes monos y mandriles; tampoco se tocaban los huevos de gallina, que yacían desparramados por todas partes, ni los millones de grandes sapos que los mandingas consideraban ponzoñosos. Y como devotos musulmanes que eran, hubieran preferido morir de hambre antes de probar la carne de los cerdos salvajes, que a veces llegaban en manadas hasta la aldea misma.
Desde hacía siglos, familias enteras de cigüeñas anidaban en las ramas superiores de los árboles bombáceos de la aldea, y cuando los polluelos salían del cascarón, los padres iban y venían trayendo peces que acababan de sacar del bolong, para alimentar a su cría. Esperando el momento propicio, las abuelas y los niños corrían bajo los árboles, dando alaridos y arrojando palitos y piedras al nido. Entonces muchas veces, por el ruido y la confusión, el pico abierto de un polluelo dejaba de recibir un pez, que no caía en el nido y se precipitaba al suelo entre el espeso follaje del árbol. Los niños luchaban por la recompensa, y alguna familia tendría una fiesta para la cena de esa noche. Si alguna de las piedras acertaba a darle a algún pichón de cigüeña, bobo y lleno de canutos, éste se venía abajo desde el alto nido junto con el pez, matándose o lastimándose al caer, y entonces esa noche varias familias tomarían sopa de cigüeña. Pero esas comidas no eran usuales.
A la noche las familias volvían a reunirse en la choza, y cada uno traía lo que hubiera encontrado -incluso un topo o un puñado de lombrices, si habían tenido suerte- para echar en la olla de la sopa, llena de pimienta y otras especias para mejorarle el sabor. Pero no hacía más que llenarles el estómago, sin alimentarlos. Y así fue que los habitantes de Juffure empezaron a morirse.

CAPITULO 5

Con mayor frecuencia se oía ahora el agudo aullido de una mujer, que atravesaba la aldea. Los afortunados eran los bebés, o los que empezaban a dar sus primeros pasos, porque no entendían lo que pasaba, pues hasta Kunta se daba cuenta de que el aullido se debía al hecho de que acababa de morir un ser querido. Por lo general, a la tarde se veía cómo llevaban sobre un cuero de vaca, muy tieso, a algún agricultor enfermo, que había estado cortando malezas en el sembrado.
La enfermedad había empezado a hinchar las piernas de algunos adultos. Otros tenían fiebre, sudaban copiosamente y tenían escalofríos. A los niños se les hinchaban algunas partes de los brazos o las piernas, con mucho dolor; luego las partes hinchadas se reventaban, y por ellas salía un líquido rosado que pronto se transformaba en pus maloliente, amarillento, que atraía las zumbantes moscas.
Un día, mientras trataba de correr, el dolor de la llaga abierta que tenía Kunta en la pierna lo hizo caer. Se dio un golpe fuerte y empezó a gritar, atontado. Lo auxiliaron sus compañeros de juego. Se había lastimado la frente y le salía sangre. Como Binta y Omoro estaban en el sembrado, lejos, lo llevaron a la choza de la abuela Yaisa, que hacía varios días que no iba a ver a los niños.
Tenía un aspecto muy débil, su rostro negro estaba enjuto, y sudaba bajo el cuero de novillo, sobre el jergón de bambú. Pero al ver a Kunta, la abuela se incorporó de un salto y empezó a lavarle la frente ensangrentada. Abrazándolo estrechamente, ordenó a los otros

niños que corrieran a buscar algunas hormigas kelelalu. Cuando regresaron, la abuela Yaisa juntó con fuerza los bordes de la herida, y colocó varias hormigas contra la misma. Cuando las hormigas, furiosas, clavaban sus fuertes pinzas a cada lado de la herida, ella diestramente les sacaba el cuerpo, dejando sólo la cabeza, hasta coser la herida.

Después de despedir a los demás niños, Yaisa dijo a Kunta que se acostara y descansara junto a ella en la cama. Él obedeció, y durante un largo rato, en que ella permaneció callada, el niño la oyó respirar con dificultad. Luego la abuela hizo con gran trabajo un gesto con la mano para indicarle una pila de libros sobre un estante encima de la cama. Con voz muy baja y dulce le contó más acerca de su abuelo, el dueño de esos libros.

En su país natal, Mauritania, Kairaba Kunta Kinte contaba treinta y cinco lluvias de edad, cuando su maestro y profesor, un morabito, le dio la bendición que lo convirtió en hombre santo. El abuelo de Kunta seguía la tradición de hombres santos en su familia que se remontaba, muchas lluvias atrás, hasta el viejo Malí. Siendo un hombre en su cuarto kafo, le rogó al viejo morabito que lo aceptara como discípulo, y durante las quince lluvias siguientes viajó con su grupo de esposas, esclavos, discípulos, ganado y chivos en un peregrinaje que lo llevó de aldea en aldea para servir a Alá y a sus subditos. La abuela dijo que habían viajado hacía el Sur, desde Mauritania, por senderos polvorientos y arroyos fangosos, bajo soles abrasadores y frías lluvias, atravesando verdes valles y desiertos azotados por los vientos.

Al ordenarse como hombre sagrado, Kairaba Kunta Kinte había recorrido solo, durante muchas lunas, varios lugares de la vieja Mali, como Keyla, Djeela, Kangaba y Timbuktu, prosternándose humildemente ante grandes hombres sagrados, implorando su bendición para su empresa, que todos le concedieron. Y entonces Alá guió los pasos del hombre sagrado en dirección Sur, finalmente hasta Gambia, donde primero se detuvo en la aldea de Pakali N'Ding.

Al poco tiempo los habitantes de la aldea se dieron cuenta, por los resultados inmediatos de sus plegarias, de que este joven sagrado contaba con el favor especial de Alá. Los tambores trasmitieron la noticia, y pronto otras aldeas intentaron atraerlo, enviando mensajeros con ofertas de vírgenes que querían casarse con él, esclavos, ganado y chivos. Y no pasó mucho tiempo antes que se fuera, esta vez a la aldea de Jiffarong, pero sólo porque Alá lo llamaba, ya que sus habitantes no tenían otra cosa que ofrecer, excepto agradecerles sus plegarias. Fue allí que oyó hablar de la aldea de Juffure, cuyos habitantes estaban enfermos y se morían porque no llegaban las grandes lluvias. Por eso finalmente llegó a Juffure, dijo la abuela Yaisa, y durante cinco días rezó sin cesar, hasta que Alá envió la gran lluvia que salvó a la aldea.

Al enterarse de su gran hazaña el rey de Barra, que gobernaba esa parte de Gambia, le obsequió personalmente una virgen elegida como esposa del hombre sagrado, llamada Sireng. Con Sireng, Kairaba Kunta Kinte engendró dos hijos, y los llamó Janneh y Saloum.

La abuela Yaisa se había incorporado sobre el jergón de bambú. Fue entonces -dijo con los ojos brillantes- que vio a Yaisa, que bailaba el serouba. Yo tenía entonces quince lluvias. -Sonrió ampliamente, enseñando las encías desdentadas-. ¡No necesitaba que ningún rey le eligiera la próxima mujer! -Miró a Kunta-. De mi vientre engendró a tu papá, Omoro.

Esa noche, de regreso en la choza de su madre, Kunta permaneció despierto durante un largo rato, pensando en las cosas que le había contado la abuela Yaisa. Muchas veces Kunta había oído historias de su abuelo, cuyas plegarias habían salvado a la aldea, y a quien después Alá se lo había llevado. Pero hasta ese momento Kunta nunca había entendido realmente que ese hombre era el padre de su padre, que Omoro lo había conocido como él conocía a Omoro, que la abuela Yaisa era la madre de Omoro, como Binta era la suya. Algún día, él también encontraría a una mujer como Binta, para engendrar su propio hijo. Y su hijo, a la vez...

Dándose vuelta y cerrando los ojos, Kunta siguió pensando así hasta quedarse lentamente dormido.

CAPITULO 6

Los días siguientes, justo antes de la puesta del sol, después de regresar del arrozal, Binta enviaba a Kunta al pozo de agua de la aldea a traer una calabaza de agua fresca, que usaba para hacer la sopa con los mendrugos que tenía. Luego ella y Kunta llevaban un poco de sopa a la abuela Yaisa. A Kunta le parecía que Binta caminaba con más lentitud que la habitual, y vio que tenía el vientre grande y pesado.

Mientras la abuela Yaisa protestaba débilmente, diciendo que pronto se volvería a sentir bien, Binta limpiaba la choza y arreglaba las cosas. Dejaban a la abuela sentada en la cama, tomando un plato de sopa con un poco del pan, que hacía Binta en la estación de escasez con el polvo amarillo que cubría las vainas negras y secas del algarrobo.

Una noche Kunta se despertó. Su padre lo sacudía con fuerza, Binta gritaba y se quejaba débilmente en la cama, y dentro de la choza, moviéndose de aquí para allá, estaban Nyo Boto y la amiga de Binta, Jankay Touray. Omoro atravesó la aldea rápidamente con Kunta que, preguntándose de qué se trataba todo eso, pronto se quedó dormido en la cama de su padre.

A la mañana siguiente Omoro volvió a despertar a Kunta y le dijo: -Tienes un hermano-. Mientras se ponía de rodillas, medio dormido, y se restregaba los ojos, Kunta pensó que debía de tratarse de algo muy especial para que su severo padre se mostrara tan satisfecho.

Esa tarde Kunta estaba con sus compañeros de kafo, buscando algo de comer, cuando lo llamó Nyo Boto y lo llevó a ver a Binta. Parecía muy cansada, y estaba sentada al borde de la cama, acariciando al bebé que tenía sobre la falda. Kunta permaneció un momento, estudiando esa cosita negra y arrugada; luego vio que las dos mujeres le sonreían, y se dio cuenta de que Binta ya no tenía el vientre hinchado. Kunta salió sin decir palabra, y se quedó afuera un rato largo; en vez de volver a reunirse con sus amigos, fue a sentarse, solo, junto a la choza de su padre, a pensar en lo que había visto.

Kunta siguió durmiendo en la choza de Omoro las siete noches siguientes, aunque nadie parecía darse cuenta de ello, ni les importaba tampoco, pues sólo se preocupaban por el nuevo bebé. Empezaba a pensar que su mamá ya no lo quería -ni tampoco su padre- hasta que, la octava noche, Omoro lo hizo ir a la choza de su madre, y allí, junto con todos los habitantes de Juffure capacitados físicamente, oyó el nuevo nombre del bebé: Lamin.

Esa noche Kunta durmió pacíficamente, de nuevo en su propia cama, junto a su madre y a su nuevo hermano. Pero a los pocos días, no bien tuvo fuerzas, Binta empezó a llevar al bebé, después de preparar el magro desayuno para Omoro y Kunta, a la choza de la abuela Yaisa, donde pasaba la mayor parte del día. Por las palabras de preocupación de Binta y Omoro, Kunta se enteró que la abuela Yaisa estaba muy enferma.

Una tarde, unos días después, fue a cortar mangos, que acababan de madurar, con sus compañeros de kafo. Rompían la dura cascara amarillo anaranjada contra la roca más cercana, y de un mordisco abrían un extremo para poder sorber la dulce y tierna pulpa interior. Estaban recogiendo canastas enteras de frutos y nueces salvajes cuando Kunta de repente oyó el aullido de una voz familiar en la dirección de la choza de su abuela. Sintió que lo recorría un escalofrío, porque era la voz de su madre y el aullido era el de la muerte, que tantas veces había oído esas últimas semanas. Otras mujeres inmediatamente se unieron y los aullidos agudos atravesaron la aldea entera. Kunta corrió ciegamente hacia la choza de su abuela.

En medio de la confusión reinante, Kunta vio a Omoro, angustiado, y a la vieja Nyo Boto llorando amargamente. A los pocos momentos se oyó que tocaban con fuerza el tambor tóbalo y el jaliba empezó a proclamar a toda voz las buenas acciones que había hecho la abuela Yaisa en su larga vida en Juffure. Anonadado, Kunta se puso a mirar sin expresión cómo las jóvenes solteras de la aldea levantaban el polvo del suelo con amplios abanicos de pasto trenzado, como se acostumbraba en ocasión de alguna muerte. Nadie parecía percatarse de la presencia de Kunta.

Cuando Binta y Nyo Boto, acompañadas de otras dos mujeres que gritaban, entraron en la choza, la multitud agrupada afuera se puso de rodillas e inclinó la cabeza. Kunta se puso a llorar de repente, tanto de miedo como de pena. Pronto llegaron los hombres con un gran tronco, recientemente cortado, y lo depositaron frente a la choza. Kunta observó cómo las mujeres sacaban el cuerpo de la abuela, envuelta desde el cuello a los pies en una tela blanca de algodón, y lo extendían sobre la superficie plana del tronco.

A través de las lágrimas Kunta vio que los dolientes caminaron trazando un círculo siete veces alrededor del cuerpo, rezando y cantando mientras el alimano decía, gimiendo, que iba a pasar la eternidad con Alá y con sus ancestros. Para darle fortaleza para el viaje, los hombres solteros depositaron con ternura cuernos de vaca llenos de cenizas frescas alrededor del cuerpo.

Después que desfilaron los dolientes, Nyo Boto y otras mujeres se apostaron cerca, apiñándose, llorando y apretándose la cabeza con las manos. Luego mujeres jóvenes trajeron las hojas de ciboa más grandes que pudieron hallar para proteger la cabeza de las mujeres durante la vigilia. Mientras éstas montaban guardia, los tambores de la aldea hablaron de la abuela Yaisa hasta la noche.

A la mañana siguiente, que amaneció brumosa, siguiendo la costumbre de sus antepasados, sólo los hombres de Juffure -los que podían caminar- se unieron a la procesión hasta el cementerio, que no quedaba lejos de la aldea. De otra manera, nadie iba a ese lugar, pues los mandingas sentían un temeroso respeto por los espíritus de sus antepasados. Detrás de los hombres que trasportaban a la abuela Yaisa sobre el tronco, iba Omoro, llevando al infante Lamin en brazos y a Kunta de la mano. Kunta estaba demasiado asustado para llorar. Detrás de ellos iban los otros hombres de la aldea. El tieso cuerpo, con su mortaja blanca, fue bajado al pozo recién cavado, y encima le pusieron una gruesa estera de junco. Luego lo cubrieron de arbustos espinosos, para que no se acercaran las hienas, y encima de todo pusieron piedras apiñadas y un montículo de tierra.

Durante los días siguientes Kunta apenas si comió o durmió, y no jugó con sus compañeros de kafo. Sentía tanto dolor que una tarde Omoro lo llevó a su choza y allí, junto a la cama, le habló a su hijo con una dulzura y suavidad que nunca había empleado antes, y le dijo algo que lo ayudó a aliviar su dolor.

Le dijo que en las aldeas vivían tres clases de personas. Primero estaban los que se veían, caminando, comiendo, durmiendo y trabajando. Luego estaban los ancestros, a los que la abuela Yaisa se acababa de unir.

-Y los terceros, ¿quiénes son? -preguntó Kunta.

-Los terceros -dijo Omoro-, son los que esperan nacer.

CAPITULO 7

Las lluvias habían terminado, y entre el brillante cielo azul y la tierra húmeda, el aire estaba pesado de fragancias a flores y frutos salvajes. Las mañanas resonaban con el ruido de los morteros en los que las mujeres molían mijo, kouskous y maní, no de la cosecha

principal sino de las semillas tempranas que sobrevivían de la cosecha anterior. Los hombres andaban cazando, y todos los días traían hermosos antílopes; después de distribuir la carne, limpiaban y curaban los cueros. Las mujeres también recogían las maduras frutitas rojas del mangkano, sacudiendo los arbustos, debajo de los cuales colocaban telas extendidas. Luego secaban las frutas al sol antes de molerlas para separar la exquisita harina de futo de las semillas. No se desperdiciaba nada. Las semillas se ponían a remojar y a hervir luego con mijo molido, y después con eso, se preparaba un plato dulce para desayuno que a Kunta y a todos los demás les gustaba pues era un cambio del típico cereal de kouskous que comían el resto del año.

A medida que la comida era cada vez más abundante, día a día Juffure cobraba nueva vida, cuyas manifestaciones podían verse y oírse. Los hombres empezaban a caminar con más agilidad rumbo a los sembrados y de regreso a la aldea, y en el campo inspeccionaban con orgullo la abundante cosecha que pronto estaría lista para recoger. Ahora que bajaban las aguas del río, las mujeres iban remando al golfo para arrancar las últimas malezas de entre las altas hileras de arroz.

Y la aldea volvía a resonar con el griterío y las risas de los chicos, que habían reanudado sus juegos después de la larga estación del hambre. Ahora las barrigas estaban llenas de comida que nutría, las pústulas se habían cicatrizado, las costras se desprendían, y los niños corrían y saltaban como poseídos. Un día capturaban escarabajos, los alineaban para una carrera, y gritaban al ver cuál era el primero en salir de un círculo trazado en la tierra con un palito. Otro día Kunta y su mejor amigo, Sitafa Silla, que vivía en la choza contigua a la de Binta, se entretenían en los montículos sacando las termitas ciegas, sin alas, que vivían allí, observando cómo trataban de escabullirse frenéticamente.

Otras veces los niños obligaban a salir de su escondite a los pequeños topos y luego los perseguían entre las matas. Nada les gustaba más que proferir gritos y tirarles piedras a familias enteras de monos pequeños y marrones, de cola larga, algunos de los cuales les devolvían las piedras antes de saltar de rama en rama para reunirse con sus chillones hermanos en la copa de los árboles. Y todos los días los niños luchaban, tirándose y rodando por la tierra, gruñendo y saltando para volver a empezar de nuevo. Todos soñaban con convertirse algún día en campeones de lucha a fin de ser elegidos para representar a Juffure en los torneos que tenían lugar en las fiestas de la cosecha, donde se luchaba con los campeones de las aldeas vecinas.

Los adultos que pasaban por el lugar, simulaban solemnemente no ver ni oír cómo Sitafa, Kunta y los demás niños del kafo rugían como leones, gritaban como elefantes o gruñían como cerdos salvajes, ni cómo las niñas jugaban a la esposa y a la mamá, cocinando, cuidando las muñecas o moliendo cereal. Pero no importaba cuan entusiasmados estuvieran en sus juegos, nunca dejaban de demostrar respeto por los adultos, como se lo enseñaban sus madres. Mirando cortésmente a los adultos, los niños preguntaban: ¿Kerabe? (¿Tienes paz?), y los adultos respondían: -Kera Dorong-. (Sólo paz). Si un adulto extendía la mano, los niños por turno debían tomarla con ambas manos y luego cruzar las palmas sobre el pecho hasta que el adulto se fuera.

La crianza de Kunta había sido tan estricta que a él le parecía que hiciera lo que hiciese, Binta chasqueaba los dedos de irritación, si es que no le daba una paliza. Cuando comía, Binta le daba un coscorrón si él sacaba los ojos de la comida. Y si no se lavaba bien, sacando todo rastro de suciedad al entrar en la choza después de jugar, Binta tomaba la esponja de tallos secos, que raspaba la piel, y su pastilla de jabón casero y lo restregaba tan concienzudamente que Kunta creía que se iba a quedar sin piel.

Si miraba con fijeza a su padre, a su madre o a cualquier persona adulta le daban una bofetada, lo mismo que si interrumpía la conversación de una persona mayor. Nunca se le

ocurriría decir otra cosa que no fuera la verdad. Como no había ninguna razón para mentir, no lo hacía nunca.
Pero casi todas las noches a Kunta le daban una paliza porque le hacía algo malo a su hermanito; generalmente lo asustaba con sus gruñidos feroces, caminaba en cuatro patas como si fuera un mandril, ponía los ojos en blanco y golpeaba el suelo con los puños, como si fueran zarpas. -¡Voy a buscar al toubob! -le gritaba Binta cuando se le agotaba la paciencia, y eso asustaba terriblemente a Kunta, pues a menudo las abuelas hablaban de los extraños hombres blancos, peludos y de cara colorada, que robaban a la gente de su casa y los metían en sus canoas.

CAPITULO 8

Aunque Kunta y sus compañeros terminaban cansados y hambrientos a la puesta del sol, seguían persiguiéndose y se subían a los árboles para señalar la bola de fuego que se hundía en el ocaso. - ¡Sería aún más bello mañana! -exclamaban. Hasta los adultos de Juffure se apresuraban a terminar la comida para poder reunirse afuera, en el crepúsculo, y gritaban, aplaudían y tocaban el tambor a la salida del cuarto creciente, que simbolizaba a Alá.
Pero cuando las nubes ocultaban la luna nueva, como sucedía esa noche, los habitantes de la aldea se dispersaban, alarmados, y los hombres entraban en la mezquita para pedir perdón, porque una luna nueva amortajada por las nubes significaba que los espíritus celestiales estaban enojados con la gente de Juffure. Después de rezar, los hombres llevaban a las atemorizadas familias al baobab, donde el jaliba ya estaba sentado junto a un pequeño fuego, tocando furiosamente el tambor trasmisor de mensajes.
Kunta se restregó los ojos, que le escocían por el humo, acordándose de las innumerables oportunidades en que los tambores de varias aldeas, que trasmitían mensajes de noche, no lo habían dejado dormir tranquilo. Se despertaba y se ponía a escuchar. Los sonidos y los ritmos eran tan parecidos a los del lenguaje, que por último llegaba a entender algunas palabras, que hablaban de plagas o de hambre, o de la invasión e incendio de alguna aldea, cuyos habitantes eran asesinados o robados.
Colgada de una rama del baobab, junto al jaliba, había una piel de cabra escrita con los signos del idioma, hechos por el arafang en árabe. A la luz vacilante del fuego, Kunta observaba cómo el jaliba tomaba los torcidos palillos, llenos de nudos, y con gran rapidez golpeaba regiones distintas del tambor. Era un mensaje urgente al mago más cercano para que se apresurara a ir a Juffure a ahuyentar los malos espíritus.
Sin atreverse a mirar la luna, la gente se apresuró a ir a su casa y acostarse, temerosa. Pero esa noche, a intervalos, tambores distantes hicieron eco del pedido de Juffure y se requirió la presencia de un mago en otras aldeas. Temblando bajo el cuero de vaca, Kunta adivinó que para ellos la luna nueva también había sido cubierta por las nubes.
Al día siguiente, los hombres de la edad de Omoro tuvieron que ayudar a los más jóvenes de la aldea a proteger los sembrados, ya casi maduros, contra la invasión anual de mandriles y pájaros hambrientos. Los niños del segundo kafo fueron informados que debían tener especial cuidado al llevar a pastorear las cabras, y las madres y las abuelas no se alejaron de los bebés y los niños más pequeños. A los niños del primer kafo, de la edad de Kunta y Sitafa, les dieron instrucciones de jugar junto a la alta cerca de la aldea, desde donde podían observar si se aproximaba algún extraño al árbol de los viajeros, no muy lejos de allí. Así lo hicieron, pero nadie llegó ese día.

Apareció a la segunda mañana: un hombre muy viejo, que caminaba con la ayuda de un bastón de madera y que llevaba un gran fardo sobre la cabeza calva. Al verlo, los niños atravesaron la puerta de la aldea, gritando. La vieja Nyo Boto dio un salto y empezó a hacer sonar su gran tambor tóbalo, que atrajo a los hombres de los sembrados. Ya estaban en la aldea antes que el mago llegara a la puerta y entrara en Juffure.
Mientras los habitantes de la aldea lo rodeaban, el viejo se dirigió al baobab y con gran cuidado depositó en el suelo el fardo que llevaba en la cabeza. De pronto se puso en cuclillas y sacudió el contenido de una bolsa de cuero de cabra; eran objetos secos: una culebra, una mandíbula de hiena, un diente de mono, un ala de pelícano, varias patas de ave y extrañas raíces. Mirando a su alrededor, hizo un gesto con impaciencia para que la multitud silenciosa le hiciera más lugar. Los habitantes de la aldea empezaron a retroceder al ver que empezaba a temblar: era evidente que estaba siendo atacado por los espíritus malignos de Juffure.
El cuerpo del mago se retorcía, el rostro se contorsionaba, los ojos se le salían de las órbitas y sus temblorosas manos luchaban para que su varita entrará en contacto con la pila de objetos misteriosos. Cuando, haciendo un esfuerzo supremo, la punta de la varita tocó finalmente los objetos, el hombre cayó de espaldas y se quedó inmóvil, como si hubiera sido fulminado por un rayo. La gente jadeó. Pero luego el hombre empezó a revivir. Los malos espíritus habían sido ahuyentados. Mientras trataba de ponerse de pie con gran dificultad, los adultos de Juffure -exhaustos pero aliviados- corrieron a sus chozas y regresaron en seguida cargados de regalos para el viejo. El mago los agregó a los que guardaba en el fardo, que provenían de otras aldeas, y pronto siguió camino para satisfacer el siguiente pedido. Alá había decidido, misericordiosamente, salvar otra vez a Juffure.

CAPITULO 9

Habían pasado doce lunas, y al terminar nuevamente las grandes lluvias empezó la estación de los viajeros. Por la red de senderos que conectaban las aldeas, venían visitantes en cantidad suficiente para tener ocupados a Kunta y a sus compañeros, ya que pasaban por Juffure o se detenían en la aldea. Cuando aparecía un extraño los niños alertaban a los habitantes de la aldea, y luego se adelantaban a su paso mientras este se aproximaba al árbol de los viajeros. Valientemente caminaban a su lado, conversaban, inquisidores, y sus sagaces ojos trataban de encontrar algo que revelara la misión o la profesión del visitante. Si descubrían algo, abandonaban al visitante abruptamente y corrían a la aldea para informar a los adultos de la choza de hospitalidad correspondiente a ese día. De acuerdo con una tradición antigua, todos los días elegían a una familia diferente para que ofreciera alimentos y diera albergue, sin costo, a los visitantes, por todo el tiempo que desearan quedarse antes de seguir viaje. Al serles confiada la responsabilidad de servir como vigías de la aldea, Kunta, Sitafa y sus compañeros de kafo empezaron a sentirse y a actuar como si tuvieran más lluvias de las que realmente tenían. Después del desayuno se reunían junto al patio del arafang y se arrodillaban a escuchar cómo él enseñaba a los muchachos mayores -los del segundo kafo, mayores que Kunta, de cinco a nueve lluvias- a leer los versos del Corán y a escribir, con plumas de ganso mojadas en la tinta negra de jugo de naranjas amargas, mezclado con el hollín del fondo de las cacerolas.
Cuando los escolares terminaban las lecciones y corrían -sacudiendo la cola de sus dundikos de algodón- a reunir las cabras de la aldea y llevarlas a pastorear a los matorrales, Kunta y sus compañeros se comportaban como si no les importara, pero la verdad era que envidiaban las camisas largas de los muchachos mayores, lo mismo que sus importantes

tareas. Aunque no decían nada, Kunta no era el único que pensaba que era demasiado crecido para que lo trataran como a un niño y lo obligaran a andar desnudo. Evitaban acercarse a los bebés de pecho, como Lamín, y a los niños más pequeños los trataban como si no valiera la pena fijarse en ellos, excepto para darles un golpe cuando no había un adulto cerca. Empezaron a rehuir las atenciones de las viejas abuelas que hacía tanto que los cuidaban, y a estar siempre cerca de las personas mayores, de la edad de sus padres, esperando que les dieran algo que hacer, o los enviaran con algún recado.

Una noche, después de la cena, justo antes de la cosecha, Omoro le dijo a Kunta de manera casual que quería que se levantara temprano al día siguiente para ayudar a cuidar los sembrados. Kunta estaba tan excitado que apenas si pudo dormir. Después de tragar el desayuno a la mañana siguiente, casi estalló de alegría cuando Omoro le dijo que le llevara la azada para dirigirse a los sembrados. Kunta y sus compañeros corrían por entre los surcos, gritando y espantando con palos a los cerdos salvajes y a los mandriles que se acercaban gruñendo para arrancar maníes. Con terrones de tierra y la ayuda de gritos, ahuyentaban las bandadas de mirlos que revoloteaban sobre el kouskous; habían oído muchos cuentos de las abuelas referentes a sembrados enteros que habían sido devastados por pájaros hambrientos. Recogían lo que cortaban sus padres y les llevaban calabazas llenas de agua fresca, y así trabajaban el día entero con una celeridad que sólo su orgullo igualaba.

Seis días después, Alá decretó que debía comenzar la cosecha. Después de la plegaria del amanecer, los agricultores y sus hijos -algunos elegidos para llevar pequeños tambores tan-tang y souraba- fueron al campo y esperaron con la cabeza ladeada, escuchando. Por fin sonó el gran tambor tóbalo de la aldea y entonces pusieron manos a la obra. A medida que el jaliba y los otros tambores caminaban entre ellos, tocando un ritmo para acompañar sus movimientos, los agricultores empezaron a cantar. De vez en cuando como señal de regocijo, algún agricultor tiraba al aire su hoz a un golpe de tambor y la retomaba al siguiente.

El kafo de Kunta sudaba junto a sus padres, sacudiendo el polvo y la tierra de las plantas de maní. A media mañana tuvieron el primer descanso y luego, al mediodía, los hombres saludaron con gritos de felicidad y alivio al ver que las mujeres y las niñas llegaban con la comida. Venían en fila india, entonando canciones alusivas a la cosecha, con los recipientes sobre la cabeza. Sirvieron el contenido en calabazas y dieron de comer a los que tocaban el tambor y a los cosechadores, que después de ingerir se echaron a dormir una siesta hasta que volvió a sonar el tóbalo.

Al final de ese primer día, montones de cereales recogidos punteaban los campos. Sudando y todos embarrados, los agricultores se dirigieron pesadamente hasta el riacho más cercano, se desnudaron y se metieron al agua, riendo y salpicándose para refrescarse y lavarse. Luego fueron a sus casas, matando las moscas que zumbaban alrededor de sus cuerpos brillosos, picándolos. Mientras se acercaban al humo que salía de las cocinas les llegaba el atormentante aroma de la carne asada que se servía tres veces por día mientras durara la cosecha.

Esa noche, después de atiborrarse de comida, Kunta notó -como hacía varias noches- que su madre cosía algo. No le dijo nada, ni tampoco le preguntó Kunta de qué se trataba. Pero a la mañana siguiente, cuando alzaba la azada para salir de la choza, ella lo miró y le dijo con aspereza: -¿Por qué no te pones la ropa?

Kunta dio un respingo, y se volvió. Colgando de una percha había un dundiko recién hecho. Luchando para disimular su excitación, se lo puso como si tal cosa y salió dando grandes pasos. Una vez afuera se echó a correr. Otros de los compañeros de kafo ya estaban afuera, todos, como él, vestidos por primera vez... Todos saltaban, gritaban y reían

porque por fin cubrían su desnudez. Ahora oficialmente pertenecían al segundo kafo. Se estaban convirtiendo en hombres.

CAPITULO 10

Para cuando regresó a la choza de su madre esa noche, Kunta se aseguró de que todos en Juffure hubieran visto su dundiko. Aunque no había dejado de trabajar en todo el día, no estaba cansado, y sabía que no iba a lograr dormirse a su hora acostumbrada. A lo mejor ahora, que era adulto, Binta le permitía quedarse hasta más tarde. Pero, como siempre, al rato de dormirse Lamin, lo envió a la cama, recordándole que colgara el dundiko.

Mientras se volvía para obedecer, demostrando mal humor, Binta lo llamó, Kunta pensó que era para reprenderlo por su mal humor, o tal vez porque se había arrepentido, cambiando de opinión. -Tu padre quiere verte a la mañana -dijo ella de manera casual. Kunta sabía muy bien que no debía preguntar para qué, así que sólo dijo: -Sí mamá -y le deseó las buenas noches. La suerte, que no estaba cansado, porque de todos modos ahora sí que no hubiera podido dormir. Se quedó acostado, bajo el cuero de vaca, pensando qué había hecho de malo, como pasaba tantas veces. Aunque se estrujó el cerebro, no se le ocurrió nada, especialmente nada tan malo que Binta no pudiera haber arreglado con un castigo, ya que el padre sólo se ocupaba cuando las cosas eran realmente serias. Finalmente se dio por vencido y se quedó dormido.

Durante el desayuno, a la mañana siguiente, Kunta estaba tan sumiso que casi había olvidado la alegría del dundiko, hasta que Lamin, desnudo, lo rozó. Kunta levantó la mano para darle un empujón, pero Binta lo previno con una mirada severa. Después de terminar de comer, Kunta se quedó un rato, esperando que Binta dijera algo más, pero cuando vio que se comportaba como si no le hubiera dicho nada, abandonó la choza sin ganas y con paso lento se dirigió a la de su padre. Se quedó parado frente a ella, con las manos cruzadas.

Cuando salió Omoro y le entregó una nueva honda, Kunta suspendió el aliento. Se quedó mirando la honda, luego miró a su padre, sin saber qué decir. -Esto es tuyo, ahora que eres del segundo kafo. Asegúrate de no apuntar a lo que no debas, y que cuando apuntes, no erres.

Kunta sólo dijo: -Sí, papá -pues tenía la lengua demasiado pesada para decir algo más.

-Además, ahora que eres del segundo kafo -siguió diciendo Omoro- empezarás a cuidar las cabras e irás a la escuela. Hoy irás a reunir las cabras con Toumani Touray. Él y los otros muchachos mayores te enseñarán. Escúchalos bien. Y mañana a la mañana irás a la escuela-. Omoro volvió a entrar en su choza, y Kunta corrió a los corrales, donde encontró a su amigo Sitafa y al resto de su kafo, todos vestidos con sus nuevos dundikos, con sus hondas nuevas. Los tíos o los hermanos mayores habían hecho las hondas para los muchachos cuyos padres habían muerto.

Los muchachos mayores abrieron las puertas de los corrales y las cabras salieron balando, apuradas por llegar a los pastos. Al ver a Toumani, hijo de los mejores amigos de Omoro y Binta, Kunta intentó acercársele, pero Toumani y sus amigos estaban ocupados haciendo que las cabras se llevaran por delante a los muchachos más pequeños, quienes trataban de escapar. Pero pronto los muchachos mayores, divertidos, y los perros wuolos, arreaban al ganado por los caminos polvorientos, mientras los integrantes del kafo de Kunta los seguían con inseguridad, aferrados a sus hondas e intentando limpiar la suciedad de sus dundikos.

Kunta estaba familiarizado con el ganado cabrío, pero nunca se había dado cuenta de la rapidez con que corrían esos animales. Excepto algunas veces, en que había salido a caminar con su padre, nunca había llegado tan lejos de la aldea como ahora con las cabras, que los llevaban a una zona de pastoreo, de matorrales y pasto, con el bosque a un lado y los campos de los sembrados al otro. Los muchachos mayores, con indiferencia, pusieron la manada a pastorear; a cada uno le correspondía una cantidad de cabras, y una parte del campo. Los perros wuolos iban de aquí para allá o se echaban junto a las cabras.

Por fin Toumani decidió percatarse de la presencia de Kunta, que no se le despegaba, pero actuó como si el muchacho más pequeño fuera una especie de insecto. -¿Conoces el valor de una cabra?.-le preguntó, y antes de que Kunta pudiera reconocer que no estaba seguro, le dijo-: Bueno, si pierdes una, tu padre te lo hará saber. -Toumani empezó una conferencia llena de advertencias acerca del cuidado de las cabras. Lo más importante era que si algún muchacho, por haraganería o falta de atención, dejaba que una cabra se apartara de la manada, podían suceder cosas horribles. Señalando el bosque, Toumani dijo que allí vivían leones y panteras, que muchas veces se arrastraban sobre la panza por el pasto, y que de un solo zarpazo despedazaban una cabra. -Pero si hay algún muchacho cerca -dijo Toumani- ¡él es mucho más sabroso que una cabra!

Viendo con satisfacción que a Kunta se le salían los ojos de las órbitas, Toumani prosiguió: Un peligro peor que los leones y las panteras eran los toubobs y sus cómplices negros, los slatees, que se arrastraban por entre el pasto para robar a la gente y llevarla a lugares lejanos, donde los comían. En las cinco lluvias que había pasado cuidando el ganado, le dijo que se habían llevado a cinco muchachos de Juffure, y a muchos más de aldeas vecinas. Kunta no conocía a ninguno de los muchachos que habían sido robados, pero se acordaba que se había asustado tanto al oír hablar de eso que durante varios días no se alejó de la choza de su madre.

-Pero no estás seguro ni siquiera dentro de los límites de la aldea -dijo Toumani, como leyendo sus pensamientos. Le dijo que él conocía a un hombre de Juffure que se había quedado sin nada cuando los leones mataron todas sus cabras, y que había sido sorprendido con dinero de los toubobs al poco tiempo de la desaparición de dos muchachos del tercer kafo, que habían sido robados de sus propias chozas una noche. El hombre dijo que había encontrado el dinero en el bosque, pero el día antes que lo juzgara el Consejo de Ancianos, él mismo desapareció. -Tú eras demasiado joven para acordarte de esto -dijo Toumani-. Pero esas cosas siguen ocurriendo. Así que nunca te alejes de alguien en quien confíes. Y cuando estés aquí con tus cabras, no permitas que se vayan a los matorrales espesos, donde tengas que ir a buscarlas, o tu familia no volverá a verte.

Al mediodía, cuando Toumani y Kunta compartieron el almuerzo que les había preparado para ellos la madre de aquél, todos los integrantes del segundo kafo sentían por las cabras más respeto que el que habían sentido en toda su vida. Después de comer, algunos muchachos del kafo de Toumani se echaron a descansar bajo los árboles matando pájaros con las hondas de sus discípulos. Mientras Kunta y sus compañeros se esforzaban cuidando las cabras, los muchachos mayores les gritaban que tuvieran cuidado, los insultaban y se morían de risa al ver que los muchachos más jóvenes gritaban y corrían frenéticamente hacia la primera cabra que levantaba la cabeza para mirar a su alrededor. Cuando Kunta no corría tras las cabras, no apartaba los ojos del bosque por si había algo agazapado, listo para devorarlo.

A media tarde, cuando las cabras ya estaban repletas de pasto, Toumani llamó a Kunta y le dijo con severidad: -¿Pretendes que yo te junte la leña? -Fue entonces que Kunta se acordó de las veces que había visto a los pastores regresar a la tarde cargados de leños para los fuegos de la aldea. Sin apartar demasiado los ojos de las cabras y del bosque, Kunta y sus compañeros buscaron pequeños leños y ramas caídas que estuvieran lo suficientemente

secos para arder bien. Kunta los amontonó en un haz que le pareció iba a poder llevar, pero Toumani se burló y le agregó unos leños más. Luego Kunta ató alrededor de la leña una liana verde, delgada, dudando que pudiera llevarla sobre la cabeza, toda esa distancia hasta la aldea.

Bajo la mirada vigilante de los muchachos mayores, él y sus compañeros se las arreglaron de alguna manera para izar la carga y empezaron a seguir como podían a los perros wuolos y a las cabras, que conocían el sendero de regreso mejor que los nuevos pastores. En medio de las risas despreciativas de los mayores, Kunta y los otros tenían que cuidar continuamente que no se les cayera la carga. Nunca la aldea le pareció más hermosa a Kunta que al avistarla esa tarde, pues tenía los huesos molidos. Cuando traspusieron la puerta de la misma los muchachos mayores hicieron un escándalo ruidoso, gritándoles advertencias e instrucciones y saltando de aquí para allá para demostrarle a los adultos que cumplían con su deber y que enseñar a esos jóvenes torpes había sido una experiencia extenuante. La carga de Kunta logró llegar al patio de Brima Casey, el arafang, que desde la mañana siguiente tendría a su cargo la educación de Kunta y su nuevo kafo.

En seguida, después del desayuno, los nuevos pastores se agolparon nerviosos, en el patio de la escuela. Cada uno llevaba, con orgullo, una pizarra de madera de álamo, una pluma de ganso y un recipiente de caña de bambú con hollín para mezclar con agua y hacer tinta. El arafang los trató como si fueran aún más estúpidos que sus cabras, y les ordenó que se sentaran. No bien terminó de hablar, les empezó a pegar con su flexible vara, pues no habían obedecido su orden con la rapidez necesaria. Mirándolos con el ceño fruncido, les advirtió que mientras acudieran a sus clases, el primero que hablara sin que él se lo pidiera recibiría más azotes (blandió la vara amenazadoramente) y sería enviado a su casa. Lo mismo le pasaría a cualquiera que llegara tarde a clase, que tendría lugar inmediatamente después del desayuno. Habría una segunda clase después que regresaran con las cabras.

-Ya no son niños, ahora tienen responsabilidades -dijo el arafang-. Cuídense bien de cumplirlas. -Una vez establecidas las reglas de disciplina, les anunció que esa tarde leerían ciertos versos del Corán, que deberían memorizar y recitar antes de proseguir sus tareas. Luego les dijo que se fueran, pues llegaban sus antiguos alumnos, los ex pastores. Parecían estar más nerviosos que los del kafo de Kunta, pues era el día de sus exámenes finales y tendrían que recitar el Corán y escribir en árabe. El resultado era importante, pues de él dependían para avanzar en el tercer kafo.

Ese día, solos por primera vez en su vida, los integrantes del kafo de Kunta abrieron el corral de las cabras y trotando junto a ellas las llevaron desordenadamente a los pastos. Durante ese día y todos los siguientes, las cabras comieron mucho menos que de costumbre, pues Kunta y sus compañeros las corrían y gritaban cada vez que iniciaban un paso hacia un grupo distinto de arbustos. Pero Kunta se sentía más acosado aun que su manada. Cuando se sentaba a meditar acerca del significado de estos cambios en su vida, siempre había algo que hacer, algún lugar adonde ir. Todo el día con las cabras, el arafang después del desayuno y después vuelta a regresar con las cabras, para luego practicar con la honda antes del anochecer. Nunca le quedaba tiempo para pensar seriamente.

CAPITULO 11

La cosecha de kouskous y de maní estaba completa; ahora quedaba la del arroz de las mujeres. Los hombres no ayudaban a sus esposas, ni tampoco los muchachos de la edad de Kunta y Sitafa, pues el arroz era responsabilidad de las mujeres. La primera luz del día hallaba a Binta con Jankay Touray y las demás mujeres, agachadas sobre el arrozal,

cortando los largos tallos dorados, que eran puestos a un costado durante algunos días para que se secaran, antes de cargarlos en las canoas y llevarlos a la aldea, donde las mujeres y sus hijas apilaban prolijos fardos en el depósito de la familia. Pero las mujeres no descansaban aun después de terminar con la cosecha, pues debían ayudar a los hombres a recoger el algodón, que se dejaba hasta el final para que se secara bajo el sol caliente y así formara mejores hebras para que las mujeres utilizaran en la costura.

Ahora todos esperaban ansiosos el festival anual de la cosecha, que en Juffure duraba siete días. En preparación para el festival las mujeres se apuraban para hacer ropa nueva para su familia. Aunque Kunta sabía perfectamente bien que debía disimular su irritación, ahora todas las tardes debía cuidar a su hermanito Lamin, que le parecía una peste que no dejaba de hablar, pues Binta estaba ocupada hilando el algodón. Pero Kunta se puso contento cuando lo llevó a la hilandera de la aldea, Dembo Dibba, pues le encantaba observar cómo manejaba su telar desvencijado, con manos y pies, que hilaba los carreteles de hebra en tiras de tela de algodón. De vuelta en la choza, Binta dejaba que Kunta salpicara agua a través de cenizas de madera para hacer la fuerte lejía en la que ella mezclaba hojas de índigo, finamente molidas, para teñir la tela de azul oscuro. Todas las mujeres de Juffure hacían lo mismo, y pronto extendieron la tela a secar sobre los arbustos, festoneando la aldea con toques de color: rojo, verde y amarillo, además de azul.

Mientras las mujeres hilaban y cosían, los hombres estaban igualmente ocupados finalizando sus tareas antes de la fiesta de la cosecha, y antes de que la estación del calor sofocante hiciera el trabajo imposible. Había que arreglar la cerca de la aldea, hecha de bambú, en todos los lugares donde estuviera caída o rota por los novillos o las cabras, que solían rascarse el lomo contra ella. Había que reparar las chozas de barro dañadas por las grandes lluvias, y cambiar el techado que estuviera viejo y gastado. Las nuevas parejas, a punto de casarse, necesitaban nuevos hogares, y Kunta tuvo la oportunidad de unirse a los otros niños, para echar agua y tierra al barro espeso y liso que utilizaban los hombres para hacer las paredes de las nuevas chozas.

Cuando estaban solos, Kunta, Sitafa y sus compañeros pasaban las horas libres corriendo por la aldea y jugando a los cazadores con las nuevas hondas. Los muchachos tiraban a todo lo que veían, pero afortunadamente no le daban a nada, pues hacían tanto ruido que espantaban a todos los animales. Hasta los niños más pequeños, del kafo de Lamín, corrían sin que nadie los vigilara, porque las abuelas estaban más atareadas que nadie y trabajaban hasta la noche preparando rodetes, trenzas y pelucas enteras para las niñas solteras, que las usarían en la fiesta. Utilizaban largas fibras de hojas de sisal podridas, escogidas cuidadosamente, o de la corteza mojada del baobab. Las pelucas de sisal daban menos trabajo que las hechas de la fibra más blanda y sedosa del baobab, que podían costar hasta tres cabras. Pero los clientes siempre regateaban a viva voz, pues sabían que las abuelas cobraban menos si podían disfrutar de una hora de buena charla antes de cada venta.

Junto con sus pelucas, que estaban impecablemente hechas, la vieja Nyo Boto complacía a las mujeres de la aldea con su abierto desafío a la antigua tradición que decretaba que las mujeres debían tratar con sumo respeto a los hombres. Todas las mañanas se la veía sentada cómodamente al sol frente a su choza, desnuda hasta la cintura, gozando del calor, atareada preparando pelucas, aunque nunca estaba tan ocupada como para no darse cuenta cuando pasaba algún hombre. - ¡Ah! -decía-. ¡Mírenlos! ¡Se creen que son hombres! Los hombres eran hombres en mi época. -Los que pasaban huían para escapar del ataque de su lengua, hasta que por fin la vieja Nyo Boto se quedaba dormida a la tarde, con la labor en la falda, y los niñitos que estaban a su cuidado se reían de sus fuertes ronquidos.

Cuando los hombres habían terminado el trabajo principal, unos pocos días antes de la luna nueva, que inauguraría la fiesta de la cosecha en todas las aldeas de Gambia, empezaba a oírse el sonido de instrumentos musicales en Juffure. Mientras los músicos de la aldea

practicaban tocando sus koras de veinticuatro cuerdas, los tambores y los balafons (instrumentos melódicos hechos de calabazas huecas con maderitas extendidas sobre ellas, de distintos tamaños, y que se tocaban con mazas) pequeños grupos se reunían alrededor de ellos para escuchar y aplaudir. Kunta, Sitafa y sus compañeros, mientras tanto, cuando terminaban con las cabras, corrían de aquí para allá tocando flautas de bambú, haciendo sonar campanas y calabazas secas.

La mayoría de los hombres descansaba ahora, conversando sentados a la sombra del baobab. Los de la edad de Omoro, y los más jóvenes, guardaban respetuosa distancia del Consejo de Ancianos, que estaban reunidos para decidir asuntos importantes de la aldea, antes del comienzo de la fiesta. De vez en cuando dos o tres de los hombres más jóvenes se ponían de pie, se desperezaban y se iban a caminar por la aldea tomándose de los meñiques, a la vieja usanza yayo de los africanos.

Algunos hombres pasaban muchas horas solos, tallando pacientemente trozos de madera de distintos tamaños y formas. A veces Kunta y sus amigos dejaban de lado las hondas para observar cómo los talladores creaban máscaras de expresiones terribles y misteriosas que pronto lucirían los bailarines en la fiesta. Otros tallaban figuras de personas o animales, con los brazos y las piernas junto al cuerpo, los pies achatados y la cabeza erguida.

Binta y las otras mujeres descansaban cuando podían junto al pozo de la aldea, adonde acudían todos los días para tomar agua fresca y charlar un poco. Pero ahora que se aproximaba la fiesta, tenían mucho trabajo que hacer. Debían terminar la ropa, limpiar la choza, remojar los alimentos secos, y matar los chivitos para el asador. Sobre todo, las mujeres debían arreglarse para lucir bonitas para la fiesta.

Kunta pensaba que las niñas retozonas que solía ver a menudo trepando los árboles ahora parecían tontas, por la manera en que se comportaban, tímidas y ondulantes. Ni siquiera podían caminar derecho. No sabía por qué los hombres se volvían para observar a esas torpes criaturas que ni siquiera podrían usar un arco si se lo propusieran.

Notó que algunas tenían la boca del tamaño de un puño, hinchada, pues se habían pinchado la parte interior del labio con espinas, restregándoselos con hollín. Hasta Binta, junto con todas las mujeres de la aldea mayores de doce lluvias, hervía todas las noches un caldo de hojas de fudano, recién machacadas, que luego ponían a enfriar. Luego con eso se teñían las plantas de los pies y las palmas de las manos de negro. Cuando Kunta le preguntó a su madre por qué lo hacía, ella le dijo que se fuera a jugar. Así que le preguntó a su padre, que le dijo: -Cuanto más negra sea una mujer, más bella es.

-Pero ¿por qué? -preguntó Kunta.

-Algún día -le dijo Omoro- lo entenderás.

CAPITULO 12

Kunta saltó al oír el sonido del tóbalo al amanecer. Luego él, Sitafa y sus compañeros, corrieron junto con las personas mayores hasta el árbol bombáceo junto al que los tambores de la aldea, ya habían empezado a hacer sonar sus instrumentos, hablándoles y gritándoles como si fueran seres vivientes. La multitud reunida empezó a responder con lentos movimientos de brazos, piernas y cuerpo, luego más rápidamente, hasta que todos se unieron a la danza.

Kunta había visto estas ceremonias durante muchas siembras y cosechas, cuando los hombres marchaban a cazar, para las bodas, nacimientos y muertes, pero el baile nunca lo había conmovido -de una manera que no comprendía pero que no podía resistir- hasta ese momento. Todos los adultos de la aldea parecían decir algo con el cuerpo, algo que sólo

ellos conocían, pues estaba dentro de su cuerpo o de su mente. En medio de la gente que daba vueltas, saltaba, o se contorsionaba, algunos con máscaras, Kunta apenas dio crédito a sus ojos al ver a la vieja y resistente Nyo Boto dando gritos agudos y salvajes, sacudiendo los brazos y luego retrocediendo como ante un terror invisible. Apoderándose de una carga imaginaria, la vieja se sacudió, dio patadas en el aire y finalmente se desplomó.

Kunta se puso a observar entre los bailarines a algunas personas que conocía. Tras una máscara espantosa, Kunta reconoció al alimano, que se tiraba al suelo y se debatía como una serpiente enroscandose alrededor del tronco de un árbol. Vio a algunos viejos, que había oído que eran mayores aun que Nyo Boto, que salieron de sus chozas y arrastrándose a los tropezones sobre las delgadas píernas se unieron al baile, dieron unos temblorosos pasos, batiendo los arrugados brazos, mirando el sol con los ojos turbios por los derrames Kunta abrió los ojos de sorpresa al ver a su padre Omoro que alzaba las rodillas y levantaba el polvo con los pies. Dando gritos desgarrantes, se echaba hacia atrás, con los músculos temblorosos, y luego hacia adelante, pegándose en el pecho, luego saltaba, daba volteretas en el aire y caía con un gruñido.

El batir de los tambores parecía latir no sólo en los oídos de Kunta sino en sus extremidades. Casi sin darse cuenta, como en medio de un sueño, sintió que su cuerpo empezaba a temblar y que se le movían los brazos, y pronto saltaba y gritaba con los otros, a quienes ya no veía más. Por último tropezó y cayó, exhausto.

Se levantó y se dirigió a un costado, caminando sin fuerzas. Sentía una profunda extrañeza que nunca había experimentado antes. Aturdido, asustado y excitado a la vez, vio que no sólo Sitafa sino todos los otros integrantes de su kafo estaban bailando con los adultos, así que volvió a bailar. Desde los más jóvenes hasta los más viejos, los habitantes de la aldea bailaron todo el día. Los bailarines y los tambores se interrumpían, no para comer o beber, sino para recobrar el aliento. Los tambores seguían cuando Kunta cayó dormido esa noche.

El segundo día de la fiesta empezó con un desfile de las personas notables al mediodía. A la cabeza del desfile iban el arafang, el alimono, los habitantes más viejos, los cazadores, los luchadores, y todos aquellos que habían hecho algo importante, según el Consejo de Ancianos, desde la última fiesta de la cosecha. Él resto iba detrás, cantando y aplaudiendo. Los músicos los llevaban serpenteando por toda la aldea. Cuando dieron la vuelta por el árbol de los viajeros, Kunta y su kafo corrieron adelante, formaron su propio desfile y luego marcharon en tropel al lado de los adultos, intercambiando reverencias y sonrisas, marcando el paso al ritmo de sus flautas, campanas y matracas. Cada muchacho que desfilaba era la persona más importante, y desfilaban por turno; cuando le tocó a Kunta, hizo una cabriola, levantando altas las rodillas y sintiéndose muy importante. Al pasar delante de las personas mayores, vio que Binta y Omoro lo miraban con orgullo.

La cocina de todas las mujeres de la aldea ofrecía una variedad de comidas y cualquiera que pasaba, estaba invitado a detenerse y probar algún plato. Kunta y sus compañeros se atiborraron de exquisitas calabazas llenas de guiso y arroz. Incluso abundaban las carnes y las aves asadas. Era la tarea especial de las niñas cuidar que las canastas de bambú estuvieran repletas de toda clase de frutos.

Cuando no se estaban llenando la panza, los muchachos corrían hasta el árbol de los viajeros para recibir a los extraños que venían a la aldea. Algunos se quedaban a dormir, pero la mayoría permanecía algunas horas antes de seguir camino a la fiesta de la aldea vecina. Los senegaleses visitantes extendían coloridos despliegues de telas decoradas. Otros llegaban con pesadas bolsas llenas de nueces de cola de Nigeria, cuyo precio variaba según el tamaño y la calidad. Por el bolong se acercaban las canoas de los comerciantes, cargadas de barras de sal, que cambiaban por índigo, cueros, cera de abeja y miel. Nyo Boto estaba muy atareada vendiendo -por cipreas- pequeños racimos de raíces especiales, que al ser restregadas contra los dientes endulzaban el aliento y conservaban la boca fresca.

Los comerciantes paganos no se detenían en Juffure con sus cargas de tabaco, rapé y cerveza de aguamiel, que eran sólo para los infieles, pues los mandingas, buenos musulmanes, no bebían ni fumaban. Otros que nunca se detenían eran los jóvenes vagabundos de otras aldeas. Algunos jóvenes también se iban de Juffure durante la estación de la cosecha. Al verlos pasar por el sendero más allá de la aldea, Kunta y sus amigos corrían junto a ellos por un tiempo, tratando de ver lo que llevaban en las pequeñas cestas de bambú que balanceaban sobre la cabeza. Por lo general llevaban ropa y pequeños regalos para los nuevos amigos que esperaban conocer en sus vagabundeos, antes de regresar a sus aldeas para la próxima siembra.

Todas las mañanas la aldea se iba a dormir y se despertaba con el sonido de los tambores. Y todos los días atraían músicos ambulantes, expertos en el Corán, el balafon y los tambores. Y si se sentían halagados por los presentes que les daban, junto con el baile, los gritos y los aplausos de la multitud, se detenían y tocaban un rato antes de seguir viaje a la aldea siguiente.

Cuando llegaban los griots, con sus historias, se hacía un profundo silencio entre los habitantes de la aldea, sentados alrededor del baobab para oírles contar acerca de los antiguos reyes y los clanes familiares, los guerreros, las grandes batallas y leyendas del pasado. O un griot religioso vociferaba profecías y advertencias diciendo que había que apaciguar a Alá, y entonces se ofrecía a oficiar las ceremonias necesarias, que Kunta ya conocía bien, a cambio de pequeños regalos. Con su fina voz, un griot cantante entonaba interminables versos acerca de los pasados esplendores de los reinos de Ghana, Songhai y Mali, y cuando terminaba, algunas personas de la aldea de pagaban para que entonara alabanzas a sus ancianos padres en sus chozas. Y la gente aplaudía al ver que los viejos salían a la puerta de la choza y sonreían, mostrando las encías desdentadas y parpadeaban por el fuerte sol. Cuando el griot cantante terminaba su buena acción, recordaba a la gente de Juffure que sólo bastaba un mensaje por tambor -y una modesta ofrenda- para que volviera en cualquier momento a cantar alabanzas en funerales, bodas, y otras ocasiones especiales. Y luego seguía camino a otra aldea.

Fue durante la sexta tarde del festival cuando de pronto se oyó el sonido de un tambor extraño, que atravesó a Juffure. Al oír las palabras insultantes del tambor, Kunta corrió y se unió a los otros habitantes de la aldea que se estaban reubicando furiosos junto al baobab. El tambor, que evidentemente estaba cerca, advertía la llegada de luchadores tan poderosos que aquellos que decían llamarse luchadores en Juffure debían esconderse.

A los pocos minutos los habitantes de Juffure vitorearon al oír que su tambor replicaba que esos extraños estaban pidiendo ser mutilados, o algo peor.

La gente corrió ahora al lugar de la lucha. Mientras los luchadores de Juffure se ponían los sintéticos dalas y se cubrían con una pasta de hojas de baobab y cenizas machacadas, que los hacía resbaladizos, oyeron los gritos que indicaban que los desafiantes habían llegado. Estos extraños, de físico descomunal, no miraron a la multitud que se burlaba de ellos. Trotando detrás del tambor, se dirigieron directamente al lugar del combate. Ya llevaban puesta su dala, y empezaron a untarse mutuamente con su pasta. Cuando aparecieron los luchadores de Juffure, siguiendo a los tambores de la aldea, el griterío y los empellones de la multitud se volvieron tan desordenados que los que tocaban el tambor tuvieron que implorarles que se tranquilizaran.

Luego los dos que tocaban el tambor hablaron: -¡Listos!-. Los equipos rivales se aparearon; cada equipo tenía dos luchadores agazapados y mirándose cara a cara. -¡A sus puestos! ¡A sus puestos! -ordenaron los tambores, y cada pareja de luchadores comenzó a dar vueltas como gatos. Ahora los que tocaban el tambor saltaban de aquí para allá entre los luchadores; cada uno enunciaba el nombre de los campeones ancestrales de su aldea, cuyos espíritus vigilaban. Después de ataques simulados, por fin los luchadores se agarraron y

empezaron a debatirse. Pronto los dos equipos peleaban entre las nubes de polvo que casi los ocultaba de los espectadores. Los resbalones no contaban; la victoria llegaba sólo cuando un luchador le hacía perder el equilibrio a su rival, lo empujaba y lo tiraba al suelo. Cada vez que había una caída -primero de uno de los campeones de Juffure, y luego de uno de los desafiantes- la multitud profería alaridos, y un tambor daba el nombre del ganador. Junto a la multitud excitada, naturalmente, Kunta y sus compañeros luchaban entre sí.

Por fin terminó, con la victoria de Juffure por una caída. Recibieron como premio los cuernos y los cascos de un novillo recién carneado. Pusieron a asar enormes trozos de carne, y los valientes desafiantes fueron invitados a la fiesta. La gente felicitó a los visitantes, por su fuerza, y las doncellas ataron pequeñas campanillas alrededor de los tobillos y de los brazos de los luchadores. Y durante la fiesta, los integrantes del tercer kafo de Juffure, barrieron y alisaron el lugar de la lucha para prepararlo para un seoruba.

El caliente sol se empezaba a ocultar cuando la gente se volvió a reunir en el lugar de la lucha, ahora todos con sus mejores atavíos. Al compás de los tambores, los dos equipos de lucha saltaron al espacio demarcado y empezaron a agazaparse y a dar saltos, agitando las musculosas extremidades que hacían tintinear las campanillas, mientras los espectadores admiraban su fuerza y su gracia. Los tambores redoblaron con fuerza; ahora las doncellas entraron en el espacio del centro, moviéndose tímidamente entre los luchadores mientras la gente aplaudía. Luego los tambores empezaron a acelerar el ritmo, y las doncellas llevaron el compás.

Sudorosas y extenuadas, las doncellas empezaron a desplomarse, una a una, saliendo del centro, arrojando al suelo el tiko coloreado que les cubría la cabeza. Todos los ojos observaban ansiosamente para ver si un hombre casadero recogía el tiko, demostrando así haber apreciado especialmente el baile de la doncella, pues eso podría significar que pronto consultaría al padre de ella acerca de su valor casadero, en cabras y vacas. Kunta y sus compañeros, que eran demasiado jóvenes para entender estas cosas, pensaron que la diversión había terminado y se fueron corriendo a jugar con las hondas. Pero acababa de comenzar, pues un momento después todos lanzaron una exclamación al ver que uno de los visitantes recogía un tiko. Ese era un acontecimiento importante -y feliz- pero la afortunada doncella no sería la primera en marcharse a otra aldea a casarse.

CAPITULO 13

La última mañana de la fiesta, Kunta se despertó al oír gritos. Poniéndose su dundiko, salió corriendo. Sintió un nudo en el estómago de miedo. Cerca de las chozas vecinas, saltando continuamente, dando agudos gritos y blandiendo lanzas, había una media docena de hombres, con máscaras feroces, altos peinados, y atavíos de hojas y cortezas. Kunta observó con horror cuando vio entrar a un hombre en una choza y emerger llevando del brazo a un tembloroso muchacho del tercer kafo. Eso se repitió en las otras chozas.

Junto con un grupo de sus compañeros del segundo kafo, Kunta observaba con los ojos abiertos. Vio que uno de los muchachos del tercer kafo tenía una caperuza de algodón blanco sobre la cabeza. Al ver a Kunta, Sitafa y el grupo de niños, uno de los enmascarados se precipitó sobre ellos agitando la lanza y profiriendo unos alaridos terribles. Aunque se detuvo de repente y regresó hacia el que estaba cubierto por la caperuza, y que parecía estar a su cargo, los niños se desperdigaron, aullando de miedo. Cuando capturaron a todos los muchachos del tercer kafo, los entregaron a unos esclavos que los tomaron de la mano y los llevaron, uno a uno, fuera de la aldea.

Kunta había oído decir que a estos muchachos mayores los iban a llevar para hacerlos hombres, pero no tenía idea de que sería así. La partida de los muchachos del tercer kafo,

junto con los hombres que iban a dirigir su aprendizaje, ensombreció de tristeza a toda la aldea. Todos esos días siguientes, Kunta y sus compañeros no hablaban de otra cosa que de las cosas aterrorizantes que habían presenciado, y de las cosas más terribles aún que habían oído acerca del misterioso aprendizaje que los iba a convertir en hombres. A la mañana, el arafang les pegaba en la cabeza por su falta de interés en aprender los versos del Corán. Y después de la escuela, cuando iban en tropel detrás de las cabras hacia el matorral, Kunta y sus compañeros trataban de no pensar en lo que no podían olvidar: que ellos serían los próximos en ser cubiertos con una caperuza y ser sacados a empellones de Juffure.

Todos habían oído que pasarían doce lunas llenas antes de que los muchachos del tercer kafo regresaran a la aldea, pero ya como hombres. Kunta dijo que había oído que en el entrenamiento para ser hombres les pegaban a diario. Un muchacho llamado Karamo dijo que los hacían cazar animales salvajes para comer, y Sitafa dijo que a la noche los enviaban solos al bosque espeso, y debían encontrar el camino de regreso. Pero lo peor, que nadie mencionaba, aunque Kunta se ponía nervioso cada vez que iba de cuerpo, era que durante el entrenamiento le cortarían una parte del foto. Después de un tiempo, cuanto más hablaban la idea del entrenamiento se hizo tan aterradora que los muchachos dejaron de referirse al tema, y cada uno trató de esconder sus temores, pues no quería demostrar que no era valiente.

Kunta y sus compañeros habían mejorado mucho con las cabras desde aquel primer día en que estuvieron tan nerviosos. Pero aún tenían mucho que aprender. Empezaron a descubrir que su trabajo era más difícil a la mañana, pues pululaban las moscas zumbonas que picaban a las cabras y las hacían correr de aquí para allá sacudiendo la piel y revoleando la cola mientras los muchachos y los perros se desesperaban para volver a reunirlas en manada. Pero antes del almuerzo, cuando el sol se ponía tan caliente que hasta las moscas buscaban un lugar más fresco, las cabras, cansadas, se dedicaban por entero a comer, y los muchachos podían finalmente divertirse un poco.

Ya para entonces tenían buena puntería con la honda, y también con las nuevas flechas que les habían regalado sus padres al terminar el segundo kafo. Pasaban una hora matando todo ser pequeño que veían: liebres, topos, ratas, lagartos, y un día un pájaro grande que trató de alejar del nido a Kunta, arrastrando un ala para hacerle creer que lo había herido. A la tarde, temprano, los muchachos limpiaban las presas, las salaban con la sal que siempre llevaban consigo, luego hacían un fuego y se daban un festín.

Cada nuevo día en el matorral parecía que hacía más calor que el anterior. Más y más temprano, los insectos dejaban de picar a las cabras para buscar la sombra, y las cabras se arrodillaban para alcanzar el pasto corto que seguía siendo verde, y que estaba debajo del más alto, reseco. Pero Kunta y sus compañeros apenas si notaban el calor. Empapados en sudor, jugaban como si cada nuevo día fuera el más excitante de su vida. Con la panza llena después de la comida de la tarde, luchaban o corrían o algunas veces simplemente gritaban y hacían morisquetas, turnándose para vigilar a las cabras que pastoreaban. Jugaban a la guerra, dándose cachiporrazos y lanzazos con palos, hasta que alguno arrancaba un puñado de pasto en señal de paz. Luego apaciguaban el espíritu guerrero restregándose los pies con los intestinos de un conejo muerto; habían oído decir a las abuelas que los verdaderos guerreros lo hacían con los intestinos de un cordero.

Algunas veces Kunta y sus compañeros retozaban con sus fieles perros wuolos, que los mandingas criaban desde hacía siglos, porque se los conocía como una de las mejores razas de perros guardianes y de caza de toda África. El aullido de los wuólos había salvado mucho ganado de las garras de las hienas en noches oscuras. Pero cuando Kunta y sus amigos jugaban a ser cazadores, no eran hienas lo que cazaban. En su imaginación, mientras se arrastraban por los pastos altos y quemados por el sol de las sabanas, la presa que perseguían era el rinoceronte, el elefante, el leopardo y el poderoso león.

A veces, cuando algún muchacho seguía a sus cabras que iban en busca de pasto y sombra, se hallaba de pronto separado de sus compañeros. Las primeras veces que eso le pasó, Kunta reunió las cabras lo más rápidamente que pudo y se volvió cerca de Sitafa. Pero después empezó a disfrutar de estos momentos de soledad, pues le daban la oportunidad de avistar a alguna bestia grande. En sus fantasías no buscaba un antílope, un leopardo, y ni siquiera un león, sino la bestia más peligrosa y temida de todas: un búfalo enloquecido.

CAPITULO 14

Aunque el sol abrasaba, recién comenzaban las cinco largas lunas de la estación seca. Los diablos del calor resplandecían, haciendo que los objetos parecieran más grandes a lo lejos, y la gente sudaba en sus chozas tanto como afuera, en el campo. Antes de que Kunta saliera de su casa todas las mañanas, Binta protegía bien sus pies con aceite de palma roja, pero todas las tardes, cuando regresaba a la aldea, tenía los labios resecos y las plantas de los pies rajadas por la tierra hirviendo. Algunos muchachos llegaban con los pies sangrando, pero a la mañana siguiente volvían a salir -sin quejarse, igual que sus padres- al calor feroz de la reseca tierra de pastoreo, donde hacia más calor aún que en la aldea.

Para cuando el sol llegaba al cénit, los muchachos, las cabras y los perros yacían respirando con dificultad bajo la sombra de árboles achaparrados. Los muchachos estaban demasiado cansados para cazar animalitos y asarlos, que era con lo que se divertían antes.

Ahora se quedaban sentados, conversando con el mayor entusiasmo que podían infundir a su voz, pero ya la aventura dé cuidar las cabras había perdido parte de su diversión.

No parecía posible que las ramitas que juntaban todos los días iban a ser necesarias para calentarlos a la noche, pero una vez que bajaba el sol el aire se volvía frío. Después de la comida nocturna, la gente de Juffure se acurrucaba alrededor del chisporroteante fuego. Los hombres de la edad de Omoro se sentaban a conversar alrededor del fuego; a cierta distancia estaba el de los ancianos. Alrededor de otro se acomodaban las mujeres y las muchachas solteras, aparte de las abuelas, que relataban sus historias a los niñitos del primer kafo alrededor del cuarto fuego.

Kunta y los otros muchachos del segundo kafo eran demasiado orgullosos para reunirse con los del primero, desnudos como Lamín, así que se sentaban en cuclillas a cierta distancia como para no formar parte de ese grupo ruidoso que se reía sin motivo, pero lo suficientemente cerca para oír las historias de las viejas abuelas, que seguían atrayéndolos como antes. Algunas veces Kunta y sus compañeros escuchaban lo que decían los de los otros fuegos, pero las conversaciones en su mayor parte se referían al calor. Kunta oía cómo los viejos recordaban los tiempos en que el sol había matado las plantas y quemado las cosechas; el pozo se había secado, o el agua se había viciado; algunas veces la gente misma se había secado, terminando como pellejos. Esta estación caliente era mala, pero no como otras anteriores. A Kunta le parecía que los viejos siempre se acordaban de algo peor que el presente.

Luego, un día, respirar el aire era como respirar llamas, y esa noche la gente tembló bajo las frazadas con un frío que penetraba hasta los huesos. A la mañana siguiente volvían a secarse la cara, tratando de poder respirar. Esa tarde empezó el viento llamado harmattan. No era un viento fuerte, ni siquiera borrascoso, pues eso hubiera sido bueno. Soplaba despacio, sin parar, y era polvoriento y seco. Sopló, día y noche, durante casi una luna entera. El constante soplar del harmattan ponía nerviosa a la gente de Juffure. Pronto los padres gritaban a sus hijos más que de costumbre, y los castigaban por cualquier cosa. Y aunque los altercados eran corrientes entre los mandingas, casi no pasaba un momento sin

que se oyeran fuertes gritos entre las personas mayores, especialmente parejas jóvenes como Omoro y Binta. De pronto las puertas vecinas se llenaban de personas que observaban cuando las madres de la pareja corrían a la choza. Un momento después los gritos aumentaban, y se veía una lluvia de costureros, cacerolas, calabazas, banquitos y ropas que salían por la puerta. Luego, furiosas, la madre y su hija tomaban sus posesiones y corrían a la choza de la madre.

Después de un par de lunas, tal como había empezado, el harmattan terminó. En menos de un día, el aire se serenó, el cielo se aclaró. Una noche después las mujeres volvieron con sus maridos, y las suegras intercambiaron pequeños regalos e hicieron las paces. Pero las cinco largas lunas de la estación seca recién estaban por la mitad. Aunque la comida aún abundaba en los depósitos, las madres sólo cocinaban pequeñas cantidades porque nadie, ni siquiera los hambrientos niños, tenían ganas de comer. El calor del sol quitaba la fuerza a la gente, y se hablaba menos y sólo se hacía lo indispensable.

Los enflaquecidos animales de la aldea tenían pústulas en el cuero en las que las moscas depositaban los huevos. Las famélicas gallinas, que normalmente corrían por la aldea haciendo ruido, se habían quedado quietas, acostadas en la tierra, con las alas extendidas y el pico abierto. Ni los monos se veían siquiera, ni se los oía, pues la mayoría se había refugiado en el bosque en busca de sombra. Y Kunta vio que las cabras comían menos y estaban nerviosas y flacas.

Por alguna razón -tal vez por el calor, o simplemente porque estaban creciendo- Kunta y sus compañeros, que habían pasado todos los días juntos en el matorral por casi seis lunas, ahora empezaron a andar solos, con su manada. Pasaron varios días antes que Kunta se diera cuenta de que hasta entonces nunca había estado solo, alejado de otras personas por un rato. Miró a los otros muchachos con sus cabras a lo lejos, a través del silencio del matorral sofocante. Más allá estaban los campos en los que los hombres estaban cortando las malezas que habían crecido desde la última cosecha. Los altos montones de malezas que ponían a secar bajo el sol parecían ondear por el calor.

Mientras se secaba el sudor de la frente, le pareció a Kunta que su gente siempre tenía que soportar penalidades: cosas penosas o difíciles, aterrorizantes o que amenazaban la vida misma. Pensó en los días hirvientes y en las frías noches, y luego en las lluvias que caerían a continuación, que convertirían a la aldea en un lodazal, finalmente, haciendo desaparecer los senderos, hasta que la gente tuviera que desplazarse en canoa. Necesitaban la lluvia igual que necesitaban el sol, pero siempre había demasiado, o faltaba. Aun cuando las cabras estuvieran gordas y los árboles pesados de frutos, sabía que ese sería el momento en que se terminarían las provisiones de la cosecha anterior, y entonces comenzaría la estación del hambre, cuando algunos morían, como su querida abuela Yaisa.

La estación de la cosecha era un tiempo feliz -y después, la fiesta de la cosecha- pero duraba muy poco, y entonces volvería la larga estación del calor, con el horrible harmattan, cuando Binta le gritaba todo el tiempo y le pegaba a Lamín, hasta que casi le daba pena esa peste de hermano suyo. Mientras llevaba a las cabras hacia la aldea, Kunta recordaba las historias que había oído tantas veces, cuando era pequeño como Lamin, según las cuales se veía que sus antepasados siempre habían vivido presas del miedo o del peligro. Kunta pensó que la vida de la gente siempre había sido dura. Tal vez así sería siempre.

Ahora a la tarde, el alimano dirigía las plegarias a Alá para que les enviara las lluvias. Luego un día, la excitación cundió en la aldea cuando una brisa levantó polvo, porque era señal de que pronto llegarían las lluvias. Y a la mañana siguiente, la gente de la aldea se congregó en el sembrado, donde los agricultores prendieron fuego a los montones de malezas que habían rastrillado, y el humo espeso se enroscó sobre el campo. El calor era casi insoportable, pero la gente sudorosa bailaba y vitoreaba, y los niños del primer kafo se

pusieron a correr de alegría, tratando de recoger las cenizas que caían, y que eran señal de buena suerte.
Los vientos leves del día siguiente empezaron a arrastrar las cenizas sueltas a los sembrados, enriqueciendo el suelo para la próxima cosecha. Los agricultores empezaron a trabajar con la azada, preparando los largos surcos para recibir las semillas. Era la séptima siembra que veía Kunta en el interminable ciclo de las estaciones.

CAPITULO 15

Habían pasado dos lluvias, y el vientre de Binta estaba nuevamente grande, y su genio peor que nunca. Les pegaba tanto y con tanta rapidez a sus hijos, que Kunta se sentía agradecido a la mañana, cuando sus tareas le permitían escapar de su madre por unas pocas horas, y cuando regresaba a la tarde no dejaba de sentir lástima por Lamin, que tenía edad para hacer travesuras y ser castigado, pero no para salir solo. Así que un día cuando volvió a su casa y vio que su hermanito estaba llorando, le preguntó a Binta -no sin recelo- si Lamin podía ir con él un rato. Ella contestó inmediatamente: - ¡Sí! -El pequeño Lamin, desnudo, casi no podía esconder su alegría por este sorprendente acto de bondad de su hermano, pero Kunta se sintió tan enojado consigo mismo por su impulso, que dio una buena patada y un golpe a su hermano cuando se alejaron de la choza. Lamin chilló, y luego siguió a su hermano como un cachorro.
Después de de ese día, todas las tardes Kunta encontraba a Lamin, esperándolo ansiosamente a la puerta, con la esperanza de que su hermano grande lo volviera a llevar a pasear. Kunta lo hacía, casi todos los días, aunque no porque quisiera hacerlo. Binta expresaba tanto alivio al poder descansar de ambos que Kunta ahora temía que le diera una paliza si no sacaba a Lamin. Parecía como si una pesadilla le hubiera puesto a su hermanito desnudo sobre la espalda, como una sanguijuela gigante del bolong. Pero pronto Kunta empezó a ver que algunos de sus compañeros de kafo también iban seguidos por sus hermanitos. Aunque jugaban al lado o cerca, no perdían de vista a sus hermanos mayores, que hacían lo que podían para ignorarlos. Algunas veces los muchachos grandes echaban a correr de repente, burlándose de sus hermanitos que trataban de alcanzarlos. Cuando Kunta y sus amigos subían a los árboles, sus hermanos, que intentaban seguirlos, por lo general se caían, y los mayores se reían de su torpeza. Empezaron a divertirse a su costa.
Cuando estaba solo con Lamin, Kunta solía prestarle un poco más de atención. Tomando una semilla diminuta entre los dedos, le explicaba que el gigantesco árbol bombáceo de Juffure había crecido de una semilla como esa. Apoderándose de una abeja, Kunta la sostenía cuidadosamente para que Lamin pudiera ver el aguijón; luego, dando vuelta la abeja, le explicaba cómo las abejas libaban la dulzura de las flores y la usaban para hacer miel en sus panales de los árboles más altos. Y Lamin le empezó a hacer muchas preguntas, la mayoría de las cuales él contestaba pacientemente. Kunta sentía agrado al ver que Lamin pensaba que él lo sabía todo. Hacía que se sintiera mayor que sus ocho lluvias. A pesar de sí mismo, empezó a considerar que su hermano no era solamente una peste.
Kunta se esforzaba por no demostrarlo, por supuesto, pero cuando regresaba a su casa con las cabras, a la tarde, anticipaba con placer la ansiosa bienvenida de Lamin. Una vez a Kunta le pareció ver que su madre sonreía cuando él y Lamin salieron de la choza. En realidad, a menudo Binta le decía a Lamin: -¡Deberías tener los modales de tu hermano! -Luego le pegaba a Kunta, pero no con tanta frecuencia como antes. Binta también le decía a Lamin que si no se portaba bien no podría salir con Kunta, y Lamín se portaba entonces muy bien durante el día.

Ahora dejaban la choza caminando con mucha cortesía, tomados de la mano, pero una vez afuera, Kunta empezaba a correr -Lamin corría detrás- para reunirse con sus compañeros de kafo. Una tarde, en que retozaban, un compañero de Kunta se llevó por delante a Lamin, haciéndolo caer de espalda. Kunta corrió de inmediato, empujó con rudeza al muchacho, exclamando enojado: -¡Este es mi hermano! -El otro muchacho protestó y ya se iban a las manos cuando los demás se lo impidieron. Kunta tomó al lloroso Lamin de la mano y se alejaron de sus compañeros de juego. Kunta estaba turbado y sorprendido de sí mismo a la vez por actuar de esa manera con su propio compañero de kafo, especialmente por el mocoso de su hermano. Pero después de ese día, Lamin empezó abiertamente a imitar cualquier cosa que hacía Kunta, a veces hasta cuando Binta y Omoro estaban mirando. Aunque hacía como que no le gustaba, Kunta no podía dejar de sentirse un poco orgulloso.
Una tarde, cuando Lamin se cayó de un árbol bajo al que estaba tratando de subir, Kunta le enseñó cómo debía hacerlo. También le enseñó a luchar (para que Lamin pudiera ganar el respeto de un muchacho que lo había humillado frente a sus compañeros de kafo), a silbar por entre los dedos (aunque Lamin nunca logró silbar de manera tan penetrante como Kunta), y le mostró la clase de hojas que usaba su madre para hacer té. Y le advirtió a Lamin que levantara los grandes escarabajos brillosos que andaban por la choza y que los pusiera afuera, porque traía mala suerte hacerles daño. Tocar el espolón de un gallo era peor aún. Por más que trataba, Kunta no lograba enseñarle la hora del día por la posición del sol. -Eres demasiado pequeño, después aprenderás. -A veces todavía le gritaba, si Lamin era demasiado lento en aprender algo sencillo, o le pegaba si lo molestaba. Pero después se sentía tan mal por haber actuado así que era capaz de dejar que Lamin usara su dundiko un rato.
A medida que se sentía más cerca de su hermano, Kunta empezaba a sentir menos algo que antes lo molestaba: la distancia que había entre sus ocho lluvias y los muchachos mayores y los hombres de Juffure. En realidad, nunca había pasado un día sin que algo le recordara el hecho de que aún estaba en el segundo kafo, que aún dormía en la choza de su madre. Los muchachos mayores, que estaban siendo entrenados para ser hombres, nunca habían tenido más que burlas y golpes para los de la edad de Kunta. Y los hombres mayores, como Omoro y los otros padres, actuaban como si un muchacho del segundo kafo era algo que debía ser tolerado. Con respecto a las madres, bueno, muchas veces cuando Kunta estaba en los matorrales pensaba con enojo que cuando fuera hombre, pondría a Binta en su lugar como mujer, aunque pensaba demostrarle bondad y perdón, porque, después de todo, era su madre.
Lo que más irritaba a Kunta y a sus compañeros, sin embargo, era que las muchachas del segundo kafo con quienes se habían criado, no perdían ocasión para recordarles que ya estaban pensando en convertirse en esposas. A Kunta le enojaba que las muchachas se casaran a las catorce lluvias y aun más jóvenes, mientras que los muchachos no se casaban hasta ser hombres de treinta lluvias o más. En general, pertenecer al segundo kafo siempre había sido causa de turbación para Kunta y sus compañeros, excepto cuando podían estar solos, a la tarde, en el matorral, y, en el caso de Kunta, en su nueva relación con Lamin.
Cada vez que caminaba con su hermano, Kunta se imaginaba que lo llevaba en un viaje, como hacían a veces los padres con sus hijos. En cierta forma, Kunta sentía ahora una responsabilidad especial de actuar como un adulto, pues Lamin lo respetaba por lo que sabía. Caminando a su lado, Lamin no cesaba dé hacerle preguntas.
-¿Cómo es el mundo?
-Bueno -decía Kunta-, ni hombres ni canoas han viajado demasiado lejos. Así que nadie sabe todo lo que hay que saber acerca de él.
-¿Qué aprendes del arafang?

Kunta recitó los primeros versos del Corán en árabe y luego dijo: -Prueba tú ahora-. Pero cuando Lamin lo intentaba, se confundía todo -como Kunta sabía que lo haría- y Kunta le decía, paternalmente-: Lleva tiempo.
-¿Por qué no se debe hacer daño a las lechuzas?
-Porque los espíritus de nuestros antepasados están en ellas. -Luego le contaba a Lamin acerca de su abuela Yaisa-. Tú eras un bebé, así que no puedes acordarte de ella.
-¿Qué pájaro es ese, en el árbol?
-Un halcón.
-¿Qué come?
-Ratones, otros pájaros, cosas así.
-Oh.
Kunta nunca se había dado cuenta cuánto sabía, pero de vez en cuando Lamin le hacía preguntas que él no podía contestar.
-El sol, ¿se quema? -O-. ¿Por qué nuestro padre no duerme con nosotros?
En esos casos, Kunta gruñía por toda respuesta, y luego dejaba de hablar, igual que hacía Omoro cuando Kunta le preguntaba algo. Entonces Lamin se callaba, pues una de las reglas de los mandingas era que no se habla con una persona que no quiere hablar. Algunas veces Kunta hacía como si estuviera sumido en sus propios pensamientos. Lamin se sentaba en silencio a su lado, y cuando Kunta se ponía de pie, él también lo hacía. Y algunas veces, cuando Kunta no sabía una respuesta, su hermano hacía algo para cambiar de tema rápidamente.
A la primera oportunidad que se le presentaba, cuando Lamin no estaba en la choza, Kunta le preguntaba a Binta o a Omoro lo que le había preguntado Lamin a él. Nunca les decía por qué les hacía tantas preguntas, pero parecía que ellos sabían la razón. En realidad, parecían actuar como si lo consideraran un adulto, pues había tomado una responsabilidad con su hermano menor. No pasó mucho tiempo antes de que Kunta empezara a reprender a Lamin, delante de Binta, por algo que había hecho mal. -¡Debes hablar con claridad! -solía decirle, chasqueando los dedos. O le pegaba por no saltar de inmediato cuando su madre le ordenaba hacer algo. Binta hacía como que no veía ni oía.
Así que Lamin no podía hacer nada ahora sin que lo vigilara su madre o su hermano. Y Kunta no tenía más que hacer a sus padres de una de las preguntas de Lamin quienes se la contestaban en seguida.
-¿Por qué tiene ese color rojo el cuero del buey? Los bueyes no son rojos.
-Se lo teñí con lejía y mijo molido -contestó Binta.
-¿Dónde vive Alá?
-Alá vive en el lugar en que sale el sol -le dijo Omoro.

CAPITULO 16

-¿Qué son los esclavos? -le preguntó Lamin a Kunta una tarde. Kunta gruñó y se quedó callado. Siguió caminando, al parecer ensimismado en sus pensamientos, preguntándose qué habría oído Lamin para hacer esa pregunta. Kunta sabía que a los que los llevaban
los toubobs se convertían en esclavos, y había oído decir a los adultos que algunas personas de Juffure tenían esclavos. Pero la verdad era que no sabía qué eran los esclavos. Como pasaba tantas veces, la pregunta de Lamin hizo que tratara de averiguar más.
Al día siguiente, cuando Omoro se estaba alistando para buscar madera de palma para hacerle un nuevo depósito de alimentos a Binta, Kunta le pidió permiso para ir con él; le

encantaba ir a cualquier parte con Omoro. Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegaron al oscuro y fresco bosquecillo de palmeras.
Entonces Kunta preguntó de repente: -Papá, ¿qué son los esclavos?
Omoro sólo gruñó al comienzo, sin decir nada, y durante unos minutos caminó de un lado para otro, inspeccionando los troncos de varias palmeras.
-No es fácil distinguir a los esclavos de los que no son esclavos -dijo por fin. Entre golpe y golpe de su hacha de mano contra la palmera que había elegido, le dijo a Kunta que las chozas de los esclavos estaban techadas con nyantang jongo, mientras que las de los hombres libres con nyantang foro, que, como Kunta sabía, era la mejor calidad de paja para techar que había.
-Pero nunca se debe hablar de esclavos en presencia de esclavos -dijo Omoro, con gran severidad. Kunta no entendió por qué, pero asintió como si lo hiciera.
Cuando se desplomó la palmera, Omoro empezó a sacarle el follaje. Mientras Kunta sacaba para sí algunos frutos maduros, se dio cuenta de que su padre estaba de humor para hablar ese día. Pensó, contento, que ahora podría decirle a Lamin muchas cosas acerca de los esclavos.
- ¿Por qué algunos son esclavos, y otros no? -preguntó.
Omoro le dijo que las personas se convertían en esclavos de diferentes maneras. Algunos eran hijos de madres esclavas. Le nombró algunos que vivían en Juffure, y que Kunta conocía. Algunos eran los padres de sus propios compañeros de kafo. Otros, dijo Omoro, habían estado a punto de morirse de hambre en su aldea natal y habían ido a Juffure rogando ser esclavos de alguien que los alimentara y les diera techo. Otros -y nombró algunas de las personas más viejas de Juffure- habían sido enemigos, y fueron hechos prisioneros. -Se convirtieron en esclavos porque no fueron lo suficientemente valientes para preferir la muerte antes de ser capturados como prisioneros -dijo Omoro.
Había empezado a cortar la madera en pedazos de un tamaño que podría llevar. Aunque todos esos eran esclavos, dijo, eran gente respetable, como Kunta bien sabía. -Sus derechos están garantizados por las leyes de nuestros antepasados -dijo Omoro, y le explicó que todos los amos debían dar comida, ropa, una casa, una porción de terreno para trabajar a medias y también un marido o una mujer.
-Sólo quienes permiten que los desprecien son despreciables -le dijo a Kunta: aquellos que eran esclavos por ser asesinos, ladrones o culpables de otros crímenes. Esos eran los únicos esclavos que un amo podía castigar de la manera que quisiera, según su merecido.
-Los esclavos ¿deben seguir siéndolo siempre? -preguntó Kunta.
-No, muchos esclavos compran su libertad con lo que ahorran del producto de su cosecha, que comparten con sus amos. -Omoro nombró algunos que habían hecho eso en Juffure. Nombró a otros que habían ganado la libertad al casarse con algún miembro de la familia de la que eran esclavos.
Para poder transportar las partes más pesadas de la madera, Omoro hizo un arnés con guías verdes, y mientras lo terminaba, dijo que algunos esclavos, en realidad, alcanzaban más prosperidad que sus amos. Algunos a su vez compraban esclavos, y se habían convertido en personas famosas.
- ¡Sundiata fue uno de ellos! -exclamó Kunta. Muchas veces había oído contar a las abuelas y a los griots del gran antepasado general, que había sido esclavo, y cuyo ejército había conquistado a tantos enemigos.
Omoro gruñó, asintiendo, evidentemente satisfecho que Kunta lo supiera, pues Omoro también había aprendido mucho acerca de Sundiata cuando tenía la edad de Kunta; Poniendo a prueba a su hijo, Omoro le preguntó: -¿Y quién fue la madre de Sundiata?
- ¡Sogolon, la mujer búfalo! -dijo en seguida Kunta.

Omoro sonrió, y levantando sobre sus fuertes hombros los dos postes de palmera de los cuales colgaba el cabestro, atado por las guías, echó a andar. Sin dejar de comer dátiles, Kunta lo seguía, y durante casi todo el trayecto de vuelta a la aldea, Omoro le contó cómo el brillante general esclavo, que era un lisiado, había conquistado el gran Imperio mandinga. Su ejército había empezado teniendo como soldados a esclavos prófugos que encontraba en los pantanos y otros escondites.

-Aprenderás muchas otras cosas acerca de él cuando seas entrenado para ser un hombre -dijo Omoro, y el sólo pensar en esa parte de su vida le hizo sentir un escalofrío, pero también ansiosa expectativa.

Omoro le dijo que Sundiata había huido de su odiado amo, como hacían casi todos los esclavos que no querían a sus amos. Dijo que, con la excepción de los criminales condenados, los esclavos no podían ser vendidos sin la aprobación de su amo.

-La abuela Nyo Boto también es esclava -dijo Omoro, y Kunta casi se atraganta con los dátiles. Eso no lo podía entender. Mentalmente vio a la querida Nyo Boto sentada frente a la puerta de su choza, cuidando a doce o quince niños desnudos de la aldea mientras urdía canastos de paja y decía cosas mordaces a los adultos que pasaban, incluyendo a los ancianos, si tenían ganas. "Ella no es esclava de nadie", pensó.

A la tarde siguiente, después de arrear las cabras a los corrales, Kunta llevó a Lamín por un camino no frecuentado por sus compañeros de juego, y al llegar a la choza de Nyo Boto, se sentaron en cuclillas frente a la puerta. Al poco tiempo apareció la vieja, viendo que tenía visita. Apenas echó una mirada de reojo a Kunta, que siempre había sido uno de sus niños preferidos, para darse cuenta de que algo necesitaba. Invitó a los niños a entrar en su choza, donde se puso "a preparar un té de hierbas para darles.

-¿Cómo están tu papá y tu mamá? -preguntó.

-Muy bien. Gracias por preguntarlo -dijo Kunta cortésmente-. Y tú, ¿estás bien, abuela?

-Estoy muy bien, por cierto -replicó ella.

Kunta no volvió a hablar hasta que no le sirvió el té. Entonces exclamó: -¿Por qué eres una esclava, abuela?

Nyo Boto miró vivamente a Kunta y a Lamin. Ahora fue ella la que no dijo nada por unos momentos. -Te diré -dijo por fin.

-En mi aldea natal, una noche, muy lejos de aquí, y hace muchas lluvias, cuando yo era una esposa joven -dijo Nyo Boto, y les contó que se había despertado aterrorizada al ver que los techos de paja se desmoronaban, incendiados, entre los vecinos que gritaban. Alzando a sus dos hijos, un muchacho y una niña, cuyo padre acababa de morir en una guerra entre tribus, corrió entre los otros. Esperándolos había traficantes blancos de esclavos, armados, con sus ayudantes negros, los slatees. Después de una furiosa batalla, todos los que no pudieron huir fueron amontonados, y los que no habían sido heridos, o que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para viajar, fueron asesinados en presencia de los otros. Nyo Boto empezó a llorar, y terminó: -Mataron a mis dos hijos y a mi anciana madre.

Mientras Kunta y Lamin se tomaban de la mano, impresionados, ella les contó cómo los aterrorizados prisioneros, atados del cuello por correas, fueron castigados y llevados durante muchos días a través del tórrido interior. Día tras día más prisioneros caían bajo los látigos que los hacían caminar más rápidamente. Después de algunos días, muchos empezaron a caerse de hambre o de fatiga. Algunos seguían, pero los que no podían más eran abandonados para que los devoraran los animales salvajes. La larga fila de prisioneros pasaba junto a otras aldeas que habían sido quemadas y asoladas, donde los cráneos y los esqueletos de personas y de animales yacían desparramados entre las pilas quemadas de paja y barro que antes habían sido chozas. Menos de la mitad de los que iniciaron el viaje llegaron a la aldea de Juffure, a cuatro días de viaje del lugar más cerca de Kamby Bolongo donde vendían esclavos.

-Fue aquí que decidieron vender a uno de los esclavos por una bolsa de maíz -dijo la vieja-. Esa fui yo. Y es así como me dieron el nombre de Nyo Boto -que Kunta sabía quería decir "bolsa de maíz"-. El hombre que me compró como esclava. murió al poco tiempo -dijo ella- y he vivido aquí desde entonces.

Lamín se retorcía de excitación por la historia, y Kunta sentía ahora, si eso era posible, aún más amor y aprecio por la vieja Nyo Boto, que estaba sentada sonriéndoles con ternura a los dos niños, cuyos padres, igual que ellos, alguna vez había mecido en la falda. . -Omoro, el papá de ustedes, pertenecía al primer kafo cuando yo llegué a Juffure -dijo Nyo Boto, mirando a Kunta-. Yaisa, su madre, que era tu abuela, fue mi muy buena amiga. ¿Te acuerdas de ella? -Kunta dijo que sí, y agregó con orgullo que le había contado mucho acerca de ella a su hermano.

- ¡Eso está bien! -dijo Nyo Boto-. Ahora debo volver a trabajar. Vayanse ya.

Agradeciéndole el té, Kunta y Lamín se marcharon. Fueron caminando despacio a la choza de Binta, cada uno ensimismado en sus pensamientos.

A la tarde siguiente, cuando Kunta regresó de cuidar a las cabras, encontró a Lamin lleno de preguntas acerca de la historia de Nyo Boto. ¿Alguna vez habían incendiado así a Juffure?, quería saber. Bueno, no había oído decir nada nunca, le dijo Kunta, y no había señales en la aldea de que hubiera sido incendiada. ¿Había visto Kunta alguna vez a alguno de esos blancos? -¡Por supuesto que no! -exclamó. Pero dijo que su padre le había contado que una vez sus hermanos habían visto a los toubobs y sus barcos en un punto a lo largo del río.

Kunta cambió rápidamente de tema, porque sabía muy poco acerca de los toubobs, y quería pensar un rato sobre ellos. Tenía ganas de ver a alguno, desde una distancia prudencial, por supuesto, ya que por todo lo que había oído decir acerca de ellos era evidente que no convenía acercarse a ellos.

Recientemente había desaparecido una niña, que estaba juntando hierbas (y antes, dos hombres grandes que andaban cazando) y todos estaban seguros que los habían robado los toubobs. Recordaba, naturalmente, que cuando los tambores de otras aldeas advertían que los toubobs habían robado a alguien, o se sabía que andaban cerca, los hombres se armaban y montaban doble guardia mientras las atemorizadas mujeres reunían a los niños y los escondían en los matorrales lejos de la aldea -a veces durante varios días- hasta que los toubobs se iban.

Kunta se acordaba de una vez, cuando andaba con las cabras en la tranquilidad del matorral, en que se sentó bajo su árbol favorito. Se le ocurrió mirar hacia arriba y entonces vio, asombrado, en la copa del árbol, unos veinte o treinta monos amontonados entre las ramas, inmóviles, con la cola colgando. Kunta creía que los monos siempre andaban corriendo y haciendo ruido, por eso no se podía olvidar el silencio con que observaban sus movimientos. Ojalá ahora él pudiera sentarse en un árbol a observar a un toubob debajo.

A la tarde siguiente, cuando llevaban las cabras al corral, Kunta tocó el tema con sus compañeros, y en seguida todos empezaron a contar lo que sabían. Uno de los muchachos, Demba Conteh, dijo que un tío suyo, muy valiente, se había acercado lo suficiente una vez para poder oler a un toubob, y tenían un hedor particular. Todos los muchachos habían oído que los toubobs robaban a la gente para comérsela. Pero algunos habían oído que los toubobs decían que no los comían, sólo los ponían a trabajar en granjas enormes. Sitafa Silla respondió, como su abuelo: -¡Mentira de hombre blanco!

A la siguiente oportunidad que se le presentó, Kunta le preguntó a Omoro: -Papá, ¿me quieres contar cómo tú y tus hermanos vieron a los toubobs en el río? -Rápidamente agregó-: Debo contárselo correctamente a Lamin-. A Kunta le pareció que su padre casi sonrió, aunque en verdad gruñó, pues evidentemente no tenía ganas de hablar en ese momento. Pero unos días después Omoro invitó a Kunta y a Lamin para que lo

acompañaran a cierta distancia de la aldea a juntar unas raíces que necesitaba. Era la primera vez que Lamin salía con su padre, y estaba loco de alegría. Como sabía que su felicidad se debía a la influencia de Kunta, no soltaba la cola del dundiko de su hermano.
Omoro le contó a sus hijos que después de terminar su entrenamiento como hombres, sus dos hermanos mayores, Janneh y Saloum, habían partido de Juffure, y el paso del tiempo traía noticias de que eran viajeros conocidos en lugares extraños y distantes. Regresaron a la aldea por primera vez cuando los tambores anunciaron el nacimiento del primer hijo de Omoro. Pasaron noches y días sin dormir para asistir a la ceremonia de imposición de su nombre. Como hacía tanto tiempo que se habían ido, los hermanos abrazaron alegremente a sus compañeros de kafo de la niñez. Pero quedaban pocos, pues los demás habían muerto, o ya no estaban más. Muchos habían perecido quemados, al incendiarse su aldea, o a causa de flechas incendiarias; otros habían sido secuestrados, o habían desaparecido mientras trabajaban en los sembrados, mientras cazaban, o viajaban y todos, a causa de los toubobs.
Omoro dijo que sus hermanos, enojados, le habían pedido que los acompañara en un viaje para ver qué estaban haciendo los toubobs, para luego pensar en lo que se podía hacer. Así que los tres hermanos emprendieron un viaje. Caminaron durante tres días a lo largo de las márgenes del Kamby Bolongo, escondiéndose cautelosamente en los matorrales, hasta que por fin. encontraron lo que buscaban. Había como veinte canoas grandes amarradas en el río. Eran tan grandes que cada una tenía capacidad como para transportar a todos los habitantes de Juffure. Tenían una tela blanca atada mediante sogas a un tronco gigante, como de árbol, alto como diez hombres encaramados uno encima del otro. Cerca había una isla, y en la isla una fortaleza.
Había muchos toubobs yendo y viniendo, y asistentes negros, tanto en la fortaleza como en pequeñas canoas. En ellas llevaban índigo seco, algodón, cera de abeja y cueros, que luego subían a las canoas grandes. Más espantosas eran las palizas y otras formas de tortura que los toubobs infligían a las personas que habían tomado prisioneras, y que iban a llevar.
Durante un momento Omoro se quedó callado, y Kunta pensó que estaba meditando sobre algo más que le iba a decir. Por fin habló: -Ahora no se llevan a tanta de nuestra gente como antes-. Cuando Kunta era bebé, le dijo, el rey de Barra, que reinaba en esa región de Gambia, había ordenado que no se incendiaran más aldeas ni se capturara o se asesinara a la gente. Y pronto eso terminó, después que los soldados de los airados reyes prendieron fuego a las grandes canoas, matando a todos los toubobs a bordo.
-Ahora -dijo Omoro-, cada canoa toubob que entra en el Kamby Bolongo dispara diecinueve cañonazos para saludar al rey de Barra. -Dijo que los agentes personales del rey proveían a la gente que se llevaban los toubobs. Eran, por lo general, criminales o deudores, o cualquier persona acusada de complotar contra el rey. aunque sólo bastaba el rumor de que eso fuera cierto. Cuando los barcos de los toubobs entraban en el Kamby Bolongo en busca de esclavos para comprar, aumentaba la cantidad de gente acusada de haber cometido crímenes.
-Pero ni siquiera un rey puede evitar que roben a la gente de sus aldeas -continuó diciendo Omoro-. Tú has conocido a algunos que han desaparecido de nuestra aldea, tres en estas últimas lunas, y has oído a los tambores de otras aldeas. -Miró con severidad a sus hijos, y habló lentamente-. Lo que les voy a decir ahora deben escucharlo atentamente, porque si no hacen lo que les voy a decir pueden ser robados para siempre. -Kunta y Lamin escucharon, con un miedo que iba en aumento-. Nunca estén solos, si pueden evitarlo -dijo Omoro-. Nunca salgan de noche, si pueden evitarlo. Y día y noche, cuando estén solos, manténganse alejados de los matorrales o arbustos altos, si pueden evitarlo.
Durante el resto de su vida, aun cuando ya fueran hombres, debían estar en guardia contra el toubob. -A menudo disparan sus flechas incendiarias. Si ven mucho humo en alguna

aldea, puede ser el fuego que usan para cocinar sus comidas, que es grande. Deben inspeccionar las huellas con cuidado, para ver en qué dirección se han ido. Pisan mucho más fuerte que nosotros, así que es fácil reconocer sus huellas. Rompen ramitas y hierbas. Y cuando se acercan adonde él ha estado, van a ver que su olor permanece. Huelen como pollos mojados. Muchos dicen que emiten una nerviosidad que nosotros podemos sentir. Si la sienten, quédense quietos, porque muchas veces se lo puede descubrir desde lejos.
-Pero no basta con conocer al toubob -dijo Omoro-. Muchos de los nuestros trabajan para él. Son los slatees, traidores. Pero si uno no los conoce, es imposible reconocerlos. Por eso en los matorrales no confíen en nadie que no conozcan.
Kunta y Lamin estaban helados de terror. -Es imposible tratar de hacerles ver estas cosas -dijo su padre-. Deben saber las cosas que vimos, mis hermanos y yo, que les hacían a los prisioneros. Esa es la diferencia que existe entre nuestros esclavos y los que roba el toubob para que sean esclavos de él-. Dijo que vieron esclavos atados con cadenas, adentro de corrales largos y anchos, hechos de bambú, fuertemente custodiados, a lo largo del río. Cuando las pequeñas canoas llevaban a algún toubob, que actuaba como si fuera importante, las personas robadas eran arrastradas a la arena.
Les habían afeitado la cabeza, y los habían engrasado de tal manera que les brillaba todo el cuerpo. -Primero los hacían ponerse en cuclillas y saltar hacia arriba y abajo -dijo Omoro-. Y luego, cuando el toubob se cansaba de ver eso, ordenaba que abrieran con fuerza la boca de los prisioneros para examinarles los dientes y la garganta.
De pronto Omoro tocó con el dedo a Kunta entre las piernas, y cuando el muchacho dio un respingo, Omoro dijo: -Luego le miraban el fofo a los hombres. Hasta inspeccionaban las partes privadas de las mujeres-. Por último el toubob los obligaba a ponerse en cuclillas de nuevo y les quemaba la espalda y los hombros con un hierro candente. Mientras gritaban y se debatían, los metían en las canoas pequeñas y los llevaban hasta las grandes.
-Mis hermanos y yo vimos cómo muchos se tiraban sobre el estómago, arañando y comiendo la arena, como para tocar y probar por última vez su propio hogar -dijo Omoro-. Pero los arrastraban a los golpes. Aun dentro de las pequeñas canoas, en el medio del río, algunos seguían resistiendo los latigazos y los garrotazos, hasta que finalmente saltaban al agua entre unos terribles peces largos de lomo gris y panza blanca, con la boca curva y llena de afilados dientes, que enrojecían el agua con su sangre.
Kunta y Lamin se habían acercado el uno al otro, tomándose de la mano. -Es mejor que sepan estas cosas y no que su madre y yo tengamos algún día que matar el gallo blanco por ustedes. -Omoro miró a sus hijos-, ¿Saben lo que eso significa?
Kunta logró asentir, y alzar la voz para responder. -¿Cuando alguien falta, papá? -Había visto a todos los miembros de una familia que le cantaban desesperadamente a Alá, sentados en cuclillas alrededor de un gallo blanco al que le habían hecho un tajo en el cogote, que agitaba las alas y sangraba.
-Sí -dijo Omoro-. Si el gallo blanco muere sobre el buche, quedan esperanzas. Pero cuando cae muerto sobre el lomo, entonces no hay ninguna esperanza, y la aldea entera se une a la familia, clamándole a Alá.
-Papá. -La voz de Lamin, temblorosa de miedo, sorprendió a Kunta-. ¿Adonde llevan a la gente las canoas grandes?
-Los mayores dicen que a Jong Sang Doo -dijo Omoro-, una tierra donde los esclavos son vendidos a unos caníbales enormes llamados toubabo koomi, que nos comen. Nadie sabe nada más del asunto.

CAPITULO 17

Tan asustado estaba Lamin por lo que les había contado su padre acerca del rapto de esclavos y de los caníbales blancos que esa noche despertó varias veces a Kunta con sus pesadillas. Y al día siguiente, cuando Kunta regresó de cuidar las cabras, decidió sacar el tema de la mente del niño -y de la suya- contándole acerca de sus
distinguidos tíos.

-Los hermanos de mi padre también son los hijos de Kairaba Kunta Kinte, cuyo nombre llevo -dijo Kunta con orgullo-. Pero nuestros tíos Janneh y Saloum son hijos de Sireng -dijo. Lamin pareció intrigado, pero Kunta siguió explicando. -Sireng fue la primera mujer de nuestro abuelo, y murió antes de que se casara con nuestra abuela Yaisa-. Kunta arregló unas ramitas en el suelo para mostrarle a su hermano los distintos integrantes de la familia Kinte. Aun así, se dio cuenta de que Lamin no entendía. Con un suspiro, empezó a hablarle de las aventuras de sus tíos, que tanto le habían gustado a él cuando se las contaba su padre.

-Nuestros tíos no han tomado esposas nunca porque su amor por los viajes es demasiado grande -dijo Kunta-. Durante lunas enteras, viajan bajo el sol y duermen bajo la luna. Nuestro padre dice que han estado donde el sol quema sobre la arena interminable, una tierra donde no llueve nunca. En otro lugar al que fueron -dijo Kunta- los árboles eran de follaje tan espeso que los bosques eran oscuros como si fuera de noche en pleno mediodía. Los habitantes de ese lugar no eran más altos que Lamin, y como él siempre andaban desnudos, incluso como adultos. Con sus diminutas flechas emponzoñadas mataban elefantes enormes. En otro lugar, habitado por gigantes, Janneh y Saloum habían visto a guerreros que arrojaban sus lanzas de caza mucho más lejos que los mandingas, en realidad, a doble distancia, y bailarines que saltaban más alto que su cabeza, que tenían seis manos más de altura que el hombre más alto de Juffure.

Antes de irse acostar, mientras Lamin lo miraba con los ojos abiertos, Kunta le contó su historia favorita, representando al protagonista. Saltaba de repente con una espada imaginaria que blandía en todas direcciones, como si Lamin fuera uno de los bandidos contra quienes sus tíos, con otras personas, habían luchado en un viaje de muchas lunas, en el que iban cargados de colmillos de elefante, piedras preciosas y oro, en dirección a la gran ciudad negra de Zimbabwe.

Lamín le rogó que le contara más cuentos, pero Kunta le dijo que se fuera a dormir. Cuando a Kunta lo mandaban a dormir después de que su padre le contaba esas historias, se quedaba acostado de espaldas sobre su estera -como haría ahora su hermano- imaginando mentalmente lo ocurrido. Algunas veces Kunta soñaba que él viajaba con sus tíos a todos esos lugares exóticos, que conversaba con esa gente cuya apariencia, conducta y forma de vida eran tan distintas de las de los mandingas. Con sólo oír el nombre de sus tíos se le aceleraban los latidos del corazón.

Unos días después sus nombres llegaron a Juffure de una manera tan excitante que Kunta casi no pudo contenerse. Era una tarde cálida y tranquila, y casi todos los habitantes de la aldea estaban sentados a la puerta de sus chozas o a la sombra del baobab, cuando de repente llegó un mensaje desde la aldea vecina por tambor. Igual que los mayores, Kunta y Lamín aguzaron el oído para descifrar el mensaje. Lamin emitió un sonido entrecortado al oír el nombre de su padre. No tenía edad suficiente para entender el resto, así que Kunta le trasmitió la noticia al oído: A cinco días de distancia en dirección al lugar por donde salía el sol, Janneh y Saloum estaban formando una nueva aldea. Y esperaban a su hermano Omoro para la ceremonia de bendición de la aldea dentro de dos lunas nuevas. El mensaje terminó. Lamin estaba lleno de preguntas. -¿Esos son nuestros tíos? ¿Dónde está ese lugar? ¿Irá papá allí? -Kunta no contestó. En realidad, Kunta corrió a través de la aldea hacia la choza del jaliba, y apenas si oyó lo que le decía su hermano. Ya varias personas se estaban

reuniendo en ese Jugar, y después llegó Omoro; lo seguía Binta, con el vientre enorme. Todos observaron cómo el jaliba y Omoro hablaron por un momento, y Omoro le hizo un regalo. El tambor de trasmitir mensajes estaba junto a un pequeño fuego, para que se calentara el cuero de cabra, que ya estaba tirante. Pronto la multitud oyó cómo las manos del jaliba trasmitían la respuesta de Omoro: si Alá lo permitía, estaría en la aldea de sus hermanos dentro de dos lunas nuevas. Omoro no iba a ningún lado los días siguientes, sin que los otros habitantes de la aldea no lo felicitaran y le dieran su bendición para la nueva aldea, que la historia registraría como fundada por los hermanos Kinte.

Faltaban pocos días para que partiera Omoro cuando a Kunta se le ocurrió una idea muy grande. ¿No existía una posibilidad aunque fuera remota de que su padre le permitiera acompañarlo? Kunta no podía pensar en otra cosa. Al darse cuenta de su silencio, poco, acostumbrado, Sitafa y los otros compañeros pastores lo dejaron solo. A Lamin, que lo adoraba, no le tenía paciencia, y eso hizo que su hermanito se alejara, dolorido e intrigado. Kunta se daba cuenta de cómo actuaba, y lo sentía, pero nada podía hacer para cambiar. Sabía que de vez en cuando algún muchacho afortunado acompañaba en un viaje a su padre, tío o hermano mayor. Pero sabía también que nunca había ido alguien tan joven como él, de ocho lluvias apenas, excepto algunos huérfanos, que bajo las leyes de los antepasados gozaban de ciertos privilegios. Los huérfanos podían seguir a cualquier adulto, y el hombre no tenía ninguna objeción y compartía todo lo que tenía, aunque se tratara de un viaje de varias lunas de duración, siempre que el muchacho lo siguiera exactamente a dos pasos de distancia, hiciera todo lo que se le ordenaba, y nunca hablara a menos que se le hablara primero.

Kunta sabía perfectamente bien que no debía dejar que nadie, ni siquiera su madre, sospechara lo que soñaba. Estaba seguro de que Binta no sólo desaprobaría la idea, sino que probablemente le ordenaría que no volviera a repetirla, así que Omoro no llegaría a enterarse de cuánto deseaba ir Kunta. Kunta sabía que su única esperanza residía en preguntarle a su padre, si es que podía verlo a solas.

Faltaban tres días para que partiera Omoro, y Kunta, que estaba casi desesperado, llevaba las cabras después del desayuno cuando vio que su padre salía de la choza de Binta. Inmediatamente empezó a hacer avanzar y retroceder a las cabras, para ganar tiempo, hasta que vio que Omoro iba en una dirección y llegaba a una distancia a la que Binta no alcanzaría ver. Entonces, dejando solas a las cabras (tenía que arriesgarse), Kunta corrió como una liebre, se paró sin aliento frente a su sorprendido padre y lo miró con una expresión de súplica. Tragando fuerte, Kunta se olvidó de todo lo que le iba a decir.

Omoro miró a su hijo durante un largo rato, y luego habló:

-Acabo de decírselo a tu madre- dijo, y siguió caminando.

Kunta tardó algunos minutos en darse cuenta de lo que le había querido decir su padre. Dio un alarido de alegría, sin darse cuenta siquiera. Tirándose de panza, saltó como una rana en el aire, y corriendo de regreso a las cabras, las llevó a la carrera hasta el matorral.

Cuando se sintió lo suficientemente recobrado para contarle a los demás pastores, estos se sintieron tan celosos que se alejaron. Pero para el mediodía no resistieron más la oportunidad de compartir con él la excitación de su suerte. Para entonces él se había quedado callado al darse cuenta de que desde el primer momento del mensaje su padre había estado pensando en su hijo.

Esa tarde, cuando Kunta llegó corriendo contento a la choza de su madre, Binta lo tomó sin decir una palabra y. empezó a sacudirlo con tanta fuerza, que Kunta huyó no bien pudo desasirse, sin atreverse a preguntarle qué había hecho. La actitud de Binta hacia Omoro también cambió de repente y hasta Kunta se sintió sorprendido por ello. Hasta Lamin sabía que a una mujer no le estaba permitido faltarle el respeto a un hombre, pero sin embargo, cuando Omoro estaba donde podía oírla perfectamente, Binta daba voz a su desaprobación

por el viaje de él y Kunta pues los tambores de varias aldeas daban informes diarios de nuevas personas desaparecidas. Cuando preparaba el kouskous para el desayuno, machacaba con tanta fuerza el cereal en el mortero que parecía un tambor por el ruido que hacía.

Cuando Kunta salía corriendo de la choza al día siguiente -para evitar que le dieran otra paliza- Binta ordenó a Lamin que se quedara y empezó a besarlo, a acariciarlo y abrazarlo como no lo hacía desde que era un bebé. Lamin trasmitió a Kunta lo turbado que se sentía por la expresión de sus ojos, pero no había nada que ninguno de los dos pudiera hacer.

Cuando Kunta estaba fuera de la choza y lejos de su madre, prácticamente todos los adultos que veía lo felicitaban por ser el muchacho más joven de Juffure en tener el honor de compartir un viaje con un adulto. Con modestia, Kunta decía: -Gracias-, reflejando sus buenos modales, adquiridos en el hogar, y una vez fuera de la vista de los adultos, daba cabriolas con un gran atado balanceado sobre la cabeza, para mostrarle a sus compañeros qué bien lo hacía. Así lo haría a la mañana siguiente, cuando pasara junto al árbol de los viajeros en compañía de su padre. Cada paso que daba, el atado caía al suelo.

Camino a su casa, pensando en todas las cosas que quería hacer antes de partir, Kunta sintió deseos de ir a visitar a la anciana Nyo Boto antes de hacer otra cosa. Después de llevar las cabras, se escapó le la choza de Binta no bien pudo y fue a sentarse frente a la choza de Nyo Boto. Al poco tiempo esta apareció en la puerta. -Te esperaba -le dijo ella, invitándolo a pasar. Como de costumbre, cuando Kunta la visitaba solo, los dos se quedaban sentados en silencio durante un rato. Era algo que a él le gustaba mucho. A pesar de que él era muy joven y ella muy vieja, aun así se sentían muy allegados, sentados juntos en medio de la oscuridad de la choza, cada uno con sus pensamientos.

-Tengo algo para ti -le dijo Nyo Boto por fin. Yendo a la bolsa de cuero de novillo curado que colgaba de la pared junto a su cama, sacó un amuleto oscuro de saphie, de esos que se ponían alrededor de la parte superior del brazo-. Tu abuelo bendijo este amuleto cuando tu padre fue al entrenamiento para ser hombre -le dijo Nyo Boto-. Fue bendecido para el entrenamiento del primer hijo varón de Omoro, es decir, tú. Tu abuela Yaisa me lo dejó para cuando empezara tu entrenamiento. Y empieza ahora, en este viaje con tu papá. -Kunta miró con cariño a la querida abuela, pero no le pudo decir que el amuleto siempre le haría pensar que ella estaba con él, por más lejos que estuviera.

A la mañana siguiente, al regresar de las plegarias en la mezquita, Omoro se quedó esperando con impaciencia mientras Binta terminaba de completar el atado que Kunta llevaría sobre la cabeza. Esa noche Kunta no había podido dormir, de excitado que estaba, y oyó llorar a su madre varias veces. Luego ella lo abrazó con tanta fuerza que podía sentir cómo le temblaba el cuerpo, y él se dio cuenta de cuánto lo quería su madre.

Con su amigo Sitafa, Kunta había repasado y practicado lo que haría con su padre: Primero Omoro, y luego Kunta, darían dos pasos frente a la choza de su padre. Luego, parándose, volviéndose e inclinándose, juntarían la tierra de las primeras huellas y la meterían en sus bolsas de cazar, para asegurarse de que esas huellas volverían a ese lugar.

Binta observaba, sollozando, desde el frente de su choza, apretando a Lamin contra su enorme vientre, viendo cómo Omoro y Kunta se alejaban. Kunta estuvo a punto de volverse para echar una última mirada, pero al ver que su padre no lo hacía, siguió camino, mirando hacia adelante. No era propio que un hombre mostrara sus emociones. Mientras atravesaban la aldea, las personas que los veían les hablaban y sonreían, y Kunta saludó con la mano a sus compañeros de kafo, que habían demorado su tarea para despedirlo. Sabía que entendían que no les contestaba el saludo porque toda forma de conversación era ahora tabú para él. Al llegar al árbol de los viajeros se detuvieron, y Omoro agregó dos tiritas de género a los cientos de tiritas, manchadas por el correr del tiempo, que colgaban

de las ramas más bajas. Cada tirita representaba la plegaria de un viajero para que su viaje fuera seguro y contara con la bendición de Alá.
Kunta no podía creer que todo eso sucedía en realidad. Era la primera noche de su vida que iba a pasar fuera de la choza de su madre, la primera vez que se alejaría de Juffure más de lo que alguna cabra descarriada lo había llevado, la primera vez para tantas cosas que lo aguardaban. Mientras Kunta pensaba en todas estas cosas, Omoro se volvió y sin una palabra ni una mirada hacia atrás, comenzó a caminar muy rápidamente a lo largo del sendero que lo llevaba al bosque. Casi dejando caer el atado que balanceaba sobre la cabeza, Kunta tuvo que correr para alcanzarlo.

CAPITULO 18

Kunta tenía que trotar casi para ir a los dos pasos previstos detrás de Omoro. Vio que debía dar dos de sus pasitos por cada larga zancada de su padre. Después de una hora, la excitación de Kunta había disminuido como su paso. El atado empezaba a pesarle más y más, y se le ocurrió una idea horrible: ¿y si se cansaba demasiado, y no lo aguantaba más? Con ferocidad se dijo que eso nunca sucedería.
Aquí y allá, mientras pasaban, veían cómo los cerdos salvajes corrían a esconderse en los matorrales, las perdices alzaban vuelo, aleteando rápidamente, y los conejos se metían de un brinco en sus madrigueras. Pero Kunta no le habría prestado atención ni a un elefante por su determinación de mantenerse a la distancia reglamentaria detrás de su padre. Le habían empezado a doler un poco los músculos debajo de las rodillas. Le sudaba la cara y también la cabeza; se daba cuenta porque el atado se le resbalaba hacia un lado de la cabeza, y tenía que utilizar las dos manos para colocarlo en su lugar.
Después de un tiempo, Kunta vio que adelante en el camino se alzaba el árbol de los viajeros de una aldea. Se preguntó qué aldea sería; estaba seguro que reconocería el nombre si su padre se lo decía, pero Omoro no había hablado ni vuelto la cabeza desde que salieron de Juffure. Unos minutos después Kunta vio que unos niños desnudos del primer kafo les salían al paso, como él había hecho cuando tenía esa edad. Agitaban los brazos y gritaban, y cuando se acercaron, notó que abrían los ojos, sorprendidos que uno tan joven como ellos viajara con su padre.
-¿Adonde van? -preguntaban, corriendo al lado de Kunta-. ¿Es tu papá? ¿Eres mandinga? ¿De qué aldea eres? -A pesar de que estaba muy cansado, Kunta se sentía maduro e importante, y los ignoraba, igual que su padre.
El sudor empezó a correrle por los ojos, y lo hacía parpadear de ganas de refregárselos para calmar la picazón que sentía. Desde que comenzaron a caminar el sol había llegado hasta la mitad del cielo, pero las piernas le dolían tanto, y el atado le parecía tan pesado, que pensó que no resistiría. Empezaba a sentir pánico cuando vio que Omoro se detenía de repente y colocaba su atado junto a una laguna de agua clara al lado del camino. Kunta se quedó parado Un momento, tratando de controlar sus temblorosas piernas. Se aferró al atado para bajarlo, pero se le deslizó y cayó con un golpe. Se sintió mortificado, porque sabía que su padre lo había oído, pero Omoro estaba arrodillado bebiendo agua, sin siquiera dar señales de saber que su hijo estaba allí.
Kunta no se había dado cuenta de la sed que tenía. Cojeando hasta el borde del agua se arrodilló para beber, pero las piernas no se acomodaron a la nueva posición. Después de tratar otra vez, en vano, finalmente se echó sobre el estómago, se apoyó sobre los codos y logró bajar la boca hasta el agua.

-Un poquito no más. -Eran las primeras palabras que le dirigía su padre desde Juffure, y sorprendieron a Kunta-. Traga un poquito, espera, y luego toma un poquito más. -Por alguna razón, estaba enojado con su padre-. Sí, papá -quería decir, pero no le salió ningún sonido. Sorbió un poco de agua y la tragó. Mientras esperaba le pareció que se iba a desmayar. Después de tomar un poquito más, se sentó y descansó junto a la laguna. Se le ocurrió de pronto que el entrenamiento para ser hombre debía ser así. Y luego, enderezándose, se quedó dormido.

Cuando se despertó, sobresaltado -¿cuánto tiempo había pasado?- Omoro no se veía por ninguna parte. Kunta dio un salto, y entonces vio su atado cerca de un árbol, así que su padre no podía estar lejos. Mientras miraba a su alrededor se dio cuenta de lo dolorido que estaba. Se sacudió y se estiró. Le dolían los músculos, pero se sentía mucho mejor ahora. Se arrodilló a tomar un poco más de agua, y entonces vio su reflejo en el agua: un rostro negro y fino, con ojos y boca grandes. Kunta sonrió a su imagen, luego mostró todos los dientes. No podía dejar de reír al verse, y cuando levantó la vista se encontró con Omoro, parado a su lado. Kunta se puso de pie de un salto, turbado, pero su padre tenía la atención fija en otra cosa.

Bajo la sombra de unos árboles, sin decir palabra, en medio de la chachara de los monos y el chillido de los loros, comieron un poco de pan que sacaron de los atados, y unas palomas silvestres, gordas, que Omoro había matado con su arco y asado, mientras Kunta dormía. Mientras comían, Kunta se dijo que a la primera oportunidad, él también le enseñaría a su padre que sabía matar aves y animalitos y asarlos, como hacía con sus compañeros de kafo en el matorral.

Cuando terminaron de comer, el sol había recorrido las tres cuartas partes del cielo, así que no hacía tanto calor cuando volvieron a atar los líos, se los acomodaron sobre la cabeza y reiniciaron el viaje.

-El toubob trae sus canoas a un día de distancia de aquí -dijo Omoro después de caminar un buen rato-. Ahora es de día, y podemos ver, pero debemos evitar los arbustos y los pastos altos, que pueden esconder sorpresas. -Los dedos de Omoro tocaron la vaina de su cuchillo y el arco y las flechas-. Esta noche debemos dormir en una aldea.

Con su padre no debía tener miedo, naturalmente, pero Kunta sintió temor, después de toda una vida de oír hablar por boca de la gente y por los mensajes de los tambores, acerca de desapariciones y secuestros. Mientras caminaban -ahora un poco más rápido- Kunta vio bosta de hiena en el sendero, de color blanco como el lino porque las hienas, con sus fuertes dientes, comían y roían huesos. Y junto al sendero al aproximarse, vieron un grupo de antílopes que dejaron de comer y se quedaron inmóviles, observando hasta que pasaron los humanos.

-¡Elefantes! -dijo Omoro un rato después, y Kunta vio los arbustos aplastados, los vastagos de las plantas pelados, e incluso algunos árboles a medio arrancar, donde los elefantes se habían recostado para empujar hacia abajo las hojas más altas, las más tiernas, y poder alcanzarlas con la trompa. Como los elefantes nunca comían cerca de las aldeas y la gente, Kunta sólo había visto muy pocos en su vida, y a una gran distancia. Los había visto entre miles de animales que corrían juntos, haciendo un ruido como el trueno, delante de nubarrones aterrorizantes de humo negro, una vez que un gran incendio se había extendido por los matorrales, cuando Kunta era pequeño. La lluvia de Alá había extinguido el fuego antes de que llegara a Juffure o a alguna otra aldea.

Le pareció que estaban entrando con Omoro en un país distinto al de ellos. El sol poniente brillaba sobre, pastos más espesos, y entre los árboles familiares había palmeras y cactus. Aparte de las moscas, que no cesaban de picarlos, lo único que veía volando no eran los lindos loros y los otros pájaros que cantaban y graznaban cerca de Juffure, sino halcones que daban vuelta en busca de presas y buitres buscando comida de animales muertos.

La bola anaranjada del sol ya se acercaba a la tierra cuando Omoro y Kunta avistaron un humo espeso de una villa. Mientras se acercaban al árbol de los viajeros, Kunta se dio cuenta de que había algo que no estaba bien. De las ramas colgaban pocas tiras de plegarias, lo que significaba que los que vivían en esa aldea casi nunca viajaban, y que la mayoría de los viajeros habían seguido camino. Tampoco había niños que se acercaran a ellos.
Cuando pasaron junto al baobab de la aldea, Kunta vio que estaba medio quemado. Más de la mitad de las chozas estaban vacías; había basura en los patios; los conejos saltaban de aquí para allá, y los pájaros se bañaban en la tierra. Los habitantes de la aldea -casi todos apoyados contra la puerta de su choza, o acostados- eran viejos o enfermos, y los únicos niños eran unos bebés que lloraban. Kunta no vio a nadie de su edad, o de la edad de Omoro.
Varios hombres arrugados y débiles recibieron a los viajeros. El más viejo de todos, dando un golpe seco con su bastón, le ordenó a una vieja desdentada que les trajera agua y kouskous a los viajeros. A lo mejor es una esclava, pensó Kunta. Luego los viejos empezaron a interrumpirse entre sí, apurados por explicar lo que le había pasado a la aldea. Una noche, los traficantes de esclavos habían robado o matado a los más jóvenes, "entre la lluvia de usted y la de él". Un viejo señaló a Omoro, y luego a Kunta. -A nosotros los viejos nos dejaron. Corrimos al bosque.
La aldea abandonada empezó a venirse abajo antes que pudieran regresar. Todavía no tenían cosecha, les quedaba poca comida y menos fuerzas. -Moriremos sin los jóvenes -dijo uno de los hombres. Omoro había escuchado atentamente mientras hablaban, y luego él dijo, lentamente-: La aldea de mis hermanos, que queda a cuatro días de aquí, les dará la bienvenida, abuelos.
Pero todos empezaron a menear la cabeza, y el más viejo dijo: -Esta es nuestra aldea. Ningún otro pozo tiene el agua tan dulce. Ningún otro árbol tiene la sombra más linda. Las otras cocinas no huelen a la comida de nuestras mujeres.
Los viejos se disculparon porque no tenían una choza de hospitalidad que ofrecerles. Omoro les aseguró que él y su hijo disfrutaban durmiendo bajo las estrellas. Y esa noche, después de comer un poco de pan de sus atados, que compartieron con los aldeanos, Kunta se acostó sobre un jergón de hojas verdes y suaves, pensando en todo lo que había oído. ¿Y si eso le hubiera pasado a Juffure, y se hubieran llevado o muerto a todos los que conocía, a Binta, a Lamin, a él mismo, y hubieran quemado el baobab, y los patios estuvieran llenos de basura? Kunta se esforzó por pensar en otra cosa.
Luego, de repente, en la oscuridad, oyó los aullidos de una criatura de la selva, atacada por algún animal feroz, y pensó en la gente que se apoderaba de otra gente. A la distancia también se oía el aullido de las hienas, pero en realidad, en la estación de las lluvias o en la sequía, en la estación del hambre o en la cosecha, siempre había oído el aullido de las hienas por alguna parte. Esa noche el aullido familiar le pareció casi reconfortante, y finalmente se quedó dormido.

CAPITULO 19

Con la primera luz del alba Kunta se despertó y saltó. Junto a él estaba una extraña vieja que, con una voz alta y cascada, exigía que le dijera qué le había pasado a la comida que ella le había mandado a buscar hacía dos lunas. Detrás de Kunta, Omoro habló en voz baja: -Ojalá pudiéramos decírtelo, abuela.

Mientras seguían camino, después de lavarse y comer, Kunta se acordó de una vieja de Juffure que solía caminar de aquí para allá, mirándole la cara a cualquiera de muy cerca, y diciéndole: "¡Mi hija llega mañana!" Su hija había desaparecido hacía muchas lluvias, como todos lo sabían, y el gallo blanco había muerto sobre el espinazo, pero aquellos a quienes ella paraba le decían: "Sí, abuela, mañana".
Antes de que el sol estuviera muy alto, vieron a una figura solitaria que avanzaba hacia ellos por el sendero. Se habían cruzado con dos o tres viajeros el día anterior -intercambiando sonrisas y saludos- pero se dieron cuenta de que este viejo quería conversar. Señalando la dirección de la que venía, dijo: -Pueden ver a un toubob. -Detrás de Omoro, Kunta casi dejó de respirar-. Tiene mucha gente que le lleva sus paquetes. -El viejo dijo que el toubob lo había visto y lo había detenido, pero sólo para preguntarle dónde empezaba el río-. Le dije que el río empieza lejos de donde termina.
-¿No te quiso hacer daño? -le preguntó Omoro.
-Parecía muy amistoso -dijo el viejo-, pero el gato siempre come al ratón con el que juega.
- ¡Eso es verdad! -dijo Omoro.
Kunta quería preguntarle a su padre acerca de ese extraño toubob que buscaba un río y no a la gente, pero Omoro ya se había despedido del viejo y seguía su camino, como siempre, sin mirar siquiera si Kunta lo seguía. Esta vez Kunta se alegró, porque Omoro lo habría visto sostener el atado con ambas manos mientras corría para alcanzarlo. Los pies le habían empezado a sangrar, pero sabía que no sería propio de hombres darle importancia, y mucho menos mencionárselo a su padre.
Por la misma razón, Kunta tragó aterrorizado un poco más tarde, cuando al dar una vuelta en el sendero dieron con una familia de leones -un macho grande, una hermosa hembra, y dos cachorros crecidos- echados en una pradera muy cerca del camino. Para Kunta, los leones eran animales temibles y escurridizos que de un solo zarpazo partían una cabra por la mitad, si un muchacho dejaba que ésta se alejara cuando pastoreaba.
Omoro disminuyó la marcha, y sin quitarle la vista de encima a los leones dijo con tranquilidad, como si notara el miedo de su hijo: -No cazan ni comen a esta hora del día, a menos que tengan hambre. Estos están gordos. -Pero mantuvo una mano sobre el arco y la otra sobre el carcaj de flechas mientras pasaban. Kunta seguía caminando sin respirar, y él y los leones se miraron recíprocamente hasta que se alejaron.
Hubiera seguido pensando en ellos, y acerca del toubob, que también estaba por esa zona, sólo que no podía pensar en nada, de tanto que le dolían las piernas. Para cuando llegó la noche hubiera ignorado la presencia de veinte leones, si los hubiera habido en el lugar que Omoro eligió para que durmieran. Kunta apenas terminaba de acostarse en su lecho de ramas blandas cuando se quedó dormido, y le pareció que recién se había acostado cuando su padre lo despertó a la madrugada. Aunque se sentía como si no hubiera dormido, Kunta observaba con abierta admiración la rapidez con que su padre sacaba la piel a dos liebres, limpiándolas y asándolas. Las había cazado en dos trampas nocturnas, para el desayuno. Sentado en cuclillas, mientras comía, pensaba en todo el tiempo que tardaban él y sus compañeros en cazar y cocinar una presa, y se preguntaba cómo aprenderían los hombres como su padre tantas cosas que había que saber.
Los pies ampollados, las piernas, la espalda y el cuello le empezaron a doler de nuevo el tercer día de viaje. En realidad, le dolía el cuerpo entero, pero imaginaba que ese era el entrenamiento para llegar a ser hombre, que ya había empezado, y él sería el último muchacho en su kafo, en demostrar que sufría. Cuando pisó una espina que se le clavó en el pie, justo antes del mediodía, Kunta se mordió con valor el labio inferior para no gritar de dolor, pero empezó a cojear y a quedarse atrás hasta que Omoro decidió permitirle descansar un momento junto al sendero mientras comían. Su padre le puso una pomada calmante en la herida que lo hizo sentir mejor, pero cuando echaron a andar nuevamente le

volvió a doler, y a sangrar. Al rato la herida se le había llenado de tierra, así que dejó de sangrar, y el constante caminar adormeció el dolor, lo que le permitió seguir a su padre a la distancia establecida. Kunta no estaba seguro, pero le parecía que Omoro había disminuido la marcha un poquito. Para cuando se detuvieron, esa noche, la herida estaba hinchada, y de mal aspecto, pero su padre le aplicó otra pomada, y a la mañana había mejorado y le dolía menos como para soportar su caminata sin demasiado dolor.

Kunta notó con alivio, cuando se hacían al camino al día siguiente, que habían dejado atrás la región de cactus y de espinas y que entraban en una tierra de arbustos, más parecida a Juffure, aunque con más árboles y plantas con flores, más monos y pájaros multicolores. Al aspirar la fragancia de las flores, Kunta se acordó de las veces que había llevado a su hermanito a buscar cangrejos a las márgenes del bolong, mientras esperaban para saludar a su madre y las otras mujeres que volvían remando después de un día de trabajo en los arrozales.

Omoro tomaba el atajo en todos los árboles de los viajeros, pero los niños del primer kafo de todas las aldeas siempre corrían a su encuentro y les contaban las noticias más excitantes del lugar. En una de las aldeas, los pequeños correos vinieron gritando:

-¡Mumbo jumbo! ¡Mumbo jumbo! -y, considerando que habían cumplido con su misión, volvieron corriendo a la aldea. El sendero pasaba lo suficientemente cerca como para que Omoro y Kunta pudieran ver a los lugareños observando a una figura con máscara y disfraz blandiendo una vara sobre la espalda desnuda de una mujer que gritaba de dolor, sostenida por muchas. Todas las mujeres espectadoras proferían gritos agudos cada vez que caía la vara. Por conversaciones que había sostenido con sus compañeros pastores, Kunta sabía que un esposo, si estaba molesto por una esposa peleadora, que le daba problemas, podía ir a otra aldea y traer a un mumbo jumbo a su aldea, que desde su escondite podía proferir gritos amenazantes, y luego aparecer públicamente para castigar a la esposa. Después de eso, todas las mujeres de la aldea se portaban mejor por un tiempo.

En uno de los árboles de los viajeros, no hubo niños que fueran a su encuentro. En realidad, no se veía a nadie, ni se oía un solo ruido en la silenciosa aldea, excepto los gritos de los pájaros y los monos.

Kunta pensó que tal vez los traficantes de esclavos habían llegado también a esa aldea. Esperó en vano que Omoro le explicara el misterio, pero fueron los niños conversadores de la aldea siguiente los que lo hicieron. Señalando camino abajo, les dijeron que el jefe de la aldea hacía cosas que a nadie le gustaban hasta que una noche, no hacía mucho, mientras dormía, todos se habían ido silenciosamente con todas sus posesiones, a las casas de sus amigos y parientes en otras aldeas, dejando detrás a "un jefe vacío", como dijeron los niños, que ahora andaba prometiendo a la gente que se iba a portar mejor, si regresaban.

Como se acercaba la noche, Omoro decidió entrar en la aldea. La multitud bajo el baobab estaba excitada, murmurando. Todos estaban seguros que los nuevos vecinos regresarían a sus casas después de algunos días, cuando le hubieran enseñado una lección a su jefe. Mientras Kunta se llenaba la panza con guisado de maní y arroz, Omoro fue a ver al jaliba de la aldea, para enviar un mensaje por tambor a sus hermanos. Les dijo que lo esperaran a la puesta del próximo sol, y que viajaba con su primogénito.

Kunta había soñado con oír su nombre trasmitido por los tambores a través de la selva, y ahora eso acababa de suceder. El sonido no se iba de sus oídos. Más tarde, mientras yacía en la cama de bambú de la choza de hospitalidad, todo dolorido, Kunta pensó en los otros jalibas agachados sobre los tambores repitiendo su nombre en todas las aldeas de la ruta hasta la aldea de Janneh y Saloum.

Ahora que habían dado el mensaje por tambor, en todos los árboles de los viajeros no estaban solamente los niños desnudos sino también algunos ancianos y músicos. Omoro no pudo rehusar el pedido de un anciano de conceder a la aldea por lo menos el honor de una

breve visita. Mientras los Kinte se refrescaban en las chozas de hospitalidad y compartían comidas y bebidas a la sombra del baobab y de los árboles bombáceos, los adultos se reunían para oír con atención las respuestas que hacía Omoro a sus preguntas, y los kafos primero, segundo y tercero se apiñaban alrededor de Kunta.
Mientras los del primer kafo lo observaban con muda admiración, los de las lluvias de Kunta, y los mayores, dolorosamente celosos, le hacían preguntas respetuosas acerca de su aldea natal y su destino. Él las contestaba gravemente, con la misma dignidad (o así esperaba él) que su padre contestaba las preguntas que le hacían a él. Para cuando partieron, estaba seguro de que los habitantes de esa aldea pensaban que acababan de ver a un joven que se había pasado toda la vida viajando con su padre por los largos senderos de Gambia.

CAPITULO 20

Se habían demorado tanto en la última aldea, que iban a tener que caminar más rápido para llegar a destino a la puesta de sol, como le había prometido Omoro a sus hermanos. Aunque sudaba, y le dolía todo, Kunta encontraba mucho más fácil que antes balancear su atado sobre la cabeza, y se sentía vigorizado con los mensajes de tambor que ahora llenaban el aire anunciando la llegada de griots, jalibas, ancianos y otras personas importantes que representaban aldeas lejanas como Karantaba, Kootacunda, Pisania y Jonkakonda, de las que Kunta nunca había oído hablar. Había llegado un griot del reino de Wooli, anunciaron los tambores, e incluso un príncipe enviado por su padre, el rey de Barra. Mientras sus pies rajados caminaban velozmente por el sendero caliente y polvoriento, se sorprendía al ver cuan famosos y populares eran sus tíos. Pronto se dio cuenta de que prácticamente corría, no sólo para no quedarse demasiado atrás de Omoro, que nuevamente avanzaba a grandes zancadas, sino porque estas últimas horas parecían no pasar nunca.
Por fin, justo cuando el sol empezaba a tornarse púrpura en el horizonte, Kunta vio que de una aldea, no muy lejos, salía humo. La forma ancha y circular que trazaba el humo, le hizo ver que estaban quemando maderas secas de baobab para ahuyentar los mosquitos. Eso significaba que había visitantes importantes en la aldea. Sintió ganas de gritar de alegría. ¡Habían llegado! Pronto empezó a oír el retumbar de un gran tambor tóbalo, ceremonial; suponía que lo tocaban cada vez que un personaje trasponía los portales de la aldea. Entremezclado con el grave tambor se oían los más pequeños, los tan-tang, y los gritos agudos de los bailarines. Luego el sendero daba una vuelta, y entonces vio la aldea, bajo el humo que se elevaba. Junto a un grupo de arbustos vieron a un hombre que los avistó en el mismo instante, y que empezó a señalar y a saludar como si lo hubieran apostado allí para esperar la llegada de un hombre con un niño. Omoro le devolvió el saludo, y éste se inclinó inmediatamente sobre su tambor y anunció: -Omoro Kinte y su primogénito ...
Los pies de Kunta apenas si sentían el suelo. El árbol de los viajeros, que vieron en seguida, estaba adornado con tiras de género, y el sendero original, con espacio para una sola persona, había sido ensanchado por el paso de muchos pies, lo que evidenciaba qué se entraba en una aldea atareada y popular. El sonido de los tan-tangs se volvió más y más fuerte, y de repente aparecieron los bailarines, gritando y gruñendo con sus trajes de hojas y corteza, saltando y girando y golpeando con los pies frente a una multitud que traspuso los portales para dar la bienvenida a los distinguidos visitantes. El tóbalo de la aldea, de tono profundo, empezó a sonar con estruendo mientras dos personas se acercaban

corriendo a través de la multitud. Delante de Kunta, Omoro dejó caer su atado al suelo y corrió hacia ellos. Antes de darse cuenta, Kunta también había dejado caer su atado y corría detrás de su padre.
Los dos hombres y su padre se abrazaban y se daban palmadas. -¿Y éste es nuestro sobrino?-. Los dos hombres alzaron a Kunta y lo abrazaron entre exclamaciones de alegría. Arrastrándolos hacia la aldea, el enorme comité de bienvenida los saludó, pero Kunta no oyó ni vio a nadie, excepto a sus tíos. Ciertamente se parecían a Omoro, pero notó que ambos eran un poco más bajos, más fornidos, más musculosos que su padre. Los ojos de su tío mayor, Janneh, parecían ponerse estrábicos cuando miraba a lo lejos, y los dos hombres se movían con una agilidad casi animal. También hablaban mucho más rápidamente que su padre, mientras lo acosaban de preguntas acerca de Juffure y de Binta.
Por fin Saloum le golpeó la cabeza a Kunta con el puño. -No estamos juntos desde que le dieron el nombre. ¡Y mírenlo ahora! ¿Cuántas lluvias tienes, Kunta?
-Ocho, señor, -contestó cortésmente.
- ¡Casi listo para que lo entrenen! -exclamó su tío.
Alrededor de la alta cerca de bambú de la aldea, habían apilado arbustos espinosos, secos, escondidos entre ellos había estacas de punta afilada para mutilar a cualquier ser, animal o humano, que se atreviera a merodear. Pero Kunta no se fijaba en esas cosas, y sólo miraba de reojo a los de su edad que lo rodeaban. Apenas si oía el estruendo que hacían los loros y los monos encima de sus cabezas, o el ladrido de los perros wuolos debajo, mientras los tíos los llevaban en una gira por la hermosa aldea. Cada choza tenía su patio, dijo Saloum, y el depósito de alimentos secos estaba colocado encima del fuego, para que el humo conservara libre de bichos al arroz, el kouskous y el mijo.
Kunta se mareaba girando la cabeza en todas direcciones para no perderse una vista, un sonido o un olor excitante. Era a la vez fascinante y trastornante oír hablar a la gente en dialectos mandingas que no entendía, aparte de alguna que otra palabra. Como los demás mandingas -excepto los más cultos, como el arafag- Kunta no sabía casi nada de las lenguas de las otras tribus, incluso las que vivían cerca. Pero había pasado el tiempo suficiente junto al árbol de los viajeros para distinguir a las tribus. Los fulas tenían el rostro ovalado, el pelo más largo, los labios más delgados y los rasgos más pronunciados, con cicatrices verticales en la sien. Los wolofs eran extremadamente negros y muy reservados, los serahulis tenían la piel más clara y eran de baja estatura. Y los jolas -no era posible confundirlos- tenían cicatrices en todo el cuerpo, y siempre tenían una expresión feroz en el rostro.
Kunta reconoció a los que pertenecían a las demás tribus, aquí en la nueva aldea, pero había otros que no pudo reconocer. Algunos regateaban en voz alta con los comerciantes que anunciaban sus mercaderías. Las mujeres mayores se interesaban en cueros curados, mientras que las más jóvenes pedían descuento por las pelucas y otros adornos para el pelo, hechos de sisal y de baobab. El grito de "¡Cola! ¡Muy buena cola púrpura!" atraía a un grupo de personas, cuyos pocos dientes estaban teñidos de anaranjado de tanto masticar nueces de cola.
Entre amistosos codazos y empujones, Omoro fue presentado a una cantidad interminable de habitantes de la aldea y de personas importantes de lugares excitantes. Kunta se maravilló al oír la fluidez con que hablaban sus tíos esas lenguas extrañas. Kunta se dejó llevar por la multitud, pues sabía que podría encontrar a su padre y a sus tíos cuando quisiera. Pronto se encontró entre los músicos que tocaban para los que tuvieran ganas de bailar. Luego probó el antílope asado y el guisado de maní molido, que las mujeres de la aldea llevaban constantemente a las mesas, a la sombra del baobab para el que quisiera comer. La comida era buena, pensó Kunta, pero no tan sabrosa como los platos suculentos que las madres de Juffure preparaban para las fiestas de la cosecha.

Al ver a unas mujeres que hablaban excitadamente junto al pozo, Kunta fue hacia ellas, con los oídos tan abiertos como los ojos, y oyó que hablaban de un gran morabito, que estaba a sólo medio día de viaje, por el sendero, y que viajaba con un grupo para rendir honores a la nueva aldea, pues había sido fundada por los hijos del difunto hombre sagrado, Kairaba Kunta Kinte. Kunta sintió gran orgullo al oír que hablaban de su abuelo de una manera tan reverente. Como las mujeres no lo reconocían, pudo oírlas hablar de sus tíos. Era hora de que viajaran menos y se quedaran en el lugar, y tuvieran mujer e hijos, dijo una de las mujeres. -El único problema que tendrán, es que hay tantas doncellas ansiosas por ser esposas de ellos.

Era casi de noche cuando Kunta, con cierta torpeza, se acercó a unos muchachos de su edad. A ellos no parecía importarles que hubiera andado con los adultos tanto tiempo. En su mayoría parecían ansiosos por contarle a Kunta cómo se había formado la nueva aldea. -Todas nuestras familias se hicieron amigas de tus tíos durante sus viajes -dijo un muchacho-. Todos estaban descontentos con la vida que llevaban donde estaban, por una razón u otra-. Mi abuelo no tenía suficiente lugar para que toda su familia y las familias de sus hijos estuvieran cerca -dijo otro-. Nuestro bolong no era bueno para el arroz -agregó un tercero.

Kunta oyó decir que sus tíos empezaron a decirles a sus amigos que conocían un lugar ideal donde pensaban fundar una aldea. Y pronto las familias de los amigos de Janneh y Saloum viajaban por el sendero con sus cabras, gallinas, alfombras de plegaria y otras posesiones.

Pronto anocheció y Kunta observó cómo encendían los fuegos de la nueva aldea, con las ramas que sus nuevos amigos habían recogido más temprano. Como era un momento de celebración, le dijeron que todos los habitantes de la aldea y los visitantes se reunirían alrededor de varios fuegos, en lugar de la antigua costumbre, que establecía que las mujeres y los niños se sentaran alrededor de fuegos separados. El alimano iba a bendecir la reunión, dijeron, y luego Janneh y Saloum ocuparían el centro para narrar historias de sus viajes y sus aventuras. En el círculo, con ellos, estaría el visitante más viejo de todos, un anciano del distante Fulladu, río arriba. Se decía que tenía más de cien lluvias, y que compartiría su sabiduría con todos los que lo quisieran oír.

Kunta corrió a reunirse con su padre junto al fuego justo a tiempo para oír la plegaria del alimano. Después de la plegaria, nadie dijo nada por algunos momentos. Se oía el chirrido de los grillos, y los humeantes fuegos trazaban sombras danzantes en el amplio círculo de rostros. Por fin, habló el arrugado anciano: -Cientos de lluvias antes que el primero de mis recuerdos, se oía hablar de una montaña africana de oro, cuya fama llegaba de allende los ríos. Ella fue la que primero atrajo al toubob a África. -No había ninguna montaña de oro, dijo, pero se habían hallado enormes cantidades de oro en el agua, y se lo había extraído de minas, primero en el Norte de Guinea, luego en las selvas de Ghana-. Al toubob nunca se le dijo de dónde provenía el oro -dijo el viejo-, pues lo que sabe un toubob, en seguida lo saben todos los demás.

Después habló Janneh. En muchos lugares la sal era casi tan preciosa como el oro, dijo. Él y Saloum habían visto cómo se cambiaba oro por sal, en cantidades iguales. La sal se encontraba en espesas franjas debajo de cierta clase de arena, y había cierta agua que cuando se secaba, se convertía en sal que se ponía al sol en grandes cuadrados.

-Una vez hubo una ciudad de sal -dijo el viejo-. La ciudad de Taghaza, cuyos habitantes construían sus casas y mezquitas con bloques de sal.

-Cuéntanos de los extraños animales jorobados de los que has hablado otras veces -exigió una anciana, atreviéndose a interrumpir. A Kunta le hizo acordar a la abuela Nyo Boto.

Una hiena aulló en alguna parte de la noche, y la gente se inclinó hacia adelante en la luz que flameaba. Le tocaba hablar a Saloum. -Los animales llamados camellos viven en el

lugar de la arena interminable. Lo atraviesan guiándose por el sol, las estrellas y el viento. Janneh y yo hemos viajado en estos animales hasta durante tres lunas, con unas pocas gotas de agua.
- ¡Pero deteniéndonos muchas veces para luchar contra los bandidos! -dijo Janneh.
-En una oportunidad fuimos en una caravana de doce mil camellos -continuó diciendo Saloum-. En realidad, eran varias caravanas más pequeñas, que viajaban juntas para protegerse contra los bandidos.
Kunta vio que mientras hablaba Saloum, Janneh desenrollaba una gran pieza de cuero curtido. El anciano hizo un gesto de impaciencia a dos hombres jóvenes que arrojaron algunas ramas secas al fuego. En la luz resplandeciente, Kunta y los demás pudieron seguir el dedo de Janneh que se movía por un extraño dibujo, -Esta es África -dijo. El dedo trazó lo que les dijo que era "el agua grande", al Oeste, y luego "el gran desierto de sal, un lugar mucho más grande que toda Gambia, que señaló en la parte inferior izquierda del dibujo.
-En la costa Norte de África, los barcos de los toubobs traen porcelana, especias, géneros, caballos y una cantidad enorme de cosas hechas por el hombre -dijo Saloum-. Luego los camellos y los burros transportan estas mercaderías tierra adentro a lugares como Sijilmasa, Ghadanes y Marrakech. -El dedo de Janneh mostró dónde quedaban esas ciudades-. Mientras estamos aquí sentados -dijo Saloum-, hay muchos hombres con pesados atados cruzando las espesas selvas, llevando nuestros productos africanos (marfil, cueros, aceitunas, dátiles, nueces de cola, algodón, cobre, piedras preciosas) a los barcos de los toubobs.
A Kunta le daba vueltas la cabeza por las cosas que oía, y se prometió en secreto que algún día él también se aventuraría a ir a esos lugares excitantes.
- ¡El morabito! -Desde el sendero, el tambor que habían apostado trasmitió la noticia. Rápidamente se preparó un grupo para darle la bienvenida: Janneh y Saloum, como fundadores de la aldea, el Consejo de Ancianos, el dimano, el arafang, luego los honorables representantes de las otras aldeas, incluyendo a Omoro; incluyeron a Kunta, con otros de su misma estatura, para representar a los jóvenes de la aldea. Fueron conducidos por los músicos hacia el árbol de los viajeros, regulando su llegada para recibir al hombre sagrado. Kunta observó con fijeza al viejo muy negro, de barbas largas, que iba a la cabeza de un grupo de personas que parecían muy cansadas. Venían hombres, mujeres y niños cargados con enormes atados, excepto algunos hombres que arreaban el ganado y, según le pareció a Kunta, más de cien cabras.
Con rápidos gestos el hombre sagrado bendijo al grupo de bienvenida y les ordenó que se pusieran de pie, pues se habían arrodillado. Luego bendijo especialmente a Janneh y Saloum, y Janneh presentó a Omoro, y Saloum le hizo una seña a Kunta, que se unió corriendo al grupo. -Este es mi primogénito -dijo Omoro-, y lleva el nombre de su abuelo sagrado.
Kunta oyó que el morabito decía unas palabras en árabe, dedicadas a él, que no pudo entender, excepto el nombre de su abuelo, y sintió los dedos del hombre sagrado, que le tocaban la cabeza con la ligereza de las alas de una mariposa, y luego volvió corriendo con los de su edad, cuando el morabito fue presentado a los demás integrantes del comité de recepción, conversando con ellos como si fuera un hombre corriente. Los jóvenes, que estaban con Kunta, empezaron a recorrer el sendero para mirar a las esposas, hijos, estudiantes y esclavos que constituían la parte posterior de la procesión.
Las esposas e hijos del morabito pronto se retiraron a las chozas destinadas para los huéspedes. Los estudiantes, sentándose en el suelo y abriendo sus atados, sacaron libros y manuscritos -propiedad de su maestro, el hombre sagrado- y empezaron a leer en voz alta a los que se habían reunido a escuchar a su alrededor. Kunta vio que los esclavos no entraban en la aldea con los otros. Se quedaron del otro lado de la cerca, sentados en

cuclillas, cerca del ganado y las cabras que habían atado todas juntas. Eran los primeros esclavos que veía Kunta que no se acercaban al resto de la gente.
El hombre sagrado apenas podía moverse, por todas las personas que estaban arrodilladas a su alrededor. Tanto los habitantes de la aldea como los visitantes distinguidos, bajaban la frente hasta la tierra y gemían para que él escuchara sus lamentos; algunos de los que estaban más cerca del gran hombre pretendían tocarle las vestiduras. Algunos le rogaban que visitara su aldea y dirigiera ceremonias religiosas, desde hacía tiempo descuidadas. Otros requerían consejo legal, pues la ley y la religión eran compañeras bajo el Islam. Los padres pedían que les diera nombres significativos para sus hijos. Las personas de aldeas sin arafang le preguntaban si uno de sus estudiantes no podían enseñar a sus hijos.
Los estudiantes estaban atareados vendiendo cuadraditos de cuero de cabra, con la marca sagrada, se cosía luego, pasando a ser un hombre sagrado para que él les hiciera su marca. Un pedazo de cuero de cabra, con la marca sangrada, se cosía luego, pasando a ser un valioso amuleto, como el que llevaba Kunta en la parte superior del brazo, y aseguraba la constante cercanía de Alá a quien lo llevara. Con los dos caparazones de molusco que había llevado desde Juffure, Kunta compró un cuadrado de cuero de cabra y se unió a la muchedumbre que empujaba para acercarse al morabito.
Se le ocurrió a Kunta que su abuelo había sido un hombre así, que tenía el poder, concedido por Alá, de hacer llover sobre una aldea que se moría de hambre; así había salvado a Juffure el Kairaba Kunta Kinte. Así se lo habían dicho sus amadas abuelas Yaisa y Nyo Boto, desde que tenía edad como para entender. Pero recién ahora, por primera vez, llegaba a comprender la grandeza de su abuelo, y del Islam. A sólo una persona, pensó Kunta, le iba a decir por qué había decidido gastar sus dos preciosos caparazones. Ahora esperaba con su cuadradito de cuero a que le tocara el turno con el hombre sagrado. Iba a llevar el precioso cuero de cabra a su aldea, para dárselo a Nyo Boto, para pedirle que lo guardara hasta que llegara el momento de hacer un amuleto para el brazo de su primogénito.

CAPITULO 21

El kafo de Kunta, amargado de envidia por el viaje, esperaba que regresara a Juffure henchido de engreimiento, por lo que se decidió -aunque nadie lo dijo- no demostrar interés en él o en sus viajes cuando volviera a la aldea. Y así lo hicieron sin importarles cuánto le dolería a Kunta volver a su hogar y ver que sus compañeros de toda la vida se comportaban como si nunca se hubiera alejado, e interrumpían la conversación cuando se acercaba. Su querido amigo Sitafa se mostraba más frío aún que los demás. Kunta se sentía tan molesto que apenas si pensaba en su nuevo hermanito, Suwadu, que había nacido cuando él estaba afuera con Omoro.
Un mediodía, mientras las cabras pastoreaban, Kunta decidió pasar por alto la mezquindad de sus compañeros y hacer las paces. Se dirigió hacia donde estaban comiendo, se sentó entre ellos y empezó a hablar. -Ojalá pudieran haber ido conmigo -dijo con tranquilidad, y sin esperar la reacción, empezó a contarles acerca de su viaje.
Les contó lo duro que habían sido los días de viaje, cómo le dolían los músculos, el miedo que había sentido al pasar junto a los leones. Y describió las distintas aldeas por las que había pasado y la gente que allí vivía. Mientras hablaba, uno de los muchachos se levantó para agrupar a sus cabras, y cuando regresó -como si no se diera cuenta- se sentó más cerca de Kunta. Pronto los otros hacían exclamaciones para acompañar las palabras de Kunta, y

antes de que se dieran cuenta, justo cuando les estaba contando acerca de la llegada a la aldea de sus tíos, ya era hora de volver a llevar las cabras.
A la mañana siguiente, en el patio de la escuela, todos los muchachos tuvieron que esforzarse para que el arafang no sospechara que estaban impacientes por irse. Cuando estuvieron finalmente con las cabras, se reunieron alrededor de Kunta, y éste empezó a contarles acerca de las diferentes tribus y lenguas que se mezclaban en la aldea de sus tíos. Estaba por la mitad de uno de los cuentos de Janneh y Saloum acerca de lugares lejanos -los muchachos estaban absortos en sus palabras- cuando el silencio del campo se vio interrumpido por el feroz ladrido de un perro wuolo y el berrido agudo y aterrorizado de una cabra.
Saltando del susto, vieron en el extremo de los pastos altos una gran pantera amarilla, que dejaba caer una cabra de sus fauces y embestía contra dos perros. Los muchachos seguían parados, inmóviles, demasiado asustados para moverse, cuando uno de los perros fue arrojado con fuerza hacia un costado por las garras de la pantera; el otro perro saltaba enloquecido hacia adelante y hacia atrás. La pantera se agazapó, lista para saltar. El ruido horrible que hacía ahogaba los ladridos desesperados de los otros perros y los gritos de las cabras, que corrían en todas direcciones.
Los muchachos también corrieron, gritando, tratando de alcanzar a las cabras. Pero Kunta se dirigió, ciego, hacia la cabra caída, que era de su padre. -¡Detente, Kunta, no! -exclamó Sitafa para tratar de que no se interpusiera entre los perros y la pantera. No logró hacerlo, pero cuando la pantera vio a los dos muchachos que corrían hacia él, gritando, retrocedió algunos pasos, luego se volvió y huyó a la selva con los perros enfurecidos detrás.
Él hedor de la pantera y la cabra deshecha hicieron que Kunta se sintiera descompuesto. Del cuello retorcido le chorreaba la sangre oscura; tenía la lengua afuera y los ojos en blanco. Lo que más le impresionó a Kunta fue que por el tajo que tenía en el vientre se le veía un cabrito por nacer, aún con vida. Cerca estaba el primer perro wuolo, aullando de dolor. Tenía el costado abierto y trataba de arrastrarse hasta Kunta. El muchacho vomitó donde estaba, luego se volvió, muy pálido, y miró el rostro angustiado de Sitafa.
A través de las lágrimas, Kunta alcanzó a ver a algunos de los otros muchachos rodeándolo. Miraban el perro herido y la cabra muerta. Luego lentamente se fueron yendo, todos excepto Sitafa, que le pasó un brazo por los hombros. No dijeron nada, pero ambos pensaban en algo que no se había dicho en voz alta: ¿Cómo le iba a decir a su padre? Kunta logró por fin hablar: -¿Me puedes cuidar las cabras? -le preguntó a Sitafa-. Debo llevarle este cuero a
mi padre.
Sitafa se acercó a conversar con los otros muchachos, y dos de ellos rápidamente alzaron al perro herido y se lo llevaron. Kunta le hizo una seña a Sitafa para que se reuniera con los demás. Arrodillándose junto a la cabra empezó a cortar y tirar con el cuchillo, tal como le había visto hacer a su padre, hasta que finalmente, cuando se puso de pie, tenía el cuero de la cabra en las manos. Juntó algunas malezas y con ellas cubrió el cuerpo del animal y el nonato, y empezó a caminar en dirección a la aldea. Ya en otra oportunidad había descuidado a las cabras, jurando que no volvería a suceder. Pero había vuelto a suceder, y esta vez había muerto una cabra.
En su desesperación rogó que fuera una pesadilla, y que pudiera despertarse ya, pero entonces vio el cuero que llevaba. Deseó la muerte. Sabía que su desgracia deshonraría a sus antepasados. Alá lo estaba castigando por sus alardes, pensó, avergonzado. Se detuvo para arrodillarse hacia la dirección por donde salía el sol e imploró perdón.
Al ponerse de pie vio que los de su kafo habían reunido a todas las cabras y se estaban preparando para arrearlas a la aldea. Estaban recogiendo ya su carga de leña. Un muchacho llevaba el perro herido. Había otros dos perros que cojeaban. Cuando Sitafa vio que Kunta

los miraba, depositó su carga de leños en el suelo y echó a andar hacia su amigo, pero éste le indicó por señas que volviera con los otros.
Cada paso que daba por el transitado sendero de las cabras parecía llevarlo más cerca del fin, del fin de todo. Sentía oleadas de culpa, terror y entumecimiento que se sucedían una tras otra. Lo echarían de la aldea. Iba a echar de menos a Binta, a Lamin, a la vieja Nyo Boto. Hasta echaría de menos la clase del arafang. Pensó en su abuela Yaisa, en el abuelo santo cuyo nombre llevaba, ahora deshonrado; en sus dos tíos viajeros, que habían fundado una aldea. Se dio cuenta de que no llevaba su carga de leña. Pensó en la cabra, de la que se acordaba muy bien, siempre tan nerviosa, siempre alejándose de las otras al trote. Y pensó en el cabritillo, sin nacer. Y mientras pensaba en todo esto, no dejaba de pensar en lo que más temía: su padre.
Su mente le daba vueltas. Se detuvo, como si hubiera echado raíces, sin respirar, mirando fijamente hacia delante en el sendero. Omoro corría en su dirección. Ninguno de los muchachos se habría animado a decirle nada. ¿Cómo se había enterado?
-¿Estás bien? -preguntó su padre.
La lengua de Kunta parecía pegada al paladar. -Sí, papá -dijo por fin. Para entonces Omoro le estaba tocando la barriga, para ver si la sangre que empapaba su dundiko no era la de él.
Incorporándose, Omoro tomó el cuero y lo extendió sobre el pasto. -¡Siéntate! -le ordenó-, y Kunta se sentó, temblando. Omoro se sentó enfrente.
-Hay algo que debes saber -dijo Omoro-. Todos los hombres cometen errores. Cuando tenía tus lluvias, un león me comió una de las cabras.
Tirándose de la túnica, Omoro se descubrió la cadera izquierda. La cicatriz pálida y profunda impresionó a Kunta. -Yo aprendí, y tú debes aprender. ¡Nunca te acerques a un animal peligroso! -Lo miró a los ojos-. ¿Me entiendes?
-Sí, papá.
Omoro se puso de pie, tomó el cuero de cabra y lo tiró entre los arbustos. .-Entonces eso es todo lo que hay que decir.
A Kunta le daba vueltas la cabeza, mientras caminaba detrás de Omoro hacia la aldea. Más grande aún que su culpa, y que su alivio, era el amor que sentía en ese momento por su padre.

CAPITULO 22

Kunta había alcanzado su décima lluvia, y los muchachos del segundo kafo estaban a punto de completar la educación que recibían dos veces por día desde su quinta lluvia. Cuando llegó el día de la graduación, los padres de Kunta y de sus compañeros se sentaron en el patio del arafang, henchidos de orgullo, en las primeras filas, delante aun de los ancianos de la aldea. Kunta y los demás estaban sentados en cuclillas ante el arafang mientras el alimano rezaba. Luego el arafang se puso de pie y empezó a mirar a sus alumnos que levantaban la mano para que les hiciera preguntas. Kunta fue el primero que escogió.
-¿Cuál era la profesión de tus antepasados, Kunta Kinte? -preguntó.
-Hace cientos de lluvias, en la tierra de Mali -contestó Kunta con seguridad- los Kinte eran herreros, y sus mujeres hacían alfarería y tejidos. -Cada vez que un alumno contestaba correctamente, los presentes daban exclamaciones de placer.
Luego el arafang hizo una pregunta de matemática: -Si un mandril tiene siete esposas, cada esposa tiene siete hijos, y cada hijo come siete maníes durante siete días, ¿cuántos maníes robó el mandril de la granja de algún hombre? -Después de pensar con desesperación y de

escribir continuamente con las plumas de ganso en las pizarras de madera de álamo, el primero en dar la respuesta correcta fue Sitafa Silla, y las exclamaciones de alabanza de la multitud ahogaron los gruñidos de los otros muchachos.
Luego los muchachos escribieron su nombre en árabe, como se les había enseñado. Y el arafang ponía en alto, una por una, las pizarras de sus alumnos, para que los padres y los otros espectadores vieran por sí mismos los frutos de la educación. Como los demás, Kunta había encontrado que era más difícil leer los signos que escribirlos. Muchas mañanas y tardes, cuando el arafang les pegaba en los nudillos, todos habían deseado que la escritura hubiera sido tan fácil de entender como los mensajes de los tambores, que hasta los niños de la edad de Lamin entendían como si alguien les estuviera hablando.
El arafang les ordenó que se pusieran de pie, uno por uno. Por fin le llegó el turno a Kunta.- -¡Kunta Kinte! -Todos tenían los ojos clavados en él. Kunta sintió el gran orgullo de su familia, en la primera fila, e incluso el de sus antepasados, enterrados cerca de la aldea, y en especial el de su querida abuela Yaisa. De pie leyó un verso de la última página del Corán; al terminar llevó el libro a la frente y apretándolo dijo-: ¡Amén! -Cuando todos terminaron de leer, el maestro le dio la mano a cada uno de sus discípulos y anunció en voz alta que su educación se había completado. Ahora los muchachos pertenecían al tercer kafo, y todos dieron gritos de alegría. Binta y las demás madres rápidamente quitaron lo que cubría a los recipientes y calabazas que habían llevado, repletas de comidas deliciosas, y la ceremonia de graduación terminó en una fiesta en la que se comió muy bien.
A la mañana siguiente, cuando Kunta fue a llevar las cabras a pastorear, Omoro lo estaba esperando. Señalando un chivo y su pareja, le dijo: -Estos dos son tu regalo por terminar la escuela. -Casi antes de que Kunta pudiera balbucear su agradecimiento, Omoro se alejó sin decir otra palabra, como si dar un par de cabras fuera cosa de todos los días y Kunta hizo todo lo posible por no parecer demasiado excitado. Pero no bien su padre desapareció. Kunta dio un grito tan grande de alegría, que sus nuevas posesiones dieron un brinco y echaron a correr, seguidas por todas las demás cabras. Para cuando las alcanzó y las logró llevar hasta el campo, sus demás compañeros ya estaban allí, señalando sus nuevas cabras. Tratándolas como a animales sagrados, los muchachos las condujeron a los pastos más tiernos, imaginando ya los fuertes cabritos que pronto tendrían, y los que estos procrearían a su vez, hasta que cada muchacho tendría una manada tan grande como la de su padre.
Las lunas transcurrían, convirtiéndose en estaciones, hasta que así pasó otra lluvia para Kunta, y su kafo le enseñó al de Lamin a cuidar las cabras. Se acercaba un acontecimiento largamente esperado. Todos los días Kunta y sus compañeros sentían una alegría mezclada con ansiedad ante la inminencia de la próxima fiesta de la cosecha, a cuya finalización los muchachos del tercer kafo -entre diez y quince lluvias- serían llevados a un lugar lejos de Juffure, y cuando regresaran, al cabo de cuatro lunas, serían hombres.
Kunta y los otros se portaban como si no pensaran ni se preocuparan por ese asunto. Pero no pensaban en nada más, y observaban y escuchaban a los adultos para ver si oían algo referente al entrenamiento iniciático. Al comienzo de la estación seca, cuando varios padres se fueron de Juffure calladamente y estuvieron ausentes dos o tres días, para luego regresar tal como se habían ido, los muchachos empezaron a comentar el hecho con gran reserva, especialmente después que Kalilu Conteh oyo decir a su tío que habían hecho una gran cantidad de reparaciones muy necesarias a su jujuo, la aldea destinada al entrenamiento, que hacía casi cinco lluvias que no se usaba, desde el último entrenamiento, y había estado a merced de la intemperie y de los animales desde entonces. Los padres intercambiaron opiniones en secreto, preguntándose quién sería elegido por el Consejo de los Ancianos para servir de kintango, el encargado del entrenamiento. Kunta y todos sus compañeros habían oído muchas veces cómo sus padres, tíos y hermanos mayores

hablaban reverentemente de los kintangos que habían supervisado su entrenamiento hacía muchas lluvias.
Justo antes de la estación de la cosecha los muchachos del tercer kafo, excitados, comentaron entre ellos, cómo sus madres silenciosamente les habían medido la cabeza y los hombros con una cinta de coser. Kunta hacía lo posible por olvidar esa mañana, cinco lluvias atrás, cuando él y sus compañeros, recientes pastores, habían visto con terror cómo los muchachos mayores habían sido arrastrados, gritando, por un grupo de enmascarados que aullaban y blandían lanzas: eran bailarines kankurang. Todavía ese momento era un recuerdo vivido: le parecía ver a los muchachos encapuchados, y cómo los mayores los pateaban.
El tóbalo pronto empezó a tronar, anunciando el comienzo de la nueva cosecha, y Kunta se reunió con los demás habitantes de la aldea en los campos. Estaba contento porque empezaban los días de trabajo duro, porque así estaría lo suficientemente ocupado y cansado como para poder pensar en lo que le aguardaba. Pero cuando terminó la cosecha y empezó la fiesta, encontró qué no podía gozar de la música, el baile y la fiesta como los demás, como él mismo había disfrutado toda su vida. En realidad, cuanto más se divertía la gente, más desgraciado se sentía, hasta que por fin pasó los últimos dos días de la fiesta sentado solo a orillas del bolong, tirando piedras al agua.
La víspera del último día de la fiesta, Kunta estaba en la choza de Binta terminando silenciosamente su comida nocturna de guisado de maní con arroz cuando vio entrar a Omoro. Por el rabillo del ojo vio que su padre levantaba algo blanco; antes de poder darse vuelta, Omoro le encasquetó un capuchón en la cabeza. Kunta se sintió como adormecido de terror. Su padre lo tomó de un brazo, obligándolo a ponerse de pie, luego lo hizo retroceder hasta hacerlo sentar sobre un banquito bajo. Kunta se sintió mejor, porque las piernas le parecían como de agua y la cabeza muy liviana. Respiraba con jadeos cortos; sabía que si trataba de moverse se caería del banco. Así que se quedó muy quieto, tratando de acostumbrarse a la oscuridad. Tan aterrorizado estaba que le pareció doblemente oscuro. Sintió en el labio superior la humedad de su cálido aliento dentro de la caperuza, y entonces se le ocurrió que seguramente esa misma caperuza habría sido usada por su padre. ¿Habría estado igualmente asustado Omoro? No era posible imaginarlo. Kunta se avergonzó por ser la deshonra del clan de los Kinte.
Había un profundo silencio en la choza. Luchando por sobreponerse al miedo que le anudaba el estómago, Kunta cerró los ojos y se forzó por oír algo, cualquier cosa. Le pareció que oía moverse a Binta, pero no podía estar seguro. ¿Dónde estarían Lamin y Suwadu? El bebé estaría haciendo ruido. Sólo sabía una cosa: ni Binta ni ninguna otra persona le iba a hablar, y mucho menos a levantarle la caperuza. Y luego Kunta pensó qué horrible sería si alguien le levantaba la caperuza, porque entonces verían lo asustado que estaba, y se darían cuenta de que no era digno de unirse a sus compañeros de kafo en el entrenamiento.
Hasta los niños del tamaño de Lamin sabían -Kunta se lo había contado- lo que podía pasarle al muchacho que se mostrara cobarde o débil y que no pudiera resistir el entrenamiento que convertía a los muchachos en cazadores, en guerreros, en hombres, en un período de doce lunas. ¿Y si él fracasaba? Empezó a tragarse el miedo, recordando que le habían dicho que el muchacho que fracasaba era tratado como niño durante el resto de su vida, aunque tuviera la apariencia de un hombre crecido. Lo evitarían, y la aldea nunca permitiría que se casara, por temor a que engendrara a otros iguales a él. Kunta había oído decir que esos tristes casos tarde o temprano se iban de la aldea, y no regresaban nunca. Ni sus propios padres o hermanos volvían a mencionar sus nombres. Kunta se vio huyendo subrepticiamente de Juffure, como una hiena sarnosa, despreciado por todos. Era algo horrible.

Después de un tiempo, Kunta se dio cuenta de que débilmente se oían los tambores y los gritos de los bailarines, a lo lejos. Pasó más tiempo. Se preguntó qué hora sería. Supuso que sería cerca de la hora sutoba, a media distancia entre el atardecer y él amanecer, pero al rato oyó que el alimano llamaba con su voz aguda, para la plegaria safo, así que era dos horas después de la medianoche. La música cesó, y Kunta supo que los habitantes de la aldea habían terminado las celebraciones y que los hombres iban apresuradamente a la mezquita.

Kunta esperó hasta que le pareció que habían terminado las plegarias, pero no se volvió a oír la música. Aguzó el oído, pero sólo se oía el silencio. Finalmente se quedó dormido, pero se despertó sobresaltado unos momentos después. Todo seguía en silencio, y estaba más oscuro, bajo la caperuza, que una noche sin luna. Por fin, débilmente, oyó los primeros gritos de las hienas. Sabía que precedían a los aullidos, que continuarían, pavorosos, hasta el amanecer.

Kunta sabía que durante la semana de la fiesta de la cosecha, con la primera luz del amanecer, sonaría el tóbalo. Se quedó esperando que eso sucediera, que sucediera cualquier cosa. Sintió que empezaba a enojarse, pues esperaba que el tóbalo sonara en cualquier momento, pero no sucedía nada. Rechinó los dientes y siguió esperando. Y luego, por fin, después de dormirse y despertarse varias veces, se sumió en un profundo sueño. Cuando oyó el sonar del tóbalo se despertó de un salto. Tenía las mejillas calientes de vergüenza por haberse quedado dormido.

Acostumbrado ya a la oscuridad de la caperuza, a Kunta le parecía ver las actividades del día por los sonidos: el canto de los gallos, el ladrido de los perros wuolos, el aullido del alimano, el golpetear de los morteros de las mujeres, preparando el kouskous del desayuno. Sabía que la plegaria matinal a Alá estaría dedicada al éxito del entrenamiento que estaba a punto de empezar. Oyó movimientos en la choza, y le pareció que era Binta. Era extraño: no la podía ver, pero sabía que era su madre. ¿Cómo estarían Sitafa y sus otros compañeros? Se sorprendió al darse cuenta de que durante toda la noche no había pensado en ellos ni un solo momento. Debían haber tenido una noche tan larga como la de él.

Cuando empezó a sonar la música de koras y balafons fuera de la choza, Kunta oyó gente que caminaba, conversando, más y más alto. Los tambores se unieron a las voces, con ritmo agudo y cortante. Un momento después su corazón pareció detenerse: había oído el movimiento repentino de alguien que entraba en la choza. Antes de poder prepararse para resistir lo tomaron por las muñecas, y con violencia lo alzaron del banco para sacarlo por la puerta de la choza hasta que se sintió rodeado por los tambores incisivos y la gente que chillaba.

Sintió manos que le pegaban y pies que lo pateaban. Kunta pensó en huir de alguna manera, pero cuando estaba a punto de intentarlo, una mano firme pero suave tomó una de las suyas. Respirando con ruido bajo la caperuza, Kunta se dio cuenta de que ya no le pegaban ni lo pateaban, y que los chillidos se alejaban. Supuso que la gente había ido a alguna otra choza, y que la manó que asía la suya debía pertenecer al esclavo contratado por Omoro, como hacían todos los padres, para que escoltara a su hijo encapuchado al jujuo.

Los gritos de la gente alcanzaban tonos de frenesí cada vez que arrastraban a un muchacho fuera de su choza, y Kunta se alegró de no poder ver a los bailarines kankurang, que proferían alaridos aterradores cada vez que saltaban en el aire blandiendo sus lanzas. Los tambores grandes y los tambores pequeños -todos los tambores de la aldea, parecía- tocaban sin cesar mientras el esclavo conducía a Kunta más y más rápido, entre hileras de personas que gritaban a ambos lados, exclamando: "¡Cuatro lunas!" y "¡Serán hombres!".

Kunta tenía ganas de romper a llorar. Deseó desesperadamente poder extender la mano y tocar a Omoro, a Binta, a Lamin, aun al lloriqueante Suwadu, porque no podría soportar

cuatro largas lunas sin ver a quienes tanto amaba, aunque recién se daba cuenta de ello. Los oídos le comunicaron que él y su guía se habían unido a una fila que marchaba al compás del ritmo veloz de los tambores. Cuando traspusieron las puertas de la aldea -se dio cuenta porque el ruido de la multitud empezó a disminuir- sintió que gruesas lágrimas le mojaban las mejillas. Cerró los ojos con fuerza, como para esconder las lágrimas hasta de sí mismo.

Igual que había sentido la presencia de Binta en la choza, ahora sintió, como un olor, el miedo de sus compañeros de kafo que marchaban adelante y detrás de él en la fila, y se dio cuenta de que este era tan grande como el suyo. Pero eso no le hizo sentir menos vergüenza. Mientras caminaba bajo la blanca caperuza, sabía que dejaba atrás mucho más que a su padre y a su madre, a sus hermanos y la aldea de su nacimiento, y eso lo llenó de tristeza y terror. Pero sabía que era inevitable, que le había pasado a su padre y que algún día también le pasaría a su hijo. Regresaría, pero como un hombre.

CAPITULO 23

Se estaban acercando -estarían a tiro de piedra, calculó Kunta- a un bosquecillo de bambúes recién cortados. A través de la caperuza podía aspirar la rica fragancia de madera de bambú fresca. Se acercaron, marchando; el olor se hizo más y más fuerte; ya estaban en la barrera, luego la traspusieron, aunque aún seguían al aire libre. Por supuesto: era una cerca de bambú. De repente los tambores se detuvieron y ellos hicieron un alto. Durante un rato Kunta y los demás se quedaron inmóviles y en silencio. Aguzó los oídos para tratar de captar algún indicio que le revelara por qué se habían detenido, o dónde estaban, pero no se oía más que el parloteo de los loros y el griterío de los monos sobre su cabeza.

Luego, de pronto, le levantaron la caperuza. Se quedó parpadeando en el sol de la media tarde, tratando de adecuar la vista a la luz. Tenía miedo hasta de darse vuelta a mirar a sus compañeros de kafo, porque delante de ellos estaba el anciano Silla Ba Dibba, adusto y lleno de arrugas. Como todos los demás, Kunta conocía bien a él y a su familia. Pero Silla Ba Dibba actuaba como si no los hubiera visto nunca, en realidad, como si no los estuviera viendo ahora. Sus ojos estudiaban el rostro de los muchachos, de la misma manera que si se tratara de observar gusanos arrastrándose. Kunta sabía que este seguramente era su kintango. A ambos lados había dos hombres más jóvenes, Ali Sise y Soru Tura, a quienes Kunta también conocía muy bien; Soru era amigo de Omoro. Kunta agradeció que Omoro no estuviera allí, pues vería a su hijo muy asustado.

Como se les había enseñado, los veintitrés muchachos del kafo se pusieron la mano extendida sobre el corazón y saludaron a sus mayores de la manera tradicional: -¡Paz! -¡Sólo paz! -replicaron el kintango y sus asistentes. Cuidando de no mover la cabeza, Kunta abrió los ojos y vio que estaban en un claro lleno de pequeñas chozas de paredes de barro y techo de paja, rodeadas por la cerca de bambú recién cortado. Vio dónde habían arreglado las chozas, indudablemente sus padres, esos días que desaparecieron de Juffure. Vio todo esto sin mover un solo músculo. Pero al momento siguiente dio un respingo.

-Los que dejaron la aldea de Juffure eran niños -dijo de repente el kintango en voz alta-. Si van a regresar como hombres, deben olvidar sus temores, porque una persona temerosa es una persona débil, y una persona débil es un peligro para su familia, para su aldea y para su tribu. -Los fulminó con la mirada, como si nunca hubiera visto un grupo más despreciable, y luego se volvió. Entonces sus dos asistentes saltaron hacia adelante y con ayuda de varas flexibles les empezaron a pegar en los hombros y en la espalda mientras los arreaban, como si fueran cabras, a sus chozas de barro.

Acurrucados en la choza vacía, Kunta y sus cuatro compañeros estaban demasiado aterrorizados para sentir el ardor de los golpes que acababan de recibir, y demasiado avergonzados para levantar la cabeza y mirarse entre sí. Después de un rato, cuando pareció que no recibirían más abusos por ahora, Kunta empezó a mirar subrepticiamente a sus compañeros. Ojalá Sitafa estuviera con él en la misma choza. Conocía a los otros, por supuesto, pero a nadie tanto como a su hermano yayo, y eso lo deprimió. Pero a lo mejor no se debe a una casualidad, razonó. Probablemente no quieren que tengamos ni el menor alivio. A lo mejor ni siquiera nos van a dar de comer, pensó, cuando el estómago le empezó a doler de hambre.

Inmediatamente después de la puesta del sol, los asistentes irrumpieron en la choza. -¡A moverse! -La varilla le dio en los hombros, y él y los otros salieron desordenadamente al anochecer, tropezándose con los muchachos de las otras chozas; a varillazos y a los gritos fueron agrupados y alineados; cada muchacho le daba la mano al que tenía adelante. Cuando todos estuvieron alineados, el kintango los miró ferozmente y les anunció que estaban a punto de iniciar una excursión nocturna a la selva circundante.

Cuando les dieron la orden de marchar, los muchachos echaron a andar en torpe desorden, y las varas cayeron profusamente. -¡Caminan como búfalos! -oyó Kunta que le decían muy cerca. Un muchacho dio un grito cuando le pegaron, y los dos asistentes exclamaron en la oscuridad-: ¿Quién fue? -y los varillazos volvieron a caer sobre todos. Después de eso ninguno dijo nada.

A Kunta pronto le empezaron a doler las piernas, pero no tan pronto ni tanto, si no hubiera aprendido a caminar con resistencia al seguir a su padre en el viaje a la aldea de Janneh y Saloum. Se sintió contento al pensar que a los otros muchachos les debían doler mucho más las piernas, porque no tenían práctica. Pero nada de lo que había aprendido le servía para apaciguar el hambre y la sed. Sentía un nudo en el estómago, y empezaba a sentir ligera la cabeza, cuando llegaron a un arroyo e hicieron un alto. El reflejo de la brillante luna en el agua, ondeó cuando los muchachos arrodillados empezaron a sacar agua con las dos manos. Un momento después los asistentes del kintango les ordenaron alejarse del agua, para que no bebieran demasiado y tan de golpe; luego abrieron los atados que llevaban sobre la cabeza y empezaron a distribuir pedazos de carne desecada. Los muchachos empezaron a dar mordiscones a la carne como si fueran hienas; Kunta masticaba y tragaba tan rápido que apenas si probó los cuatro bocados que logró sacar.

Los muchachos tenían grandes ampollas en los pies, y Kunta estaba igual que los demás, pero se sentía mejor con comida y agua en el estómago, así que apenas si le preocupaban los pies. Sentados junto al arroyo, él y sus compañeros de kafo empezaron a mirarse a la luz de la luna, esta vez, más que asustados, demasiado cansados para hablar. Kunta y Sitafa intercambiaron una larga mirada, sin poder apreciar, en la débil luz, si se sentían igualmente desgraciados.

Apenas si habían tenido tiempo de refrescar los pies en el agua cuando los asistentes del kintango les ordenaron volver a formar para emprender el largo camino de regreso al jujuo. No sentía los pies, ni tampoco la cabeza, cuando finalmente avistaron la cerca de bambú, poco antes del amanecer. Sintiéndose morir, caminó pesadamente hasta la choza, tropezó con otro muchacho que ya había llegado, perdió pie, se cayó en el piso de tierra, y se quedó profundamente dormido en ese mismo lugar.

Durante las seis noches siguientes se sucedieron las marchas, cada una más larga que la anterior. El dolor de sus pies ampollados era terrible, pero Kunta descubrió para la cuarta noche que en cierto modo el dolor no le importaba tanto, y empezó a sentir una nueva emoción: el orgullo. Para la sexta marcha, él y sus compañeros descubrieron que aunque la noche era muy oscura ya no necesitaban llevarse de la mano para mantenerse en línea recta.

La séptima noche coincidió con la primera lección personal del kintango: les mostró cómo los hombres, en la profundidad de la selva, utilizaban las estrellas para guiarse, y nunca se perdían. Para la primera media luna, cada uno de los muchachos sabía conducir al resto, por las estrellas, de regreso al jujuo. Una noche en que Kunta los guiaba, casi pisó a una rata de matorral, pero ésta lo vio y corrió a esconderse. Kunta estaba tan orgulloso como alarmado, pues esto significaba que caminaban tan silenciosamente que ni siquiera los animales los oían.

Pero los animales, les dijo el kintango, eran los mejores maestros del arte de la caza, y esa era una de las cosas más importantes que debía aprender un mandinga. Cuando el kintango quedó satisfecho con la manera en que marchaban, llevó al kafo, durante la siguiente media luna, a lo más profundo del matorral, lejos del jujuo, y allí hicieron refugios colgantes para dormir, como parte de innumerables lecciones para llegar a ser un simbon. A Kunta le parecía que recién acababa de cerrar los ojos cuando ya uno de los asistentes del kintango los despertaba a gritos para una nueva sesión de entrenamiento.

Los asistentes del kintango les señalaban los lugares en que los leones se habían agazapado recientemente a esperar a que pasara algún antílope, para saltar sobre él y matarlo, y luego adonde habían ido los leones después de la comida a pasar el resto de la noche.

Seguían hacia atrás los rastros de la manada de antílopes hasta que tenían una idea cabal de todo lo que habían hecho el día antes de toparse con los leones. El kafo inspeccionaba las anchas grietas en las rocas, donde se escondían los lobos y las hienas. Empezaron a aprender muchas tretas para cazar que nunca se habían imaginado posibles. Nunca se habían dado cuenta, por ejemplo, que el primer secreto del maestro simbon era no moverse nunca de manera abrupta. El viejo kintango les contó la historia de un cazador tonto que por fin se murió de hambre en una zona llena de presas, porque era tan torpe que hacía mucho ruido, yendo de aquí para allá, y todos los animales a su alrededor, de todas clases, silenciosa y rápidamente se escabullían, sin que él se diera cuenta siquiera de que habían estado cerca.

Los muchachos se sentían igual que ese torpe cazador, durante las lecciones en que tenían que imitar los sonidos de los animales y los pájaros. El aire se llenaba de sus gruñidos y silbidos, pero ningún animal ni pájaro se acercaba. Luego, les ordenaban quedarse muy quietos en escondites, mientras el kintango y sus asistentes hacían lo que a ellos les parecía eran sonidos idénticos, y pronto se acercaban los animales y los pájaros, moviendo la cabeza en busca de los otros que los habían llamado.

Una tarde, cuando los muchachos estaban practicando las llamadas de los pájaros, de repente un ave corpulenta, con un pico enorme, se posó con un fuerte graznido en un arbusto cercano. -¡Miren! -gritó uno de los muchachos, riendo, y todos los demás se sintieron con el corazón en la boca, porque sabían que ese grito iba a hacer que los castigaran a todos. Ese mismo muchacho había hecho lo mismo varias veces -tenía el hábito de actuar sin pensar- pero ahora el kintango les dio una sorpresa. Se dirigió al muchacho y le dijo con severidad: -¡Tráeme ese pájaro, y vivo! -Kunta y sus compañeros contuvieron la respiración, mientras observaban cómo el muchacho se agazapaba y se arrastraba hacia el arbusto en el que estaba posado el pájaro tonto, moviendo la cabeza de un lado para otro. Pero cuando el muchacho saltó, el pájaro se las arregló para escaparse de sus garras, batiendo desesperadamente sus cortas alas hasta alzar el cuerpo voluminoso sobre los arbustos. El muchacho salió corriendo detrás de él, y pronto ambos desaparecieron.

Kunta y los demás se quedaron atónitos. Era obvio que no existían límites a lo que les podía llegar a ordenar el kintango. Durante los tres días y dos noches siguientes, mientras tenían sus sesiones de entrenamiento, los muchachos echaban largas miradas de reojo a los matorrales y luego entre sí, preguntándose, preocupados, qué le habría pasado al

compañero que faltaba. Por más que los había fastidiado al hacerlos castigar a todos, por cosas que había hecho él, ahora que había desaparecido, parecía como que les faltara algo que pertenecía a todos.
Los muchachos se estaban levantando a la mañana del cuarto día cuando el vigía del jujuo indicó que se acercaba alguien. Un momento más tarde llegó el mensaje del tambor: era el muchacho perdido. Todos corrieron a recibirlo, vitoreando como si se tratara de su propio hermano, que volvía de un largo viaje a Marrakech. Estaba flaco y sucio, lleno de heridas y moretones, y se inclinaba al recibir las palmadas que le daban los compañeros en la espalda. Pero se las arreglaba para sonreír débilmente, y tenía razón para hacerlo: bajo su brazo, con las alas y las patas atadas con una guía, llevaba el pájaro. Tenía peor aspecto aun que él, pero todavía estaba vivo.
El kintango salió, y aunque se dirigía al muchacho, estaba claro que la lección era para todos: -Esto te enseñó dos cosas importantes: debes obedecer, y mantener la boca cerrada. Son dos cualidades de los hombres-. Luego Kunta y sus compañeros, vieron que por primera vez el kintango miraba a alguien aprobadoramente. Había sabido desde el principio que el muchacho sería capaz de cazar ese pájaro tan pesado.
El pájaro grande fue asado y todos lo comieron con gran gusto, excepto quien lo había cazado, pues estaba tan cansado que no pudo mantenerse despierto para esperar a que lo cocinaran Le permitieron dormir ese día y esa noche, mientras Kunta y los demás estuvieron en el matorral, en una lección de caza. Al día siguiente, durante el primer descanso, el muchacho contó a sus mudos compañeros acerca de la tortuosa persecución del ave, hasta que después de dos días y una noche hizo una trampa en la que cayó el pájaro. Después de atarlo todo -incluyendo el pico, pues trataba continuamente de morderlo- se las había arreglado para mantenerse vivo de alguna forma durante otro día y otra noche, y siguiendo las estrellas, como les habían enseñado, había logrado volver al jujuo. Después de eso, durante un tiempo, los otros muchachos casi no le hablaron. Kunta se decía que en realidad él no estaba celoso, pero el muchacho parecía creer que su hazaña -y la aprobación del kintango- lo habían hecho más importante que sus compañeros de kafo. Y a la siguiente oportunidad en que los asistentes del kintango dispusieron que hubiera una tarde de práctica de lucha, Kunta aprovechó para asir al muchacho y tirarlo al suelo con fuerza.
Para la segunda luna del entrenamiento, el kafo de Kunta tenía la misma práctica en las técnicas de supervivencia en la selva que en la aldea. Ahora todos podían distinguir y seguir las huellas prácticamente invisibles de los animales, y estaban aprendiendo los ritos secretos y las plegarias de sus antepasados que podían hacer que un gran simbon se volviera invisible para los animales. Cada bocado de carne que comían ahora, había sido atrapado por los muchachos o muerto por sus hondas y flechas. Despellejaban a un animal en la mitad de tiempo que antes, y sabían cocinarlo sobre un fuego casi sin humo que habían aprendido a encender frotando un pedernal con palos secos y livianos, cerca de musgo seco. Coronaban su comida de carne asada -a veces alguna rata de matorral- con insectos que asaban directamente sobre los carbones.
Pero a pesar de todo lo que hacían, a pesar de todo lo que aprendían, enriqueciendo el conocimiento y las habilidades, el viejo kintango nunca estaba satisfecho. Sus exigencias y su disciplina siguieron siendo tan estrictas, que los muchachos se sentían atemorizados o asustados la mayor parte del tiempo, cuando no estaban demasiado cansados para sentir algo. Cuando se daba una orden a uno de ellos, y esta no era cumplida en el momento, y a la perfección, todo el kafo era castigado. Y cuando no les pegaban, los despertaban en el medio de la noche para emprender una larga marcha, siempre como castigo por algo que había hecho alguno de ellos. Lo único que impedía que Kunta y los demás le dieran una paliza al responsable era el hecho de que sabían con seguridad que los castigarían por

pelear: una de las primeras lecciones que habían aprendido en la vida, antes aun de venir al jujuo, era que los mandingas no deben pelear nunca entre sí. Por fin los muchachos empezaron a entender que el bienestar del grupo dependía de uno de sus integrantes, igual que el bienestar de toda la tribu dependería de uno de ellos algún día. Las reglas eran violadas con menor frecuencia, con lo que disminuyeron los castigos, y entonces el miedo que sentían por el viejo kintango se vio reemplazado por un respeto que antes sólo habían sentido por sus padres.

Pero apenas pasaba un día, sin que algo nuevo hiciera que Kunta y sus compañeros se sintieran torpes e ignorantes nuevamente. Se sorprendieron al enterarse, por ejemplo, que un trapo doblado y colgado de cierta manera cerca de la choza de un hombre, informaba a los otros mandingas cuándo pensaba regresar, o que las sandalias cruzadas de cierta forma fuera de la choza, significaban muchas cosas que sólo otros hombres podían entender. Pero el secreto que más le llamó la atención a Kunta fue el sira kango, una especie de idioma de hombres, en el que los sonidos de palabras mandingas eran alterados de manera tal que las mujeres o los niños, o los hombres que no eran mandingas, no podían entender. Kunta se acordaba de algunas veces en que su padre le había dicho algo muy rápidamente a otro hombre, y Kunta no había entendido, pero tampoco se había atrevido a preguntar. Ahora que lo había aprendido, él y sus compañeros pronto empezaron a usar el idioma secreto de los hombres para todo lo que decían.

En todas las chozas, a medida que pasaban las lunas, los muchachos agregaban una piedra a un recipiente para marcar el tiempo transcurrido desde que salieron de Juffure. A los pocos días de dejar caer la tercera piedra, los muchachos estaban luchando en el patio de la aldea, cuando de repente miraron en dirección a la puerta del jujuo, y vieron a un grupo de unos veinticinco o treinta hombres. Todos los muchachos lanzaron una exclamación al reconocer a sus padres, tíos y hermanos mayores. Kunta saltó, sin poder dar crédito a sus ojos enloquecido de alegría al ver a Omoro después de tres lunas. Pero era como si una mano invisible lo retuviera, y sofocara su grito de alegría: aun antes de ver a su padre, se dio cuenta de que en su rostro no había señales de que reconociera a su hijo. Sólo uno de los muchachos corrió hacia adelante, llamando a su padre por su nombre, y sin decir una palabra, su padre tomó la vara del asistente del kintango que estaba más cerca y castigó a su hijo con ella, gritándole ásperamente por traicionar sus emociones y demostrar que todavía era un niño. Agregó, innecesariamente, mientras le daba los últimos varillazos, que no debía esperar favores de su padre. Luego, el kintango ordenó al kafo que se echaran panza abajo en una hilera, y todos los visitantes caminaron junto a la fila azotando a los muchachos en la espalda con sus bastones. Kunta se sentía confundido emocionalmente; los golpes no le importaban en absoluto, pues sabía que eran parte de los rigores del entrenamiento, pero sí le dolía no poder abrazar a su padre, ni siquiera oír su voz, y se avergonzaba al pensar que, desear hacerlo no era propio de hombres.

Cuando terminó la azotaina, el kintango les ordenó saltar, correr, bailar, luchar, rezar, tal como les habían enseñado, y los padres, tíos y hermanos mayores observaron todo en silencio, y luego partieron, después de felicitar calurosamente al kintango y a sus asistentes, sin mirar siquiera a los muchachos, que estaban parados, cabizbajos. En menos de una hora los volvieron a castigar por preparar la comida nocturna de mal humor. Lo que más les dolía, era que el kintango y sus asistentes actuaban como si no hubieran tenido visita. Pero esa noche, temprano, mientras los muchachos luchaban antes de irse a la cama -con muy poco entusiasmo- uno de los asistentes del kintango pasó junto a Kunta y le dijo con brusquedad, en voz baja: -Tienes un nuevo hermano, y se llama Madi.

Somos cuatro ahora, pensó Kunta esa noche, acostado. Cuatro hermanos, cuatro hijos para su padre y su madre. Pensó cómo sonaría eso cuando los griots hablaran de la historia de la familia Kinte cientos de lluvias en el futuro. Cuando regresara a Juffure sería el primer

hombre de la familia, después de Omoro. No sólo estaba aprendiendo a ser un hombre, sino muchas cosas que podría enseñar a Lamín, igual que ya le había enseñado las cosas de su niñez. Por lo menos le enseñaría lo que podían saber los niños; y luego Lamin enseñaría a Suwadu, y Suwadu a este nuevo que Kunta no había visto, y que se llamaba Madi. Y algún día, pensó Kunta mientras lo vencía el sueño, cuando tuviera la edad de Omoro, tendría sus propios hijos, y todo volvería a empezar.

CAPITULO 24

-Están dejando de ser niños. Están renaciendo como hombres -les dijo el kintango, una mañana a todos los miembros del kafo. Era la primera vez que el kintango usaba la palabra "hombre", excepto para decirles que no lo eran. Después de lunas de aprender juntos, de trabajar juntos, de ser castigados juntos, cada uno de ellos empezaba finalmente a descubrir que tenían dos yo: uno adentro, y el otro, más grande, compuesto por todas las vidas y sangres que compartían. Hasta que no aprendieran eso, no podrían entender la fase siguiente del entrenamiento: llegar a ser guerreros. -Ya saben que los mandingas pelean sólo cuando los otros los atacan -dijo el kintango-. Pero somos los mejores guerreros, si se nos obliga a pelear.

Durante la próxima media luna, Kunta y sus compañeros aprendieron a hacer la guerra. El kintango o sus asistentes trazaban en la tierra famosas estrategias empleadas por los mandingas en las batallas, y después los muchachos debían ponerlas en práctica en batallas simuladas. -Nunca rodeen al enemigo completamente -les aconsejó el kintango-. Déjenle algún lugar por donde escapar, porque si se ve atrapado, luchará más ferozmente. -Los muchachos aprendieron también que las batallas debían comenzar ya bien avanzada la tarde, para que el enemigo, al verse derrotado, pudiera evitar el deshonor iniciando la retirada en la oscuridad. También les enseñaron que durante la guerra, ninguna de las partes debía hacer daño a los morabitos, griots o herreros que anduvieran viajando, pues un morabito enojado podía causar la ira de Alá, un griot enojado podía usar su elocuente lengua para volver más salvajes a los soldados enemigos, y un herrero enojado podía hacer o reparar armas del enemigo.

Bajo la dirección de los asistentes del kintango, Kunta y los demás cortaron lanzas de punta dentada e hicieron flechas dentadas de las que sólo se utilizaban en las batallas, y luego practicaron con ellas en blancos cada vez más pequeños. Cuando uno de los muchachos lograba dar en una caña de bambú a veinticinco pasos de distancia, se lo vitoreaba y alababa. Entrando en la selva, los muchachos encontraron unas hojas de un arbusto llamado koona, que luego hirvieron en el jujuo. En el jugo negro y espeso empapaban luego un hilo de algodón, y les enseñaron que si se lo enrollaba alrededor de los dientes de una flecha, envenenaba cualquier herida hecha con ella.

Al final del período de entrenamiento para la guerra, el kintango les contó más de lo que habían oído -y de una manera mucho más excitante- acerca del más grande de todos los guerreros mandingas, y de la guerra más feroz de todas. Era la época en que el ejército del renombrado ex esclavo Sundiata, hijo de Sogolon, la Mujer Búfalo, conquistó a las fuerzas del rey Soumaoro, del país de Boure, que era un rey tan cruel que usaba vestiduras hechas de piel humana y adornaba las paredes de su palacio con las calaveras de sus enemigos, blanqueadas al sol.

Kunta y sus compañeros contenían la respiración cuando escuchaban cómo ambos ejércitos sufrieron miles de bajas, entre muertos y heridos. Pero los arqueros de los mandingas rodearon las fuerzas de Soumaoro en una trampa gigantesca, haciendo llover flechas de los

dos lados, avanzando constantemente, hasta que por fin el ejército de Soumaoro, aterrorizado, huyó en desorden. Durante días y noches, dijo el kintango -y era la primera vez que los muchachos lo habían visto sonreír- los tambores de todas las aldeas trasmitían mensajes relatando el progreso de la marcha victoriosa de las fuerzas mandingas, cargadas con el botín del enemigo y llevando miles de cautivos. En todas las aldeas, multitudes felices se burlaban de los prisioneros y los pateaban; los prisioneros llevaban la cabeza afeitada y las manos atadas detrás de la espalda. Por fin el general Sundiata convocó a todo el pueblo, y exhibió delante de la multitud los jefes de todas las aldeas vencidas, entregándoles la lanza, símbolo de su rango, y luego hizo la paz con ellos, paz que duraría durante cien lluvias. Kunta y sus compañeros se fueron a dormir sintiéndose muy orgullosos de ser mandingas.

Cuando empezaba la siguiente luna del entrenamiento, los tambores trajeron el mensaje de que el jujuo debía esperar visitantes dentro de los días siguientes. La noticia de cualquier tipo de visitantes hubiera sido recibida con gran excitación, pues había pasado mucho tiempo desde el día en que fueron sus padres y hermanos, pero esta resultó doblemente agradable cuando los muchachos se enteraron de que el que la enviaba era el tambor del equipo campeón de lucha de Juffure, que venía a darles lecciones especiales.

Al caer la tarde, al día siguiente, los tambores anunciaron la llegada, antes de lo esperado. Pero el placer de los muchachos al ver los rostros familiares disminuyó cuando, sin decirles una palabra, los luchadores los agarraron y empezaron a arrojarlos al suelo con fuerza, como nunca habían sido arrojados en la vida. Todos los muchachos estaban llenos de moretones, y muy doloridos, cuando los luchadores los dividieron en grupos más pequeños, para que lucharan entre sí bajo la supervisión de los campeones. Kunta no había soñado nunca que hubiera tantas tomas, ni cuan efectivas podían llegar a ser si se las sabía usar correctamente. Los campeones les decían todo el tiempo que no se necesitaba fuerza, sino conocimiento y destreza para llegar a ser un campeón. Pero mientras demostraban las tomas, sus alumnos no podían dejar de admirar sus músculos y su habilidad para luchar. Alrededor del fuego esa noche, el tambor de Juffure cantó los nombres y las hazañas de los grandes campeones mandingas del pasado, remontándose hasta cien lluvias, y cuando fue la hora de irse a la cama, los luchadores abandonaron el jujuo para volver a Juffure.

Dos días después recibieron la noticia de otro visitante. Esta vez fue un correo de Juffure el que trajo la noticia, un joven del cuarto kafo a quien Kunta y los demás conocían muy bien, aunque ahora que era hombre, se comportaba como si nunca hubiera visto a estos niños del tercer kafo. Sin mirarlos siquiera, se dirigió al kintango y le anunció, entre jadeos, que Kujali N'jai, un griot muy conocido en toda Gambia, pronto pasaría un día en el jujuo.

Llegó a los tres días, acompañado por varios hombres jóvenes de su familia. Era mucho mayor que cualquiera de los griots que Kunta había visto antes; era tan viejo, en realidad, que al lado de él, el kintango parecía joven. Después de hacerles señas a los muchachos para que se sentaran a su alrededor formando un semicírculo, el viejo empezó a contarles cómo llegó a ser lo que era. Les contó que después de muchos años de estudio, a partir de la madurez, los griots sepultaban en la memoria los recuerdos de sus antepasados. -¿De qué otra manera podrían saber acerca de las hazañas de los reyes, los hombres sagrados, los cazadores y los guerreros de hace cientos de lluvias? ¿Los conocen personalmente? -preguntó el viejo-. ¡No! Nosotros llevamos la historia de nuestra gente aquí. -Y se golpeó la cabeza gris.

El viejo griot respondió la pregunta que querían formular todos los muchachos: sólo los hijos de un griot podían llegar a griots. En verdad, tenían la solemne obligación de ser griots. Cuando terminaran el entrenamiento, esos muchachos -como esos nietos suyos sentados a su lado en ese momento- empezarían a estudiar y a viajar con algunos ancianos

selectos, escuchando una y otra vez los nombres históricos y las historias a medida que eran trasmitidas. Y con el tiempo, cada joven sabría esa parte especial de la historia de sus antepasados con todos los detalles, igual que la contaba su padre, y el padre de su padre. Y llegaría el día en que ese joven se convertiría en hombre y tendría hijos a quienes les contaría las historias, para que los acontecimientos del pasado vivieran para siempre.

Después que los asombrados muchachos devoraron la comida nocturna y corrieron a rodear nuevamente al viejo griot, éste los hizo estremecer hasta bien entrada la noche con las historias que su padre le había trasmitido, acerca de los grandes imperios negros que habían dominado al África hacía cientos de lluvias.

-Mucho antes de que el toubob pusiera los pies en África -dijo el viejo griot-, existía un imperio, el de Benin, en el que reinaba un monarca poderoso, llamado el Oba, cuyo mero deseo era obedecido al instante. Pero quienes realmente gobernaban a Benin eran los consejeros del Oba, que dedicaban todo su tiempo a hacer los sacrificios necesarios para apaciguar las fuerzas del mal y a atender debidamente un harén de más de cien esposas. Pero por encima de Benin había un reino más rico aún, llamado Songhai, dijo el griot. La capital de Songhai se llamaba Gao, y estaba llena de hermosas casas para los príncipes negros y los ricos mercaderes que pródigamente agasajaban a los viajantes que traían mucho oro para comprar mercaderías.

-Pero tampoco ese era el reino más rico -dijo el viejo. Y les contó a los muchachos acerca de la Ghana ancestral, en la que había una ciudad poblada enteramente por la corte del rey. Y el rey Ka nissaai tenía un millar de caballos, cada uno de los cuales tenía tres sirvientes y su propio orinal hecho de cobre. Kunta casi no podía creer lo que oía-. Y todas las tardes -dijo el griot- cuando el rey Kanissaai salía de su palacio, se encendían un millar de fuegos, que lo iluminaban todo, entre la tierra y el cielo. Y los sirvientes del gran rey, traían comida suficiente para alimentar al millar de personas que allí se reunían todas las noches.

Aquí hizo una pausa, y los muchachos no pudieron ahogar sus exclamaciones de admiración, aunque sabían muy bien que no se podía hacer ningún sonido mientras hablaba un griot, pero ni él ni el kintango se dieron cuenta de la grosería. Poniéndose en la boca la mitad de una nuez de cola y ofreciendo la otra mitad al kintango, que la aceptó complacido, el griot se cubrió las rodillas con la túnica, para protegerse mejor del frío de la noche, y siguió su historia. -Pero Ghana tampoco era el reino negro más rico -exclamó-. El más rico, el más antiguo de todos era el reino de la vieja Mali. -Como todos los otros imperios, Mali tenía sus ciudades, sus agricultores, artesanos, herreros, curtidores, tintoreros y tejedores, dijo el viejo griot. Pero la enorme riqueza de Mali provenía de sus reservas de sal, oro y cobre, que eran llevados para trueque a países distantes-. En total se tardaba cuatro meses en recorrer el largo y otros cuatro en recorrer el ancho de Mali -dijo el griot-, ¡y la ciudad más grande era la legendaria Timbuktú! -Era el centro mayor de toda África, y estaba poblada por miles de sabios, que aumentaban por la constante presencia de sabios visitantes que acudían a incrementar sus conocimientos. Había tantos, que los mercaderes más poderosos sólo vendían pergaminos y libros-. No hay un morabito, ni maestro, en la aldea más pequeña, cuyo saber no provenga, por lo menos en parte, de Timbuktú -dijo el griot.

Cuando finalmente el kintango se puso de pie y le agradeció al griot la generosidad con la que había compartido con ellos los tesoros de su mente, Kunta y los demás -por primera vez desde que llegaron al jujuo- se atrevieron a manifestar su desagrado, pues había llegado la hora de ir a la cama. El kintango decidió ignorar esa impertinencia, por lo menos por el momento, y les ordenó con severidad que se retiraran a sus chozas. Tuvieron tiempo, sin embargo, de rogar al griot que volviera a visitarlos.

Seguían hablando de las historias maravillosas que les había contado el griot -no podían dejar de pensar en ellas- cuando, seis días después, tuvieron conocimiento de que un

famoso moro iría a visitarlos. El moro era el título más alto al que podía llegar un maestro en Gambia; en realidad, había muy pocos que poseyeran ese título, y estos eran sabios -después de muchas lluvias de estudio- cuya tarea no era enseñar a estudiantes, sino a otros maestros, como el arafang de Juffure.
Hasta el kintango demostró preocupación por la llegada del visitante, ordenando que se limpiara bien todo el jujuo, se rastrillara la tierra con ramas frondosas hasta que quedara perfectamente lisa, para así captar las huellas del moro cuando llegara. Luego el kintango reunió a los muchachos en el patio y les dijo: -No solamente la gente común, sino también los jefes de las aldeas, e incluso los reyes, buscan el consejo y la bendición de este hombre que va a estar entre nosotros.
El moro llegó a la mañana siguiente, acompañado por cinco estudiantes, cada cual con atados sobre la cabeza, que Kunta supuso llevaban libros en árabe, verdaderos tesoros, y manuscritos en pergaminos provenientes de la antigua Timbuktú. Cuando el anciano atravesó la puerta, Kunta y sus compañeros, junto con el kintango y sus asistentes, se arrodillaron, tocando el suelo con la frente. Una vez que el moro bendijo al jujuo y a sus habitantes, todos se pusieron de pie y lo rodearon respetuosamente. El moro abrió sus libros y empezó a leer, primero el Corán, y luego libros que ellos nunca habían oído nombrar, como el Taureta La Musa, el Zabora Dawidi y el Lingeeli la Isa, que dijo que los "cristianos" conocían como el Pentateuco de Moisés, los Salmos de David y el Libro de Isaías. Cada vez que el moro abría o cerraba un libro, desenrollaba o arrollaba un manuscrito, se lo llevaba a la frente y musitaba "¡Amén!"
Cuando terminó de leer, el anciano colocó los libros a un lado y les habló de los grandes acontecimientos y personas del Corán de los cristianos, conocido como la Sagrada Biblia. Les habló de Adán y Eva, de José y sus hermanos, de Moisés, David y Salomón, y de la muerte de Abel. Y les habló de los grandes hombres de la historia más reciente, como Djoulou Kara Naini, conocido por el toubob como Alejandro Magno, un rey poderosísimo cuyo sol había brillado en la mitad del mundo.
Antes de que el moro se pusiera de pie para irse, esa noche, les habló de las cinco plegarias diarias a Alá, que ellos ya conocían, y les enseñó cómo comportarse dentro de la sagrada mezquita de su aldea, en la que entrarían por primera vez cuando regresaran como hombres. Luego él y sus estudiantes partieron apresuradamente pues debían llegar al siguiente lugar de su itinerario, y los muchachos le rindieron honores -tal como les había enseñado el kintango- cantando una de las canciones que habían aprendido del jalli kea; "Una generación pasa. . . Otra generación viene y va... Pero Alá perdura siempre".
Después que se fue el moro, en su choza, Kunta se quedó despierto pensando cómo tantas cosas -en realidad, casi todas las cosas que habían aprendido- se relacionaban entre sí. El pasado parecía uno con el presente, el presente con el futuro, los muertos con los vivos y con los por nacer, él con su familia, sus compañeros, su aldea, su tribu, su África, el mundo del hombre, con el mundo de los animales y las cosas que crecían: todos vivían con Alá. Kunta se sintió muy pequeño, y sin embargo muy grande. Quizá, pensó, es esto lo que significa convertirse en hombre.

CAPITULO 25

Había llegado el momento que hacía que Kunta y los demás muchachos se estremecieran con sólo pensarlo: la operación kasas boyo, que purificaba al muchacho y lo preparaba para ser padre de muchos hijos. Sabían que se aproximaba, pero llegó sin advertencia alguna. Un día, cuando el sol llegaba a su posición del mediodía, uno de los asistentes del

kintango ordenó al kafo, como de costumbre, que se alineara, cosa que los muchachos hicieron con la rapidez habitual. Pero Kunta sintió una punzada de dolor al ver que el kintango salía de su choza, algo que raras veces hacía al mediodía, y se colocó al frente.
-Sosténganse el foto -ordenó. Todos dudaron, sin creer -o sin querer creer- lo que habían oído-. ¡Ahora! -gritó. Lentamente, con timidez, obedecieron, mirando con fijeza el suelo mientras se metían la mano dentro del taparrabo.
Los asistentes del kintango, partiendo de ambos extremos de la fila, arrollaron un pedazo de tela con una pasta verde hecha de hojas machacadas alrededor de la cabeza del foto de cada muchacho. -Pronto no sentirán nada en el foto -les dijo el kintango, ordenándoles que volvieran a sus chozas.
Amontonados dentro de la choza, avergonzados y temerosos de lo que sucedería después, los muchachos esperaron en silencio hasta la media tarde, cuando les volvieron a ordenar que salieran. Vieron que llegaban por la puerta un grupo de hombres de Juffure: los padres, tíos y hermanos mayores que habían estado antes, Omoro estaba entre ellos, pero esta vez Kunta hizo como que no lo veía. Los hombres se alinearon frente a los muchachos, y entonaron juntos: "Lo que les van a hacer... nos fue hecho a nosotros... y a nuestros antepasados... para que se conviertan ustedes... en hombres todos juntos". Luego el kintango les ordenó a los muchachos que regresaran nuevamente a sus chozas.
Caía la noche cuando oyeron muchos tambores muy cerca del jujuo. Les ordenaron que salieran de la choza, y entonces vieron que se acercaban una docena de bailarines kankurang saltando y gritando. Llevaban atavíos de ramas y máscaras hechas de corteza, y saltaban, blandiendo las lanzas, entre los aterrorizados muchachos. De pronto desaparecieron, tal como habían llegado. Mudos de terror, los muchachos oyeron y obedecieron de inmediato la orden del kintango de sentarse todos juntos, apoyados contra la cerca de bambú.
Los padres, tíos y hermanos mayores estaban cerca; esta vez cantaban: "Pronto regresarán a casa... y a las granjas... y cuando llegue el momento se casarán... y de ustedes surgirá la vida eterna". Uno de los asistentes del kintango llamó a uno de los muchachos. Cuando se puso de pie, el asistente le indicó que fuera detrás de un biombo de bambú. Kunta no pudo ver ni oír lo que sucedió a continuación, pero después de unos momentos reapareció el muchacho con una tela ensangrentada entre las piernas. Se tambaleaba un poco, por lo que el otro asistente lo tuvo que ayudar para que volviera a ocupar su lugar contra la cerca de bambú. Luego llamaron a otro muchacho, y a otro, y por fin: - ¡Kunta Kinte!
Kunta se había quedado petrificado, pero se obligó a ponerse de pie y fue hasta detrás del biombo. Adentro había cuatro hombres, uno de los cuales le ordenó que se acostara de espaldas. Lo hizo; de cualquier manera, las piernas le temblaban en tal forma que no se habría podido seguir teniendo en pie. Los hombres se inclinaron, lo tomaron firmemente, y le levantaron los muslos. Justo antes de cerrar los ojos, Kunta vio que el kintango se agachaba sobre él con algo en la mano. Entonces sintió un dolor cortante. Fue mucho peor de lo que se había imaginado, aunque sin la pasta hubiera sido terrible. En un momento lo vendaron con fuerza, y un asistente lo ayudó a salir. Se sentó, débil y aturdido, junto a los otros que ya habían estado detrás del biombo. No se atrevían a mirarse entre sí. Pero la cosa que más temían ya había pasado.
A medida que los fotos del kafo empezaron a cicatrizarse, un aire de júbilo general se extendió en el jujuo: ya había desaparecido la indignidad de ser simples muchachos tanto en cuerpo como en mentalidad. Ahora eran casi hombres, y su gratitud hacia el kintango no conocía límites. Y él, a su vez, empezó a ver el kafo con otros ojos. El viejo, arrugado y canoso anciano al que habían llegado a amar sonreía ahora, de vez en cuando. Y de manera muy casual, cuando hablaban con el kafo, él y sus asistentes decían: "Ustedes, hombres", y para Kunta y sus compañeros era increíble pero hermoso oírlo.

Pronto llegó la cuarta luna, y dos o tres miembros del kafo de Kunta, bajo las órdenes personales del kintango, empezaban a dejar el jujuo todas las noches para dirigirse a la aldea de Juffure, dormida, y entonces entraban como sombras en las despensas de sus madres para robar todo el kouskous, mijo y carne desecada que pudieran llevar; luego volvían corriendo al jujuo, donde cocinaban todo alegremente al día siguiente. Eso se hacía "para demostrar que son más inteligentes que todas las mujeres, incluso sus madres", les decía el kintango. Pero al día siguiente, por supuesto, las madres de esos muchachos se jactaban ante sus amigas que habían oído entrar A sus hijos y se habían quedado acostadas, escuchándolos con orgullo.

Había un nuevo espíritu en el jujuo ahora, a la noche. Casi siempre el kafo de Kunta -se sentaba en semicírculo rodeando al kintango. Por lo general seguía tan severo como siempre, pero ahora les hablaba no como a niños, sino como a jóvenes de su aldea. Algunas veces les hablaba acerca de las cualidades de la hombría: además de la valentía, una de las principales era la honestidad absoluta, en todas las cosas. Otras veces les hablaba de sus antepasados. Todos los vivientes debían respeto y adoración a todos los que vivían con Alá, solía decirles. Pedía a cada muchacho que nombrara al antepasado que más recordaba. Kunta nombró a su abuela Yaisa, y el kintango dijo que los antepasados que habían nombrado intercedían ante Alá por los intereses de los vivos.

Otra noche el kintango les dijo que en una aldea, todos sus habitantes eran igualmente importantes, desde el bebé más pequeño hasta el más viejo de los ancianos. Como nuevos hombres, debían por lo tanto aprender a tratar a todos con igual respeto, y -tal era la más importante de sus tareas como hombres- proteger el bienestar de todos los hombres, mujeres y niños de Juffure, como si fuera el propio.

-Cuando regresen a casa -dijo el kintango- empezarán a servir a Juffure como sus ojos y oídos. Deberán montar guardia, más allá de la verja, para ver si se aproximan los toubobs, u otros salvajes y en los campos, como centinelas, para proteger la cosecha del afrecho de los animales. También tendrán que inspeccionar las ollas donde cocinan las mujeres -incluyendo a sus madres- para ver si se las mantiene limpias, y deberán reprenderlas muy severamente si encuentran que están sucias o que tienen insectos. -Los muchachos estaban ansiosos por comenzar sus tareas.

Aunque sólo los mayores podían soñar con empezar a asumir esas responsabilidades, propias del cuarto kafo, sabían que algún día, como hombres de quince a diecinueve lluvias, tendrían la importante ocupación de llevar mensajes entre Juffure y otras aldeas, igual que el hombre joven que les había venido a avisar de la visita del moro. El kafo de Kunta no se lo habría podido imaginar, pero los que tenían edad suficiente para ser mensajeros no veían las horas de poder dejar de serlo; cuando llegaran al quinto kafo, a los veinte años, recién empezarían a hacer los trabajos realmente importantes, como ayudar a los ancianos de la aldea como emisarios y negociadores en todos los tratos con otras aldeas. Los hombres de la edad de Omoro -de más de treinta lluvias- aumentaban en rango y responsabilidad a medida que pasaban las lluvias, hasta adquirir la honorable condición de ancianos. Muchas veces Kunta había visto con orgullo cómo Omoro se sentaba en el extremo del Consejo de Ancianos, y esperaba ansiosamente, el día en que su padre entrara en el círculo interior de los que heredarían el mando de gobierno de los conductores reverenciados, como el kintango, cuando estos fueran llamados por Alá.

Ya no les era fácil prestar atención a todo lo que decía el kintango, como era su deber. Les parecía imposible que hubieran pasado tantas cosas en las últimas cuatro lunas, y que estuvieran a punto de ser hombres. Los últimos días parecían no terminar nunca, pero por fin -cuando la cuarta luna estaba alta y llena en el cieló los asistentes del kintango ordenaron al kafo que se alineara poco después de la comida nocturna.

¿Era este el momento que todos esperaban? Kunta miró a su alrededor, buscando a los padres y hermanos, que seguramente estarían presentes para la ceremonia. No se los veía por ninguna parte. ¿Y dónde estaba el kintango? Buscó por todas partes hasta que lo vio, parado en el borde del jujuo, junto a la puerta. En ese momento la abrió, se volvió hacia ellos, y les dijo: -Hombres de Juffure, regresen a su aldea.
Por un momento se quedaron inmóviles. Luego salieron gritando de alegría, abrazaron al kintango y a sus asistentes, que simularon ofenderse por tal impertinencia. Hacía cuatro lunas, cuando le quitaban la caperuza, en ese mismo lugar, Kunta no habría creído posible que iba a lamentar irse, o que llegaría a querer a ese viejo severo, pero ahora sentía ambas cosas. Luego se puso a pensar en su casa, y corrió, gritando con los demás, camino a Juffure. No habían ido muy lejos cuando, como de común acuerdo, se callaron, y aflojaron el paso. Todos pensaban en lo mismo: lo que dejaban atrás, y lo que tenían por delante. Esta vez no necesitaron las estrellas para encontrar el camino.

CAPITULO 26

-¡Aiee! ¡Aiee! -Las mujeres gritaban de alegría, y todos salían corriendo de sus chozas, riendo, bailando y aplaudiendo mientras el kafo de Kunta, y los que habían cumplido quince lluvias, y ya formaban parte del cuarto kafo, entraban en la aldea al romper el alba. Los nuevos hombres caminaban lentamente, con lo que ellos suponían que era un andar digno, sin hablar ni sonreír... al principio. Cuando Kunta vio a su madre que corría hacia él, sintió ganas de correr a su encuentro, y no pudo evitar que se le iluminara el rostro de felicidad, pero siguió caminando con paso mesurado. Binta lo abrazó, le acarició las mejillas, con lágrimas en los ojos, mientras murmuraba su nombre. Kunta permitió que esto sucediera por un momento, y luego se alejó, pues ahora era un hombre, aunque sólo pareció hacerlo para mirar mejor lo que colgaba del arnés de su madre. Tomó al bebé y lo levantó con las dos manos.
- ¡Así que este es mi hermano Madi! -gritó alegremente, mientras lo levantaba en el aire.
Binta rebosaba de alegría mientras caminaba a su lado en dirección a su choza. Kunta llevaba al bebé, haciendo morisquetas, arrullándolo y pellizcándole las regordetas mejillas. Pero Kunta no estaba tan absorto en su hermanito para dejar de notar a multitud de niños desnudos que los seguían muy de cerca con los ojos tan abiertos como la boca. Corrían entre él y Binta y las demás mujeres, que no dejaban de decir qué fuerte y saludable estaba Kunta, que estaba hecho todo un hombre. Él simulaba no oír, pero las exclamaciones eran música para sus oídos.
Kunta se preguntaba dónde estarían Omoro, y Lamin, pero de pronto se acordó que su hermano estaría cuidando las cabras. Estaba sentado en la choza de Binta cuando se dio cuenta de que uno de los niños más grandes del primer kafo lo había seguido y ahora lo miraba, pegado a las polleras de Binta. -Hola, Kunta -dijo el niñito. ¡Era Suwadu! Kunta no lo podía creer. Cuando partió para iniciar el entrenamiento, Suwadu era muy pequeñito; Kunta ni siquiera lo notaba, excepto cuando chillaba. Ahora, en el transcurso de cuatro lunas, había crecido, y empezaba a hablar: se había convertido en una persona. Le dio el bebé a Binta, y tomando a Suwadu lo alzó hasta el techo de la choza, mientras su hermano gritaba de alegría.
Después de un rato, Suwadu corrió afuera para ver a los otros hombres nuevos, y se hizo un silencio en la choza. Binta estaba henchida de orgullo y de alegría: no necesitaba hablar. Pero Kunta sí. Quería decirle lo mucho que la había extrañado, y lo contento que estaba al

haber vuelto a casa. Pero no encontraba las palabras. Y sabía que no era algo que un hombre debía decirle a una mujer, ni siquiera a su madre.
-¿Dónde está mi padre? -preguntó por fin.
-Está cortando paja para el techo de tu choza -dijo Binta. Tal era su excitación que se había olvidado de que ahora que era un hombre, tendría su propia choza. Salió, dirigiéndose al lugar en el que estaban los mejores pastos para techar, según le había dicho su padre.
Omoro lo vio venir, y Kunta se alegró al ver que Omoro echaba a andar a su encuentro. Se dieron la mano, como hombres, mirándose a los ojos: era la primera vez que se veían como hombres. Kunta se sintió débil por la emoción. Guardaron silencio un momento. Luego Omoro dijo, como si estuviera hablando del tiempo, que le había adquirido una choza cuyo propietario anterior se había casado, construyéndose una casa nueva. ¿No quería ver su choza ahora? Kunta dijo que sí en voz muy baja, y echaron a andar juntos. Omoro llevaba el gasto de la conversación, pues Kunta aún tenía dificultad en hallar las palabras.
Las paredes de barro de la choza necesitaban tanta reparación como el techo. Pero a Kunta no le importaba, ni se fijaba en nada, pues tenía su propia choza, en el extremo opuesto de la aldea a la de su madre. Por supuesto, no se permitía demostrar satisfacción, y mucho menos hablar de ello. Le dijo a Omoro que él mismo se ocuparía de las refacciones. Kunta podía encargarse de las paredes, le dijo Omoro, pero a él le gustaría terminar el techo, que ya había empezado a reparar. Sin decir otra palabra, se volvió para dirigirse al lugar donde abundaban los pastos, dejándolo solo, agradecido por la manera normal en que su padre había comenzado su nueva relación como hombres.
Kunta pasó la mayor parte de la tarde recorriendo todos los rincones de Juffure, llenándose los ojos de los rostros que recordaba con tanto cariño, de las chozas familiares, y de tantos lugares conocidos: el pozo de la aldea, el patio de la escuela, el baobab y los árboles bombáceos. No se había dado cuenta cuánto añoraba su pueblo hasta que comenzó a henchirse de felicidad con el saludo de cada persona que pasaba. Ojalá fuera hora de que Lamin regresara con las cabras. También extrañaba a otra persona, aunque era una mujer. Por fin, sin importarle si era propio de un hombre, se dirigió a la pequeña choza de Nyo Boto.
- ¡Abuela! -gritó frente a la puerta.
- ¿Quién es? -fue la respuesta de la voz cascada, con tono irritado.
- ¡Adivina, abuela! -dijo Kunta, y entró en la choza.
Necesitó algunos momentos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Estaba sentada junto a un balde, sacando largas fibras de una corteza de baobab que remojaba en el agua del balde. Lo miró atentamente durante un rato antes de exclamar:
- ¡Kunta!
-¡Qué bueno verla, abuela! -exclamó él.
Nyo Boto siguió su tarea. -¿Está bien tu madre? -preguntó ella, y Kunta le dijo que sí.
Él estaba sorprendido, porque ella se comportaba como si él nunca se hubiera alejado, como si no notara que se había convertido en hombre.
-Pensé en ti muchas veces, mientras estaba lejos, cada vez que tocaba el amuleto que me pusiste en el brazo.
Ella gruñó, sin levantar la vista de su tarea.
Él se disculpó por interrumpirla y se fue en seguida, sintiéndose muy lastimado y confundido. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera comprender que Nyo Boto se había sentido más dolorida por su propio comportamiento que él: había actuado como debía hacerlo una mujer, pues un hombre no podía buscar refugio en sus polleras.
Aún preocupado, Kunta iba camino a su choza cuando oyó una conmoción familiar: cabras balando, perros ladrando y niños gritando. Era el segundo kafo, que regresaba del matorral. Lamin debía estar entre ellos. Kunta escudriñó con ansiedad los rostros que se

aproximaban. Entonces Lamin lo vio, gritó su nombre y se acercó corriendo, enloquecido de alegría. Pero se detuvo a unos pasos de distancia al ver la expresión de su hermano. Quedaron mirándose. Por fin, fue Kunta quien habló.
-Hola.
-Hola, Kunta.
Luego se examinaron un poco más. Había orgullo en la mirada de Lamín, pero Kunta vio que estaba dolorido, igual que él en la choza de Nyo Boto, sin saber qué hacer con su nuevo hermano. Kunta estaba pensando que no debían comportarse de esa manera, aunque era necesario que un hombre fuera mirado con respeto, inclusive por su propio hermano.
Lamin fue el primero en volver a hablar. -Tus dos cabras están preñadas. -Kunta se sintió muy contento; eso quería decir que pronto tendría cuatro, o a lo mejor cinco cabras, pues una de las dos podía tener mellizos. Pero no sonrió ni demostró sorpresa. - Muy buena noticia -dijo, con menor entusiasmo que el que quería demostrar. Gomo no tenía nada más que decir, Lamin se fue, ordenando a los perros limólos que reunieran a las cabras, que se habían empezado a desparramar.
Binta tenía una expresión grave e impertérrita mientras ayudaba a Kunta a trasladarse a su choza. Dijo que toda la ropa le quedaba chica, y con un tono respetuoso agregó que cuando él se hiciera un poco de tiempo, entre todas las cosas importantes que tenía que hacer, ella le tomaría las medidas para hacerle ropa nueva. Como poseía muy poco, aparte de su arco, sus flechas y su honda, Binta decía todo el tiempo: -Necesitarás esto y también eso-, hasta que por fin le dio todas las cosas esenciales: un jergón, algunos recipientes, un banquito y una estera para orar, que le había hecho cuando él estaba afuera. Con cada cosa que le daba, Kunta gruñía, tal como le había oído a su padre, como si hiciera objeción tener eso en su casa. Cuando ella se dio cuenta de que él se rascaba la cabeza, se ofreció a mirar para ver si tenía garrapatas, pero él le dijo que no, abruptamente, ignorando las quejas de ella.
Era casi la medianoche cuando Kunta por fin se quedó dormido, pues tenía muchas cosas en qué pensar. Le pareció que apenas acababa de cerrar los ojos cuando cantaron los gallos, y luego se oyó el sonsonete del alimano, llamándolos a la mezquita, pues esa sería la primera mañana en que podría, junto con sus compañeros, rezar con los hombres de Juffure. Vistiéndose rápidamente, Kunta tomó su nueva estera y se unió a los demás integrantes de su kafo. Todos marchaban con la cabeza baja, la estera enrollada bajo el brazo, como si lo hubieran hecho toda la vida, y así entraron en la sagrada mezquita y se ubicaron detrás de los otros hombres de la aldea. Adentro, Kunta y sus compañeros observaron e imitaron rodas las acciones y palabras de los otros hombres, poniendo especial cuidado de no recitar sus plegarias en voz demasiado baja ni demasiado alta.
Después de las oraciones, Binta le trajo el desayuno a su choza. Puso el recipiente lleno de kouskous caliente frente a Kunta, que se limitó a gruñir, sin ninguna expresión en la cara. Binta se fue en seguida, y Kunta se puso a comer con fruición, irritado, porque sospechaba que ella había reprimido un sentimiento de alegría.
Después del desayuno, se unió a sus compañeros en la tarea de ser los oídos y los ojos de la aldea con tal diligencia que los mayores encontraron divertida. Las mujeres apenas podían darse vuelta sin encontrar a uno de los nuevos hombres que le exigía revisar sus ollas en busca de insectos. Recorrieron las chozas de la gente y la cerca de la aldea, encontrando muchísimos lugares que necesitaban ser reparados. Una docena de ellos sacaron agua del pozo y la probaron para ver si estaba muy salada, barrosa o insalubre. Se mostraron decepcionados, pero sacaron él pez y la tortuga que vivían en el fondo del pozo para comer insectos, y los cambiaron por otro pez y una nueva tortuga.
Los nuevos hombres, en resumen, estaban en todas partes. -¡Son molestos como pulgas! -dijo despreciativamente la vieja Nyo Boto cuando Kunta se acercó a un riacho donde ella estaba golpeando la ropa contra las piedras, y él no hizo más que alejarse, sin comentarios.

También se cuidó de no acercarse a ningún lugar donde podría encontrar a Binta, diciéndose que, aunque era su madre, no debía demostrar ningún favoritismo, y que, si fuera necesario, sería muy exigente con ella. Después de todo, era una mujer.

CAPITULO 27

Juffure era tan pequeña, y el kafo de hombres diligentes tan numeroso, que pronto le pareció a Kunta que ya otros habían inspeccionado todos los techos, las paredes, calabazas y ollas de la aldea, para cuando él llegaba. Todo estaba limpio, reparado, o había sido reemplazado. Pero esto lo satisfacía, pues le daba más tiempo para ocuparse del pequeño terreno que le había adjudicado el Consejo de Ancianos. Todos los nuevos hombres cultivaban su propio
kouskous o maní; La mitad la guardaban para ellos, y la otra la usaban para cambiársela a quienes cultivaban poco, y no les alcanzaba para alimentar a su familia, por otras cosas que necesitaban más que comida. Un hombre joven que cuidara bien de su cosecha, supiera comerciar, y administrar sabiamente sus cabras (cambiando tal vez una docena de chivos por una cabrita que al crecer le daría cabritos) podía prosperar en el mundo y ser un hombre rico al cumplir sus veinticinco o treinta lluvias, cuando empezaba a pensar en casarse y tener sus propios hijos.

Pocas lunas después de su regreso, Kunta tenía más cereal del que podría llegar a comer, así que procedió a cambiar su producto por cosas para adornar su choza. Binta empezó a protestar por eso, y él la oyó. Tenía tantos bancos, esteras de mimbre, tazones de comida, calabazas, y toda clase de objetos en la choza, musitaba ella, que ya casi no había lugar para él. Pero Kunta trataba caritativamente de ignorar la impertinencia de su madre, pues dormía ahora en una hermosa cama de juncos trenzados, sobre un muelle colchón de bambú que ella había hecho para él, dedicando una media luna para la tarea.

En su choza, junto con varios amuletos que había adquirido a cambio de cereales, guardaba una buena cantidad de otros potentes resguardos espirituales: extractos perfumados de ciertas plantas y cortezas que, como los demás mandingas, Kunta se pasaba por la frente, los brazos y los muslos todas las noches antes de acostarse. Se creía que esta esencia mágica protegía a un hombre contra la posesión por los espíritus del mal mientras dormía. También lo hacía oler bien, y eso era algo en que Kunta había empezado a pensar, junto con su apariencia.

Él y el resto del kafo se sentían cada vez más exasperados por un asunto que los irritaba y los hería en su orgullo de hombres desde hacía varias lunas. Al irse para el entrenamiento, habían dejado atrás a un grupo de niñas tontas y flaquitas, que se reían por nada y que jugaban igual que ellos. Pero al regresar, después de sólo cuatro lunas, los nuevos hombres habían encontrado que estas mismas niñas, con las que habían crecido, se pavoneaban por todas partes, irguiendo los senos, del tamaño de mangos, moviendo las manos y los brazos, mostrando los nuevos aretes, collares y pulseras. Lo que irritaba a Kunta y a los demás no era que se comportaran de una manera tan absurda, sino que lo hicieran para llamar la atención de hombres que tenían por lo menos diez lluvias más que ellas. A los de la edad de Kunta, estas doncellas casaderas -de catorce y quince lunas- apenas si los miraban, y sólo para reírse de ellos. Él y sus compañeros se disgustaban tanto por los aires que se daban y las cosas que hacían que resolvieron no prestarles más atención ni a las muchachas ni a los hombres mayores a quienes ellas trataban de atraer con tanto alboroto.

Pero algunas mañanas, al despertarse, Kunta sentía que su foto estaba tan duro como su pulgar. Naturalmente, había estado duro muchas veces antes, aun cuando tenía la edad de

Lamin, pero ahora sentía algo distinto, fuerte y profundo. Y Kunta no podía evitar meter la mano debajo de las sábanas y apretárselo. Tampoco podía dejar de pensar en ciertas cosas que él y sus compañeros habían oído acerca de que los fotos se metían adentro de las mujeres.

Una noche estaba soñando -desde que era un niñito, Kunta soñaba mucho, incluso despierto, como decía Binta- con que estaba en un seoruba para la fiesta de la cosecha, y vio que la doncella de piel más renegrida, más hermosa, de cuello más largo, arrojaba el adorno que llevaba en la cabeza para que él lo recogiera. Cuando lo hizo, la muchacha corrió gritando: "¡Kunta me quiere!", y después de considerar el asunto, sus padres consintieron en que se casara con él. Omoro y Binta también consintieron, y ambos padres concertaron la dote de la novia. "Es hermosa", dijo Omoro, "pero me preocupa su verdadero valor como mujer de mi hijo. ¿Es fuerte y trabajadora? ¿Tiene buena disposición en el hogar? ¿Cocina bien, cuidará a sus hijos? Y sobre todo, ¿es seguro que sea virgen?". Todas las respuestas fueron que sí, así que fijaron un precio y la fecha de la boda.

Kunta construyó una hermosa choza de barro, y las madres de los novios cocinaron abundantes bocados exquisitos, para dar la mejor de las impresiones a los invitados. Y el día de la boda, los adultos, niños, cabras, gallinas, perros, loros y monos hicieron tanto ruido como los músicos que habían contratado. Cuando llegó el séquito de la novia, el cantante de alabanzas se refirió a las dos bellas familias que se iban a unir. Más fuertes fueron los gritos cuando las mejores amigas de la novia la empujaron dentro de la nueva casa de Kunta. Sonriendo y saludando a todos, Kunta la siguió y corrió la cortina de la puerta. Cuando ella se sentó sobre su cama, él le cantó la famosa canción ancestral del amor: "Mandunbe, tu largo cuello es muy bello...". Luego se acostaron sobre suaves cueros curtidos y ella lo besó tiernamente, y se abrazaron estrechamente. Y entonces sucedió la cosa, igual que Kunta se la había imaginado y se la habían descripto. Era más maravillosa de lo que le habían dicho, y la sensación fue aumentando más y más, hasta que por fin él estalló.

Despertándose de golpe, Kunta se quedó muy quieto durante un momento, tratando de entender lo que había pasado. Luego, metiendo la mano entre las piernas, sintió la cálida humedad sobre su cuerpo, y sobre su cama. Asustado y alarmado, saltó, buscó un pedazo de género, y limpió la cama y se secó él. Luego, sentado en la oscuridad, el miedo dio paso a la vergüenza, luego al placer, y el placer, por último, a una especie de orgullo. ¿Le habría pasado eso a alguno de sus compañeros? Esperaba que sí, pero también que no, porque a lo mejor eso sucedía sólo cuando uno llegaba a ser hombre, y él quería ser el primero. Pero Kunta se dio cuenta de que no se enteraría nunca, porque estas experiencias no se compartían con nadie. Finalmente, extenuado y regocijado, se volvió a acostar y pronto se durmió pacíficamente, esta vez sin soñar.

CAPITULO 28.

A Kunta le parecía que Binta lo hacía enojar casi todos los días, por alguna u otra cosa. No era por nada que hiciera o dijera, sino por la manera en que lo miraba, o cierto tono de voz, que era la forma en que expresaba su desaprobación acerca de algo. Lo peor era cuando Kunta agregaba a sus posesiones algo nuevo que Binta no le había conseguido. Una mañana, cuando llegó para servirle el desayuno, Binta casi dejó caer el kouskous hirviendo sobre Kunta al ver que tenía puesto el primer dundiko que no había sido cosido por sus propias manos. Kunta se sintió culpable por haberlo cambiado por un cuero curtido de hiena, pero se enojó tanto que no le ofreció ninguna explicación, aunque era evidente que su madre se había ofendido profundamente.

Desde esa mañana se dio cuenta de que Binta, cuando le traía la comida, inspeccionaba todos los artículos de la choza para ver si había algo nuevo -un banquito, una estera, balde, plato o cacerola- que ella no le hubiera dado. Si había algo nuevo, sus ojos penetrantes no lo pasaban por alto. Kunta se quedaba sentado, furioso, al ver que ella hacía como que no pasaba nada, comportándose como solía hacerlo con Omoro. Kunta sabía que Binta no veía las horas de reunirse con las otras mujeres para ventilar su desdicha, que era lo que siempre hacían las mujeres mandingas cuando estaban desagradadas por algo.

Un día, antes de que llegara su madre con la comida de la mañana, Kunta tomó una canasta bellamente trenzada que le había regalado Jinna M'Baki, una de las viudas de Juffure, y la puso junto a la puerta de su choza, donde su madre la notaría, pues podía tropezar con ella. La viuda era un poco más joven que Binta, le parecía a Kunta. Cuando él era todavía un pastor del segundo kafo, su marido había salido de caza, sin regresar nunca. Vivía muy cerca de Nyo Boto, a quien Kunta visitaba con frecuencia, y así la había empezado a ver; a medida que fue creciendo, empezaron a conversar. Kunta se enojó cuando sus compañeros, al enterarse del regalo que le había hecho la viuda, empezaron a hacerle bromas con respecto a la razón del regalo, ya que se trataba de una valiosa canasta de bambú. Cuando Binta llegó y notó la nueva adquisición -reconociendo el estilo de urdiembre de la viuda- retrocedió como si la canasta fuera un escorpión. No dijo ni una palabra, por supuesto, pero Kunta se dio cuenta de que había entendido lo que él le quería decir. Ya no era un niño, y era hora de que dejara de actuar como su madre. Creía que era su propia responsabilidad hacerla cambiar en ese aspecto. No había necesidad de hablarle a Omoro del asunto, pues no podía ponerse en la ridicula posición de preguntarle a su padre cómo hacer para que su madre lo respetara igual que a su marido. Kunta pensó en discutir el problema con Nyo Boto, pero cambió de opinión cuando se acordó de la manera extraña en que ella lo había recibido al regresar del entrenamiento.

Así que Kunta se las arregló solo, y decidió no volver a la choza de Binta, donde había vivido la mayor parte de su vida. Y cuando Binta le traía la comida se quedaba sentado, tieso y callado, mientras ella le ponía el plato sobre la estera, frente a él, y luego se iba, sin mirarlo ni decirle palabra. Kunta finalmente empezó a pensar en conseguir otro arreglo para la comida. La mayoría de los jóvenes de su edad seguían comiendo lo que les preparaba su madre, aunque a algunos les cocinaba una hermana mayor o una cuñada. Kunta se dijo que si Binta empeoraba, él iba a buscar otra mujer que le cocinara, tal vez la viuda que le había regalado la canasta tejida. Sabía, sin necesidad de preguntárselo, que estaría encantada de cocinarle, pero Kunta no quería hacerle saber que estaba considerando pedírselo. Mientras tanto él y su madre se seguían viendo a la hora de las comidas, aunque actuaban como si no se vieran.

Una mañana temprano, cuando regresaba de hacer guardia en el campo de maní, Kunta vio a tres hombres jóvenes que iban muy apurados delante de él, por el mismo sendero. Serían de su misma edad, viajeros de alguna otra aldea. Les gritó, hasta que se volvieron, y entonces corrió para saludarlos. Le dijeron que eran de la aldea de Barra, a un día y una noche de viaje de Juffure, y que iban camino a buscar oro. Pertenecían a la tribu de los feloops, una rama de los mandingas, pero Kunta tenía que escuchar muy atentamente para poder entender lo que decían, y ellos también, cuando Kunta hablaba. Eso le hizo recordar su viaje a la nueva aldea de sus tíos, pues allí tampoco entendía lo que decían muchos, aunque vivían a un día o dos de Juffure.

A Kunta le intrigó el viaje de los jóvenes. Pensó que podía interesarles a algunos de sus amigos, así que les pidió que pararan en su aldea antes de seguir camino, donde serían bien recibidos. Pero ellos rehusaron cortésmente la invitación, diciendo que debían llegar a un lugar para separar el oro a la tercera tarde del viaje. -Pero, ¿por qué no vienes con nosotros? -le preguntó a Kunta uno de los jóvenes.

Kunta nunca había soñado con algo así, por lo que lo tomó de sorpresa, y dijo que no, que les agradecía la invitación, pero que tenía mucho trabajo que hacer en la granja, así como otras tareas. Los tres jóvenes lamentaron su decisión. -Si cambias de idea, únete a nosotros -dijo uno de ellos. Y se arrodillaron para trazar en la tierra la ubicación del lugar, a dos días y una noche de viaje de Juffure. El padre de uno de ellos, músico ambulante, les había dicho dónde quedaba.

Kunta siguió caminando con sus nuevos amigos hasta llegar al árbol de los viajeros, donde el sendero se bifurcaba. Los tres muchachos tomaron el sendero que rodeaba a Juffure, dándose vuelta para saludarlo con la mano. Kunta siguió camino a la aldea, lentamente. Cuando entró en su choza y se acostó, seguía pensando; a pesar de que no había dormido en toda la noche, no podía conciliar el sueño. Tal vez lo mejor que podía hacer era ir en busca de oro, si podía encontrar a un amigo que se ocupara de su granja durante su ausencia. Y sabía que algunos de sus compañeros se harían cargo de sus guardias, si se los pedía, igual que haría él por ellos.

Lo que pensó luego lo hizo saltar de la cama: ahora que era un hombre, podía llevar a Lamín, igual que su padre lo había llevado a él. Durante la hora siguiente Kunta caminó por su choza, pensando en la nueva idea y los problemas que presentaba. Antes que nada, ¿dejaría Omoro hacer el viaje a Lamin, que aún era un muchacho, y necesitaba el permiso de su padre? A Kunta le molestaba, como hombre, tener que pedir permiso por algo, pero ¿y si Omoro decía que no? ¿Y cómo se sentirían sus tres nuevos amigos si lo veían aparecer con su hermanito?

Kunta se preguntó por qué estaba caminando, pensando en eso, arriesgándose a meterse en dificultades, sólo para hacerle un favor a Lamin. Después de todo, desde su regreso, Lamin no era el de antes. Pero Kunta sabía que eso no era porque así lo quisieran. Antes de irse Kunta, los dos se querían y se divertían juntos. Pero ahora Lamin estaba ocupado con Suwadu, que rondaba continuamente.

Lamin igual que este solía hacerlo con él, henchido de orgullo y lleno de admiración. Pero Kunta sabía que Lamin seguía queriéndolo. Le parecía que ahora lo admiraba más aún que antes. Lo que pasaba era que, desde que se había convertido en hombre, había surgido una distancia que los separaba. Los hombres no pasaban mucho tiempo con los niños, y aunque él y Lamin no quisieran que así fuera, no había manera de impedirlo, hasta ese momento, en que a Kunta se le ocurrió llevar a Lamín en busca de oro.

-Lamín es un buen muchacho. Demuestra bien la educación recibida en el hogar. Y cuida bien mis cabras -fue el comentario con que inició Kunta su conversación con Omoro, pues sabía que los hombres nunca van al grano. Omoro, naturalmente, también lo sabía. Asintió lentamente y replicó-: Sí, yo diría que eso es verdad.

-Con toda la tranquilidad que pudo, Kunta le contó entonces a su padre acerca de su encuentro con sus tres nuevos amigos y la invitación que le hicieron para que se les reuniera para buscar oro. Respirando hondo, dijo finalmente-: Estuve pensando que a Lamin le gustaría ir conmigo.

El rostro de Omoro no reveló expresión alguna. Pasó un rato largo antes que hablara. -Viajar es bueno para un muchacho -dijo, y Kunta se dio cuenta de que por lo menos no diría directamente que no. Se daba cuenta también de que su padre confiaba en él, pero que también estaba preocupado, cosa que Omoro no quería expresar demasiado-. Hace muchas lluvias que no voy por esa zona. No me acuerdo muy bien del camino -dijo Omoro de una manera casual, como si estuviera refiriéndose al tiempo. Kunta se dio cuenta de que su padre, que nunca se olvidaba de nada, quería saber si Kunta sabía cómo llegar al lugar del oro.

Arrodillándose en la tierra, Kunta trazó el camino con un palito, como si hiciera años que lo conocía. Hizo círculos para indicar las aldeas cerca del sendero y a cierta distancia del

mismo. Omoro también se puso de rodillas, y cuando Kunta terminó de trazar el sendero, le dijo: -Yo seguiría el sendero para pasar cerca de la mayor cantidad de aldeas. Te llevará más tiempo, pero será más
seguro.
Kunta asintió, esperando aparentar más confianza que la que sentía. Pensó que los tres amigos, que viajaban juntos, podían ayudarse entre sí, viendo cuando alguno se equivocaba, mientras que él, viajando con su hermano, del que sería responsable, no tendría nadie que lo ayudara si se equivocaba.
Luego Kunta vio que Omoro trazaba un círculo en la parte final del sendero. -En esta área pocos hablan mandinga -dijo. Kunta recordó las lecciones aprendidas en el entrenamiento y miró a su padre en los ojos-. El sol y las estrellas me indicarán el camino
-dijo.
Pasó un momento prolongado, y luego Omoro volvió a hablar.
-Me parece que iré a la choza de tu madre. -A Kunta le dio un vuelco el corazón. Se dio cuenta que su padre le estaba diciendo que él le había dado permiso y que era mejor que él personalmente le diera la noticia a Binta.
Omoro no se demoró mucho en la choza de Binta. Apenas había salido para regresar a su propia choza cuando ella salió corriendo, apretándose la cabeza con ambas manos. -¡Madi! ¡Suwadu! -chilló, y los niños fueron corriendo.
Otras mujeres y muchachas solteras salieron entonces de sus chozas. Todas seguían a Binta, que sin dejar de gritar llevaba a los dos niños a empujones en dirección al pozo. Una vez allí, todas las mujeres la rodearon mientras ella lloraba y se lamentaba, diciendo que ahora le quedaban dos hijos solamente, pues los otros seguramente se los llevaría el toubob.
Una muchacha del segundo kafo, que no pudo aguantar sin contar la noticia del viaje de Kunta con Lamin, corrió hasta el lugar en que los muchachos de su kafo estaban con las cabras. Un poco después, de regreso en la aldea, había cabezas que se daban vuelta, sonrientes, al ver a un muchacho enloquecido de alegría que volvía saltando y gritando tan fuerte como para despertar a sus antepasados. Alcanzó a su madre justo fuera de la choza, y aunque no llegó a rodearla del todo, le dio un abrazo como de oso, la besó con fuerza en la frente y la levantó, haciéndola girar, mientras ella gritaba que la dejara. Cuando pudo desasirse de él, Binta corrió hasta encontrar un pedazo de madera y golpeó a Lamin con él. Lo hubiera seguido haciendo, pero él se escapó -sin sentir dolor- hacia la choza de Kunta. Ni siquiera golpeó para anunciarse, sino que entró como una tromba. Se trataba de una intrusión, decidió Kunta, pero al ver la expresión de alegría de su hermano, la pasó por alto. Lamin estaba parado, inmóvil, mirando a su hermano mayor. Trataba de decirle algo: le temblaba todo el cuerpo, y Kunta tuvo que controlarse para no abrazar a Lamin, tanto era el amor que había entre ellos en ese instante.
Kunta se oyó hablar en un tono casi áspero. -Veo que ya te has enterado. Partiremos mañana, después de la primera plegaria.
Aunque ahora era un hombre, Kunta se cuidó muy bien de acercarse a Binta mientras hacía varias visitas a sus amigos para pedirles que le cuidaran la granja y que hicieran sus guardias. Kunta sabía dónde estaba su madre por sus alaridos de lamentación. Marchaba continuamente por la aldea, llevando a Madi y a Suwadu de la mano. -¡Me quedan estos dos solamente! -gritaba con todas sus fuerzas. Pero como todos los habitantes de Juffure, sabía que no importaba cómo se sentía, ni lo que hiciera o dijera, pues Omoro había tomado va su decisión.

CAPITULO 29

Junto al árbol de los viajeros, Kunta rezó para que tuvieran un viaje sin peligro. También y para que fuera próspero, ató de una pata, a una de las ramas más bajas, la gallina que llevaba, y la dejó aleteando y gritando. Finalmente, los dos hermanos iniciaron el viaje. Kunta no se dio vuelta para mirar, pero sabía que Lamin se esforzaba por mantener el paso y no dejar caer el atado que llevaba sobre la cabeza, y además, para que Kunta no lo notara.

Después de una hora, el sendero pasó junto a un árbol bajo, lleno de cuentas de colores. Kunta quería explicarle a Lamin que el árbol significaba que cerca vivían unos mandingas que eran kafirs, es decir, infieles paganos que olían rapé y fumaban en pipas hechas de madera, con cuencos de barro, y que también bebían cerveza hecha de aguamiel. Pero más importante que los conocimientos, Lamin debía aprender a marchar en silencio. Hacia el mediodía, Kunta sabía que a Lamin le dolían mucho los pies y las piernas, lo mismo que el cuello, por el peso que soportaba. Pero sólo si se aprendía a seguir adelante, a pesar del dolor, se podría fortalecer el cuerpo y el espíritu. Al mismo tiempo, Kunta sabía que Lamín debía descansar o se caería de cansado, lo que lo lastimaría en su orgullo.

Tomaron el sendero que no entraba en la primera villa por la que pasaron, deshaciéndose fácilmente de los niños desnudos del primer kafo que corrieron a inspeccionarlos. Kunta no se volvió para mirar, pero sabía que Lamin probablemente había apurado el paso y erguido el porte para beneficio de los niños. Pero cuando se alejaron de la aldea y de los niños, Kunta se olvidó de Lamin para pensar en otras cosas. Volvió a pensar en el tambor que se iba a hacer: primero pensó cómo lo haría, igual que los hombres que tallaban máscaras y figuras. Ya tenía la piel de un cabrito lista, que se estaba curtiendo en su choza, y conocía el lugar -cerca de los arrozales de las mujeres- donde podría conseguir la madera dura que necesitaba para terminarlo. Kunta casi podía oír el sonido de su tambor.

Como el sendero los llevaba por un bosquecillo, Kunta apretó con fuerza la lanza que llevaba, tal como le habían enseñado. Continuó caminando con mucha cautela, luego se detuvo y escuchó. Lamin estaba parado detrás de él, con los ojos muy abiertos, sin respirar del miedo. Un momento después, sin embargo, su hermano mayor siguió caminando, ya sin tensión, pues había reconocido el ruido: se trataba de varios hombres que entonaban una canción mientras trabajaban, y hacia ellos se dirigían. Pronto los dos hermanos llegaron a un claro y vieron a doce hombres que arrastraban con sogas un tronco ahuecado. Habían derribado un árbol, y luego de quemarlo le habían cortado las ramas, y ahora lo estaban arrastrando hasta el agua. Con cada tirón que daban a la soga, cantaban la siguiente línea de la canción; cada una terminaba con las palabras: "¡Todos juntos!" Luego volvían a cantar, haciendo un gran esfuerzo, y movían el tronco una brazada más. Saludando a los hombres, que devolvieron el saludo, Kunta pasó a su lado, pensando que más tarde diría a Lamin quiénes eran esos hombres y por qué habían hecho una canoa de un árbol que crecía en la selva y no cerca del río: eran de la aldea de Kerewan, donde se hacían las mejores piraguas, y sabían que sólo los árboles de la selva flotaban.

Kunta se acordó con ternura de los tres hombres jóvenes de Barra a quienes iban a ver. Era extraño que, aunque nunca se hubieran visto antes, parecieran como hermanos. Tal vez eso se debía a que eran mandingas, también. Hablaban de manera diferente, pero adentro eran iguales. Como ellos, él había decidido dejar su aldea para tentar fortuna antes de regresar al hogar para las grandes lluvias.

Cuando se acercaba la hora de la plegaria alansaro, de la media tarde, Kunta salió del sendero junto a un arroyuelo que corría entre unos árboles. Sin mirar a Lamin, bajó su atado, flexionó los músculos, y se inclinó para juntar agua con las manos y salpicarse la cara. Bebió un poco y luego, en medio de su plegaria, oyó el ruido que hacía el atado de Lamin contra el suelo. Había llegado al final de la oración; preparado para reprender a su

hermano, vio que se arrastraba dolorosamente hacia el agua. Pero Kunta lo mismo endureció la voz: -¡Bebe un poquito por vez!-. Mientras Lamin bebía, Kunta decidió descansar una hora en ese lugar, pues sería suficiente. Después de comer algunos bocados, pensó, Lamin podría seguir caminando hasta la plegaria futura, alrededor del crepúsculo, cuando ambos necesitarían una buena comida y luego descansar toda la noche.

Pero Lamin estaba demasiado cansado para poder comer. Se quedó acostado donde había bebido, con los brazos extendidos, boca abajo. Kunta se acercó en silencio para mirarle las plantas de los pies; todavía no sangraban. Luego Kunta se quedó dormido, y al despertarse sacó del atado una cantidad suficiente de carne desecada para los dos. Sacudiendo a Lamin, para que se despertara, le dio la carne y comió su ración. Pronto volvieron al camino, que daba todas las vueltas y pasaba junto a todos los mojones que habían descripto los muchachos de Barra. Cerca de una aldea vieron a dos viejas abuelas y dos muchachas jóvenes con unos niños del primer kafo ocupados en capturar cangrejos. Metían las manos en un arroyo y arrebataban su presa.

Cerca del anochecer, a medida que Lamin usaba cada vez más las manos para sostener su atado, Kunta vio adelante una bandada de pájaros grandes que bajaban en círculos. Se detuvo de repente, escondiéndose, y Lamin se dejó caer sobre las rodillas detrás de un arbusto. Kunta apretó los labios, imitando la llamada del macho de la especie, y poco después vio varias hembras gordas que se acercaban. Ladeaban la cabeza, mirando a todos lados, cuando la flecha de Kunta atravesó a una de ellas. Le torció el cuello, dejó que se secara la sangre, y mientras asaba el ave hizo un refugio entre los arbustos, y rezó. También asó unos choclos que había recogido por el camino, antes de despertar a Lamin, que se había vuelto a dormir no bien dejó el atado en el suelo. Después de devorar la comida, el muchacho se dejó caer en el mullido musgo debajo del techo en declive que proporcionaban unas frondosas ramas y se volvió a dormir sin un murmullo.

Kunta se sentó, abrazándose las rodillas, en medio del aire silencioso de la noche. No muy lejos empezaron a gañir las hienas. Durante algún tiempo se entretuvo identificando los otros sonidos de la selva. Luego oyó, tres veces, el débil y melodioso sonido de un cuerno. Era la llamada a la última plegaria de la aldea más próxima, hecha por el alimano con el colmillo ahuecado de un elefante. Deseó que Lamín hubiera estado despierto para oír ese clamor obsesionante, que era casi una voz humana, pero sonrió porque a su hermano no podía importarle, en su estado, ningún sonido. Después de rezar, Kunta se quedó dormido.

Poco después de la salida del sol pasaron junto a esa aldea y escucharon el ruido que hacían los morteros de las mujeres que molían el kouskous para el cereal del desayuno. A Kunta le pareció que lo saboreaba. Sin embargo, no se detuvieron. No muy lejos, por el sendero, había otra aldea, y cuando pasaron junto a ella, vieron que los hombres salían de la mezquita y las mujeres estaban atareadas alrededor del fuego, preparando la comida.

No habían recorrido mucho más camino cuando Lamin profirió un grito ahogado. Pensando que había pisado una espina, Kunta se dio vuelta, y vio que su hermano miraba fijamente hacia arriba: estirada sobre una rama por la que iban a pasar en un instante, lista para saltar, había una pantera. La pantera hizo sssss, luego se desperezó entre las ramas y desapareció. Agitado, Kunta echó a andar nuevamente, alarmado, enojado y avergonzado a la vez. ¿Cómo no había visto la pantera? Probablemente porque quería que nadie la viera, y no hubiera saltado sobre ellos, pues si los grandes felinos no estaban muy hambrientos, rara vez atacaban durante el día, ni siquiera a su presa favorita, y a las personas muy raras veces, a menos que se sintieran acorraladas, provocadas, o estuvieran heridas. No obstante, Kunta se acordó de la cabra muerta por una pantera, cuando era pastor. Casi le pareció oír la advertencia del kintango: "Los sentidos del cazador deben ser agudos. Debe oír lo que no oyen los demás, y oler lo que nadie huele. Debe ver en la oscuridad". Sin embargo, mientras seguía caminando, con la cabeza en las nubes, fue Lamin el que vio la pantera. La

mayoría de sus problemas había sucedido por ese hábito suyo, que debía corregir sin falta, pensó. Agachándose sin detenerse, Kunta recogió una piedra pequeña, escupió tres veces sobre ella, y la arrojó al sendero, para que se llevara consigo los espíritus de la mala suerte.
Siguieron caminando bajo el sol ardiente. Gradualmente, el paisaje cambiaba de verde selva a palmeras y arroyos fangosos y soñolientos. Pasaron junto a aldeas calurosas y polvorientas donde -igual que en Juffure- los niños del primer kafo corrían gritando en grupos, los hombres descansaban bajo el baobab y las mujeres chismorreaban junto al pozo. Pero Kunta se preguntaba por qué permitían que las cabras anduvieran por la aldea, junto con los perros y las gallinas, en lugar de encerrarlas en corrales y dejarlas pastorear libres, como en Juffure. Llegó a la conclusión de que se trataba de un pueblo extraño y distinto.
Siguieron caminando por un suelo sin pasto, arenoso, salpicado por baobabs de extrañas formas. Cuando llegaba el momento de la oración, se detenían para comer un bocado, y Kunta inspeccionaba el atado de Lamin, y luego sus pies, que ya no sangraban tanto. Los cruces de camino seguían sucediéndose, hasta que por fin vieron el enorme baobab que habían descripto los jóvenes de Barra. Debía tener cientos de lluvias para morirse, pensó, y contó a Lamin lo que le había dicho uno de los muchachos: "Un griot descansa ahí dentro", añadiendo que a los griots no los enterraban como a otras personas sino en los huecos de los viejos baobabs, pues tanto los árboles como las historias que llevaban en sus cabezas eran eternos. -Ya estamos cerca -dijo Kunta, y deseó tener ya el tambor que pensaba hacer, pues así podría anunciar su llegada de antemano a sus amigos. A la caída del sol llegaron a los pozos de arcilla, donde vieron a los tres hombres.
-Suponíamos que ibas a venir -le dijeron, contentos al verlo. No prestaron atención a Lamin, como si se tratara de un hermano suyo, del segundo kafo. Conversando alegremente, los tres jóvenes les mostraron los granos diminutos de oro que habían recogido. Al clarear el alba, Kunta y Lamin se habían ya unido al grupo, cortando pedazos de arcilla pegajosa que mojaban en grandes calabazas de agua. Después de hacer girar la calabaza, y luego verter lentamente la mayor parte del agua barrosa, metían los dedos con mucho cuidado para ver si se habían depositado granos de oro en el fondo. De vez en cuando encontraban un grano diminuto como una semilla de mijo, o tal vez un poquito más grande.
Trabajaban tan febrilmente que no había tiempo para conversar. Buscando oro, Lamin hasta se olvidaba de los músculos que le dolían. Cada precioso grano se depositaba cuidadosamente en la parte hueca de las plumas de las alas de paloma, y luego cuando se llenaban las cerraban con pedacitos de algodón. Kunta y Lamin habían llenado seis canutillos cuando los tres jóvenes dijeron que ya era suficiente. Ahora les gustaría seguir más adelante, entrar más en la selva, para buscar colmillos de elefante. Dijeron que sabían dónde se rompían los colmillos los elefantes viejos, tratando de desenterrar árboles pequeños y arbustos para comer. También habían oído decir que si llegaban a encontrar los cementerios secretos de los elefantes, darían con una fortuna en colmillos. ¿No quería Kunta ir con ellos? La idea lo tentaba: sonaba más excitante que buscar oro. Pero no podía ir, por Lamin. Les agradeció la invitación con tristeza y les dijo que debía volver a su casa con su hermano. Así que se despidieron calurosamente, después de que Kunta les hizo aceptar una invitación para que se detuvieran en Juffure de regreso a su hogar.
El viaje de vuelta le pareció más corto a Kunta. Los pies de Lamin le sangraban más, pero caminó más rápido cuando Kunta le dio los canutillos, llenos de oro para que los llevara, diciéndole: -A tu madre le van a gustar. -Él se sentía tan contento como Lamin por haberlo llevado de viaje, igual que antes su padre a él, y algún día Lamin llevaría a Sufadu, y éste a Madi. Se acercaban al árbol de los viajeros de Juffure cuando Kunta oyó que a Lamin se le volvía a caer el atado. Se dio vuelta enojado, pero al ver la expresión de ruego de su

hermano dijo-: Está bien, búscalo más tarde. -Sin decir una palabra, a pesar de sus músculos doloridos y sus pies lastimados, Lamin corrió tan rápido como pudo para llegar a la aldea.

Para cuando Kunta entró en la aldea, un grupo de mujeres excitadas había rodeado a Binta, que se estaba metiendo en el pelo las plumas rellenas de oro, con una expresión de alegría y de enorme alivio. Un momento después, Binta y Kunta intercambiaban una mirada de ternura y cariño muy superior a los saludos acostumbrados entre madre e hijo después de un viaje. Las lenguas incansables de las mujeres pronto comunicaron a todo Juffure lo que habían traído consigo los dos muchachos Kinte. -Binta lleva una vaca entera en la cabeza - gritó una abuela, queriendo decir que el oro era suficiente para comprar una vaca, y el resto de las mujeres le hicieron eco.

-Te fue bien -dijo simplemente Omoro cuando vio a Kunta, pero la emoción que compartían era mayor aun que la que había sentido con su madre. Durante los días siguientes, los ancianos que veían a Kunta por la aldea, le hablaban y le sonreían de manera especial, y él respondía con solemnidad y con respeto. Hasta los compañeros de Suwadu, del segundo kafo, lo saludaban como si fuera un adulto, diciéndole "¡Paz!", permaneciendo con los brazos cruzados sobre el pecho hasta que él pasaba. Kunta llegó a escuchar a su madre un día hablando de los "dos hombres a los que doy de comer", y el hecho de que su madre se hubiera dado cuenta por fin de que él era un hombre, lo llenó de orgullo.

A Kunta le parecía bien ahora que Binta lo alimentara y también que le inspeccionara la cabeza en busca de garrapatas, cosa que ella quería hacer desde hacía mucho. Kunta también visitaba su choza de vez en cuando. Binta sonreía todo el tiempo y hasta canturreaba mientras cocinaba. Sin ceremonias, Kunta le preguntaba si necesitaba que la ayudara en algo, y ella le decía que sí algunas veces, y él se apresuraba en complacerla.

Cuando Binta necesitaba trabajar en la choza, Kunta se llevaba a los tres muchachos, y ella Se paraba sonriente en la puerta para verlos cómo marchaban, Kunta con Malí sobre los hombros, seguido de Lamin, que caminaba henchido como un pavo, mientras Suwadu cerraba la marcha, lleno de celos. A Kunta le gustaba tanto que pensaba que sería lindo tener una familia propia algún día. Pero no hasta que llegara su momento, se decía, y para eso faltaba mucho.

CAPITULO 30

Cuando no tenían nada que hacer, los hombres de la edad de Kunta podían sentarse en el borde del Consejo de Ancianos cuando estos celebraban sus sesiones formales una vez por luna bajo el antiguo baobab de Juffure. Los seis ancianos mayores, sentados muy juntos bajo el baobab mismo, sobre cueros curtidos, parecían tan viejos como el árbol, pensaba Kunta, y como hechos de la misma madera, sólo que ellos eran negros como el ébano, y estaban vestidos con largas túnicas blancas y llevaban casquetes del mismo color. Sentados frente a ellos estaban los que tenían problemas o disputas que debían ser resueltos. Detrás de los peticionantes, en filas, se sentaban los hombres como Omoro, según la edad, y en la hilera exterior los nuevos hombres, del kafo de Kunta. Detrás de ellos podían sentarse las mujeres, sólo que casi nunca iban, excepto cuando se iba a discutir un asunto en que estaba implicado alguien de su familia. En algunas ocasiones extraordinarias, acudían todas las mujeres, pero eso sucedía cuando existía la promesa de chismes jugosos.

Ninguna mujer iba cuando el Consejo se reunía a discutir asuntos puramente administrativos, como la relación de Juffure con alguna otra aldea. Cuando se trataba de

asuntos con personas, sin embargo, el público era numeroso y ruidoso, pero todos se callaban cuando el mayor de los ancianos levantaba su bastón, adornado con cuentas de todos colores, y golpeaba con él el tambor antes de nombrar a la primera persona que debía hablar. El orden se establecía según la edad. Al que le tocaba hablar se ponia de pie y presentaba su caso. Mientras hablaba, los ancianos miraban el suelo, hasta que terminaba y se sentaba. En este punto, cualquiera de los ancianos podía formularle preguntas.
Sí el caso implicaba una disputa, la otra persona podía entonces exponer su causa. A ella también se le hacían preguntas, y después los ancianos se daban vuelta para discutir el asunto, lo que a veces llevaba mucho tiempo. Uno o más podían formular nuevas preguntas. Pero por fin todos volvían a enfrentar al público, se ordenaba a los querellantes que se pusieran de pie nuevamente, y entonces el mayor de los ancianos comunicaba su decisión, después de lo cual se llamaba a la siguiente persona.
Aun para los más jóvenes, como Kunta, estas audiencias eran cosa de rutina. Las personas que acababan de tener un hijo pedían más tierra para cultivar, y estos requerimientos siempre se concedían con rapidez, como los primeros que hacían los hombres solteros como Kunta para que se les otorgara un terreno. Durante el entrenamiento, el kintango les había dicho que nunca dejaran de ir a las sesiones, a menos que se vieran obligados, pues ampliaban los conocimientos de un hombre a medida que transcurrían las lluvias, y un día él llegaría a ser uno de los ancianos. Durante la primera sesión a la que fue, Kunta vio a Omoro sentado delante de él, y se preguntó cuántos cientos de decisiones habría oído ya su padre.
Durante esa primera sesión, Kunta presenció una disputa por tierras. Dos hombres reclamaban los frutos de un grupo de árboles plantados por el primero, en un terreno sobre el cual ahora tenía derecho el segundo, pues la familia del primero había disminuido. El Consejo de Ancianos concedió los frutos al primero, diciendo: -Si él no hubiera plantado los árboles, los frutos no existirían.
En otras sesiones, Kunta vio a gente a quien se acusaba de romper o perder algo que les habían prestado, mientras los dueños, furiosos, decían que los artículos eran valiosos y nuevos. Si el que los había pedido prestado no tenía testigos que dijeran que no lo eran, entonces tenía que pagar o reemplazar el artículo como nuevo. Kunta también vio a personas furiosas que acusaban a otras de causarles mala suerte por medio de magia negra. Un hombre dijo que otro lo había tocado con una pata de gallo, haciendo que se enfermara. Una esposa joven declaró que su suegra había escondido un arbusto en la cocina, haciendo que todas las comidas salieran mal. Y una viuda afirmó que un viejo al que ella había rechazado, había arrojado cascaras de huevo molidas a su paso, causándole una serie interminable de dificultades, que pasó a describir. Si se presentaba evidencia de los motivos y resultados de la magia, el Consejo podía convocar, mediante un mensaje trasmitido por tambor, al mago viajero más cercano, a quien debía pagar el culpable de haber practicado la magia.
Kunta vio cómo se ordenaba a los deudores que pagaran, aun cuando debían vender sus posesiones, y si no tenían nada que vender, trabajaban como esclavos hasta pagar la deuda. Vio a esclavos que acusaban de crueldad a sus amos, o de que les proporcionaban mala comida o alojamiento inadecuado, o que se apoderaban de más de la mitad de lo producido por ellos. Los amos, a su vez, acusaban a los esclavos de esconder parte de lo que producían, o de no trabajar lo suficiente, o de romper las herramientas deliberadamente. Kunta vio que en esos casos el Consejo sopesaba cuidadosamente la evidencia, tomando en cuenta el pasado de las personas implicadas, y no era extraño que algunos esclavos tuvieran mejor reputación que sus amos.
Pero algunas veces no había disputas entre un amo y sus esclavos. A veces venían juntos a pedir permiso para que el esclavo se casara con alguna mujer de la familia del amo.

Cualquier pareja que quisiera casarse debía pedir permiso al Consejo. Si el Consejo consideraba que los integrantes de la pareja eran de parentesco muy cercano, se les negaba el permiso de inmediato, pero para los que no existía esta razón descalificatoria, debían esperar una luna hasta que se les diera la respuesta, lapso en el cual los habitantes de la aldea podían visitar a alguno de los ancianos privadamente para darle información, buena o mala, sobre la pareja. ¿Habían demostrado buena crianza, desde la niñez, los dos postulantes? ¿Habían traído problemas a alguien, incluso a sus propias familias? ¿Habían demostrado alguna vez tendencias indeseables, como hacer trampas, o faltar a la verdad? ¿Era la muchacha irritable, o discutidora? Y el hombre, ¿castigaba las cabras sin piedad? Si existía alguna de estas razones, no se daba la aprobación para el matrimonio, pues se creía que las malas tendencias eran hereditarias. Pero Kunta sabía, aun antes de ir a las sesiones, que la mayoría de las parejas lograban la aprobación, porque tanto los padres de él como los de ella se habían asegurado antes de dar su consentimiento, de que el futuro yerno, o nuera, según correspondiera, no tuviera ninguna de las tendencias negativas.

En las sesiones del Consejo, sin embargo, Kunta se enteró que a veces los padres no sabían algunas cosas que la gente le decía a los ancianos. Kunta presenció una sesión en que se negó rotundamente un pedido de matrimonio al aparecer un testigo que dijo que siendo un joven pastor, el que pensaba casarse le había robado una canasta, pensando que nadie lo veía. En ese momento no lo había acusado, porque era nada más que un muchacho; de haber sido acusado, según la ley, habrían tenido que cortarle la mano derecha. Kunta estaba pegado al suelo viendo cómo el joven ladrón, al fin descubierto, se echaba a llorar, confesando su culpa delante de sus horrorizados padres y de la muchacha con la que se iba a casar, que empezó a gritar. Al poco tiempo desapareció de Juffure y no se lo volvió a ver, ni se supo más de él.

Después de ir a las sesiones del Consejo durante varias lunas, Kunta llegó a la conclusión de que la mayoría de los problemas provenían de las personas casadas, especialmente de los hombres con dos, tres o cuatro esposas. La acusación más común de esos hombres era el adulterio, y cosas muy desagradables le ocurrían al culpable, si la acusación de un marido era reforzada con testimonios convincentes de terceras partes, o alguna otra evidencia. Si el marido ofendido era pobre y el culpable rico, el Consejo podía obligar a que éste cediera sus posesiones al marido, una por vez, hasta que éste dijera "Suficiente", lo que podía coincidir con el momento en que al adúltero no le quedara más que la choza desnuda. Pero cuando los dos hombres eran pobres, lo que era lo más común, el Consejo podía ordenar que el culpable trabajara como esclavo para el marido ofendido durante un tiempo. Kunta sufrió por un culpable reincidente, que fue condenado a recibir treinta y nueve latigazos de manos del marido ofendido, en público, según la antigua ley musulmana de "cuarenta, menos uno".

La idea que tenía Kunta de casarse, se enfrió un poco cuando vio y escuchó el testimonio ante el Consejo de airados maridos y furiosas esposas. Los hombres acusaban a sus mujeres de falta de respeto, holgazanería, de negarse a hacer el amor cuando les correspondía, o de ser imposible vivir con ellas. Si la mujer a la que se acusaba no presentaba un fuerte argumento en contra, con testigos, el Consejo por lo general decía al marido que fuera ese día y sacara tres de las posesiones de la choza de su mujer y luego dijera, tres veces, ante tres testigos: "Me divorcio".

La acusación más seria de una esposa (ocasión que, si se sabía de antemano, atraía a todas las mujeres de la aldea) era decir que su marido no era un hombre, lo que significaba que su actuación en la cama no era adecuada. Los ancianos nombraban a tres personas mayores, una de la familia de la esposa, otra del marido, y la tercera entre ellos mismos. Se fijaba una fecha y hora para que las tres personas observaran a la mujer y su marido en la cama. Si dos de los tres observadores decían que la mujer estaba en lo cierto, ella ganaba el

divorcio, y su familia recibía las cabras de la dote; pero si dos aseguraban que la actuación del marido era buena, no sólo se quedaba con las cabras sino que además podía castigar a su mujer y divorciarse de ella, si así lo deseaba.
Durante las lluvias que transcurrieron desde que Kunta regresó del entrenamiento, ningún caso lo llenó de tanto interés, lo mismo que a sus compañeros, como el que comenzó con murmuraciones y chismes acerca de dos miembros de su propio kafo y dos de las mejores viudas de Juffure. El día en que por fin se llevó el caso al Consejo, casi todos los habitantes de la aldea se reunieron para ocupar los mejores asientos. Primero se consideraron casos de rutina, y luego vino el caso de Dembo Dabo y Kadi Tamba, a quienes se les había concedido el divorcio hacía más de una lluvia pero que ahora volvían al Consejo, sonrientes y tomados de la mano, para pedir permiso para volverse a casar. Dejaron de sonreír cuando el mayor de los ancianos les dijo con severidad: -Ustedes insistieron en pedir el divorcio; por lo tanto, no pueden volverse a casar hasta que cada uno haya tenido otro marido y otra mujer.
Las exclamaciones de sorpresa de los de atrás fueron interrumpidas cuando el tambor anunció los nombres del siguiente caso: - ¡Tuda Tamba y Kalilu Conteh! ¡Fanta Bedeng y Sefo Kela! dos miembros del kafo de Kunta y las dos viudas se pusieron de pie. La viuda más alta, Fanta Bedeng, habló primero; parecía que había ensayado cuidadosamente sus palabras, aunque aun así estaba nerviosa. -Tuda Tamba, con sus treinta y dos lluvias, y yo, con mis treinta y tres, tenemos poca oportunidad de atraer más maridos -dijo, y procedió a pedirle al Consejo que aprobara la amistad teriya entre ellas, Sefo Kela y Kalilu Conteh, respectivamente, para que pudieran cocinarles y dormir con ellos.
Los ancianos se turnaron para hacer preguntas a los cuatro. Las viudas respondieron con seguridad, los amigos de Kunta inciertamente, aunque por lo general se mostraban siempre muy seguros de sí. Y luego los ancianos volvieron la espalda al público, y empezaron a hablar entre sí. El público estaba tan tenso que se podría haber oído la caída de un maní, hasta que finalmente los ancianos se dieron vuelta. El mayor de todos habló: -¡Alá lo aprobaría! Ustedes, viudas, tendrán un hombre, y ustedes, nuevos hombres, adquirirán una experiencia valiosa para cuando se casen más adelante.
El mayor de los ancianos golpeó con su bastón dos veces el borde del tambor, mirando penetrantemente a las mujeres del fondo, que no dejaban de murmurar. Esperó a que se callaran antes de llamar al siguiente: - ¡Jankeh Jallon! -Como no tenía más que quince lluvias, era la última en ser llamada. Todos los habitantes de Juffure habían bailado y festejado el día que ella regresó a la aldea, escapándose del toubob que la había secuestrado. Luego, unos meses después, su vientre empezó a agrandarse: iba a tener un hijo y no estaba casada, lo que ocasionó muchos chismes. Como era joven y fuerte, aún estaba en condiciones de ser aceptada por algún viejo como tercera o cuarta esposa joven. Pero cuando nació el niño, vieron que era extraño, pálido como un cuero curtido, con pelo muy raro, y entonces, cuando Jankeh Jallon aparecía, todos miraban el suelo y se iban. Con los ojos llenos de lágrimas, se puso de pie y preguntó al Consejo: -¿Qué podía hacer ella? Los ancianos no se volvieron para conferenciar entre ellos. El mayor de todos dijo que tendrían que considerar el asunto, que era muy serio y difícil, hasta la siguiente luna, cuando se volvería a reunir el Consejo. Diciendo eso, los seis miembros se pusieron de pie.
Kunta estaba preocupado, y no muy satisfecho, por la forma en que había terminado la sesión. Se quedó sentado un rato después que sus compañeros y el resto del público se levantaron para volver a su choza. Aún seguía pensando esa noche, cuando Binta le llevó la comida, y no le habló a su madre mientras comía, ni ella a él. Más tarde, al recoger el arco y las flechas para acudir a su puesto de guardia fuera de la aldea -hoy era su turno- Kunta seguía pensando acerca del niño de tez clara, el del pelo extraño, acerca de su padre,

más extraño aún, y si el toubob hubiera comido a Jankeh Ja si ella no hubiera logrado escaparse.

CAPITULO 31

En la extensión de campo de cultivos maduros de maní, iluminado por la luna, Kunta subió al palo con ranuras para los pies y se sentó con las piernas cruzadas sobre la plataforma levantada sobre la resistente horqueta, muy alta. Colocando las armas a un lado -junto con el hacha con que pensaba, por fin, al día siguiente, cortar la madera para su tambor- se dispuso a observar, mientras su perro wuolo caminaba de un lado para otro, olfateando, en el terreno. Durante sus primeras lluvias como vigía, Kunta tomaba su lanza si acertaba a pasar una rata por el pasto. Cada sombra parecía un mono, cada mono una pantera, y cada pantera un toubob, hasta que sus oídos y la vista se acostumbraron a la tarea. Con el tiempo llegó a diferenciar entre el gruñido de un león y el de un leopardo. Le llevó más tiempo aprender a mantenerse alerta la noche entera, que era interminable. Cuando empezaba a pensar en sí mismo, cosa que siempre hacía, a menudo se olvidaba dónde estaba y qué debía hacer. Pero por fin había aprendido a mantenerse vigilante con la mitad de su mente, mientras con la otra mitad exploraba sus propios pensamientos.

Esa noche pensaba en las amistades teriyas aprobadas por el Consejo de Ancianos para sus dos amigos. Hacía muchas lunas que venían diciendo a Kunta y a sus amigos que iban a llevar el caso al Consejo, pero nadie les había creído. Y ahora lo habían hecho. Tal vez en ese mismo momento, pensó, estarían haciendo la teriya en la cama. con las viudas. Kunta se incorporó tratando de imaginarse cómo sería.

Kunta sabía algo acerca de la ropa de las mujeres por las conversaciones con los de su kafo. Sabía que en las negociaciones matrimoniales los padres de la muchacha tenían que asegurar que eran vírgenes, para conseguir el mejor precio. También sabía que las mujeres sangraban mucho. Tenían sangre cada luna, cuando tenían hijos, y la noche de bodas. Todos sabían que a la mañana siguiente, las dos madres de los recién casados iban a la choza para meter en una canasta tejida la tela pagne blanca en la que había dormido la pareja, llevando las manchas de sangre al alimano como prueba de virginidad, que sólo entonces anunciaba en el tambor la bendición de Alá para el matrimonio. Si la tela blanca no tenía manchas de sangre, el nuevo esposo dejaría la choza, furioso, junto con las dos madres como testigos y gritaría: "¡Me divorcio de ti!", tres veces, para que todos lo oyeran.

Pero la teriya no implicaba nada de eso: el hombre nuevo dormía con una viuda complaciente y comía lo que ella le cocinaba. Kunta pensó un momento la manera en que lo miraba Jinna M'Baki, anunciando abiertamente sus intenciones, el día en que terminaron las sesiones del Consejo. Casi sin darse cuenta, se apretó el foto duro, pero luchó contra el deseo de acariciárselo, porque sería como aceptar lo que quería la viuda, algo que le daba vergüenza. Ni siquiera quería ponerse pegajoso con ella, se dijo; pero ahora que era un hombre tenía derecho, si quería, a pensar acerca de la teriya, pues los ancianos mismos habían demostrado que un hombre no tenía por qué avergonzarse de ello.

Las mujeres desorientaban tanto, pensó. Las muchachas de su edad, en Juffure, nunca le prestaban atención como para que él tuviera que desviar la vista. ¿Sería porque se daban cuenta de cómo era él? ¿O era porque sabían que era más joven de lo que parecía, demasiado joven para merecer su interés? Y sin embargo lo buscaba una viuda que sabía perfectamente lo joven que era.

Por lo menos Jinna M'Baki era demasiado vieja como para esperar otra cosa que no fuera una amistad teriya. ¿Para qué se iba a casar un hombre si podía conseguir una mujer que le

cocinara y con la que podría acostarse sin necesidad de casarse? Debía haber alguna razón. Tal vez era porque sólo si se casaba podía tener hijos. Eso era bueno. Pero, ¿qué podría enseñarle a sus hijos si no había vivido lo suficiente como para aprender algo del mundo, no sólo de su padre, y del arafang, y el kintango, sino explorando las cosas por sí mismo, como sus tíos?

Sus tíos ni siquiera se habían casado todavía, aunque eran mayores que su padre, y la mayoría de los hombres de su edad ya tenían dos mujeres. ¿Pensaría Omoro en volverse a casar? A Kunta le preocupó tanto la idea que se irguió. ¿Y cómo se sentiría su madre? Bueno, por lo menos Binta, como primera mujer, podría decir a la segunda mujer cuáles eran sus tareas, y asegurarse de que trabajara mucho, y además establecer los turnos para dormir con Omoro. ¿Habría problemas con dos mujeres? No, estaba seguro que Binta no sería como la primera mujer del kintango, que, como todo el mundo sabía, se abusaba de las esposas más jóvenes causando disturbios continuamente, así que rara vez podían estar en paz.

Kunta cambió de posición las piernas, dejándolas colgar del borde de la pequeña plataforma, para evitar que se le acalambraran. Su perro wuolo estaba hecho un ovillo en el suelo, debajo; el suave pelo castaño brillaba a la luz de la luna, pero sabía que dormitaba solamente, y que seguía aguzando la nariz y los oídos, preparado a detectar el menor olor o sonido de advertencia, en cuyo caso salía corriendo y ladrando a los mandriles que casi todas las noches se aventuraban a entrar en los campos cultivados de maní. Durante las largas noches de guardia, nada le gustaba más a Kunta y, a lo mejor una docena de veces en la noche, salía de su ensimismamiento al oír los gruñidos de un gato grande que saltaba sobre un mandril. Le gustaba especialmente cuando el refunfuñar del mandril se convertía en un chillido y luego se callaba, pues eso significaba que no había logrado escapar.

Pero ahora todo estaba tranquilo. Kunta estaba sentado en el borde de la plataforma, mirando los campos. La única señal de vida, en realidad, era la luz amarillenta de un pastor fulani, a lo lejos, que se movía, probablemente para ahuyentar a algún animal, tal vez una hiena, que se acercaba demasiado a sus vacas. Los fulanis eran tan buenos para cuidar el ganado que la gente decía que podían hablar con los animales. Y Omoro le había contado a Kunta que todos los dias, como parte de la paga que recibían por cuidar las vacas, los fulanis extraían un poco de sangre del pescuezo de las vacas, que mezclaban con la leche y bebían. Qué gente extraña, pensó Kunta. Aunque no eran mandingas, eran de Gambia, como él. Mucho más extraña sería la gente -y sus costumbres- que vivía más allá de las fronteras de su tierra.

Una luna después de regresar del viaje en busca de oro con Lamin, Kunta se había sentido impaciente por volver a hacerse al camino, esta vez para emprender un verdadero viaje. Sabía que otros jóvenes de su kafo pensaban viajar a algún lado tan pronto como recogieran la cosecha de kouskous y maní, pero ninguno se iba a aventurar demasiado lejos. Kunta, sin embargo, tenía los ojos fijos en un lugar distante llamado Mali, donde, hacía trescientas o cuatrocientas lluvias, según Omoro y sus tíos, había empezado el clan de los Kinte. Estos antepasados se habían hecho famosos como herreros; eran hombres que habían conquistado el fuego para hacer armas de hierro que servían para ganar las guerras y herramientas de hierro que hacían que los cultivos fueran más sencillos. Y de esta familia Kinte original, todos sus descendientes y las personas que trabajaban para ellos habían tomado el apellido Kinte. Y algunos se habían trasladado a Mauritania, lugar natal del abuelo de Kunta.

Para que nadie, ni siquiera Omoro, se enterara de su plan hasta que él quisiera que se supiese, Kunta había consultado al arafang confidencialmente para saber cuál era la mejor ruta a Mali. Trazando un mapa en la tierra, y luego señalando con el dedo, le había dicho a Kunta que si seguía la orilla del Kamby Bolongo durante seis días en la misma dirección

de las plegarias a Alá, el viajero podía llegar a la isla Samo. Después, el río se volvía más angosto y trazaba una curva pronunciada hacia el Oeste, donde comenzaba a serpentear, con muchos bolongs que confundían, pues salían de todos lados del río y eran tan anchos como él. En algunas partes era difícil ver las márgenes pantanosas del río debido al espesor de los mangles que a veces alcanzaban la altura de diez hombres. El maestro le dijo que las márgenes, en los lugares en que se las podía ver, estaban llenas de monos, hipopótamos, cocodrilos gigantes y manadas de hasta quinientos mandriles.

Pero después de viajar por esa región tan difícil durante dos o tres días, Kunta llegaría a una segunda isla grande, donde las márgenes fangosas formaban pequeños acantilados salpicados de arbustos y arbolitos. El sendero, que serpenteaba a lo largo del río, lo llevaría junto a las aldeas de Bansang, Karantaba y Diabugu. Poco después cruzaría el borde oriental de Gambia para entrar en el reino de Fulladu, y después de caminar medio día, llegaría a la aldea de Fatoto. Kunta sacó de la valija el pedazo de cuero curtido que le había dado el arafang. En él se leía el nombre de un colega de Fatoto que le indicaría el camino a seguir durante los próximos doce o catorce días, en que cruzaría una tierra llamada Senegal. Más allá de ella, dijo el arafang, estaban Mali y el lugar al que se dirigía Kunta, Ka-ba, el lugar principal de Mali. El arafang dijo que le llevaría una luna ir y volver, sin contar el tiempo que decidiera quedarse en Mali.

Kunta había trazado esa ruta tantas veces en el piso de tierra de su choza, estudiándola -pero borrándola antes de que Binta le trajera la comida- que casi podía verla cuando estaba en el terreno cultivado de maní. Pensando en las aventuras que lo aguardaban en el viaje -y en Mali- no veía las horas de emprenderlo. Estaba igualmente ansioso de contarle sus planes a Lamin, no solamente porque quería compartir el secreto, sino también porque había decidido llevar a su hermanito. Sabía cuánto se había jactado Lamin al hacer el otro viaje con su hermano. Desde entonces, ya Lamin había pasado el entrenamiento para convertirse en hombre, así que sería un compañero más experimentado y de mayor confianza como acompañante. Pero Kunta debía reconocer que la mayor razón que tenía para llevarlo era el hecho de que necesitaba compañía.

Durante un rato, Kunta se quedó sentado en la oscuridad, sonriendo al pensar en la expresión de la cara de Lamin cuando se enterara. Kunta pensaba, naturalmente, dejar caer la noticia de manera casual, como si se le acabara de ocurrir. Pero antes debía discutirlo con Omoro, quien no se mostraría preocupado esta vez. En realidad, estaba seguro que a Omoro le gustaría, y que hasta Binta se enojaría menos que antes, aunque era indudable que se preocuparía. Kunta empezó a pensar qué podría traerle a Binta desde Mali, algo que ella atesorara más aún que las plumas de oro. Quizás unas vasijas hermosamente trabajadas, o una pieza de un bello género. Omoro y sus tíos le habían dicho que las mujeres de la antigua Mali eran famosas por las vasijas que cocían y los géneros que tejían, con motivos brillantes, así que las mujeres Kinte a lo mejor seguían haciendo esas cosas.

Kunta pensó que cuando volviera de Mali, podía planear otro viaje para alguna otra lluvia. A lo mejor podía ir a ese lugar lejano, allende las arenas interminables, por las que transitaban largas caravanas de animales extraños que almacenaban agua en las jorobas que tenían en el lomo, como le habían contado sus tíos. Kalilu Conteh y Sefo Kela podían quedarse con sus viejas y feas viudas teriya; él, Kunta Kinte, haría un peregrinaje hasta la Meca misma. Como en ese momento estaba mirando en la dirección de esa ciudad sagrada, Kunta vio una lucecita amarilla, que brillaba de manera continua, del otro lado de los sembrados. El pastor fulani, pensó, se estaba preparando el desayuno. Kunta no se había fijado que ya asomaba el alba.

Al recoger las armas para dirigirse a su casa, vio el hacha y se acordó de la madera que necesitaba para el tambor. Pero estaba cansado; mejor sería cortar la madera al día siguiente. No, ya estaba a mitad de camino, y si no lo hacía ahora, sabía que no lo haría

hasta la próxima vez que le tocara hacer guardia, y para eso faltaban doce días. Además, no era propio de un hombre dejarse vencer por el cansancio. Movió las piernas para ver si tenía algún calambre: Estaba perfectamente bien, por lo que bajó por el poste hasta el suelo, donde esperaba su perro wuolo, dando ladriditos y meneando la cola. Después de ponerse de rodillas y rezar la plegaria suba, Kunta se puso de pie, se desperezó, aspiró hondo el aire fresco dé la mañana, y partió hacia el bolong a medio galope.

CAPITULO 32

A medida que corría por el pasto mojado, humedeciéndose las piernas con el rocío, Kunta sintió el aroma familiar a flores silvestres. Arriba los buitres trazaban círculos, en busca de presa, y las cunetas junto a los sembrados parecían animadas por el croar de las ranas. Se desvió de un árbol para no molestar a una bandada de mirlos que estaban posados en sus ramas como si fueran diminutas hojas negras. Pero podía haberse ahorrado el trabajo, pues no bien pasó oyó un ronco graznar airado que lo hizo volver la cabeza: cientos de cuervos estaban molestando a los mirlos, haciéndolos levantar vuelo.

Respiraba profundamente mientras corría, aunque no le faltaba el aliento. Podía oler el aroma almizclero de los mangles pues se estaba acercando a un matorral bajo y espeso que llegaba hasta la orilla del bolong. Al verlo, los cerdos salvajes empezaron a bufar, los mandriles a ladrar y a gruñir, mientras los machos se ponían delante de las hembras y de las crías. Cuando era más joven se detenía a imitarlos, saltaba y gruñía también, pues le gustaba hacerlos enojar; a veces blandían los puños amenazantes y le tiraban piedras. Pero ya no era un niño, y había aprendido a tratar a todas las criaturas de Alá como él quería que lo trataran a él: con respeto.

Oleadas blancas y aleteantes de airones, garzas, cigüeñas y pelícanos alzaron vuelo de los lugares donde habían estado durmiendo a medida que él se dirigía en medio de los enmarañados mangles hacia el bolong. El perro wuolo de Kunta corría adelante, persiguiendo culebras acuáticas y grandes tortugas marrones que arrastrando barro se metían al agua, sin agitar la superficie.

Como hacía siempre que tenía necesidad de ir a ese lugar después de su guardia, Kunta se quedó parado un momento a la orilla del bolong; hoy se puso a observar a una garza que apenas arrastraba sus largas y finas zancas mientras volaba a una altura de lanza sobre la superficie del agua, de color verde pálido, ondulándola con cada batir de las alas. Aunque la garza andaba en busca de algo pequeño que comer, Kunta sabía que ese era el mejor lugar para sacar un kujalo, un pez grande y poderoso que le gustaba pescar para Binta, que lo guisaba con cebollas, arroz y tomates amargos. El estómago le silbaba de hambre con sólo pensar en comida.

Río abajo, Kunta se alejó de la orilla del agua para meterse en un sendero que él mismo había hecho hasta un viejo mangle que le parecía que ya lo conocía, después de incontables visitas. Subiéndose a la rama más baja, siguió hasta su lugar favorito, cerca de la punta. Desde allí, en la clara mañana, con el sol tibio sobre la espalda, podía divisar todo el trecho que llegaba hasta la siguiente curva del bolong, cubierto aún de aves acuáticas adormiladas, y más allá los arrozales de las mujeres, llenos de puntitos que eran los refugios de bambú, hechos para los bebés. ¿En cuál de ellos lo habría puesto su madre cuando era bebé? A la mañana temprano, ese lugar lo inundaba de paz y lo maravillaba a la vez. Más aún que en la mezquita, allí sentía que todo y todos estaban en las manos de Alá, y que todo lo que podía ver y oír desde la cima de ese árbol había estado en ese lugar desde

tiempo inmemorial, y seguiría estando allí después que él y sus hijos y los hijos de sus hijos se unieran con sus antepasados.
Alejándose del bolong en dirección al sol por un momento, Kunta finalmente llegó al pasto alto que rodeaba el bosquecillo donde iba a buscar un pedazo de tronco de árbol del tamaño exacto de su tambor. Si la madera verde empezaba a secarse y a curarse ese mismo día, pensó que estaría lista para ser ahuecada y trabajada dentro de una luna y media, para cuando él y Lamin regresaran del viaje a Mali. Al entrar en el bosquecillo, Kunta vio por el rabillo del ojo que algo se movía de repente. Era una liebre, y su perro wuólo empezó a perseguirla de inmediato, al verla correr en busca de refugió en medio de los pastos altos. Era evidente que la corría por diversión y no porque tuviera hambre, pues ladraba furiosamente; Kunta sabía que un wuolo nunca hacía ruido cuando verdaderamente tenía hambre. Pronto dejó de oír a los dos animales. Kunta sabía que el perro volvería cuando perdiera interés en la caza.
Kunta se dirigió al centro del bosquecillo, donde habría más Arboles y podría elegir uno que tuviera el tronco de la suavidad y redondez que buscaba. La tierra blanda y musgosa se hundía bajo sus pies a medida que se adentraba en el oscuro bosquecillo; notó que el aire era húmedo y frío, pues el sol no estaba aún lo suficientemente alto o tibio para penetrar el espeso follaje. Apoyó sus armas y el hacha contra un árbol torcido, y se puso a recorrer el lugar, agachándose de vez en cuando para examinar con la vista y con las manos los troncos, en busca del apropiado para su tambor.
Estaba inclinado sobre uno que parecía servir cuando oyó que se quebraba una rama; el ruido fue seguido por la protesta ruidosa de un loro sobre su cabeza. Era el perro que volvía, seguramente, pensó. Pero ningún perro crecido quebraba una rama nunca, y al pensar en eso se dio vuelta de repente. Borrosamente vio una cara blanca que se acercaba, blandiendo un garrote. Oyó unas pisadas detrás. ¡Toubob! Levantó el pie y pateó al hombre en el vientre, blando. Se oyó un gruñido, y justo en ese momento sintió que algo duro y pesado le rozaba la nuca y caía como un árbol desplomado sobre el hombro. Doblándose en dos por el dolor, Kunta giró, dándole la espalda al hombre que estaba tirado a sus pies, y empezó a dar de puñetazos contra la cara de dos negros que se abalanzaban sobre él con una bolsa enorme, y contra otro toubob con un palo corto y grueso, que erró el golpe que le asestó al hacerse él a un lado.
Deseando desesperadamente tener cualquier clase de arma, Kunta saltó sobre ellos, arañando, topando, dando rodillazos, sin sentir casi el garrote con que le pegaban en la espalda. Tres de ellos cayeron con él, hundiéndose por el peso, y entonces Kunta sintió que le metían una rodilla en la espalda, que le dio tanto dolor que pareció cortársele la respiración. Al encontrar carne, le hundió los dientes, hiriendo y desgarrando. Al dar con una cara, le metió los dedos en los ojos, y sintió cómo el propietario de los mismos profería un alarido justo cuando le volvían a dar un garrotazo en la cabeza.
Aturdido, oyó el gruñido de un perro, el chillido de un toubob, y luego de repente un gañido lastimero. Parándose con trabajo, debatiéndose salvajemente, tratando de esquivar los golpes, con la cabeza sangrante, vio a uno de los toubobs, al que le sangraba un brazo, parado sobre el perro, mientras los otros dos lo rodeaban con los garrotes en alto. Gritando de furia, Kunta atacó al otro toubob. impidiendo con fuerza, que lo golpeara con el garrote. El horrible olor del toubob casi hizo que se asfixiara; trató desesperadamente de evitar el garrotazo. ¿Por qué no los había oído, sentido, olido?
Entonces el negro le volvió a pegar, haciendo que se desplomara sobre las rodillas, y el toubob se le escapó. Parecía que la cabeza le iba a explotar. Tambaleándose, furioso ante su propia impotencia, Kunta se irguió y rugió, tirando golpes ciegos al aire. No podía ver por las lágrimas, la sangre y el sudor. Estaba luchando no sólo por su vida ahora. ¡Omoro!

¡Binta! ¡Lamin! ¡Suwadu! ¡Madi! El pesado garrote del toubob se hundió contra su sien. Y todo se oscureció.

CAPITULO 33

Kunta pensaba que se había enloquecido. Cuando se despertó vio que estaba desnudo, encadenado, con grilletes alrededor de los tobillos y de las muñecas, acostado entre otros dos hombres en medio de una oscuridad absoluta, con un calor agobiante. El hedor era insoportable y se sentían aullidos, llantos, rezos y vómitos. Podía sentir y oler su propio vómito sobre el pecho y el estómago. Su cuerpo entero era un solo espasmo de dolor por los castigos recibidos durante los cuatro días de cautiverio. Pero lo que más le dolía era el lugar, entre los hombros, donde lo habían marcado con el hierro candente.

Sintió el roce del cuerpo espeso y peludo de una rata, que le olía la boca con su hocico lleno de bigotes. Temblando de asco, Kunta apretó los dientes con desesperación, y la rata huyó. Furioso, Kunta se debatió, haciendo fuerza contra los grilletes que aprisionaban sus muñecas y tobillos. Inmediatamente la persona con la que estaba encadenado profirió exclamaciones de enojo, sacudiéndose. Dolorido y alarmado, además de furioso, Kunta hizo fuerza hacia adelante, dando con la cabeza contra una madera, justamente en el lugar donde le había pegado el toubob, allá en el bosque. Gruñendo y respirando con dificultad, él y el hombre a su lado, al que no podía ver, se golpearon con los grilletes de hierro hasta que ambos quedaron exhaustos. Kunta tuvo ganas de volver a vomitar, e hizo todo lo posible por evitarlo, sin éxito. De su estómago vacío salía un fluido aguado y acre que se escapaba por un costado de la boca. Tenía ganas de morirse.

Se dijo que no debía volver a perder el control, si quería conservar su fortaleza y no enloquecerse. Después de un rato, cuando vio que podía moverse, muy lentamente, y con gran cuidado, se tocó la muñeca y el tobillo derechos con la mano izquierda. Le sangraban. Tiró ligeramente de la cadena. Parecía estar conectada al tobillo y a la muñeca derechos del hombre con el que se había debatido. A la izquierda de Kunta, encadenado a él por los tobillos, yacía otro hombre, que no cesaba de quejarse. Todos estaban tan encimados que si alguno se movía, se tocaban los hombros, los brazos y las piernas.

Se acordó de la madera contra la que se había pegado, y se levantó un poco, para volverse a pegar levemente: no había ni siquiera espacio para sentarse. Y detrás de la cabeza había una pared de madera. Estoy atrapado como un leopardo en una trampa pensó. Luego se acordó de esa vez que en la choza, durante el entrenamiento, se había quedado sentado en la oscuridad después de que lo llevaran con los ojos vendados al jujuo, hacía ya tantas lluvias, y entonces se le hizo un nudo en la garganta. Pero se sobrepuso. Se concentró en los gritos y en las quejas que sentía a su alrededor. Debía haber muchos hombres en la oscuridad, algunos cerca, otros lejos, otros a su lado, enfrente, todos en una habitación, si es que así podía llamarse el lugar en que estaban. Esforzándose por oír, distinguió más gritos, pero llegaban amordazados, desde abajo del tablaje lleno de astillas en que estaba.

Escuchando con más cuidado, empezó a reconocer los diferentes idiomas de los que lo rodeaban. Una y otra vez un fulani decía, en árabe: -¡Alá, en el Cielo, ayúdame! -Y un hombre de la tribu serere gemía con voz ronca, enumerando, lo que probablemente eran los nombres de su familia. Pero Kunta oyó a una mayoría de mandingas. Los que hablaban en voz más alta balbuceaban salvajemente en la lengua secreta de los hombres, sira kango, y proferían terribles amenazas de muerte para todos los toubobs. Los gritos de los otros casi no se entendían por el llanto, y Kunta no podía distinguir ni las palabras ni el idioma,

aunque le parecía que algunas conversaciones extrañas debían venir de más allá de Gambia.
Mientras Kunta escuchaba, lentamente empezó a darse cuenta de que estaba tratando de no pensar en el impulso de aliviar los intestinos, que aguantaba desde hacía días. Pero ya no pudo más, y finalmente sintió las heces enroscándose entre las nalgas. Asqueado de sí mismo, oliendo lo que él había contribuido al hedor, Kunta empezó a sollozar, y nuevamente sintió un espasmo, aunque esta vez no fue más que un poco de saliva lo que le salió de la boca, seguido de arcadas. ¿Qué pecados había cometido, que era castigado de esa manera? Rogó a Alá para que le respondiera. Ya era pecado el no haber orado desde la mañana en que fue al bosque a hacer el tambor. Aunque no era posible arrodillarse, y ni siquiera sabía en qué dirección estaba el Este, cerró los ojos y empezó a rezar, implorando el perdón de Alá.
Después, Kunta se quedó durante mucho tiempo meditando acerca de sus dolores, y lentamente se dio cuenta de que uno de ellos, en su estómago, no era más que de hambre. Se le ocurrió entonces que no había comido nada desde la noche anterior a su captura. Estaba tratando de recordar si había dormido desde entonces, cuando de repente se vio caminando por un sendero en medio del bosque; detrás de él caminaban dos negros, delante un par de toubobs, con sus extrañas vestimentas y el pelo largo, de color extraño. Kunta abrió los ojos y sacudió la cabeza. Estaba empapado en sudor y le latía con fuerza el corazón. Había estado durmiendo, sin darse cuenta. Había tenido una pesadilla, o bien ¿era una pesadilla esa hedionda oscuridad? No, era tan real como la escena del bosque. Contra su voluntad, volvió a recordarlo todo.
Después de pelear con desesperación con los slatees negros y con los toubobs en el bosquécillo, recordó que se despertó -sentía un dolor enceguecedor- y se encontró amordazado, con los ojos vendados, los tobillos atados y las muñecas atadas en la espalda. Al tratar de desatarse, lo punzaron salvajemente con agudas puntas hasta que le corrió sangre por las piernas. Lo obligaron a pararse y a echar a caminar, siempre con la ayuda de las picas, y empezó a andar lo mejor que se lo permitían los tobillos maniatados.
Por los sonidos y la tierra blanda bajo los pies, se dio cuenta de que estaba en la orilla del bolong. En alguna parte lo metieron a empujones en una canoa. Seguía con los ojos vendados. Oyó que los slatees gruñían y que el toubob le pegaba cuando se debatía. Llegaron a tierra, y volvieron a obligarlo a caminar, hasta que finalmente esa noche llegaron a un lugar donde lo tiraron al suelo de un empujón, lo ataron a una cerca de bambú y sin ninguna advertencia le quitaron la venda de los ojos. Estaba oscuro, pero pudo ver el rostro pálido del toubob parado encima de él, y las siluetas de otros en su misma situación, en el suelo. El toubob le acercó un poco de carne para que cortara con los dientes un pedazo. Él dio vuelta la cara y cerró con fuerza los dientes. Siseando de rabia, el toubob lo agarró del cuello y trató de hacerle abrir la boca por la fuerza. Como Kunta la mantuvo cerrada, el toubob le dio un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.
Lo dejaron solo el resto de esa noche. Al amanecer empezó a distinguir, atadas también a troncos de bambú, las figuras de los otros cautivos, once en total: seis hombres, tres muchachas y dos niños, todos eran vigilados cuidadosamente por slatees y toubobs armados. Las muchachas estaban desnudas; Kunta no podía desviar la mirada, pues nunca antes había visto a una mujer desnuda. Los hombres, también desnudos, tenían un odio asesino pintado en la expresión. Estaban callados y ceñudos, cubiertos de sangre seca, proveniente de los cortes que les habían hecho a latigazos. Las muchachas lloraban y se lamentaban, una acerca de seres queridos muertos en una aldea quemada; otra sollozaba con amargura mientras mecía con palabras dulces a una criatura imaginaria en sus brazos; la tercera gritaba de vez en cuando que iba camino a Alá.

Presa de furia salvaje, Kunta hizo fuerza, tirándose hacia adelante, tratando de romper las ataduras. Sintió un garrotazo que lo desmayó. Cuando volvió en sí, descubrió que él también estaba, desnudo, que, al igual que los demás, le habían afeitado la cabeza y le habían frotado el cuerpo con aceite de palma. Alrededor del mediodía entraron dos nuevos toubobs al bosquécillo. Los slatees se deshacían en sonrisas, y rápidamente desataron a los cautivos de los troncos de bambú, ordenándoles a los gritos que se pararan alineados. Kunta sentía los músculos duros de rabia y de miedo. Uno de los nuevos toubobs era bajo y gordo, y tenía el pelo blanco. El otro era alto y grande, y fruncía el ceño continuamente. Tenía cicatrices de heridas de cuchillo en la cara. Sin embargo, era al canoso a quien todos los slatees y los demás toubobs sonreían y prácticamente reverenciaban.

Después de mirarlos a todos, el canoso le hizo una seña a Kunta para que diera un paso adelante, y este retrocedió aterrorizado, sintiendo que le daban un latigazo en la espalda. Un slatee lo obligó a arrodillarse, tirándole hacia atrás la cabeza. El toubob canoso con tranquilidad abrió los labios temblorosos de Kunta y le examinó los dientes. Kunta trató de ponerse de pie, pero mediante otro latigazo lo mantuvieron en su lugar. Le temblaba todo el cuerpo mientras el toubob le examinaba los ojos, el pecho, el estómago. Cuando sus dedos le tocaron el foto, se hizo a un lado con un grito ahogado. Se necesitó la ayuda de dos slatees y más latigazos para hacerlo doblar en dos. Horrorizado, sintió que le abrían con fuerza las nalgas. Luego el canoso le dio un empujón y, uno a uno, siguió inspeccionando a los demás, incluso examinó las partes privadas de las mujeres. Luego a gritos y a latigazos los obligaron a correr por el cercado, y luego a levantarse y sentarse, sucesivamente.

Después de observarlos, el toubob canoso y el otro, el de la cara llena de cicatrices se hicieron a un lado y se pusieron a hablar en voz baja. El canoso dio un paso atrás y haciéndole una seña a otro toubob, indicó a cuatro de los cautivos, uno de ellos Kunta, y a dos de las muchachas. El toubob parecía ofendido, y señaló a los demás con mirada implorante. El canoso, sin embargo, sacudió la cabeza con firmeza. Kunta se puso tenso dentro de sus ataduras; parecía como si le fuera a explotar la cabeza, de la furia que sentía, mientras el toubob discutía acaloradamente. Después de un momento, el canoso escribió algo de mala manera en un pedazo de papel que el otro toubob aceptó, enojado.

Kunta luchó y aulló de furia cuando los slatees volvieron a agarrarlo y lo obligaron a sentarse con la espalda arqueada. Con los ojos distendidos de espanto vio que uno de los toubobs sacaba del fuego un hierro delgado y largo, que pertenecía al canoso. Kunta se debatió y gritó cuando le acercaron el hierro, que esparció un dolor enorme entre los omóplatos. El bosquecillo de bambú se llenó de los aullidos de dolor de los otros, uno por uno. Luego les pasaron aceite de palma por la extraña señal, en forma de LL, sobre la espalda.

A la hora marchaban a los saltos en una hilera de cadenas estridentes mientras los látigos siempre listos de los slatees caían Sobre cualquiera que se detuviera o tropezara. Kunta tenía los hombros y la espalda con heridas cortantes como tiras, cuando llegaron esa noche hasta dos canoas, escondidas debajo de mangles de ramas caídas, junto a la orilla del río. Los dividieron en dos grupos y los slatees remaron en medio de la oscuridad mientras un toubob usaba el látigo ante el menor signo de resistencia.

Cuando Kunta vio una enorme forma oscura que se levantaba en medio de la noche, se dio cuenta de que había llegado su última oportunidad. Saltando y tirando entre gritos y chillidos, estuvo a punto de dar vuelta la canoa en su esfuerzo por saltar al agua, pero estaba atado a los otros y no pudo llegar al borde. Casi no sentía los golpes y los latigazos que recibía en las costillas, la espalda, la cara, el estómago, la cabeza, mientras, irremediablemente, la canoa se acercaba a la gran forma negra. A pesar del dolor, sentía la sangre tibia que le chorreaba por la cara, y oyó las exclamaciones de muchos toubobs. Lo

envolvían con sogas, ya no podía resistir más. Lo empujaron para bajar y luego para subir por una extraña escala de cuerdas, y después de eso aún le quedaban fuerzas para torcer el cuerpo en procura salvaje de la libertad. De nuevo cayeron los látigos, y muchas manos lo asieron en medio del olor insoportable del toubob y el grito de las mujeres, y las maldiciones de los hombres blancos.
Entre los hinchados párpados, Kunta logró ver un montón de piernas y pies alrededor de él, y alzando los ojos mientras trataba de protegerse la cara sangrante con el antebrazo, vio al toubob bajo, el del pelo canoso, parado tranquilamente y haciendo marcas en un librito con un lápiz corto. Luego sintió que lo alzaban y lo empujaban rudamente por una superficie plana. Vio unos palos altos envueltos con telas blancas bastas. Luego empezaron a guiarlo, y bajó débilmente, tropezando, por unos escalones angostos, hasta llegar a un lugar de oscuridad absoluta; en ese instante, olió un hedor increíble y oyó gritos de angustia.
Kunta empezó a vomitar cuando el toubob -que llevaba una llama amarillenta que ardía en un marco de metal que se asía por medio de un arco- le puso grilletes alrededor de los tobillos y de las muñecas, luego le dio un empujón hacia atrás y lo metió entre dos hombres que se quejaban. Aun en medio de su terror se dio cuenta de que las luces que veía en otras direcciones significaban que los toubobs llevaban a los que habían venido con él para que los encadenaran en otro lugar. Luego los pensamientos empezaron a deslizarse: debía estar soñando. Y, misericordiosamente, así era.

CAPITULO 34

Sólo el ruido estridente de la portezuela de la cubierta, cuando la abrían, le indicaba si era de día o de noche. Cuando oía el ruido metálico del cerrojo, levantaba la cabeza -el único movimiento libre que le permitían las cadenas y grilletes- y veía que bajaban las figuras indefinidas de cuatro toubobs; dos llevaban luces oscilantes y látigos para proteger a los otros dos. Recorrían los angostos pasillos arrastrando una cuba con comida. Tiraban un recipiente de estaño sobre la mugre entre dos compañeros de grilletes. Hasta entonces, cada vez que llegaba la comida, Kunta había apretado con fuerza las mandíbulas, prefiriendo morirse de hambre, hasta que el dolor de su estómago vacío empezó a hacer que el dolor del hambre, fuera tan terrible como el que le causaban los golpes recibidos. Cuando terminaban de dar de comer a todos los que estaban en el mismo nivel de Kunta, las luces indicaban que los toubobs descendían con el resto de la comida, al nivel inferior.
Con menor frecuencia que a la hora de las comidas, y por lo general de noche, los toubobs traían algún nuevo cautivo, que chillaba y sollozaba de terror mientras lo empujaban a latigazos hasta el lugar donde lo encadenaban, en los espacios vacíos que quedaban en las hileras sobre las tablas.
Un día, poco después de la hora de la comida, los oídos de Kunta recogieron un sonido extraño y sordo que parecía vibrar en el techo sobre su cabeza. Algunos de los otros también lo oyeron, y dejaron de quejarse de pronto. Kunta se quedó escuchando atentamente; era como si muchas personas corrieran arriba. Luego -esta vez mucho más cerca- les llegó un nuevo sonido, como el chirrido producido por un objeto muy pesado.
Kunta sintió una vibración extraña en la espalda desnuda, producida por los tablajes duros y ásperos sobre los que estaba. Sintió que algo se le endurecía, se le hinchaba dentro del pecho, y se quedó helado. A su alrededor escuchó unos ruidos sordos que sabía provenían de hombres que se debatían en medio de las cadenas. Parecía como si toda la sangre le hubiera llegado al corazón. Y luego lo dominó el terror, que se apoderó de lo más íntimo de su ser: de alguna manera sintió que el lugar se movía, y lo llevaba. Los hombres

empezaron a gritar a su alrededor, invocando a Alá y a sus espíritus, golpeándose la cabeza contra las tablas, sacudiéndose desesperadamente dentro, de sus grilletes. - ¡Alá, nunca rezaré menos de cinco veces por día! -gritó Kunta, contribuyendo al maremágnum general-. ¡Escúchame! ¡Ayúdame!

Los gritos angustiados, los llantos y las plegarias continuaron, terminando sólo cuando uno tras otro los hombres se desplomaban, exhaustos, y empezaban a respirar con dificultad en medio de la hedionda oscuridad. Kunta sabía que nunca más volvería a ver África. Ahora sentía con claridad, con el cuerpo apoyado en las tablas, un movimiento lento y bamboleante, que a veces lo enviaba por un instante contra uno de los hombres con los que estaba encadenado, sintiendo momentáneamente su tibieza. Había gritado tanto que ya no tenía voz, así que gritó mentalmente: -¡Muerte al toubob, y a sus traidores ayudantes negros!

Sollozaba apaciblemente cuando se abrió la portezuela y bajaron los cuatro toubobs con la comida. Volvió a apretar las mandíbulas contra los espasmos del hambre, pero entonces pensó en algo que había dicho el kintango: los guerreros y los cazadores deben comer bien para tener más fortaleza que los demás. Si se mataba de lumbre no tendría fuerzas para matar toubobs. Así que esta vez, cuando tiraron la cacerola entre él y el hombre con quien estaba encadenado, los dedos de Kunta también revolvieron el espeso guiso. Sabía a maíz molido, hervido con aceite de palma. Cada bocado le hacía doler la parte de la garganta por la que lo habían tratado de ahogar las veces anteriores, cuando se negó a comer, pero siguió tragando hasta que se vació el recipiente. Podía sentir la comida como un peso en el estómago, y pronto le empezó a subir hasta la garganta. No pudo contenerse, y un momento después todo lo que había comido estaba de nuevo sobre las tablas. Por encima del ruido de sus arcadas, podía oír que a otros les pasaba lo mismo.

Cuando las luces se acercaban al final de la fila de tablas sobre las que yacía Kunta, éste oyó de repente cadenas que rechinaban, el ruido de un golpe en la cabeza y una retahila de palabras que parecían mezcla de mandinga y del idioma del toubob. Los toubobs que llevaban la comida se rieron a carcajadas, luego bajaron los látigos hasta que los gritos del hombre se convirtieron en balbuceos.

¿Sería posible? ¿Había oído a un africano hablando toubob? ¿Habría un slatee entre ellos? Kunta había oído decir que los toubobs a menudo traicionaban a los negros traidores que los ayudaban, encadenándolos.

Después que bajó el toubob al nivel inferior, casi no se oyó ningún sonido en el nivel de Kunta, hasta que los blancos reaparecieron con la cuba vacía y subieron, cerrando la portezuela. En ese instante empezó a oírse un airado zumbido en idiomas distintos, como de abejas. Luego, en la misma hilera de Kunta, hubo un fuerte golpe de cadena, un aullido de dolor y amargas maldiciones en el mismo idioma mandinga, en tono histérico. Kunta oyó que el hombre gritaba:

¿Creen que soy toubob? -Siguieron nuevos golpes, más violentos y rápidos, y chillidos de desesperación. Luego los golpes terminaron, y en medio de la oscuridad de la bodega se oyó un grito agudo, luego un horrible gorgoteo, como el de un hombre al que estrangulan. Un nuevo ruido de cadenas, luego de talones pegando repetidas veces sobre las tablas, después el silencio.

A Kunta le latían las sienes, y le palpitaba con furia el corazón al oír que varias voces a su alrededor empezaban a gritar: -¡Slatee! ¡El slatee murió! -Entonces Kunta se puso a gritar junto con todos, y a hacer sonar las cadenas, hasta que de repente se abrió la portezuela con un chirrido, dejando entrar un rayo de luz del día y a un grupo de toubobs con luces y látigos. Evidentemente habían oído la conmoción, y aunque ahora la bodega estaba casi en silencio total, los toubobs se precipitaron por los pasillos gritando y repartiendo latigazos a diestra y siniestra. Cuando se fueron, sin descubrir al muerto, la bodega quedó en silencio

por un largo rato. Luego Kunta oyó una risa muy baja, carente de alegría, proveniente del final de la hilera, donde yacía muerto el traidor.
La comida siguiente fue muy tensa. Parecía que los toubobs se daban cuenta de que algo andaba mal, pues los latigazos caían con mayor frecuencia que nunca. Kunta dio un salto y gritó al sentir un dolor cortante en las piernas. Había aprendido que si alguien no gritaba cuando le pegaban, le volvían a dar hasta que gritara. Luego arañó el cereal insulso y lo tragó hasta que vio que las luces llegaban al final de la hilera.
Todos escuchaban cuando el toubob le dijo algo a los demás. Se vio un movimiento de luces, luego más exclamaciones, o maldiciones, hasta que uno de los toubobs corrió por el pasillo y subió hasta trasponer la portezuela; pronto regresó con otros dos. Kunta pudo oír cómo abrían las esposas y grilletes de hierro. Luego dos de los toubobs alzaron a medias, arrastrando a medias, el cuerpo del muerto por el pasillo y la portezuela, mientras los otros seguían tirando la comida por los pasillos.
El equipó de la comida estaba en el nivel inferior cuando bajaron por la portezuela cuatro toubobs más, yendo directamente al lugar donde había estado encadenado el slatee. Torciendo la cabeza, Kunta pudo ver que alzaban las luces. Mientras maldecían violentamente, dos de los toubobs dejaron caer los látigos repetidas veces. Quienquiera fuera al que le pegaban, al principio se rehusó a gritar. Aunque Kunta se quedó paralizado con sólo oír la fuerza de los golpes, pudo apreciar la agonía de la tortura del hombre al que castigaban, y la inflexible determinación de no gritar.
Luego los toubobs empezaron a chillar mientras maldecían, y se podía ver por la luz que se turnaban para manejar el látigo. Finalmente el hombre al que castigaban empezó a gritar, primero lanzó una maldición en foulah, luego algo que no se entendió, aunque eran palabras en el idioma foulah. Kunta pensó por un instante en los pacíficos integrantes de la tribu foulah, que cuidaban el ganado de los mandingas, mientras los latigazos se sucedían sin cesar, hasta que eI hombre casi no pudo ni siquiera plañir. Entonces se fueron los cuatro toubobs, sin aliento, maldiciendo, ahogados por el hedor.
Las quejas de los foulahs parecían hacer temblar la oscura bodega. Luego, después de un rato, una voz clara dijo, en mandinga: ¡Compartan su dolor! ¡Debemos hacer que este lugar sea unido, como una aldea! -Era la voz de un anciano. Tenía razón. El dolor del foulah había sido suyo, pensó Kunta. Estaba a punto de estallar de rabia. Sintió también, de una manera extraña, un terror que nunca había sentido, que parecía surgir de la médula de sus huesos. Una parte de su ser quería morir, huir de todo eso; pero no, debía vivir para vengarse. Se obligó a permanecer inmóvil. Le llevó mucho tiempo, pero por fin sintió que su tensión y su confusión, hasta el dolor de todo su cuerpo, empezaban a disminuir, excepto en el lugar donde lo habían marcado con el hierro candente, entre los omoplatos. Descubrió que podía concentrarse mejor ahora que veía cuál era la mejor opción que tenían él y todos los demás: o bien morirían en ese lugar de pesadilla, o, de alguna manera, deberían vencer y matar a los toubobs.

CAPITULO 35

El ardor de las picaduras de los piojos en todo el cuerpo, y luego el desesperante escozor, empezó a empeorar. En medio de la mugre, se habían multiplicado los piojos y las pulgas, hasta que pululaban por toda la bodega. Eran peor en los lugares del cuerpo donde había pelo. Kunta sentía como fuego bajo los brazos y alrededor del foto, y se rascaba con la mano libre en todos los lugares donde no llegaba la mano esposada.

Seguía pensando en saltar y huir, pero luego, inmediatamente después se le inundaban los ojos de lágrimas de frustración, sentía ira, y luchaba contra ese sentimiento hasta que volvía la calma. Lo peor era que no podía ir a ninguna parte; tenía ganas de morder las cadenas. Llegó a la conclusión de que tenía que concentrarse en algo, en cualquier cosa, con tal de ocupar la mente o las manos, porque si no enloquecería, como parecía que ya le había sucedido a algunos hombres, juzgando por las cosas que decían.

Quedándose muy quieto, escuchando la manera en que respiraban los que estaban a su lado, Kunta había llegado a saber si dormían o estaban despiertos. Ahora se concentró en tratar de oír más lejos. Con más y más práctica, escuchando con gran atención ruidos repetidos, descubrió que podía llegar a discernir la exacta procedencia; era una sensación peculiar, como si los oídos se hubieran convertido en ojos. De vez en cuando, entre los quejidos y las maldiciones que llenaban la oscuridad, oía el ruido sordo de una cabeza contra las tablas. Había otro ruido extraño y monótono. Se detenía a intervalos, luego volvía; sonaba como si estuvieran frotando dos pedazos de metal. Después de escuchar durante un tiempo, Kunta pensó que era alguien que estaba tratando de gastar el metal de la cadena. También oía, a menudo, exclamaciones breves, y el ruido de cadenas: eran dos hombres que peleaban, furiosos, y se pegaban con los grilletes y las esposas.

Kunta no tenía noción del tiempo. Los orines, el vómito y las heces se habían convertido en una pasta untuosa que cubría todas las tablas donde yacían. Cuando empezaba a pensar que ya no podía soportar más, ocho toubobs bajaron por la escala, maldiciendo con ganas. En lugar de los recipientes con comida, traían una especie de azadas de mangos largos y cuatro cubos grandes. Y Kunta notó, con sorpresa, que no llevaban ropa alguna.

Los toubobs desnudos pronto empezaron a vomitar peor que nadie. A la luz se podía ver que recorrían los pasillos en grupos de dos, metiendo rápidamente las azadas por todas partes y echando la porquería en los cubos. Cuando se llenaba un cubo, los toubobs lo arrastraban hasta llegar a la escalera, que subían, trasponían la portezuela para vaciar el cubo, y luego regresaban. Los toubobs tenían arcadas ahora, y se les contorsionaban grotescamente las caras; tenían el cuerpo peludo y descolorido, cubierto con salpicaduras de la porquería que estaban limpiando. Pero cuando terminaron el trabajo y se fueron, el hedor caliente y sofocante del lugar era igual que antes.

La próxima vez descendieron más que los cuatro toubobs de siempre; Kunta vio que había como veinte. Se quedó helado. Dando vuelta la cabeza en varias direcciones, divisó pequeños grupos de toubobs que se apostaban en distintos lugares de la bodega, algunos con pistolas y látigos, mientras que otros cuidaban, con luces en alto, los extremos de cada hilera de hombres encadenados. Kunta sintió un nudo de terror en el estómago cuando empezó a oír extraños ruidos de las cadenas primero, luego ruidos más fuertes y repetidos. Luego sintió un sacudón en el grillete del tobillo derecho; con momentáneo terror se dio cuenta de que lo soltaban. ¿Por qué? ¿Qué cosa horrible le pasaría ahora? Se quedó inmóvil; su tobillo derecho ya no sentía el peso familiar de la cadena. Oía por todos lados más sonidos metálicos y el de cadenas que se abrían. Luego los toubobs empezaron a gritar y a repartir latigazos. Kunta se dio cuenta de que querían que se bajaran de las especies de estantes, sobre los que estaban las hileras de esclavos. Su grito de sorpresa se unió a un alboroto repentino de chillidos en varios idiomas a medida que los hombres se erguían, pegando con la cabeza contra el cielo raso de madera.

Caían los latigazos, en medio de gritos de dolor, mientras los hombres recorrían el pasillo de a dos. Kunta y su compañero de grillete, un wolof, se abrazaron sobre el estante bajo los lacerantes golpes que los sacudían convulsivamente. Luego los asieron de los tobillos y los empujaron por la hediondez del estante hasta hacerlos bajar al pasillo con los otros hombres. Todos gritaban bajo los latigazos de los toubobs. Retorciéndose en vano, para tratar de esquivar los golpes, vio formas que se movían en la luz que entraba por la

portezuela. Los toubobs hacían parar a los esclavos -dos por vez- y luego los castigaban para que caminaran, a los tropezones en la oscuridad, hasta la escalera que daba a la portezuela. Kunta no sentía las piernas, como si estuvieran separadas del resto del cuerpo, mientras avanzaba con dificultad junto al wolof. Iban desnudos, esposados, cubiertos de roña, rogando que no los comieran.

La primera luz del sol en casi quince días, lo asaltó con la fuerza de un golpe asestado entre los ojos. Se tambaleó bajo el dolor insoportable, cubriéndose los ojos con la mano libre. Los pies descalzos le informaban que la superficie en la que estaba se movía de un lado para el otro. Mientras avanzaba con gran dificultad, a ciegas, atormentado por la luz a pesar de que se protegía la vista con una mano y tenía los párpados apretados, intentando respirar por los cornetes prácticamente obstruidos por las mucosidades, abrió los agrietados labios y aspiró hondo, por primera vez en su vida, el aire del mar. Sintió una convulsión en los pulmones por la pureza del aire, y se desplomó sobre la cubierta, vomitando junto a su compañero de penurias. Todos a su alrededor vomitaban, y se oía el ruido de las cadenas, los latigazos en la carne desnuda, y alaridos de dolor en medio de los gritos y maldiciones de los toubobs y de extraños aleteos sobre sus cabezas.

Cuando un nuevo latigazo le fustigó la espalda, Kunta se tiró hacia un lado, y oyó que su compañero, el wolof, respiraba convulsivamente al recibir el latigazo. Caían los golpes sobre ellos, hasta que finalmente lograron ponerse de pie. Entreabrió los ojos para ver si podía esquivar algún golpe, pero sintió nuevas punzadas penetrantes cuando el que los atormentaba los empujó hacia un lugar donde Kunta vio a otros toubobs, pasando cadenas por los grilletes de los tobillos. Había muchos más que los que se imaginaba, muchos más que los que habían bajado. A la luz del sol tenían un aspecto más pálido aún, y mucho más horrible; tenían la cara con pozos de la peste, y el pelo, extrañamente largo, amarillo, rojo o negro; en algunos casos hasta les crecía alrededor de la boca y en las barbillas. Algunos eran flacos, otros gordos, algunos tenían cicatrices espantosas de heridas de cuchillo, o les faltaba una mano, un ojo o una extremidad, y muchos tenían la espalda cruzada de cicatrices profundas. Kunta pensó de repente que le habían inspeccionado los dientes porque muchos de estos toubobs tenían muy pocos.

Muchos estaban apostados a intervalos contra la borda, con el látigo, un cuchillo largo, o una especie de metal largo y pesado con un agujero en el extremo en la mano, y más allá Kunta pudo ver algo sorprendente: una extensión increíble, interminable, de agua azul que ondeaba. Levantó la cabeza para ver a qué se debía el aletear, y vio que provenía de enormes trapos blancos que ondulaban entre postes enormes y muchas sogas. Los trapos parecían llenarse con el viento. Dándose vuelta, Kunta vio que una alta barricada de bambú, más alta que un hombre, se extendía por toda la enorme canoa. Por el centro de la barricada se veía un objeto de metal de apariencia terrible, con una enorme boca negra y un caño largo, espeso y hueco, y los extremos de otros metales como los que sostenían algunos toubobs apoyados contra la borda. La cosa enorme y los metales apuntaban al lugar en que estaban reunidos él y los otros hombres desnudos.

A medida que conectaban sus grilletes de los tobillos a la nueva cadena, Kunta logró ver, por primera vez, a su compañero wolof. Como él, el hombre estaba cubierto de costra de la cabeza a los pies. Sería de las mismas lluvias que Omoro su padre, y tenía los rasgos típicos de los de su raza; era muy negro. Le sangraba la espalda cortada por los latigazos, y le brotaba el pus de la herida que le había hecho la marca LL cuando se la quemaron en la espalda. Al encontrarse con la mirada del wolof, Kunta se dio cuenta de que él también lo inspeccionaba, sorprendido. En medio de la conmoción, tuvieron tiempo de observar también a los otros hombres desnudos, casi todos temblando de terror. Por los distintos rasgos faciales, tatuajes tribales y las marcas de las escarificaciones, Kunta distinguió a integrantes de las tribus foulah, jola, serere y wolof, pero la mayoría eran mandingas,

aunque había algunos que no sabía de dónde procedían. Excitado, Kunta vio al que había matado al slatee. Era un foulah, indudablemente, y estaba cubierto por la paliza de sangre ya seca recibida.
Ya los empujaban, a latigazos, hacia otro lugar donde había una cadena de hombres a los que les estaban echando baldes de agua de mar. Luego otro toubob, con un cepillo de mango largo, fregaba a los hombres, que chillaban. Kunta también gritó al sentir el golpe del agua que lo empapó y le ardió como fuego a causa de las heridas y de la quemadura que tenía en la espalda. Gritó más aún, cuando las puntas erizadas del cepillo, no sólo aflojaron las costras del cuerpo sino que también abrieron las cicatrices dejadas por las heridas recibidas. Vio la espuma que hacía el agua, de color rosado, al caer a sus pies. Luego los reunieron nuevamente en el centro de la cubierta, donde cayeron, todos amontonados. Kunta levantó la vista y vio a los toubobs subiendo a los postes como monos para tirar de las numerosas sogas entre los enormes trapos blancos. Aun a pesar de la condición en que estaba, Kunta apreció el calor del sol; sintió igualmente un gran alivio al verse liberado de parte de la roña.
Un coro repentino de gritos los obligó a levantarse. Alrededor de veinte mujeres, la mayoría muy jóvenes, y cuatro niños llegaron corriendo, desnudos y sin cadenas desde atrás de la barricada, adelante de dos toubobs sonrientes, provistos de látigos. Kunta reconoció inmediatamente a las muchachas que habían subido a bordo con él. Con gran furia vio que todos los toubobs miraban lascivamente su desnudez, algunos frotándose el foto. Se obligó, con gran fuerza de voluntad, a no atacar al toubob más próximo, a pesar de sus armas. Las manos crispadas en puños, bebió el aire para seguir respirando, desviando la mirada de las aterrorizadas mujeres.
Luego un toubob, cerca de la borda, empezó a estirar y a encoger un extraño objeto plegadizo que hacía un sonido ronco, como un silbido. Otro se le unió, tocando un tambor del África, y muchos toubobs formaron una línea irregular mientras los hombres, las mujeres y los niños desnudos los observaban. Los toubobs alineados tenían una soga, y cada uno se rodeaba el tobillo con ella, como si la soga fuera una cadena, como la que ataba a los hombres desnudos. Sonrientes, empezaron a saltar juntos, al compás del tambor y del silbido ronco. Luego ellos y los otros toubobs les hicieron señas a los hombres encadenados para que saltaran de la misma manera. Pero cuando éstos siguieron parados, como si estuvieran petrificados, las sonrisas de los toubobs se convirtieron en miradas amenazadoras, y empezaron a repartir latigazos.
- ¡Salten! -gritó de repente la mujer más vieja, en mandinga. Tendría las lluvias de la madre de Kunta. Saliendo de donde estaba, empezó a saltar ella. -¡Salten! -volvió a exclamar con voz aguda, mirando fijamente a las mujeres y a los niños, que la imitaron. -¡Salten, para que mueran los toubobs! -gritó, mirando fugazmente a los hombres, mientras con los brazos y las manos hacía los movimientos de la danza guerrera. Y entonces, cuando comprendieron lo que se proponía, uno después de otro, las parejas de hombres encadenados juntos empezaron a saltar débilmente, con dificultad, mientras las cadenas golpeaban la cubierta. Con la cabeza gacha, Kunta vio la confusa masa de pies y piernas que saltaban; sentía las propias piernas flojas, y respiraba irregularmente. Luego el canto de la mujer aumentó, al unírseles las muchachas. Hacían un sonido feliz, pero decían que los horribles toubobs habían llevado a todas las mujeres a los rincones oscuros de la canoa, todas las noches, usándolas como a perros. -¡Toubob fa! (Muerte al toubob) gritaban, entre risas y sonrisas. Los hombres desnudos, sin dejar de saltar, se unieron: -¡Toubob fa!-. Hasta los toubobs sonreían ahora, y algunos aplaudían de placer.
Las rodillas le empezaron a temblar a Kunta, y tragó saliva al ver que se aproximaba a él el toubob bajo y gordo, de pelo blanco, junto con el hombre enorme, ceñudo y lleno de cicatrices que habían estado presentes en el lugar donde lo examinaron, le pegaron y lo

quemaron, antes de traerlo al barco. Inmediatamente se hizo un silencio, a medida que los demás veían a estos dos. El único sonido que se oía era el que hacían las enormes telas, pues hasta los otros toubobs se habían quedado duros al verlos.
El hombre grande ladró algo y apartó a los toubobs de los encadenados. De su cinturón colgaba un aro grande lleno de las cosas brillantes y delgadas que había visto Kunta y que se usaban para abrir las cadenas. Y luego el canoso se paseó por entre los hombres desnudos, examinándoles cuidadosamente el cuerpo. Cuando veía cortaduras infectadas, o pus que salía de mordeduras o quemaduras, les ponía una especie de grasa de un recipiente que llevaba el hombre grande. A veces éste echaba un polvo amarillento alrededor de las muñecas y los tobillos, que al contacto con los grilletes o las esposas se volvía grisáceo y húmedo, de apariencia enfermiza. Cuando los dos toubobs se acercaron al lugar donde estaba Kunta, éste se encogió de miedo y de furia, pero mientras el canoso lo untaba con grasa en las partes infectadas y el hombre grande echaba el polvo amarillento en los tobillos y en las muñecas, ninguno de los dos pareció reconocerlo.
Luego, de repente, con el griterío de los toubobs, que iba en aumento, una de las muchachas que había sido traída con Kunta, empezó a saltar salvajemente entre los frenéticos guardianes. Cuando varios de ellos se acercaron a ella, para tocarla, la muchacha se arrojó, gritando, por la borda. En la conmoción que siguió, el toubob canoso y el grande arrebataron látigos y maldiciendo amargamente, los hicieron chasquear sobre las espaldas de los que habían tratado de agarrarla, para luego dejarla escapar.
Luego los toubobs que estaban entre las telas empezaron a gritar y a señalar algo en el agua. Al mirar en esa dirección, los hombres desnudos vieron a la muchacha flotando a merced de las olas, y, no muy lejos, un par de aletas oscuras que rápidamente se dirigían hacia ella. Luego se oyó un aullido, que heló la sangre, luego una lucha, espuma, y la muchacha desapareció, dejando sólo un tinte rojo en el lugar en que había estado. Por primera vez, los látigos no cayeron sobre los encadenados, horrorizados, mientras los llevaban de regreso a la oscura bodega, para volverlos a encadenar. A Kunta le daba vueltas la cabeza. Después del aire fresco del mar, el hedor era más insoportable que antes, y, después de la luz del sol, la bodega parecía más oscura aún. Cuando pronto se escuchó un nuevo disturbio, que parecía algo distante, sus oídos experimentados le informaron que los toubobs estaban llevando a cubierta a los aterrorizados hombres del nivel inferior.
Después de un rato oyó cerca del oído un murmullo en voz muy baja. -¿Jula? -A Kunta le dio un vuelco el corazón. Sabía muy poco del idioma wolof, pero sí sabía que los wolofs y los de otras tribus usaban la palabra Jula para referirse a los viajeros y comerciantes mandingas. Torciendo la cabeza para acercarla al oído del wolof, Kunta susurró-: Jula - Mandinga. Durante un momento, en que se podía sentir que estaba tenso, el wolof no hizo ningún sonido. Por un instante Kunta deseó hablar varias lenguas, como los hermanos de su padre, pero en seguida se avergonzó por haberlos llevado a ese lugar, aunque fuera en sus pensamientos.
-Wolof. Jebou Manga -susurró por fin el otro hombre, y Kunta supo que ése era su nombre.
-Kunta Kinte -contestó, en un susurro.
Intercambiando un murmullo de vez en cuando, desesperados por comunicarse, se esforzaron por aprender una palabra nueva del idioma del otro. Era así como habían aprendido a hablar cuando eran niños del primer kafo. Durante uno dé los intervalos de silencio, Kunta recordó las noches en que hacía guardia para proteger a los sembrados de maní de los mandriles, cuando el fuego lejano de un pastor fulani le daba una sensación de tranquilidad. Entonces deseaba poder intercambiar alguna palabra con ese hombre al que no había visto nunca. Era como si ahora se estuviera cumpliendo su deseo, sólo que se trataba de un wolof a quien no había visto durante todas las semanas en que habían yacido en esa oscuridad, encadenados entre sí.

Ahora trató de recordar todas las expresiones que había oído en wolof. Sabía que el otro estaba haciendo lo mismo con las palabras en mandinga; él conocía más palabras en su idioma, sin embargo. En otro de los momentos de silencio que se hicieron, Kunta se dio cuenta de que el hombre que estaba a su otro lado, que nunca había hecho ningún sonido, excepto para quejarse de dolor, los estaba escuchando atentamente. También se dio cuenta, por los murmullos que empezaron a oírse en todo el recinto, que ahora que habían podido verse a la luz, él y su compañero no eran los únicos que estaban tratando de establecer comunicación. Los murmullos siguieron extendiéndose. Todos se callaban cuando los toubobs aparecían con la comida o con los cepillos para limpiar la mugre de los estantes. Y ahora el silencio de esos momentos era distinto; por primera vez, desde que los encadenaran, parecía que los hombres tuvieran la sensación de estar juntos.

CAPITULO 36

La próxima vez que los llevaron a cubierta, Kunta decidió fijarse bien en el hombre que en ese momento estaba detrás en la fila, pero que en la bodega yacía a su izquierda. Era de la tribu de los sereres, mucho mayor que Kunta, y tenía el pecho y la espalda llenos de heridas causadas por cortes de latigazos, algunas tan profundas e infectadas que Kunta se arrepintió de las veces que, al sentir que se quejaba, tuvo ganas de pegarle en la oscuridad. El serere le devolvió una mirada llena de furia y desafío. Mientras se miraban, chasqueó un látigo, cayendo esta vez sobre Kunta, para obligarlo a seguir. La fuerza del golpe casi lo obligó a arrodillarse, y originó una explosión de furia. Profiriendo casi un sonido animal, Kunta embistió al toubob, aunque sólo consiguió caerse, arrastrando a su compañero de grillete con él, mientras el toubob ágilmente se ponía a resguardo. Los hombres se amontonaron alrededor de ellos cuando el toubob, achicando los ojos de furia, hizo chasquear el látigo sobre Kunta y el wolof con la fuerza de un cuchillo cortante. Al tratar de rodar fuera del alcance del látigo, alguien lo pateó con fuerza en las costillas. Pero él y el wolof se las arreglaron para reunirse con los otros hombres de su estante, que ya avanzaban desordenadamente a que los lavaran con el agua de mar.

Un momento después, la salinidad le hacía arder las heridas, y los gritos de Kunta se unieron a los de los demás por encima del sonido del tambor y la cosa silbante que nuevamente había vuelto a hacer marcar el compás a los hombres encadenados, que saltaban y bailaban para los toubobs. Kunta y el wolof se sentían tan débiles por la paliza reciente que dos veces tropezaron, pero las patadas y los latigazos de los toubobs los obligaron a seguir saltando torpemente entre las cadenas. Kunta estaba tan furioso que apenas si se dio cuenta de que las mujeres entonaban "¡Toubob fa!" Y cuando por fin lo volvieron a encadenar en su lugar acostumbrado, en la oscura bodega, su corazón alimentaba el deseo de matar a los toubobs. Cada tantos días volvían los ocho hombres desnudos a la hedionda oscuridad para llenar los cubos de los excrementos acumulados en los estantes donde yacían los encadenados. Kunta se quedaba quieto, mirando malignamente a los hombres, sin perder de vista las luces anaranjadas, oyendo cómo maldecían, cayéndose a veces al resbalar en la masa aceitosa, tan abundante ahora a causa de la regularidad de los intestinos, que la inmundicia había empezado a deslizarse de los estantes hacia el pasillo.

La última vez que estuvieron en cubierta, Kunta había visto a un hombre que renqueaba porque tenía el pie infectado. El toubob principal le había puesto grasa, pero no había servido de nada, y ahora el hombre había empezado a aullar terriblemente en la bodega

oscura. La vez siguiente que volvieron a la cubierta, tuvieron que ayudarlo a subir, y Kunta vio que la pierna, que antes estaba de un color grisáceo, había empezado a podrirse, y hedía hasta al aire libre. Esta vez dejaron al hombre arriba, mientras todos los demás bajaban. Unos días después, mientras cantaban, las mujeres dijeron a los prisioneros que le habían cortado la pierna, y que habían apostado a una mujer para que lo cuidara, pero que el hombre había muerto esa noche y lo habían arrojado por la borda. Desde entonces, cada vez que los toubobs venían a limpiar los estantes, arrojaban también pedazos de metal al rojo vivo dentro de baldes de vinagre fuerte. Las nubes de vapor acre dejaban mejor olor en la bodega, aunque pronto volvía el olor insoportable. A Kunta le parecía que ese olor nunca se iría de sus pulmones y su piel.

El murmullo continuo que se oía en la bodega no bien se iban los toubobs iba creciendo en volumen e intensidad a medida que los hombres empezaban a comunicarse cada vez mejor. Las palabras que no se entendían pasaban de uno en uno a lo largo de los estantes hasta que alguien que sabía más de una lengua decía su significado, que era trasmitido de igual manera. Así todos los hombres de cada tabla aprendieron palabras nuevas en idiomas que nunca habían hablado antes. Algunas veces los hombres se pegaban en la cabeza de la excitación causada por el hecho de que se estaban comunicando, y también que los toubobs no sabían nada de ello, lo que los hacía saltar de alegría. Después de susurrar entre sí durante horas, los hombres descubrieron que nacía entre ellos un profundo sentimiento de intriga y de hermandad. Aunque provenían de distintas aldeas y tribus, empezaron a sentir que no eran de distinta raza ni de distinto lugar.

La vez siguiente que bajaron los toubobs a buscarlos, los hombres encadenados marcharon a cubierta como si formaran parte de un desfile. Y cuando volvieron a descender, varios de los que hablaban más de un idioma se las arreglaron para cambiarse de lugar en la fila, para que los encadenaran en los extremos de los estantes y facilitar así la traducción. Los toubobs no parecían darse cuenta, porque o no eran capaces o no les interesaba distinguir entre los distintos hombres.

Preguntas, con sus respectivas respuestas, habían empezado a circular por la bodega. "¿Adonde nos llevan?" Esa pregunta causó un sinfín de amargos comentarios. "¿Regresó alguna vez alguien para contárnoslo?" "¡No, porque los comieron!" La pregunta "¿Cuánto hace que estamos aquí?" produjo una cantidad de conjeturas la mayor de las cuales era de una luna, hasta que tradujeron la pregunta a un hombre que había logrado llevar cuenta de los días por un pequeño agujero de ventilación cerca del cual estaba encadenado; él dijo que habían pasado dieciocho días desde la partida de la canoa grande.

Debido a las intrusiones de los toubobs, con los cubos de comida o los cepillos, a veces llevaba todo un día responder a una sola pregunta. Se trasmitían ansiosas consultas para ver si había conocidos. "¿Hay alguien aquí de la aldea de Barrakunda?", preguntó alguien un día, y después de un rato llegó la alegre respuesta. "¡Yo estoy aquí, Jabón Sallah!" Un día Kunta sintió una gran excitación cuando el wolof le susurró rápidamente: "¿Hay alguien aquí de la aldea de Juffure?" "¡Sí, Kunta Kinte!", respondió, sin aliento. Tenía miedo de respirar durante la hora entera que tardó en volver la respuesta: "Sí, así se llamaba. Yo oí los tambores de dolor de la aldea". Kunta se echó a llorar al imaginarse a su familia alrededor de un gallo blanco batiendo las alas antes de morir de lomo mientras el wadanela de la aldea diseminaba la triste noticia entre toda la gente, y que luego llegaría a Omoro, Binta, Lamin, Suwadu y el bebé Madi, todos en cuclillas, sollozando, mientras los tambores de la aldea anunciaban a quienquiera los oyera, a lo lejos, que el hijo de una aldea, llamado Kunta Kinte, se había perdido para siempre.

Varios días de conversación fueron dedicados a buscar respuesta a la pregunta: "¿Cómo podría atacar y matarse a los toubobs de la canoa?" ¿Tenía alguien, o conocía, algo que pudiera usarse como arma? Nadie tenía nada. Sobre cubierta, ¿había notado alguien algún

descuido, o punto débil, de parte de los toubobs, que pudiera usarse en caso de un ataque de sorpresa? Nuevamente la respuesta fue negativa. La información más útil siempre provenía del canto de las mujeres, mientras los hombres bailaban, encadenados: que en esa canoa había alrededor de treinta toubobs. Parecían muchos más, pero las mujeres estaban en mejor situación de contarlos. Las mujeres también les dijeron que al comienzo del viaje había habido más toubobs, pero habían muerto cinco. Los habían cosido en géneros blancos y los habían arrojado al agua mientras el jefe toubob, el canoso, leía algo de una especie de libro. Las mujeres también les dijeron en sus cantos que a menudo los toubobs peleaban y se atacaban con malignidad, por lo general cuando discutían acerca de cuál iba a ser el siguiente en usar a las mujeres.

Gracias a esos cantos, nada pasaba en cubierta sin que se enveraran los hombres mientras bailaban. Luego lo discutían abajo. Después se produjo la excitante noticia de que se había hecho contacto con los hombres encadenados en el nivel inferior. El estante de Kunta guardaba silencio, y hacían una pregunta cerca de la escotilla: "¿Cuántos hay allí abajo?" Después de un momento circulaba la noticia por el nivel de Kunta: "Creemos que somos sesenta".

La propagación de noticias de cualquier procedencia parecía ser la única función que justificaba su subsistencia. Cuando no había noticias, los hombres hablaban de su familia, su aldea, su profesión, su granja, la caza. Con mayor frecuencia ahora surgían discrepancias acerca de la manera de matar a los toubobs, y cuándo debía intentarse. Algunos pensaban que, cualquiera fueran las consecuencias, había que atacar a los toubobs la próxima vez que los llevaran a cubierta. Otros pensaban que era más prudente observar y esperar una mejor oportunidad. Empezaron a surgir amargos desacuerdos. Uno de los debates fue interrumpido repentinamente por la voz de un anciano: -¡Escuchen! ¡Aunque venimos de distintas tribus y tenemos distintos idiomas, recuerden que somos de la misma raza! ¡En este lugar debemos estar todos juntos, como una aldea!

Murmullos de aprobación circularon rápidamente por el lugar. La misma voz había sido oída antes, dando consejos en momentos de gran tensión. Era una voz llena de experiencia y de autoridad, y también de sabiduría. Pronto circuló la información de que ese hombre había sido el alcalá de su aldea. Después de un momento volvió a hablar, diciendo esta vez que se debía encontrar a un jefe, que todos estuvieran de acuerdo en ese respecto, y que propusieran un plan de ataque, también aceptado por todos. Hasta que eso no sucediera, no habría esperanzas de vencer a los toubobs, que evidentemente estaban bien organizados y fuertemente armados. Nuevamente la bodega se llenó de murmullos de aprobación.

La nueva y reconfortante proximidad con los otros hombres hacía que Kunta sintiera menos la mugre y el hedor, e incluso los piojos y las ratas. Luego se enteró de un nuevo temor que circulaba: se creía que había otro slatee en el nivel inferior. Una de las mujeres dijo que había visto entre los encadenados a un slatee que fue quien ayudó a traerla a esa canoa. Dijo que era de noche cuando le sacaron la venda de los ojos, pero había visto que los toubobs le daban alcohol al slatee, que éste había bebido hasta tambalearse, borracho, y luego los toubobs, aullando de risa, lo habían desmayado y arrastrado hasta la bodega. La mujer dijo que si bien no podía reconocer el rostro de ese slatee, debía estar entre los encadenados, aterrorizado de que lo llegaran a descubrir y matar, ahora que sabia que eso habían hecho con el otro slatee. En la bodega los hombres discutieron; ese slatee debía saber algunas palabras en toubob, y, con la esperanza de salvar su miserable vida, podría tratar de prevenir a los toubobs acerca de los planes de ataque.

Mientras sacudía los grilletes para ahuyentar a una rata gorda, Kunta se puso a pensar por qué hasta ese momento había sabido tan poco acerca de los slatees. Era porque ninguno se atrevería a vivir en las aldeas, donde si se llegaba a sospechar quiénes eran, los matarían de inmediato. Se acordó que en Juffure muchas veces había oído decir a su padre Omoro, y a

los mayores, alrededor del fuego, que los slatees vivían preocupados y aterrorizados temiendo peligros que ellos nunca conocerían. Pero ahora comprendía por qué se preocupaban tanto los hombres mayores por la seguridad de la aldea; sabían mejor que él que muchos slatees se mezclaban disimuladamente con ellos en Gambia. Era fácil distinguir a los despreciados hijos de padres toubobs, los niños sasso borro, por su despreciable color claro, pero no a todos los traidores. Kunta pensó en la muchacha de su aldea que había sido secuestrada por los toubobs, y que había logrado escapar, que había recurrido al Consejo de Ancianos, antes de que lo secuestraran a él, para preguntar qué hacer con su hijo sasso borro. Nunca se enteró cuál había sido la decisión del Consejo.

Ahora se enteró que algunos pocos slatees sólo se ocupaban de suministrar mercancías a los toubobs, como añil, oro y colmillos de elefante. Pero había cientos que ayudaban a los toubobs a quemar las aldeas y a capturar a la gente. Algunos contaron cómo atraían a los niños, con caña de azúcar, y luego les cubrían la cabeza con una bolsa. Otros contaron que los slatees les habían pegado cruelmente mientras marchaban hacia la canoa, después de ser capturados. La mujer de un hombre, que estaba embarazada, había muerto en el camino. El hijo de otra, herido, había sido abandonado, para que se desangrara. Cuantas más cosas oía Kunta, más se enfurecía.

Mientras yacía en la oscuridad, le parecía oír la voz de su padre, que severamente le advertía, a él y a Lamin, que no debían alejarse solos nunca. Kunta deseaba desesperadamente haberlo obedecido. Se sumió en la tristeza al pensar que ya nunca más podría oír la voz de su padre, que durante el resto de lo que sería su vida, tendría que hacer las cosas solo.

"Todo lo que sucede es por la voluntad de Alá". Ese pensamiento, pronunciado primero por el alcalá, pasó de boca en boca, y cuando el hombre de la izquierda se lo trasmitió, Kunta volvió la cabeza para pasárselo al wolof. Después de un momento, Kunta se dio cuenta de que el wolof no había trasmitido las palabras al hombre siguiente, y después de pensar un rato por qué no lo habría hecho, se le ocurrió que tal vez no había hablado con claridad, por lo que empezó a trasmitir el mensaje otra vez. Pero abruptamente el wolof habló en voz alta, como para que lo oyeran todos en la bodega: - ¡Si ésta es la voluntad de vuestro Alá, prefiero el diablo!-. Desde varias partes de la oscuridad surgieron fuertes exclamaciones de acuerdo con el wolof, y se originaron algunas discusiones.

Kunta se sintió profundamente sacudido. Se dio cuenta, escandalizado, de que estaba junto a un pagano, y eso pareció lastimarlo, pues su fe en Alá era tan preciosa como la vida misma. Hasta ese momento había respetado la amistad y las sabias opiniones de su compañero de grillete. Pero ahora Kunta supo que ya no podría haber compañerismo entre ellos.

CAPITULO 37

En cubierta, las mujeres dijeron en sus cantos, que habían conseguido robar y esconder unos cuchillos y otros objetos que podían usarse como armas. De regreso en la bodega, los hombres se dividieron, más fuertemente que nunca, en dos bandos que opinaban de manera diferente. El jefe del grupo que pensaba que había que atacar a los toubobs sin dilación, era un wolof de apariencia feroz, todo tatuado. Sobre cubierta, todos lo habían visto bailar salvajemente mientras les mostraba los dientes afilados a los toubobs, que aplaudían porque creían que el wolof sonreía. Los que creían que era prudente esperar más, eran capitaneados por el foulah de tez tostada al que habían castigado por estrangular al slatee.

Algunos partidarios del wolof decían que debían atacar a los toubobs cuando muchos de ellos estuvieran en la bodega, donde los hombres encadenados podían ver mejor y donde la sorpresa sería mayor, pero los que proponían este plan eran considerados tontos por los otros, que decían que la mayoría de los toubobs seguirían en cubierta, por lo que podrían matar a los encadenados como a ratas. Algunas veces, cuando las discusiones entre el wolof y el foulah los hacían gritar, el alcalá intervenía, ordenándoles que hablaran más despacio, o los oirían los toubobs.

Cualquiera fuera el que triunfara de los dos, Kunta estaba dispuesto a luchar hasta morir. Ya no le temía a la muerte. Ahora que había llegado a la conclusión de que ya no vería más a su familia y a su hogar, se sentía como muerto. Lo único que temía ahora era que llegara a morir antes de haber matado por lo menos a un toubob con sus propias manos. Pero Kunta se sentía más atraído -y le parecía que la mayoría era de la misma opinión- al cauteloso foulah. Kunta sabía ahora que la mayoría de los hombres de la bodega eran mandingas, y todos los mandingas sabían que los foulahs eran conocidos porque pasaban años, y la vida entera si era necesario, para vengarse, con la muerte, por cualquier mal serio que les hubieran hecho. Si alguien mataba a un foulah y huía, los hijos no descansaban hasta encontrar al asesino y matarlo.

-Todos debemos unirnos para ayudar al jefe con el que la mayoría esté de acuerdo -aconsejó el alcalá. Hubo murmullos enojados entre los que apoyaban al wolof, pero era claro que casi todos estaban con el foulah, que pronto dio la primera orden-. Debemos examinar todas las acciones de los toubobs con ojos de buitre. Y cuando llegue el momento, debemos ser guerreros. -Les aconsejó seguir lo que decía la mujer, es decir, que aparentaran estar contentos cuando saltaban con las cadenas sobre cubierta. Eso haría que los toubobs descuidaran la guardia, lo que haría más fácil sorprenderlos. Y el foulah dijo también que todos los hombres debían localizar con la mirada cualquier objeto que pudiera servir como arma, y estar listos para tomarlo cuando fuera necesario. Kunta estaba muy contento consigo mismo, pues durante su permanencia en la cubierta había localizado un clavo largo, flojamente atado debajo de la borda, que pensaba arrebatar y usar como punta de lanza para clavárselo en la panza al toubob más cercano. Cada vez que pensaba en eso, sus dedos se cerraban sobre una lanza imaginaria.

Cuando los taubobs abrían la escotilla y bajaban, gritando y, blandiendo los látigos, Kunta se quedaba inmóvil, como un animal de la selva. Pensaba en lo que les decía el kintango durante el entrenamiento, que el cazador debería aprender de lo que Alá le había enseñado a los animales: a esconderse y a observar a los cazadores que buscaban matarlos. Durante muchas horas, Kunta había pensado en que a los toubobs parecía gustarles hacer sufrir. Recordaba con odio las veces en que se reían cuando castigaban a los hombres, especialmente a aquellos que tenían el cuerpo cubierto de llagas, y luego con asco se secaban el pus y la sangre que los salpicaba. Kunta también imaginaba con amargura cómo forzaban a las mujeres en los rincones oscuros a la noche; le parecía oír el grito de las mujeres. ¿No tenían mujeres los toubobs? ¿Era por eso que perseguían como perros a las mujeres de los demás? Los toubobs no parecían respetar nada; no tenían dioses, ni siquiera espíritus a quienes adorar.

Lo único que lo hacía olvidar de los toubobs, y de cómo matarlos, eran las ratas, que con cada día que pasaba se volvían más osadas. Le hacían cosquillas con los bigotes entre las piernas cuando iban a morder una herida que sangraba o que tenía pus. Pero los piojos preferían picarlo en la cara, y le chupaban las lágrimas, o las mucosidades que le salían de la nariz. Retorcía el cuerpo, y trataba con los dedos de aplastar los piojos que pudiera atrapar entre las uñas. Pero peor aún que los piojos y las ratas, era el dolor que tenía en los hombros, en los codos y en las caderas que le quemaban después de semanas de refregarse contra las tablas duras y ásperas sobre las que yacía. Había visto las peladuras que tenían

los demás en los mismos lugares, y sus gritos se unían a los de él cuando la canoa grande se movía más de lo acostumbrado.
Kunta había visto también que cuando estaban en cubierta algunos de los hombres habían empezado a actuar como si fueran zombies; había en sus rostros una mirada que revelaba que no tenían miedo, porque ya no les interesaba morir o seguir viviendo. Aun cuando recibían los latigazos, reaccionaban más lentamente. Cuando terminaban de sacarles la mugre, algunos ni siquiera podían saltar, y el toubob canoso, con mirada de preocupación, ordenaba a los otros que les permitieran sentarse a esos hombres, lo que hacían, metiendo la cabeza entre las rodillas mientras el líquido rosáceo drenaba por sus flacas espaldas. Entonces el jefe toubob los obligaba a levantar la cabeza y les metía en la boca algo que los hacía atragantar. Algunos caían de costado, sin poderse mover, y los toubobs los llevaban a la bodega. Aun antes de que murieran, Kunta sabía que de alguna forma habían deseado la muerte.
Pero obedeciendo al foulah, Kunta y la mayoría de los hombres trataban de comportarse alegremente mientras bailaban, encadenados, aunque el esfuerzo que hacían les carcomía el alma. Era posible ver, sin embargo, que en esos casos los toubobs se sentían más tranquilos, y entonces les pegaban menos y los dejaban permanecer más tiempo en la cubierta soleada. Después de soportar los baldazos de agua de mar y la tortura de los cepillos, Kunta y el resto se sentaban a descansar, observando todos los movimientos de los toubobs: cómo se apostaban a intervalos contra la borda, cómo mantenían las armas al lado, para impedir que se las arrebataran. Ninguno dejaba de observar cuando un toubob apoyaba el arma por un instante contra la borda. Mientras estaban sentados en la cubierta, pensando en el día en que matarían a los toubobs, Kunta empezó a preocuparse por esa cosa grande de metal que se veía entre la barricada. Sabía que, costara lo que costase, esa arma debía ser tomada, pues aunque no sabía exactamente qué era, sí se daba cuenta de que sería capaz de un acto terrible de destrucción, que era, naturalmente, la razón por la que los toubobs la habían puesto allí.
También se preocupaba por los pocos toubobs que estaban continuamente dando vuelta a la rueda de la canoa grande, un poquito de un lado, otro del otro, mientras observaban un objeto redondo de metal marrón delante de ellos. Una vez, cuando estaban en la bodega, el alcalá dijo: -Si matamos a estos toubobs, ¿quién va a dirigir esta canoa?-. Y el jefe foulah dijo que a esos toubobs había que apresarlos vivos. -Con una lanza en la garganta tendrán que llevarnos de regreso a nuestra tierra, o morirán-. El sólo pensar que podría en realidad volver a ver su tierra, su hogar, su familia, hizo estremecer a Kunta. Pero aunque eso sucediera, pensó que tendría que llegar a muy viejo para poder olvidar un poquito de lo que los toubobs le habían hecho.
Kunta temía también que los toubobs se dieran cuenta de que él y los otros bailaban ahora de manera distinta, pues en realidad bailaban; era imposible que sus movimientos dejaran de revelar lo que tenían muy adentro de la mente: veían el gesto rápido de desprenderse de las cadenas y empezar a golpear, a estrangular, a atravesar con la lanza, a matar. Mientras bailaban, Kunta y los otros hombres cantaban en voz ronca acerca de la futura matanza. Pero para su alivio, cuando el baile terminaba y volvía a poder contenerse, Kunta veía que los toubobs, sin sospechar nada, sonreían con felicidad. Luego, un día en la cubierta, los hombres encadenados se quedaron helados mirando fijamente, junto con los toubobs, millares de peces voladores que llenaban el aire como pájaros de plata. Kunta los observaba, mudo, cuando de repente oyó un grito. Girando velozmente, vio al feroz wolof, el de los tatuajes, que le arrebataba un palo de metal a un toubob. Tomándolo como un garrote, le asestó un golpe en la cabeza que salpicó la cubierta con los sesos del hombre. Mientras los demás salían de su estupor, derribó a otro toubob. Actuaba tan rápidamente el wolof, mientras rugía de furia, que estaba liquidando al quinto toubob cuando el

relampaguear de una cuchilla larga le cortó limpia la cabeza, separándola de los hombros. Cayó sobre la cubierta antes de que el cuerpo se hiciera un ovillo, ambos chorreando sangre. Seguía con los ojos abiertos, y tenían una expresión de gran sorpresa.

Entre gritos de pánico, más y más toubobs aparecieron en escena, abriendo puertas o deslizándose como monos de entre los arrugados géneros blancos. Mientras las mujeres chillaban, los hombres encadenados se amontonaron formando un círculo. De los palos de metal salían llamas y humo; luego el gran barril negro explotó con un ruido de trueno, formando una nube de calor y de humo sobre sus cabezas, y los hombres gritaron y se desparramaron de terror.

Desde atrás de la barricada vinieron corriendo el jefe toubob y su compañero, el de la cicatrices, ambos aullando de rabia. El toubob grande le dio un golpe al toubob que encontró primero, que le sacó sangre de la boca, y pronto todos los toubobs se convirtieron en una masa de alaridos, latigazos, que blandía cuchillos y palos de fuego mientras empujaba a la manada de hombres encadenados hacia la escotilla abierta. Kunta se movía sin sentir los golpes, siempre esperando que el foulah diera la señal de atacar. Pero casi antes de que se diera cuenta, ya estaban abajo, encadenados en la oscuridad, y habían vuelto a cerrar la escotilla.

Pero no estaban solos. En la conmoción, un toubob había quedado atrapado abajo con ellos. Se precipitaba a un lado y a otro en la oscuridad, tropezando y pegándose contra las tablas, aullando de terror, levantándose con dificultad cuando caía, y volviendo a correr. Sus aullidos sonaban como los de una bestia primitiva. -¡Toubob fa! -gritó alguien, y otras voces se le unieron: -¡Toubob fa! ¡Toubob fa!-. Más y más hombres se unían al coro, que aumentaba en intensidad. El toubob parecía saber lo que querían decir, porque empezó a hacer sonidos de súplica. Kunta estaba callado, como helado, imposibilitado de mover un músculo. Le dolía la cabeza, tenía el cuerpo cubierto de sudor, y respiraba con dificultad. De repente se abrió la escotilla y una docena de toubobs bajaron como una tromba. Algunos latigazos cayeron sobre el toubob atrapado antes de que éste pudiera hacerles ver que era uno de ellos.

Luego, siempre con la ayuda de los látigos, que no dejaban de caer, los hombres fueron desencadenados nuevamente, los castigaron, los hicieron subir a patadas de vuelta a la cubierta, donde los obligaron a observar a cuatro toubobs que con pesados látigos golpeaban hasta transformar en una masa el cuerpo sin cabeza del wolof. Los cuerpos desnudos de los hombres encadenados brillaban de sudor y de sangre, proveniente de las heridas y llagas, pero apenas si se oía un sonido. Ahora todos los toubobs estaban fuertemente armados, y tenían una expresión de ira asesina, parados en un círculo, rodeándolos, echando fuego por los ojos y respirando fuerte. Luego volvieron a dejar caer los látigos y los llevaron a la bodega, donde los volvieron a encadenar en su lugar.

Durante un largo rato nadie se atrevió ni siquiera a susurrar. Entre el torrente de pensamientos y emociones que atacaron a Kunta, cuando disminuyó su terror y pudo volver a pensar, estaba la sensación de que no era el único en admirar el coraje del wolof, que había muerto como un guerrero. Recordó cómo esperaba ansioso que el jefe foulah diera la señal de atacar en cualquier momento, pero no sucedió nada. Kunta estaba amargado, porque para ahora ya hubiera terminado todo. ¿Por qué no morir ahora? ¿Qué otra oportunidad mejor se iba a presentar? ¿Había alguna razón para aferrarse a la vida en medio de esa asquerosa oscuridad? Deseaba desesperadamente poder comunicarse como antes con su compañero de grillete, pero el wolof era pagano.

Los murmullos de enojo causados por el hecho de que el foulah no había actuado fueron interrumpidos por su dramático mensaje: El ataque, anunció, ocurriría la próxima vez que los hombres de su nivel estuvieran en la cubierta, mientras saltaban, que era el momento en

que los toubobs estaban más tranquilos. -Muchos moriremos -dijo el foulah- pero nuestros hermanos de abajo nos vengarán.
Ahora había aprobación en los murmullos que circulaban. Y Kunta se quedó quieto en la oscuridad escuchando el ruido de una lima robada que roía las cadenas. Sabía que desde hacía semanas cubrían con suciedad las marcas de la lima, para que no las vieran los toubobs. Pensó en la cara de los que daban vuelta la rueda de la canoa, pues eran los únicos que no había que matar.
Pero durante esa larga noche en la bodega, Kunta y los otros hombres empezaron a oír un nuevo sonido extraño proveniente de la cubierta sobre sus cabezas. Inmediatamente se hizo silencio en la bodega y, escuchando atentamente, Kunta pensó que era el viento fuerte que hacía que las grandes telas blancas golpearan más que lo que acostumbraban. Pronto se oyó un nuevo sonido, como si estuviera cayendo arroz sobre la cubierta; después de un rato supuso que sería el golpeteo de la lluvia. Luego estuvo seguro de oír el ruido de fuertes truenos.
Se oían pasos arriba, y la canoa grande empezó a inclinarse y a estremecerse. A los gritos de dolor de Kunta se sumaron los de los demás, cuando cada movimiento de arriba hacia abajo o de un lado a otro hacía que se pegaran con las nalgas, los codos y los hombros desnudos -ulcerados y sangrantes- contra las tablas duras, sacándose pedazos de la piel tierna e infectada, hasta que no les quedó más que el músculo. Kunta sintió un dolor caliente y penetrante que le atravesó de la cabeza a los pies, y casi se desmaya. Cuando empezó a caer el agua a la bodega le pareció que era algo distante, hasta que empezaron los chillidos de terror.
Cada vez entraba más y más agua en la bodega. Kunta oyó el ruido de algo pesado, como una tela enorme, que arrastraban por la cubierta. Momentos después, la catarata que entraba se convirtió en un goteo apenas, pero pronto Kunta empezó a sudar, y a sentir que le faltaba el aire. Los toubobs habían tapado los agujeros para impedir que pasara el agua, pero al hacerlo habían obstruido el paso del aire, encerrando el calor y el olor inmundo de la bodega. Era insoportable, y los hombres empezaron a sofocarse y a vomitar, sacudiendo frenéticamente los grilletes y gritando de pánico. Kunta sentía como si le taparan con algodón la nariz, la garganta, e incluso los pulmones. Respiraba con dificultad, y necesitaba más aliento para poder gritar. En medio de un salvaje sacudir de cadenas y gritos ahogados, no supo siquiera cuándo se le aflojaron el vientre y la vejiga.
Enormes olas se estrellaban contra el casco, y las maderas donde apoyaban la cabeza se ponían tirantes por la presión a que eran sometidas. Los gritos sofocados de los hombres encerrados en la bodega aumentaron cuando la canoa grande se sumergió en el agua, estremeciéndose bajo toneladas de peso. Luego, como por milagro, volvió a surgir bajo la lluvia torrencial que la castigaba como granizo. A medida que los ataques sucesivos de las olas la volvían a sumergir, y que subía de nuevo, escorándose, bamboleándose, temblando, el ruido de la bodega empezó a disminuir: los hombres encadenados se desmayaban, uno a uno.
Cuando Kunta volvió en sí, estaba sobre cubierta, y se sorprendió de estar vivo. Las luces anaranjadas que se movían por todos lados, le hicieron creer que aún estaban abajo. Pero al aspirar hondo se dio cuenta de que era aire fresco. Se quedó acostado, de espaldas; sentía tanto dolor que no podía dejar de llorar, hasta en presencia de los toubobs. Los veía muy arriba, como fantasmas iluminados por la luz de la luna, caminando con dificultad por los maderos trasversales de los postes altos y gruesos; parecían tratar de desenrollar los grandes géneros blancos. Luego, volviendo la cabeza dolorida al oír un ruido fuerte, Kunta vio a más toubobs que con dificultad arrastraban por la escotilla el cuerpo desnudo de hombres encadenados, que amontonaban junto al lugar en que yacían Kunta y tantas otras formas encadenadas como si fueran leños apilados.

El compañero de grilletes de Kunta temblaba violentamente, y hacía arcadas entre plañido y plañido. Kunta no podía dejar de hacer arcadas tampoco al ver al jefe toubob y a su compañero, el alto de las cicatrices, que gritaban y maldecían a los otros, que se resbalaban y caían en el vómito que cubría el piso, proveniente de los encadenados pero también de ellos, que no dejaban de arrastrar más y más cuerpos desde la bodega.
La canoa grande seguía inclinándose, y la espuma mojaba a intervalos el alcázar. El jefe toubob tenía dificultad en mantener el equilibrio. Se desplaza con rapidez, seguido por otro toubob con una luz. Uno u otro levantaba la cara de los desnudos inertes, y le acercaban la luz; el jefe toubob los observaba de muy cerca y de vez en cuando tomaba de la muñeca adyacente. Algunas veces, maldiciendo con amargura, gritaba una orden al de la luz, que entonces levantaba el cuerpo del encadenado y lo tiraba por la borda.
Kunta sabía que esos hombres habían muerto en la bodega. Se preguntó cómo era posible que Alá estuviera en ese lugar, aunque se decía que él estaba en todas partes en todo momento. Pero luego pensó que el solo hecho de cuestionar esa creencia lo haria igual al pagano que temblaba y se quejaba a su lado, Y entonces comenzó a rezar por las almas de los hombres a los que habían arrojado por la borda, que ya se habían reunido con sus antepasados. Y los envidió.

CAPITULO 38

Para cuando llegó el alba, el tiempo había aclarado, pero la canoa grande no dejaba de moverse para todos lados. Algunos de los hombres que yacían acostados sobre la espalda, o sobre un lado, no daban casi señales de vida; otros eran presa de terribles convulsiones. Pero junto con la mayoría, Kunta había logrado, con esfuerzo, sentarse, pues esa posición aliviaba en parte los dolores terribles de la espalda y de las nalgas. Miró la espalda de los que lo rodeaban; había en ellas sangre fresca en medio de sangre seca y coagulada; vio también que en los hombros y en los codos parecían asomarles los huesos desnudos. Con la mirada ausente en otra dirección, vio a una mujer acostada con las piernas abiertas; tenía las partes privadas manchadas con una pomada entre grisácea y amarillenta, y hasta él llegó un olor indescriptible que debía provenir de ella.
De vez en cuando, alguno de los hombres que seguían acostados trataba de incorporarse. Algunos volvían a desmoronarse. Entre los que lograron sentarse, Kunta vio al jefe foulah. Sangraba profusamente, y tenía la expresión de alguien que no se da cuenta lo que sucede a su alrededor. Kunta no reconoció a los otros hombres que vio. Debían ser del nivel inferior. Eran los hombres que, según el foulah, iban a vengar a los del primer nivel cuando éstos atacaran al toubob. El ataque. Kunta ya no tenía fuerzas ni para pensar en eso.
En algunos de los rostros, incluyendo el de su compañero, Kunta vio el espectro de la muerte. Sin saber por qué, se dio cuenta de que iban a morir. El rostro del wolof era gris, y cada vez que jadeaba le salía un sonido burbujeante de la nariz. Hasta los huesos de los hombros y de los codos, que asomaban por la piel viva, tenían un color grisáceo. Como si supiera que Kunta lo estaba mirando, el wolof entreabrió los ojos y lo miró, sin señales de reconocerlo.
Era un pagano, pero... Kunta extendió un dedo para tocarlo débilmente en el brazo. Pero el otro no se dio cuenta del gesto de Kunta, ni de todo su significado.
Aunque su dolor no disminuía, el tibio sol lo hizo sentir un poco mejor. Mirando atrás vio que la sangre de su espalda había formado un charco. Entonces le subió a la garganta un tembloroso gimoteo. Los toubobs, que también estaban enfermos y débiles, se movían por

todas partes con sus baldes y cepillos, limpiando los vómitos y los excrementos, y otros subían cubos de inmundicias de la bodega, vaciándolos por la borda. A la luz del sol Kunta notó sin interés la piel pálida y peluda, y la pequeñez de sus fotos.

Después de un rato le llegó el olor de vinagre y alquitrán hirviendo: el jefe toubob caminaba entre los encadenados curándoles las heridas con un ungüento. Ponía un emplasto con polvo en los lugares en que asomaban los huesos, aunque pronto la sangre hacía que los emplastos se cayeran. También les abrió la boca a algunos, entre ellos Kunta, y les obligó a tomar un líquido de una botella negra.

Al ponerse el sol dieron de comer a los que estaban bien: maíz hervido, con aceite de palma, servido en un pequeño recipiente del que comían con las manos. Luego los toubobs trajeron un barril de agua que guardaban al pie del poste más grande, sobre cubierta, y le dieron un cucharón a cada uno. Para cuando empezaron a salir las estrellas ya estaban abajo, nuevamente encadenados. Los espacios vacíos del nivel de Kunta, cuyos ocupantes habían muerto, fueron ahora ocupados por los hombres más enfermos del nivel inferior, y los gritos de dolor eran ahora más fuertes aún que antes.

Durante tres días Kunta yació entre ellos en un limbo de dolor, vómitos y fiebre, mezclando sus alaridos con los de los demás... También él era presa de convulsiones de tos. Tenía el cuello caliente e hinchado, y el sudor le cubría todo el cuerpo. Salió de su estupor una sola vez, al sentir el roce de los bigotes de una rata en la cadera; como por reflejo movió velozmente la mano libre y atrapó en el puño la cabeza y la parte de adelante de la rata. Era increíble. Toda la furia acumulada desde hacía tanto tiempo corrió por su brazo y su mano. Apretó más y más, mientras la rata se retorcía y chillaba frenéticamente, hasta que oyó que le saltaban los ojos al animal, y le crujía el cráneo entre los dedos. Sólo entonces lo abandonaron las fuerzas y abrió la mano para dejar caer los restos aplastados del roedor.

Uno o dos días después el jefe toubob mismo empezó a bajar, descubriendo cada vez por lo menos un cuerpo muerto, al que desencadenaba. Hacía arcadas por el hedor, bajo las luces que sostenían sus ayudantes, aplicaba el ungüento y el polvo y metía el cuello de la botella negra en la boca de los que seguían viviendo. Kunta luchaba por no gritar de dolor cada vez que sentía los dedos en la espalda o le acercaban la botella a los labios. Se estremecía cuando esos dedos pálidos tocaban su piel; hubiera preferido un latigazo. Y en el resplandor anaranjado de la luz, el rostro de los toubobs tenía una palidez sin rasgos que nunca podría llegar a olvidar, igual que el hedor en que yacía.

En medio de la mugre y de la fiebre, Kunta no sabía si hacía dos lunas, o seis, o una lluvia entera, que estaba en el vientre de la canoa. El hombre que llevaba la cuenta del tiempo, cerca de la escotilla, había muerto. Y ya no había comunicación entre los sobrevivientes.

En una oportunidad, cuando se despertó del trance, sintió un terror sin nombre, y se dio cuenta de que la muerte estaba cerca. Luego, después de un momento, vio que ya no se oía el resollar ronco de su compañero de grilletes. Después de mucho tiempo, Kunta por fin se animó a estirar la mano para tocar el brazo del hombre. Retrocedió, horrorizado, pues estaba helado y rígido. Kunta se puso a temblar. Aunque era pagano, él había hablado con el wolof, habían yacido juntos todo ese tiempo. Y ahora estaba solo.

Cuando los toubobs volvieron a bajar, trayendo el maíz hervido, Kunta se puso a temblar al sentir que se acercaban, murmurando y haciendo arcadas. Luego vio que uno de ellos sacudía al wolof, maldiciendo. Kunta sintió que le llenaban el recipiente de comida y lo ponían entre él y el wolof muerto, y luego los toubobs seguían camino. Aunque estaba hambriento, Kunta no pudo comer.

Después de un rato bajaron dos toubobs y abrieron el grillete y la esposa que lo unían al wolof. Alelado, oyó cómo arrastraban el cuerpo por el pasillo y escaleras arriba. Quería alejarse de ese espacio libre, pero no bien se movió se despellejó los músculos contra las

tablas y aulló de dolor. Se quedó inmóvil para que se le calmara el dolor, mientras oía mentalmente los lamentos mortuorios de las mujeres de la aldea del wolof. -Toubob fa! -gritó en la hedionda oscuridad, haciendo sonar con su mano esposada la cadena de la esposa vacía del wolof.

La próxima vez que subió a cubierta, Kunta vio a un toubob que lo miraba: era uno de los que lo habían castigado a él y al wolof. Durante un instante se miraron profundamente, y aunque el rostro y los ojos del toubob se llenaron de odio, esta vez no dejó caer el látigo sobre la espalda de Kunta. Mientras Kunta se reponía de la sorpresa, recorrió la mirada por la cubierta y por primera vez desde la tormenta, vio a las mujeres. Se le oprimió el corazón. De las veinte que había al principio, sólo quedaban doce. Pero sintió alivio al ver que los cuatro niños vivían.

Esta vez no los cepillaron -tenían la espalda en muy mal estado- y cuando saltaron lo hicieron muy débilmente, al compás del tambor únicamente; el toubob que tocaba el otro instrumento ya no estaba. Las mujeres que quedaban, a pesar de su dolor, les informaron lo mejor que pudieron que habían cosido a unos toubobs más en los géneros blancos, arrojándolos por la borda.

Con un rostro en que se reflejaba el cansancio, el toubob canoso iba entre los hombres desnudos con su ungüento y su botella cuando un hombre con los grilletes vacíos de un compañero muerto colgándoles de los tobillos y de las muñecas se levantó sorpresivamente de su lugar y corrió a la borda. Ya había conseguido trepar cuando el toubob más cercano logró apoderarse de la cadena justo en el momento en que saltaba. Un instante después su cuerpo colgaba contra el costado de la canoa y la cubierta retumbaba con sus aullidos estrangulados. De repente, sin posibilidad de equivocación, entre los gritos, Kunta oyó algunas palabras toubobs. Hubo un siseo entre los encadenados; era el otro slatee, indiscutiblemente. Mientras el hombre pegaba contra el casco -chillando "Toubob fa!", y luego implorando merced- el jefe toubob se acercó a la borda y miró hacia abajo. Después de escuchar durante un momento, arrebató abruptamente la cadena del otro toubob y dejó que el slatee se precipitara gritando hasta el mar. Luego, sin decir ni una palabra, siguió curando las heridas como si no hubiera pasado nada.

Aunque los látigos se usaban menos ahora, los guardias parecían estar aterrorizados de los prisioneros. Cada vez que subían los prisioneros a la cubierta, los toubobs los rodeaban cuidadosamente, con cuchillos y palos de fuego en la mano, como si los encadenados fueran a atacarlos en cualquier momento. Pero en lo que a Kunta atañía, si bien despreciaba a los toubobs con todo su ser, ya no les importaba matarlos. Estaba tan enfermo y se sentía tan débil que ya no le importaba siquiera seguir viviendo o morir. Cuando estaba en la cubierta se echaba sobre un costado y cerraba los ojos. Pronto sentía al jefe de los toubobs frotándole la espalda con el ungüento. Y luego, durante un rato, no sentía más que el calor del sol y la brisa del océano, y el dolor se disolvía para transformarse en una dulce espera -casi feliz- de la muerte, para poder unirse a sus antepasados.

Ocasionalmente, en la bodega, Kunta oía algunos murmullos, y sentía curiosidad por saber de qué podían hablar. ¿Para qué hablar? Su compañero wolof había muerto, y la muerte también había llevado a algunos de los que traducían. Además, hablar consumía mucha energía. Cada día Kunta se sentía peor, y no ayudaba mucho ver lo que le pasaba a algunos de los hombres. De los intestinos les salía una mezcla de sangre coagulada y de un moco espeso, gris amarillento, de un olor nauseabundo.

Cuando los toubobs vieron por primera vez la pútrida deposición, se agitaron. Uno de ellos corrió escaleras arriba, y unos minutos después bajó el jefe toubob. En medio de las náuseas, hizo un gesto para que desencadenaran a los hombres que gritaban y los sacaran de la bodega. Más toubobs regresaron pronto con luces, azadas, cepillos y baldes.

Vomitando y maldiciendo, fregaron y volvieron a fregar la parte de los estantes de donde habían llevado a los enfermos. Luego vertieron vinagre hirviendo y sacaron a los que yacían al lado para llevarlos a otros espacios vacíos, más lejos.
Pero no sirvió de nada, porque el contagio de la peste que los toubobs llamaban "el flujo", según les oyó decir Kunta, siguió extendiéndose. Pronto él también empezó a retorcerse del dolor de cabeza y espalda, luego a morirse de calor y después de frío por la fiebre y los escalofríos, y finalmente sintió que se le cerraban las entrañas, para despedir luego la sangre maloliente. Parecía como si con la deposición también se le fueran a salir los intestinos. Kunta casi se desmayó del dolor. Entre gritos, dijo cosas que le parecieron increíbles: - ¡Omoro, Ornar, el Segundo Califa, tercero después de Mahoma el Profeta! ¡Kairaba, Kairaba significa paz!-. Finalmente se le acabó la voz de tanto gritar, y no se oía lo que decía, por el llanto de los demás. A los dos días, casi todos los hombres de la bodega habían contraído el flujo.
Ahora la masa sanguinolenta chorreaba de los estantes a los pasillos, y no había forma en que los toubobs pudieran evitar pisarla o rozarla, por lo que maldecían y vomitaban. Ahora los llevaban a cubierta todos los días mientras los toubobs bajaban baldes de vinagre y alquitrán hervidos para lavar la bodega. Kunta y sus compañeros avanzaban a los tropezones por el pasillo y luego escaleras arriba, ¡y al llegar a cubierta se desmoronaban. Pronto la cubierta estaba toda sucia de la sangre de la espalda de los hombres y de las deposiciones. El olor del aire fresco parecía penetrar a Kunta, desde los pies a la cabeza, y luego, cuando regresaban abajo, el vinagre y el alquitrán hacían lo mismo, aunque su olor nunca lograba extinguir el hedor del flujo.
En su delirio, Kunta vio a su abuela Yaisa acodada en la cama, hablándole por última vez, cuando era un niño, y pensó en la vieja abuela Nyo Boto, y las historias que contaba cuando él pertenecía al primer kafo, la del cocodrilo que cayó prisionero en una trampa junto al río y el niño que fue a soltarlo. Quejándose y balbuceando, arañaba y pateaba cuando los toubobs se le acercaban.
Pronto casi nadie podía caminar, y los toubobs tenían que ayudarlos a subir a cubierta para que el canoso les pudiera aplicar el inservible ungüento a la luz del día. Todos los días moría alguien, y lo arrojaban por la borda, incluyendo a dos niños y a algunas mujeres más, como también varios toubobs. Los toubobs que sobrevivían apenas si podían arrastrarse, y el que hacía girar la rueda de la canoa grande estaba parado sobre una cuba que recibía sus deposiciones.
Las noches y los días se sucedían confusamente hasta que un día Kunta y algunos otros que aún podían arrastrarse escaleras arriba, vieron por la borda, con gran sorpresa, una alfombra de algas color oro que flotaba en la superficie del agua hasta donde alcanzaba la vista. Kunta sabía que el agua no podía seguir para siempre, y ahora parecía que la canoa grande se iba a precipitar por el borde del mundo, aunque no le importaba. Muy dentro sentía que se acercaba el fin; lo único que no sabía era cómo iba a morir.
Sin interés notó que los grandes géneros blancos se iban cayendo, pues ya no se henchían de viento. Arriba, entre los postes, los toubobs tiraban el laberinto de sogas para hacer que los géneros se movieran en esta o esa dirección, tratando de encontrar alguna brisa. Los toubobs de la cubierta les izaban baldes de agua que los de arriba arrojaban contra los géneros. Pero la canoa grande seguía moviéndose apenas siguiendo tranquilamente el lento ondular de las olas.
Una mañana, cuando subieron de la bodega, los hombres vieron cientos de peces voladores apilados sobre la cubierta. Las mujeres les dijeron, en sus cantos, que la noche anterior los toubobs habían puesto luces en la cubierta para atraerlos, y los peces habían saltado a bordo y luego habían luchado inútilmente tratando de escapar. Esa noche los hirvieron con

maíz, y el gusto del pescado fresco sorprendió agradablemente a Kunta. Engulló la comida, con espinas y todo.
La siguiente vez que el jefe toubob le aplicó el ardiente polvo amarillo en la espalda, también le puso un espeso vendaje sobre el hombro derecho. Kunta se dio cuenta de que eso significaba que le asomaba el hueso, como sucedía con tantos hombres, especialmente los más delgados, que tenían menos músculo sobre el hueso. El vendaje le hizo doler el hombro más que antes. Pero al rato de estar en la bodega, la sangre aflojó el vendaje al empaparlo, haciéndolo caer. No importaba. Algunas veces se ponía a pensar en los horrores por los que había pasado, o en lo mucho que odiaba a todos los toubobs. Pero la mayor parte del tiempo yacía en la oscuridad hedionda, con los ojos pegados por alguna sustancia amarillenta, dándose apenas cuenta de que estaba vivo.
Entre los que quedaban vivos, Kunta era uno de los pocos que aún podían bajar del estante sin ayuda, e igualmente subir la escalera hasta cubierta. Pero luego le empezaban a temblar las piernas, y a doblárseles, hasta que por fin a él también tenían que llevarlo, arrastrándolo a medias, hasta la cubierta. Se quedaba sentado, con la cabeza entre las rodillas, los ojos mucosos apretados, quejándose suavemente, esperando que le llegara el turno para que lo limpiaran. Los toubobs usaban ahora una gran esponja enjabonada por miedo a que el cepillo de cerdas duras le hiciera más daño a la espalda sangrante de los hombres. Pero Kunta estaba mucho mejor que otros, que sólo se podían apoyar sobre un costado, y que parecían haber dejado hasta de respirar.
Entre todos, sólo las mujeres que quedaban, y los niños, parecían razonablemente sanos; a ellos no los habían encadenado en la oscuridad, con la mugre, el hedor, los piojos, las pulgas, las ratas y el contagio. La mayor de las mujeres, de las mismas lluvias que Kunta, se llamaba Mbuto, y era una mandinga de la aldea de Kerewan. Poseía tanta dignidad y majestad que aunque estaba desnuda actuaba como si la cubriera un manto. Los toubobs no le impedían que se desplazara entre los encadenados que yacían, enfermos, sobre cubierta, diciéndoles palabras de consuelo y friccionándoles el pecho y la frente afiebrada. -¡Madre! ¡Madre! -susurró Kunta al sentir sus dulces manos, y otro hombre, demasiado débil para hablar, se limitó a abrir la boca como tratando de sonreír.
Finalmente llegó el momento en que Kunta ya no podía comer sin ayuda. Los pobres músculos de los hombros y de los codos se negaban a que pudiera levantar las manos como para alzar la comida del recipiente. A menudo ahora comían en cubierta, y un día las uñas de Kunta arañaban el borde del cuenco tratando de llegar a la comida cuando lo notó el toubob de las cicatrices. Gritó una orden a uno de los toubobs, que le metió un tubo en la boca a Kunta y procedió a alimentarlo a través de él. El tubo le provocaba náuseas, pero Kunta logró babosear y engullir la comida, y luego se tendió, abierto de brazos y piernas, sobre el vientre.
Cada vez hacía más calor durante el día, e incluso sobre cubierta todos se sofocaban en el aire calmo. Pero después de unos días, Kunta empezó a sentir una brisa refrescante. Los grandes géneros de los altos postes volvieron a moverse con fuerza, y pronto empezaron a hincharse de viento. Los toubobs saltaban como monos en lo alto, y pronto la canoa grande cortaba las olas y la espuma se enrulaba en la proa.
A la mañana siguiente bajaron por la escotilla más toubobs de lo acostumbrado, y mucho más temprano. Con palabras y movimientos excitados, corrían por los pasillos, desencadenando a los hombres y ayudándolos a subir con gran prisa. Tropezando al trasponer la escotilla, Kunta subió después de muchos hombres, parpadeando en el sol, y entonces vio a los otros toubobs y a las mujeres parados contra la orda. todos los toubobs reían, proferían exclamaciones de alegría, y hacían gestos continuamente. Kunta se puso bizco para poder ver algo entre las espaldas llenas de costra de los hombres, y entonces vio...

Aunque todavía aparecía borrosa, era, evidentemente, una parte de la tierra de Alá. Los toubobs tenían, entonces, una tierra donde pisar -la tierra de toubabo doo- que, según los antepasados, se extendía desde el amanecer hasta el crepúsculo. Kunta se estremeció. Le brotaba el sudor, que brillaba en su frente. El viaje había terminado. Había sobrevivido. Pero sus lágrimas pronto borronearon la costa, convirtiéndola en una bruma gris y aguada, porque Kunta supo que viniera lo que viniese, iba a ser aún peor.

CAPITULO 39

De regreso a la oscuridad de la bodega, los hombres encadenados estaban demasiado atemorizados para abrir la boca. En el silencio, Kunta podía oír el crujido de los maderos del barco, el sonido, sibilante del mar contra el casco y el ruido sordo de las torpes pisadas de los toubobs que iban y venían apresuradamente sobre la cubierta.

De repente un mandinga empezó a alabar a Alá a los gritos, y pronto todos los demás se le unieron hasta que se generalizó un bullicio de rezos y de cadenas que los hombres sacudían con la fuerza que les quedaba. Entre el ruido, Kunta no oyó cuando abrían la escotilla, pero el choque de la luz del día lo hizo callar y mirar en esa dirección. Entreabriendo los ojos para comprimir las mucosidades, observó la entrada de los toubobs con sus linternas. Empezaron a reunirlos, con prisa inusual, y los volvieron a hacer subir a cubierta. Con los cepillos de mango largo, ignoraron los chillidos de los -hombres mientras limpiaban las costras de los cuerpos cubiertos de llagas, y el toubob jefe pasó por las filas rociándolos con el polvo amarillo. Pero esta vez, como friccionaron los músculos profundamente, le hizo una seña a su asistente, que les aplicó una sustancia negra con un cepillo chato y ancho. Cuando Kunta sintió que le tocaban las nalgas sin carne, el dolor terrible lo hizo desplomar sobre la cubierta.

Mientras yacía, sintiendo que le quemaba todo el cuerpo, oyó que los hombres volvían a aullar de terror, y levantando la cabeza vio que varios de los toubobs se estaban preparando a comer a los hombres. Estaban de a dos, y empujaban primero a uno de los hombres encadenados, y luego al siguiente, haciéndolos arrodillar. En esa posición un tercer toubob le pasaba por la cabeza una sustancia blanca que hacía espuma y luego, con algo delgado y brillante le quitaba el pelo del cráneo, mientras le chorreaba la sangre por la cara.

Cuando le tocó el turno a Kunta, y lo agarraron, él gritó y luchó con todas sus fuerzas hasta que le dieron una fuerte patada en las costillas que lo dejó sin aliento, mientras sentía la espuma y el raspaje en la cabeza. Luego les aceitaron el cuerpo hasta hacerlo brillar, y les pusieron un extraño taparrabos con dos agujeros para meter las piernas, que cubría las partes privadas. Por fin, bajo el escrutinio del jefe toubob los encadenaron, prosternados, a lo largo de la borda. El sol ya estaba en el centro del cielo.

Kunta se quedó acostado sin sentir nada, en una especie de estupor. Pensó que cuando por fin comieran su carne y le chuparan los huesos, su espíritu ya habría acudido a Alá. Oraba en silencio cuando los gritos, como ladridos, del jefe toubob y su asistente hicieron que abriera los ojos y vio que los toubobs subían a los postes. Esta vez, sin embargo, los gruñidos que hacían al subir se mezclaban con gritos y risas. Un momento después se aflojaron los géneros blancos y cayeron, arrugados.

La nariz de Kunta detectó un nuevo olor en el aire; en realidad, se mezclaba con muchos olores, extraños y desconocidos. Luego le pareció oír sonidos a lo lejos, desde el otro lado del agua. Acostado sobre cubierta, con los ojos pegados por las mucosidades, no podía decir de dónde venían. Pero pronto los ruidos se acercaron, y entonces sus quejidos se unieron a los de sus compañeros. A medida que los sonidos se hacían más fuertes, sus

plegarias y gritos aumentaban, hasta que por fin, en la brisa leve, Kunta pudo oler los cuerpos de muchos toubobs desconocidos. Entonces la canoa grande chocó contra algo sólido, que no cedía, y se sacudió fuertemente, haciéndose de un lado para otro hasta que por primera vez desde que partieron de África, hacía cuatro lunas y media, se quedó quieta, después de que la aseguraron con sogas.

Los hombres encadenados estaban aterrorizados. Kunta se abrazaba las rodillas, y tenía los ojos cerrados, como si estuvieran paralizados. Todo el tiempo que podía aguantaba el aliento, para protegerse de los olores nauseabundos, pero cuando algo golpeó fuertemente contra la cubierta, abrió los ojos y vio a dos nuevos toubobs que subían a cubierta por una ancha planchada, sosteniendo una tela blanca sobre la nariz. Se movían con rapidez, y le dieron la mano al jefe toubob, que se deshacía en sonrisas, evidentemente ansioso por caerles en gracia. Kunta silenciosamente imploró el perdón de Alá, y su piedad, a medida que los toubobs corrían junto a la borda, desencadenando a los hombres negros, haciéndoles señas y gritándoles para que se pusieran de pie. Cuando Kunta y sus compañeros se aferraron a sus cadenas, sin querer desprenderse de algo que se había convertido casi en parte del cuerpo, empezaron a chasquear los látigos, primero sobre la cabeza, luego sobre la espalda. Inmediatamente, entre gritos, soltaron las cadenas y se incorporaron con dificultad.

Por un lado de la canoa grande, abajo en el muelle, Kunta vio a muchos toubobs golpeando el suelo con los pies, riendo, señalándolos excitados, mientras muchos más corrían de todas direcciones para reunirse con ellos. Bajo los latigazos, los llevaron, a los tropezones, por la planchada inclinada hacia la multitud que aguardaba. Kunta sintió que se le doblaban las rodillas cuando sus pies pisaron tierra toubob, pero otros toubobs los obligaron a que siguieran andando, rodeados por la muchedumbre que los vitoreaba. El olor de toda esa gente junta lo agredió como un puñetazo en el rostro. Cuando se cayó un negro, implorándole a Alá, sus cadenas arrastraron a los hombres que iban delante y detrás de él. Volvieron a chasquear los látigos mientras la muchedumbre toubob chillaba de excitación.

Kunta sintió el impulso salvaje de huir, pero los látigos obligaban a los encadenados a seguir adelante. Avanzaban con trabajo, pasando junto a extraordinarios vehículos de dos y cuatro ruedas arrastrados por unos animales enormes que se parecían un poco a los asnos, y luego por una multitud de toubobs que se arremolinaban en una especie de feria llena de pilas coloridas de frutas y verduras. Los toubobs ricamente vestidos los miraban con expresiones de odio, mientras que los que lucían vestimentas menos lujosas los señalaban con la mano y proferían gritos de gozo. Notó que uno de estos ultimos era una mujer cuyo pelo fibroso tenía el color de la paja. Después de ver la manera en que los toubobs se desesperaban por las mujeres negras a bordo de la canoa grande, se sorprendió que tuvieran mujeres propias, aunque al ver este espécimen, se dio cuenta de por qué preferían a las africanas.

Kunta vio de reojo que unos toubobs gritaban como enloquecidos viendo cómo se peleaban dos gallos. Aún con ese griterío en los oidos, llegaron a una muchedumbre que aullaba y saltaba para todos lados con objeto de evitar que los llevaran por delante tres muchachos toubobs, que perseguían a un cerdo mugriento que parecía lustroso, como embadurnado con grasa. Kunta no podía creer lo que veía.

Kunta se sintió alelado al ver a dos hombres negros que no habían venido con ellos en la canoa grande: eran un mandinga y un serere, eso era indudable. Dio vuelta la cabeza para verlos caminar tranquilamente detrás de un toubob ¡Después de todo, él y sus compañeros no estaban solos en esa tierra terrible! Y si a esos hombres les habían permitido vivir, tal vez ellos también tendrían la suerte

de escapar del caldero. Kunta sintió ganas de correr y abrazarlos, pero vio sus rostros inexpresivos y el miedo reflejado en los ojos bajos. Y entonces le llegó su olor: era raro. Se

sintió mareado; no podía entender cómo esos hombres negros caminaban dócilmente siguiendo a un toubob que no los vigilaba y que ni siquiera iba armado, en lugar de tratar de huir... o de matarlo.
No tuvo tiempo de pensar más en el asunto, porque de repente se encontraron ante la puerta abierta de una gran casa cuadrada, de ladrillos de barro cocido, rectangulares, con postes de hierro que dejaban espacios vacíos en los costados. A latigazos hicieron pasar a los encadenados, llevándolos a un cuarto grande. Kunta sintió los pies fríos sobre el suelo de tierra apisonada. En la luz débil que entraba por dos aperturas con barrotes de hierro, sus ojos parpadearon hasta distinguir las figuras de cinco hombres negros acurrucados a lo largo de una pared. Ni siquiera levantaron la cabeza cuando los toubobs les ataron las muñecas y los tobillos dentro de gruesas esposas de hierro, enganchadas a unas cadenas cortas metidas en la pared.
Kunta entonces también se acurrucó junto a los otros, con la barbilla apoyada contra las rodillas juntas. La cabeza le daba vueltas con todas las cosas que había visto, oído y olido desde que bajaron de la canoa grande. Después de un momento, entró otro negro. Sin mirar a nadie, depositó unas latas de agua y comida ante cada hombre, y desapareció rápidamente. Kunta no tenía hambre, pero sentía la garganta tan seca que por fin no pudo dejar de sorber un poquito de agua; tenía un gusto raro. Adormecido, se puso a observar, a través de uno de los espacios con barrotes de hierro, cómo la luz del día daba paso a la oscuridad.
Cuanto más tiempo pasaba, allí sentado, Kunta sentía más y más miedo. Casi hubiera preferido la oscura bodega de la canoa grande, pues al menos sabía qué lo esperaba allí. Cada vez que entraba un toubob a la noche, se hacía atrás, pues tenían un olor fuerte y extraño. Pero se había acostumbrado a otros olores: al sudor, la orina, los cuerpos sucios, el hedor que salía de los encadenados cuando se les aflojaban los intestinos, en medio de los gritos de los otros, que rezaban y maldecían, se quejaban y hacían sonar las cadenas.
De repente cesaron todos los ruidos al entrar un toubob con una luz como las que había visto en la canoa grande, y detrás de él, en el resplandor amarillento, vio a otro toubob que azotaba con su látigo a un negro que gritaba en una lengua que parecía toubob. Pronto lo encadenaron, y los dos toubobs se fueron. Kunta y sus compañeros se quedaron quietos, escuchando los sonidos lastimeros de dolor y sufrimiento del recién llegado.
Kunta sintió que se acercaba el alba cuando de repente oyó dentro de su cabeza, como tantas veces durante el entrenamiento, la voz alta y aguda del kintango: "Es sabio que el hombre estudie y aprenda de los animales". Kunta se sorprendió tanto que se sentó. ¿Sería un mensaje de Alá? ¿Qué quería decir, aprender de los animales, en ese lugar, en ese momento? Él mismo era como un animal atrapado. Mentalmente vio las imágenes de los animales en las trampas. Algunas veces escapaban antes que los mataran. ¿Cuáles eran ellos?
Por fin llegó la respuesta. Los animales que habían logrado escapar de las trampas eran aquellos que no se habían enfurecido hasta debilitarse y extenuarse. Los que habían conseguido escapar eran aquellos que habían esperado con tranquilidad, que habían conservado sus fuerzas hasta la llegada de sus aprehensores, y entonces habían aprovechado algún descuido para juntar energía y lanzarse en un ataque desesperado o, más sabiamente, para huir hacia la libertad.
Kunta se sintió mucho más despierto. Era su primera esperanza desde que se complotara con los demás para matar a los toubobs en la canoa grande. Su mente se aferró a la idea: escapar. Debía hacer
creer a los toubobs que estaba vencido. No debía enfurecerse ni luchar aún. Debía dar la apariencia de haber abandonado toda esperanza.

Pero aun en el caso de que lograra escapar, ¿adonde huiría? ¿Dónde se escondería en esa tierra desconocida? Conocía el territorio alrededor de Juffure como a su propia choza, pero aquí todo le era desconocido. No sabía siquiera si los toubobs tenían bosques, y en caso de que hubiera, si en ellos encontraría las señales que podría utilizar un cazador para orientarse. Kunta decidió que esos eran asuntos que debía resolver a medida que se presentaran.

Cuando las primeras luces del alba se filtraron por los barrotes de las ventanas, Kunta cayó en un sueño intranquilo. Pero no bien había cerrado los ojos, o así le pareció, fue despertado por el extraño negro que traía los recipientes de agua y comida. A Kunta le dolía el estómago de hambre, pero la comida tenía un olor espantoso, y volvió la cara. Tenía la lengua hinchada y sucia. Trató de tragar la inmundicia que le llenaba la boca, y le dolió la garganta al hacerlo.

Torpemente miró a su alrededor. Sus compañeros de la canoa grande no parecían ver ni oír nada. Kunta dio vuelta la cabeza para estudiar a los cinco hombres que estaban en el cuarto cuando llegaron. Usaban ropa toubob, andrajosa. Dos de ellos tenían la piel clara, sasso borro, como si fueran el producto del acoplamiento de un toubob y una mujer negra, según decían los ancianos. Luego Kunta observó al que habían llevado durante la noche; estaba echado hacia adelante, y tenía sangre seca en el pelo y en la ropa toubob que llevaba puesta. Uno de los brazos le colgaba en una postura tan extraña que Kunta pensó que estaba quebrado.

Pasó más tiempo, y finalmente Kunta volvió a dormirse, para despertarse de nuevo, esta vez mucho después, con la llegada de otra comida. Era una especie de atole humeante, y olía peor que lo que le habían traído antes. Cerró los ojos para no verlo, pero cuando casi todos sus compañeros levantaron los recipientes y empezaron a engullir, pensó que no sería tan malo, después de todo. Si pensaba escapar de ese lugar, iba a necesitar fuerzas. Haría el esfuerzo de comer un poco, sólo un poco. Tomando el recipiente, lo llevó a la boca y tragó y tragó hasta terminar el contenido. Asqueado por su actitud, dejó la lata con fuerza y empezó a sentir náuseas, pero se obligó a volver a tragar. Tenía que retener la comida si es que quería seguir viviendo.

Desde ese día, tres veces al día, Kunta se obligaba a comer la tan aborrecida comida. El negro que la traía venía una vez por día con un balde, una azada y una pala para limpiar los excrementos. Y a la tarde venían dos toubobs para pasarles el líquido negro, maloliente, por las llagas más grandes, y les aplicaban el polvo amarillento en las más pequeñas. Kunta se despreciaba por su debilidad, que hacía que se sacudiera y llorara de dolor igual que los demás.

A través de los barrotes de las ventanas, Kunta contó seis días y cinco noches. Las cuatro primeras noches oyó débilmente, no muy lejos, los gritos de las mujeres que reconoció eran las de la canoa grande. Él y sus compañeros sufrieron la humillación de tener que quedarse allí, sin poder defenderlas, aunque no podían en realidad ni siquiera defenderse a sí mismos. Pero esa noche era aun peor, porque no había gritos. ¿Qué nuevo horror les esperaba a las mujeres?

Casi todos los días hacían entrar a empujones a uno o más negros vestidos como toubobs, para luego encadenarlos. Se desmoronaban contra la pared detrás de ellos, o se hacían un ovillo en el suelo, con señales de castigos recientes en el cuerpo; no parecían darse cuenta del lugar en que estaban, y no parecía importarles lo que podría sucederles. Luego, por lo general antes de que transcurriera otro día, entraba un toubob que actuaba como una persona importante, con un trapo contra la nariz, y entonces uno de los prisioneros empezaba a aullar de terror; el toubob lo pateaba y gritaba, y entonces se llevaban al negro.

Cuando sentía que se le asentaba la comida, Kunta trataba de dejar de pensar, para poder dormir. Hasta unos pocos minutos de descanso lograban borrar por ese tiempo el horror

interminable que padecía, que, por alguna razón, era la voluntad de Alá. Cuando no podía dormir, que era la generalidad, trataba de esforzarse en pensar en otras cosas que no fueran su aldea o su familia, porque cuando pensaba en ellas se ponía a sollozar.

CAPITULO 40

Justo después de la comida de la séptima mañana entraron dos toubobs trayendo ropa. Fueron desencadenando uno a uno a los aterrorizados hombres y les enseñaron cómo ponérsela. Una vestidura cubría la cintura y las piernas, y otra la parte superior del cuerpo.
Cuando Kunta se puso la ropa, las llagas, que habían empezado a curarse, le empezaron a picar.
Al rato empezó a oír voces afuera, que iban aumentando gradualmente. Se estaban reuniendo muchos toubobs; hablaban y reían, y no estaban muy lejos de las ventanas. Kunta y sus compañeros, con sus nuevas vestimentas toubobs, se incorporaron, aterrorizados, pensando en lo que podría sucederles ahora.
Cuando regresaron los dos toubobs, desencadenaron rápidamente a tres de los cinco negros que ocupaban el cuarto cuando llega con los demás. Todos actuaban como si ya eso les hubiera sucedido antes y no les importara. Luego, casi en seguida, los ruidos que hacian los toubobs afuera cambiaron de carácter. Se hizo un silencio, y luego un toubob empezó a gritar. Tratando inútilmente de entender lo que decían, Kunta escuchó los extraños gritos: "¡De físico perfecto! ¡De mucho espíritu!" Después de un breve intervalo, otros toubobs lo interrumpían con fuertes exclamaciones: "¡Trescientos cincuenta! ¡Cuatrocientos! ¡Quinientos!" Y el primer toubob gritaba: Que sean seiscientos! ¡Mírenlo! ¡Trabaja como una mula!"
Kunta se estremeció de miedo. El sudor le chorreaba por la cabeza y le costaba respirar. Al ver que entraban cuatro toubobs -los dos primeros, y dos nuevos- Kunta se quedó paralizado de terror, la nueva pareja de toubobs se quedó junto a la puerta con garrotes cortos en una mano y pequeños objetos de metal en la otra. Los otros dos empezaron a abrir las esposas de hierro de la pared donde estaba Kunta. Cuando alguien gritaba o forcejeaba, le pegaban con una correa corta y gruesa. Aun así, cuando le llegó el turno a Kunta no pudo evitar gruñir de furia y de terror. Le dieron un golpe en la cabeza, que le pareció que iba a explotar, y luego sintió apenas que sacudían las cadenas. Cuando se le empezó a despejar la cabeza, vio que era el primero de una fila de seis hombres encadenados que avanzaban con dificultad, trasponiendo una puerta ancha, a la luz del día.
- ¡Recién descolgados de las ramas! -El que gritaba estaba parado sobre una plataforma baja de madera, adelante de cientos de toubobs amontonados. Observaban y hacían gestos, y Kunta se sintio oprimido por el hedor que se desprendía de ellos. Entre las toubob vio a algunos negros, pero tenían la expresión de no ver nada. Había dos toubobs que sostenían las cadenas de dos negros que acababan de ser llevados del cuarto de las ventanas con barrotes. Ahora el que gritaba empezó a recorrer la fila de Kunta y sus compañeros, evaluándolos con la mirada. Luego volvió a recorrer la fila, tocando con el mango del látigo sus pechos y vientres, sin dejar de proferir los extraños gritos: -¡Brillantes como monos! ¡Se les puede enseñar a hacer cualquier cosa! -Luego volvió al final de la fila, y punzó a Kunta hacia la plataforma. Pero Kunta no se podía mover. Lo único que hacía era temblar. Era como si sus sentidos lo hubieran abandonado. El cabo del látigo le hizo arder las escaras de sus nalgas ulceradas. Tambaleándose, dolorido, Kunta avanzó a los tropezones, y el toubob metió la punta libre de su cadena en un objeto de metal.

- ¡En lo mejor de la vida, joven y ágil! -gritó el toubob. Kunta estaba tan insensible a causa del terror que casi no notó a la muchedumbre de toubobs que se acercaba. Luego sintió que con ayuda de palos y de cabos de látigo empezaron a hacerle abrir los labios apretados para examinarle los dientes, y con las manos exploraban todo su cuerpo: la espalda, el pecho, las axilas, los genitales. Luego algunos de los que lo inspeccionaron dieron un paso hacia atrás y empezaron a proferir gritos extraños.
- ¡Trescientos dólares!... ¡Trescientos cincuenta! -El toubob que gritaba rió despreciativamente-. ¡Quinientos! ¡Seiscientos! -Sonaba enojado-. ¡Este es un negro especial! ¿Quién dice setecientos cincuenta?
- ¡Setecientos cincuenta! -dijo alguien.
Repitió el grito varias veces, luego dijo "¡Ochocientos!" hasta que alguien le hizo eco entre la multitud. Y luego, antes de que tuviera oportunidad de decir nada más, alguien gritó: -¡Ochocientos cincuenta!
No se oyeron más gritos. El toubob desencadenó a Kunta y de un empujón se lo dio a un toubob que se adelantó. Kunta tuvo ganas de huir entonces, pero se dio cuenta de que no lo haría: de cualquier manera, apenas si podía mover las piernas.
Vio que había un negro caminando detrás del toubob al que le habían dado la cadena. Kunta miró con súplica a este negro, de rasgos indiscutiblemente wolofs; Hermano, tú eres de mi país... Pero el negro ni siquiera parecía verlo. Le dio un tirón a la cadena para que Kunta los siguiera, y empezaron a caminar entre la muchedumbre. Algunos de los toubobs más jóvenes se reían, se burlaban, y punzaban a Kunta con palos a medida que pasaban junto a ellos, pero finalmente los dejaron atrás y el negro subió a un carruaje con cuatro ruedas atado a uno de esos animales enormes, como burros, que había visto al bajar de la canoa grande.
Con un grito airado, el negro tomó a Kunta de las caderas, lo subió hasta depositarlo en el piso del carruaje, donde se acurrucó. Oyó que ataban el extremo libre de la cadena a algo debajo del
asiento elevado, en la parte delantera del carruaje, detrás del animal.
Cerca del lugar en que yacía Kunta había dos bolsas grandes, llenas de lo que olía como una especie de cereal. Apretó los ojos. No tenía ganas de volver a ver nada, y especialmente a ese odiado slatee.
Después de lo que le pareció mucho tiempo, la nariz de Kunta le informó que el toubob había regresado. El toubob dijo algo, y entonces el negro trepó al asiento delantero, que rechinó bajo su peso. El negro hizo un sonido rápido y castigó el lomo del animal con algo de cuero; al instante éste empezó a tirar del objeto sobre ruedas.
Kunta estaba tan aturdido que por un rato no oyó la cadena atada al grillete del tobillo que golpeaba contra el piso del carruaje. No tenía idea de cuánto habrían viajado cuando volvió a pensar con claridad y abrió los ojos para observar la cadena. Sí, era más pequeña que la que tenía en la canoa grande; si juntaba fuerzas y saltaba, ¿se soltaría del piso?
Kunta alzó la vista para ver la espalda de los dos que iban sentados adelante, la del toubob, sentado muy tieso en un extremo del asiento de tabla, y la del negro, agachado en el otro extremo. Los dos miraban hacia adelante, como si no se dieran cuenta de que compartían el mismo asiento. Debajo de ellos estaba la cadena, asegurada en algún lugar; Kunta decidió que no había llegado todavía el momento de saltar.
El olor del cereal de las bolsas era abrumador, pero también podía oler al toubob y al conductor negro, y pronto pudo oler a otros negros, muy cerca. Sin hacer ruido, Kunta estiró el cuerpo dolorido hasta el costado del carruaje, pero tuvo miedo de levantar la cabeza, y no vio nada.
Cuando se reclinaba, el toubob se dio vuelta, y se miraron en los ojos. Kunta se sintió aterrorizado, pero el toubob no cambió de expresión, y volvió a darse vuelta un momento

después. Envalentonado por la indiferencia del toubob, se incorporó de nuevo, y esta vez avanzó un poco más. Entonces oyó que cantaban a la distancia, y que el sonido se iba acercando gradualmente. No muy lejos vio a un toubob sentado en el lomo de un animal parecido al que tiraba del carruaje. El toubob tenía un látigo enroscado, y del animal salía una cadena sujeta a las esposas de unos veinte negros -la mayoría eran negros, aunque había algunos marrones- que iban caminando en fila delante de él.

Kunta parpadeó, esforzándose por ver mejor. Excepto dos mujeres completamente vestidas, todos eran hombres, con el torso desnudo, y cantaban con profundo pesar. Escuchó atentamente para tratar de entender lo que decían, pero no distinguió ninguna palabra conocida. Cuando la caja sobre ruedas en la que viajaba pasó junto a ellos, ni los negros ni el toubob levantaron la vista, aunque pasaron tan cerca que podían tocarse. Kunta vio que los negros tenían la espalda cruzada por las cicatrices de latigazos, algunas recientes, y adivinó varias de las tribus: foulah, yoruba, mauritana, wolof, mandinga. De esos estaba bastante seguro, mientras que había otros que habían tenido la desgracia de que su padre fuera un toubob.

Más allá, los ojos supurantes de Kunta divisaron vastos sembrados de distintos colores. A lo largo del camino había un campo de maíz. Igual que en Juffure después de la cosecha, los tallos eran de color marrón, y sin espigas.

Poco después el toubob se inclinó, tomó un poco de pan y una especie de carne debajo de una bolsa, cortó un pedazo de cada cosa y los puso sobre el asiento entre él y el negro que manejaba; éste los levantó con una punta de su sombrero y comenzó a comer. Después de unos momentos el negro se dio vuelta, miró un rato largo a Kunta, que estaba observando todo atentamente, y le ofreció un poco de pan. Podía olerlo desde donde estaba, y con el aroma se le hacía agua la boca, pero volvió la cabeza. El negro se encogió de hombros y se metió el pan en la boca.

Tratando de no pensar en el hambre que sentía, Kunta miró por el costado del carruaje y vio, en el extremo más alejado del campo, un grupo de gente inclinada, posiblemente trabajando. Pensó que eran negros, aunque estaban demasiado lejos como para poder afirmarlo con seguridad. Olfateó el aire, para ver si le llegaba su olor, pero no sintió nada.

Cuando se escondía el sol, la caja con ruedas pasó junto a otra igual que iba en la dirección opuesta; un toubob llevaba las riendas, y detrás de él iban tres niños negros del primer kafo. Caminando con dificultad, encadenados, iban siete negros adultos; cuatro eran hombres, vestidos con andrajos, y las otras tres eran mujeres que llevaban batas de tela basta. Kunta se preguntó por qué no cantaban también, pero luego vio la profunda desesperación que se reflejaba en su mirada. ¿Adonde los llevaría el toubob?

A medida que oscurecía empezaban a volar, dando chillidos, pequeños murciélagos negros, igual que en África. Kunta oyó que el toubob le decía algo al negro, y al poco tiempo la caja dobló y entró en un camino angosto. Kunta se sentó y pronto llegó a ver una gran casa blanca a través de los árboles. Se le hizo un nudo en el estómago: ¿Qué sucedería ahora, en el nombre de Alá? ¿Sería allí donde lo comerían? Se desmoronó en el piso de la caja y se quedó inmóvil, como sin vida.

CAPITULO 41

A medida que la caja se acercaba a la casa, Kunta empezó a oler, y luego a oír, a más negros. Incorporándose sobre los codos logró divisar a tres figuras que se aproximaban al carruaje en la oscuridad. El más alto llevaba una de esas llamitas que Kunta ya conocía,

pues era iguala la que llevaban los toubobs cuando bajaban a la bodega de la canoa grande; ésta estaba encerrada en algo claro y brillante, que no era metal. Nunca había visto nada parecido; parecía una sustancia dura, pero se podía mirar a través de ella, como si no existiera. No tuvo tiempo para estudiarla más de cerca, porque los tres negros rápidamente se apartaron cuando un toubob se acercó a la caja, que se detuvo a su lado. Los dos toubobs se saludaron, y luego uno de los negros acercó la llama para que el toubob pudiera ver al bajar de la caja. Los dos toubobs se dieron la mano y luego juntos se dirigieron a la casa.

Kunta sintió esperanzas. ¿Lo liberarían ahora los negros? Pero no había acabado de pensarlo cuando la llama iluminó el rostro de los negros que lo observaban: se estaban riendo de él. ¿Qué clase de negros eran éstos que despreciaban a los de su propia raza y que trabajaban como cabras para los toubobs? ¿De dónde venían? Parecían africanos, pero evidentemente no eran del África.

Luego el negro que manejaba hizo un sonido, agitó las correas y la caja se movió. Los otros negros caminaban junto a la caja, sin dejar de reírse, hasta que esta volvió a detenerse. El conductor bajo y le dio un tirón a la cadena de Kunta, haciendo sonidos amenazadores mientras la soltaba. Luego le hizo un gesto para que bajara. Kunta luchó contra el impulso que sentía de atacar a los cuatro negros. Tenía pocas probabilidades; tal vez después las cosas cambiaran a su favor. Todos los músculos de su cuerpo parecían resistirse cuando se arrodilló y empezó a retroceder dentro de la caja. Como se demoraba mucho, dos de los negros lo agarraron, lo alzaron con fuerza y medio lo tiraron al suelo. Un momento despues el conductor de la caja sujetó el extremo libre de la cadena de Kunta a un poste grueso.

Mientras yacía allí, presa del dolor, el miedo y el odio, uno de los negros puso frente a él dos recipientes de lata. A la luz de la llama, Kunta vio que uno estaba casi lleno de agua, y que el otro contenía una comida de aspecto y de olor extraños. Aun así, se le hizo agua la boca. Sin embargo, no hizo ningún movimiento. Los negros lo observaban, riendo.

Sosteniendo la llama, el conductor se acercó al poste grueso y se abalanzó con fuerza sobre él, evidentemente para que Kunta viera que era imposible romperlo. Luego indicó con el pie el agua y la comida, haciendo ruidos amenazadores, y los otros rieron. Luego se alejaron.

Kunta se quedó acostado en la oscuridad, esperando que se durmieran, estuvieran donde estuviesen. Mentalmente se vio levantándose y sacudiendo el poste con desesperación, con todas sus fuerzas, hasta que se rompiera, para poder escapar... Justo entonces olió a un perro que se acercaba, olfateando. Se dio cuenta, de alguna manera, que no era un enemigo. Pero luego, cuando se acercó más, oyó el ruido de dientes contra la lata y que masticaba. Aunque él no hubiera comido, Kunta se irguió, enfurecido, gruñendo como un leopardo. El perro se alejó corriendo, y desde una distancia prudencial empezó a ladrar. En un instante se abrió una puerta y alguien corrió hacia él con una llama. Era el conductor, y Kunta se quedó mirándolo con furia mientras examinaba la cadena en la base del poste y donde se sujetaba al grillete alrededor de su tobillo. En la luz amarillenta, Kunta vio la expresión de satisfacción del negro al notar el plato vacío. Con un gruñido ronco, volvió a la casa, dejando a Kunta en la oscuridad, con ganas de apretarle la garganta al perro.

Después de un rato, Kunta buscó a tientas el recipiente con agua y bebió un poco, pero no se sintió mejor; en realidad, se sentía sin fuerzas en el cuerpo, como si no tuviera nada adentro. Abandonó la idea de tratar de romper la cadena; parecía como si Alá le hubiera vuelto la espalda, pero ¿por qué? ¿Qué cosa terrible había cometido? Trató de pensar en todas las cosas importantes que había hecho en su vida -bien o mal- hasta esa mañana en que se puso a cortar un pedazo de madera para hacer un tambor hasta que entonces, demasiado tarde, oyó una ramita que se quebraba. Le pareció que todas las veces que había sido castigado en su vida, había sido por descuido o falta de atención.

Se quedó escuchando el canto de los grillos, el aleteo de las aves nocturnas y el ladrido de los perros a lo lejos, y una vez el chillido repentino de un ratón; luego el crujir de sus huesos, destrozados por las mandíbulas del animal que lo había matado. De vez en cuando se ponía tenso de ganas de huir, pero se daba cuenta de que aun en el caso de que pudiera romper la cadena, el ruido despertaría a alguien de una de las chozas cercanas.
Así yació toda la noche, sin dormir, hasta los primeros rayos del alba. Arrodillándose a duras penas, luchando contra el dolor de las extremidades, comenzó su plegaria suba. Cuando tocó la tierra con la frente perdió el equilibrio y casi se cayó sobre un costado. Se enfureció al ver lo débil que estaba.
Cuando el oriente empezaba lentamente a aclarar, Kunta volvió a tomar el recipiente con agua y bebió lo que quedaba. Apenas había terminado cuando se oyó el ruido de pisos que se acercaban: anunciaban el regreso de los cuatro negros. Rápidamente volvieron a subir a Kunta a la caja con ruedas, que se dirigió a la gran casa blanca, donde aguardaba el toubob, para volver a subir al carruaje. Y antes de que se diera cuenta estaban nuevamente en el camino, yendo en la misma dirección que antes.
Durante un largo rato, Kunta se quedó mirando sin ver la cadena que sonaba como una matraca contra el piso y que seguía hasta donde estaba sujeta debajo del asiento. Otras veces miraba con odio la espalda del toubob y la del negro. Tenía ganas de matarlos. Se dijo que si quería sobrevivir, y hasta ahora había logrado hacerlo, entonces debía controlarse, obligarse a esperar, no derrochar sus energías hasta no estar seguro que había llegado el momento propicio.
Fue a media mañana cuando Kunta escuchó el ruido de un herrero martillando sobre metal. Era inconfundible. Levantando la cabeza, Kunta se esforzó para ver bien y por fin localizó el ruido más allá de un bosquecillo por el que estaban pasando. Vio que habían cortado muchos árboles, y en algunos lugares, a medida que la caja avanzaba, vio y olió humo que se elevaba en partes donde habían quemado los matorrales secos. Se preguntó si los toubobs estarían fertilizando la tierra para la próxima cosecha, como hacían en Juffure.
Luego, a la distancia, vio una pequeña choza cuadrada junto al camino. Parecía estar hecha de troncos, y en un claro, en el frente, había un toubob que araba detrás de un buey de pelo marrón. Las manos del toubob se aferraban con fuerza a las manijas curvas de una cosa enorme que tiraba el buey y que rompía la tierra. A medida que se acercaban, Kunta vio a otros dos toubobs -delgados y pálidos- sentados en cuclillas bajo un árbol. Alrededor de ellos había tres puercos igualmente flacos, hocicando, y unas gallinas picoteando aquí y allá. Frente a la puerta de la choza había una toubob de pelo rojo. De pronto salieron de atrás tres pequeños toubobs que gritaban y saludaban a la caja con ruedas. Al ver a Kunta se echaron a reír y a señalarlo; él los estudió como si fueran cachorros de hiena... Los niños corrieron junto al carruaje un buen trecho antes de volverse, y Kunta se dio cuenta de que acababa de ver con sus propios ojos a toda una familia toubob.
Dos veces más, apartadas del camino, Kunta vio dos grandes casas toubobs, parecidas a la de la noche anterior, donde había parado el carruaje. Tenían la altura de dos casas, como si una estuviera encima de otra, y adelante tenían una hilera de tres o cuatro postes blancos y gruesos, casi tan altos como un árbol; cerca de la casa había un grupo de chozas pequeñas y oscuras donde vivirían los negros, pensó Kunta. Alrededor de la casa había enormes extensiones de sembrados de algodón, todos cosechados recientemente, aunque aquí y allá se veía un copo blanco.
En algún punto entre estas dos casas, la caja rodante pasó junto a una extraña pareja que caminaba a lo largo del camino. Al principio Kunta pensó que eran negros, pero cuando el carruaje se acercó vio que tenían la piel de un color marrón rojizo, pelo largo y negro que les colgaba como una soga trenzada, y caminaban rápidamente. Llevaban zapatos y un taparrabos que parecía hecho de cuero, y en la mano arcos y flechas. No eran toubobs, pero

tampoco africanos. Olían de una manera diferente también. ¿Qué clase de gente serían? Ninguno de los dos pareció notar la caja rodante que pasó junto a ellos, envolviéndolos de tierra.

Cuando el sol empezaba a ponerse, Kunta volvió los ojos al oriente, y para cuando terminó su silenciosa plegaria a Alá, anochecía ya. Se sentía tan débil después de dos días sin probar bocado, que no le interesaba nada de lo que sucedía a su alrededor.

Cuando la caja se detuvo, al rato, Kunta tuvo fuerzas para incorporarse hasta poder ver por el costado. El conductor se apeó y colgó una de las luces contra el lado de la caja, volvió a subir, y siguieron camino. Después de mucho tiempo el toubob dijo algo breve, y el negro le contestó; era la primera vez desde que partieron ese día que cambiaban palabra. Nuevamente la caja se detuvo, el conductor bajó y tiró una especie de manta sobre Kunta. que la ignoró. El negro volvió a subir y él y el toubob se cubrieron con mantas y siguieron viaje.

Aunque pronto temblaba de frío, Kunta se negó a cubrirse con la manta, para no complacerlos. Me ofrecen abrigo, y sin embargo me tienen encadenado, y mi propia gente no sólo permite que esto suceda sino que hacen el trabajo sucio del toubob. Kunta sabía tan sólo que debía escapar de ese lugar horrendo, o morir mientras lo intentaba. No se atrevía a soñar con volver a ver a Juffure, pero si llegaba a hacerlo, entonces toda Gambia sabría cómo era la tierra toubob.

Kunta estaba aterido de frío, cuando la caja rodante dobló de pronto para entrar en un camino más pequeño y desigual. Nuevamente hizo un esfuerzo para escudriñar la oscuridad, y a lo lejos pudo ver la blancura fantasmagórica de otra de esas casas grandes. Como en la noche anterior, el temor de lo que podía sucederle le recorrió el cuerpo cuando se detuvieron frente a la casa, aunque no pudo oler a ningún toubob o negro que saliera a recibirlos.

El toubob que viajaba en la caja se apeé con un gruñido, se inclinó y se puso en cuclillas varias veces para desentumecerse, dijo algo al conductor indicando a Kunta, y luego se dirigió a la casa.

Todavía no habían acudido los negros, y a medida que la caja rodante rechinaba en dirección a las chozas cercanas, Kunta trataba de fingir indiferencia. Pero la tensión electrizaba todas las fibras de su cuerpo, y había olvidado sus dolores. Con ayuda de la nariz detectó la presencia de negros en la cercanía, pero ninguno acudió. Sus esperanzas aumentaron. El negro detuvo el carruaje cerca de las chozas, se apeó pesadamente y caminó con dificultad hacia la choza más próxima, con la llama vacilante en la mano. Kunta lo vio abrir la puerta. No perdía detalle, listo como estaba para saltar no bien el negro entrara. Pero regresó. Metió la mano bajo el asiento, soltó la cadena y sosteniendo el extremo libre caminó al otro lado de la caja. Había algo que detuvo a Kunta. El negro sacudió la cadena con fuerza y le dio una orden. Mientras el negro lo observaba cuidadosamente, Kunta se puso en cuatro patas con gran dificultad, tratando de parecer más débil aún de lo que estaba, y empezó a arrastrarse hacia atrás con lenta torpeza. Tal como esperaba, el negro perdió la paciencia, se acercó, y con un poderoso brazo alzó a Kunta, lo atrajo hasta el borde del carruaje, y con ayuda de la rodilla lo depositó en el suelo, impidiendo que se cayera.

En ese instante, Kunta saltó hacia adelante con todas sus fuerzas, aferrando la garganta gruesa del negro con dos manos que parecían las mandíbulas trituradoras de una hiena. La llama cayó al suelo cuando el negro retrocedió con un grito ronco; luego volvió con fuerza, y sus grandes manos empezaron a golpear y desgarrar a Kunta en la cara y en los brazos. Pero Kunta encontró fuerzas para apretarle la garganta mientras contorsionaba el cuerpo para evitar los golpes desesperados de los puños, pies y rodillas del conductor. Era

imposible zafarse de las garras de Kunta; finalmente el negro tropezó hacia atrás, hacia adelante, y luego, con un gorgoteo, su cuerpo se tornó flaccido.
Saltando, temeroso de que se acercara ladrando un perro, Kunta se deslizó como una sombra, alejándose del conductor caído y de la llama sobre el suelo. Corrió agazapado, quebrando con las piernas los tallos helados de algodón. Hacía tanto que no usaba los músculos que le dolían horriblemente, pero el aire frío era un placer sobre la piel, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar de alegría pues se sentía maravillosamente libre.

CAPITULO 42

Las zarzas y guías espinosas del matorral al borde del bosque parecían alargarse para desgarrarle los pies. Las apartaba con las manos, y seguía adelante, tropezando, cayendo y levantándose, penetrando cada vez más en el bosque. O eso creía, pues de pronto los árboles empezaron a ralear y volvió a entrar en una zona de matas bajas. Delante de él había otro ancho algodonal, y detrás otra gran casa blanca con pequeñas chozas oscuras a su lado. Presa de la sorpresa y del pánico, Kunta volvió a internarse en el bosque, dándose cuenta de que todo lo que había hecho había sido cruzar una franja angosta de bosque que separaba dos grandes granjas toubobs. Agazapándose detrás de un árbol, se puso a escuchar los latidos de su corazón y su cabeza, y empezó a sentir que le ardían las manos, los brazos y los pies. Mirando hacia abajo, en la luz de la luna vio que estaba lleno de cortes y que le sangraba todo el cuerpo por las espinas. Más lo alarmó el hecho de que la luna estuviera tan baja: pronto amanecería. Sabía que fuera cual fuese su paso siguiente, le quedaba poco tiempo para decidir.
Al volver a moverse, Kunta se dio cuenta de que los músculos no lo llevarían mucho más adelante. Debía retroceder hasta lo más espeso del bosque y quedarse escondido allí. Así que volvió atrás con un esfuerzo enorme, por ratos a cuatro patas, sintiendo un gran ardor en los pies y en las manos, hasta que por fin se encontró en medio de un grupo de árboles espesos. Aunque parecía que le iban a estallar los pulmones, Kunta pensó en treparse a un árbol, pero se dio cuenta por la suavidad de la gruesa alfombra bajo sus pies de que se le habían caído muchas hojas, y eso haría que se lo viera fácilmente, por lo que su mejor escondite estaba abajo.
Arrastrándose nuevamente, se detuvo por fin en un lugar lleno de malezas, justo cuando empezaba a aclarar. Todo estaba en calma, excepto por el silbar de su propio aliento, y eso le hizo acordar de sus largas vigilias solitarias en los campos de maní junto a su fiel perro wuolo. Fue entonces que escuchó, a lo lejos, el ladrido de un perro. Tal vez lo había oído en su mente, pensó, aguzando el oído, vigilante. Pero se repitió, sólo que ahora eran dos los perros. No tenía mucho tiempo.
Arrodillándose en dirección al Este, imploró su salvación a Alá, y cuando terminaba volvieron los ladridos, profundos y más cercanos. Kunta decidió que lo mejor era quedarse escondido donde estaba, pero al volver a oír los aullidos, aún más próximos, le pareció que los perros sabían exactamente dónde estaba, y sus extremidades se negaron a dejarlo permanecer en ese lugar un momento más. Volvió a adentrarse en la maleza, buscando un lugar más profundo, más secreto. Cada pulgada era una tortura, porque las espinas le desgarraban las manos y las rodillas, pero con cada ladrido se arrastraba más y más velozmente. Pero los ladridos aumentaban, se acercaban, y ahora Kunta pudo oír, tras ellos, gritos humanos.

No avanzaba lo suficientemente rápido. Poniéndose de pie, de un salto, empezó a correr, tropezando entre las zarzas tan rápida y silenciosamente como se lo permitía su extenuación. Casi instantáneamente oyó la explosión: de la sorpresa se le doblaron las rodillas, y cayó sobre una maraña de zarzas.

Los perros olfateaban el borde del bosquecillo ahora. Temblando de terror, Kunta percibió su olor. Un momento después corrían por entre las malezas, en línea recta hacia él. Kunta logró arrodillarse justo cuando los dos perros saltaron sobre él, aullando, baboseando y mordisqueándolo hasta voltearlo, luego tomando distancia para volver a cargar sobre él. Gruñendo también, Kunta luchó salvajemente para rechazarlos, usando las manos como garras mientras trataba de retroceder fuera de su alcance. Luego oyó a los hombres que gritaban desde el borde del matorral, y nuevamente hubo una explosión, esta vez mucho más fuerte. Mientras los perros disminuían un tanto la furia del ataque, Kunta oyó que los hombres maldecían y cortaban las zarzas con cuchillos.

Detrás de los perros que no dejaban de gruñir, Kunta vio al negro al que había tratado de estrangular. Tenía un cuchillo enorme en una mano, un garrote corto y una soga en la otra, y una expresión asesina. Kunta se quedó acostado, sangrando, apretando con fuerza las mandíbulas para no gritar, esperando que lo cortaran en pedacitos. Entonces vio al toubob que lo había llevado a ese lugar, detrás del negro, con la cara roja de sudor. Kunta esperó la explosión y el relámpago del palo de fuego que había visto en la canoa grande, con el que un segundo toubob lo estaba apuntando. Pero fue el negro el que se precipitó furiosamente hacia él, esgrimiendo el garrote. Entonces el jefe toubob gritó.

El negro se detuvo, y el toubob dio una orden a los perros, que retrocedieron más aún. Entonces el toubob dijo algo al negro, que se acercó, desenrollando la soga. Un fuerte golpe en la cabeza lo atontó. Apenas se dio cuenta de que lo ataban tan apretadamente que la soga le cortó la piel, que ya antes sangraba, y de que luego casi lo alzaban de entre las zarzas y lo hacían caminar. Cuando perdía el equilibrio y caía, le daban un latigazo en la espalda. Cuando finalmente llegaron al borde del bosque, Kunta vio a tres de los animales que parecían burros atados junto a varios árboles.

A medida que se acercaban a los animales trató de volver a huir, pero un fuerte tirón de la soga lo arrojó al suelo, donde le dieron una patada en las costillas. El segundo toubob, que sostenía la soga, caminó adelante, tirando a Kunta que, a los tropezones, llegó hasta el árbol cerca de donde estaban atados los animales. Pasaron el extremo libre de la soga por encima de una rama baja, y el negro tiró y tiró hasta que los pies de Kunta apenas si tocaban el suelo.

El látigo del jefe toubob empezó a chasquear contra la espalda de Kunta. Se retorcía de dolor, pero se negaba a proferir sonido alguno, aunque cada golpe parecía partirlo en dos. Por fin cedió, y empezó a gritar, pero los latigazos no cesaron.

Cuando el látigo por fin dejó de caer sobre su espalda, Kunta apenas si estaba consciente. Vagamente se percató que lo bajaban y se desmoronaba sobre el suelo; luego lo alzaron y lo colgaron sobre el lomo de uno de los animales; sintió que se movía.

Cuando volvió en sí -no tenía idea de cuánto tiempo había pasado- yacía sobre la espalda, con los brazos extendidos en una especie de choza. Vio que tenía una cadena alrededor de cada tobillo y de cada muñeca, y cada una de las cuatro cadenas estaba sujeta a la base de un poste en cada uno de los rincones de la choza. El más ínfimo movimiento le causaba tanto dolor que por un largo rato se quedó inmóvil, con la cara cubierta de sudor y respirando con dificultad.

Sin necesidad de moverse pudo ver un resquicio cuadrado sobre su cabeza, por donde entraba la luz del día. Por el rabillo del ojo vio un nicho en la pared, y en él un tronco quemado casi en su totalidad, y cenizas. Del otro lado de la choza había un objeto de

género, ancho, chato, lleno de protuberancias y de agujeros por los que asomaban espigas de trigo. Estaba sobre el piso, y Kunta dedujo que se usaría para dormir.
Cuando la luz del crepúsculo asomaba por la abertura, Kunta oyó, muy cerca, el sonido de un extraño cuerno. Y antes que pasara mucho tiempo oyó las voces de negros (los olió) que pasaban por donde estaba él. Luego le llegó el olor a comida. Los espasmos de hambre se mezclaban con el fuerte latido de su corazón, las punzadas en la espalda y en los brazos y piernas, llenos de heridas. Empezó a torturarse por no haber esperado una mejor oportunidad para escapar, como hubiera hecho un animal atrapado. Debería haber esperado hasta saber más acerca de ese extraño lugar y de sus habitantes paganos.
Kunta tenía cerrados los ojos cuando la puerta de la choza se abrió con un crujido; olió al negro al que había estrangulado, el que había ayudado a que lo capturaran. Se quedó quieto, haciéndose el dormido, hasta que le asestaron una patada en las costillas que lo obligó a abrir los ojos de par en par. Con una maldición, el negro dejó algo frente a la cara de Kunta, le echó una frazada sobre el cuerpo, y se fue, dando un portazo.
El olor de la comida le hizo doler el estómago con la misma fuerza que le dolía la espalda. Finalmente, abrió los ojos. Había una lata redonda con una especie de masa espesa, con carne, y un recipiente, también redondo, con agua. Las muñecas extendidas no le permitían levantarlos, pero estaban lo suficientemente cerca como para que los alcanzara con la boca. Justo en el momento en que estaba por comer un bocado, Kunta se dio cuenta de que la carne era de cerdo inmundo, y vomitó bilis sobre el plato, del asco.
Toda esa noche dormitaba y se despertaba, pensando en esos negros que parecían africanos pero comían cerdo. Eso quería decir que Alá les era extraño, o que lo habían traicionado. Silenciosamente rogó a Alá que lo perdonara en caso de que, sin darse cuenta, comiera carne de cerdo, o del plato en que alguna vez había habido esa carne.
Poco después que las primeras luces del alba asomaran por la abertura cuadrada, Kunta volvió a oír el extraño cuerno; luego le llegó el olor a comida y las voces de los negros que iban y venían. Luego regresó el hombre al que tanto despreciaba, con más comida y agua. Al ver que Kunta había vomitado sin tocar la comida lanzó una retahila de maldiciones y restregó el contenido del plato contra su cara. Luego depositó la nueva comida y el, agua y se fue.
Kunta se dijo que después trataría de comer algo; ahora se sentía tan mal que ni siquiera podía pensar en eso. Después de un rato oyó que la puerta se volvía a abrir; esta vez le llegó el hedor de un toubob. Kunta mantuvo los ojos cerrados, pero cuando oyó que el toubob musitaba algo, enojado, los abrió de miedo a que le volvieran a dar una patada. Se encontró mirando el rostro furioso del toubob que lo había llevado hasta ese lugar. El toubob hizo unos sonidos de furia acompañados de gestos que indicaban que si no comía, lo volverían a castigar. Luego el toubob se marchó.
Kunta logró mover la mano hasta arañar un poco de tierra del lugar donde había pisado el toubob. Acercando la tierra a su cara, Kunta cerró los ojos con fuerza y apelando a los espíritus del mal rogó que cayera la maldición por siempre sobre el útero de la familia toubob.

CAPITULO 43

Kunta contó cuatro días y tres noches en la choza. Cada noche escuchaba los cantos de las chozas cercanas, sintiéndose más africano que nunca. ¿Qué clase de gente era esta que pasaba el tiempo cantando en la tierra de los toubobs? Se preguntó cuántos de estos negros

extraños habría en la tierra toubob. Eran hombres que no sabían, o no les importaba, quiénes eran, o qué.
Kunta sentía una gran proximidad con el sol cada mañana. Se acordó de lo que le había dicho el hombre que una vez había sido un alcalá, en la oscuridad de la bodega de la canoa grande: "El sol de cada día nos hará acordar que salió en nuestra África, que es el ombligo del mundo".
Aunque tenía las extremidades extendidas por las cuatro cadenas, había practicado hasta aprender, la manera de desplazarse una pulgada hacia adelante y hacia atrás para poder estudiar de más cerca los anillos de hierro, pequeños pero gruesos, como pulseras, que sujetaban las cadenas a los cuatro postes de los rincones de la choza. Los postes tenían el mismo diámetro que su pantorrilla, así que no había ni esperanzas de poder romperlos o de arrancarlos del piso de tierra apisonada, ya que los extremos superiores traspasaban el techo de la choza. Primero con la vista, luego con los dedos, Kunta examinó con cuidado los pequeños orificios en los gruesos anillos de metal; había visto a sus aprehensores insertar un angosto objeto de metal dentro de estos oficios y hacerles dar una vuelta hasta que se producía un click. Al sacudir uno de los anillos, la cadena hizo un ruido que cualquiera podía oír, así que dejó de hacerlo. Se metió uno de los anillos en la boca y lo mordió con todas sus fuerzas, hasta que se le rompió un diente, y el dolor le atravesó la cabeza.
Buscando un poco de tierra mejor que la del piso para hacer un fetiche para los espíritus, Kunta arañó con las uñas un poco del barro rojizo, endurecido, que estaba metido entre los leños. Al ver unos pelos cortos y negros entre el barro, lo inspeccionó; al darse cuenta de que era un pelo de un cerdo inmundo, lo tiró con fuerza al piso, junto con el barro, y se restregó la mano.
A la quinta mañana el negro entró poco después que sonara el cuerno, y Kunta se puso tenso al ver que, además del garrote acostumbrado, el hombre traía dos gruesos grilletes de hierro unidos por una gruesa cadena. Agachándose, le puso los grilletes alrededor de los tobillos, y recién entonces soltó las cuatro cadenas, una a una, que habían mantenido a Kunta con los brazos y las piernas extendidos. Al poder moverse, por fin, Kunta no pudo evitar dar un salto, y entonces el negro le dio un puñetazo. Kunta volvió a intentar un salto, pero el negro le dio una patada con la bota en las costillas. Trató nuevamente de elevarse, presa de agonía y de rabia, pero el golpe que le dieron fue más fuerte aún. No se había dado cuenta de cuánto habían disminuido sus fuerzas todos esos días en que estuvo obligado a yacer de espaldas, y ahora trataba desesperadamente de respirar, con el negro vigilándolo con una expresión que revelaba su intención de seguir golpeándolo hasta que comprendiera quién de los dos era el amo.
Ahora el negro le indicó que se incorporara. Cuando vio que no podía ni siquiera arrodillarse, apoyándose con las manos, el negro le dio un tiron, mientras maldecía, hasta que se puso de pie. Los grilletes hacían que avanzara con gran dificultad.
Al llegar a la puerta, la fuerza de la luz del sol lo encegueció al principio, pero después de un momento empezó a divisar unos negros que caminaban en fila india, seguidos por un toubob a "caballo", según había oído llamar al extraño animal. Por el olor, Kunta se dio cuenta de que era el que sostenía la soga después que lo atraparon los perros. Había unos diez o doce negros; las mujeres tenían trapos rojos o blancos atados a la cabeza, y los hombres y los niños llevaban sombreros de paja, muy rotos, aunque algunos iban en cabeza. Ninguno llevaba un amuleto saphie alrededor del cuello o de los brazos. Algunos hombres llevaban una especie de cuchillo largo, de hoja gruesa. La fila parecía dirigirse a los grandes sembrados. Ellos debían haber sido los que cantaban de noche. Sintió desprecio por ellos. Parpadeando, contó las chozas de las que habían salido: había diez, con la de él, todas muy pequeñas, como la de él; no parecían fuertes, como las de su aldea,

ni tenían esos techos que olían tan bien. Estaban dispuestas en hileras de cinco chozas cada una, de tal forma que lo que pasara entre los negros pudiera verse desde la gran casa blanca.
De repente el negro empezó a pincharle el pecho con el dedo exclamando: -¡Tú, tú Toby! - Kunta no entendía, y su incomprensión se revelaba en su expresión, por lo que el negro siguió punzándolo con el dedo y repitiendo lo mismo. Poco a poco, Kunta se fue dando cuenta de que el negro quería hacerle entender algo que le decía en la extraña lengua toubob.
Como Kunta lo seguía mirando sin entender, el negro se empezó a señalar a sí mismo con el dedo. -¡Yo, Sansón! -exclamó-. ¡Sansón! -Ahora señaló a Kunta con el dedo-: ¡Tú, Toby! Toby. El amo dice que tu nombre es Toby.
Cuando Kunta entendió lo que le quería decir, necesitó todo su control para evitar que la furia que sentía revelara que había comprendido. Quería gritar: "¡Yo soy Kunta Kinte, hijo primero de Omoro, que es hijo del hombre santo Kairaba Kunta Kinte!
Perdiendo la paciencia por la estupidez fingida de Kunta, el negro maldijo, se encogió de hombros, y lo llevó, cojeando, hasta otra choza, donde le hizo señas para que se lavara en un gran cubo de lata con agua. El negro arrojó en el agua un trapo y un pedazo corto y grueso, de color marrón, que Kunta por el olor vio que era parecido al jabón que hacían las mujeres de Juffure con grasa derretida mezclada con lejía destilada en cenizas. El negro observaba, con el ceño fruncido, mientras Kunta aprovechaba la oportunidad para lavarse. Cuando terminó, el negro le tiró unas prendas toubobs para que se cubriera las piernas y el torso, y luego un sombrero de paja raída, igual que el que usaban los demás. Kunta se preguntó cómo les iría a esos paganos bajo el calor del sol africano.
El negro lo llevó ahora a otra choza. Allí, una vieja puso delante de Kunta, con un ruido de rabia, un recipiente chato de comida. Tragó el atole espeso y un pan que parecía torta munko, y tomó un caldo caliente, con gusto a carne de vaca, servido en una taza de calabaza. Luego fueron a una choza angosta y estrecha cuyo olor revelaba su destino. Haciendo como que se quitaba la prenda inferior, el negro se sentó sobre un asiento de madera con un agujero grande, y se puso a hacer ruidos como si estuviera yendo de cuerpo. En un rincón había una pila de marlos de choclo que Kunta no entendía para qué estaban allí. Pero se dio cuenta de que el negro quería mostrarle las costumbres de los toubobs, que él tenía interés en conocer para poder escapar.
Mientras el negro lo llevaba por las otras chozas, pasaron junto a un viejo sentado en una silla extraña, que se mecía atrás y adelante. El viejo trenzaba chalas para hacer una especie de escoba. Sin levantar la vista, Kunta se dio cuenta de que la actitud del viejo no era hostil, pero él lo ignoró con frialdad.
El negro tomó uno de los cuchillos largos, de hoja ancha, como los que llevaban los otros, y con gestos y gruñidos le indicó que lo siguiera, en dirección al sembrado. Cojeando por los grilletes, que le empezaban a cortar la carne, Kunta lo siguió. En el sembrado veía a las mujeres y a los negros más jóvenes inclinándose y levantándose, recogiendo y apilando tallos de maíz detrás de los hombres mayores, que cortaban los tallos con sus largos cuchillos, que silbaban en el aire.
Los torsos desnudos de los hombres brillaban de sudor. Kunta buscó con la mirada marcas de hierro, como la que él tenía en la espalda, pero sólo vio las cicatrices de los latigazos. El toubob andaba en su "caballo"; se acercó e intercambió unas palabras con el negro, y luego lo miró amenazadoramente, mientras el negro le llamaba la atención.
Cortando una docena de tallos de maíz, el negro se volvió y le indicó con un gesto que los recogiera y los apilara igual que los otros. El toubob acercó su caballo a Kunta, con el látigo en el aire, mirándolo con el ceño fruncido, indicándole claramente lo que haría si Kunta no obedecía. Furioso al verse tan impotente, Kunta se agachó y levantó un par de

tallos. Vacilando, oyó el cuchillo del negro, delante de él. Volviéndose a inclinar, levantó dos tallos, y luego otros dos. Podía sentir sobre él las miradas de los negros desde las hileras adyacentes, y veía las patas del caballo del toubob. Pudo sentir el alivio de los otros negros, y por fin las patas del caballo se alejaron.

Sin levantar la cabeza, Kunta vio que el toubob iba a cualquier lugar "en que veía que un negro no estaba trabajando con suficiente rapidez, y entonces, con un grito de rabia, dejaba caer el látigo sobre la espalda del negro.

A lo lejos, Kunta divisó un camino. Varias veces en el transcurso de esa tarde de calor abrasador, con ojos que le ardían por el sudor que le caía de la frente, Kunta vio a un jinete solitario, y dos veces un carruaje tirado por caballos. Volviendo la cabeza, vio el borde del bosque en que había entrado, tratando de huir. Desde el lugar en que estaba ahora, apilando, los tallos, pudo ver que el bosque era muy estrecho, lo que había hecho fácil su captura. Antes no se había dado cuenta de lo estrecho que era. Después de un tiempo, Kunta tuvo que dejar de mirar en esa dirección, porque la tentación de saltar y correr hacia esos árboles era casi irresistible. De cualquier modo, cada paso que daba evidenciaba que no llegaría a dar cinco pasos con esos grilletes. Mientras trabajaba, esa tarde, Kunta decidió que no volvería a intentar escapar antes de encontrar alguna especie de arma para defenderse de los hombres y los perros. Se dijo que ningún siervo de Alá podía dejar de luchar cuando se lo atacaba. Se tratara de perros u hombres, un búfalo herido o un león hambriento, ningún hijo de Omoro Kinte podía ni siquiera pensar en darse por vencido.

Era ya después de la puesta del sol cuando volvió a sonar el cuerno, esta vez a lo lejos. Al ver que los otros se apresuraban a formar fila, Kunta deseó poder dejar de pensar que pertenecían a ciertas tribus, pues no eran más que indignos paganos que no tenían derecho a mezclarse con los que habían venido con ellos en la canoa grande.

Empezaron a marchar, y con cada paso que daba, Kunta sentía que los grilletes se le metían en la piel; tenía los tobillos heridos, y le chorreaba sangre. Oyó unos ladridos a lo lejos. Se estremeció al pensar en los perros que le habían seguido el rastro y lo habían atacado. De pronto pensó en su perro wuolo, que había muerto peleando contra los hombres que lo habían apresado en África.

De regreso en su choza, Kunta se inclinó y tocó con la frente el piso sucio de tierra en dirección al lugar en que saldría el sol. Rezó durante un largo rato, para compensar las dos oraciones que no había podido rezar en el sembrado, pues hubieran sido interrumpidas por los latigazos del toubob que andaba a "caballo".

Después de terminar la plegaria, Kunta se sentó y durante un momento habló en el idioma secreto sira kango, pidiéndole a sus antepasados que le dieran fuerzas para sobrevivir. Luego, apretando entre los dedos un par de plumas de gallo que había logrado recoger sin que lo vieran, mientras "Sansón" le hacía recorrer las chozas esa mañana, se preguntó cuándo tendría una oportunidad para robar un huevo recién puesto. Con las plumas de gallo y un poco de cascara de huevo molida, podría preparar un fetiche poderoso a los espíritus, y les rogaría que bendijeran la última tierra que había pisado en su aldea. Si se bendecía esa tierra, las huellas de sus pisadas reaparecerían un día en juffure, donde las huellas de las pisadas de todos los hombres de la aldea eran reconocidas por sus habitantes, y entonces se alegrarían de saber que Kunta Kinte aún vivía, y que regresaría salvo a su aldea. Algún día.

Por milésima vez volvió a revivir la pesadilla de su captura. Si la ramita que se quebró lo hubiera alertado una sola pisada antes, podría haber saltado y tomado la lanza. Le saltaron lágrimas de furia. Le pareció que todos los que él conocía iban a ser rastreados, atacados, capturados y encadenados.

¡No! No debía actuar de esa manera. Después de todo, ahora era un hombre, de diecisiete lluvias, y un hombre no debía llorar y sentir lástima de sí mismo. Secándose las lágrimas,

trepó sobre el delgado colchón, lleno de protuberancias, relleno de chalas secas, y trató de dormir, pero no podía dejar de pensar en el nombre que le habían puesto, "¡Toby!", lo que lo enfurecía. Empezó a dar patadas de rabia, pero al hacerlo se le incrustaron los grilletes en los tobillos heridos, y gritó de dolor.
¿Crecería hasta convertirse en un hombre como Omoro? ¿Pensaría aún en él su padre? ¿Le habría dado su madre todo su amor a Lamín, Suwada y Madi, cuando lo robaron a él? Pensó en Juffure, y en que nunca se había dado cuenta de cuánto amaba a su aldea. Como tantas veces en la canoa grande, Kunta pasó la noche visualizando escenas de juffure, hasta que finalmente cerró los ojos y cayó dormido.

CAPITULO 44

Con cada día que transcurría, los grilletes alrededor de los tobillos hacían que cada movimiento fuera más difícil y doloroso. Pero seguía repitiéndose que la oportunidad de libertad dependía, de que se obligara a hacer lo que esperaban que hiciera, siempre detrás de una máscara inexpresiva de estupidez. Mientras obedecía, sus ojos, oídos y nariz no perdían detalle, fijándose en cualquier cosa que pudiera servir como arma, alerta para notar cualquier debilidad de los toubobs de la que pudiera sacar provecho, hasta que finalmente sus captores se tranquilizaran y le sacaran los grilletes. Entonces volvería a huir.
Poco después que sonaba el cuerno todas las mañanas, Kunta salía cojeando de la choza para observar a los extraños negros que emergían de sus chozas, con cara de dormidos, y se mojaban, para despertarse, con agua traída en baldes del pozo cercano. Echaba de menos el sonido de los morteros de las mujeres que preparaban el kouskous para el desayuno de la familia. Entraba en la choza de la vieja cocinera para tragar lo que le diera, excepto el cerdo inmundo.
Mientras comía a la mañana, recorría la choza con la mirada en busca de algún arma que pudiera robar sin que lo vieran. Pero aparte de los utensilios renegridos que colgaban de ganchos sobre el hogar, no había más que los objetos chatos y redondos de lata en los que le servían la comida. La había visto comer con un objeto delgado de metal que tenía tres o cuatro puntas espaciadas, con las que pinchaba la comida. Sentía curiosidad por saber qué era eso, y pensaba que, aunque pequeño, podría ser útil, y planeaba robarlo en cualquier momento en que ella desviara la mirada y el objeto estuviera a su alcance.
Una mañana, mientras comía el atole y observaba a la vieja que cortaba un pedazo de carne con un cuchillo, que no había visto hasta ese momento, planeando qué podría hacer si lo tuviera en sus manos, oyó un aullido penetrante de agonía fuera de la choza. Casi saltó de su asiento. Cojeando, salió y encontró que los demás ya estaban alineados para ir a trabajar. Muchos seguían masticando las últimas migajas del "desayuno", por miedo a que los castigaran por llegar tarde. En el suelo, junto a ellos, había un cerdo que se debatía, con la garganta abierta por un corte del que le manaba la sangre, mientras dos negros luchaban por meterlo en una olla de agua hirviendo. Lograron hacerlo, y al sacarlo de la olla le quitaron el pellejo. La piel del cerdo tenía el mismo color que la de los toubobs, notó, al ver que lo alzaban de las patas posteriores y lo dejaban suspendido mientras le abrían la panza y le sacaban las entrañas. Kunta sintió asco al percibir el olor de las tripas, y mientras marchaba con los otros hacia los sembrados, le revolvía el estómago el pensar que tenía que vivir con esos paganos que comían un animal tan inmundo.
Ahora todas las mañanas había helada en los tallos de maíz, y los sembrados estaban envueltos en una especie de sopor que recién se levantaba cuando salía el sol. El poder de

Alá nunca dejaba de sorprender a Kunta: aun en un lugar tan lejano como la tierra de los toubobs, más allá de las aguas, la luna y el sol de Alá seguían saliendo y cruzando el cielo, aunque era verdad que el sol no era tan caliente ni la luna tan bella como en Juffure. Sólo las gentes, en ese lugar maldito, no parecían ser hijos de Alá. Los toubobs eran inhumanos, y los negros eran incomprensibles.

Cuando el sol llegaba a la mitad del cielo, el cuerno volvía a sonar para indicar la llegada de un carro de madera tirado por un animal parecido a un caballo, pero más a un burro enorme, que Kunta había oído llamar "mula", y entonces los negros formaban fila. La cocinera vieja caminaba junto al carro, y entregaba a cada persona unas tortas chatas y una calabaza con una especie de guiso. Los negros comían parados o sentados, y luego bebían agua de un barril que también venía en el carro. Todos los días, Kunta olía la comida cuidadosamente para asegurarse que no era de cerdo, pero por lo general eran verduras, sin nada de carne. Le gustaba comer el pan, porque había visto a algunas de las mujeres negras moliendo el maíz en un mortero de piedra, casi como se hacía en el África, aunque el mortero de Binta era de madera.

Algunas veces servían comidas que Kunta conocía de su casa, como maní y kanjo -que llamaban "quimbombó"-, y soso, que llamaban "porotos". Y vio cuánto le gustaba a los negros una fruta grande llamada "sandía". También vio que Alá les había negado los mangos, los palmitos, el árbol del pan y tantas exquisiteces que crecían por todas partes en África.

De vez en cuando el toubob que había llevado a Kunta a ese lugar, y que llamaban el "amo", iba al sembrado mientras estaban trabajando. Llevaba un sombrero de paja casi blanca, y cuando hablaba con el toubob jefe del sembrado, señalaba con una fusta larga y fina, de cuero trenzado. Kunta vio que el "capataz" toubob sonreía y trataba de congraciarse casi como los negros.

Cosas extrañas sucedían todos los días, y Kunta se quedaba pensando en ellas mientras trataba de dormirse. Los negros no parecían tener otro interés en la vida, excepto agradar al toubob del látigo. Le enfermaba pensar cómo se esforzaban en el trabajo cada vez que veían a un toubob, y cómo corrían a obedecer a ese toubob ante la menor orden. Kunta no podía comprender qué podía haberles destruido la mente de tal manera, para hacerlos actuar como cabras o monos. Tal vez se debía a que habían nacido en ese lugar y no en África, porque el único hogar que habían conocido eran esas chozas toubobs de troncos pegados con barro y cerdas. Esos negros no sabían lo que era sudar bajo el sol, no a las órdenes de un amo toubob, sino para ellos mismos, y su propia gente.

Pero no importaba cuánto estuviera entre ellos, él nunca sería como ellos, se prometía Kunta, y todas las noches pensaba cómo huir de esa tierra aborrecida. Nunca dejaba de insultarse por su fracaso anterior. Volvía a pensar en los matorrales espinosos y en los perros y sabía que debía tener un plan mejor la próxima vez. Primero debía hacerse un amuleto saphie, para asegurarse seguridad y éxito. Luego debía encontrar o fabricar algún arma. Hasta una piedra afilada podría haber servido para punzarle la panza a los perros, y podría haber huido antes que el negro y el toubob llegaran hasta donde estaba él peleando con los perros. Por último, debía familiarizarse con los alrededores para que, cuando volviera a huir, supiera dónde encontrar un mejor escondite.

Aunque no dormía la mayor parte de la noche, inquieto con sus pensamientos, Kunta siempre se despertaba antes que cantaran los gallos, que despertaban a los otros pájaros. Las aves del lugar piaban y cantaban; no había quejas ruidosas, como las de las enormes bandadas de loros que iniciaban las mañanas de Juffure. Aquí no parecía haber loros, ni tampoco monos, que todas las mañanas parloteaban, enojados, en los árboles, cortando ramitas que arrojaban a los que pasaban. Kunta tampoco había visto cabras, algo tan

increíble como el hecho de que esta gente encerrara a los cerdos en corrales y que los comieren.
Pero los chillidos de los cerdos no eran más desagradables que el idioma de los toubobs, tan parecidos a aquellos. Hubiera dado cualquier cosa por oír unas palabras en mandinga, o en cualquier otro idioma africano. Echaba de menos a sus compañeros de cadenas de la canoa grande -incluso a los que no eran musulmanes- y se preguntaba qué les habría ocurrido. ¿Adonde los habrían llevado? ¿A otras granjas toubobs como esa? Estuvieran donde estuviesen, soñarían, igual que él, con volver a oír la dulzura de su idioma, se sentirían, como él, tan solos y excluidos, porque nada sabían del idioma toubob.
Kunta se dio cuenta de que tendría que aprender algo de esa extraña lengua si es que quería llegar a comprender a los toubobs y sus costumbres, para huir. Sin que nadie supiera, ya reconocía algunas palabras: "cerdo", "puerco", "sandía", "porotos", "capataz", "amo", y especialmente "Sí, señor amo", que era lo único que los negros le decían. También había oído a los negros hablar de la mujer toubob que vivía con el "amo" en la gran casa blanca, y que ellos llamaban "la señora". Kunta la había visto una vez, a lo lejos; era una criatura huesuda, del color de la panza de un sapo, y caminaba cortando flores entre las zarzas y arbustos que crecían a lo largo de la casa grande.
Las otras palabras toubobs que oía, aún lo confundían.
Pero detrás de su máscara inexpresiva se esforzaba por entenderlas y poco a poco empezó a asociar ciertos sonidos con ciertos objetos y acciones.

CAPITULO 45

Cuando por fin se completó la siega de los tallos de maíz, el "capataz" empezó a asignar a los negros a varias ocupaciones distintas, que les daba cada mañana, al sonar el cuerno. Una mañana a Kunta le ordenaron cortar unos frutos grandes y pesados, del color de mangos maduros y algo parecidos a las grandes calabazas que secaban las mujeres de Juffure y que luego partían en dos para usar como recipientes. Debía apilarlos en una de las "carrerillas", como se llamaban las cajas rodantes. Los negros les decían "zapallos" a esos frutos grandes.
Al ir con la carretilla con los zapallos hasta el "granero", donde debía vaciarlos, Kunta vio a algunos de los negros que estaban serruchando un tronco en pedazos que luego cortaban con el hacha para leña. Los niños luego la apilaban en montones más altos que su cabeza. En otro lugar, había dos hombres que colgaban en postes delgados grandes hojas del roñoso y pagano tabaco, según pudo apreciar por el olfato; lo había olido una vez, durante sus viajes con su padre.
Mientras iba y venía al "granero" vio que, igual que en su aldea, aquí secaban muchas cosas, para uso ulterior. Algunas mujeres cortaban hojas de "salvia" y formaban atados. Y otras extendían algunas verduras para que se secaran al sol, sobre trapos. Los niños recogían musgo y lo metían en agua hirviendo; luego lo secaban, aunque él no tenía idea para qué.
Cada vez que pasaba junto a un corral se le daba vuelta el estómago cuando veía -y oía- que estaban matando cerdos. También secaban y guardaban el cuero, pero lo que realmente lo enfermaba era ver cómo le sacaban la vejiga, luego la soplaban, le ataban los extremos, y la colgaban a que se secara en una cerca, sólo Alá sabía para qué propósito profano.
Cuando terminó de cortar y almacenar los zapallos, a Kunta lo mandaron, junto con otros, a un bosquecillo para que sacudiera los árboles e hiciera caer las nueces al suelo, de donde

eran recogidas por niños del primer kafo, que las metían en canastos. Kunta recogió una nuez y se la guardó para probarla cuando estuviera solo, y no le pareció mala.
Kunta se dio cuenta de que el látigo del "capataz" ya no caía sobre la espalda de los esclavos con tanta frecuencia. Había en la atmósfera algo parecido a la época, en Juffure, cuando se terminaba de almacenar la cosecha. Aun antes de que sonara el cuerno de la tarde, para anunciar el fin del trabajo de ese día, algunos negros empezaban a hacer cabriolas y a cantar. El "capataz" llegaba con su caballo, y levantaba el látigo, pero Kunta se daba cuenta de que no era en serio. Y pronto todos los demás se unían al canto, y luego las mujeres, y Kunta no entendía ni una sola palabra. Se sentía tan asqueado por todos que se alegraba cuando por fin el cuerno los hacía volver a sus chozas.
A la noche, Kunta se sentaba junto a la puerta de su choza, de la parte de adentro, apoyando los tobillos contra el piso de tierra apisonada para disminuir el contacto de los tobillos infectados con los grilletes de hierro. Si había una brisa, sentía placer al sentirla contra el cuerpo, y pensaba en la alfombra fresca de hojas doradas y rojas que encontraría a la mañana siguiente bajo los árboles. Entonces su mente volaba a las noches durante la cosecha en Juffure, cuando la gente se sentaba alrededor del fuego, atormentados por los mosquitos y otros insectos, y se ponían a conversar, y de vez en cuando se oían los gruñidos de los leopardos y los aullidos de las hienas.
Se le ocurrió que había una cosa que no oía desde salir del África: los tambores. Probablemente los toubobs no permitían que los negros tuvieran tambores, pero ¿por qué? ¿Sería porque los toubobs sabían que el sonido de los tambores avivaba la sangre de todos los habitantes de una aldea, hasta que los niños y los viejos desdentados se ponían a bailar salvajemente? ¿Tendrían miedo de que eso sucediera? ¿De que el ritmo de los tambores hiciera que los luchadores realizaran verdaderas proezas de fuerza? ¿Sabían que el toque hipnótico lanzaba a los guerreros con furia contra el enemigo? O tal vez los toubobs simplemente no quisieran permitir una forma de comunicación que ellos no entendían y que podía llegar de granja en granja.
Pero esos negros paganos no entenderían el mensaje de los tambores, tampoco. Kunta se vio obligado a reconocer -aunque a duras penas- que esos negros paganos no eran del todo irredimibles. Aunque eran ignorantes, algunas cosas que hacían eran totalmente africanas, si bien era obvio que ellos no se daban cuenta de eso. Por ejemplo, él había oído toda la vida los mismos sonidos de exclamación, acompañados por los mismos gestos de las manos y expresiones faciales. Esos negros también movían el cuerpo de la misma forma. También se reían igual, cuando estaban entre ellos, con todo el cuerpo, como la gente de Juffure.
También se acordaba de África cuando veía a los niños, a los que se les enseñaba que trataran a sus mayores con educación y respeto. Se acordaba de África al ver a las mujeres llevando a los niños montados a horcajadas sobre el cuerpo. Notaba incluso pequeñas cosas, como la costumbre de que los mayores se sentaban a la tarde y se restregaban las encías con hojitas molidas, como lo hacían en Juffure. Y aunque no lograba entender como podían hacerlo en la tierra toubob, Kunta debía reconocer que el gran amor hacia el canto y el baile eran indudablemente africanos.
Pero lo que empezó a ablandar su corazón hacia esa gente extraña fue que, desde la última luna, se mostraban disgustados con él sólo en presencia del capataz o del amo. Cuando Kunta se acercaba a un lugar en que estuvieran reunidos, la mayoría lo saludaban con la cabeza, y se daba cuenta de que se mostraban preocupados por sus tobillos, que cada vez estaban peor. Aunque siempre los ignoraba, y seguía su camino, cojeando, había veces en que se arrepentía por no haberles contestado el saludo.
Una noche, después de dormir un rato y volver a despertarse, como le pasaba tan a menudo, se quedó mirando la oscuridad, sintiendo que de alguna manera era la voluntad de

Alá que estuviera en ese lugar, entre la tribu perdida de una gran familia negra cuyas raíces se remontaban a antiguos antepasados. A diferencia de él, estos negros no sabían quiénes eran ni de dónde venían.

Sintiendo a su alrededor, de una manera extraña, la presencia de su abuelo santo, Kunta extendió las manos en la oscuridad. No sabía nada, pero empezó a hablar en voz alta al Alquaran Kairaba Kunta Kinte, implorándole que le diera a conocer el propósito de su misión en ese lugar, si es que tenía una misión. Hasta ese momento en la tierra toubob, no había dirigido la palabra a nadie, excepto a Alá, y los únicos sonidos habían sido los gritos que le arrancaban los latigazos.

A la mañana siguiente, al unirse a los demás para ir a trabajar, Kunta casi se sorprendió diciendo "buenos días", como decían los otros para saludarse todos los días. Pero aunque sabía bastantes palabras toubobs, no sólo de oírlas, sino que también podría repetirlas y hacerse entender, algo hizo que siguiera escondiendo su habilidad.

Se le ocurrió a Kunta que esos negros escondían sus verdaderos sentimientos hacia los toubobs tan cuidadosamente como él escondía sus nuevos sentimientos hacia ellos. Muchas veces había visto cómo las caras sonrientes de los negros se llenaban de amargura cuando un toubob les daba la espalda. Los había visto romper las herramientas a propósito, y luego actuar como si no supieran cómo había sucedido cuando el capataz los maldecía por su torpeza. Y había visto cómo, a pesar de que demostraban trabajar con prisa cuando el toubob estaba cerca, una vez solos tardaban el doble de lo necesario.

También se estaba dando cuenta de que, igual que el idioma secreto de los mandingas, el sira kango, estos negros tenían una forma de comunicarse que ellos solamente conocían. A veces, cuando trabajaban en los sembrados, Kunta veía un rápido gesto, o un movimiento de la cabeza. O alguien profería una exclamación breve y extraña; a intervalos irregulares uno la repetía, y luego otro, siempre fuera del alcance del capataz. Y otras veces, cuando él estaba entre ellos, empezaban a cantar algo que -aunque él no entendía- encerraba un mensaje que era trasmitido, igual que habían hecho las mujeres en la canoa grande, cuando pasaban informaciones a los hombres.

Cuando todas las chozas estaban envueltas en la oscuridad, y se habían apagado todas las luces de la casa grande, los oídos agudos de Kunta percibían el roce de uno o dos negros que se iban de la zona de los esclavos, para volver unas horas después. ¿Adonde irían, y para qué, y por qué cometían la locura de regresar? A la mañana siguiente, en el campo, trataba de adivinar cuáles habían sido. Quienquiera fuese, sería alguien en quien podría confiar.

Dos chozas más allá de la de Kunta, los negros se sentaban alrededor del pequeño fuego de la vieja cocinera, todas las noches después de la comida, y al verlos Kunta pensaba con nostalgia en Juffure, sólo que aquí las mujeres se sentaban con los hombres, y las personas de ambos sexos pitaban unas pipas paganas llenas de tabaco, que de vez en cuando brillaban en la oscuridad. Kunta escuchaba con atención desde la puerta de su choza, y podía oírlos por encima del canto de los grillos y el lejano ulular de los buhos en el bosque. No entendía las palabras, pero sí la amargura del tono.

Aun en la oscuridad, Kunta ya era capaz de ver mentalmente el rostro del que hablaba. Era capaz de reconocer la voz de cada uno de los doce adultos, relacionándolo con la tribu a la que se asemejaba. Sabía cuáles actuaban más sin cuidado, cuáles casi nunca sonreían, ni siquiera en presencia de los toubobs.

Esas reuniones de la noche seguían pautas que Kunta ya conocía. La primera que hablaba era por lo general la mujer que cocinaba en la casa grande. Remedaba cosas que habían dicho el amo o "la señora". Luego hablaba el negro grande que lo había sorprendido imitando al capataz, y oía atónito cómo todos se ahogaban para sofocar la risa de miedo que se oyera en la casa grande.

Pero luego dejaban de reírse y se ponían a conversar, Kunta oía el tono impotente y obsesivo de algunos, y el enojo de otros, aunque sólo entendía muy poco de lo que discutían. Le parecía que recordaban cosas que les habían sucedido antes en la vida. Algunas de las mujeres se interrumpían cuando hablaban, y se echaban a llorar. Por fin dejaban de conversar cuando una de las mujeres empezaba a cantar, y los demás se unían. Kunta no entendía las palabras -"Nadie conoce los males que he visto"- pero sí la tristeza del canto.

Por fin se oía una voz, proveniente del más viejo de todos, el que se sentaba en la mecedora y trenzaba las chalas, y también hacía sonar el cuerno. Los demás agachaban la cabeza, y él empezaba a hablar en voz muy baja. A Kunta le parecía que era un rezo, aunque no estaba dirigido a Alá. Pero Kunta recordó lo que había dicho el viejo alcalá en la canoa grande: "Alá conoce todos los idiomas". Mientras la oración continuaba, Kunta oía que todos repetían el mismo extraño sonido, tanto el viejo como los demás, que lo interrumpían continuamente: "¡Oh, Señor!". Kunta se preguntó si este "Oh Señor" sería su Alá.

A los pocos días el viento empezó a soplar trayendo más frío que el que Kunta hubiera sentido en su vida, y un día vio que ya no quedaba ni una hoja en los árboles. Mientras tiritaba de frío en la fila, esperando ir al sembrado, se quedó atónito al ver que el capataz los llevaba al granero. Incluso el amo y la señora estaban allí, junto a otros cuatro toubobs ricamente vestidos que observaban y vivaban cuando separaron a los negros en dos grupos y los hicieron correr y sacar las chalas secas de los choclos amontonados.

Luego los toubobs y los negros -separados- comieron y bebieron hasta hartarse. El viejo negro que rezaba de noche tomó una especie de instrumento musical, con cuerdas en toda su extensión, que le hizo acordar a Kunta el antiguo kora, y empezó a tocar una música muy extraña raspando las cuerdas con una especie de varita. Los otros negros se levantaron y empezaron a bailar salvajemente, mientras los toubobs, que observaban, aplaudían alegremente y gritaban. Tenían la cara roja de entusiasmo, y luego los negros se hicieron a un lado, se pusieron de pie de repente, fueron al centro del granero y empezaron a bailar de una manera torpe mientras el viejo tocaba como si se hubiera vuelto loco y los otros negros saltaban y aplaudían y gritaban como si estuvieran presenciando la mejor actuación del mundo.

Esa noche, de regreso en su choza, Kunta se puso a reflexionar acerca de lo que había visto, y entonces se le ocurrió que, de alguna manera poderosa y extraña, de alguna manera muy profunda entre los negros y los toubobs había una relación de una necesidad recíproca. No sólo durante el baile en el granero, sino en muchas otras ocasiones, le había parecido que los toubobs estaban más felices cuando estaban cerca de los negros, hasta cuando los castigaban.

CAPITULO 46

El tobillo izquierdo de Kunta se le había infectado de tal forma, que el pus que supuraba la herida cubría todo el grillete de hierro con un líquido amarillento, de aspecto enfermizo, y la manera en que cojeaba finalmente hizo que el capataz lo observara. Desviando la vista, ordenó a Sansón que le sacara los grilletes.

Todavía era doloroso levantar el pie, pero Kunta estaba tan contento de estar sin cadenas que casi no sentía dolor. Y esa noche, después que se acostaron todos y reinaba el silencio, Kunta salió y huyó una vez más. Cruzando el campo en la dirección opuesta a la que había

seguido la ocasión anterior, fue hacia un bosque que sabía que era más ancho y espeso que el otro. Había llegado a una barranca y trepaba sobre el estómago por el extremo más apartado cuando oyó el primer ruido de movimiento a lo lejos. Se quedó inmóvil, oyendo los latidos furiosos de su corazón. Luego se acercaron unas fuertes pisadas y le llegó la voz ronca de Sansón que maldecía y gritaba: - ¡Toby! ¡Toby!-. Tomando con fuerza una rama gruesa que había afilado hasta transformar en tosca lanza, Kunta se sintió extrañamente tranquilo, casi insensible, y observó la corpulenta silueta que se acercaba rápidamente entre los matorrales de la barranca. De repente pensó que Sansón temía por sí mismo en caso de que Kunta lograra escapar. Se acercaba más y más; Kunta estaba enroscado e inmóvil como una piedra, y entonces llegó el momento. Arrojando la lanza con todas sus fuerzas, gruñó levemente por el dolor que le causó, y entonces Sansón, al oírlo, saltó a un lado. La lanza no le dio por un pelo.

Kunta intentó correr, pero la debilidad que sentía en los tobillos apenas si le permitía tenerse en pie, y cuando giró para luchar, Sansón ya estaba encima, apretándolo con su peso, hasta que Kunta quedó acostado. Sansón no dejaba de pegarle en el pecho y en el estómago, mientras Kunta se debatía, mordía y arañaba. De pronto un golpe tremendo lo venció, y esta vez se quedó quieto. Ya ni siquiera podía moverse.

Respirando con dificultad, Sansón le ató las muñecas con una soga, y luego empezó a tironearlo en dirección a la granja, dándole patadas cada vez que tropezaba o se detenía, sin dejar de maldecirlo en ningún momento.

Kunta avanzaba con gran dificultad detrás de Sansón. Sintiéndose mareado por el dolor y el cansancio, disgustado consigo mismo, imaginaba ya los castigos que recibiría cuando llegaran a la choza. Pero cuando finalmente llegaron -poco antes del alba- Sansón sólo le dio un par de patadas y lo dejó tirado en un rincón.

Kunta estaba tan exhausto que temblaba. Pero con los dientes empezó a roer y desgarrar la soga que le ataba las muñecas, hasta que los dientes le dolieron horriblemente. Finalmente la soga cedió, justo cuando empezaba a sonar el cuerno. Kunta se puso a llorar. Había vuelto a fracasar, y rezó a Alá.

Todos los días siguientes le pareció que él y Sansón compartían un pacto secreto de odio. Kunta sabía que observaba cada paso que daba; sabía que Sansón esperaba la primera oportunidad para lastimarlo de alguna manera que aprobara el toubob. Kunta trabajaba, como si nada hubiera ocurrido, sólo que con mayor rapidez y eficiencia que antes. Había visto que el capataz prestaba menos atención a los que trabajaban más o sonreían más. Kunta no lograba sonreír, pero con amarga satisfacción notó que cuanto más sudaba, menos latigazos recibía su espalda.

Una noche, después del trabajo, Kunta pasaba junto al granero cuando vio una cuña gruesa de hierro medio escondida entre pedazos de leña, en un lugar donde el capataz había puesto a trabajar a dos hombres. Mirando en todas direcciones y viendo que nadie lo observaba, Kunta alzó la cuña y, escondiéndola bajo la camisa, fue rápidamente a su choza. Utilizando la cuña para hacer un pozo en el piso, la escondió luego en el agujero, volvió a apisonar la tierra en su lugar y luego la alisó con una piedra hasta que el piso quedó como antes.

Pasó la noche sin dormir, pensando que cuando descubrieran que faltaba una cuña, registrarían todas las chozas. Se sintió mejor al día siguiente, cuando no hubo ningún escándalo, aunque aún no sabía cómo usaría la cuña para escapar, cuando llegara el momento.

Lo que realmente quería era uno de esos cuchillos que repartía el capataz cada mañana. Pero cada tarde veía que el capataz exigía su devolución y los contaba cuidadosamente. Con uno de esos cuchillos podría cortar las malezas y avanzar más rápidamente en el bosque, y si tenía necesidad, podría matar a un perro... o a un hombre.

Una fría mañana, casi una luna después -bajo un cielo gris- Kunta atravesaba un campo para ayudar a reparar una cerca cuando se quedó atónito: del cíelo empezó a caer una especie de sal, primero ligeramente, luego cada vez más y más espesa. La sal se convirtió en copos blancos, y oyó que los negros exclamaban: -¡Nieve! -Así llamaban a eso. Cuando se inclinó para recoger un poco, la sintió muy fría, y más fría todavía cuando se lamio un dedo cubierto de la sustancia. Ardía, pero no tenia ningun gusto trató de olerla, pero no sólo no tenía olor alguno, sino que desaparecía, se convertía en agua. El suelo quedó cubierto de una película blanca.

Para cuando llegó al otro lado del campo, la nieve había cesado, y se había empezado a fundir. Escondiendo su sorpresa, Kunta se serenó e hizo una seña silenciosa a su compañero negro, que lo esperaba junto a la cerca rota que debían reparar juntos. Empezaron a trabajar. Kunta ayudaba al otro hombre que pasaba un hilo de metal que llamaba "alambre". Después de un rato llegaron a un lugar casi escondido por el pasto alto, y mientras el otro cortaba un poco con el cuchillo largo que llevaba, Kunta se puso a medir la distancia que lo separaba del bosque más próximo. Sabía que Sansón no estaba cerca y que el capataz montaba guardia en otro campo ese día. Kunta seguía trabajando para que su compañero no sospechara nada. Pero estaba tenso mientras sostenía el alambre y observaba la cabeza del otro, inclinada sobre lo que estaba haciendo. Había dejado el cuchillo a unos pocos pasos, al interrumpir su tarea de cortar pasto.

Con una muda plegaria a Alá, Kunta apretó las manos, las levantó, y las dejó caer sobre la nuca del hombre con toda la violencia de que era capaz su delgado cuerpo. El hombre se desplomó sin un ruido, como si le hubieran dado un hachazo. Al instante, Kunta le había atado las muñecas y los tobillos con alambre. Apoderándose del cuchillo largo, Kunta luchó contra el impulso de clavárselo -no se trataba del odiado Sansón- y empezó a correr hacia el bosque, agachado. Se sentía liviano, como si estuviera corriendo en medio de un sueño, como si ese momento no estuviera sucediendo en la realidad.

Salió del trance un momento después, al oír que él hombre que había atado gritaba con todas sus fuerzas. Debí matarlo, pensó Kunta, furioso consigo mismo, mientras trataba de huir más rápidamente aún. En lugar de penetrar en los matorrales al llegar al bosque, esta vez los costeó. Sabía que primero tenía que poner distancia, y luego recién esconderse. Si lograba alejarse rápidamente, luego tendría tiempo de buscar un buen lugar para esconderse y descansar antes de seguir camino y refugiarse para pasar la noche.

Kunta estaba decidido a vivir en el bosque, como los animales. Ahora sabía muchas cosas acerca de la tierra toubob, que se sumaban a lo que había aprendido en África. Cazaría conejos y otros roedores con trampas, y los cocinaría sobre un fuego que no echaría humo. Mientras corría, seguía en el área donde los matorrales lo escondían pero que no eran tan espesos como para dificultar su avance.

Al llegar la noche, Kunta se dio cuenta de que había recorrido una buena distancia. Pero siguió avanzando, cruzando arroyos y barrancas, y durante un largo trecho caminó por el cauce de un río poco profundo. Cuando oscureció del todo se detuvo, escondiéndose en un lugar donde los matorrales eran densos pero que no le impedirían correr si era necesario. Mientras yacía allí, en la oscuridad, aguzó los oídos para oír si llegaba el ladrido de los perros. No había nada más que silencio a su alrededor. ¿Sería posible? ¿Lograría escapar esta vez?

Justo en ese momento sintió algo frío en la cara, y levantó las manos. ¡Estaba cayendo "nieve"! Pronto se vio cubierto y rodeado de blanco. La nieve caía, silenciosa, apilándose cada vez más, hasta que Kunta empezó a temer que lo enterraría. Estaba helado. Finalmente saltó y corrió en busca de un mejor escondite.

Había recorrido un buen trecho cuando tropezó y cayó; no se lastimó, pero al volver la mirada vio con horror que sus pies habían dejado un rastro tan profundo en la nieve que

hasta un ciego podría seguirlo. Sabía que no había forma de borrar las huellas, y también que no faltaba mucho para que amaneciera. Lo único que podía hacer era poner más distancia. Trató de acelerar el paso, pero había corrido casi toda la noche, y respiraba con mucha dificultad. El largo cuchillo empezaba a pesarle; servía para cortar las malezas, pero no para fundir la nieve. El cielo empezaba a aclarar en el Este cuando oyó, más adelante, el débil sonido de un cuerno. Cambió de dirección. Pero se sintió abrumado por el pensamiento de que no encontraría dónde esconderse en medio de esa alfombra de blancura.

Cuando oyó el distante ladrido de los perros, lo invadió una furia que nunca había sentido en su vida. Corrió como un leopardo perseguido, pero los ladridos se acercaban, hasta que por fin, cuando miró por sobre el hombro por décima vez, vio que ya lo alcanzaban. Los hombres no podían estar muy lejos. Luego oyó un disparo, y eso lo hizo correr con más rapidez aún. Pero los perros lo alcanzaron, de todos modos. Cuando estaban sólo a unos pasos, Kunta viró y se agazapó, gruñendo como ellos. Mientras se acercaban, mostrando los colmillos, él también embistió, abriéndole la panza al primer perro de un solo golpe del cuchillo; con un leve movimiento del brazo, le dio a otro entre los ojos.

Kunta saltó y siguió corriendo. Pero pronto oyó que los hombres se acercaban, a caballo, entre los matorrales, y se internó en lo más profundo, adonde los caballos no llegarían. Luego se oyó un disparo, y luego otro, y sintió un dolor ardiente en una pierna. Había logrado incorporarse nuevamente cuando los toubobs gritaron y volvieron a hacer fuego, y sintió que los balazos se metían en los árboles junto a su cabeza. Que me maten, pensó Kunta. Moriré como un hombre. Luego otro disparo hizo blanco en la misma pierna herida, y lo derribó como si le hubieran dado un puñetazo violento. Estaba tendido en el suelo, gruñendo, cuando vio al capataz y a otro toubob que se acercaban apuntándole con sus escopetas. Quería volver a ponerse de pie para obligarlos a disparar una y otra vez hasta terminar, pero las heridas de la pierna no se lo permitieron.

El otro toubob le apuntaba a la cabeza con la escopeta mientras el capataz le desgarraba la ropa hasta dejarlo desnudo en la nieve. Le chorreaba la sangre por la pierna, manchando la blancura alrededor de sus pies. Maldiciendo continuamente, el capataz le dio un puñetazo que casi lo desmayó; luego los dos hombres lo ataron de frente a un gran árbol, sujetándole las muñecas con una soga.

Los latigazos le cortaron la espalda y los hombros. El capataz gruñía y Kunta temblaba bajo la fuerza de cada golpe. Después de un rato, Kunta no pudo evitar gritar de dolor, pero los latigazos siguieron hasta que se desmoronó contra el árbol. Tenía los hombros y la espalda cubiertos de costurones largos, que le sangraban, y que en parte dejaban los músculos en descubierto. No estaba seguro, pero a Kunta le pareció que se caía. Luego sintió el frío de la nieve, y después todo se oscureció.

Volvió en sí en la choza, y junto con los sentidos el dolor, agudísimo y generalizado. El menor movimiento lo hacía gritar de agonía. Le habían vuelto a poner las cadenas. Lo que era peor, estaba envuelto de los pies a la barbilla en una tela empapada en grasa de chancho. Cuando la vieja cocinera entró con la comida, trató de escupirla, pero sólo logró vomitar. Le pareció ver compasión en los ojos de la vieja.

Dos días después los sonidos de algarabía festiva lo despertaron temprano. Oyó a los negros junto a la casa grande, gritando "¡Un regalo de Navidad, amo!", y se preguntó qué podrían celebrar. Tenía ganas de morir, para que su alma se uniera a la de sus antepasados; quería terminar para siempre con el sufrimiento interminable en la tierra de los toubobs, un lugar tan sofocante y hediondo donde no se podía respirar aire puro. Hervía de furia al pensar que, en lugar de castigarlo como a un hombre, el toubob lo había desnudado. Cuando se repusiera, se vengaría, y volvería a huir. O moriría.

CAPITULO 47

Cuando por fin Kunta salió de la choza, nuevamente con grilletes en los tobillos, la mayoría de los negros lo evitaban, poniendo los ojos en blanco, de miedo, cuando lo veían, y alejándose rápidamente, como si fuera un animal salvaje. Sólo la vieja cocinera y el viejo que hacía sonar el cuerno lo miraban en los ojos.

A Sansón no se lo veía por ninguna parte. Kunta no se imaginaba dónde podía estar, pero se alegraba de no verlo. Luego, unos días después, vio al tan odiado negro con heridas de latigazos. Eso lo puso más contento todavía. Pero ante la menor excusa, el látigo del capataz volvía a caer sobre la espalda de Kunta también.

Sabía que lo observaban a cada momento, mientras trabajaba, e igual que los otros se apuraba cuando se acercaba un toubob, e iba más despacio cuando se retiraba. Sin decir una palabra, hacía todo lo que le ordenaban. Cuando terminaba el día, arrastraba su melancolía profunda, del campo a la oscura choza donde dormía.

En medio de su soledad, Kunta empezó a hablar consigo mismo, sosteniendo largas conversaciones imaginarias con su familia. Por lo general les hablaba mentalmente, a veces en alta voz. "Papá", decía, "estos negros no son como nosotros. Sus huesos, su sangre, sus tendones, sus manos y sus pies no les pertenecen. Viven y respiran no para sí, sino para los toubobs. No tienen nada, ni siquiera sus propios hijos. Son alimentados y cuidados y criados para otros".

"Madre", solía decir, "estas mujeres usan trapos en la cabeza, pero no se los saben atar; poco de lo que cocinan no contiene la carne o la grasa del inmundo puerco; y muchas se han acostado con toubobs, porque sus hijos han sido maldecidos con el color del sasso borro".

Y también hablaba con sus hermanos Lamin, Suwadu y Madi, diciéndoles que ni el más sabio de los ancianos podría convencerlos de la importancia que significa darse cuenta de que ni el peor de los animales salvajes era tan peligroso como el toubob.

Y así transcurrían las lunas, y pronto empezaron a desaparecer las espigas de "hielo", convirtiéndose en agua. Y al poco tiempo empezó a asomar el verde pasto entre la tierra oscura, los árboles empezaron a mostrar sus brotes, y los pájaros a cantar nuevamente. Y empezaron a sembrar y a plantar los interminables surcos. Por fin los rayos del sol sobre la tierra la volvían tan caliente que Kunta debía caminar rápidamente y, cuando se detenía, no podía dejar de mover los pies para que no se le ampollaran.

Kunta esperaba el momento oportuno, sin meterse con nadie, hasta que sus captores se descuidaran y dejaran de vigilarlo. Pero sentía que hasta los otros negros no le sacaban los ojos de encima, aun cuando no estaban cerca el capataz ni ningún otro toubob. Debía hallar una manera para que no lo vigilaran de tan cerca. Tal vez podía aprovecharse del hecho de que los toubobs no los consideraban personas, sino cosas. Como las reacciones de los toubobs dependían de la manera en que se comportaban esas cosas negras, decidió actuar de la forma más inofensiva posible.

Aunque se despreciaba por ello, Kunta se forzó a actuar igual que los otros negros cada vez que un toubob se hallaba cerca. Por más que trataba, no conseguía sonreír y arrastrar los pies, pero se esforzaba por cooperar, y hasta a mostrarse amistoso, y siempre se lo veía atareado. También había aprendido una cantidad de palabras toubobs ahora, pues siempre escuchaba con atención todo lo que decían a su alrededor, ya fuera en el campo o en las chozas, de noche, y aunque aún no hablaba, empezó a demostrar que entendía.

Una de las principales cosechas de la granja era el algodón, y crecía muy rápidamente en la tierra toubob. Pronto sus flores se habían transformado en duras cápsulas verdes, abriéndose, y los campos se convirtieron en océanos de blancura; empequeñeciendo por comparación los campos de Juffure. Era la época de la cosecha, y el cuerno sonaba más temprano a la mañana, y el látigo del capataz chasqueaba en señal de advertencia antes aun que los "esclavos", como les decían, pudieran dejarse caer de la cama.
Observando a los demás en el terreno cultivado, Kunta pronto aprendió que si se agachaba, la larga bolsa de lona parecía menos pesada porque arrastraba más; en ella echaba repetidamente puñados de algodón. Cuando se llenaba la llevaba hasta la carretilla que esperaba al final del surco. Kunta llenaba la bolsa dos veces por día, como la mayoría, pero había algunos que, para complacer a los toubobs agachaban más la espalda y movían las manos tan rápidamente que casi no se les veían; para cuando sonaba el cuerno, al atardecer, habían llenado y vaciado tres bolsas.
Cuando llenaban la carretilla, la llevaban a un depósito en la granja, pero Kunta vio que los carros repletos de tabaco cosechado en los campos adyacentes eran llevados camino abajo, a alguna otra parte. Pasaban cuatro días antes que regresaran vacíos, y se cruzaban con algún otro carro lleno de tabaco. Kunta empezó a ver carros repletos de tabaco, provenientes de otras granjas, que avanzaban por el camino a lo lejos, tirados algunas veces por hasta cuatro mulas. Kunta no sabía adonde iban los carros, pero sí que iban muy lejos, porque había visto el cansancio de Sansón y de otros conductores cuando regresaban de uno de los viajes.
Tal vez fueran lo suficientemente lejos como para conducirlo a la libertad. Kunta apenas si pudo aguantar los días siguientes, excitado por esa ocurrencia extraordinaria. Inmediatamente desechó la idea de esconderse en uno de los carros de la granja; no podría hacerlo sin que alguien lo viera. Debía hacerlo en uno de los carros que iban por el camino, de alguna otra granja. Usando el pretexto de ir al excusado esa noche, Kunta se aseguró de que no hubiera nadie cerca, y, luego fue a un lugar desde donde podía ver el camino a la luz de la luna. Como esperaba, los carros cargados de tabaco viajaban de noche. Vio las luces temblorosas de los carros, hasta que las pequeñas llamas desaparecían en la distancia.
Planeaba sus pasos cada minuto, sin perder ningún detalle de los carros de tabaco del lugar. Mientras trabajaba en el terreno, le volaban las manos; ahora hasta sonreía cuando se acercaba el capataz. Y todo el tiempo pensaba cómo haría para saltar a la parte de atrás de un carro cargado, a la noche, sin que lo oyeran los conductores en el frente, protegido por el ruido del carro al avanzar, sin ser visto, no sólo por la oscuridad sino también por la pila de hojas que separaban a los conductores del resto del carro. Le asqueaba el sólo pensar en tener que tocar y oler la planta impía de la que siempre se había apartado, pero si era la única manera de escapar estaba seguro de que Alá lo perdonaría.

CAPITULO 48

Una tarde, cuando esperaba detrás del "retrete", como llamaban los esclavos a la choza donde iban de vientre, Kunta mató con una piedra uno de los conejos que abundaban en los bosques cercanos. Con cuidado lo cortó en tajadas finas y las puso a secar como había aprendido durante el entrenamiento para ser hombre, pues necesitaría llevar algunos alimentos. Luego, con una piedra lisa afiló y le sacó el herrumbre a una hoja de cuchillo doblada que había encontrado; luego la enderezó y la sujetó con un alambre a un mango de madera que acababa de terminar. Pero aun más importante que la comida y el cuchillo era

el amuleto que había hecho: una pluma de gallo para atraer a los espíritus, una crin de caballo para tener fuerza, y un espolón de ave para tener éxito, todo bien envuelto y cosido en un pedazo de arpillera con una aguja que había encontrado. Se dio cuenta de que era estúpido esperar que un hombre santo bendijera su amuleto, pero pensaba que tener un amuleto era mejor que nada.

No había cerrado los ojos en toda la noche, pero no estaba nada cansado; por el contrario, debía esforzarse para esconder su excitación y no demostrar emoción alguna todo ese día de trabajo. Porque esa noche era la elegida. De regreso en su choza después de la comida, con manos temblorosas metió en los bolsillos el cuchillo y las tajadas de carne desecada de conejo. A continuación se ató el amuleto en la parte superior del brazo derecho. Escuchar los ruidos rutinarios de los otros negros lo impacientaba; cada momento, que parecía que no pasaba nunca, podría suceder algo inesperado y arruinar sus planes. Pero los tristes cantos y las plegarias de los extenuados negros pronto terminaron. Para darles tiempo suficiente para que se durmieran, Kunta esperó todo lo que se atrevió.

Entonces, blandiendo su cuchillo de confección casera, salió a la noche. Sintiendo que no había nadie cerca, se agachó y corrió lo más rápidamente que pudo hasta llegar a un grupo de matorrales espesos que crecían cerca del lugar donde daba vuelta el camino.

Se agazapó, respirando fuerte. ¿Y si no pasaban más carros esa noche? Una idea aterradora. Y luego un temor que casi lo paralizó: ¿Y si los ayudantes del conductor estaban sentados vigilando la parte de atrás? Tenía que correr el riesgo.

Oyó que se acercaba un carro unos momentos antes de ver su luz trémula. Apretando con fuerza los dientes, con un temblor en todo el cuerpo, Kunta estaba casi por desmayarse. El carro parecía arrastrarse apenas. Finalmente lo tuvo enfrente, avanzando con lentitud. Había dos siluetas oscuras sentadas en el asiento delantero. Sintiendo ganas de gritar, saltó de entre los matorrales. Trotando detrás del carro que avanzaba a los sacudones, chirriando continuamente, Kunta esperó a que llegara a una zona áspera en el camino; entonces extendió la mano, se tomó de la parte posterior del carro, y saltó a la pila de tabaco. ¡Estaba a bordo!

Frenéticamente se puso a cavar. Las hojas estaban mucho más apretadas de lo que esperaba, pero por fin logró esconder el cuerpo. Después de dejar un espacio libre para poder respirar mejor (el hedor de las hojas inmundas casi lo descompuso) se dio cuenta de que debía mover continuamente la espalda y los hombros para poder estar más cómodo bajo el gran peso. Finalmente encontró una buena postura, y el movimiento oscilante del carro, sumado a la blandura de las hojas tibias, pronto lo adormecieron.

Se despertó abruptamente con una sacudida fuerte del carro, y pensó que lo podrían descubrir. ¿Adonde iba el carro, y cuánto tardaría en llegar a destino? Y entonces, ¿podría deslizarse sin que lo vieran? ¿O lo volverían a seguir y a atrapar? ¿Por qué no había pensado en eso antes? Vio mentalmente los perros, a Sansón y a los toubobs con sus armas, y se estremeció. Recordando lo que le habían hecho la última vez, pensó que esta vez su vida dependía de que no lo apresaran.

Cuanto más pensaba en ello, más necesidad sentía de abandonar el carro. Con las manos hizo un claro para sacar la cabeza. Vio una extensión interminable de sembrados y campo a la luz de la luna. Ahora no podía saltar. La luna estaba fuerte, y si bien eso lo ayudaría, también ayudaría a sus perseguidores. Y cuanto más se alejara en el carro, menor sería la posibilidad de que los perros le pudieran seguir el rastro. Tapó el hueco y trató de calmarse, pero con cada vaivén del carro temía que éste se detuviera. El corazón parecía estar a punto de estallarle.

Mucho más tarde, cuando volvió a hacer un hueco y vio que estaba por aclarar, Kunta tomó una decisión. Debía dejar el carro en seguida, antes de que fuera de día: la luz era su enemiga. Rezándole a Alá, asió el mango del cuchillo y empezó a retorcerse, abriéndose

camino entre el tabaco. Cuando logró salir, se quedó esperando una sacudida para saltar. Pareció pasar una eternidad, pero por fin saltó. Estaba en el camino. Un momento después se escondió entre la maleza.

Kunta se desvió para evitar dos granjas toubobs donde pudo ver la acostumbrada casa grande y las pequeñas chozas. Escuchó el sonido del cuerno despertando a la gente. A medida que aclaraba, empezó a adentrarse en una extensión de bosque espeso. Estaba fresco, y el rocío lo hizo sentirse bien. Blandía el cuchillo como si no tuviera peso, con placer. Esa tarde, temprano, llegó a un arroyo de agua clara que saltaba sobre rocas cubiertas de musgo, asustando a las ranas al ponerse a beber. Inspeccionó los alrededores, y como le pareció que no había peligro para descansar un rato, se sentó junto al arroyo y se metió la mano en el bolsillo. Sacó un trozo de conejo desecado, lo ablandó en el agua y se puso a masticarlo. La tierra era muelle y suave, y el único sonido que se oía era el de las ranas, los insectos y los pájaros. Se puso a escuchar mientras comía, observando los rayos de sol que teñían de dorado el verde de las hojas. Estaba contento de no tener que correr como había corrido en las otras oportunidades, porque extenuado era una presa fácil.

Siguió corriendo sin parar toda la tarde, y después de hacer una pausa para la plegaria del ocaso, siguió camino hasta que la oscuridad y el cansancio lo obligaron a detenerse. Mientras yacía en su lecho de hojas y hierba, decidió que más adelante se haría un refugio con dos palos con horqueta y un techo de pasto, como había aprendido en el entrenamiento. Pronto cayó dormido, pero varias veces lo despertaron los mosquitos, y entonces pudo oír los gruñidos de los animales salvajes a lo lejos, matando a sus presas.

Con la primera luz del alba, Kunta afiló rápidamente el cuchillo y partió. Al rato llegó a lo que era claramente un sendero, por el que habían transitado varios hombres. Aunque se dio cuenta de que hacía mucho que nadie pasaba por ahí, igualmente regresó al bosque lo más rápidamente que pudo.

Con ayuda del cuchillo siguió internándose en el bosque. Varias veces vio víboras, pero en la granja toubob había aprendido que no atacaban a menos que estuvieran asustadas o las arrinconaran, así que dejó que siguieran camino. De vez en cuando le parecía oír el ladrido de un perro, y entonces se estremecía pues temía más al olfato de un perro que a los hombres.

Varias veces durante el día, Kunta se metió en un follaje tan espeso que en algunos lugares el cuchillo no lo ayudaba a abrirse camino, y debía regresar a buscar otro paso. En dos oportunidades debió detenerse para afilar el cuchillo, que cada vez se desafilaba más pronto; cuando inmediatamente después se daba cuenta de que no cortaba, era porque las cuchilladas continuas contra arbustos, guías y zarzas lo habían empezado a mellar. Entonces se detenía a descansar, comía un poco más de conejo y algunas moras silvestres, y bebía agua que encontraba en las hojas al pie de los árboles. Esa noche descansó junto a otro arroyo, y se quedó dormido no bien se sentó, sordo a los gritos de los animales y aves nocturnas, insensible a los zumbidos y a las picaduras de los insectos, atraídos por su cuerpo sudoroso.

Recién a la mañana siguiente se puso a pensar adonde iba. Antes no se había atrevido a pensar en eso. Como no podía saber adonde iba pues no tenía idea de dónde estaba, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era evitar estar cerca de otros seres humanos, negros o toubobs, y seguir corriendo en dirección a la salida del sol. Los mapas de África que había visto de niño indicaban que las grandes aguas estaban al Oeste, así que sabía que eventualmente llegaría si seguía yendo en dirección hacia el Este. Pero le aterraba pensar lo que sucedería, aun en el caso de que no lo apresaran: ¿cómo lograría cruzar las aguas, aun en el caso de tener una embarcación? ¿cómo podría llegar a salvo al otro lado, aun en el caso de que supiera cómo ir? Entre plegaria y plegaria acariciaba el amuleto saphie, mientras corría.

Esa noche, escondido bajo un arbusto, se puso a pensar en el héroe más grande de los mandingas, el guerrero Sundiata, un esclavo lisiado, a quien su amo africano trataba tan mal que se escapó, escondiéndose en los pantanos, donde encontró a otros que habían huido y los organizó en un ejército conquistador que le cortó una tajada al vasto imperio mandinga. Al echar a andar el cuarto día, Kunta se puso a pensar que tal vez habría otros africanos que habían huido y que podían estar escondidos en la tierra de los toubobs, y a lo mejor estarían desesperados, igual que él, por volver a pisar la tierra natal. A lo mejor entre muchos podían construir o robar una canoa grande. Y entonces...

El ensueño de Kunta se vio interrumpido por un ruido terrible. Se detuvo en seco. ¡Era imposible! Pero no había lugar a dudas: era el ladrido de perros. Desesperado, se metió en la maleza, tropezando y cayendo, y volviéndose a poner en pie con dificultad. Pronto estaba tan cansado que cuando volvió a caerse se quedó allí, muy quieto, escuchando, aferrando el mango del cuchillo, escuchando.

Pero no se oía nada ahora, excepto los sonidos de las aves y de los insectos.

¿Habría escuchado realmente a los perros? La idea lo atormentaba. No sabía cuál era su peor enemigo: los toubobs o su propia imaginación. No podía arriesgarse a suponer que no los había escuchado, así que volvió a echar a correr; la única seguridad estaba en seguir avanzando. Pero pronto, exhausto no sólo por haber corrido tanto, sino a causa del miedo mismo, tuvo que volver a descansar. Cerraría los ojos un momento, y luego volvería a seguir camino.

Se despertó cubierto de sudor, y se incorporó de un salto. ¡Estaba completamente oscuro! ¡Había dormido durante todo el día! Meneando la cabeza, trataba de pensar qué lo habría despertado, cuando volvió a oírlo: el ladrido de perros, esta vez mucho más cerca que antes. Se puso de pie y echó a correr desesperadamente. Pasó un rato antes de que se diera cuenta de que se había dejado el cuchillo. Corrió de regreso al lugar donde había dormido, pero los arbustos formaban un verdadero laberinto, y aunque sabía que el cuchillo debía estar al alcance de la mano, buscó y buscó a tientas, sin poder encontrarlo.

Los ladridos se acercaban. Sintió un nudo en el estómago. Si no lo encontraba, lo volverían a apresar, o tal vez ahora lo pasaría algo peor. Buscando a tientas entre la maleza, encontró una piedra del tamaño de su puño. Lanzando un grito desesperado, la tomó y echó a correr entre los arbustos.

Esa noche corrió más y más, como un poseído, adentrándose en el bosque. Tropezaba, caía, se enredaba los pies en las plantas, se detenía solamente para recobrar el aliento. Pero los sabuesos se acercaban cada vez más. Finalmente, cerca del amanecer, logró distinguirlos por encima del hombro. Era una pesadilla que volvía a repetirse. Ya no podía seguir corriendo. Se dio vuelta y se agachó con la espalda contra un árbol, listo para recibirlos: en la mano derecha aferraba un palo grueso que había arrancado de un árbol, mientras corría a toda velocidad, y con la derecha apretaba la piedra con todas sus fuerzas, preparado a matar.

Los perros acometieron contra Kunta, pero él, lanzando un alarido espantoso, agitó el garrote con tanta ferocidad que los animales retrocedieron y se agazaparon, fuera de su alcance, sin dejar de ladrar y babosear, hasta que aparecieron dos toubobs a caballo.

Kunta nunca había visto a estos hombres. El más joven sacó una pistola, pero el mayor hizo que se quedara atrás y apeándose se dirigió hacia Kunta. Tranquilamente empezó a desenrrollar un largo látigo negro.

Kunta estaba parado, con una expresión salvaje en la mirada. Le temblaba el cuerpo, y por su mente pasaban recuerdos de rostros de toubobs que había visto en el bosque, en la canoa grande, en el lugar donde lo habían vendido, en la granja pagana, en los bosques donde lo habían apresado, golpeado, azotado, donde le habían disparado tres tiros. Cuando el toubob

hizo el brazo hacia atrás, Kunta le pegó con todas sus fuerzas. Tal fue el envión que se cayó a un costado y se le aflojaron los dedos que sostenían la piedra.
Oyó que el toubob gritaba; luego le pasó una bala junto a la oreja, y los perros se le vinieron encima. A medida que rodaba sobre el suelo, golpeando a los perros, Kunta vio que el toubob tenía la cara llena de sangre que le chorreaba. Kunta gruñía como una bestia salvaje cuando por fin llamaron a los perros y se acercaron a él con las armas desenvainadas. Se dio cuenta por su expresión de que le había llegado la hora, pero no le importó. Uno de los hombres se echó sobre él y lo tomó con fuerza mientras el otro lo golpeaba con la culata del revólver, pero aun así necesitaron todas sus fuerzas para contenerlo, porque se debatía, luchaba, se quejaba, gritaba en árabe y en mandinga, hasta que lo volvieron a golpear. Lucharon con él hasta empujarlo con violencia contra un árbol, le desgarraron la ropa y lo ataron al tronco del árbol. Él estaba preparado a que lo castigaran hasta morir.
Pero el toubob que sangraba se detuvo de repente, y apareció en su rostro una expresión extraña que era casi una sonrisa. Le dijo algo breve al más joven. Éste sonrió, asintiendo, luego regresó a su caballo y desató un hacha de mano, de mango corto, que estaba atada la montura. Con ella cortó un árbol podrido y lo acercó a Kunta.
Parado junto a él, el hombre que sangraba empezó a hacer gestos. Señaló los genitales de Kunta, luego el cuchillo que tenía en el cinturón. Luego indicó el pie de Kunta, y el hacha que tenía en la mano. Cuando Kunta entendió, empezó a aullar y patear, y volvieron a castigarlo. Algo que sentía en la médula de los huesos le decía que un hombre, para ser un hombre, debía tener hijos. Kunta se cubrió el foto con las manos. Los dos toubobs sonreían con malicia.
Uno de ellos puso el tronco bajo el pie derecho de Kunta mientras el otro le ataba el pie al árbol con tanta fuerza que aunque Kunta se debatió con toda su furia nada pudo hacer. El que sangraba tomó el hacha. Kunta gritaba y se debatía cuando el hacha se elevó en el aire, luego bajó con tanta rapidez que Kunta oyó cómo se enterraba en el tronco después de cortarle la piel, los tendones, los músculos y el hueso. Sintió la agonía en el cerebro. Cuando el dolor explotó dentro de él, su cuerpo sufrió un espasmo y se inclinó hacia adelante, luego bajó las manos como para proteger el pie, que se había separado de la pierna en medio de la sangre que manaba y se sumergió en la oscuridad.

CAPITULO 49

Casi durante todo un día, Kunta perdía el conocimiento y volvía en sí, con los ojos cerrados. Parecía que se le habían caído los músculos de las mandíbulas, pues no cesaba de correr por una de las comisuras de la boca un hilo permanente de saliva. A medida que se fue dando cuenta, gradualmente, de que estaba vivo, el dolor terrible pareció dividirse, latiéndole en la cabeza, atravesándole el cuerpo, quemándole la pierna derecha. Necesitaba hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos, y entonces trató de recordar lo que le había pasado. Se acordó del rostro colorado y contorsionado del toubob, el hacha que se elevaba con la rapidez de un relámpago, el ruido que hizo al dar contra el tronco, y la parte delantera de su pie que se desprendía. Le palpitaba tanto la cabeza que se volvió a sumergir en la oscuridad.
La próxima vez que abrió los ojos, se puso a observar una telaraña en el cielo raso. Después de un rato logró moverse hasta darse cuenta de que le habían atado el pecho, las muñecas y los tobillos; tenía la cabeza y el pie derecho apoyados contra algo blando, y

llevaba puesta una especie de bata. En medio de su agonía sintió un olor como a alquitrán. Creía que no había dolor que le fuera desconocido, pero el presente era mucho peor.
Estaba musitando algo a Alá cuando se abrió la puerta. Se detuvo de inmediato. Entró un toubob alto, que no había visto nunca, trayendo una valija negra pequeña. Tenía una expresión de enojo, aunque no dirigido hacia Kunta. Espantando las moscas que revoloteabean, el toubob se inclinó a su lado. Kunta sólo podía verle la espalda; de repente, algo que le hizo el toubob en el pie lo sorprendió de tal manera que Kunta aulló como una mujer, haciendo fuerza contra la soga que le sujetaba el pecho. Volviéndose para mirarlo, el toubob le puso la mano sobre la frente y luego le tomó la muñeco con suavidad durante un largo rato. Luego se puso de pie, y mientras observaba los gestos que hacía Kunta, llamó en alta voz: -¡Bell!
Una mujer baja y robusta, de piel negra, de rostro severo aunque no desagradable, entró llevando un recipiente con agua. A Kunta le pareció reconocerla, como si la hubiera visto en un sueño, inclinada sobre él, dándole agua. El toubob dijo algo a la mujer en un tono dulce, mientras sacaba algo de su bolsa negra y lo echaba en el vaso de agua, revolviéndolo. El toubob volvió a decir algo, y esta vez la negra se arrodilló. Con una mano le levantó la cabeza mientras con la otra le acercaba el vaso a los labios. El estaba demasiado débil y enfermo como para resistir, así que bebió.
Por un instante vio el enorme vendaje alrededor de su pie derecho; la sangre seca había tomado un color como de herrumbre. Se estremeció, deseando incorporarse, pero no le respondieron los músculos. El líquido que pasaba por su garganta tenía un gusto nauseabundo. La mujer le soltó la cabeza, el toubob le dijo algo, y ella respondió. Luego los dos salieron de la habitación.
Casi antes de que salieran, Kunta volvió a sumergirse en un sueño profundo. Esa noche, cuando volvió a abrir los ojos, no se acordaba dónde estaba. El pie derecho parecía arderle; intentó levantarlo, pero el movimiento le hizo dar un grito. Su mente se hundió en una confusión borrosa de imágenes y pensamientos, pero no podía concentrarse en nada. Le pareció ver a Binta, y le dijo que estaba herido, pero que no se preocupara, pues volvería a su casa no bien pudiera. Luego vio una bandada de aves que volaban muy alto, y una lanza atravesó a una de ellas. Empezó a caer él mismo, gritando, aferrándose desesperadamente al vacío.
Cuando volvió a despertarse se dio cuenta de que algo horrible le había sucedido en el pie. ¿O habría sido una pesadilla? Sólo sabía que estaba muy enfermo. Tenía todo el lado derecho insensible, y la garganta muy seca. Se le partían los labios de la fiebre, y los sentía resecos. Estaba empapado en sudor, y emitía un olor enfermizo. ¿Era posible que alguien pudiera cortarle el pie a otro ser humano? Entonces se acordó del toubob que le señalaba el pie y los genitales, y la expresión espantosa de su rostro. Volvió a sentir furia. Hizo un esfuerzo por flexionar los dedos del pie. Sintió un dolor desesperante. Se quedó inmóvil, esperando que pasara, pero seguía. Y era insoportable, pero sin embargo podía soportarlo. Se odió a sí mismo, porque esperaba que viniera pronto el toubob y le echara en el agua ese remedio que le proporcionaba algún alivio.
Una y otra vez trató de soltarse las manos de las flojas ataduras que las mantenían fijas a los costados, sin lograrlo. Se debatía, gruñendo de dolor, cuando vio que se abría la puerta. Era la mujer negra, con una luz amarillenta y vacilante que le iluminaba la cara negra. Sonriendo, empezó a emitir sonidos y a hacer movimientos faciales y gestos que querían comunicarle algo. Indicando la puerta, la mujer representó, mediante gestos, la entrada de un hombre alto que daba de beber a una persona que se quejaba, y esta sonreía y se sentía mucho mejor. Kunta no dio señales de entender que la mujer le estaba diciendo que el toubob alto era hombre de medicina.

Ella se encogió de hombros, se puso en cuclillas y empezó a ponerle un trapo húmedo y fresco sobre la frente. Su odio hacia ella no disminuyó por eso. La mujer le dio a entender que le iba a levantar la cabeza para darle un poco de sopa. Mientras tragaba el alimento, la aborreció por su expresión de satisfacción. Ella hizo un pocito en el piso de tierra y metió en él un objeto redondo y largo, de cera, y lo encendió. Con gestos y expresiones le preguntó finalmente si necesitaba algo. Él la miró con el ceño fruncido, y ella se fue.

Kunta se quedó mirando la llama fijamente, tratando de pensar, hasta que el objeto se extinguió al derretirse totalmente. En la oscuridad se acordó del plan de matar a los toubobs que habían hecho en la canoa grande. Quería ser guerrero en un gran ejército negro y matar a tantos toubobs como pudiera. Pero se puso a temblar, temeroso de que él fuera quien estuviera a punto de morir, aunque eso significara que estaría para siempre junto a Alá. Después de todo, nunca había regresado nadie para contar cómo era la vida eterna con Alá, pero tampoco había vuelto nadie a su aldea africana para contar cómo era vivir con los toubobs.

La próxima vez que llegó Bell, notó que lo miraba con preocupación, fijándose en sus ojos inyectados en sangre y amarillentos, hundidos en su rostro afiebrado. Estaba más flaco que cuando había llegado a ese lugar la semana anterior, y no dejaba de temblar y de quejarse. La mujer salió en seguida, pero en menos de una hora regresó con trapos, dos cacerolas humeantes y un par de colchas dobladas. Con movimientos rápidos y -por alguna razón- furtivos, le cubrió el pecho con una cataplasma hírviente de hojas hervidas mezcladas con algo acre. La cataplasma estaba tan caliente que Kunta gimió y trató de sacársela, pero con firmeza Bell se lo impidió. Mojando los trapos en la otra cacerola hirviente, los escurrió y se los puso encima de la cataplasma, y luego lo tapó con las dos colchas.

Se sentó a observar cómo le chorreaba el sudor, que caía sobre el piso de tierra. Con una punta del delantal, Bell le secaba el sudor que se le metía en los ojos cerrados. Finalmente se quedó completamente inmóvil. Cuando ella vio que los trapos estaban apenas tibios, se los sacó. Luego le limpió el pecho, quitando todo rastro de la cataplasma, lo volvió a tapar con las colchas, y salió del cuarto.

Cuando se volvió a despertar, se sintió tan débil que no podía siquiera mover el cuerpo. Le parecía que se iba a sofocar debajo de las pesadas colchas. Sin embargo, aunque sin sentir ninguna gratitud por ello, se dio cuenta de que se le había pasado la fiebre.

Se quedó pensando adonde habría aprendido a hacer eso la mujer. Era como los remedios de Binta, cuando él era chico: las hierbas de la tierra de Alá, pasadas de generación en generación. También pensó en la manera furtiva en que se había comportado la mujer, y se dio cuenta de que no eran remedios aprendidos de los toubobs. No sólo estaba seguro que los toubobs no sabían nada, sino que tampoco lo sabrían nunca. Kunta se puso a estudiar el rostro de la negra mentalmente. ¿Cómo era que la había llamado el toubob? ¿Bell?

Con renuencia, después de un rato, Kunta llegó a la conclusión de que la mujer se asemejaba a su tribu, más que a ninguna otra. Trató de imaginarla en Juffure, machacando el kouskous para el desayuno, remando en su piragua por el bolong, balanceando los haces de arroz recién cosechado sobre la cabeza. Pero luego Kunta se despreció por relacionar de esa manera a su aldea con estos negros paganos de la tierra toubob.

El dolor de Kunta se había vuelto menos continuo y no tan intenso; ahora le dolía cuando trataba de moverse, desesperado, y se lo impedían las ataduras. Las moscas lo atormentaban, revoloteando alrededor de su pie vendado, o de lo que le quedaba del pie, y de vez en cuando se sacudía para espantar las moscas por un momento, pues en seguida volvían.

Kunta empezó a preguntarse dónde estaría. Esta no era su choza, y se daba cuenta por los sonidos que le llegaban de afuera, y las voces de los negros que pasaban, que estaba en otra

plantación. Desde la cama olía la comida que preparaban y oía sus conversaciones al caer la noche, sus cantos y sus rezos, y el cuerno que sonaba a la mañana.
Y todos los días entraba el toubob alto, y siempre le hacía doler el pie cuando le cambiaba las vendas. Bell iba tres veces al día: le llevaba agua y comida, siempre con una sonrisa, y le apoyaba la mano tibia sobre la frente. Debía pensar que esos negros no eran mucho mejores que los toubobs. Esa negra y ese toubob no le querían mal -aunque era demasiado pronto para estar seguro- pero otro negro, Sansón, lo había castigado hasta casi matarlo, y otros toubobs lo habían azotado, habían disparado contra él y le habían cortado el pie. A medida que recobraba las fuerzas, más furioso se ponía de tener que estar ahí acostado, sin poder moverse, pensando que con sus diecisiete lluvias podría estar corriendo, saltando y trepando a su antojo. Era algo monstruoso, que sobrepasaba su entendimiento y su paciencia.
Cuando el toubob alto le desató las ligaduras que lo sujetaban a los palos, de ambos lados, Kunta pasó varias horas tratando, inútilmente, de levantar los brazos. Los sentía demasiado pesados. Con amargura y desesperación, pero con constancia, se obligó a flexionar los dedos una y otra vez, apretando los puños, hasta que finalmente logró levantar los brazos. Luego empezó a tratar de apoyarse sobré los codos, y cuando pudo hacerlo, pasó horas observando las vendas que envolvían el muñón. Parecía grande, como un zapallo, aunque no tenía ahora tanta sangre como la otra vez que había logrado ver cuando el toubob le sacaba las vendas. Trató de levantar la rodilla de esa pierna, pero lo abrumó el dolor.
Se desquitó con Bell, cuando ella vino a visitarlo la próxima vez. Le gruñó en mandinga, y dejó caer con fuerza la taza de lata, después de beber. Después se dio cuenta de que ésa era la primera vez, desde su llegada a la tierra toubob, que había hablado en voz alta. Más se enfureció al ver que, a pesar de su ira, los ojos de ella lo miraron con cariño.
Un día, después de estar ahí tres semanas, el toubob le hizo un gesto para que se sentara, mientras le quitaba las vendas. Cuando se fue acercando al pie, Kunta vio que la tela tenía una sustancia espesa y amarillenta, medio pegajosa. Tuvo que apretar con fuerza las mandíbulas mientras el toubob le quitaba la última venda. Kunta creyó desmayarse al ver la parte hinchada que le quedaba de pie, cubierta con una costra espesa y marrón, asquerosa. Lanzó un grito. El toubob vertió algo sobre la herida, aplicó luego una venda floja y suelta, recogió su maletín negro y se marchó.
Durante los dos días siguientes Bell repitió lo que había hecho el toubob, hablándole suavemente cuando Kunta se encogía de dolor y volvía la cara. Cuando regresó el toubob, al tercer día, a Kunta se le dio vuelta el corazón al ver los dos palos fuertes de madera que llevaba, con una horqueta en la parte de arriba. Kunta había visto a los heridos en Juffure que caminaban con la ayuda de esos palos... Asegurando las horquetas de los palos bajo sus brazos, el toubob le enseñó a saltar, mientras balanceaba el pie derecho en el aire.
Kunta rehusó moverse, hasta que los dos salieron del cuarto. Entonces logró incorporarse, apoyándose contra la pared de la choza, hasta que logró mantenerse de pie, soportando la pulsación de la pierna sin caerse. El sudor le chorreaba por la cara. Por fin logró apoyar las axilas sobre las horquetas de los palos. Mareado, tambaleándose, sin alejarse de la pared para poder mantener el equilibrio, logró dar unos torpes saltos. El muñón vendado amenazaba hacerle perder el equilibrio con cada paso que daba.
Cuando Bell le llevó el desayuno a la mañana siguiente, Kunta notó su mirada de placer al ver las marcas de los palos en el piso de madera. Kunta la miró con odio, furioso consigo mismo por no acordarse de borrar las marcas. Se negó a probar bocado hasta que se fue la mujer, pero entonces comió rápidamente, pues quería recobrar sus fuerzas. A los pocos días ya saltaba libremente por todo el cuarto.

CAPITULO 50

En muchos sentidos, esa granja toubob era muy diferente de la anterior, como empezó a notar Kunta la primera vez que traspuso la puerta de la choza sobre sus muletas, y se puso a mirar afuera. Las bajas chozas de los negros estaban pulcramente blanqueadas como la que él habitaba y parecían en mejores condiciones. Contenía una mesita, un estante en la pared, con un plato de estaño, una calabaza para beber, una "cuchara", y los utensilios toubobs para comer que ya sabía cómo se llamaban: "tenedor" y "cuchillo". Le pareció que habían sido muy estúpidos al dejarlos cerca de su alcance. El colchón tirado sobre el piso, en el que dormía, era más espeso, con más chalas de choclo. Algunas chozas tenían jardincitos en la parte de atrás, y la más cercana a la casa de los toubobs, tenía un cantero redondo, lleno de flores en el frente. Desde la puerta de su choza, Kunta miraba a la gente que caminaba en todas direcciones, y entonces volvía a entrar rápidamente, y se quedaba algún tiempo, antes de animarse a volver a salir a la puerta.

Con ayuda del olfato logró localizar el retrete. Todos los días aguantaba hasta ver que la mayoría estaba dedicada a sus tareas en el campo, y entonces, asegurándose que no había nadie cerca, se dirigía a los saltos a hacer uso de las instalaciones, y luego volvía a regresar con rapidez.

Pasaron dos semanas antes de que Kunta empezara a aventurarse más allá de la choza más próxima. Descubrió la choza de la mujer que cocinaba, y vio, sorprendido, que no era Bell. Ahora que podía trasladarse de un lugar a otro, Bell había dejado de ir a su choza; ya no le llevaba las comidas. ¿Qué le habría sucedido? Un día, cuando estaba parado a la puerta de su choza, la vio salir por al puerta de atrás de la casa grande. Ella no lo vio, o hizo que no lo vio. Pasó delante de él camino del retrete. Así que era como los otros, después de todo. Ya le parecía. Con menos frecuencia, Kunta veía al toubob alto, por lo general en un carrito cubierto, tirado por dos caballos, conducido por un negro que se sentaba en la parte de adelante.

Después de un tiempo, Kunta empezó a quedarse parado a la puerta de su choza aun cuando los demás regresaban de sus tareas, arrastrando los pies, cansados, al anochecer. Pensando en la otra granja, se sorprendió al ver que no venía detrás de ellos un toubob a caballo, látigo en mano. Pasaban junto a Kunta, sin prestarle atención, y desaparecían dentro de sus chozas. Pero al rato habían vuelto a salir, y estaban ocupados haciendo algo. Los hombres trabajaban junto al granero, las mujeres daban de comer a las gallinas y ordeñaban las vacas. Los niños llevaban baldes de agua y toda la leña que podían abarcar con los brazos. Evidentemente no se daban cuenta de que podrían llevar el doble si cargaban la leña o los baldes sobre la cabeza.

A medida que pasaban los días, empezó a ver que aunque estos negros vivían mejor que los otros, no parecían saber, tampoco, que era una tribu perdida, que les habían robado tan completamente el sentido de respeto o el aprecio hacia ellos mismos de que parecían creer que esa era la forma correcta de vida. Todo lo que les preocupaba era que no los castigaran, tener suficiente comida y un lugar para dormir. A la noche, Kunta se quedaba dormido después de pensar con furia durante un largo rato en esa gente. No parecían saber que eran desgraciados. ¿Qué le importaba a él, entonces, si parecían satisfechos con su destino patético? Cada día que pasaba moría una parte de él, pero mientras le quedara voluntad para seguir viviendo, volvería a intentar escapar, fueran cuales fueran las probabilidades o las consecuencias. ¿Para qué servía, vivo o muerto? En esas últimas doce lunas, desde que lo robaron de Juffure, había madurado mucho más que sus lluvias.

En nada contribuía que nadie hubiera encontrado una tarea que encomendarle, aunque ahora ya se desplazaba bien sobre sus muletas. Se las arreglaba para dar la impresión de que estaba suficientemente ocupado, solo, y que no tenía necesidad ni deseos de relacionarse con nadie. Pero se daba cuenta de que los otros negros no confiaban en él, como él no confiaba en ellos. A la noche, sin embargo, se sentía solo y deprimido, y pasaba las horas enteras mirando la oscuridad. Sentía como si una enfermedad le invadiera el cuerpo. Sorprendido, avergonzado, se dio cuenta de que sentía la necesidad de amar.

Estaba parado frente a su choza un día cuando vio que entraba en el patio el coche ligero del toubob. Sentado junto al negro que conducía, estaba un hombre de tez sasso borro. Cuando el toubob se apeó y entró en la casa grande, el coche se acercó a las chozas de los negros y se detuvo. Kunta vio que el conductor tomaba al moreno de los brazos, para ayudarlo a descender, pues tenía una de las manos cubiertas de algo que parecía barro blanco endurecido. Kunta no tenía idea de lo que era, pero se dio cuenta de que tenía una herida en la mano. Con la mano buena buscó algo en el coche, y luego sacó una caja oscura, de forma extraña. Siguió al conductor hasta llegar a la última choza, que Kunta sabía que estaba vacía.

Kunta estaba tan lleno de curiosidad que a la mañana siguiente se dirigió a la choza. No esperaba encontrar al moreno sentado cerca de la puerta. Se miraron. No había expresión en los ojos ni en la cara del hombre moreno. Tampoco en la voz, cuando le dijo: -¿Qué quieres? -Kunta no le entendió-. Eres uno de esos malditos negros africanos. -Entendió esa palabra que había oído tantas veces, pero no el resto. Se quedó parado-. ¡Vete, entonces! -Kunta entendió la brusquedad, se dio cuenta de que lo echaba. Giró, tambaleándose, y se dirigió de regresó a su choza, avergonzado y enojado.

Cada vez que pensaba en el moreno se ponía tan furioso que sentía ganas de saber la lengua toubob para poder ir a gritarle: -¡Por lo menos soy negro, y no moreno como tú! -Desde ese día, Kunta nunca miraba en dirección a esa choza cuando salía. Pero se moría de curiosidad al ver que todas las noches, después de la comida, la mayoría de los negros se dirigía a esa última choza. Aguzando el oído, desde la puerta de su propia choza, Kunta oía la voz del moreno, que casi no dejaba de hablar. Algunas veces los otros se reían, y a intervalos podía oír que le hacían preguntas. Kunta se desesperaba por saber quién era.

Una media tarde, como unas dos semanas después, el moreno salía del retrete justo cuando Kunta se acercaba a él. Ya no tenía esa cosa blanca que le cubría el brazo. Kunta, furioso pasó rápidamente a su lado; vio que el moreno estaba trenzando dos chalas de choclo. Una vez adentro, Kunta se puso a pensar en los insultos que le podía haber dicho. Cuando volvió a salir vio que el moreno estaba parado tranquilamente, como si nada hubiera pasado entre ellos. Seguía trenzando las chalas, pero cuando lo vio le hizo señas para que lo siguiera.

Era algo completamente inesperado, así que Kunta, sin pensarlo, empezó a seguirlo hasta la choza. Entraron, y Kunta se sentó obedientemente en el banco que le indicó el moreno, que se sentó en otro banco, sin dejar de trenzar. Kunta se preguntó si sabría que estaba trenzando igual que los africanos.

Después de un silencio, el moreno empezó a hablar: -Me han contado lo terrible que eres. Debes estar contento que no te hayan matado. Podrían haberlo hecho, estaría dentro de la ley. Igual que cuando ese blanco me quebró la mano, porque me cansé de tocar el violín. La ley dice que cualquiera que te sorprende huyendo puede matarte, sin ser castigado. Esa ley la leen cada seis meses en las iglesias de los blancos... Puedo hablar horas de las leyes de los blancos. Cuando se establecen en un nuevo lugar, primero levantan la casa de justicia, para hacer más leyes; después la iglesia, para demostrar que son cristianos. Me parece que todo lo que hace la legislatura de Virginia es pasar más leyes contra los negros. Es ley que los negros no pueden portar armas, ni siquiera un palo que parezca un garrote.

La ley dice que si te encuentran viajando sin un pase, corresponden veinte latigazos, diez si miras a un blanco a la cara, treinta si levantas la mano a un blanco cristiano. La ley dice que ningún negro puede predicar si ningún blanco lo escucha; no puede haber un funeral para un negro si los blancos creen que se trata de una reunión. La ley dice que te cortan una oreja si mientes, y la otra si vuelves a mentir. Según la ley, si matas a un blanco, te ahorcan; si matas a otro negro, te castigan no más. La ley dice que la recompensa para un indio que descubre a un negro prófugo es toda la cantidad de tabaco que pueda llevar el indio. Hay una ley que impide que se le enseñe a escribir o a leer a un negro, o que se le dé un libro. Hay hasta una ley que impide que los negros toquen tambores, porque es una costumbre africana.

Kunta se dio cuenta de que el negro sabía que él no entendía, pero que le gustaba hablar y que pensaba que si Kunta lo escuchaba, llegaría a comprender por lo menos algo. Mirándole el rostro moreno mientras hablaba, y escuchando el tono de su voz, Kunta sintió que casi podía entender lo que le decía. Tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo al ver que había otra persona que le hablaba como si fuera un ser humano.

-Y no es sólo pies lo que cortan, o brazos, sino también pitos y bolas. He visto a muchos negros así que seguían trabajando. He visto a negros que los castigaban hasta que se les desprendía la piel de los huesos. A las mujeres negras con la panza enorme, las ponen boca abajo sobre un hoyo para que acomoden la panza. A los negros los dejan con la piel viva, luego los cubren de aguarrás o de sal, y los frotan con paja seca. A los negros que descubren hablando de rebelarse los hacen bailar sobre brasas encendidas, hasta que se caen. No hay nada que no les hagan a los negros, y si llegan a morir por ello, no es un crimen si el responsable es el dueño. Así es la ley. Y si te parece malo, tendrías que oír lo que cuentan acerca de esos negros llevados por los barcos de esclavos a las plantaciones de azúcar de las Indias Orientales.

Kunta escuchaba -tratando de entender- cuando entró un muchacho del primer kafo trayéndole la comida al moreno. Cuando vio a Kunta, salió corriendo y regresó al momento con un plato para él también. Kunta y el moreno comieron en silencio y luego, de repente, Kunta se puso de pie para irse, pues sabía que pronto llegarían los demás a la choza, pero el moreno le hizo un gesto para que se quedara.

Cuando empezaron a llegar los otros a la choza, no pudieron esconder su sorpresa al ver allí a Kunta; la más sorprendida era Bell, una de las últimas en llegar. Como la mayoría, no hizo más que mover la cabeza en señal de saludo, pero con una vaga sonrisa, o así le pareció a Kunta. En medio de la oscuridad, el moreno empezó a dirigirse al grupo, igual que lo había hecho antes con Kunta. Debía estar contándoles alguna historia. Kunta se daba cuenta cuando terminaba una, porque todos se reían, o empezaban a hacer preguntas. De vez en cuando Kunta reconocía algunas de las palabras.

Cuando regresó a su choza, Kunta se sentía confundido. Tardó en dormirse, de tantas cosas que tenía en que pensar; se acordó de algo que le había dicho Omoro una vez, cuando Kunta se había negado a convidar a Lamin con un bocado de mango: "Cuando aprietas el puño, nadie te puede poner nada en la mano, ni puedes tampoco recoger nada".

Pero también sabía que su padre estaría de acuerdo con él en que nunca, bajo ninguna circunstancia, debía convertirse en uno de esos negros. Sin embargo, todas las noches, se sentía atraído a la choza del moreno, con los demás. Resistía la tentación, pero casi todas las tardes iba a visitar al moreno cuando éste estaba solo.

-Estoy moviendo los dedos para volver a tocar el violín -le dijo un día, mientras trenzaba las chalas-. Con un poco de suerte, el amo me va a comprar para hacerme trabajar. He tocado el violín por toda Virginia, ganando dinero para el amo y para mí. Hay poco que no haya visto u oído, y no importa que no me entiendas. Los blancos dicen que lo único que hacen los africanos es vivir en sus chozas y matarse entre sí.

Hizo una pausa en su monólogo, como esperando alguna reacción, pero Kunta no hacía más que escucharlo impasivo, mientras acariciaba su amuleto.
-¿Les lo que quiero decir? Tienes que olvidarte de esas cosas -le dijo el moreno, indicando el amuleto-. Olvídate de eso. No te lleva a ninguna parte, así que lo mejor que puedes hacer es enfrentarte a la realidad y hacer algo, ¿me escuchas, Toby?
Kunta se puso furioso. -¡Kunta Kinte! -exclamó, sorprendiéndose de sí mismo.
El moreno también se sorprendió. -¡Qué te parece, habla! Te estoy diciendo, muchacho, que tienes que olvidarte de todo lo africano. Los hace enojar a los blancos. Tu nombre es Toby. A mí me llaman Violinista. -Se señaló a sí mismo-. Repítelo. ¡Violinista! -Kunta lo miró sin expresión, aunque entendía lo que le estaba diciendo-. Violinista. ¡Violinista! ¿Entiendes? -Hizo un movimiento como si se serruchara el brazo izquierdo con el derecho. Esta vez Kunta no simulaba no entender, simplemente no entendía.
Exasperado, el moreno se levantó y sacó de un rincón la caja de forma extraña que había traído al llegar. Abriéndola, extrajo un objeto de forma más extraña aun. Era de madera, color claro, como un cuello delgado con cuatro cuerdas que casi iban de extremo a extremo. Era el mismo instrumento musical que le había oído tocar al viejo en la otra granja.
-¡Violín! -exclamó el moreno.
Como estaban solos, Kunta se atrevió a pronunciar la palabra. Repitió el sonido: -Violín.
Satisfecho, el moreno guardó el violín en el estuche y lo cerró. Luego, mirando a su alrededor, indicó un objeto: -¡Balde! -Kunta repitió la palabra, fijándosela en la cabeza-. ¡Ahora, agua! -Kunta repitió.
Después de unas veinte palabras nuevas, el moreno indicó silenciosamente el violín, el balde, el agua, la silla, las chalas y otros objetos, con una expresión interrogante en el rostro, para que Kunta dijera sus nombres. Repitió algunos de inmediato; dudó con otros, y el moreno lo corrigió. Había sonidos que no podía decir. El moreno volvió a repetirle los nombres, y luego los repasaron a todos. -No eres tan torpe como pareces -le dijo para la hora de la comida.
Las lecciones continuaron todos los días, durante semanas. Kunta estaba sorprendido al ver que no sólo estaba empezando a entender, sino a hacerse entender por el moreno, en forma rudimentaria. Lo que más le quería hacer entender era la razón por la que no quería renunciar a su nombre o a su herencia, y por qué prefería morir como un hombre libre a vivir como un esclavo durante toda la vida. Le faltaban las palabras para explicárselo como quería, pero se dio cuenta de que el moreno lo entendió, pues frunció el ceño y meneó la cabeza. Una tarde, no mucho después, al llegar a la choza del moreno, Kunta encontró a otro visitante. Era un viejo que había visto varias veces trabajando en el jardín cerca de la casa grande. El moreno le hizo una seña para que se sentara, y Kunta obedeció.
El viejo empezó a hablar. -El Violinista me cuenta que trataste de huir cuatro veces. Ya ves lo que conseguiste. Espero que hayas aprendido la lección, igual que yo. Porque no has hecho nada nuevo. Cuando era joven me escapé tantas veces que casi me despellejaron hasta que aprendí que no tenía adonde huir. Aunque atravieses dos estados, como dicen en el diario, tarde o temprano te capturan, pueden matarte, y terminas en el lugar del que escapaste. No hay nadie a quien no se le haya ocurrido huir. Todos los negros piensan en lo mismo. Pero no conozco a nadie que lo haya logrado. Es hora de que te tranquilices y aceptes las cosas como son, en lugar de desperdiciar la juventud, igual que yo, pensando en algo que no se puede hacer. Ahora estoy viejo y cansado. Llevo tantos años como tienes, comportándome como un mal negro, perezoso y bruto, tal como dicen los blancos que somos. La única razón por la que el amo permite que me quede, es porque sabe que no le van a dar nada por mí en un remate, así que más le conviene que siga como jardinero. Le he oído decir a Bell que el amo te va a poner a trabajar conmigo desde mañana.

Como sabía que Kunta había entendido la mitad de lo que le decía el negro, el violinista pasó la media hora siguiente explicándole lo que le había dicho el viejo. Lo hizo más despacio, y con palabras más sencillas, que Kunta conocía. Kunta no sabía cómo reaccionar ante las palabras del viejo. Sabía que el consejo era bien intencionado -él mismo se empezaba a dar cuenta de que era casi imposible escapar- pero aunque no pudiera huir, no podía pagar el precio de olvidar lo que había sido, para poder vivir lo que le quedaba de vida sin que lo castigaran. Y el sólo pensar en pasar el resto de su vida como un jardinero lisiado lo llenaba de indignación y de furia. Tal vez sería por poco tiempo, hasta que recobrara sus fuerzas. Sería bueno olvidarse de sus problemas por un tiempo, y volver a tocar la tierra, aunque no fuera Suya.

Al día siguiente el viejo le enseñó lo que tenía que hacer. Empezó a cortar las malezas que parecían brotar a diario entre las verduras, y Kunta lo imitó. Sacaba los gusanos de los tomates, los bichos de las papas y los pisaba, y Kunta lo imitaba. Se llevaban bien, pero aparte de trabajar juntos, no se comunicaban entre sí. Cuando había que enseñarle algo nuevo, el viejo se limitaba a gruñir y a hacer gestos, y Kunta hacía lo que le indicaba, sin decir nada. No le importaba el silencio. En realidad, necesitaba descansar algunas horas de la charla del violinista, que no dejaba de hablar cuando estaban juntos.

Esa noche, después de la comida, Kunta estaba sentado frente a la puerta de su choza cuando se le acercó el hombre llamado Gildon, que hacía las colleras de los caballos y las mulas y los zapatos de los negros, y le entregó un par de zapatos. Le había dado la orden el amo, y los había hecho especialmente para Kunta. Kunta los aceptó, asintiendo en señal de agradecimiento. Los examinó detenidamente antes de decidir probárselos. Era extraño tener eso en los pies, pero le quedaban muy bien; la parte delantera del pie derecho estaba rellena de algodón. El zapatero se agachó para atarle los cordones, y luego sugirió que Kunta caminara para ver cómo se sentía. El zapato izquierdo estaba bien, pero sentía una sensación extraña en el derecho mientras caminaba torpemente alrededor de la choza sin las muletas. Al verlo, el zapatero le dijo que eso se debía al muñón y no al zapato, y que ya se acostumbraría.

Más tarde, ese mismo día, Kunta se animó a caminar un poco más, viendo cómo se sentía, pero el pie derecho seguía molestándole, así que le sacó un poco de algodón antes de volver a ponerse el zapato. Se sentía mejor, hasta que por fin, cuando se animó a pisar con todo su peso, no sintió ningún dolor. De vez en cuando le parecía sentir un dolor en la parte que había perdido, como todas las mañanas cuando daba los primeros pasos, y miraba hacia abajo, siempre sorprendido, al descubrir que le faltaban los dedos del pie derecho. Pero no dejó de practicar, sintiéndose mucho mejor de lo que se atrevía a dejar entrever. Había temido que tendría que pasarse la vida sobre muletas.

Esa misma semana regresó el coche del amo, de un viaje, y el conductor negro, Luther, corrió a la choza de Kunta, invitándolo a acudir a la choza del violinista, donde le dijeron algo, sonrientes. Haciendo señas para indicar la casa grande, el violinista, con ayuda de palabras escogidas cuidadosamente, le hizo entender que ahora pertenecía al amo William Waller, que vivía en la casa grande.

-Luther dice que trajo los papeles del hermano del amo, que era tu dueño antes, así que ahora le perteneces a él-. Como de costumbre, Kunta no demostró lo que sentía. Estaba enojado y avergonzado de que pudiera "pertenecer" a alguien, pero al mismo tiempo sentía alivio, pues temía que algún día lo llevaran de vuelta a la otra "plantación", que era la palabra con que designaban las granjas toubobs. El violinista esperó a que se hubiera ido Luther antes de volver a hablar, en parte en beneficio de Kunta, en parte en beneficio propio.

-Los negros dicen que el amo William es bueno, y he visto a peores. Pero ninguno es bueno. Todos viven de nosotros, los negros. Los negros somos la mejor posesión que tienen.

CAPITULO 51

Casi todos los días, cuando terminaba sus tareas, Kunta regresaba a su choza y después de la oración vespertina, alisaba la tierra de un rectángulo del piso y con un palito trazaba caracteres arábigos, luego contemplaba durante un largo rato lo que había escrito, a menudo hasta la hora de la comida. Después lo borraba, y ya era el momento de reunirse con los otros a escuchar al violinista. Su plegaria y la escritura hacían que aceptara estar con los demás. De esa manera podía seguir siendo él mismo sin tener que estar solo. De todos modos, si hubieran estado en África, habría habido alguien como el violinista, y todos habrían ido con él, sólo que habría sido un músico ambulante además de griot, recorriendo las aldeas y cantando mientras tocaba su kora o su balaron entre las historias fascinantes de sus aventuras.

Igual que se hacía en África, Kunta había empezado a llevar el transcurso del tiempo echando una piedrita en una calabaza cada luna nueva. Primero echó doce piedritas redondas y multicolores por las doce lunas que había pasado en la primera granja toubob; luego puso seis más por el tiempo que llevaba en esa granja, y finalmente contó cuidadosamente 204 piedras por las 17 lluvias que había vivido en Juffure, y las echó en la calabaza. Sumando todas las piedritas, llegó a la conclusión que tenía 19 lluvias.

Así que, por más viejo que se sintiera, seguía siendo un hombre joven. ¿Pasaría el resto de su vida allí, como el jardinero, viendo cómo desaparecía su esperanza y su orgullo con el paso de los años, hasta que ya no le quedara nada por qué vivir, y se le hubiera terminado el tiempo? La idea lo llenó de horror, pero también con la decisión de no terminar sus días como el viejo, paseando su decrepitud por los canteros, sin saber cuál pie asentar primero. El pobre viejo ya estaba exhausto antes de la comida del mediodía, y a la tarde no hacía más que hacer como que trabajaba, y Kunta tenía que hacer todo el trabajo.

Todas las mañanas, mientras Kunta estaba inclinado sobre las plantas, Bell salía de la casa grande con su canasta (Kunta se había enterado de que era la cocinera de la casa grande) y elegía las hortalizas que necesitaba para preparar la comida del amo ese día. Pero durante todo el tiempo que estaba en la huerta ni siquiera miraba a Kunta, aunque pasaba frente a él Eso lo intrigaba y lo fastidiaba, especialmente cuando pensaba cómo lo había atendido a diario cuando luchaba por su vida, y cómo lo saludaba con la cabeza en la choza del violinista, a la noche. La odiaba; la única razón por la que lo había cuidado se debía a que el amo se lo había ordenado, Kunta deseaba saber lo que opinaba el violinista de este asunto, pero sabía que sus pocas palabras no le permitirían expresarse correctamente, además del hecho de que preguntarle acerca de eso sería bastante embarazoso.

Una mañana, al poco tiempo, el viejo no acudió al jardín, y Kunta supuso que estaría enfermo. Esos últimos días había estado más débil que de costumbre. Prefirió no ir a la choza del viejo a averiguar, y se puso a regar y a quitar las malezas, pues sabía que Bell iría en cualquier momento, y no le parecía bien que no encontrara a nadie.

Ella llegó unos minutos después, y, siempre sin mirar a Kunta, se dedicó a cortar las verduras, poniéndolas en la canasta. Kunta se quedó parado, con su azada, observándola. Cuando estaba a punto de marcharse, Bell se detuvo, miró a su alrededor, puso la canasta en el suelo y, echando una breve mirada a Kunta, se marchó. Estaba claro que le quería

decir que llevara la canasta hasta la puerta trasera de la casa grande, como solía hacer el viejo. Kunta sintió furia al pensar en todas las mujeres de Juffure que llevaban las canastas sobre la cabeza, en fila, pasando junto al árbol bantaba, donde siempre descansaban los hombres de Juffure. Tirando con fuerza la azada, estaba a punto de rezongar cuando se acordó que la mujer estaba muy próxima al amo. Rechinando los dientes, se agachó, recogió la canasta y siguió calladamente a la mujer. Al llegar a la puerta, Bell se dio vuelta y tomó la canasta como si no lo viera. Él regresó al jardín furioso.

Desde ese día Kunta se convirtió en el jardinero. El viejo, que estaba muy enfermo, iba de vez en cuando, cuando se sentía con fuerzas para caminar. Hacía algo mientras podía, por muy poco tiempo, y luego se arrastraba hacia su choza. A Kunta le hacía acordar a los viejos de Juffure que, avergonzados de su debilidad, seguían haciendo como que trabajaban hasta que tenían que refugiarse en sus canas, y por fin ya no se los veía más.

Lo único que Kunta aborrecía era tener que llevarle la canasta a Bell todos los días. La seguía hasta la puerta hablando en voz baja, le entregaba la canasta con toda la grosería a que se atrevía, daba media vuelta y rápidamente volvía a su trabajo. La detestaba, pero se le hacía agua a la boca cada vez que le llegaba hasta el jardín, el aroma de lo que cocinaba Bell.

Ya había echado la piedrita vigésimo segunda en la calabaza cuando, sin ninguna seña exterior de cambio, Bell le indicó que la siguiera y entrara en la casa una mañana. Después de un momento de duda, la siguió y puso la canasta sobre la mesa. Tratando de no mostrarse sorprendido ante las cosas extrañas del cuarto, que llamaban "cocina", estaba a punto de volverse cuando ella le tocó el brazo y le dio un bizcocho partido en dos, con algo que parecía carne fría en el medio. Como él la miró, sorprendido, ella le dijo: -¿Nunca has visto un sandwich? No te va a morder. Se supone que eres tú quien lo debes morder. Vete ahora.

A medida que pasaba el tiempo, Bell empezó a darle muchas más cosas que las que podía llevar en las manos, generalmente "borona", una especie de pan que no había probado nunca, junto con hojas de mostaza hervidas en su salsa. Él mismo había plantado las semillas diminutas de mostaza en la tierra del jardín abonada con la tierra negra del estercolero, y los tallitos verdes habían crecido rápidamente en abundancia. A él también le encantaba la manera en que ella cocinaba las arvejas silvestres que crecían en las guías que trepaban por los tallos de maíz. Nunca le daba carne de cerdo, aunque él no estaba seguro si era porque ella sabía algo. Siempre le devolvía los platos limpios, a los que les había pasado un trapo. Muchas veces la encontraba frente a la cocina en la que preparaba las comidas, pero algunas veces estaba de rodillas fregando el piso con cenizas de roble y un cepillo de cerdas duras. Aunque había veces en que quería decirle algo, nunca le salía mejor expresión que un gruñido en señal de agradecimiento, que ella ahora retribuía.

Un domingo, después de la comida de la tarde, Kunta había salido a estirar las piernas y andaba caminando por la choza del violinista dándose palmaditas en el estómago, cuando el moreno, que no había dejado de conversar durante la comida, interrumpió su monólogo para exclamar: -¡Qué te parece, estás engordando! -Estaba en lo cierto. Kunta nunca había tenido mejor aspecto, ni se había sentido mejor, desde Juffure.

Después de meses de incesante trenzado, para fortalecer los dedos, el violinista también se sentía mejor, desde que le rompieron la mano, y a la noche empezó a tocar el instrumento nuevamente. Sosteniendo el raro objeto en una mano, apoyado bajo la barbilla, el violinista rascaba las cuerdas con el arco, que parecía estar hecho de cerdas finísimas, y el público acostumbrado a las veladas, gritaba y aplaudía cuando terminaba cada canción. -Eso no es nada -solía decir él, disgustado-. Todavía no tengo los dedos ágiles.

Más tarde, cuando estuvieron solos, Kunta le preguntó: -¿Qué quiere decir "ágiles"?

El violinista flexionó y movió rápidamente los dedos. -¡Ágiles! ¡Ágiles! ¿Te das cuenta?-. Kunta asintió.
-Eres un negro afortunado, tú -siguió diciendo el violinista-. No haces más que estar en el jardín. Nadie tiene un trabajo más fácil que ése, excepto en plantaciones mucho más grandes que ésta.
Kunta pareció entender, y no le gustó nada. -Trabajo mucho -dijo. E indicando al violinista, sentado en su silla, agregó: Más que tú.
El violinista sonrió. -Tienes razón, africano.

CAPITULO 52

Los "meses", como llamaban a las lunas, transcurrían más rápidamente ahora, y la estación del calor, conocida como "verano" pasó en seguida, y empezó la cosecha, con más tareas para Kunta y los demás. Mientras los otros estaban ocupados con el trabajo pesado en los sembrados (incluyendo a Bell) él tenía que ocuparse de las gallinas, el ganado y los cerdos, además de la huerta. Cuando la cosecha del algodón estaba en su punto culminante lo llamaron para que manejara el carro entre los surcos. Excepto por la tarea de tener que alimentar a los inmundos cerdos, que casi lo descomponía, a Kunta no le importaba el trabajo extra, porque se sentía menos lisiado. Pero pocas veces llegaba a su choza antes del anochecer, y estaba tan cansado que a veces hasta se olvidaba de comer. Se sacaba solamente el viejo sombrero de paja y los zapatos -para aliviar el dolor del pie- y se tiraba sobre el colchón de chala, cubriéndose con la colcha de arpillera de algodón, y al rato dormía, vestido con la ropa que había traspirado.
Pronto cargaron los carros, de algodón, luego de choclos, mientras las doradas hojas de tabaco estaban rendidas, secándose. Ya habían matado a los cerdos, los habían trozado y puesto a humear sobre fuegos de nogal, y ya el aire se estaba poniendo frío. Todos se preparaban para el "baile de la cosecha", una ocasión tan importante que hasta el amo acudiría. Tal era la excitación de todos que Kunta decidió ir también, aunque nada más que para observar.
Para cuando se animó a ir, ya la fiesta había empezado hacía rato. El violinista, cuyos dedos habían vuelto a estar ágiles, estaba rascando las cuerdas, y otro hombre golpeaba dos huesos de vaca, marcando el compás. Alguien gritó: ¡Cakewalk! Se formaron parejas y se dispusieron ante el violinista. Las mujeres apoyaban la mano en la rodilla de los hombres para que éstos les ataran los cordones de los zapatos, luego el violinista gritaba: -¡A cambiar pareja! -Y cuando lo hacían, él empezaba a tocar con furia. Kunta vio que los pasos de los bailarines y los movimientos del cuerpo imitaban la siembra, el corte de madera, la cosecha del algodón, el mecer de las azadas, el trabajo de las horquillas para subir el heno a los carros. Todo era tan parecido a los bailes de la cosecha en Juffure que al poco tiempo Kunta empezó a llevar el compás con su pie bueno, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y miro a su alrededor, avergonzado, para ver si alguien lo había notado.
Nadie lo había visto. En realidad, en ese momento casi todos habían empezado a observar a una esbelta muchacha del cuarto kafo que giraba, liviana como una pluma, meneando la cabeza, poniendo los ojos en blanco y moviendo los brazos con gracia. Pronto los otros bailarines, exhaustos, se hacían a un lado para observar y recobrar el aliento. Hasta su compañero tenía dificultad en seguirla.

Por fin él abandonó, respirando con dificultad, y todos gritaron, y cuando ella dejó, dando traspiés, los concurrentes la vitorearon. La gritería aumentó cuando el amo Waller la premió con medio dólar. Sonriéndole ampliamente al violinista, que le devolvió la sonrisa, haciendo una reverencia, el amo se fue, entre más gritos de todos.
Pero el baile no había terminado, ni mucho menos, y las otras parejas, que ya habían descansado, volvieron a la pista, a bailar como antes, decididos, al parecer, a bailar la noche entera.
Kunta estaba acostado sobre su colchón, pensando en lo que había presenciado, cuando de repente alguien llamó a la puerta.
-¿Quién es? -preguntó, alelado, pues desde que vivía allí sólo en dos ocasiones había acudido alguien a su choza.
- ¡La abro a patadas, negro!
Kunta abrió la puerta, pues era la voz del violinista; inmediatamente olió alcohol en su aliento. Aunque eso le asqueó, no dijo nada, porque el violinista estaba desesperado por charlar y hubiera sido descortés no escucharlo sólo porque estaba borracho.
-¿Viste al amo? -dijo el violinista-. ¡No sabía que yo tocaba tan bien! ¡Vas a ver ahora si no va a arreglar para que toque ante otros blancos, por dinero! -Enloquecido de alegría, el violinista se sentó en el banquito de tres patas de Kunta, con el violín sobre la falda, y siguió parloteando.
-¡Yo he tocado con los mejores primeros violines, como segundo violín! ¿Has oído hablar de Gilliat, de Richmond? -Se interrumpió- ¡Por supuesto que no! Bueno, es el mejor violinista negro del mundo, y yo he tocado con él. Únicamente tocaba en los grandes bailes de los blancos, como el baile anual en ocasión de las carreras de caballos, y otros parecidos. Lo vieras con su violín dorado, y ropa de gala, con una peluca castaña, y vieras qué modales que tiene. Había un negro llamado London Briggs, que tocaba la flauta y el clarinete. ¡Minuets, danzas, bailes marineros, jigas, cualquier cosa!
El violinista siguió hablando de esa manera durante una hora entera, hasta que desaparecieron los efectos del alcohol. Le contó a Kunta acerca de los famosos cantantes esclavos que trabajaban en las fábricas de tabaco de Richmond; de otros famosos músicos esclavos que tocaban el "clavicordio", el "piano" y el violín, y que habían aprendido escuchando a los músicos toubobs provenientes de un lugar llamado "Europa", contratados para enseñarle a los hijos de los amos en las plantaciones.
La mañana siguiente, fría y vigorizante, trajo nuevas tareas. Kunta observó cómo las mujeres mezclaban sebo caliente, derretido, con lejía y agua, hervían el líquido, revolviéndolo, y luego lo enfriaban en bandejas de madera durante cuatro noches y tres días, y finalmente formaban pastillas rectangulares de jabón color marrón. Desagradado, vio que los hombres ponían a fermentar manzanas, duraznos y nísperos para hacer un líquido de olor inmundo que, llamaban "aguardiente", que metían en botellas y barriles. Otros mezclaban una arcilla rojiza, gomosa, con agua y cerdas secas para rellenar las grietas que aparecían en sus chozas. Las mujeres rellenaban los colchones con chalas, como el de Kunta, o con musgo seco. Hicieron un colchón para el amo, relleno con plumas de ganso.
Cada día que pasaba el aire se volvía más frío, y el cielo más gris, hasta que pronto el suelo empezó a cubrirse de nieve y de hielo, cosa que Kunta encontraba extraordinario, aunque desagradable. No pasó mucho antes de que los otros negros empezaran a hablar excitadamente de la "Navidad". Esa palabra parecía tener que ver con cantos, bailes, mucha comida, y regalos, lo que estaba muy bien, pero también estaba relacionada con el Alá de ellos, así que aunque Kunta disfrutaba ahora las reuniones en la choza del violinista, le pareció que sería conveniente apartarse hasta que las festividades paganas hubieran

terminado. Dejó de visitar al violinista, que cuando lo vio lo miró sorprendido, aunque no le dijo nada.
Y luego, rápidamente, llegó otra primavera, y mientras plantaba, arrodillado, en medio de sus surcos, Kunta recordaba la lozanía de los campos de Juffure para esa época del año. Y se acordaba de la felicidad con que retozaba, cuando era niño del segundo kafo, detrás de las hambrientas cabras en esa verde estación. Allí, en ese lugar, los negritos ayudaban a correr las ovejas y luego se peleaban para ver cuál montaría a las pobres bestias, que se debatían desesperadamente, mientras un hombre esquilaba la lana espesa y sucia con un par de tijeras. El violinista explicó a Kunta que llevarían la lana a algún lugar para que la limpiaran y la "cardaran", antes de que volviera a las mujeres para que hilaran las hebras, con las que harían la ropa de invierno.
Kunta trabajó duro en el jardín, desde el alba hasta la puesta de sol, sembrando, plantando y cultivando. A principios del mes de medio verano, llamado "julio", los que trabajaban en los sembrados regresaban extenuados a sus chozas todas las noches, después de apurarse a completar de cortar la hierba alrededor del algodón, que les llegaba a la cintura, y del maíz, ya pesado. Era un trabajo duro pero por lo menos había "abundante comida, pues los graneros estaban repletos de la cosecha del último otoño. Kunta pensó que en la misma época, en Juffure, a la gente les dolería el estómago de hambre, y estarían haciendo sopa de raíces, gusanos, hierba, y cualquier otra cosa que encontraran a mano, porque la cosecha y los frutos no habían madurado aún.
El acopio debía terminar para el segundo "domingo" de julio, según se enteró Kunta, y entonces los negros de las plantaciones de la zona -que se llamaba condado de Spotsylvania- tendrían permiso para viajar y reunirse. Como esa reunión tenía que ver con su Alá, nadie ni siquiera dijo a Kunta que se uniera a la veintena de negros que partía todos los domingos a la mañana, con el permiso del amo, en un carro.
Casi todos estuvieron ausentes esos días. Quedaban tan pocos, que nadie se habría dado cuenta si Kunta hubiera tratado de huir, pero él sabía que aunque había aprendido a desplazarse y a ser útil, nunca podría llegar muy lejos antes de que un cazador de esclavos lo avistara. Aunque se avergonzaba de reconocerlo, había empezado a preferir la vida que le permitían vivir en la plantación, a que lo apresaran y probablemente lo mataran si volvía a huir. En el fondo de su corazón sabía ahora que nunca volvería a ver su hogar, y sentía que dentro de sí moría algo precioso e irrecuperable. Pero la esperanza seguía viva. Si bien no volvería a ver más a su familia, tal vez podría llegar a tener una familia propia.

CAPITULO 53

Había transcurrido otro año, con tanta rapidez que Kunta no podía creerlo, y las piedritas de su calabaza le revelaron que había alcanzado su vigésima lluvia. Nuevamente hacía frío, y era la estación de la "Navidad". Si bien no había cambiado de opinión acerca del Alá de los negros, parecían pasarla tan bien que empezó a pensar que su propio Alá no tendría ninguna objeción si él simplemente observaba las actividades durante la estación festiva.
Dos de los hombres habían recibido un pase de manos del amo Waller para viajar durante una semana entera y estaban preparando las maletas para ir a visitar a sus amigos, que vivían en otras plantaciones. Uno de los hombres iba a conocer a un bebé. Excepto la choza de estos dos hombres -y la de Kunta- todas las demás eran escenario de toda clase de preparativos, especialmente la confección de ropa de fiesta, con encajes y cuentas de colores. También empezaban a sacar nueces y manzanas de su lugar de almacenaje.

En la casa grande, en todas las ollas y cacerolas de Bell se cocinaban batatas y conejos, y había olor a cerdo asado. Se preparaban platos de muchos animales de los que Kunta no había ni siquiera oído hablar antes de llegar a ese país, como pavos y zarigüeyas. Aunque al principio no se animaba, los suculentos aromas pronto lo persuadieron a probar de todo, con la excepción de cerdo, por supuesto. Tampoco le interesó probar los licores que el amo les había prometido a los negros: dos barriles de sidra, otro de vino, y un barril pequeño de whisky que había traído de otra parte, en el coche.

Kunta se dio cuenta de que muchos ya empezaban a probar las bebidas de antemano, en especial el violinista. Además de las bufonadas de los borrachos, los niños negros corrían de aquí para acá con vejigas disecadas de cerdo insertadas en un palo, acercándose cada vez más al fuego hasta que las vejigas explotaban con un ruido fuerte en medio de la risa y la gritería general. A Kunta le parecía todo esto muy estúpido y repugnante.

Cuando por fin llegó el día, todos empezaron a comer y a beber en serio. Desde la puerta de su choza, Kunta vio llegar a los invitados de los amos, que acudían a almorzar, y más tarde, cuando los esclavos se reunieron junto a la casa grande y empezaron a cantar, dirigidos por Bell, vio que el amo abría una ventana, sonriendo. Él y los otros blancos salieron y se pusieron a escuchar, como en un trance. Después el amo dijo a Bell que enviara al violinista para que tocara para él y sus invitados.

Kunta comprendía que todos hicieran lo que se les ordenaba, pero no que disfrutaran, además. Y si los blancos querían tanto a los negros para hacerles regalos, ¿por qué no los hacían realmente felices, dándoles la libertad? Aunque dudaba que muchos, verdaderos animales domésticos, pudieran sobrevivir a menos que los cuidaran, cosa que él no necesitaría.

Pero, ¿estaba él mejor que ellos? ¿Era tan diferente? No podía negar que lenta pero seguramente, él iba aceptando la manera de ser de los otros. Le preocupaba principalmente su profunda amistad con el violinista. El hecho de que bebiera lo ofendía, pero sin embargo, ¿no tenía derecho un pagano a portarse como tal? También le molestaba su falta de modestia, aunque suponía que no le mentía cuando le contaba todas esas cosas de las que se jactaba. Lo que más le molestaba era el sentido del humor, vulgar e irreverente, de su amigo, y odiaba que lo llamara "negro" de esa manera. Sin embargo, ¿no le había enseñado a hablar el violinista? ¿No Habia sido su amistad la que había facilitado la relación de Kunta con los demás? Kunta estaba decidido a conocer mejor al violinista.

Cuando se diera el momento propicio, en la mejor forma indirecta que pudiera, le haría algunas de las preguntas que le preocupaban. Pero agregó dos piedritas más a la calabaza antes de que llegara la ocasión. Era un domingo a la tarde, en que nadie trabajaba, y se dirigió a la última choza. El violinista estaba muy tranquilo, lo que en realidad era extraño.

Después de intercambiar saludos, los dos se quedaron callados durante un rato. Luego, para decir algo, Kunta comentó que le había oído decir a Luther, el negro que conducía el coche del amo, que en todos los lugares donde iban los blancos no hacían más que hablar de "impuestos". ¿Qué era eso?

-Los impuestos son dinero que tienen que pagar extra los blancos cuando compran cualquier cosa -le explicó el violinista-. Ese rey que vive del otro lado del mar cobra los impuestos, para seguir siendo rico.

Era tan extraño que el violinista no se explayara, que Kunta supuso que estaría de mal humor. Descorazonado, se quedó sentado en silencio durante un rato, hasta que por fin se animó a hacerle la pregunta que lo tenía intrigado: -¿Dónde estuviste antes de aquí?

El violinista lo miró durante un largo momento, lleno de tensión. Luego habló, con un tono cortante: -¡Ya sabía yo que a todos los negros les preocupaba eso! No se lo diría a nadie, pero tú eres distinto.

Miró fijamente a Kunta. -¿Sabes por qué eres distinto? ¡Porque no sabes nada! Te trajeron robado, te cortaron el pie, y crees que has tenido que soportarlo todo. Pues tú no eres el único que ha sufrido. -Había enojo en su voz-. ¡Si alguna vez repites lo que te voy a contar, te corto la cabeza!
- ¡No diré nada! -declaró Kunta.
El violinista se inclinó hacia adelante y empezó a hablar en voz baja, para que no lo oyeran. -El amo que yo tenía en Carolina del Norte se ahogó. Ahora ya no importa eso. De cualquier modo, esa misma noche me escapé, y él no tenía mujer ni hijos que me reclamaran. Me escondí con los indios hasta que me pareció que no había peligro en venir aquí a Virginia para seguir tocando el violín.
-¿Qué es "Virginia"? -preguntó Kunta.
-Hombre, tú si que no sabes nada, ¿eh? Virginia es esta colonia en que vives, si es que a esto se le puede llamar vida.
-¿Qué es una colonia?
-Eres más torpe de lo que pareces. Hay trece colonias que componen este país. Al Sur de aquí están las Carolinas, y al Norte están Maryland, Pennsylvania, Nueva York, y otras más. Yo nunca he estado allí, como casi todos los negros. He oído decir que muchos blancos en el Norte no tienen esclavos, y ponen en libertad a los negros. Yo soy una especie de negro medio libre. Tengo que estar cerca de algún amo en caso de que me encuentren los patrulleros.
-Kunta no entendía nada, pero hizo como que entendía, porque no tenía ganas de que lo volvieran a insultar.
- ¿Has visto alguna vez a un indio? -preguntó el violinista. Kunta dudó antes de responder.
-He visto a alguno.
-Vivían aquí antes que los blancos. Los blancos dicen que ya estaban aquí antes que Colón descubriera el lugar. Pero si encontró a los indios aquí, entonces no descubrió nada, ¿no? -El violinista se estaba entusiasmando con el tema.
-Para el blanco, los que han vivido en un lugar antes que él no cuentan. Para él, son salvajes.
El violinista hizo una pausa para festejar su rasgo de ingenio, y luego prosiguió. -¿No has visto nunca las tiendas de los indios?
-Kunta negó con la cabeza. El violinista extendió tres dedos y los cubrió con un trapo-. Los dedos son los postes y el trapo son cueros. Viven adentro. -Sonrió-. Como eres del África, creerás que sabes todo acerca de la caza y cosas por el estilo, pero nadie es tan bueno para cazar ni para viajar como los indios. Una vez que van a algún lado, lo recuerdan como si tuvieran un mapa en la cabeza. Pero las mamas indias llevan a sus hijos sobre la espalda, igual que en África.
Kunta se sorprendió que el violinista lo supiera, y no escondió su estupor. El violinista volvió a sonreír y continuó la lección. -Algunos indios odian a los negros, y otros nos quieren. Los problemas que tienen los indios con los blancos son por los negros y la tierra. Los blancos quieren toda la tierra de los indios y odian a los indios que esconden a los negros. -Los ojos del violinista escudriñaron el rostro de Kunta-. Ustedes los africanos, y los indios, cometen el mismo error: permitirle al blanco que permanezca en los lugares donde viven. Una vez que lo invitan a comer y a dormir, les da una patada o los ponen prisioneros.
El violinista volvió a hacer una pausa. Luego, de repente, dijo:
-Eso es lo que me enfurece de ustedes, los negros africanos. He conocido a cinco o seis, que actuaban como tú. No sé por qué me metí contigo, en primer lugar. Vienen aquí y se piensan que todos los negros deberían ser como ustedes. ¿Cómo vamos a saber nada del África? Nunca hemos estado allí, y tampoco vamos a ir. -Miró enojado a Kunta, y se calló.

Temeroso de provocar otro estallido, Kunta se fue sin decir nada más, molesto por lo que le había dicho el violinista. Pero una vez en su choza, cuanto más pensaba acerca de sus palabras, mejor se sentía. El violinista se había quitado la máscara; eso quería decir que empezaba a confiar en Kunta. Por primera vez en esas tres lunas fuera de su tierra natal, Kunta empezaba a conocer a alguien.

CAPITULO 54

Los días siguientes, mientras trabajaba en el jardín, Kunta no dejaba de pensar en el tiempo que le había llevado darse cuenta de lo poco que sabía acerca del violinista, y en todo lo que le faltaba saber. Pensaba también en la máscara que llevaba el viejo jardinero, a quien iba a visitar de vez en cuando. Tampoco conocía mucho mejor a Bell, aunque todos los días intercambiaban algunas palabras, o más bien Kunta escuchaba, mientras comía lo que ella le daba, aunque por lo general hablaba de cosas pequeñas e impersonales. Le parecía que Bell y el jardinero algunas veces empezaban a decir algo, o sugerían algo, pero nunca terminaban. Ambos eran cautos, en general, pero mucho más con él. Decidió llegar a conocerlos mejor. Durante la siguiente visita al jardinero, empezó, a la usanza mandinga, a hacerle preguntas acerca de algo que le había contado el violinista. Kunta le dijo que había oído hablar de los "patrulleros", pero que no sabía quiénes eran.

-Son basura blanca, que nunca han tenido un negro en la vida -dijo el jardinero, excitado-. Hay una vieja ley en Virginia, según la cual se deben patrullar los caminos, o donde pueda haber negros, y si ven a alguno sin pase escrito por el amo lo azotan y lo meten en la cárcel. Y los encargados de hacerlo son esa basura blanca, a quienes les encanta capturar y castigar a los negros de los demás, porque ellos nunca fueron dueños de nadie. ¿Sabes por qué? Porque todos los blancos se mueren de miedo de que algún negro planee una rebelión. Nada les gusta más a los patrulleros que abordar a un negro, sospechar de él, y desnudarlo tal como vino al mundo, delante de su mujer y sus hijos, y allí mismo castigarlo.

Al ver el interés de Kunta, y contento con su visita, el jardinero continuó: -El amo nuestro no aprueba esa manera de actuar. Por eso no tiene capataz. Dice que no quiere que nadie castigue a sus negros. Dice a sus negros que se vigilen ellos mismos, que trabajen lo mejor que puedan, y que no quebranten las reglas. Dice que el sol no se pondrá para el negro que quebrante las reglas.

Kunta sentía curiosidad por saber cuáles serían las reglas, pero el jardinero seguía hablando. -La razón por la que el amo es como es, se debe a que ya era rico antes que su familia viniera de Inglaterra, del otro lado del mar. Los Wallers siempre han sido como los demás quieren hacer creer que son. Porque la mayoría de estos amos no son más que cazadores de conejos, que se consiguieron un pedazo de tierra y uno o dos negros a los que hicieron trabajar hasta reventar, y así empezaron a hacer dinero.

"No hay muchas plantaciones con muchos esclavos. En la mayoría no hay más que de uno a cinco o seis esclavos. Aquí somos veinte, así que ésta es una plantación grande. Me han dicho que dos de cada tres blancos no tienen ningún esclavo. En las plantaciones verdaderamente grandes, con cincuenta o cien esclavos, son las que están llenas de los peores negros. Hay muchas junto a los ríos, en Luisiana, Mississippi y Alabama, y en las costas de Georgia y de Carolina del Sur, donde cultivan arroz.

-¿Cuántos años tienes? -le preguntó Kunta de repente. El jardinero lo miró. -Más viejo de lo que supones tú o suponen los demás. -Se quedó pensando un rato-. Cuando era niño, oí el grito de guerra de los indios.

Después de quedarse callado un momento, con la cabeza baja, levantó la vista y empezó a cantar: - Ah yah, tair wibam, boo-wah. -Kunta estaba alelado-. Kee lay zee day nic olay, man lun dee nic o lay ah wah nee. -El viejo se detuvo y dijo-: Mi mamá solía cantarlo. Me decía que se lo había enseñado la mamá de ella, que vino del África, igual que tú. ¿Sabes por las palabras de dónde era?
-Parece que de la tribu serere -dijo Kunta-. Pero no conozco esas palabras. Oí hablar en serere en el barco en que vine.
El viejo jardinero miró furtivamente a su alrededor. -Mejor me callo y no canto más. Me puede oír algún negro y contárselo al amo. Los blancos no quieren que los negros hablen en africano.
Kunta estaba a punto de decir que no había duda que el viejo también era de Gambia, de la sangre de los jolofs, que tienen narices respingadas, labios chatos y la piel más negra que el resto de las tribus de Gambia. Pero cuando el jardinero dijo eso, Kunta decidió que era mejor no hablar de esas cosas. Así que cambió de tema, y le preguntó al viejo de dónde era y que cómo había ido a dar a esa plantación. El jardinero no contestó en seguida. Pero finalmente dijo: -Un negro que ha sufrido como yo sabe muchas cosas -miró cuidadosamente a Kunta, como si estuviera a punto de decidir si continuar o no-. Yo de joven era un hombre fuerte. Podía doblar en dos una palanca contra la pierna. Era capaz de levantar un saco de cereal que tumbaría a una mula. O podía levantar a un hombre del cinturón con el brazo extendido. Pero el amo que tenía me hacía reventar trabajando, y me castigaba, hasta que después me vendió a este amo para pagar una deuda. -Hizo una pausa-. Ahora estoy débil, y lo único que quiero hacer es descansar.
Estudió detenidamente a Kunta. -No sé por qué te he contado estas cosas. No puedo quejarme de cómo estoy. El amo no va a venderme mientras piense que sirvo para poco. He visto que has aprendido rápido a trabajar en el jardín. -Se detuvo-. Yo podría ayudarte más, aunque no mucho más. No sirvo demasiado -dijo con tristeza.
Kunta le agradeció el ofrecimiento, pero le aseguró que él podía arreglárselas bien. Unos minutos después se excusó. Camino a la choza, se enojó consigo mismo por no sentir más compasión por el viejo. Lamentaba que hubiera sufrido tanto, pero no podía sentir mucho respeto por alguien que dejaba de luchar.
Al día siguiente Kunta decidió sondear a Bell. Como sabia que su tema favorito de conversación era el amo Waller, empezó preguntándole por qué no se había casado. -Seguro que se casó, con la señora Priscilla. Se casaron el año que yo vine aquí. Ella era bonita, como un pajarito. Y así de pequeña. Por eso murió, cuando dio a luz a una niña, que también murió. La época más triste de esta casa. El amó nunca volvió a ser el mismo hombre. No hace más que trabajar y trabajar, como si quisiera matarse trabajando. No hay nadie enfermo o herido que él no ayude. El amo no podría dejar a un gato enfermo sin tratar de curarlo, o a un negro herido, como ese violinista con el que estás siempre, o como tú, cuando te trajeron aquí. Estaba tan furioso por lo que te hicieron con el pie, que te compró a su hermano John. Aunque no fue él quien lo hizo, sino esos cazadores de esclavos que contrató, que dijeron que trataste de matarlos.
Kunta escuchaba, y se daba cuenta de que recién empezaba a apreciar las cualidades individuales de los blancos. Le sorprendía también que éstos fueran capaces de sufrir como seres humanos, aunque en general era imposible perdonarlos por la manera en que actuaban. Tenía ganas de hablar bien el idioma de los blancos para poder decirle todo esto a Bell, y para contarle el cuento de su abuela Nyo Boto acerca del cocodrilo atrapado, que terminaba con las palabras: "En el mundo, a menudo se paga el bien con el mal".
Al pensar en su casa, se acordó de algo que hacía mucho le quería decir a Bell, y ese le pareció un buen momento. Excepto por su color moreno, le dijo con orgullo, parecía una hermosa mandinga.

No tuvo que esperar mucho su comentario a ése gran cumplido. -¿Qué son estas tonterías de que hablas? -dijo ella, irritada-. ¡No sé cómo los blancos siguen vaciando cargamentos de negros africanos como tú!

CAPITULO 55

Bell no le dirigió la palabra a Kunta durante el mes siguiente, y hasta empezó a llevar ella misma la canasta llena de verduras hasta la casa grande. Luego, un lunes a la mañana, salió corriendo al jardín, con los ojos abiertos como platos de la excitación, y exclamó: -¡Se acaba de ir el sheriff! Le dijo al amo que ha habido batallas en el Norte, en un lugar llamado Boston. Son los blancos, furiosos por los impuestos del rey del otro lado del mar. El amo ordenó a Luther que atara el caballo al coche, para ir a la cabecera del condado. ¡Está tan preocupado!

A la hora de la comida nocturna, todos los negros se reunieron en la choza del violinista, para oír la opinión de éste y del jardinero, que era el más viejo de todos los esclavos. El violinista era el que más había viajado.

- ¿Cuándo fue? -preguntó alguien, y el jardinero dijo-: Bueno, las cosas que sabemos ahora, deben haber pasado hace bastante allá en el Norte.

El violinista agregó: -Me han dicho que de Boston a Virginia, los caballos más veloces tardan diez días.

El cabriolé del amo regresó a la caída del sol. Luther corrió a reunirse con los demás negros para darles las últimas noticias: -Dicen que una noche la gente de Boston se enojó tanto por los impuestos del rey, que marcharon contra los soldados. Los soldados empezaron a disparar, y el primero que mataron fue un negro llamado Crispus Attucks. La llaman la "matanza de Boston".

Poco se dijo de nuevo durante los días siguientes. Kunta no entendía bien lo que sucedía, y estaba sorprendido de que tanto los blancos como los negros estuvieran tan interesados en algo que sucedía tan lejos. Ahora cada día pasaba algún esclavo por el camino con alguna noticia. Y Luther traía informes regularmente de lo que había oído decir a los esclavos, que encontraba durante los viajes del amo, cuando iba a socorrer a algún enfermo o a discutir lo que sucedía en Nueva Inglaterra con los amos de otras casas grandes, o cuando visitaba las cabeceras de los condados vecinos.

-Los blancos no tienen secretos -le dijo el violinista a Kunta-. Están rodeados de negros. Hagan lo que hagan, vayan donde vayan, siempre hay algún negro escuchando. Si hablan cuando comen, hay alguna sirvienta, que parece estúpida, pero que recuerda todo lo que oye. Aun cuando los blancos están tan asustados que empiezan a deletrear las palabras, para que no entiendan los negros, al poco tiempo algún negro empieza a repetir lo que dijeron, letra por letra, hasta que encuentran un negro que sabe leer y les dice qué dijeron los blancos. Los negros no duermen hasta que no se enteran de qué dijeron los blancos.

Los sucesos del Norte empezaron a llegar, uno a uno, todo el verano, y luego en el otoño. Luther empezó a decir que no sólo eran los impuestos lo que los preocupaba a los blancos del Norte.

-Dicen que en algunos condados hay el doble de negros. Están preocupados porque el rey del otro lado del mar dé la libertad a estos negros para que luchen contra los blancos. -Luther esperó a que pasaran las exclamaciones de sorpresa de su auditorio-. En realidad -dijo- dicen que algunos blancos tienen tanto miedo que cierran las puertas con llave a la noche, y ya no hablan delante de los negros.

Durante todas esas semanas, Kunta se pasaba horas enteras, acostado, pensando en la "libertad". Eso quería decir que no habría amos, que uno podría hacer lo que se le antojara, que podría ir donde quisiera. Pero era ridículo, pensaba, que los blancos llevaran a los negros toda esa distancia por el mar para luego darles la libertad. Eso no sucedería nunca.
Poco antes de Navidad llegaron unos parientes del amo, de visita, y el conductor del coche, que comía hasta reventar en la cocina de Bell, la tuvo al tanto de las últimas noticias. -Me han dicho que en Georgia hay un negro llamado George Leile, y los blancos bautistas le han dado permiso para predicar a los negros de las costas del río Savannah. Dicen que va a fundar la Iglesia Bautista Africana en Savannah. Es la primera vez que oigo hablar de una iglesia negra...
Bell dijo: -Yo oí hablar de otra, en Petersburg, aquí en Virginia. Pero dime, ¿has oído algo de los problemas de los blancos del Norte?
-Bueno, me dijeron que los blancos tuvieron una reunión muy importante en Filadelfia. La llamaron el Primer Congreso Continental.
Bell ya había oído hablar de eso. Lo había leído, con mucho trabajo, en la "Gaceta" de Virginia, de su amo Waller, y luego le había pasado la información al violinista y al jardinero. Eran los únicos que sabían que ella sabía leer un poco. Discutiendo ese aspecto, no hacía mucho, los dos hombres le habían dicho que era conveniente que Kunta no se enterara de su habilidad. Era verdad que sabía guardar un secreto, y entendía muchas cosas, lo que era raro dado que hacía poco que llegaba del África, pero no podría apreciar lo peligroso que podía ser si el amo se enteraba de que podía leer; la vendería ese mismo día.
Para comienzos del año siguiente -1775- todas las noticias que recibían tenían alguna relación con Filadelfia. Según lo que oía Kunta, estaba claro que los blancos tenían un conflicto muy serio con el rey del otro lado del mar, del lugar llamado Inglaterra. Un amo, llamado Patrick Henry, había exclamado "¡Dadme la libertad, o la muerte!" A Kunta le gustaron esas palabras, aunque no entendía cómo podía haberlas pronunciado un blanco. A él los blancos le parecían bastante libres.
Al mes llegó la noticia de que dos blancos, llamados William Dawes y Paul Reveré, habían corrido a todo galope para informar a alguien, que cientos de soldados del rey marchaban a un lugar llamado Concord, a destruir los fusiles y las municiones depositados allí. Poco después se enteraron que en una batalla furiosa, llamada Lexington, habían muerto doscientos soldados del rey. Dos días después llegó la noticia de que habían caído otros mil en una sangrienta batalla ocurrida en un lugar llamado Bunker Hill. -Los blancos en la cabecera del condado se ríen de los soldados del rey; dicen que sus uniformes son rojos para que no se les note la sangre -dijo Luther-. Me han dicho que también se ha derramado sangre negra, pues pelean junto a los blancos. -Dondequiera que iba se oía que los amos de Virginia se mostraban más desconfiados que de costumbre con los esclavos: -¡Incluso con los negros que hace más tiempo que están en la casa!
Luther estaba consciente de su nueva importancia ante los esclavos. Cuando llegó de un viaje en junio, había todo un auditorio expectante. -Han elegido a un amo llamado George Washington para que comande el ejército. Un negro me dijo que le han dicho que tiene una gran plantación, con muchos esclavos. -Dijo que también había oído que habían liberado a unos esclavos en Nueva Inglaterra para que ayudaran a pelear contra los realistas,
- ¡Lo sabía! -exclamó el violinista-. Van a arrastrar a los negros para que los maten, como sucedió la otra vez, en la guerra contra los franceses y los indios. Y no bien termine, los blancos volverán a azotar a los negros.
-A lo mejor no -dijo Luther-. He oído que unos blancos que se llaman cuáqueros han formado una sociedad antiesclavista en Filadelfia. ¿Me parece que hay unos blancos que no quieren que los negros sean esclavos.

-Yo tampoco -dijo el violinista.
Bell aportaba noticias de vez en cuando, que parecía haber discutido con el amo, aunque finalmente reconoció que cuando el amo tenía invitados, ella escuchaba por el agujero de la cerradura, porque ahora le decía que se retirara una vez que había terminado de servir, y él cerraba la puerta con llave. -Y conozco a ese hombre como si fuera su mamá -decía, indignada.
-¿Qué dijo, después de cerrar la puerta? -preguntó con impaciencia el violinista.
-Bueno, esta noche dijo que no había otra salida, excepto luchar contra los ingleses. Esperan que van a mandar barcos cargados con soldados. Dice que hay doscientos mil esclavos aquí no más, en Virginia, y la mayor preocupación es que los ingleses levantan a los esclavos contra sus amos. El amo dice que él es leal al rey, pero que no hay nadie que pueda soportar esos impuestos.
-El general Washington no permite que alisten a más negros en el ejército -dijo Luther-, pero hay unos negros liberados en el Norte que dicen que son parte de este país, y que quieren luchar.
-Y seguro que lo van a hacer, cuando maten a bastantes negros -dijo el violinista-. Esos negros libres están locos.
Pero las noticias de la semana siguiente fueron aún más importantes. Lord Dunmore, gobernador real de Virginia, había proclamado la libertad de todos aquellos esclavos que abandonaran las plantaciones para servir en la flota inglesa de barcos pesqueros y fragatas.
Bell dijo: -Un hombre que vino a cenar le contó al amo que hay rumores de que muchos esclavos de quienes se sospechaba que se unirían a los ingleses, o que hablaban de eso, han sido atados y puestos presos. Dicen que van a tratar de colgar a ese lord Dunmore.
Un día el amo Waller llamó a Bell a la sala y dos veces le leyó lentamente un artículo de la "Gaceta" de Virginia. Le ordenó que se lo mostrara a los esclavos, y le entregó el diario. Ella obedeció, y todos reaccionaron igual que ella, no tanto con miedo como con ira. "Negros, no os atreváis a abandonarnos; nosotros podremos sufrir, pero vosotros ciertamente sufriréis".
Ese año la Navidad no fue más que una palabra. Llegaron rumores de que lord Dunmore había huido de una multitud, refugiándose en un barco. Una semana más tarde les llegó la increíble noticia de que Dunmore, con su flota frente a Norfolk, había ordenado que evacuaran la ciudad en una hora. Luego empezó a bombardear la ciudad con sus cañones, incendiándola y reduciéndola a cenizas. En lo que quedaba de ella faltaba agua y comida, y se había declarado una peste. Los cadáveres flotaban en el agua de la playa, arrastrados por la marea. -Los están enterrando en la arena -dijo Luther-. Hay un montón de negros muriéndose de hambre, atemorizados por los barcos ingleses.
Meditando acerca de estos terribles acontecimientos, Kunta pensaba que, en cierta forma muy difícil de comprender, todo ese sufrimiento debía tener algún significado, alguna razón, que debía ser la voluntad de Alá. Lo que fuera a suceder ahora, tanto a los blancos como a los negros, era por su designio.
Fue a comienzos de 1776 que Kunta y los otros se enteraron que un general Cornwallis había llegado de Inglaterra con muchísimos soldados y marinos, y trataban de cruzar el río York cuando los dispersó una tormenta. Luego se enteraron que se había reunido un nuevo Congreso Continental, y que un grupo de amos de Virginia habían propuesto la separación total de Inglaterra. Luego transcurrieron dos meses con noticias menores, y entonces Luther regresó de la ciudad cabecera del Condado con la noticia de que en una reunión, el 4 de julio, había habido una Declaración de Independencia.
En viajes subsiguientes Luther regresó con noticias de que en Baltimore habían paseado en una carretilla a un rey de paja, de tamaño natural, y que lo habían tirado a una fogata, mientras la gente reunida gritaba "¡Tirano! ¡Tirano!" Y en Richmond había habido

descargas cerradas de fusiles en medio de griterías de blancos, que agitaban antorchas y brindaban. En las chozas de los esclavos, el viejo jardinero dijo: -No hay razón para que los negros celebren nada. Aquí, o Inglaterra, todos son blancos.
Un día Bell corrió a la choza de los esclavos con noticias que había oído de un invitado: la legislatura acababa de pasar un edicto mediante el cual decía que iban a incorporar negros en el ejército para que tocaran el tambor, el pífano, o abrieran el camino.
-¿Qué quiere decir "abrir el camino"? -preguntó un labrador.
-Quiere decir que los ponen adelante, para que los maten -explicó el violinista.
Luther pronto trajo una descripción emocionante de una gran batalla en la misma Virginia, con esclavos luchando en ambos bandos. En medio de una descarga de disparos de mosquetes hechos por cientos de soldados ingleses y "tories", secundados por un grupo de convictos y de negros, una fuerza más pequeña, de "coloniales" de uniforme blanco, acompañados por negros, había sido obligada a trasponer un puente, pero en la retaguardia, un soldado esclavo, llamado Billy Flora, había arrancado suficientes tablas del puente, lo que obligó a los ingleses a retroceder, salvando así a las fuerzas coloniales de un inminente desastre.
-¡Destruir un puente así! ¡Debe haber sido un negro muy fuerte! -exclamó el jardinero.
Cuando los franceses entraron en la guerra, del lado de los coloniales, en 1778, Bell les dijo que todos los estados estaban autorizando que se alistaran esclavos, prometiéndoles la libertad cuando terminara la guerra. -Ahora quedan nada más que dos estados que no permiten que luchen los negros, Carolina del Sur y Georgia.
- ¡Esa es la primera cosa buena que oigo decir acerca de alguno de esos dos! -dijo el violinista.
En mayo de 1781 se enteraron que los soldados ingleses, a caballo, habían destrozado la plantación del amo Thomas Jefferson, llamada Monticello. Habían destruido los sembrados, dispersado el ganado, y se habían apoderado de todos los caballos, y de treinta esclavos. -Los blancos dicen que hay que salvar a Virginia -les dijo Luther, y al poco tiempo les trajo la noticia de que todos los blancos estaban contentos, porque el ejército del general Washington se dirigía hacia allá-. ¡Y hay muchísimos negros! -En octubre se enteraron que las fuerzas combinadas de Washington y Lafayette habían bombardeado Yorktown, atacando al inglés Cornwallis. Y pronto se enteraron de otras batallas libradas en Virginia, Nueva York, Carolina del Norte, Maryland, y otros estados. Luego, durante la tercera semana de ese mes llegó una noticia que entusiasmó hasta a los esclavos-: ¡Cornwallis ha capitulado! ¡La guerra ha terminado! ¡Somos libres!
Luther casi no tenía tiempo para dormir, de tantos viajes que tenía que hacer, y el amo había vuelto a sonreír, por primera vez después de años, según Bell.
-En todas las partes en que he estado, los negros gritan tanto como los blancos -dijo Luther.
Pero dijo que los esclavos de todas partes estaban especialmente contentos por el éxito de su héroe especial, "el viejo Billy" Flora, que había sido dado de alta recientemente y que había vuelto con su fiel mosquete, a Norfolk.
- ¡Vengan todos aquí! -gritó Bell al rato-. El amo me acaba de decir que han nombrado a Filadelfia capital de los Estados Unidos. -Pero fue Luther quien les dijo, después-: El amo Jefferson ha pasado una ley de manumición. Según ella, los amos tienen el derecho de dar la libertad a los esclavos, pero cuentan que los cuáqueros, los que están contra la esclavitud y los negros liberados del Norte están enojados porque la ley dice que los amos no están obligados a darles la libertad, a menos que lo deseen.
Cuando el general Washington licenció el ejército, a principios de noviembre de 1783, terminando formalmente la guerra que todos habían empezado a llamar "de los siete años", Bell les dijo a todos los esclavos. -El amo dice que ahora habrá paz.

-Nunca habrá paz, mientras haya blancos -dijo amargamente el violinista-, porque no hay nada que les guste más que matar.
-Escudriñó los rostros de los que lo rodeaban-. Acuérdense de lo que les digo, va a ser peor para nosotros los negros.
Kunta se quedó con el viejo jardinero, charlando. -Has visto muchas cosas desde que llegaste. ¿Cuánto hace que estás aquí?
-Kunta no lo sabía, y eso lo preocupaba.
Esa noche, una vez solo, Kunta pasó varias horas apilando cuidadosamente, en grupos de doce, todas las piedritas multicolores que había estado depositando religiosamente en la calabaza cada luna nueva. Se quedó tan sorprendido por lo que averiguó, que el jardinero se quedó sin saber la respuesta. Alrededor de él, sobre el piso de tierra de la choza, había diecisiete pilitas. ¡Tenía treinta y cuatro lluvias! En el nombre de Alá, ¿qué le había sucedido a su vida? Había vivido en la tierra de los hombres blancos la misma cantidad de años que en Juffure. ¿Seguía siendo africano, o se habría convertido en un "negro"? ¿Seguía siendo un hombre? Tenía la misma edad de su padre, la última vez que lo había visto, pero sin embargo no tenía hijos propios, ni esposa, ni familia, ni aldea, ni tribu, ni patria. Tampoco tenía un pasado que le pareciera verdadero, ni un futuro. Gambia le parecía un sueño lejano. ¿O es que aún dormía? Y en ese caso, ¿llegaría a despertar alguna vez?

CAPITULO 56

Kunta no tuvo que pensar mucho más en el futuro, porque a los pocos días llegó una noticia que dejó atónitos a todos los que vivían en la plantación. Bell fue la portadora, y la trasmitió sin aliento, después de escuchar una entrevista del amo con el sheriff, mantenida a puertas cerradas. Habían capturado a una esclava, que había confesado, al ser azotada, que su torpe itinerario de huida había sido trazado por el cochero del amo, Luther.
El amo corrió a la choza de los esclavos antes que Luther pudiera escapar, lo enfrentó con la evidencia en presencia del sheriff y le exigió la verdad. Aterrorizado, Luther confesó que sí. Rojo de rabia, el amo levantó el brazo para pegarle, pero cuando Luther suplicó clemencia, lo volvió a bajar y se quedó mirando a Luther durante un largo rato, con lágrimas en los ojos.
Por fin habló, con un tono muy tranquilo de voz: -Sheriff. arreste a este hombre, y llévelo a la cárcel. Deberá ser vendido en la próxima venta de esclavos-. Sin decir otra palabra, se volvió y regresó a la casa, ignorando los sollozos angustiados de Luther.
Recién empezaban a pensar en quién reemplazaría a Luther como cochero del amo, cuando Bell acudió a las chozas de los esclavos una noche y le dijo a Kunta que el amo quería verlo de inmediato. Todos observaron, sin sorprenderse, mientras él cojeaba detrás de Bell en dirección a la casa. Aunque sospechaba la razón por la que lo habían mandado a buscar, Kunta estaba un poco asustado, porque nunca había hablado con el amo ni había traspuesto las puertas de la cocina de Bell, durante los dieciséis años que hacía que estaba en la plantación.
Mientras Bell lo llevaba por un pasillo, Kunta no podía disimular la sorpresa ante el brillo de piso y las altas paredes empapeladas. Ella llamó a una gran puerta tallada. Oyeron que el amo decía: - ¡Entre! -y Bell entró, volviéndose a hacerle una seña a Kunta. Éste no podía creer el tamaño inmenso del cuarto; era tan grande como el granero. El pulido piso de roble estaba cubierto de alfombras, y en las paredes colgaban tapices y pinturas. El mobiliario, oscuro y profuso, estaba lustrado, y en los estantes había hileras de libros. El amo Walker

estaba sentado a un escritorio, leyendo bajo una lámpara de kerosene con una pantalla redonda de opalina verde. Señaló el lugar en que estaba leyendo con el dedo y, después de un momento, se volvió para mirar a Kunta.
-Toby, necesito alguien para que conduzca el cabriolé, Tu has crecido en esta casa, y me parece que eres leal. -Pareció atravesar a Kunta con sus ojos azules-. Bell dice que no bebes. Eso me gusta, y he notado que sabes conducirte con propiedad. -El amo Waller hizo una pausa. Bell miró ferozmente a Kunta-. Sí, amo -dijo él rápidamente.
-¿Sabes lo que le pasó a Luther? -le preguntó el amo-. Sí, señor -contestó Kunta. El amo achicó los ojos, y su voz se torno fría y dura-. Te vendería al instante -dijo-. Vendería a Bell, si ustedes no se portaran bien.
Los dos seguían parados en silencio. El amo volvió a abrir el libro. -Está bien, empezarás mañana. Iré a Newport. Te indicaré el camino hasta que aprendas. -El amo miró a Bell-. Consigúele ropa adecuada. Y dile al violinista que reemplazará a Toby en el jardín. -Sí, amo -dijo Bell, y ella y Kunta se fueron.
Bell le trajo la ropa, pero fueron el violinista y el viejo jardinero los que supervisaron su atavío a la mañana siguiente. Inspeccionaron sus pantalones bien planchados y su camisa de cáñamo. Eso estaba bien, pero a Kunta le pareció que la corbata negra que le pusieron después le daba una apariencia ridicula.
-Newport está cerca, está junto a la cárcel de Spotsylvania -le dijo el viejo jardinero-. Es una de las grandes casas de la familia Waller.
El violinista, que ya se había enterado de su nueva tarea, daba vueltas, inspeccionándolo con una expresión que revelaba tanto su placer como sus celos. -Eres un negro especial ahora, no hay duda de ello. No dejes que se te suba a la cabeza. Era un consejo innecesario para alguien que, aun entonces, consideraba que no podía haber dignidad en ningún trabajo hecho para un hombre blanco. Si bien experimentaba algún placer al poder dejar atrás el jardín, y ampliar sus horizontes, igual que sus tíos Janneh y Saloum, pronto sus nuevas tareas le hicieron olvidar todo. El amo Waller era requerido por sus pacientes a cualquier hora del día o de la noche, así que en cualquier momento llamaba a Kunta, que debía correr a sujetar los caballos y conducir al galope a lugares que a veces distaban varias millas de la plantación, por caminos estrechos y serpenteantes que apenas si eran más lisos que el campo que los rodeaba a ambos lados. Kunta avanzaba por surcos y pozos, bajando el látigo hasta que los caballos pedían resuello, mientras el amo Waller se aferraba al asiento posterior. Kunta conducía tan bien que siempre llegaban a destino sanos y salvos, aun en medio del deshielo de la primavera, cuando los caminos de arcilla roja se transformaban en traicioneros ríos de fango.
Una mañana temprano llegó el hermano John a todo galope, diciendo, desesperado, que habían comenzado los dolores de parto de su mujer, aunque faltaban dos meses aún para el tiempo normal. El caballo del amo John estaba demasiado exhausto para volver sin descansar, así que Kunta llevó a los dos hermanos a la casa del amo John, llegando justo a tiempo. Los caballos cansados de Kunta no se habían refrescado todavía, como para darles un poco de agua, cuando se oyeron los alaridos agudos del recién nacido. Era una niña, de dos kilos y medio, le dijo el amo en el camino de regreso, y la iban a llamar Anne.
Y así siguieron las cosas. Ese mismo verano hubo una epidemia de vómito negro con enfermos en todo el Condado, tantos que el amo Waller y Kunta no daban abasto para todos, y pronto los dos cayeron con fiebre. Tomaron enormes dosis de quinina, para poder seguir en pie, y así pudieron salvar más vidas que las que se perdieron. La vida de Kunta se convirtió en una confusión de visitas a las cocinas de las casas grandes, sueñecitos echados en jergones extraños y en parvas de heno, y horas interminables sentado en el cabriolé junto a casuchas y mansiones, escuchando los mismos gritos de dolor mientras esperaba

que saliera el amo, para que pudieran volver a casa, aunque por lo general iban a visitar al siguiente paciente.
Pero el amo Waller no siempre viajaba en medio de crisis. Algunas veces pasaban semanas enteras sin nada más urgente que una visita de rutina o a uno de los parientes, o amigos, de los que tenía al parecer miles, y cuyas plantaciones estaban más o menos cerca. En esas ocasiones, particularmente en la primera y en el verano, cuando las praderas estaban llenas de flores, fresas salvajes y moras, y los cercos cargados de exuberantes enredaderas, el cabriolé se deslizaba tranquilamente, tirado por una yunta de hermosos caballos bayos, mientras el amo Waller a veces dormitaba bajo el toldo negro que lo protegía del sol. Por todas partes aleteaban las codornices, saltaban los rojos cardenales, y cantaban las alondras de los prados y las chotacabras. A veces una serpiente toro, que tomaba el sol en el camino, se deslizaba, perturbada por el cabriolé que se acercaba, o un buitre levantaba vuelo, espantado, abandonando su conejo muerto. Lo que más le gustaba a Kunta era ver un roble o un cedro solitario en medio de un campo, porque le hacía acordar a los baobabs del África, y a lo que decían los ancianos: donde había un árbol solo, allí antes había habido una aldea. Y entonces pensaba en Juffure.
Cuando salía de visita por razones sociales, el amo iba a menudo a visitar a sus padres en Enfield, una plantación que quedaba en el límite del condado del Rey Guillermo y del condado del Rey y la Reina. Al acercarse a la plantación, como sucedía con todas las grandes casas de los Waller, el cabriolé avanzaba por una larga avenida doble de enormes árboles viejos, hasta detenerse bajo un frondoso nogal en el amplio prado frente a la casona. Esta era más grande y de apariencia más opulenta que la del amo, y se levantaba sobre una loma junto a un río estrecho y perezoso.
Durante las primeras semanas las cocineras de las diversas plantaciones donde le daban de comer, miraban a Kunta con cierta sospecha, dueñas de sus dominios, como se sentía Bell en lo del amo Waller. La peor de todas era Hattie Mae, una negra lustrosa, gorda y arrogante, la cocinera de Enfield. Todas se sentían, sin embargo, un poco apabulladas por la tiesa dignidad y la reserva de Kunta, así que no se animaban a desafiarlo de manera directa. El limpiaba silenciosamente el plato que le servían, excepto si era cerdo. Con el tiempo se empezaron a acostumbrar a su forma silenciosa de ser, y después de la sexta o séptima visita, al parecer hasta la cocinera de Enfield decidió que era de confianza y se dignó dirigirle la palabra.
-¿Sabes dónde estás? -le preguntó de repente un día en la mitad de la comida. Él no contestó, y ella no esperó tampoco.
-Estás en la primera casa que tuvieron los Waller en los Estados Unidos. Durante ciento cincuenta años, nadie más que los Waller han vivido aquí-. Le contó que cuando recién la construyeron, Enfield era la mitad de su tamaño actual, pero que más tarde habían comprado otra casa en un lugar cerca del río, y la habían agregado. -Nuestro hogar de leños está hecho de ladrillos traídos de Inglaterra -dijo, con orgullo. Kunta asentía cortésmente mientras ella hablaba, aunque no estaba impresionado por el relato.
De vez en cuando, el amo Waller iba de visita a Newport, el lugar donde había ido Kunta por primera vez como cochero. Le parecía imposible que un año entero hubiera transcurrido desde ese primer viaje. Allí vivían unos tíos viejos del amo, en una casa que a Kunta le parecía igual a la de Enfield. Mientras los blancos comían en el comedor, la cocinera de Newport daba de comer a Kunta en la cocina, paseándose con un enorme manojo de llaves que colgaba de un cinturón delgado de cuero, alrededor del delantal. Kunta se había fijado que todas las cocineras llevaban un manojo parecido. Allí estaban, además de la llave de la despensa, la del cuarto para ahumar la carne, del sótano y otros lugares para almacenar comida, y también las llaves de todos los cuartos y roperos de la casa grande. Todas las cocineras que conocía caminaban haciendo sonar las llaves,

desplegándolas como estandarte de la importancia y la confianza de que disfrutaban, aunque nadie hacía tanto ruido como ésta.
Kunta pronto se enteró que varios de los primos del amo vivían en Prospect Hill, que estaba también en el condado de Spotsylvania. Igual que Enfield, esa casa grande tenía un piso y medio de alto, como la mayoría de las casas viejas, según le informó la cocinera de Prospect Hill, porque el rey había puesto un impuesto especial para las casas de dos pisos de alto. A diferencia de Enfield, Prospect Hill era más bien pequeña, más pequeña que las otras casas de los Waller, pero ninguna, le dijo la cocinera, aunque a él no le interesara el dato, tenía una entrada tan ancha ni una escalera circular de curva tan pronunciada.
-No has estado arriba, pero no hay razón para que no sepas que tenemos camas de cuatro postes, con dosel, y son tan altas que tienen que usar escaleras para subir, y debajo ponen las carriolas de los niños. Y te voy a decir otra cosa. Las camas, los ladrillos de los hogares, las vigas de los techos, los goznes de las puertas, todo lo que hay aquí fue hecho por esclavos negros.
En el patio posterior le mostró el primer telar que había visto, y cerca estaban las chozas de los esclavos, que eran como las que conocía, y debajo había un estanque, y más allá el cementerio de esclavos. -Sé que no quieres verlo -dijo la mujer, adivinando sus pensamientos. Kunta pensó si ella sabría qué triste y extraño que encontraba su manera de hablar, pues hablaba en primera persona del plural, como si ella fuera la dueña de la plantación en la que vivía, aunque evidentemente era al revés.

CAPITULO 57

- ¿Cómo es que el amo ha estado viendo tan seguido a esa porqueria de hermano que tiene estos ultimos, le pregunto.
Una tarde cuando Kunta regresaba de llevar al amo a una visita a lo del amo John-. Yo creía que no se querían.
-Me parece que el amo está loco con esa niñita nueva -dijo Kunta, cansado.
-Es realmente una belleza -dijo Bell. Después de una pausa, agregó-: Supongo que la señorita Anne le debe parecer al amo como la niñita que perdió.
Eso no se le había ocurrido a Kunta, que no podía creer que los toubobs fueran seres humanos.
-Va a cumplir un año en noviembre, ¿no? -le preguntó Bell.
Una tarde, unos días después, mientras regresaban de visitar a uno de los pacientes del amo Waller en una plantación, no lejos de Newport, el amo recriminó a Kunta por no haber doblado donde debían. Kunta había manejado sin pensar, pues estaba escandalizado por lo que había visto en la casa del paciente. Mientras se excusaba, y daba vuelta, no podía dejar de pensar en la mujer muy negra y pesada, al parecer wolof, que había visto en el patio. Estaba sentada en un tronco, y le colgaban los abundantes senos, pues estaba dando de mamar, muy naturalmente, a un niño negro y a otro blanco, a la vez. A Kunta le pareció asqueroso, y sorprendente, al mismo tiempo, pero cuando más tardé se lo contó al jardinero, el viejo dijo: -Hay muy pocos amos en Virginia que no hayan tenido amas de leche negras, o que por lo menos no hayan sido criados por una negra.
Igualmente repulsivo era algo que había visto muchas veces; era uno de esos juegos degradantes que tenían lugar entre jóvenes blancos y negros de la misma edad, en las plantaciones que visitaba. Los niños blancos disfrutaban jugando a los "amos", haciendo como que castigaban a los negros, o si no jugaban a que los negros eran caballos, y ellos,

montados sobre la espalda de los negros, los hacían correr a cuatro patas. Cuando jugaban a la escuela, los blancos enseñaban a leer y a escribir a los negros, quejándose y gritando continuamente por su "torpeza". Sin embargo, después del almuerzo, mientras los negros abanicaban al amo y a su familia con grandes hojas, para espantar las moscas, los niños blancos se acostaban a descansar con los negros.
Cuando veía cosas así, Kunta solía decir a Bell, al violinista o al viejo jardinero que él nunca terminaría de entender a los toubobs, ni aunque viviera cien lluvias. Ellos se reían y le decían que estaban acostumbrados a ver cosas peores.
Kunta descubrió al poco tiempo cuánta verdad había en eso, cuando el amo Waller se ofreció a llevar a un amigo de una plantación a otra. Hablaban como si él no estuviera presente, y decían cosas que a Kunta le hubieran parecido extraordinarias, aunque ellos no hubieran sabido que había un negro sentado en frente de ellos. Se quejaron de la frustrante lentitud de los esclavos al separar a mano las fibras de algodón de las semillas, especialmente ahora que la demanda aumentaba. Discutieron que cada vez más, sólo los grandes hacendados podían comprar esclavos, por los precios altísimos que exigían los traficantes y revendedores.
-Pero aun en el caso de que se tenga el dinero para comprarlos, eso puede crear más problemas -dijo el amo-. Cuanto más esclavos tiene uno, más probable es que se produzca alguna clase de sublevación.
-Nunca debimos permitirles portar armas contra los blancos durante la guerra -dijo su amigo-. ¡He aquí el resultado! -Contó que en una gran plantación cerca de Fredericksburg habían descubierto a unos esclavos, ex soldados, justo antes de que pusieran en práctica una revuelta que habían planeado. Los había descubierto una sirvienta, que había informado a su ama, deshecha en lágrimas-: Tenían fusiles, hojas de guadaña, horquillas, y hasta lanzas que habían hecho -dijo el amigo del amo-. Pensaban matar e incendiar de noche, esconderse de día, y seguir avanzando. Uno de los cabecillas dijo que esperaban morir, pero no antes de que pudieran poner en práctica, contra los blancos, lo que habían aprendido a hacer en la guerra.
-Podrían haber muerto muchos inocentes -dijo el amo gravemente. Luego agregó que había leído que desde la llegada de los primeros barcos de esclavos, había habido más de doscientos tumultos-. Hace mucho que digo que el peligro más grande es que el número de negros va a superar a los blancos.
- ¡Tienes razón! -exclamó su amigo-. Uno no sabe si el que está sonriendo y obedeciendo, piensa abrirle a uno la garganta. Hasta los que uno tiene dentro de la casa. No se puede confiar en ninguno. Lo llevan en la sangre.
Con la espalda tiesa, Kunta oyó que su amo decía: -Como médico, muchas veces he visto muertes de blancos que, sin entrar en detalles, han sido sospechosas.
Kunta no sentía las riendas en la mano; no podía creer que no se percataran de su presencia. Le daba vueltas la cabeza, por todas las cosas que había oído esos dos años que trabajaba como cochero del cabriolé.
Pero, pensaba Kunta, el peor enemigo que tenían eran ellos mismos. Había algunos jóvenes rebeldes entre ellos, pero la inmensa mayoría de los esclavos hacía exactamente lo que de ellos se esperaba, generalmente sin que tuvieran que ordenárselo. Los blancos confiaban en ellos, y les daban sus hijos para que los cuidaran. Eran la clase de hombres que desviaban la vista cuando los blancos llevaban a sus propias mujeres a los henales. En esa misma plantación había algunos que el amo podía dejar solos durante un año, y al volver seguirían en el mismo lugar, trabajando. No era porque estuvieran contentos; se quejaban continuamente entre ellos. Pero siempre eran muy pocos los que protestaban, y muchos menos aún los que llegaban a resistirse.

Tal vez él se estaba convirtiendo en uno de esos, pensaba Kunta. O tal vez, simplemente, estaba creciendo. ¿O estaría envejeciendo? No lo sabía, aunque sí sabía que ya no tenía ganas de pelear y huir. Quería que lo dejaran solo. Quería estar solo con sus cosas. Los que no lo hacían, no tardaban en morir.

Kunta estaba dormitando a la sombra de un roble en la parte de atrás de una plantación que visitaba su amo, que había ido a atender a toda la familia, que estaba con fiebre. Se despertó sobresaltado al oír el cuerno de la tarde que llamaba a los esclavos del campo. Aún se estaba restregando los ojos cuando los vio llegar al patio. Iban camino a lavarse para comer; habría unos veinte o treinta, calculó Kunta. Volvió a mirar. A lo mejor seguía durmiendo, pero cuatro de ellos -un hombre, una mujer, y dos muchachos- eran blancos.

-Son esclavos por contrato -le explicó su amiga la cocinera, cuando le expresó su sorpresa unos minutos después-. Hace dos meses que están aquí. Son una familia del otro lado del gran mar. El amo les pagó el pasaje en el barco, y ellos se lo devuelven trabajando siete años como esclavos. Después quedan libres como cualquier otro blanco.

-¿Viven con los esclavos? -le preguntó Kunta.

-Tienen su propia choza un poco más allá de las nuestras, pero tan destartalada como todas. Y comen lo mismo que nosotros. Y en el campo no tienen tratamiento preferencial.

-¿Cómo son? -preguntó Kunta.

-No se juntan con los demás, pero son buena gente. Hacen su trabajo y no causan dificultades a nadie.

A Kunta le pareció que esos esclavos blancos eran mejor que los otros blancos que conocía. Había visto, cerca de la casa del amo, que a veces vivían doce adultos y niños, todos amontonados en casuchas de una sola pieza junto a diminutas parcelas de arcilla roja o de zona pantanosa, y vivían tan miserablemente que los negros se reían de ellos en una canción: "Antes de ser un blanco pobre, Señor, prefiero ser negro". Aunque él no lo había visto nunca; le habían contado que estos blancos eran tan pobres que a veces tenían que comer tierra. Eran flaquísimos, y a casi todos les faltaban los dientes, incluso a los niños. Olían como si durmieran con sus perros pulguientos, cosa que muchos hacían. Kunta se tapaba la nariz cuando tenía que esperar frente a sus chozas, cuando el amo iba a curarles el escorbuto o la pelagra. Se quedaba mirando cómo trabajaban las mujeres y los niños, sembrando o cortando madera, mientras los hombres descansaban bajo los árboles con una botella de alcohol, rodeados de los perros, que no dejaban de rascarse. Cuando los veía así, Kunta entendía por qué los amos y hasta sus esclavos los despreciaban, llamándolos "basura, incapaces y holgazanes".

Esa noche Kunta contó a todos los esclavos lo que había visto y oído, y luego el violinista dijo que la semana anterior, cuando él había ido al otro lado del condado, a tocar en un baile, había oído que un abogado relataba a un grupo de hacendados que un cuáquero rico, llamado John Pleasant, había dado la libertad a más de doscientos esclavos de su propiedad en su testamento. Bell, que llegó tarde, dijo que acababa de oír a su amo Waller discutiendo con sus invitados amargamente el hecho de que habían abolido la esclavitud en un estado norteño llamado Massachusetts, y que había rumores de que otros estados vecinos harían lo mismo.

-¿Qué quiere decir "abolido"? -preguntó Kunta.

El viejo jardinero le explicó: -¡Quiere decir que uno de estos días todos nosotros los negros seremos libresl

CAPITULO 58

Aun cuando no oía ni veía nada, para luego relatar al resto de los esclavos, Kunta había aprendido a disfrutar de la reunión junto al fuego en la choza del violinista. Últimamente, sin embargo, hablaba más tiempo con Bell y el viejo jardinero que con el violinista. No es que se hubieran enfriado las relaciones entre ellos, pero las cosas habían cambiado, y eso lo entristecía. El hecho de que tuviera que hacer sus tareas del jardín no había ayudado a unirlos más, aunque eventualmente el violinista se repuso de eso. Lo que no podía perdonarle era que Kunta había empezado a reemplazarlo como la mejor fuente de informaciones y de chismes de afuera de la plantación.

Nadie podía acusar al violinista de reservado, pero a medida que pasaba el tiempo sus famosos monólogos habían empezado a acortarse y a hacerse menos frecuentes, y ya casi no tocaba el violín para ellos. Una noche, en que se había mostrado muy callado, Kunta, charlando después con Bell, le llamó a atención al respecto, diciendo que tal vez había dicho él algo que podía haberlo herido.

-No eres tan importante -le dijo ella-. Hace meses que el violinista anda corriendo de lugar en lugar, tocando para los blancos. Está demasiado cansado para abrir la boca como antes, lo que me parece muy bien. Y ahora le pagan un dólar y medio cada vez que toca en una de esas fiestas elegantes de los blancos. Si bien el amo se queda con la mitad, el violinista guarda setenta y cinco centavos para sí, así que ya no se molesta en tocar para los negros, a menos que hagamos una colecta y veamos si quiere tocar por un níquel.

Levantó la vista para ver si sus palabras habían hecho sonreír a Kunta. No sonreía. Pero ella se hubiera caído de espaldas en ese caso. Lo había visto sonreír sólo una vez, al enterarse de que un esclavo que conocía, de una plantación vecina, había logrado escapar al Norte, donde estaba a salvo.

-Me han dicho que el violinista está ahorrando para ver si puede comprar su libertad -siguió diciendo Bell.

-Para cuando tenga lo suficiente -dijo Kunta gravemente- va a ser demasiado viejo para poder salir de la choza.

Bell se rió tanto que casi se cae de espaldas.

Si el violinista no ganaba la libertad, no sería porque no lo intentara, pensó Kunta, después de oírlo tocar en una fiesta una noche, poco después. Había llevado al amo y estaba charlando con los otros cocheros debajo de un árbol en el prado, cuando la orquesta, dirigida por el violinista, que estaba en gran forma esa noche, empezó a tocar una danza de Virginia, tan ligera, que ni siquiera los bailarines podían seguirla.

Desde su lugar, Kunta alcanzaba a ver las siluetas de las jóvenes parejas que giraban en el gran salón y que salían al porche por una puerta para volver a desaparecer por otra. Cuando terminó el baile, todos se alinearon junto a una larga mesa, iluminada por candelabros, y con tanta comida como para alimentar a todos los esclavos durante un año. Cuando se saciaron -la hija regordeta del dueño de casa volvió tres veces para servirse- la cocinera les mandó una bandeja con sobras, y una jarra de limonada. Kunta pensaba que los amos ya estarían a punto de irse, así que se apresuró a engullir una pata de pollo y una cosa deliciosa, toda cremosa y dulce, que uno de los conductores le dijo se llamaba "éclair". Pero los amos, vestidos de blanco, se quedaron conversando durante horas, haciendo ademanes, fumando largos cigarros y sorbiendo vino, parados bajo la araña que esparcía su luz sobre sus cabezas, mientras sus esposas, ricamente vestidas, agitaban los pañuelos y sonreían bobamente detrás de los abanicos.

La primera vez que había llevado al amo a una de estas distinguidas reuniones, Kunta se había sentido presa de emociones conflictivas: admiración, indignación, envidia, desprecio, fascinación, repulsión, pero sobre todo una profunda soledad y melancolía en que se vio sumido casi una semana. Le parecía increíble que pudiera existir tanta opulencia, que la

gente viviera de esa manera. Le llevó mucho tiempo, y muchas fiestas, hasta darse cuenta de que no vivían de esa manera, que todo era extrañamente irreal, una especie de hermoso sueño de los blancos, una mentira que se decían a sí mismos: que la bondad puede provenir del mal, que es posible ser civilizado sin tener que tratar como seres humanos a otros cuyo sudor, cuya sangre y leche materna hacía posible que tuvieran los privilegios de los que gozaban.

Kunta pensó en compartir estos pensamientos con Bell o con el jardinero, pero se dio cuenta de que no encontraría las palabras para comunicarlos en el idioma toubob. De todas maneras, ambos habían vivido allí toda la vida y no se podía esperar que vieran las cosas como él, con los ojos de un extraño, de alguien que había nacido libre. Por eso, como en casi todas las oportunidades, se lo guardó, sintiéndose muy solo, aun después de todos esos años. Tres meses después el amo Waller -junto con todos los que "eran alguien en el estado de Virginia", según el violinista- fue invitado al baile del Día de Acción de Gracias que daban sus padres todos los años en Enfield. Llegaron tarde porque el amo, como de costumbre, tuvo que detenerse en el camino para ver a un paciente. Kunta oyó que la fiesta estaba en su apogeo a medida que se acercaban por el sendero bordeado de árboles hacia la mansión, toda iluminada. Deteniéndose ante la puerta principal, saltó y se cuadró mientras el portero ayudaba a descender al amo del cabriolé. Fue entonces cuando lo oyó. Muy cerca, en algún lugar, alguien golpeaba con las manos un instrumento de calabaza, como tambor, llamado qua-qua, y lo hacía con tanta fuerza que Kunta se dio cuenta de que quien tocaba era africano.

Tenía que quedarse quieto hasta que alguien cerrara la puerta al entrar el amo. Entonces Kunta tiró las riendas al caballerizo que estaba más próximo y corrió tan rápido como se lo permitía su medio pie, hasta llegar al patio posterior. El sonido, cada vez más fuerte, parecía provenir de un grupo de negros que bailaban y palmoteaban debajo de unos faroles que les habían permitido poner los Waller para su propia celebración del Día de Acción de Gracias. Ignorando sus exclamaciones de indignación cuando él se abrió paso a los empujones, Kunta llegó hasta el centro, y allí, en un claro, estaba él: un hombre muy negro, delgado, de pelo gris, sentado en cuclillas sobre el suelo, tocando el qua-qua entre un hombre que tocaba una mandolina y dos que hacían sonar huesos de vaca. Ellos levantaron la vista por la conmoción, y entonces se miraron de frente. Un momento después, ante la sorpresa de los otros negros, se abrazaron.

-Ah-salakium-salaam!

-Malakium-salaam!

Las palabras fluyeron, como si ninguno de los dos hubiera salido de África. Kunta apartó al hombre mayor, hasta tenerlo a un brazo de distancia. -No te había visto aquí antes -exclamó.

-Me acaban de vender, de otra plantación -dijo el otro.

-Mi amo es hijo del tuyo -dijo Kunta-. Yo manejo su cabriolé.

Los hombres que los rodeaban, habían empezado a murmurar de impaciencia, pues querían que siguiera la música, y estaban evidentemente incómodos por las demostraciones tan evidentemente africanas de los dos hombres. Tanto Kunta como el que tocaba el qua-qua sabían que no debían irritar a los demás, o alguno podía delatarlos a los blancos.

-¡Volveré! -dijo Kunta.

-Salakium-salaam! -dijo el que tocaba el qua-qua, volviendo a ponerse en cuclillas.

Kunta se quedó un momento cuando volvió a sonar la música, luego se alejó de repente, abriéndose paso entre la multitud, la cabeza baja, frustrado y turbado, y se fue a esperar en el cabriolé del amo Waller.

Durante las semanas que siguieron, Kunta no dejó de pensar en el hombre que tocaba el qua-qua. ¿De qué tribu era? No era mandinga, evidentemente, ni de ninguna de las tribus

que conocía Kunta, o de las que había oído hablar, en Gambia o en la canoa grande. Por el pelo canoso se veía que era mucho mayor que él; Kunta se preguntó si tendría las lluvias de Omoro. ¿Cómo se habían dado cuenta de que eran siervos de Alá? La manera en que hablaba el idioma toubob revelaba que hacía mucho que estaba en la tierra de los hombres blancos, tal vez desde hacía más lluvias que Kunta. Le dijo que hacía poco que lo habían vendido al padre del amo Waller. ¿Dónde habría estado todos esos años?

Kunta pensó en los otros africanos que había visto durante las tres lluvias que manejaba el cabriolé: la mayoría los había visto cuando estaba con el amo, por lo que no tuvo oportunidad de hablar con ellos, ni siquiera saludarlos con la cabeza. Entre ellos había visto a un par que eran, indiscutiblemente, mandingas. Había visto a la mayoría de los africanos cuando pasaban junto a los remates de esclavos, los sábados a la mañana. Pero después de lo que había pasado una mañana, haría unos seis meses, había decidido no pasar con el cabriolé cerca de los remates si podía evitarlo, y si el amo no sospechaba, por supuesto. Ese día, mientras pasaban cerca, vieron a una mujer jola, encadenada, que había empezado a gritar lastimeramente. Al darse vuelta para ver qué pasaba, notó los ojos de la mujer clavados en los de él, que iba sentado en lo alto del cabriolé. Con sus gritos le imploraba que la ayudara. Embargado por una amarga vergüenza, Kunta dejó caer con fuerza el látigo sobre el anca de los caballos, que dieron un corcovo, tirando al amo hacia atrás. Kunta quedó aterrorizado por lo que que había hecho, pero el amo no dijo nada.

En una oportunidad, mientras esperaba a su amo, una tarde, Kunta había visto a un esclavo africano en la cabecera del Condado, pero ninguno de los dos entendía el idioma del otro, y el recién llegado aún no había aprendido a hablar la lengua toubob. A Kunta le parecía imposible que después de veinte lluvias en la tierra de los blancos acabara de encontrar a otro africano con quien le era posible comunicarse.

Pero durante los dos meses siguientes de esa primavera de 1788, a Kunta le pareció que el amo visitaba a todos los pacientes, amigos y parientes que tenía, excepto a los de Enfield. En una oportunidad pensó en pedirle un pase para viajar, algo que no había hecho nunca, pero sabía que le preguntaría dónde quería ir, y por qué. Podía decir que iba a ver a Liza, la cocinera de Enfield, pero entonces el amo podía pensar que había algo entre ellos, y podía mencionárselo a sus padres, y ellos a Liza, y entonces no terminaría nunca, porque sabía que ella le había echado el ojo. Como el sentimiento no era mutuo, Kunta decidió no intentarlo.

Como estaba impaciente por regresar a Enfield, empezó a mostrarse irritable con Bell, especialmente porque no podía hablar del asunto con ella, o por lo menos, así le parecía a él, dado que ella sentía aversión a todo lo africano. Pensó confiarse en el violinista.

o en el viejo jardinero, pero llegó a la conclusión de que si bien no se lo dirían a nadie, no podrían apreciar la magnitud de llegar a encontrar a alguien con quien hablar de la tierra natal, después de veinte lluvias.

Un domingo, después del almuerzo, sin ninguna advertencia previa, el amo lo mandó llamar para que atara los caballos: iba a ir a Enfield. Kunta salió corriendo. Bell lo miró, sorprendida.

Liza estaba ocupada con sus ollas cuando entró en la cocina de Enfield. Le preguntó cómo estaba, diciéndole rápidamente que no tenía hambre. Ella lo miró con cariño. -Hace mucho que no te veía -le dijo, con voz dulce. Luego se le ensombreció el rostro-. Me contaron acerca de ti y ese africano que tenemos. El amo también se enteró. Unos negros se lo contaron, pero él no dijo nada, así que no hay por qué preocuparse. -Lo tomó de la mano y se la apretó-. Espera un minuto.

Kunta estaba terriblemente impaciente, mientras Liza preparaba, hábilmente, dos altos sandwiches de carne, envolviéndolos luego. Se los dio, volviendo a apretarle la mano. Luego lo acompañó hasta la puerta de la cocina, donde se detuvo. -Hay algo que no me has

preguntado nunca, por eso no te lo había dicho, pero mi mamá era una negra africana. Supongo que será por eso que me gustas tanto.
Al ver que Kunta estaba ansioso por irse, se volvió abruptamente y extendiendo la mano, le dijo: -Esa choza de la chimenea rota es la de él. El amo les ha dado permiso a casi todos los negros, para que salieran hoy. No volverán hasta la noche. ¡Asegúrate de estar en el coche cuando salga tu amo!
Kunta se dirigió renqueando rápidamente a las chozas de los esclavos, y golpeó a la puerta de la destartalada choza de una pieza.
-¿Quién es? -dijo la voz que recordaba.
-Ah-salakium-salaam! -dijo Kunta. Escuchó un ruido rápido y apagado adentro, y luego la puerta se abrió de par en par.

CAPITULO 59

Como eran africanos, ninguno de los dos dejó entrever cuánto habían esperado ese momento. El hombre más viejo le ofreció la única silla que tenía, pero al ver que su huésped prefería sentarse en el suelo de tierra, como lo habría hecho en su aldea natal, el musico que tocaba el qua-qua gruñó, en señal de satisfacción, encendió la vela que estaba sobre la mesa, y se sentó en el suelo también.
-Soy de Ghana, de la tribu de los akan. Los blancos me pusieron de nombre Pompey, pero en realidad me llamo Boteng Bediako. Hace mucho que estoy aquí. He estado en seis plantaciones, y espero que esta sea la última. ¿Y tú?
Tratando de imitar la manera sucinta de hablar del de Ghana, Kunta le contó acerca de Gambia, Juffure, que era mandinga, luego de su familia, su captura, sus huidas, su pie, la jardinería, y ahora
el cabriolé.
El de Ghana lo escuchó atentamente, y cuando Kunta terminó de hablar, se quedó un rato en silencio, antes de volver a hablar. -Todos sufrimos. Si un hombre es sabio, trata de aprender algo de ello. -Hizo una pausa, y miró apreciativamente a Kunta-. ¿Cuántos años tienes? -Kunta le dijo que tenía treinta y siete lluvias.
-No parece. Yo tengo sesenta y seis.
-Tampoco lo demuestras -dijo Kunta.
-Bueno, llevo aquí más lluvias que las que tienes tú. Ojalá entonces hubiera sabido cosas que sé ahora. Pero tú aún eres joven, así que te las voy a decir. Las viejas abuelas en tu tierra, ¿cuentan historias a los jóvenes? -Kunta le dijo que sí-. Entonces te voy a contar una. Es acerca de cómo crecí en mi tierra.
"Recuerdo al jefe de los akan, que se sentaba en una gran silla hecha de colmillos de elefante, y siempre había un hombre que sostenía una sombrilla sobre su cabeza. Junto a él estaba el hombre por intermedio de quien hablaba el jefe. La única manera en que hablaba, o en que se le podía hablar a él, era por intermedio de este hombre. Y había un muchacho sentado a sus pies. Este muchacho representaba el alma del jefe, y era quien llevaba sus mensajes a la gente. El muchacho llevaba una espada de hoja ancha y pesada, así que quienquiera lo viese sabía quién era. Yo era ese muchacho, y crecí llevando mensajes a la gente. Fue así como me capturaron los blancos.
Kunta estaba a punto de hablar, pero el de Ghana levantó la mano.
-Ese no es el fin de la historia. Encima de la sombrilla del jefe, había una talla, de una mano que sostenía un huevo. Representaba el cuidado con que un jefe usaba sus poderes.

Y el hombre por quien hablaba el jefe siempre sostenía un bastón. En el bastón había una tortuga tallada. La tortuga quería decir que lo que se necesita para vivir es paciencia. -El de Ghana hizo una pausa-. En la caparazón de la tortuga había una abeja tallada. La abeja significaba que no había nada que pudiera atravesar el duro caparazón de la tortuga.
Iluminado por la luz vacilante de la vela, el hombre de Ghana hizo una pausa. -Esto es lo que te quiero enseñar, porque lo he aprendido en la tierra de los blancos. Lo que necesitas para vivir aquí es paciencia, y un caparazón duro.
Kunta estaba seguro que en África, ese hombre hubiera sido un kintango, o un alcalá, sino un jefe. Pero no encontró palabras para expresar lo que sentía, así que se quedó sentado, sin decir nada.
-Me parece que tienes las dos cosas -dijo el de Ghana por fin, con una sonrisa. Kunta trató de disculparse, pero no pudo decir ni una palabra. El otro volvió a sonreír, se quedó callado un momento, y luego volvió a hablar.
-Ustedes los mandingas tienen fama en mi país de ser grandes viajeros y comerciantes. -Se calló, esperando que Kunta dijera algo.
Por fin Kunta pudo hablar. -Así es. Mis tíos son viajeros. He escuchado las historias que contaban, y me parece que han estado en todas partes. Mi padre y yo fuimos una vez a una aldea nueva que ellos fundaron, lejos de juffure. Yo planeaba ir a la Meca, a Timbuctú y a Mali, como ellos, pero me robaron antes de que pudiera hacerlo.
-Sé mucho de África -dijo el hombre de Ghana-. El jefe me dio como maestros a hombres sabios. No he olvidado lo que me decían. Y he tratado de juntarlo a las cosas que he oído y que he visto desde que estoy aquí, y sé que los que venimos aquí hemos sido robados del África Occidental, desde tu Gambia hasta mi Guinea. ¿Has oído hablar de lo que los blancos llaman "la Costa de Oro"?
Kunta dijo que no. -Le pusieron ese nombre por el oro que hay allí. Esa costa llega hasta el Volta. Es ahí donde los blancos se apoderan de los fantis y de los ashantis. Los ashantis son los que dirigen todas las sublevaciones aquí, según dicen.
"Sin embargo, los blancos pagan los mejores precios por ellos, porque son fuertes e inteligentes, y tienen espíritu.
"Luego está lo que llaman la "Costa de los Esclavos" que es donde roban a los yorubas y a los dahomans, y en Nigeria a los ibos. -Kunta dijo que habió oído que los ibos eran gente pacífica.
El hombre de Ghana asintió. -He oído contar que treinta ibos se tomaron de la mano y todos juntos entraron en el río, y se ahogaron. Eso fue en Luisiana.
Kunta estaba empezando a preocuparse en caso de que el amo estuviera listo para irse y él lo hiciera esperar. Se hizo un momento de silencio. Kunta empezó a pensar en un tema para terminar, cuando el de Ghana dijo: -Aquí no hay nadie con quien sentarse a conversar como lo hacemos nosotros. Montones de veces uso el qua-qua para expresar lo que tengo en la mente. A lo mejor te estaba hablando sin saber que estabas ahí.
Kunta estaba profundamente emocionado. Miró al de Ghana de frente durante un largo rato, luego ambos se pusieron de pie. A la luz de la vela, Kunta vio, sobre la mesa, los dos sandwiches olvidados que le había dado Liza. Los señaló, y sonrió. El de Ghana dijo:
-Podemos comer en cualquier momento. Ahora sé que tienes que irte. En mi país, mientras hablábamos, yo hubiera estado tallando algo de un espino, para regalártelo.
Kunta le dijo que en Gambia, él hubiera tallado algo de alguna semilla disecada de mango. -Muchas veces he deseado tener una semilla de mango para poder plantarla, y así acordarme de mi hogar -dijo.
El hombre de Ghana miró solemnemente a Kunta. Luego sonrió. -Eres joven. Te sobra semilla. Lo que necesitas es una mujer, para que dé fruto.

Kunta estaba tan turbado que no supo qué decir. El de Ghana le extendió el brazo izquierdo, y se dieron la mano a la usanza africana, para significar que se volverían a ver pronto.
-Ah-salakium-salaam.
-Malaika-salaam.
Kunta salió apresuradamente. Ya estaba anocheciendo. Pasó junto a las otras chozas, en dirección a la casa grande, preguntándose si el amo lo habría estado buscando. Pero pasó media hora antes de que apareciera, y mientras Kunta conducía por el camino de regreso -casi sin sentir las riendas en la mano ni oír los cascos de los caballos- le parecía que había hablado con su querido padre, Omoro. Ningún día había significado tanto para él.

CAPITULO 60

-Lo vi pasar a Toby ayer, y le grité: "¡Eh, ven a visitarme, y quédate un rato, negro!" Hubieras visto la forma en que me miró, y ni siquiera me habló. ¿Qué le pasa? -preguntó el violinista al jardinero. El jardinero no tenía ni idea, y los dos le preguntaron a Bell-. No sé. Si está enfermo, o le pasa algo, debería decirlo. Yo lo dejo solo, pues se porta de una manera tan rara... -dijo ella.
Hasta el amo Waller se dio cuenta de que su maravillosamente reservado cochero, tan de confianza, parecía cambiado. Rogó que no estuviera incubando una enfermedad, pues últimamente habían estado expuestos a una peste local, muy contagiosa, así que un día le preguntó a Kunta si se sentía mal. -No, señor -contestó rápidamente Kunta, entonces el amo Waller dejó de preocuparse, mientras lo llevara adonde tenía que ir.
Kunta se había emocionado profundamente al conocer al hombre de Ghana, y ese encuentro le había hecho ver cuánto había cambiado. Día a día, año a año, había aprendido a resistir menos, a aceptar más, hasta que finalmente, sin pensarlo, se había olvidado de quién era. Era verdad que había aprendido a llevarse bien con los demás, como con el violinista y el jardinero, Bell y los otros negros, pero se daba cuenta ahora de que nunca sería como ellos, ni ellos como él. Comparados con el hombre de Ghana, el violinista, el jardinero y Bell lo ponían de mal humor. Se alegraba de que se mantuvieran a distancia. A la noche, acostado en el colchón, sentía culpa y vergüenza por lo que le había sucedido. Seguía siendo un africano cuando solía despertarse de repente en esa choza, y se incorporaba de un salto, sorprendido al descubrir que ya no estaba en Juffure; pero hacía mucho tiempo que eso no sucedía. Seguía siendo africano cuando pensaba que lo único que lo mantenía vivo eran los recuerdos de Gambia y de su gente, pero ahora pasaban meses sin que pensara en Juffure. Seguía siendo africano al principio, cuando cada ultraje lo hacía ponerse de rodillas, para implorarle a Alá que le concediera fortaleza y entendimiento. ¿Cuánto hacía que no le rezaba a Alá debidamente?
Se dio cuenta de que mucho se debía a que había aprendido a hablar el idioma de los toubobs. En sus conversaciones de todos los días, ya casi nunca pensaba en palabras mandingas, excepto algunas pocas, a las que su mente seguía aferrándose por alguna razón. Lúgubremente se enfrentó con el hechó de que hasta pensaba en lengua toubob. En una infinidad de cosas que decía y en las que pensaba, sus costumbres mandingas habían sido reemplazadas por las de los negros entre quienes vivía. Lo único de lo que podía sentirse orgulloso era que, durante más de veinte lluvias, nunca había probado carne de cerdo.
Kunta buscó en su mente algún resquicio de su ser original. Y lo encontró: había conservado su dignidad. Todo lo que hacía, lo hacía con dignidad. Era su protección, igual

que en Juffure su amuleto saphie había sido su resguardo contra los espíritus del mal. Juró que ahora, más que nunca, su dignidad sería su escudo, separándolo de los que se llamaban "negros". Qué ignorantes que eran. No sabían nada de sus antepasados; en cambio él, ¡había aprendido tantas cosas de niño! Kunta repasó mentalmente los nombres de los Kinte, desde el antiguo clan en la vieja Mali, pasando por las generaciones que vivieron en Mauritania, y luego en Gambia, hasta llegar a sus hermanos y a él mismo. Pensó también que todos los miembros de su kafo poseían los mismos conocimientos ancestrales. En la cabecera del Condado, unos días después, otro cochero de cabriolé le contó que en el Norte había negros libres, que se daban el nombre de "Unión Negra", y que habían propuesto el regreso al África de todos los negros, tanto esclavos como libres. El sólo pensar en eso lo llenó de excitación, aun cuando se decía que eso no sucedería nunca, pues los amos no sólo competían para comprar negros, sino que pagaban precios más altos que nunca. Si bien sabía que el violinista prefería seguir siendo esclavo en Virginia que regresar al África como hombre libre, Kunta tenía ganas de discutir la noticia con él, porque el violinista parecía saber todo lo que sucedía en cualquier parte que estuviera relacionado con la libertad.

Pero esos dos últimos meses Kunta no había hecho más que mirar con el ceño fruncido al violinista, igual que a Bell y al jardinero. No los necesitaba, y ni siquiera les tenía mucha simpatía. Cada vez más sentía que había encallado en ese lugar para el resto de su vida. Para la próxima luna nueva, cuando puso otra piedrita en la calabaza, se sentía terriblemente solo, como si hubiera cortado todos sus lazos con el mundo.

La próxima vez que vio pasar al violinista, lo saludó con la cabeza, con cierta inseguridad, pero el violinista siguió caminando como si no hubiera visto a nadie. Kunta sintió vergüenza y rabia. AI día siguiente se cruzó con el jardinero en el mismo lugar, pero el viejo cambió de dirección al verlo. Kunta se sintió herido pero culpable a la vez, y esa noche pasó,varias horas dando vueltas por la choza. A la mañana siguiente, juntando ánimos, se dirigió a la puerta de la última choza, otrora familiar. Llamó.

La puerta se abrió. -¿Qué quieres? -preguntó fríamente el violinista.

Tragando vergüenza, Kunta dijo: -Se me ocurrió venir a verte. El violinista escupió sobre el suelo. -Mira, negro, escucha lo que te voy a decir. Yo, Bell y el viejo jardinero hemos estado hablando de ti. Y todos estamos de acuerdo que si hay algo que no aguantamos, es un negro que es amigo por temporadas. -Lo miró con ira-. ¡A ti no te pasaba nada! ¡No estabas enfermo, ni nada!

Kunta no levantaba la mirada de los zapatos. Después de un momento, el violinista se ablandó, y Kunta entró en la choza. -Ya que estás, pasa. Pero otra vez que suceda algo parecido, nadie te va a hablar, ¡ni aunque tengas la edad de Matusalén!

Tragándose la furia y la indignación, Kunta se sentó, y después de un silencio que le pareció interminable, que el violinista no tenía intención de terminar, Kunta hizo un esfuerzo y empezó a hablar de la vuelta al África. El violinista le dijo fríamente que hacía mucho que había oído hablar de eso, pero que era imposible que sucediera.

Al ver la expresión herida de Kunta, el violinista se ablandó un poco más. -Deja que te cuente algo que apuesto que no conoces. Allá en el Norte, en Nueva York, existe una sociedad llamada de Mamumición, que ha abierto una escuela para los negros que quieren aprender a leer y a escribir, y algún oficio.

Kunta estaba tan contento y aliviado de que el violinista volviera a dirigirle la palabra que apenas si prestó atención a lo que le decía. Unos minutos después, el violinista dejó de hablar durante un momento y se quedó mirándolo con una expresión interrogadora.

- ¿Te estoy demorando? -le preguntó por fin.

-¿Hmm? -dijo Kunta, que no estaba atendiendo.

-Te hice una pregunta hace cinco minutos.

-Perdón, estaba pensando en otra cosa.
-Bueno, como no sabes atender, te voy a enseñar cómo se hace. Se reclinó y cruzó los brazos.
- ¿No vas a seguir hablando? -preguntó Kunta.
-Ya no me acuerdo lo que estaba diciendo. ¿Te acuerdas tú lo que pensabas?
-No era importante. Algo que tenía en la mente.
-Es mejor que lo digas, o si no te dará dolor de cabeza. O me va a doler a mí.
-No puedo hablar de eso.
El violinista pareció insultado. -Si esa es la manera en que piensas...
-No es por ti. Es algo demasiado personal... Al violinista se le iluminó la cara. -¡No me digas! Es acerca de una mujer, ¿no?
- ¡Nada de eso! -dijo Kunta, colorado de vergüenza. Se quedó mudo durante un momento, luego se puso de pie y dijo-: Bueno, voy a llegar tarde a trabajar, así que te veo luego. Gracias por hablar conmigo.
-Está bien. Avísame cuando quieras hablar otra vez.
¿Cómo se habría enterado?, se preguntó Kunta mientras se dirigía al establo. ¿Por qué quería que hablara del asunto? Sólo de mala gana se ponía a pensar en ello, aunque últimamente no podía pensar en otra cosa. Era en el consejo del hombre de Ghana, de plantar la simiente.

CAPITULO 61

Mucho antes de conocer al hombre de Ghana, Kunta había pensado muchas veces que si estuviera en Juffure para ahora tendría tres o cuatro hijos, y, por supuesto, una esposa. Lo que ocasionaba este pensamiento era que una vez cada luna nueva, Kunta tenía un sueño y se despertaba abruptamente en la oscuridad, lleno de vergüenza por el líquido pegajoso y caliente que le salía del rígido foto. Después se quedaba despierto, pensando no tanto en una esposa, sino en algo que sabía: casi no había un grupo de chozas de esclavos donde un hombre y una mujer que se querían no hubieran empezado a vivir juntos.
Había muchas razones por las cuales Kunta no quería ni siquiera pensar en casarse. Por empezar, la pareja tenía que "saltar la escoba" delante de todos los demás esclavos, algo que le parecía ridículo para una ocasión tan solemne. Había oído hablar de ciertos casos en que, si los esclavos eran favoritos del amo, repetían sus promesas de fidelidad ante un clérigo blanco, en la presencia de los amos, pero se trataba de una ceremonia pagana. Para casarse tendría que hacerlo con una mujer de catorce a dieciséis lluvias, que era la edad estipulada por los mandingas; el hombre debía tener alrededor de treinta. En todos esos años que había pasado en la tierra de los blancos, Kunta nunca había visto a una negra de esa edad -o de veinte o veinticinco- que no le hubiera parecido estúpida. Los domingos, para las fiestas, se pintaban y se empolvaban la cara de tal manera que parecían los bailarines mortuorios de Juffure, que se cubrían de cenizas.
Las veinte mujeres que Kunta conocía eran por lo general cocineras de las casas adonde había llevado al amo Waller, como Liza, de Enfield. En realidad, Liza era la única que le gustaba ver. No tenía compañero, y le había dado indicaciones claras de que estaba dispuesta, si no ansiosa, de intimar con él; si bien nunca le había correspondido, muchas veces había pensado en ello. Se habría muerto de vergüenza si ella pudiera haber sospechado que muchos de sus sueños pegajosos la habían tenido como protagonista.

Algunas veces, Kunta suponía que se casaba con Liza. Vivirían como tantas otras parejas, separados, cada cual en su propia plantación, con su amo. Por lo general, al hombre le daban un pase de viajé los sábados, para visitar a su mujer, siempre que regresara fielmente antes del anochecer del domingo, para poder descansar del largo viaje y levantarse a la madrugada para trabajar el lunes. Kunta no quería una mujer que no viviera donde vivía él. Y eso era definitivo.

Pero no podía dejar de pensar en ello. Si se consideraba lo conversadora que era Liza, y el hecho de que a él le gustaba estar mucho tiempo solo, el que se vieran sólo los fines de semana podía ser una bendición. Y si se casaba con Liza, no tendrían que vivir con el temor de que a uno de ellos pudiera venderlo, como sucedía con tantas parejas negras que conocía. Porque el amo parecía contento con él, y Liza pertenecía a los padres de su amo, que parecían quererla. Las relaciones de familia difícilmente producirían las fricciones que surgían en otros casos, cuando a veces uno de los amos llegaba a prohibir el casamiento.

Por otra parte, pensaba Kunta... No importaban las buenas razones que podía llegar a encontrar para casarse con Liza; siempre había algo que lo detenía. Una noche, acostado en su cama, tratando de conciliar el sueño, de repente lo asaltó otra idea. Había otra mujer que podría considerar.

Bell.

Debía estar loco. Era demasiado vieja; tendría como cuarenta lluvias. Era ridículo pensar en eso.

Bell.

Kunta trató de sacársela de la mente. Se le había ocurrido simplemente porque hacía tanto que la conocía, se dijo. Ni siquiera había soñado con ella nunca. Se acordó de las veces que se había indignado o irritado por cosas que le había hecho. Se acordó que le daba un portazo en la cara cuando le llevaba el canasto de verduras hasta la puerta de la cocina. También recordó su indignación la vez que le dijo que parecía mandinga. Era pagana. Además, era mandona y discutidora. Y hablaba demasiado.

Pero no podía dejar de recordar que, cuando se debatía entre la vida y la muerte, ella lo visitaba cinco y seis veces por día. Lo había cuidado, lo había alimentado, hasta había limpiado su suciedad. Su cataplasma de hojas machacadas le había curado la fiebre. Era fuerte y saludable. Y cocinaba maravillas en sus cacerolas negras.

A medida que mejor le parecía, más groseramente se portaba con ella cada vez que iba a la cocina, y más rápidamente se iba después de decirle lo que había ido a decirle. Ella empezó a mirarlo con más frialdad aún.

Un día, hablando con el violinista y el jardinero, la conversación incluyó a Bell. Kunta trató de adoptar un tono casual para preguntar: -¿Adonde estaba, antes de venir aquí?-. El corazón se le vino a los pies cuando los dos hombres se incorporaron y lo miraron fijamente, como dándose cuenta de que pasaba algo.

-Bueno -dijo el jardinero después de un rato-, me acuerdo que vino unos dos años antes que tú. Pero nunca ha hablado mucho de sí misma. Así que yo no sé ...

El violinista dijo que Bell tampoco había hablado con él de su pasado.

Kunta se dio cuenta finalmente que lo que le disgustaba de la expresión de los dos hombres era que parecían vanamente satisfechos mismos.

El violinista se rascó la oreja derecha. -Es curioso que preguntes acerca de Bell -dijo, asintiendo y mirando al jardinero-, porque nosotros dos hemos estado discutiendo el asunto. -Miró cuidadosamente a Kunta.

-Decíamos que parecen hechos el uno para el otro -dijo el jardinero.

Indignado, Kunta se quedó sentado con la boca abierta.

Sin dejar de rascarse la oreja, el violinista siguió diciendo, con una mirada astuta. -Pocos hombres podrían manejar ese traste tan grande.

Kunta, enojado, empezó a hablar, pero el jardinero lo interrumpió: -Escucha, ¿cuánto hace que no tocas a una mujer?
Kunta estaba furioso. -¡Por lo menos veinte años! -dijo el violinista
- ¡Dios mío! -dijo el jardinero-. ¡Es mejor que consigas una antes de que te seques!
-¡Si es que ya no se ha secado! -dijo el violinista. Sin poder contenerse un minuto más. Kunta se puso de pie de un salto, y salió de la choza. -¡No te aflijas! -le gritó el violinista-. ¡Con ella no tienes por qué seguir seco!

CAPITULO 62

Los tres días siguientes, cuando Kunta no salía con el amo, se pasaba todo el día aceitando y lustrando el cabriolé. Como estaba al aire libre, delante.de todo el mundo, no podían decir que se aislaba, pero al mismo tiempo les daba el mensaje de que estaba muy ocupado para perder el tiempo charlando con el violinista y el jardinero, con quienes estaba furioso por lo que habían dicho acerca de él y Bell.
Al estar solo, también tuvo oportunidad de aclarar sus sentimientos hacia ella. Cuando pensaba en algo que no le gustaba, se ponía a frotar furiosamente el cabriolé; cuando pensaba en algo agradable, el trapo se movía con lenta sensualidad por los asientos, deteniéndose a veces cuando su mente se detenía en alguna cualidad positiva de la mujer. Fueran cuales fueran sus aspectos negativos, debía reconocer que todos esos años, ella lo había favorecido. Estaba seguro que Bell tenía algo que ver con su selección como cochero. No había duda de que, con su manera de ser, tan sutil, Bell tenía más influencia sobre el amo que ninguna otra persona de la plantación, y posiblemente que todos los otros juntos. Un desfile de cosas semejantes atravesaban la mente de Kunta. Se acordó de una vez en que estaba trabajando en el jardín y Bell había notado que se refregaba los ojos, pues le ardían terriblemente. Sin decirle una palabra, salió al jardín con unas grandes hojas cubiertas de rocío, y lo salpicó con esa agua. Los ojos dejaron de arderle.
Aunque había tantas cosas que no aprobaba, se decía Kunta, moviendo el trapo con rapidez, como su asquerosa costumbre de fumar en pipa. Peor aun era la manera que tenía de bailar en las fiestas de los negros. Las mujeres no debían bailar, y si lo hacían, no debían demostrar tanto entusiasmo. Lo que más le molestaba era que Bell hacía lo imposible por mover el traste. Por eso habían dicho esas cosas el violinista y el jardinero, indudablemente. El traste de Bell, naturalmente, no era cosa suya. Sólo deseaba que ella se respetara un poco más, y al mismo tiempo demostrara más respeto por él y los demás hombres. Tenía la lengua peor aun que la de Nyo Boto. A él no le importaba que criticara tanto, si lo hacía con las otras mueres, como sucedía en Juffure.
Cuando Kunta terminó con el cabriolé, empezó a limpiar y a aceitar los arneses, y por alguna razón, mientras lo hacía, se puso a pensar en los viejos de Juffure que trabajaban la madera, y hacían cosas como la tabla de nogal americano sobre la que estaba sentado. Pensó el cuidado con que elegían y luego estudiaban un pedazo bien estacionado de madera antes de empezar a trabajar con sus azuelas y cuchillos.
Kunta se puso de pie y tumbó la tabla de nogal americano, ahuyentando los insectos que vivían abajo. Después de examinar cuidadosamente los dos extremos de la tabla, la hizo rodar, golpeándola con un pedazo de hierro en varias partes. En todas partes oía el mismo sonido sólido, de madera estacionada. Le pareció que ese excelente pedazo de madera no servía para nada en ese lugar. Estaba allí, aparentemente, porque alguien lo había puesto allí hacía tiempo, y luego nadie se había molestado en llevarlo a otra parte. Mirando a su

alrededor para asegurarse de que nadie lo veía, Kunta hizo rodar la tabla hasta su choza, la paró en un rincón, cerró la puerta, y volvió a su lugar de trabajo.
Esa noche, después de regresar de un viaje con su amo, que le pareció interminable, Kunta estaba inquieto durante la comida, deseoso de ver el pedazo de madera, así que se llevó la comida a la choza. Ni siquiera sabía lo que estaba comiendo, sentado en el piso, mientras estudiaba la madera a la luz vacilante da la vela. Mentalmente estaba viendo el mortero y el majador que le había hecho Omoro a Binta, y que ella tanto usaba para machacar el cereal.
Cuando el amo Waller no iba a ninguna parte, para pasar el rato (así pensaba Kunta), empezó a darle forma a la madera con ayuda de un hacha. Al tercer día, con un martillo y un cincel de madera, empezó a hacer el interior del mortero, toscamente, y luego empezó a alisarlo con un cuchillo. Después de una semana, Kunta se sorprendió de la agilidad de sus dedos; pensar que hacía más de veinte lluvias que no veía cómo trabajaban la madera los hombres de Juffure.
Cuando terminó el mortero, por afuera y por adentro, encontró una rama de nogal perfectamente derecha y ancha contó su brazo, y con ella hizo el majador. Luego se puso a pulir la parte superior del mango, usando una lima primero, después un cuchillo, y por último un pedazo de vidrio.
El mortero, con su majador, estuvo en el rincón de su choza durante más de dos semanas. Los miraba, de vez en cuando, pensando que no estarían fuera de lugar en la cocina de su madre. Pero ahora que los había hecho, no sabía qué hacer con ellos. Por lo menos, eso era lo que se decía. Una mañana, sin pensar en lo que hacía, Kunta recogió el mortero y el majador y los llevó consigo a ver a Bell, para preguntarle si el amo iba a necesitar el cabriolé. Cuando ella le dio el informe, breve y frío, desde atrás de la puerta de alambre tejido, diciéndole que el amo no tenía planes de viajar esa mañana, Kunta esperó hasta que ella le volvió la espalda, puso entonces el mortero y el majador sobre los escalones, y se alejó lo más rápido que pudo. Bell lo oyó, y se dio vuelta. Lo vio alejarse. Luego vio el mortero y el majador sobre los escalones.
Fue hasta la puerta y observó a Kunta hasta verlo desaparecer, luego abrió la puerta de alambre. Se quedó alelada. Los levantó y los entró. Examinó el trabajoso tallado, sorprendida. Luego se echó a llorar.
Era la primera vez, en los veintidós años que hacía que vivía en la plantación Waller, que un hombre hacía algo con sus propias manos para ella. Se sintió culpable por la manera en que había estado tratando a Kunta, y luego se acordó de la manera extraña de actuar del jardinero y el violinista cuando ella se quejó con ellos de Kunta. Debían saber algo de esto, aunque no podía estar segura, sabiendo lo reservado que era Kunta, con sus costumbres tan africanas.
Bell se sentía confundida. No sabía cómo se sentía, ni cómo debía actuar la próxima vez que él viniera a preguntarle si el amo necesitaba algo, después del almuerzo. Por suerte tenía toda la mañana para decidirlo. Kunta, mientras tanto, sentado en su choza, se sentía como dos personas a la vez: en parte estaba humillado por la cosa tonta y ridicula que había hecho la otra parte de él, pero al mismo tiempo estaba tremendamente feliz y excitado. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué pensaría ella? Le aterraba tener que volver a la cocina después del almuerzo.
Por fin llegó la hora, y Kunta se dirigió a la cocina como un condenado a la horca. Cuando vio que el mortero y el majador habían desaparecido del escalón, se sintió contento y abatido a la vez. Al llegar a la puerta de alambre, vio que ella los había puesto en la parte de adentro, como si no supiera por qué lo había dejado Kunta allí. Se volvió cuando él llamó a la puerta -como si no lo hubiera visto acercarse- tratando de parecer tranquila mientras abría la puerta para hacerlo pasar. Eso era un mal signo, pensó Kunta; hacía

meses que no lo hacía pasar. Pero él quería pasar, aunque no no se animaba. Clavado en su lugar, le preguntó acerca de las órdenes del amo, y ella, con el mismo tono, tratando de disimular sus heridos sentimientos y su confusión, le dijo que el amo no tenía planeado usar el cabriolé esa tarde tampoco. Al ver que Kunta se volvía, para irse, agregó: -Ha estado escribiendo cartas todo el día-. Había pensado en muchas cosas que podía decir, pero, al ver que se estaba por ir, hizo un gesto para indicar el mortero y el majador, preguntando: -¿Qué es eso?

Kunta tenía ganas de que lo tragara la tierra. Finalmente respondió, casi enojado: -Para ti, para que muelas el maíz-. Bell lo miró. Ahora sus emociones conflictivas se reflejaban en su expresión. Aprovechándose del silencio como excusa para retirarse, Kunta se volvió y corrió, sin otra palabra más. Bell se quedó parada, sintiendo que había actuado como una tonta.

Durante las dos semanas siguientes no hicieron mas que intercambiar saludos. Luego, un día, parada frente a la puerta de la cocina, Bell le dio una torta de maíz. Él logró balbucear su agradecimiento, y se lo llevó a la choza, donde la comió, aún caliente. Estaba cubierta de manteca. Kunta se sentía profundamente emocionado. Era casi seguro que la había hecho con maíz molido en el mortero que él le había dado. Pero aun antes de que hubiera sucedido esto, había llegado a la conclusión de que iba a decirle algo a Bell. Cuando fue a verla después del almuerzo, le dijo una frase que había ensayado y repetido hasta memorizarla: -Necesito decirte algo después de la comida. -Bell no demoró en responderle-: Me da lo mismo. -Una vez que lo dijo, se arrepintió.

Para la hora de la comida nocturna, Kunta estaba nerviosísimo. ¿Por qué le había dicho eso ella? ¿Era tan indiferente? Y si lo era, ¿por qué le había preparado la torta de maíz? Tendría que aclararlo con ella. Pero ni él ni Bell habían dicho exactamente dónde se encontrarían. Ella querría que él fuera a su choza, pensó por fin. Pero deseaba desesperadamente que llegara un llamado de emergencia para el amo Waller. Pero no pasó nada. Cuando ya no tenía ninguna excusa para demorarse más, aspiró hondo, abrió la puerta de su choza, y se dirigió al granero, caminando tranquilamente. Salió con un arnés, como para satisfacer la curiosidad de cualquiera que lo hubiera estado observando, preguntándose qué estaría haciendo a esa hora. Luego se dirigió a la choza de Bell. Después de mirar a su alrededor, asegurándose que nadie lo veía, llamó suavemente a la puerta.

La puerta se abrió casi antes que sus nudillos llegaran a la madera, y Bell salió de inmediato. Mirando el arnés, y luego a Kunta, no dijo nada. Como él tampoco dijo nada, ella echó a andar lentamente hacia el cerco de atrás de la casa. El camino a su lado. Había salido la luna, y su luz pálida iluminaba el camino. El pie izquierdo de Kunta se trabó en una planta, y tropezó, rozando a Bell con el hombro, pero él se alejó de inmediato. Exprimiéndose el cerebro para ver si le ocurría algo que decir, cualquier cosa, deseó de pronto estar caminando con el jardinero y el violinista, o con cualquiera que no fuera Bell.

Por fin fue ella la que rompió el silencio. Dijo abruptamente:

-Los blancos han elegido al general Washington como presidente-. Kunta quería preguntarle qué era eso, pero no lo hizo, esperando que ella siguiera hablando-. Y hay otro amo, llamado John Adams, como vicepresidente -agregó ella.

Él se dio cuenta de que debía decir algo, para seguir la conversación. Dijo, por fin: -Ayer llevé al amo a ver a su hermano menor- y de inmediato se sintió como un tonto, viendo que Bell lo notaba.

- ¡Cómo quiere a esa niña! -dijo Bell, sintiéndose tonta, pues eso era lo que decía siempre acerca de la niña Anne cada vez que salía el tema. Se había vuelto a hacer un silencio, que ella rompió-, No sé cuánto sabes acerca del hermano del amo. Es el oficial del condado de Spotsylvania, pero nunca tuvo cabeza para los negocios, como el amo. -Bell guardó

silencio unos pasos más-. Mantengo los oídos abiertos, para enterarme de todo. Sé mucho más que lo que nadie cree que sé.
Miró a Kunta. -Nunca me gustó ese amo John, y supongo que a ti tampoco, pero hay algo que debes saber acerca de él que no te he dicho nunca. No fue él el que ordenó que te cortaran el pie. En realidad, tuvo un ataque de rabia con esos blancos pobres cuando se enteró. Les había encargado que te siguieran el rastro con los perros, y dijeron que tú trataste de matarlos con una piedra.
-Bell hizo una pausa-. Me acuerdo como si fuera ayer cuando vino corriendo el sheriff Brock, trayéndote al amo. -A la luz de la luna, Bell miró a Kunta-. Estabas a punto de morir, dijo el amo. Se puso tan furioso cuando el amo John le dijo que ya no le servías para nada, con ese pie, que juró que te iba a comprar, y lo hizo. He visto la escritura. Recibió una granja, además de ti, por el dinero que le debía su hermano. Es esa granja bastante grande, con el estanque, donde da vuelta el camino que pasas todo el tiempo.
Kunta supo en seguida cuál era la granja. Mentalmente vio el estanque, y los sembrados. -Pero esos tratos comerciales no significan mucho, porque los Waller son muy unidos -siguió diciendo Bell-. Son una de las familias más antiguas de Virginia. En realidad, eran una familia antigua en Inglaterra, antes de cruzar el mar. De la nobleza, pertenecían a la Iglesia de Inglaterra. Uno de ellos escribía poemas, se llamaba Edmund Waller. Su hermano menor, John Waller, fue el que vino primero. Tenía dieciocho años, le oí decir al amo, cuando el rey Carlos II le hizo una concesión de tierra en el lugar en que ahora está el condado de Kent.
Habían aminorado el paso mientras Bell hablaba. Kunta estaba encantado con que ella hablara todo el tiempo, aunque ya había oído decir algunas de esas cosas de boca de las cocineras de los Waller. Nunca se lo hubiera dicho, naturalmente.
-Bueno, ese John Waller se casó con una señorita llamada Mary Key, y ellos construyeron la casa grande de Enfield, donde va el amo a ver a sus padres. Y tuvieron tres hijos varones, entre ellos John Segundo, el menor, que fue muchas cosas: sheriff, estuvo en la Legislatura, ayudó a fundar Fredericksburg y a formar el condado de Spotsylvania. Él y la señorita Dorothy construyeron Newport, y tuvieron seis hijos. Y así empezó a haber muchos de ellos, que crecieron y tuvieron hijos. Nuestro amo y los otros Waller que viven cerca son una parte. Son personas muy respetadas, y hay sheriffs, predicadores, oficiales del condado, diputados, médicos, como el amo. Muchos lucharon en la Revolución.
Kunta estaba tan atento en lo que le contaba Bell que se sorprendió cuando ella se detuvo. -Es mejor que volvamos -le dijo-. Si seguimos caminando a esta hora, mañana nos dormiremos. -Regresaron, y cuando Bell se quedó callada un momento, y Kunta no dijo nada, ella se dio cuenta de que no le iba a decir lo que tenía en la mente, así que siguió charlando hasta que llegaron a la choza de ella, donde se volvió para mirarlo de frente, y se quedó callada. Él se quedó mirándola durante un momento muy largo, un momento agónico, y finalmente habló. -Se está haciendo tarde, como dijiste. Te veré mañana. -Mientras se alejaba, llevando el arnés, Bell se dio cuenta de que no le había dicho nada. "Bueno", se dijo (con miedo de pensar que podría tratarse de eso en que pensaba) "lo hará a su tiempo."
Por suerte no estaba apurada, pues si bien Kunta empezó a pasar mucho tiempo en la cocina de Bell, viendo cómo trabajaba, era ella la que hacía el gasto de la conversación, como de costumbre. Pero le gustaba tenerlo de oyente. -He descubierto -le dijo un día-, que el amo ha escrito en su testamento que si muere sin casarse, sus esclavos pasarán a la señorita Anne. Pero el testamento dice que si se casa, la esposa recibe los esclavos a su muerte. -Aun en ese caso, Bell no se mostraba preocupada-. Hay muchas que se mueren por apoderarse del amo, pero él no se volverá a casar. -Hizo una pausa-. Igual que yo.

A Kunta casi se le cayó el tenedor de la mano. Estaba seguro que había oído bien, y se sorprendió al enterarse que Bell había estado casada antes, pues se daba por sentado que una esposa debía ser virgen. Kunta se fue a su choza. Sabía que debía meditar.
Pasaron dos semanas de silencio, y luego Bell lo invitó a comer con ella en su choza esa noche. Se quedó tan sorprendido que no supo qué contestar. Nunca había estado solo en una choza con una mujer, excepto su madre o su abuela. No estaba bien. Pero como no encontró palabras para responder, ella le dijo a qué hora debía ir, y así quedó la cosa.
Él se lavó en una tina, de la cabeza a los pies, con un trapo y una barra de jabón de lejía. Luego volvió a refregarse bien, y después otra vez. Después se secó, y mientras se vestía, empezó a canturrear una canción de la aldea: -Mandumbe, tienes un hermosísimo cuello largo -Bell no tenía el cuello largo, ni era hermosa tampoco, pero tenía que reconocer que cuando estaba con ella se sentía bien. Y sabía que ella también.
La choza de Bell era la más grande de la plantación, y la que estaba más cerca de la casa grande, con un cantero de flores adehinte. Como conocía su cocina, no pudo sorprenderse de la inmaculada pulcritud de la choza. La habitación daba la sensación de comodidad, con su pared de vigas y un hogar de ladrillos que bajaba desde el techo, y en que el que colgaba sus relucientes utensilios. Kunta vio que en lugar del cuarto acostumbrado, con una ventana, como el de él, la choza de Bell tenía dos habitaciones y dos ventanas, con persianas que podía bajar en caso de lluvia, o cuando hacía frío. La habitación posterior, con cortinas, era donde dormía, evidentemente, y Kunta mantuvo la vista alejada de esa dirección. Sobre la mesa rectangular, en el centro de la habitación, había cuchillos, tenedores y cucharas en un pote, y algunas flores de su jardín en un jarrón. Había dos velas, en candeleros de arcilla, y en cada extremo de la mesa una silla de respaldo alto y asiento de caña.
Bell lo invitó a sentarse en una mecedora cerca del hogar. Se sentó con cuidado, porque no conocía esa clase de artefacto, pero tratando de actuar con naturalidad.
-He estado tan ocupada que ni siquiera he encendido el fuego
-dijo ella, y Kunta saltó de la mecedora, contento de poder hacer algo con las manos. Raspando el pedernal contra el trozo de hierro, prendió fuego al algodón que había puesto Bell debajo de unas ramas de pino, sobre las que había asentado los leños de roble. El fuego se encendió en seguida.
-No sé cómo es que te he invitado, el lugar está todo desarreglado, y no tengo nada listo -dijo Bell, atareada con las cacerolas.
-No tengo ningún apuro -se obligó Kunta a responder. Pero pronto empezó a salir aroma del pollo que Bell sabía que le gustaba tanto a Kunta. Cuando le sirvió el plato, lo regañó por engullir tan rápido. Pero Kunta no dejó de comer hasta terminar el tercer plato, aunque Bell le dijo que quedaba más en la olla.
-No, voy a reventar -dijo Kunta con sinceridad. Después de charlar de cosas sin importancia durante unos minutos, se puso de pie, diciendo que debía regresar a su choza. Se detuvo en la puerta, y miró a Bell. Bell lo miró. Ninguno de los dos dijo nada, y luego Bell desvió la mirada, Kunta se dirigió a su choza, lentamente.
Se despertó de muy buen humor, como solía despertarse en África, pero no le dijo a nadie por qué se sentía contento, lo que era raro en él. Pero no tenía necesidad de decir nada. Ya todo el mundo sabía que Kunta había estado en la cocina de Bell, sonriendo, y hasta riendo. Y Bell empezó a invitarlo a comer, primero una vez por semana, luego dos. Él pensaba que de vez en cuando debía darle una excusa, pero no podía hacerlo. Bell siempre cocinaba con alimentos que se comían en Gambia, como judías, quimbombó, guiso de maníes o batatas asadas con manteca.
Bell seguía haciendo el gasto de la conversación, por lo general, pero a ninguno de los dos le importaba. El tema favorito de Bell, por supuesto, era el amo Waller, y Kunta no dejaba

de sorprenderse cuánto sabía Bell de ese hombre, aunque era él el que pasaba más tiempo con el amo.
-El amo tiene cosas raras -decía Bell-. Por ejemplo, tiene fe en los Bancos, pero esconde el dinero; nadie sabe dónde, pero yo sí. Es raro con los negros, también. Haría cualquier cosa por ellos, pero si alguno hace algo malo, lo vende en seguida, como pasó con Luther.
-Otra cosa rara -siguió diciendo Bell-. No quiere tener morenos en su casa. ¿No has notado, que excepto el violinista, todos somos negros? El amo explica por qué a quien lo quiere oír. He oído decir a muchos hombres importantes, que tienen esclavos morenos, que muchos blancos están teniendo hijos con esclavas, así que no hacen más que comprar y vender su propia sangre, y es algo que hay que impedir.
Si bien no lo demostraba nunca, y no dejaba de asentir cuando hablaba Bell, Kunta a veces escuchaba con un solo oído mientras pensaba en alguna otra cosa. Una vez, cuando ella le hizo una torta, usando cereal molido en el mortero que le había hecho Kunta, a él le pareció que la veía machacando el kouskous para el desayuno en alguna aldea africana, mientras ella estaba parada frente a la cocina dicéndole que las tortas "de azada" se llamaban así porque los esclavos las cocinaban en el borde de la azada mientras trabajaban en el campo.
Algunas veces Bell le daba algún plato especial para que llevara al violinista y al jardinero. No los veía tan seguido ahora, pero al parecer ellos entendían lo que pasaba, y cuando estaban juntos gozaban del placer de la conversación. Aunque nunca hablaba de Bell con ellos -ellos nunca la mencionaban- estaba claro por su expresión que sabían que él la cortejaba. Kunta se sentía un tanto molesto por esa causa, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, y no tenía ganas de hacer nada, tampoco.
Más le preocupaban ciertos asuntos que no había discutido con Bell, y que nunca parecía poder abordar. Uno de ellos era que en la habitación principal ella tenía un cuadro del tal "Jesús", de pelo rubio, que parecía ser pariente del pagano "Señor". Finalmente se las arregló para mencionarlo, y Bell dijo, de inmediato: -Hay sólo dos lugares a los que vamos, el Cielo y el Infierno, y solamente a uno le importa cuál es su destino-. No quería decir nada más del tema. Esa respuesta lo desconcertaba, cada vez que pensaba en ella, pero finalmente llegó a la conclusión de que ella tenía derecho a la creencia que le viniera bien, por más equivocada que estuviera, igual que él tenía derecho a su fe. Él había nacido bajo Alá y con él iba a morir, aunque no había estado rezándole desde que veía a Bell. Resolvió corregir ese error, esperando que Alá lo perdonara.
De cualquier manera, no podía tratar severamente a una persona, aunque fuera cristiana, y por ende pagana, que era tan buena con otra persona de distinta creencia, por más que esa persona fuera él. Ella era tan buena con él, en realidad, que él quería poder hacer algo especial para ella, algo por algo menos tan especial como el mortero y el majador. Así que un día, cuando iba hacia lo del amo John para buscar a la señorita Anne que iba a pasar el fin de semana con el amo Waller, Kunta se detuvo junto a unos juncos que había visto, y cortó los mejores. Cortó los juncos en pedazos, y con unas chalas escogidas, se dedicó, durante los días siguientes, a trenzar un felpudo con un diseño mandinga en el centro. Le salió mejor de lo que esperaba, y se lo regaló a Bell la próxima vez que lo invitó a cenar. -¡Nadie va a poner los pies sobre esto! -exclamó ella, volviéndose y desapareciendo en el dormitorio. Regresó unos minutos después, con la mano en la espalda, y dijo: -Te iba a dar esto para Navidad, pero te voy a hacer otra cosa.
Extendió la mano. Era un par de medias finamente tejidas, de lana, una de medio pie, con la punta rellena. Ninguno de los dos supo qué decir.
Les llegaba el aroma de la comida, lista para ser servida, pero a ambos los embargaba un extraño sentimiento. Bell lo tomó de la mano, mientras se miraban, y rápidamente apagó las velas. Kunta se sintió como una hoja llevada por una fuerte coriente. Juntos

traspusieron la puerta cubierta por la cortina, pasaron a la otra habitación y se acostaron frente a frente sobre la cama. Mirándolo a los ojos, ella se acercó a él, se abrazaron, y por primera vez en sus treinta y nueve lluvias, él tuvo a una mujer entre sus brazos.

CAPITULO 63

-El amo no quería creerme cuando se lo dije -le dijo Bell a Kunta-. Después me dijo que le parecía que debíamos pensarlo un poco más, porque el casamiento es sagrado ante los ojos de Jesús. -El amo Waller, sin embargo, no le dijo nada a Kunta durante las semanas siguientes. Una noche, Bell fue corriendo hasta la choza de Kunta y le dijo, sin aliento-: ¡Le volví a decir que nos queremos casar, y él dijo entonces que, en ese caso, le parecía que estaba bien!

La noticia corrió como reguero de pólvora por las chozas de los esclavos. Kunta se turbaba cada vez que alguien lo felicitaba. Hubiera estrangulado a Bell por darle la noticia hasta a la señorita Anne cuando ella fue a visitar a su tío la próxima vez, porque lo primero que hizo fue empezar a correr de un lado para otro gritando: - ¡Bell se va a casar! ¡Bell se va a casar!-. Al mismo tiempo, para sus adentros, Kunta pensaba que no era propio que él se molestara por el anuncio, pues los mandingas consideraban que, después del nacimiento, el matrimonio era lo más importante.

Bell se las arregló para que el amo no usara el cabriolé -o empleara a Kunta- el domingo antes de Navidad, cuando todos estarían libres y podrían asistir a la boda. -Ya sé que no quieres que nos casemos en la casa grande -le dijo a Kunta- como podríamos haberlo hecho, si se lo hubiera pedido al amo. Y sé que a él tampoco le hubiera gustado eso, así que son de la misma opinión. -La boda iba a tener lugar en el patio delantero, junto al jardín de flores.

Todos los esclavos estaban presentes, con sus mejores galas. Frente a ellos estaban el amo Waller con la señorita Anne y sus padres. Pero a Kunta sólo le importaba el huésped de honor -que, en cierto sentido, era el responsable de todo-, que era su amigo, el hombre de Ghana, que había viajado desde Enfield para estar presente. Cuando Kunta fue con Bell hasta el centro del patio, volvió la cabeza para mirar al que tocaba el qua-qua, e intercambiaron miradas. Luego la amiga de Bell, la tía Sukey, lavandera de la plantación, dio un paso al frente para presidir la ceremonia. Después de pedir a los presentes que se acercaran más, dijo: -Pido a todos que rueguen a Dios por esta unión. Quiero que rueguen para que esta pareja permanezca unida -se interrumpió un momento- y que no los vayan a separar, vendiéndolos a amos diferentes. Y rueguen para que tengan hijos buenos y sanos. -Luego, con gran solemnidad, la tía Sukey colocó una escoba sobre el césped, frente a Kunta y Bell, haciéndoles una seña para que se tomaran del brazo.

A Kunta le parecía que se sofocaba. Pensaba en la manera en que se celebraban los casamientos en Juffure. Veía a los bailarines, oía las plegarias, los cantos de alabanza, los tambores que trasmitían la buena nueva a las otras aldeas. Pidió que lo perdonaran por lo que estaba haciendo, que a pesar de las palabras que se dijeran al Dios pagano, Alá comprendiera que Kunta creía en Él y sólo en Él. Y luego, como a la distancia, escuchó que la tía Sukey decía: -Ustedes dos, están seguros que quieren casarse?- En voz baja, a su lado, Bell dijo: -¡Sí!- Y la tía Sukey miró entonces a Kunta. Él sintió que sus ojos lo atravesaban. Y Bell le apretaba el brazo con todas sus fuerzas. Él se obligó a decir: -Sí-. Y luego la tía Sukey dijo: -Entonces, en nombre de Jesús, están casados.

Kunta y Bell saltaron juntos la escoba, tal como Bell le había enseñado el día anterior. Él se sentía ridículo, pero ella le había advertido que el matrimonio sería desgraciado si alguno de los dos tocaba la escoba con los pies; el que lo hiciera sería el primero en morir, además. Cuando saltaron sin ningún percance, todos los presentes aplaudieron y vivaron. Cuando se callaron, la tía Sukey volvió a hablar: -Lo que ha unido Dios, ningún hombre podrá separar. Sed fieles el uno al otro-. Mirando a Kunta, agregó: -Y buenos cristianos-. La tía Sukey se volvió para mirar al amo Waller: -Amo, ¿quieres decir algo en esta ocasión?

El amo parecía preferir no decir nada, pero dio un paso hacia adelante y dijo, en voz baja: -Se lleva a una buena mujer. Y ella a un buen muchacho. Y toda mi familia, aquí reunida, les desea mucha felicidad para el resto de sus vidas-. El griterío, proveniente de los esclavos, se vio acentuado por los chillidos de la señorita Anne, que saltaba de un lado para otro, hasta que su madre la contuvo, y los Waller regresaron a la casa grande, para dejar que los negros siguieran con las festividades a su manera.

La tía Sukey y las otras amigas de Bell la habían ayudado a cocinar ollas enteras de comida, que colocaron sobre una mesa larga. En medio de los augurios de buena suerte y los festejos, todos los presentes, excepto Kunta y el hombre de Ghana, compartieron el cognac y los vinos que había enviado el amo desde los sótanos de la casa grande, como regalo. El violinista no había dejado de tocar desde el comienzo de la fiesta, así que Kunta no se imaginaba cómo se las había arreglado para beber, pero por la manera en que se mecía mientras tocaba, estaba claro que había tomado varios tragos. Kunta ya estaba resignado a la borracheras del violinista, había presenciado tantas..., pero cuando vio a Bell ocupada en llenar y volver a llenar su vaso de vino que se llevaba de inmediato a los labios, empezó a sentirse preocupado y avergonzado a la vez. Se escandalizó cuando oyó que le decía a la hermana Mandy, otra de sus amigas: -¡Hacía diez años que le había clavado el ojo!- Poco después, se tambaleó hasta donde él estaba, lo abrazó y lo besó en la boca delante de todos, en medio de bromas subidas de color, codazos y risotadas. Kunta estaba tenso para cuando los invitados empezaron a retirarse. Por fin quedaron solos, en el patio, y Bell se le acercó, tambaleante, y le dijo en voz baja, comiéndose las sílabas: -¡Ahora que has conseguido la vaca, puedes ordeñarla todo lo que quieras!- Él se horrorizó al oírla hablar así.

Pero al poco tiempo se acostumbró. En realidad, a las pocas semanas había aprendido a conocer mejor a una mujer así, grande, fuerte y saludable. Había explorado ese enorme traste en la oscuridad, hasta convencerse de que era todo de ella, y que no tenía algún relleno, como había oído que usaban algunas mujeres para hacer creer que tenían trastes grandes. Si bien nunca la había visto desnuda -ella siempre apagaba las velas- le había permitido ver sus senos, tan grandes que se llenarían de leche para amamantar a un hijo, lo que era bueno. Con horror, Kunta vio las grandes cicatrices dejadas por el látigo en sus espaldas. -Voy a llevar estas cicatrices a la tumba, igual que mi mamá -le dijo Bell-, pero no tengo la espalda tan mal como tú-. Esto sorprendió a Kunta, que nunca se había visto la espalda. Se había olvidado de los latigazos recibidos hacía más de veinte años.

Kunta gozaba de su tibieza, y disfrutaba junto a ella, en el colchón blando, relleno de algodón, y no de paja o de chala. Sus colchas, hechas a mano, también eran cómodas y abrigadas, y era para él una experiencia nueva y maravillosa dormir entre sábanas. También le daban placer las camisas que le hizo ella, y que luego lavaba, almidonaba y planchaba todos los días. Bell ablandaba el cuero de sus zapatos duros, engrasándolos con sebo, y le tejió muchas medias especiales para su pie cortado.

Durante años había conducido al amo todo el día, regresando a la noche para acostarse sobre su jergón solitario. Ahora Bell lo esperaba con la misma comida que al amo -excepto cuando era cerdo, por supuesto- que se mantenía caliente en el hogar de la choza, para

cuando él volvía. A él le gustaba comer en sus platos de loza blanca, con los cuchillos, tenedores y cucharas que ella claramente se había procurado en la casa grande. Bell había blanqueado su choza -a menudo él tenía que recordar que era de ambos- tanto por dentro como por fuera. Se sorprendía al ver que todo le gustaba, y se habría reprochado por no reaccionar antes, si no le hubiera parecido tonto pasar el tiempo pensando en todos los años que había perdido. No podía creer en cómo había cambiado todo, y en lo mejor que era su vida.

CAPITULO 64

Si bien eran íntimos, desde que "saltaron la escoba", había veces en que Kunta pensaba que ella no confiaba completamente en él. Algunas veces, cuando hablaba con él en la cocina o en la choza, estaba a punto de decirle algo, y luego de repente cambiaba de tema, y eso enojaba tanto a Kunta que a no ser por su orgullo lo hubiera demostrado. En más de una ocasión, el violinista o el jardinero le contaron cosas que evidentemente habían sido escuchadas por el ojo de la cerradura del amo. A él no le importaba que les contara a ellos; lo que sí le importaba era que no se lo dijese a él, que tuviera secretos para su propio marido. Lo que más le hería era que él siempre había compartido todas sus noticias con ella y con ellos, y se trataba de noticias que nunca hubieran oído, o por lo menos no en seguida. Kunta empezó a no contar las cosas que había oído en la ciudad. Cuando ella por fin le dijo algo al respecto, él le contestó que suponía que todo estaba tranquilo desde hacía un tiempo, y a lo mejor eso era bueno, dado que las noticias solían ser malas. Pero la próxima vez que regresó de la ciudad, supuso que ella habría aprendido la lección, y le contó que le había oído al amo decir a sus amigos que acababa "de leer que en Nueva Orleans un médico blanco llamado Benjamín Rush había tenido un asistente negro toda la vida, un esclavo de nombre James Derham, y ahora que había aprendido todo lo que él mismo sabía de medicina, le había dado la libertad.

- ¿No es ése que se hizo médico y más famoso que su maestro? -preguntó Bell.
- ¿Cómo sabes eso? El amo dijo que lo acababa de leer, y no ha venido nadie aquí que pudiera haber contado algo más -dijo Kunta, tan irritado como perplejo.
-Oh, yo tengo otras fuentes -replicó misteriosamente Bell, cambiando de tema.

Kunta decidió que esa era la última vez que le daba una noticia, y no le contó nada durante un par de semanas. Por fin Bell comprendió, y después de una buena cena a la luz de las velas en la choza, un domingo a la noche, le puso la mano en el hombro y le dijo: -Hay algo que te quiero decir desde hace tiempo-. Fue al dormitorio y regresó al momento con una de las Gacetas de Virginia que Kunta sabía que guardaba en una pila debajo de la cama. Siempre había pensado que le gustaba dar vueltas las páginas, simplemente, igual que a muchos negros, o esos blancos pobres que se paseaban los sábados por el pueblo con el diario abierto, aunque Kunta y todo el mundo sabía perfectamente que no sabía leer ni una letra. Pero, de alguna manera ahora, al ver la mirada reservada de Bell, él presintió, sorprendido, lo que ella estaba a punto de decirle.

-Sé leer un poco -dijo Bell-. El amo me vendería mañana mismo si se enterara.

Kunta no dijo nada, porque sabía que Bell seguiría hablando si él no le preguntaba nada. -Conozco algunas de las palabras desde niña -continuó diciendo-. Los niños de mi otro amo me enseñaron. Les gustaba jugar al maestro, porque iban a la escuela, y el amo y la señora no les prestaban atención porque como todos los blancos creían que los negros no podemos aprender nada.

Kunta pensó en el viejo negro que veía regularmente en el tribunal de justicia del condado de Spotsylvania, que hacía años barría y limpiaba el lugar, y ninguno de los blancos ni siquiera soñaba que había aprendido a escribir, copiando la letra que veía en los papeles, hasta que empezó a hacerlo tan bien que falsificaba y firmaba pases de viajero, que vendía a los negros.
Fijando la vista en la punta del dedo a medida que lo deslizaba la primera página del diario, Bell dijo finalmente: -Aquí dice que la legislatura se reunió nuevamente-. Estudió cuidadosamente Las letras de molde-. Pasaron una ley sobre impuestos.
Kunta estaba alelado. Bell bajó la vista a otra parte de la página.
-Aquí dice que en Inglaterra han enviado a unos negros de regreso a África.
Bell miró a Kunta.
- ¿Quieres que trate de leer algo más de eso?
Kunta asintió. Bell necesitó unos minutos más de concentración, mientras corría el dedo y la boca formaba en silencio letras y palabras. Luego volvió a hablar.
-Bueno, no estoy muy segura, pero durante cientos de años han estado mandando a los negros a un lugar llamado Sierra Leone, a tierras que los ingleses compraron a un rey de allí, y ahora les han dado a los negros un poco de tierra y dinero.
Cuando parecía que el esfuerzo de leer la había fatigado, empezo a dar vuelta las páginas, mostrándole a Kunta unas figuras pequeñas, todas idénticas, reconocibles como hombres que llevaban un bulto en el extremo de un palo sobre el hombro, y con el dedo bajo las letras de una de estas figuras, dijo: -Es para describir a los negros prófugos como tú, cuando te escapaste. Dicen el color, las marcas que tienen en la cara, en los brazos o en las piernas, o en la espalda, ya sea por castigo o hechas por el hierro. Y lo que llevaban puesto cuando huyeron, y cosas así. Y luego dice a quién pertenecen, y la recompensa que ofrecen al que los devuelve. He visto recompensas hasta de quinientos dólares, y otras veces, cuando el negro se ha escapado mucho, el amo está tan enojado que ofrece diez dólares por el negro vivo, y quince si se lo llevan muerto.
Por último dejó el diario, con un suspiro, aparentemente fatigada por el esfuerzo de leer. -Ahora sabes cómo me enteré de ese negro médico. Igual que el amo.
Kunta le preguntó si no se arriesgaba mucho al leer el diario del amo.
-Soy realmente cuidadosa -dijo ella-. Pero te diré que una vez casi me muero del susto -agregó Bell-. Un día el amo entró cuando se suponía que debía estar limpiando la sala, pero yo en cambio estaba mirando uno dé sus libros. Dios, me quedé helada. El amo permaneció un minuto, mirándome. No me dijo nada. Salió, pero desde ese día puso un candado en la biblioteca.
Bell "guardó el diario debajo de la cama, y se quedó callada durante un rato. Kunta la conocía tan bien que sabía que estaba pensando en algo. Estaban listos para acostarse cuando ella fue de repente y se sentó a la mesa, como si acabara de tomar una decisión, y con una expresión furtiva y orgullosa a la vez, sacó del bolsillo de su delantal un lápiz y un pedazo de papel plegado. Alisando el papel, empezó a escribir unas letras con sumo cuidado.
- ¿Sabes lo que es? -le preguntó, y antes que Kunta pudiera decirle que no, ella contestó: -Bueno, es mi nombre, B-e-l-l-. Kunta se quedó mirando las letras escritas con lápiz, pensando en que todos esos años él se había mantenido apartado de la escritura toubob, pensando que contenía algún maleficio que podría hacerle daño. Seguía pareciéndole rebuscada. Bell escribió ahora otras letras. -Ese es tu nombre, K-u-n-t-a.
Lo miró, radiante. A pesar de sí mismo, Kunta no pudo dejar de inclinarse para estudiar más de cerca los extraños signos. Pero luego Bell se puso de pie, arrugó el papel, y lo arrojó al fuego.
-A mí no me van a agarrar con cosas escritas.

Pasaron varias semanas antes que Kunta finalmente se decidiera a hacer algo. Estaba molesto desde que Bell le había anunciado, tan orgullosa, que sabía leer y escribir. Como sus amos blancos, estos negros de plantación tomaban por sentado que los que llegaban de África no hacían más que trepar árboles, y no sabían nada de educación.
Así que de manera muy casual, una noche después de comer, se arrodilló frente al hogar y extendiendo unas cenizas, las. alisó con la mano. Bell lo observaba con curiosidad. Él sacó un palito del bolsillo y procedió a escribir su nombre en caracteres arábigos.
Bell no lo dejó terminar, preguntándole: -¿Qué es eso?- Kunta se lo dijo. Luego, una vez satisfecho, se sentó en la mecedora, y esperó a que ella le preguntara cómo había aprendido a escribir. No tuvo que esperar mucho, y esa noche fue él quien habló todo el tiempo, y Bell escuchó. En su lengua vacilante, Kunta le contó cómo todos los niños de la aldea aprendían a escribir con plumas hechas de tallos vacíos y tinta de agua mezclada con hollín. Le contó acerca del arafano, que daba lecciones a la mañana y a la tarde. Dejándose llevar por el tema, y gozando del hecho de que Bell tuviera la boca cerrada, Kunta le contó que los estudiantes de Juffure debían leer bien el Corán antes de poder graduarse, y hasta le recitó algunos versos del Corán. Se dio cuenta de que ella estaba intrigada, y a él le pareció sorprendente que esta fuera la primera vez, en todos los años que la conocía, que ella demostrara interés en algo del África.
Bell golpeó sobre la mesa. -¿Cómo dicen "mesa", ustedes los africanos?
Aunque no hablaba mandinga desde que salió del África, la palabra meso le vino de inmediato a la boca, y se sintió orgulloso.
- ¿Y eso? -preguntó Bell, indicando la silla-. Sirango -dijo Kunta. Estaba tan satisfecho consigo mismo que se puso de pie y empezó a recorrer la choza, señalando cosas.
Dando un golpecito a la olla de hierro de Bell, sobre el hogar, dijo: -Kalero-. Luego, señalando la vela: -Kandio-, Sorprendida, Bell se había puesto de pie, y lo seguía por el cuarto. Kunta tocó una bolsa con el pie y dijo boto, luego una calabaza y dijo murango, y un canasto tejido por el viejo jardinero: sinsingo. Condujo a Bell al dormitorio. -Larango -dijo, señalanlo la cama, y luego la almohada: -kunglarang-. Luego señaló la ventana: -Janerango- y el techo: -Kankarango.
- ¡Dios misericordioso! -exclamó Bell. Nunca esperó Kunta recibir tanto respeto de Bell hacia su patria.
-Es hora de que pongamos la cabeza en el kunglarang -dijo Kunta, sentándose en el borde de la cama, mientras empezaba a desvestirse. Bell frunció el ceño, luego se rió y lo abrazó. Hacía mucho que él no se sentía tan bien.

CAPITULO 65

A Kunta le pareció que Bell se estaba comportando de manera muy extraña desde hacía varias semanas. Por empezar, apenas si hablaba, aunque no estaba de mal humor. Y lo miraba de manera rara, suspirando cuando él le sostenía la mirada. Y había empezado a sonreír misteriosamente mientras se hamacaba en la mecedora, a veces canturreando. Luego, una noche, cuando terminaban de apagar la vela y de meterse en la cama, le tomó la mano y se la puso, tiernamente, sobre su estómago. Había algo que se movía adentro, bajo su mano. Kunta saltó de la cama, loco de alegría.
Los días siguientes apenas se daba cuenta de adonde iba en el cabriolé. Bien podría ser el amo el que tiraba del carruaje, con los caballos, en lugar de estar en el asiento de atrás, tan llena estaba su mente de visiones. Imaginaba a Bell remando por el bolong hasta los

arrozales, con su hijo atado a la espalda. Sólo pensaba en lo que significaba la llegada de este primer hijo. Él había sido el primer hijo de Omoro y Binta. Juró que él también le iba a enseñar a su hijo, como le habían enseñado a él y a tantos otros en Juffure, a ser un verdadero hombre, sin que le importaran los azares y desgracias que lo esperaran en la tierra de los toubobs. Pues era la obligación del padre ser como un árbol gigantesco para su hijo. Porque las hijas solo comían y crecían hasta casarse e irse (y las hijas eran cosa de la madre, de cualquier modo); era el hijo el que llevaba el nombre y la reputación de la familia, y cuando sus padres estaban viejos y tambaleantes, el hijo bien criado se ocupaba de ellos ante todo.

La preñez de Bell lo volvió al África, más aún que el encuentro con el hombre de Ghana. Una noche, en realidad, se olvidó por completo de que Bell estaba en la choza y se puso a contar pacientemente las piedritas de la calabaza, descubriendo, sorprendido, que hacía veintidós lluvias y media que no veía su tierra natal. Pero la mayoría de las noches ella conversaba todo el tiempo, mientras él se quedaba sentado, escuchando cada vez menos, mirando al vacío.

-Tiene la mente en África- le decía Bell a la tía Sukey. Después de un rato, Bell se levantaba, sin que se diera cuenta, y murmurando para sí, sé iba a dormir sola.

Una de esas noches, después de una hora, mientras Kunta estaba ensimismado en sus pensamientos, volvió al presente al oír quejas desde el dormitorio. ¿Ya era tiempo? Entró corriendo, para encontrarla dormida, pero revolviéndose, a punto de gritar. Él se inclinó para tocarle la mejilla, y entonces ella se incorporó en la oscuridad, empapada en sudor y respirando con dificultad.

- ¡Dios mío, tengo tanto miedo por este bebé en mis entrañas!

-dijo, abrazando a Kunta. Kunta no entendió hasta que ella le contó que había tenido un sueño. Era una fiesta de blancos y habían anunciado que el premio en un juego sería el primer bebé negro que naciera en la plantación. Bell estaba tan enloquecida, que Kunta tuvo que calmarla, algo completamente desacostumbrado, asegurandolé que el amo Waller nunca haría una cosa así. Trató de convencerla de eso, luego se acostó, y finalmente ella se volvió a dormir. Pero Kunta no pudo dormirse; se quedó pensando que muchas veces habían sucedido cosas así. Regalaban los bebés, aun antes de nacer. Los apostaban en las mesas de juego y en las riñas de gallos. El violinista le contó que antes de morir, el amo de una muchacha de quince años llamada Mary, que estaba embarazada, había dejado en el testamento a sus cinco hijas, los cinco primeros bebés de la muchacha. Daban a niños negros en garantía por préstamos, y a veces los acreedores los reclamaban mientras estaban aún en el vientre de la madre; los deudores los vendían de antemano para juntar dinero. En ese momento, en las ventas de esclavos en la cabecera del condado de Spotsylvania, el precio corriente de un bebé sano, de seis meses -que se suponía iba a vivir- era de doscientos dólares.

Había estado pensando en todas estas cosas cuando Bell le dijo una tarde en la choza, riendo, unos tres meses después, que ese día la curiosa señorita Anne quiso saber por qué tenía Bell la panza tan grande -le dije a la señorita Anne que tenía un bizcocho en el horno, querido-. Kunta no podía esconder su enojo por la atencion y el afecto que prodigaba a esa muñequita malcriada, que para él no era más que una criatura entre el desfile interminable de "señoritas" y "señoritos" que había visto en tantas casas grandes. Ahora que Bell y él iban a tener un hijo propio, se enfurecía al pensar que el primogénito de Kunta Kinte y su esposa Bell iba a retozar con niños toubobs que al crecer se convertirían en sus amos, y a veces en los padres de sus propios hijos. Kunta había estado en plantaciones donde uno de los niños de los esclavos tenía casi el mismo color que el de sus amos -a menudo parecían mellizos- porque los dos tenían el mismo padre blanco. Antes de que le pasara algo así a Bell, Kunta juró solemnemente que mataría al amo, para convertirse en uno de esos

hombres que había visto alzando a su hijo moreno, que vivía sabiendo que si se quejaba públicamente, lo menos que le harían sería castigarlo.
Kunta pensó que las esclavas morenas se vendían muy bien en los remates de esclavos. Las había visto cuando las vendían, y muchas veces había oído para qué propósitos las compraban. Pensó en todas las historias que había oído acerca de los varones morenos; muchas veces desaparecían, y no se los veía nunca más, porque los blancos temían que llegaran a crecer como blancos, y escapar, y entonces, si no los conocían, mezclarían su sangre negra con la de una mujer blanca. Todas las veces que Kunta pensaba en la mezcla de las sangres, agradecía a Alá que él y Bell compartieran la seguridad de saber que su hijo sería negro, si es que Su voluntad así lo quería.
Una noche de septiembre de 1790, temprano, Bell empezó a sentir los dolores del parto. No dejaba a Kunta que fuera a buscar al amo todavía, que había dicho que la atendería personalmente; la hermana Mandy iba a ser la asistente. Cuando venían los dolores, Bell apretaba los dientes para no gritar, y apretaba el brazo de Kunta con la fuerza de un hombre.
Durante uno de los breves intervalos entre dolor y dolor, Bell volvió su rostro sudoroso a Kunta y le dijo: -Hay una cosa que debo decirte. Yo ya tuve dos hijos, hace mucho, antes de venir aquí, antes de los dieciséis años. -Kunta se quedó mirando a su mujer angustiada. Estaba aturdido. Si lo hubiera sabido... no, se hubiera casado lo mismo; pero aun así se sintió traicionado, porque no se lo había dicho antes. Entre las contracciones, Bell hizo un esfuerzo y le dijo que la habían separado de sus dos hijas. Eran dos bebés. Empezó a sollozar. Una empezaba a caminar, y la otra tenía apenas un año. Se interrumpió, víctima de un espasmo de dolor que la obligó a callar y a apretarle la mano con más fuerza. Cuando pasó el espasmo, no aflojó la presión de la mano; lo miró con lágrimas en los ojos, y, como si leyera sus pensamientos, dijo:
-En caso de que tengas curiosidad el padre no fue el amo o el capataz. Era un negro, de mi edad, que trabajaba en el campo. Éramos muy jóvenes.
Los dolores volvieron, mucho más seguido, y ella le clavó las uñas en las palmas de sus manos, mientras abría la boca para lanzar un alarido. Kunta salió corriendo hasta la choza de la hermana Mandy; llamó a la puerta y gritó su nombre, y luego corrió lo más rápido que pudo hasta la casa grande. Llamó y llamó, hasta que apareció el amo Waller, que no hizo más que mirar a Kunta y decirle: -¡Enseguida voy!
Al oír los gritos angustiados de Bell, que se convertían en alaridos que atravesaban la tranquilidad de las chozas de los esclavos, Kunta se olvidó de lo que le había revelado Bell. Quería estar junto a su mujer, pero se alegró cuado la hermana Mandy le ordenó que se fuera, y se sentó junto a la puerta, imaginando cómo sería la escena en el dormitorio. En África nunca se enteró cómo eran los partos, ya que eso era cosa de mujeres, pero sí había oído decir que una mujer daba a luz arrodillada sobre trapos extendidos en el suelo, luego se sentaba en un recipiente con agua para limpiarse la sangre. ¿Sería así allí adentro?
Kunta pensó de pronto que, allá en Juffure, Binta y Omoro estaban a punto de ser abuelos, y le entristeció que no sólo nunca fueran a conocer a su nieto -ni él a ellos- sino también que ni siquiera se enteraran de su nacimiento.
Al oír los primeros gritos agudos de otra voz, Kunta se puso de pie de un salto. Unos minutos después salió el amo, demacrado.
-Costó mucho trabajo. Tiene cuarenta y tres años -dijo a Kunta-. Pero estará bien en un par de días. -Hizo una seña, indicando la puerta de la choza-. Da tiempo a Mandy para que limpie un poco, luego puedes ir a ver a tu hijita.
¡Una niña! Kunta seguía tratando de reponerse cuando apareció la hermana Mandy en la puerta, sonriente, invitándolo a pasar. Cojeando, atravesó la habitación, corrió la cortina del dormitorio, y las vio. Caminó rápidamente hasta su lado; una tabla del piso crujió, y

Bell abrió los ojos, haciendo un esfuerzo para sonreír. Él la tomó de la mano y se la apretó, abstraído, sin dejar de mirar el rostro de la niña que yacía junto a ella. Era casi tan negra como él, y los rasgos eran, indiscutiblemente, mandinga. A pesar de que era una niña, sería la voluntad de Alá, sintió orgullo y serenidad al pensar que la sangre de los Kinte, que había corrido a través de los siglos como un río poderoso, seguiría fluyendo por otra generación.

Kunta pensó enseguida, parado junto a la cama, en el nombre apropiado para la niña. Sabía que no le podría pedir al amo ocho días de permiso para pensar en eso, como haría un nuevo padre en África, pero el asunto requería horas de seria reflexión pues el nombre de una persona influía en su carácter. Luego pensó que el nombre que le diera debería llevar también el apellido del amo; eso lo enfureció tanto que Kunta juró ante Alá que su hija crecería conociendo su propio nombre.

Abruptamente, sin decir una palabra, se dio vuelta y salió del dormitorio. El cielo empezaba a mostrar los signos del alba. Salió y empezó a caminar a lo largo del cerco junto al cual había comenzado su noviazgo con Bell. Tenía que pensar. Se acordó que ella le había contado que su mayor pena había sido separarse de sus dos hijas, al ser vendida, y entonces buscó un nombre mandinga que significara el deseo de que Bell nunca volviera a sufrir ese dolor, un nombre que pudiera proteger a quien lo llevaba, para que nunca se separara de su madre. ¡Lo tenía! Dando vueltas el nombre en la mente, resistió la tentación de decirlo en voz alta, ni siquiera a solas, porque hubiera sido impropio. ¡Sí, ese era el nombre! Alborozado por su buena fortuna, en tan corto tiempo. volvió rápidamente a lo largo del cerco hasta la choza.

Pero cuando dijo a Bell que había decidido ya el nombre de su hija, ésta protestó más de lo que él había pensado que podría hacerlo dado su estado. -¿Qué apuro hay en ponerle un nombre? ¿Qué nombre? ¡No hemos discutido el nombre! -Kunta bien sabía lo testaruda que podía ser Bell, así que había angustia e ira al mismo tiempo en su voz, mientras buscaba las palabras apropiadas para explicarle que había ciertas tradiciones que respetar, ciertos procedimientos que seguir, y que lo más importante era que el padre, solo, eligiera el nombre, y sólo podía decirlo en voz alta después de habérselo revelado al niño. Dijo luego que era esencial apurarse.

pues de lo contrario la niña podía oír primero otro nombre, puesto por el amo.

- ¡Ahora veo! -dijo Bell-. Estos africanismos no hacen más que causar problemas. ¡Yo no voy a permitir que le pongan uno de esos nombres paganos a mi hija!

Furioso, Kunta salió de la choza, y casi se llevó por delante a la hermana Mandy y a la tía Sukey, que llegaban con los brazos llenos de toallas y cacerolas de agua hirviendo.

-Felicitaciones, hermano Toby. Venimos a atender a Bell.

Kunta gruñó algo ininteligible, y siguió su camino. Un negro de los que trabajaba en el campo, llamado Cato, iba a hacer sonar la primera campana de la mañana, para avisar a los esclavos qué fueran a buscar agua del pozo para lavarse antes del desayuno. Kunta se alejó de las chozas, para tomar el sendero de atrás, que llevaba al granero, para poner distancia entre él y esos negros paganos, enseñados por los toubobs a temer cualquier cosa que les recordara al África, de donde habían venido todos.

En el santuario del granero, Kunta, furioso, dio agua y comida a los caballos, y luego los cepilló. Cuando vio que era hora de que el amo desayunara, fue hasta la cocina, donde le preguntó a la tía Sukey, que reemplazaba a Bell, si el amo iba a necesitar el cabriolé. Ella se negó a hablar, y se quedó parada, sin volverse, negando con la cabeza; luego se fue, sin ofrecerle comida. Cojeando hasta el granero nuevamente, Kunta se preguntó qué le habría dicho Bell a la tía Sukey y a la hermana Mandy para que empezaran a desparramar rumores entre los esclavos; luego se dijo que no le importaba un comino.

Tenía que ocuparse en algo. No podía quedarse horas sin hacer nada, en el granero. Salió con los arneses y se puso a matar el tiempo, como de costumbre, engrasándolos innecesariamente, como venía haciendo desde hacía dos semanas. Quería volver a la choza para ver al bebé, y a Bell, pero se ponía furioso cada vez que pensaba, qué desgracia era que la mujer de un Kinte quisiera que su hija llevara un nombre toubob, lo que iniciaría una vida de autodesprecio.
Alrededor del mediodía, Kunta vio a la tía Sukey, que le llevaba comida a Bell; debía ser una sopa, probablemente. Sintió hambre al pensar en la comida; unos minutos después fue a la parte posterior del granero, donde habían guardado unas batatas, cortadas recientemente; eligió cuatro de las más pequeñas y, luego, lleno de autocompasión, las comió crudas, para apaciguar el estómago.
Empezaba a anochecer, y recién entonces se decidió a volver a su casa. Cuando abrió la puerta y entró, no oyó que Bell dijera nada desde la cama. Estaría durmiendo, pensó, mientras encendía una vela.
- ¿Eres tú?
No había dureza en la voz de Bell. Gruñendo algo como respuesta, tocó la vela, apartó la cortina y entró en el dormitorio. En el resplandor rojizo vio que la expresión de su rostro era tan porfiada como la suya propia.
-Mira, Kunta -dijo ella, yendo directamente al grano-, sé muchas cosas acerca del amo que tú desconoces. Lo enfurecerías con un nombre africano, y nos vendería a los tres en la próxima subasta.
Kunta contuvo la ira lo mejor que pudo, buscando las palabras que pudieran hacerle entender que estaba absolutamente determinado, sin importarle las consecuencias, a que su hija no llevara un nombre toubob, y que debía ser nombrada de acuerdo con el ritual.
Bell desaprobaba profundamente, pero sentía temor por lo que podría llegar a hacer Kunta si ella se negaba. Así que, llena de receló, finalmente consintió. -¿Qué clase de vudó vas a usar? -preguntó, dubitativa. Cuando le dijo que simplemente iba a sacar a la niña afuera por un instante, ella insistió en que esperara a que se despertara, para que pudiera alimentarla, y así no lloraría de hambre. Kunta estuvo de acuerdo. Bell le dijo que calculaba que la niña no se despertaría antes de dos horas, y para esa hora era improbable que ningún esclavo estuviera despierto para presenciar las supercherías y sortilegios que iba a poner en práctica Kunta. Aunque no lo demostraba, Bell seguía enojada con Kunta por no permitirle que ella escogiera el nombre a la hija que había traído al mundo con tanto sufrimiento; pensaba, espantada, en el nombre horriblemente africano con que saldría Kunta, pero estaba segura que más adelante ella podría encargarse del asunto a su manera.
Kunta salió de la choza cerca de la medianoche con su primogénita bien envuelta en una colcha. Caminó hasta que pensó que se había alejado lo suficiente de las chozas de los esclavos, y que de esa manera no le llegaría su influencia nefasta.
Entonces, bajo la luna y las estrellas, Kunta levantó al bebé y lo dio vuelta, de manera que el oído derecho de la criatura estuviera junto a su boca. Luego, lentamente, con voz clara, en mandinga, susurró tres veces en el diminuto oído: -Tu nombre es Kizzy. Tu nombre es Kizzy. Tu nombre es Kizzy. Estaba hecho, como había sucedido con todos los antepasados Kinte, con él mismo, como habría sido si su hija hubiera nacido en su país ancestral. Ella fue la primera en enterarse de quién era, Kunta sintió que África corría por sus venas, y de él fluía a su hija, producto de Bell y suyo. Siguió caminando. Luego volvió a detenerse, y levantando una esquina de la colcha expuso la cara negra de la criatura a los cielos, y le dijo en mandinga, esta vez en voz alta: -¡Mira, es lo único más grande que tú!
Cuando Kunta regresó a la choza con el bebé, Bell prácticamente se la arrebató. En su rostro se reflejaba el miedo y el resentimiento; abrió la colcha y la examinó de la cabeza a los pies, sin saber lo que buscaba, y deseando no encontrar nada. Cuando estuvo satisfecha

de que él no había hecho nada execrable ...por lo menos, nada que hubiera dejado huellas visibles, acostó a la niña, fue a la habitación delantera, se sentó frente a él, cruzó los brazos cuidadosamente, los puso sobre la falda, y preguntó:
-Está bien, dilo de una vez.
- ¿Qué te digo?
-El nombre, africano. ¡Cómo se llama?
- ¡Kizzy! ¡Nadie ha oído nunca ese nombre!
Kunta le explicó que en mandinga Kizzy quería decir "siéntate", o "quédate quieto", lo que, a su vez, significaba que a esa niña nunca la venderían, como a sus otras dos hijas.
Ella no quiso aplacarse. -¡No va a causar más que dificultades! -insistió. Pero cuando vio que Kunta empezaba a enojarse otra vez, pensó que sería más inteligente ablandarse. Dijo que le parecía recordar que su madre había hablado de una abuela llamada "Kibby", que sonaba parecido; por lo menos, eso le diría al amo, si éste empezaba a sospechar.
A la mañana siguiente, Bell hizo todo lo posible para esconder su nerviosidad cuando el amo fue a verla; incluso, se rió cuando le dijo el nombre de la niña. Él sólo comentó que era un nombre raro, pero no se opuso, y Bell exhaló un suspiro de alivio cuando él se fue.
Ya en la casa grande, antes de salir a visitar a sus pacientes, con Kunta, el amo Waller abrió la gran Biblia negra que guardaba bajo llave en un estuche de la sala dio con la página dedicada a registrar lo acontecido en la plantación mojó la pluma en el tintero, y escribió, con linda letra: "Kizzy Waller, nacida el 12 de septiembre de 1790".

CAPITULO 66

- ¡Es una muñequita negra! -exclamó, dando gritos, la señorita Anne. Saltaba, excitada, de un lado a otro, batiendo palmas, el día que vio a Kizzy por primera vez en la cocina de Bell. La criatura tenía tres días.
-¿No puede ser mía?
Bell sonrió ampliamente, llena de placer. -Bueno, es mía y de su papá, tesoro, pero no bien crezca un poquito, podrás jugar con ella.
Y así fue. Muy seguido, cuando Kunta iba a la cocina para preguntar si se necesitaría el cabriolé, o simplemente a visitar a Bell, encontraba a la sobrinita rubia del amo, de cuatro años, inclinada sobre el borde del canasto de Kizzy, arrullando a la criatura. -Es bonitísima. Nos vamos a divertir mucho cuando crezcas un poquito, ¿me oyes? ¡Apúrate en crecer!-
Kunta nunca decía nada, pero le enfermaba ver cómo esa niña toubob se comportaba como si Kizzy hubiera venido al mundo como juguete, como una muñeca extraordinaria. Bell no lo había respetado como hombre ni como padre, al no preguntarle qué le parecía que su hija jugara con la hija del hombre que lo compró, pensaba con amargura.
A veces le parecía que a Bell le importaban menos sus sentimientos que los del amo. Había perdido la cuenta de las veces que pasaba la noche entera diciendo que había sido una bendición que la señorita Anne hubiera venido a reemplazar a la hija del amo Waller, que había muerto al nacer, junto con su madre.
- ¡Dios mío, no quiero ni acordarme! -le dijo una noche, lloriqueando-. La pobrecita señorita Priscilla no era más grande que un pajarito. Venía aquí todos los días, cantando y sonriéndome, dándose golpecitos en el vientre, esperando que llegara la hora de nacer su bebé. Y por fin llegó esa mañana, y gritó y gritó, y luego murió, ella y su niña. Me parece que desde entonces, nunca vi sonreír al amo, hasta que llegó la señorita Anne.

Kunta no sentía lástima por la soledad del amo, pero le parecía que si se casaba no pasaría tanto tiempo con su sobrina, chocheando, y eso reduciría las visitas de la niña a la plantación, con lo que jugaría menos con Kizzy.
-Siempre observo cómo el amo alza a esa niña, la abraza, le habla, le canta hasta que se queda dormida, y luego se queda sentado con la niña en brazos, en lugar de acostarla. Actúa como si no quisiera perderla de vista ni un momento cuando ella está aquí. Y sé que él es su papá, en su corazón.
Así pasaban los meses, y la señorita Anne venía a visitar al amo dos veces por semana, y cada vez que venía pasaba horas jugando con Kizzy. Aunque no podía hacer nada, Kunta trataba por lo menos de no verlas juntas, pero parecían estar por todas partes, y no podía evitar ver cómo la sobrina del amo besaba, acariciaba y daba palmaditas a su hija. Eso lo asqueaba, y le recordaba un dicho africano muy antiguo que provenía de sus antepasados: "Al final, el gato siempre se come al ratón con el que ha jugado".
Bell se empeñaba en tratar de convencer a Kunta que debía aceptar la situación, pues nada malo provendría de ella. Muchas veces, le decía, las niñas blancas tenían un verdadero afecto por sus compañeras negras de juego, que duraba toda la vida.

CAPITULO 67

Desde el nacimiento de Kizzy, aproximadamente, tanto Kunta como el violinista habían traído de vez en cuando noticias de una isla, más allá del océano, llamada "Haití", donde se decía que había treinta y seis mil blancos, en su mayoría franceses, junto a medio millón de negros llevados en barco desde el África, para trabajar como esclavos en las plantaciones enormes de caña de azúcar, café, añil y cocos. Una noche Bell dijo que había oído a su amo decir a sus invitados, durante la cena, que los ricos de Haití vivían como reyes, despreciando a los blancos más pobres que no podían tener esclavos propios.
- ¡Imagínense! ¿Han oído una cosa igual? -dijo el violinista, sarcástico.
- ¡Silencio! -dijo Bell, riendo, y siguió contándoles que el amo había dicho a sus horrorizados huéspedes que durante muchas generaciones en Haití, los blancos y los negros se habían entrecruzado de tal forma, que ahora había casi veintiocho mil mulatos y morenos, llamados comúnmente "gente de color", a quienes sus propietarios y padres franceses habían dado la libertad. Según uno
de los huéspedes, dijo Bell, estas personas "de color" invariablemente buscaban compañeros de piel más clara, pues tenían como objetivo que sus hijos fueran totalmente blancos de apariencia; los mulatos sobornaban a los funcionarios para que les dieran documentos en los que constara que sus antepasados habían sido españoles o indios, cualquier cosa, excepto africanos. El amo Waller no podía creerlo, y lo encontraba deplorable, pero dijo que gracias a los testamentos de muchos blancos, una cantidad considerable de estas personas "de color" habían pasado a ser propietarios de por lo menos un quinto de la tierra en Haití -y de sus esclavos- iban de vacaciones a Francia y educaban a sus hijos como los ricos, llegando a despreciar a los blancos sin dinero. Los invitados del amo Waller se mostraron indignados con esa noticia; el auditorio de Bell, por el contrario, se mostró encantado.
-Se les va a terminar la alegría cuando les cuente lo que he oído decir a los amos ricos en uno de esos bailes de sociedad en que toqué hace un tiempo -dijo el violinista-. Los amos asentían con la cabeza mientras contaban que los blancos pobres, en Haití, odiaban tanto a los mulatos y morenos, que habían firmado peticiones hasta conseguir que Francia dictara

leyes prohibiendo que los "de color" salieran de noche, se sentaran junto a los blancos en la iglesia, y hasta que utilizaran el mismo género para hacerse la ropa. Mientras tanto, los blancos y los de "color" se desquitaban con el medio millón de esclavos negros. -Kunta dijo que había oído decir entre risas, en la ciudad, que los esclavos de Haití sufrían más que los de allí. Oyó decir que era común que los mataran a palos o los enterraran vivos como castigo, y que las negras embarazadas eran obligadas a trabajar hasta que abortaban. Como pensó que no había razón para aterrorizarlos tanto, no les contó las bestialidades peores que había oído, como por ejemplo que a los negros les clavaban las manos contra la pared hasta que los obligaban a comerse sus propias orejas, que les habían cortado; una mujer toubob hizo cortar la lengua a todos sus esclavos, y otra amordazó a un niño negro, hasta matarlo de hambre.

Después de oír tantas historias de horror durante nueve o diez meses, Kunta no se sorprendió al enterarse, en uno de sus viajes a la ciudad ese verano de 1791, que los esclavos negros de Haití se habían sublevado, y que la rebelión había sido salvaje y con derramamiento de sangre. Miles de ellos habían avanzado, matando, apaleando y cortando la cabeza a los blancos, destripando niños, violando mujeres y quemando todas las plantaciones hasta que la parte

Norte de Haití yacía desolada y en ruinas. La población blanca, aterrorizada, luchaba por conservar la vida, y atacaba a su vez, torturando, matando y despellejando a cuanto negro caía en sus manos. Los sobrevivientes iban disminuyendo cada vez más a medida que se extendía la rebelión negra, hasta que para fines de agosto los pocos miles de blancos que seguían vivos estaban escondidos o trataban de huir de la isla.

Kunta dijo que nunca había visto tan enojados y asustados a los toubobs del condado de Spotsylvania. -Parecen más asustados que durante la última rebelión, aquí en Virginia -dijo el violinista-. Unos dos o tres años después que llegaras tú, aunque no hablabas con nadie todavía, así que supongo que no te enteraste siquiera. Fue en Nueva Gales, en el condado de Hanover, una Navidad. Un capataz castigó a un negro joven, hasta tirarlo al suelo, y el negro se incorporó y lo atacó con un hacha. Pero no le dio, y los otros negros empezaron a pegar al capataz con tanta fuerza, que el primer negro le salvó la vida. El capataz salió corriendo, pidiendo ayuda, todo cubierto de sangre, y mientras tanto los negros, enfurecidos, apresaron a un par de blancos y los ataron, y les estaban pegando cuando aparecieron muchos blancos armados. Los negros se refugiaron en el granero, y los blancos trataron de convencerlos de que salieran, con promesas y palabras amables, pero los negros salieron con duelas de barril como arma, y todo terminó con dos negros muertos y un montón de blancos y negros heridos. Salieron patrullas de milicia, y pasaron más leyes, y cosas por el estilo, hasta que se tranquilizaron las cosas. Esto de Haití ha hecho recordar cosas a los blancos, porque saben, como bien sé yo también, que tienen una cantidad de negros bajo la nariz, y no hace falta más que una chispa para que se levanten, y cuando eso pase, va a ser lo mismo que en Haití, aquí en Virginia-. El violinista hablaba con fruición.

Kunta era testigo del miedo de los blancos cada vez que iba a una ciudad, o cerca de las tiendas en los cruces de caminos, tabernas, iglesias, o dondequiera que se reunieran a hablar en grupos pequeños y agitados, con la cara roja, frunciendo el ceño cuando pasaba él o algún otro grupo. Hasta el amo, que sólo le dirigía la palabra para decirle adonde quería que lo llevara, ahora cada vez que hablaba, usaba un tono más frío y cortante. A la semana, la milicia del condado de Spotsylvania patrullaba los caminos, exigiendo saber adonde iban los negros que veían, pidiéndoles los pases, y metiendo en la cárcel y castigando a todo aquel que actuaba de manera extraña o tenía apariencia sospechosa. Los amos se reunieron para cancelar la fiesta anual dé la cosecha, cuando todos los negros se juntaban para divertirse, y también se prohibieron todas las reuniones negras; hasta empezaron a vigilar los bailes o reuniones religiosas de pequeños grupos de esclavos. -

Cuando el amo me lo dijo, yo le dije que la tía Sukey, la hermana Mandy y yo nos arrodillarnos todos los domingos, para rezarle a Jesús, pero no dijo nada de vigilarnos, así que vamos a seguir reuniéndonos -les contó Bell.
Cuando estaba sola en la choza, con Kunta y Kizzy, Bell, en busca de las últimas noticias, leía los diarios que el amo creía que había tirado. Una noticia larga le llevó una hora, hasta que pudo decir que... han "ratificado" una ley, o algo parecido. Pero había muchas más noticias de lo sucedido recientemente en Haití. Lo principal era que, según el diario, la rebelión de los esclavos en Haití podía fácilmente diseminar nociones temerarias entre los negros descontentos del país, por lo que había que imponer restricciones extremas y castigos severos. Mientras doblaba y guardaba los diarios, Bell dijo: -A mí me parece que es poco lo que les queda por hacer en contra de nosotros, a menos que nos encadenen.
Al mes siguiente, sin embargo, dejaron de llegar noticias de Haití, y eso trajo como consecuencia una disminución gradual de la tensión. Igualmente, se aflojaron las restricciones en todo el Sur. Había empezado la cosecha, y los blancos se felicitaban entre sí por la enorme cosecha de algodón y los precios fabulosos que estaban obteniendo. Al violinista lo mandaban a tocar a tantas casas, en grandes bailes, que cuando estaba en su choza, de día, no hacía más que dormir.- Parece que esos amos están ganando tanto dinero con el algodón que van a bailar hasta caer muertos -dijo a Kunta.
No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes que los blancos tuvieran otra razón para estar intranquilos. Cuando iba a la ciudad con el amo, Kunta empezó a oír quejas airadas por las "sociedades antiesclavistas" que parecían ir en aumento, organizadas por "traidores de la raza blanca", no sólo en el Norte, sino también en el Sur. Contó a Bell lo que había oído y ella le dijo que también había estado leyendo lo mismo en los diarios del amo, que atribuían la proliferación reciente a la rebelión de Haití.
- ¡Siempre te he dicho que hay blancos buenos! -exclamó ella-. En realidad, he oído decir que muchos de ellos estaban en contra de los primeros barcos que trajeron esclavos del África. Cada vez que hay una de esas noticias, el amo se enoja y empieza a gritar cosas acerca de los enemigos del país, pero lo importante es que cuando algunos blancos empiezan a hablar en contra de la esclavitud, los demás empiezan a pensar si no tienen razón. -Miró fijamente a Kunta-. Especialmente esos que se dicen cristianos.
Lo volvió a mirar con picardía. -¿De qué crees que conversamos con la tía Sukey y la hermana Mandy los domingos, cuando el amo piensa que estamos rezando? Yo no pierdo de vista a los blancos, especialmente a los que se llaman cuáqueros. Ellos estaban contra la esclavitud aun antes de la Revolución, aquí mismo en Virginia -siguió diciendo-. Y muchos eran amos, dueños de muchos negros. Pero luego los predicadores empezaron a decir que los negros éramos seres humanos, con derecho a ser libres, como cualquier otro, y muchos amos cuáqueros empezaron a soltar a los negros, y hasta a ayudarlos a que llegaran al Norte. Entonces los cuáqueros que seguían teniendo negros empezaron a ser criticados por los demás, y he oído decir que si no dejan ir a los esclavos, la Iglesia los va a repudiar. ¡Eso está pasando ahora! -dijo Bell.
-Otra buena gente son los metodistas. Me acuerdo que hace diez, once años, los metodistas tuvieron una gran reunión en Baltimore, y finalmente llegaron a la conclusión de que la esclavitud está en contra de las leyes de Dios, y una persona que se dice cristiana no debe tener esclavos. Son los cuáqueros y los metodistas los que están tratando de que se pasen leyes para liberar a los negros. Los bautistas y presbiterianos como los Waller no parecen tan entusiasmados con la idea. Sólo les interesa tener libertad de culto, y quieren tener la conciencia tranquila, y a sus negros al mismo tiempo.
Aunque Bell hablaba mucho de los blancos que estaban contra la esclavitud, y decía que había leído noticias de eso en el diario del amo, Kunta nunca había oído a un blanco expresar esas ideas, sino exactamente lo contrario. Esa primavera y ese verano de 1792, el

amo anduvo en el cabriolé con algunos de los amos, políticos abogados y comerciantes más ricos e importantes del Estado. A menos que hubiera alguna noticia candente, casi siempre hablaban de los problemas creados por los negros.
El que creía saber manejar a los esclavos, decía siempre alguno, debía entender primero que la vida pasada en la jungla, con los animales, les daba una herencia natural de estupidez, haraganería y costumbres impuras, y que el deber cristiano de aquellos a quienes Dios había bendecido dándoles superioridad, era enseñar a esas criaturas el sentido de disciplina, moral y respeto al trabajo, mediante el ejemplo, naturalmente, pero también mediante leyes y castigos, de ser necesario, si bien había que conceder recompensas y estímulos a quienes lo merecieran.
Cuando los blancos se descuidaban, seguían diciendo, los negros, como especie inferior, reaccionaban con deshonestidad, artimañas y astucia, y entonces se escuchaban los balidos de las sociedades antiesclavistas, formadas, especialmente en el Norte, por hombres que nunca habían tratado de administrar una plantación; esas personas no podían darse cuenta de que la carga y la responsabilidad de ser dueño de esclavos, sometían a duras pruebas la paciencia, el corazón, el espíritu y hasta el alma misma de un hombre.
Hacía tanto que Kunta oía la misma sarta de estupideces que, aunque lo indignaban, habían acabado por convertirse en una letanía, y ya casi no les prestaba atención. Pero algunas veces, mientras conducía, no podía dejar de preguntarse por qué sus compatriotas no mataban simplemente a todos los toubobs que desembarcaban en suelo africano. Nunca logró darse una respuesta que fuera capaz de aceptar.

CAPITULO 68

Alrededor del mediodía de un día sofocante de fines de agosto, la tía Sukey corrió lo más rápido que pudo hasta el violinista, que estaba entre los tomates, y, casi sin aliento, le dijo que estaba muy asustada por el viejo jardinero. Esa mañana no fue a su choza a desayunar, pero no se afligió. Cuando tampoco apareció para la comida del mediodía, empezó a preocuparse, fue a su choza, golpeó y lo llamó a los gritos. Como no le contestó, se asustó, y entonces pensó que lo mejor que podía hacer era ir a preguntarle al violinista si lo había visto. Este le dijo que no.
-Ya lo sabía, de alguna manera, aun antes de entrar -le dijo esa noche el violinista a Kunta. Y Kunta le dijo que él había tenido un presentimiento extraño mientras volvía con el amo en el cabriolé esa tarde-. Estaba acostado en la cama, con una expresión pacífica -dijo el violinista-, con una sonrisa en el rostro. Parecía dormido. Pero la tía Sukey dijo que se había despertado en el Cielo-. Había llevado la mala nueva a los que estaban trabajando en la plantación, y el esclavo que dirigía a los demás, llamado Cato, volvió con él para ayudarle a lavar el cuerpo y colocarlo sobre una tabla para que se enfriara. Luego colgaron el viejo sombrero de paja del jardinero, manchado por el sudor, del lado de afuera de la puerta, como señal tradicional de duelo. Cuando volvieron los esclavos que trabajaban en el campo, se reunieron frente a la choza en señal de último homenaje, y luego Cato y otro esclavo fueron a cavar la tumba.
Kunta regresó a su choza doblemente dolorido, no sólo por la muerte del jardinero, sino también porque desde el nacimiento de Kizzy no había estado mucho tiempo con él. Le parecía que no tenía más tiempo para nada, y ahora ya era demasiado tarde. Cuando llegó, Bell estaba llorando, cosa que esperaba, pero se sorprendió al saber la razón de su llanto. -Era como el padre que nunca vi -decía entre sollozos-. No sé por qué nunca se lo dije, pero

ya no va a ser lo mismo sin él. -Comieron en silencio, y luego envolvieron bien a Kizzy, para abrigarla, pues era una noche fresca del otoño, y se reunieron con los demás, que velaban al muerto.
Kunta se sentó alejado de los demás, con la inquieta Kizzy sobre la falda, durante la primera hora de oraciones y cánticos en voz baja. Luego la hermana Mandy preguntó a los presentes si alguien sabía si el viejo tenía parientes vivos. El violinista dijo: -Una vez, hace mucho, me dijo que no había conocido a su madre. Nunca le oí decir nada más acerca de su familia-. Como el violinista había sido el amigo más íntimo del jardinero, todos aceptaron su palabra, así que decidieron no hacer nada más al respecto.
Dijeron otra plegaria, cantaron otra canción, y luego la tía Sukey dijo: -Siempre perteneció a alguno de los miembros de la familia Waller. Le oí contar que cuando el amo era niño, él lo llevaba sobre los hombros, así que por eso lo debe haber traído el amo cuando tuvo la casa grande.
-El amo siente mucho la muerte del viejo -dijo Bell-. Me ordenó que dijera a todos que mañana se trabaja medio día.
-Bueno, por lo menos lo vamos a enterrar bien -dijo Ada, la madre de un muchacho llamado Noah, que estaba sentado, impasible, a su lado-. Muchos amos no permiten nada más que una venga a echarle una mirada al muerto, y lo meten en la tierra mientras todavía está caliente.
-Bueno, todos estos Waller son gente de clase, así que por eso no debemos preocuparnos -dijo Bell.
Otros empezaron a hablar de los ricos terratenientes, que a veces hacían funerales con todo boato, cuando morían la cocinera de la casa grande o las viejas amas de leche, que habían amamantado y criado a dos o tres generaciones de la familia. -Hasta las entierran en el cementerio blanco, con lápidas para que se sepa dónde están.
¡Qué generosa recompensa... aunque tardía, por una vida de trabajo!, pensó Kunta con amargura. Se acordó que el jardinero le había dicho que había llegado a la casa del amo cuando era un joven fuerte, a trabajar en el establo, y allí se quedó muchos años, hasta que lo pateó un caballo. Permaneció un tiempo más en el establo, pero cada vez se sentía más incapacitado, hasta que finalmente el amo Waller le había dicho que pasaría los años que le quedaban de vida haciendo lo que pudiera hacer. Con Kunta de asistente, había cuidado el jardín y el huerto hasta que le faltaron fuerzas para seguir haciéndolo, y desde entonces se pasaba el tiempo haciendo sombreros, asientos para sillas y abanicos de paja trenzada, hasta que la artritis le había deformado los dedos. Kunta pensó en otro viejo que había visto varias veces en una mansión del otro lado del Condado. Aunque hacía mucho que se había retirado, todas las mañanas se hacía llevar por unos negros jóvenes al jardín, y ahí de costado, se dedicaba a arrancar yuyos y malezas entre los canteros de flores, con sus manos deformadas. Su adorada ama de toda la vida también estaba vieja e inválida. Y esos eran los más afortunados, pensó Kunta. A muchos viejos les empezaban a pegar cuando ya no podían trabajar, y finalmente los vendían por veinte o treinta dólares a alguna granja de blancos pobres -que tenían la aspiración de convertirse en ricos hacendados- y quienes los hacían trabajar hasta la muerte.
Kunta salió de sus abstracciones al ver que todos se ponían de pie, decían una última oración, y se dirigían a sus chozas para dormir unas pocas horas hasta el amanecer.
Inmediatamente después del desayuno, el violinista le puso al muerto el raído traje oscuro que le había regalado hacía muchos años el padre del amo Waller. Ya habían quemado el resto de su ropa, pues quien usara la ropa de un muerto moriría pronto, según le dijo Bell a Kunta. Luego Cato ató el cuerpo sobre una tabla ancha que habían cortado en ambos extremos, para darle una terminación en punta.

Un poco después, el amo Waller salió de la casa grande con su Biblia negra, y se ubicó detrás de los esclavos, que marchaban pausadamente en fila tras el cuerpo, al que habían puesto sobre un carro tirado por una mula. Cantaban en voz baja una canción que Kunta nunca había oído: -"A la mañana, cuando llegue a destino, saludaré a mi Jesús..." Siguieron cantando todo el tiempo hasta llegar al cementerio de esclavos, que todos siempre evitaban, según había notado Kunta, por miedo a los "fantasmas", que debían ser lo mismo que los malos espíritus del África. Su gente también evitaba el cementerio, pero lo hacía por consideración a los muertos, a quienes no querían molestar, y no por temor.
El amo Waller se ubicó a un lado de la tumba, los esclavos del otro, y la vieja tía Sukey empezó a rezar. Luego una esclava joven, llamada Pearl, cantó una canción triste: "Escuché hoy que me decían desde el Cielo... Apúrate alma fatigada... Han perdonado mis pecados, y mi alma ha sido liberada..." Luego habló el amo Waller, con la cabeza gacha: Josephus, has sido un esclavo bueno y fiel. Que Dios te dé descanso y bendiga tu alma. Amén. En medio del dolor Kunta, se sorprendió al oír el nombre del viejo jardinero: Josephus. ¿Cuál habría sido el nombre verdadero del jardinero, el nombre de sus antepasados africanos, a que tribu habría pertenecido? ¿Lo habría sabido el jardinero? Probablemente había muerto como había vivido, sin saber quién era. Con la vista empañada, Kunta vio que Cato y su ayudante bajaban al viejo a la misma tierra que había cultivado toda la vida. Con las primeras paladas de tierra que cayeron sobre la cara y el pecho del viejo, Kunta sofocó un sollozo y apretó fuertemente los ojos para enjugar las lágrimas mientras las mujeres empezaron a sollozar y los hombres se aclaraban la garganta y se sonaban la nariz.
Mientras volvían lentamente del cementerio, Kunta pensaba que la familia y los amigos íntimos del muerto, en Juffure, darían alaridos y se revolcarían en cenizas dentro de sus chozas, mientras el resto de los habitantes de la aldea bailaban afuera, pues la mayoría de los africanos creía que no podía haber tristeza sin felicidad, ni muerte sin vida, como le había explicado su padre, hablándole de los ciclos, cuando murió su amada abuela Yaisa. Omoro le había dicho: "Deja de llorar ahora, Kunta", para explicarle que la abuela se había reunido con uno de los tres grupos que formaban todas las aldeas: los que se habían reunido con Alá, los que vivían, y los por nacer. Por un momento Kunta pensó que se lo explicaría a Bell, pero se dio cuenta de que no lo entendería. Eso lo entristeció, pero luego pensó que esa sería otra de las cosas que le contaría a Kizzy acerca de su patria, cuando la niña creciera.

CAPITULO 69

Dos domingos al mes, Kunta llevaba al amo al servicio religioso en la capilla de los Waller, a unas cinco millas de la plantación. El violinista le había contado que no sólo los Waller, sino otras familias importantes tenían sus propias capillas en el Condado. Kunta se sorprendió al ver que también asistían al servicio las familias menos importantes, igual que los blancos pobres, y que iban a pie, llevando los zapatos al hombro, sostenidos por los cordones. Ni el amo ni ningún otro blanco de "clase" como decía Bell, se detenían para ofrecer llevarlos, algo de lo que Kunta se alegraba.
Siempre había un sermón largo y aburrido entre un montón de cantos y plegarias sin sentido, y cuando por fin terminaba, todos salían y estrechaban la mano al predicador. Kunta veía, divertido, que tanto los blancos pobres como los de la misma clase del amo se sonreían y se saludaban con el sombrero, actuando como si fueran iguales por el hecho de

ser blancos. Pero luego extendían sus almuerzos bajo los árboles, cada clase separada de la otra, cómo si fuera una casualidad.
Mientras esperaba, un domingo, observando el ritual solemne con los otros otros cocheros, Roosby dijo en voz baja, pero lo suficientemente alto para que los demás lo oyeran: -Parece que los blancos no se divierten mucho cuando comen, ni tampoco cuando profesan su culto-. Kunta pensó que en todos esos años, desde que conocía a Bell, cada vez que llegaba el momento de tener una de esas reuniones de "Jesús" con los demás esclavos, él siempre se las arreglaba para decir que tenía algo urgente que hacer, pero siempre oía, desde el granero, una serie de maullidos y otros ruidos, y estaba convencido que una de las pocas cosas que admiraba en los toubobs era la manera tranquila que tenían de profesar su culto.
Una semana después, Bell le recordó acerca de la "gran reunión en el campo" a la que pensaba acudir a fines de julio. Era el gran acontecimiento del verano de los negros, desde que vivía él en la plantación, y dado que todos los años anteriores siempre había encontrado una excusa para no ir, le extrañaba que ella siguiera insistiendo. Sabía poco de lo que sucedía en esas grandes reuniones, aparte de que estaban relacionadas con la religión pagana de Bell, y él no quería tener nada que ver con eso. Pero Bell volvió a insistir una vez más: -Sé que te mueres por ir -dijo con un tono de sarcasmo-. Por eso te lo digo con mucha anticipación, para que hagas tus planes.
Kunta no pudo responderle con la misma viveza, y como no quería empezar a discutir le dijo: -lo pensaré-, aunque no tenía intenciones de ir.
El día antes de la reunión, cuando se detuvo en la casa grande después de un viaje, el amo dijo: -No necesitaré el coche mañana, Toby. He dado permiso a Bell y a las otras mujeres para que vayan a la reunión mañana, y les dije que tú puedes llevarlas en el carro.
Kunta estaba furioso, seguro de que Bell se había complotado con el amo para esto. Ató los caballos detrás del granero, y, sin perder tiempo en desengancharlos, se dirigió a la choza. Bell no hizo más que mirarlo y le dijo: -No se me ocurrió ninguna otra manera para que estuvieras presente cuando bautizaran a Kizzy.
- ¿Cuando qué?
-Cuando la bautizaran. Eso quiere decir que se une a la iglesia.
-¿Qué iglesia? ¿Esa tuya, del Señor?
-No empecemos de nuevo. Yo no tengo nada que ver. La señorita Anne pidió permiso a sus padres para llevar a Kizzy el domingo, a la capilla, para que se siente en la parte de atrás. Pero no puede ir, a menos que esté bautizada.
- ¡Entonces no irá!
-Tú no entiendes aún, africano. Es un privilegio que la inviten a la capilla de ellos. Si dices que no, entonces pronto tú y yo estaremos recogiendo algodón.
Cuando partieron, temprano a la mañana siguiente, Kunta iba sentado, muy erguido, en el alto asiento del cochero, negándose a darse vuelta para mirar a su hijita, que no cesaba de reír, sentada en la falda de su madre, entre las otras mujeres y sus canastas de picnic. Durante un tiempo no hicieron más que charlar, luego empezaron a cantar: "Vamos subiendo por la escala de Jacob... soldados de la Cruz..." Kunta estaba tan asqueado que empezó a hacer chasquear el látigo, castigando a las mulas, para que el carro se hiciera para todos lados y se callaran, pero por más que hizo, no consiguió su propósito. Hasta se oía la vocecita de Kizzy entre las otras. El toubob no necesitaba robarle la hija, pensó con amargura; su propia mujer se desesperaba por entregarla.
Coches igualmente atestados acudían desde las otras plantaciones, y todos se saludaban con alegría, lo que aumentaba la indignación de Kunta. Para cuando llegaron al lugar de la reunión -una pradera ondulante, llena de flores- estaba tan furioso que ni siquiera notó la docena de coches que ya estaban allí, y todos los otros que hiban llegando de todas

direcciones. Cuando el coche se detenía, sus ocupantes bajaban ruidosamente, a los gritos, y pronto se unían a Bell y a los otros; se besaban y se abrazaban. Kunta se dio cuenta de que nunca había visto a tantos negros juntos en la tierra de los toubobs, y empezó a prestar atención.

Mientras las mujeres reunían sus canastas de comida bajo un bosquecillo, los hombres empezaron a congregarse en una pequeña colina, en el centro de la pradera. Kunta ató las mulas a una estaca que hundió en el suelo, y se sentó detrás del carro, de manera tal que pudiera ver lo que pasaba. Después de un rato, todos los hombres se habían sentado en el suelo, muy juntos, excepto cuatro, que parecían los más viejos. Ellos se quedaron parados. Y luego, como si ya todo estuviera arreglado, el que parecía más viejo de todos -era muy negro, encorvado y muy delgado, de barba blanca- de repente echó la cabeza hacia atrás y gritó, en dirección a las mujeres: - ¡Hijas de JESÚS!

Sin poder creer lo que veía y oía, Kunta observaba, mientras las mujeres se iban dando vuelta. Luego gritaron, todas a la vez, como si fueran una sola: -¡Sí, Señor!-. Luego corrieron a sentarse detrás de los hombres. Kunta se sorprendió al ver que eso era muy parecido a la manera en que se sentaba la gente en Juffure, en el Consejo de Ancianos, cada luna nueva.

El viejo volvió a gritar: -Digo, ¿somos todos hijos de JESÚS?

-¡Sí, Señor!

Ahora los otros tres viejos se pusieron en frente del más viejo, y dijeron:

-Llegará la hora en que solamente seremos esclavos de Dios.

- ¡Sí, Señor! -gritaron todos los sentados.

-¡Prepárense!

- ¡Sí, Señor!

-¿Saben lo que me acaba de decir el Padre Santo? Me dijo: ¡Nadie es un extraño!

Se elevó un clamor, ahogando las palabras del viejo. De una manera extraña, hasta Kunta sintió cierta excitación. Finalmente se quedaron callados, y pudo oír lo que decía el de la barba blanca.

- ¡Hijos de Dios, hay una TIERRA PROMETIDA! ¡Allí van todos los que creen en Él!. Y los que creen, ¡vivirán allí, toda la eternidad!

Pronto el viejo estaba todo sudado; agitaba los brazos por el aire, el cuerpo le temblaba al compás de tus exclamaciones, y tenía la voz ronca de emoción. -¡Se nos dice en la Biblia que el cordero y el león yacerán JUNTOS!-. El viejo echó la cabeza hacia atrás, elevando los brazos al cielo. -¡No va a haber más amos y esclavos! ¡NUNCA MÁS! ¡Todos seremos HIJOS DE DIOS!

Luego, de pronto, una mujer se puso de pie y empezó a contorsionarse. -¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús!- Otras a su alrededor empezaron a hacer lo mismo, y a los pocos minutos había una docena de mujeres gritando y sacudiéndose. Kunta se acordó de repente que el violinista le había contado que en algunas plantaciones, donde los amos no permitían que sus esclavos profesaran su culto, éstos escondían una cacerola grande en su bosque cercano, y cuando alguien sentía que se agitaba dentro de sí el espíritu, corría al bosque y gritaba dentro de la cacerola, para que no se sintiera su grito a lo lejos.

Kunta estaba pensando en esto cuando vio, con gran sorpresa y vergüenza, que Bell era una de las mujeres que chillaban y se meneaban. Justo entonces una de ellas gritó: -¡Soy hija de Dios! y luego se desmoronó sobre el suelo, como derribada por un golpe, y se quedó temblando. Otras hicieron lo mismo, y empezaron a revolverse y a quejarse sobre el pasto. Otra mujer, que se estaba sacudiendo, se quedó rígida como un poste, mientras gritaba: -¡Oh, Dios! ¡Oh, Jesús!

Kunta se daba cuenta de que ninguna había planeado lo que hacía. Sucedía tal como lo sentían, y era parecido a la forma en que bailaba la gente en su tierra, cuando tenían los

espíritus, y cada uno hacía lo que sentía adentro. Cuando empezaron a calmarse, Kunta pensó que esa era la forma en que terminaban los bailes en Juffure, cuando todos estaban exhaustos. Esa gente también estaba cansada, y en paz consigo misma.
Luego, uno a uno, empezaron a ponerse de pie, mientras hablaban:
-Me dolía tanto la espalda, hasta que hablé con el Señor. Él me dijo: "Párate derecha", y ya no me dolió más.
-Jesús salvó mi alma, y ahora pongo mi amor hacia Él por encima de todos los demás amores.
Luego, por fin, uno de los viejos dirigió una plegaria, y cuando terminó todos dijeron AMÉN, y empezaron a cantar en voz alta, con tremendo entusiasmo: "Todos los hijos de Dios tenemos zapatos. Cuando llegue al Cielo, me pondré los zapatos, y recorreré todo el Cielo de Dios".
Mientras cantaban, se iban poniendo de pie, uno a uno, y empezaban a caminar muy lentamente, siguiendo al predicador de la barba blanca, bajando por la pradera. Cuando terminó la canción, estaban junto al estanque, del otro lado, y allí se volvió el predicador, para mirarlos de frente, rodeado por los otros tres viejos, y todos levantaron los brazos.
-Y ahora, hermanos y hermanas, ha llegado la hora de que los pecadores que no se hayan purificado laven sus pecados en las aguas del JORDÁN.
- ¡Oh, sí! -gritó una mujer junto a la orilla.
-¡Es hora de apagar los fuegos del infierno en las aguas sagradas de la TIERRA PROMETIDA!
-Todos los que estén listos a purificar su alma eterna, para despertarse junto al Señor, que se queden de pie. El resto, los que no han sido bautizados o no están preparados para recibir a Jesús, siéntense.
Kunta vio, sorprendido, que sólo se sentaban unos doce o quince. Mientras los demás se paraban junto al estanque, el predicador y el más fuerte de los otros viejos se metieron en el agua, deteniéndose para volverse cuando se hundieron hasta la cintura.
Dirigiéndose a la muchacha que encabezaba la fila, dijo el predicador: -¿Estás lista, hija?- Ella asintió. -¡Adelante, entonces!
Tomándola de los brazos, los otros dos ancianos la condujeron al estanque, tropezando hasta reunirse con los otros en el medio. Colocando la mano derecha sobre la frente de la muchacha mientras el anciano más corpulento la tomaba de los hombros con las dos manos, y los otros dos la tomaban de los brazos, el predicador dijo: -Oh, Señor, lavemos a esta niña-, y luego la empujó hacia atrás, mientras el anciano que la tomaba de los hombros la hundía hasta sumergirla por completo en el agua.
Cuando empezaron a aparecer burbujas y se veía que ella agitaba las extremidades, los viejos levantaron la vista al cielo, mientras la sujetaban con fuerza. Pronto la muchacha empezó a patear salvajemente, mientras levantaba el cuerpo con violencia. Todos hacían fuerza por sostenerla. El predicador gritó: ¡CASI!, mientras se veía la conmoción en el agua. -¡AHORA!-. La subieron a la superficie, mientras ella se desesperaba por respirar. Se debatía frenéticamente. Se la llevaron así a su madre, que la esperaba junto al estanque.
A continuación se volvieron al que seguía en la fila: era un muchacho de veintitantos años, demasiado aterrorizado para moverse. Prácticamente tuvieron que arrastrarlo. Kunta miraba con la boca abierta. Siguieron un hombre de mediana edad, luego otra niña de doce años, una mujer vieja, que apenas si podía caminar. Todos fueron sometidos al mismo suplicio. ¿Por qué lo hacían? ¿Qué clase de Dios cruel era ese, que exigía tanto sufrimiento de los que querían creer en Él? ¿Cómo era posible que alguien tuviera que estar a punto de ahogarse para purificarse? A Kunta le daba vuelta la mente, llena de preguntas -que no podía contestar- hasta que vio al último que sacaban del agua.

Había terminado, pensó. Pero el predicador, secándose la cara con la manga de su saco empapado, volvió a hablar: -Y ahora, ¿hay alguien que quiera consagrar su niño en este día sagrado? -Se levantaron cuatro mujeres. La primera era Bell, y llevaba a Kizzy de la mano.
Kunta se levantó de un salto. ¡No iban a hacer tal cosa! Pero ya Bell estaba en camino. Cuando el predicador le hizo una seña, se inclinó para alzar a Kizzy en brazos, y se metió vigorosamente en el agua. Por primera vez en veinticinco años, desde que le cortaron el pie, Kunta echó a correr, pero cuando llegó a la orilla del estanque, Bell ya estaba en el medio, junto al predicador. Kunta hizo un esfuerzo para respirar, y abrió la boca para gritar, justo en el momento en que el predicador hablaba:
-Queridos hermanos, estamos congregados aquí para recibir a otro cordero en el rebaño. ¿Cómo se llama la niña, hermana?
-Kizzy, reverendo.
-Señor... -empezó a decir, colocando la mano izquierda sobre la cabeza de Kizzy, y cerrando los ojos.
- ¡No! -gritó nuevamente Kunta.
Bell dio vuelta la cabeza, y lo quemó con la mirada. El predicador la miró a ella, luego a él. Kizzy empezó a chillar. -Cállate, niña -dijo Bell. Kunta sintió las miradas hostiles de todos. Bell rompió el silencio. -Está bien, reverendo. Ese es mi marido africano. No entiende. Se lo explicaré después. Siga adelante.
Kunta, demasiado aturdido para hablar, vio que el predicador se volvía hacia Kizzy, cerraba los ojos, y volvía a empezar.
-Señor, con esta agua sagrada, bendice a esta niña... ¿Cómo es que se llama, hermana?
-Kizzy.
-Bendice a esta niña, Kizzy, y llévala contigo a la TIERRA PROMETIDA. -El predicador metió la mano en el agua, roció el rostro de Kizzy con unas gotas de agua, y dijo-: ¡AMÉN!
Bell se volvió, llevó a Kizzy hasta la orilla, salió del agua, y se paró empapada frente a Kunta. Él se sintió avergonzado y tonto. Miró los pies embarrados de su mujer, levantó la mirada, y vio sus ojos, húmedos, tal vez con lágrimas. Ella le entregó a Kizzy.
-Está bien. Sólo mojada -dijo él, acariciando con sus manos ásperas el rostro de su hija.
-Con tanto correr, debes tener hambre. Yo tengo mucha hambre. Vamos a comer. Traje pollo frito y huevos rellenos y ese flan que tanto te gusta.
-Debe estar muy rico -dijo Kunta
Bell lo tomó del brazo y atravesaron la pradera hasta la canasta del picnic, que estaba bajo un nogal.

CAPITULO 70

Una noche, en la choza, Bell dijo a Kizzy: -Vas a cumplir siete años. Todos los otros niños están trabajando en el campo, como Noah, así que tú también me vas a servir de algo en la casa-. Sabía lo que pensaba Kunta al respecto, así que Kizzy miró a su padre. -Ya has oído a tu madre- le dijo Kunta, sin mucha convicción. Bell ya lo había discutido con él, y él había acordado que era prudente que Kizzy empezara a hacer alguna forma de trabajo que fuera visible para el amo Waller, pues no podía seguir solamente como compañera de juegos de la señorita Anne. Además, a él le gustaba la idea de que su hija fuera útil, pues a su edad, en Juffure las madres empezaban a enseñar a sus hijas las habilidades que más tarde permitirían a sus padres pedir una buena dote al casarlas. Pero sabía que Bell no

esperaba que sintiera entusiasmo por cualquier cosa que acercaría a su hija a los toubobs, alejándola de él, pues perdería el sentido de la dignidad y de herencia, que él quería instilar en ella. Cuando, unas mañanas después, Bell le informó que Kizzy ya estaba aprendiendo a pulir la platería, a limpiar los pisos, a lustrar la madera, y hasta a hacerle la cama al amo, Kunta no pudo compartir su orgullo. Pero cuando vio que su hija vaciaba, y luego lavaba la bacinilla en la que el amo iba de cuerpo a la noche, Kunta reaccionó con furia, convencido de que se acababan de concretar sus peores temores.

Tampoco le gustó el consejo que daba Bell a Kizzy de cómo ser una buena doncella personal. -Escúchame bien, niña. No todos los negros tienen la oportunidad de trabajar para personas de clase, como el amo. Eso sólo te pone por encima de las demás de tu edad. Lo más importante es descubrir lo que quiere el amo sin que él tenga que decírtelo. Vas a empezar a levantarte temprano, conmigo, mucho antes que el amo. Ya eso es una ventaja. Primero te voy a enseñar a cepillarle los pantalones y el saco, cuando los cuelgas en la soga para que se aireen. Ten cuidado con los botones, no debes romperlos o rayarlos-. Y así seguía, a veces durante horas.

A Kunta le parecía que no pasaba ni una sola noche sin darle instrucciones, algunas señalando detalles ridículos. Generalmente, no aguantaba más, y huía a la choza del violinista, no sin antes escuchar un último consejo: -Si pones una cucharita de té de pimienta negra y azúcar negro, machacado hasta hacer una pastita, y mezclas eso con crema de leche, y pones todo en un plato en la habitación, entonces no entra ninguna mosca-. La mejor manera de limpiar el empapelado de la pared, era con migas de torta del día anterior.

Kizzy parecía prestar atención a las lecciones, porque un día Bell le informó que el amo le había dicho que estaba muy satisfecho con la manera en que brillaban los bronces del hogar desde que Kizzy los había lustrado.

Cada vez que la señorita Anne llegaba de visita, naturalmente, el amo no necesitaba decir que Kizzy estaba excusada de trabajar durante la estadía de la misma. Entonces, como de costumbre, las dos niñas corrían por todas partes, saltaban a la cuerda, jugaban a las escondidas y a otros juegos que ellas inventaban. Una vez, "jugando a los negros", que consistía en cortar una sandía y mojarse toda la cara con el jugo rojo, arruinaron la parte delantera de sus vestidos. Bell le dio unas palmadas a Kizzy, y hasta regañó a la señorita Anne. -¡A ti te han criado bien para que hagas eso! Tienes diez años, vas a la escuela, y cualquier día de estos serás toda una damita...

Aunque Kunta ya no se molestaba en quejarse, cada vez que venía la señorita Anne se ponía muy difícil con Bell, y el enojo le duraba hasta un día después. Pero cada vez que debía llevar a Kizzy a lo del amo John, trataba de disimular su alegría, pues estaría solo con la niña en el coche. Ya Kizzy sabía que todo lo que se decía durante esos viajes debía quedar entre su padre y ella, así que ahora Kunta se animaba a enseñarle más acerca de su tierra natal, sin temor a que Bell se enterara.

Mientras corrían por los polvorientos caminos del condado de Spotsylvania, le daba los nombres, en mandinga, de los objetos que pasaban por el camino. Señalaba un árbol, y decía "yiro", luego el camino, "sillo". Si pasaban junto a una vaca que estaba pastando, decía "ninsemiso"; cuando atravesaban un puente, "salo". Una vez, cuando los sorprendió un chaparrón, Kunta gritó: "santo", indicando la lluvia, y cuando volvió a salir el sol, dijo "tilo". Kizzy le miraba atentamente la boca cuando hablaba en mandinga, luego imitaba lo que veía con sus labios, repitiéndolo varias veces hasta decirlo bien. Pronto empezó a señalar cosas ella sola, preguntándole cómo se decían en mandinga. Un día apenas si acababan de salir de la casa grande cuando Kizzy, tocándose la cabeza, le susurró: -¿Cómo se dice mi cabeza? -"Kungo" -le contestó Kunta, también en un susurro. Ella se tocó el pelo; él dijo "kuntinyo". Ella se apretó la nariz; él le dijo: "nungo"; ella se pellizcó la oreja;

él le dijo "tulo". Riendo, Kizzy levantó el pie y se señaló el dedo gordo. -¡Sinkumba! -exclamó Kunta. Tomándole el índice y apretándoselo, él le dijo: -Bulokonding-. Tocándole la boca, le dijo "da" Luego Kizzy tomó el índice de él y lo señaló: -¡Papá! -exclamó. Él estaba enloquecido con ella.
Indicando un pequeño río de aguas tranquilas unos días después, Kunta le dijo: -Ese es un bolongo-. Le contó que en su tierra él vivía cerca de un río llamado el "Kamby Bolongo". Esa noche, cuando de regreso volvieron a pasar junto al riacho, Kizzy lo señaló, gritando: -¡Kamby Bolongo!-. Ella no entendió cuando él trató de explicarle que ése era el río Mattaponi, y no el río Gambia, pero estaba tan contento que ella se hubiera acordado el nombre, que no le importó. El Kamby Bolongo, le dijo, era mucho más grande, más rápido y más poderoso que ese pobre riacho. Quería decirle que su gente reverenciaba a ese río como un símbolo de fertilidad, pero no supo cómo decirlo, así que le contó acerca de los peces que abundaban en sus aguas, incluyendo al poderoso y suculento kujalo, que algunas veces saltaba hasta la canoa, y caía adentro, y le decía también que el río era como una alfombra de aves que flotaban hasta que algún muchacho, tal vez él, saltaba desde alguna rama, y entonces alzaban vuelo y llenaban el cielo como una tormenta de plumas. Kunta se acordaba de que una vez la abuela Yaisa le había contado de una plaga de langostas, enviada a Gambia por Alá, y era tan terrible que las langostas oscurecieron el cielo y comieron todo hasta que cambió el viento y las llevó al mar donde finalmente cayeron siendo comidas por los peces.
-¿Tengo una abuela yo? -le preguntó Kizzy.
-Tienes dos, mi mamá y la mamá de tu mamá.
-¿Y cómo no viven con nosotros?
- No saben dónde estamos -dijo Kunta-. ¿Sabes tú dónde estamos? -le preguntó un momento después.
-Estamos en el coche- le dijo Kizzy.
-Quiero decir dónde vivimos.
-En lo del amo Waller.
-¿Y dónde queda eso?
-Por allí -dijo ella, señalando el camino. Perdiendo interés en el tema, dijo: -Cuéntame más de los animales y las cosas de tu país.
-Bueno, hay enormes hormigas rojas que saben cruzar el río sobre hojas; siempre están en guerra y luchan como ejércitos, y hacen montañas en las que viven y que son más altas que un hombre.
-Yo les tendría miedo. ¿Se puede caminar sobre ellas?
-Solamente si se está obligado a hacerlo. Todas las criaturas tienen derecho a vivir, igual que tú. Hasta el pasto está vivo y tiene un alma, como las personas.
-Entonces no voy a volver a caminar sobre el pasto. Me quedaré en el cabriolé.
Kunta sonrió. -En mi país, no hay cabriolés. Para ir a alguna parte, tenía que caminar. Una vez caminé cuatro días con mi papá, desde Juffure hasta la aldea de mis tíos.
-¿Qué es Juffure?
-Te lo he dicho no sé cuántas veces, es el lugar de donde soy.
-Yo creía que eras del África. Esa Gambia de la que hablas, ¿no es el África?
-Gambia es un país en el África. Juffure es una aldea en Gambia.
-¿Dónde están, papá?
-Del otro lado del agua grande.
-¿Cómo de grande?
-Tan grande que se tarda cuatro lunas cruzarla.
-¿Cuatro qué?
-Lunas. Tú le dices meses.

-¿Por qué tú no le dices meses?
-Porque yo les digo lunas.
-Y a un año, ¿cómo le dices?
-Lluvia.
Kizzy pensó un rato.
-¿Cómo cruzaste el agua grande?
-En una canoa grande.
-¿Más grande que esa en la que van remando cuatro hombres?
-Tan grande, que en ella caben cientos de hombres.
-¿Cómo no se hunde?
-Ojalá se hubiera hundido.
- ¿Por qué?
-Porque todos estábamos tan enfermos que parecía que íbamos a morir.
-¿Cómo se enfermaron?
-De estar acostados todos juntos, encima de nuestra propia inmundicia.
-¿Por qué no iban al baño?
-Los toubobs nos tenían encadenados.
- ¿Qué quiere decir toubob?
-Hombres blancos.
- ¿Por qué los encadenaban? ¿Habían hecho algo malo?
-Yo estaba en el bosque, cerca de donde vivía, en Juffure, buscando un pedazo de madera para hacer un tambor; me robaron y me llevaron.
-¿Cuántos años tenías?
-Diecisiete.
-¿Le pidieron permiso a tu mamá y a tu papá para llevarte?
Kunta la miró con incredulidad. -Los hubieran llevado a ellos también si hubieran podido. Hoy en día mi familia no sabe aún dónde estoy.
-¿Tienes hermanos y hermanas?
-Tenía tres hermanos. A lo mejor más, ahora. De todos modos, son grandes, a lo mejor tienen niños de tu misma edad.
- ¿Los vamos a ir a ver algún día?
-No podemos ir a ninguna parte.
-Ahora estamos yendo a alguna parte.
-Sólo a lo del amo John. Si no aparecemos, nos echan los perros al anochecer.
- ¿Por qué estarían preocupados por nosotros?
-Porque somos de ellos, igual que estos caballos.
- ¿Igual que yo, que soy de mi papá y de mi mamá?
-Tú eres nuestra hija. Eso es distinto.
-La señorita Anne dice que ella me quiere para ella.
-Tú no eres una muñeca para que ella juegue contigo.
-Yo también juego con ella. Me ha dicho que soy su mejor amiga.
-No puedes ser una amiga y una esclava al mismo tiempo
- ¿Por qué, papá?
-Porque los amigos no se pertenecen el uno al otro.
-Y tú y mamá, ¿no son amigos? ¿No pertenecen el uno al otro?
-No es lo mismo. Nosotros nos amamos, queremos pertenecernos el uno al otro.
-Bueno, yo amo a la señorita Anne, así que quiero pertenecerle.
-Nunca resultaría bien.
- ¿Qué quieres decir?
-No podrías ser feliz al crecer.

-Sí que sería feliz. Tú no podrías ser feliz.
-¡Tienes muchísima razón!
-Papá, yo nunca podría separarme de ti y de mamá.
-Hija mía, ojalá que nosotros nunca nos separemos de ti.

CAPITULO 71

Una tarde, el negro cochero de los padres del amo, le trajo a éste una invitación para asistir a una cena, en honor de un importante comerciante de Richmond, que se había detenido a descansar una noche, en viaje hacia Frederisksburg. Ya había una docena de coches fuera de la casa de Enfield, cuando llegó Kunta con el amo, poco después de anochecer.
Aunque había ido muchas veces desde que se casó, hacía ya ocho años, recién ahora la gorda cocinera Hattie, que tenía intenciones hacia él, había decidido volver a dirigirle la palabra. Fue una vez en que llevó a Kizzy junto con la señorita Anne, para visitar a los abuelos. Esa noche de la fiesta, cuando Kunta fue a la cocina para saludarla y que lo convidara con algo de comer... ella le dijo que se quedara mientras terminaba los preparativos para la cena, con la ayuda de cuatro doncellas, encargadas de servir. Kunta nunca había visto tanta comida como la que hervía en una cantidad enorme de ollas y cacerolas.
-¿Cómo está ese encanto de niña? -le preguntó Hattie mientras olfateaba y probaba su comida.
-Está bien -le dijo Kunta-. Bell le está enseñando a cocinar. La otra noche me sorprendió con una tarta de manzanas preparada por ella.
-Qué monada. Cualquiera de estos días, ella me va a convidar con sus galletitas, y no yo con las mías. La última vez que estuvo aquí me vació el tarro de las galletitas de jengibre.
Hattie echó un último vistazo a las tres clases distintas de pan que estaban en el horno, y luego se volvió a la mayor de las doncellas, de delantal almidonado, y le dijo: -Está lista. Ve a decirle a la señora-. Al desaparecer la mujer por la puerta vaivén, dijo a las otras tres-: Las voy a correr con el cucharón si alguna de ustedes, descuidadas, vuelcan una gota de sopa en mi mantel. A trabajar ahora, Pearl -dijo a su asistente, una muchacha adolescente-. Sirve las nabizas, el choclo desgranado, el zapallo y el quimbombó en las fuentes de porcelana mientras yo lucho con el cordero en el trinchante.
Unos minutos después regresó una de las doncellas. Le susurró algo a Hattie durante un rato, y luego volvió a salir corriendo. Hattie se volvió hacia Kunta.
- ¿Te acuerdas, hace unos meses, cuando atacaron a uno de esos barcos en el agua grande? ¿Los franceses?
Kunta asintió. -El violinista me contó que el presidente Adams estaba tan furioso que ordenó a toda la Armada estar preparada.
-Bueno, así fue. Louvia me acaba de contar que el hombre de Richmond dijo que han confiscado ochenta barcos que pertenecían a Francia. Dice que los blancos están muy contentos, listos para enseñarle una lección a los franceses. -Mientras ella hablaba, Kunta había empezado a probar lo que le había servido. Estaba maravillado al ver cómo ella preparaba las fuentes de lo que se iba a llevar a la mesa: rosbif, jamón glaceado, pavo, pollo y pato. Acababa de tragar un bocado de batata con manteca cuando regresaron las cuatro mujeres cargadas de platos vacíos y cucharas. -Terminaron la sopa -anunció Hattie. Un momento después las negras volvían a marchar, con las bandejas repletas. Hattie se

secó la cara y dijo: -Tenemos cuarenta minutos antes de servir el postre. ¿Me ibas a decir algo?
-Te iba a decir que ochenta barcos no me interesan -dijo Kunta-. Lo único que me interesa es que los blancos se metan entre ellos, y no con nosotros. No parecen felices, a menos que se estén peleando con alguien.
-Depende de con quién se meten, para mí -dijo Hattie-. El, año pasado fue un mulato el que condujo ese levantamiento contra Toissant, y hubiera ganado si el presidente no hubiera mandado sus barcos para ayudar a Toissant.
-Le he oído decir al amo Waller que ese Toissant no es un caballero, y que no sabe gobernar solo un país- dijo Kunta-. Dice que hay que esperar, y que todos esos esclavos libres de Haití van a estar peor que cuando servían a sus viejos amos. Claro, eso es lo que esperan los blancos. Pero supongo que ya deben estar mejor trabajando en sus propias plantaciones.
Una de las doncellas, que estaba escuchando, interrumpió: -De eso están hablando allí ahora. De los negros libres. Dicen que aquí en Virginia hay muchos, trece mil. El juez dice que él aprueba dar la libertad a los negros que hacen algo excepcional, como los que lucharon en la revolución al lado de sus amos, o los que informaron a sus amos de cualquier plan de rebelión de los negros, o ese que descubrió esa planta que hasta los blancos dicen que lo cura todo. El juez dice que los amos tienen derecho a dar la libertad, en sus testamentos, a sus negros fieles. Pero él y los demás dicen que se oponen a lo que hacen los cuáqueros y otros blancos, que quieren; dar la libertad a los negros, sin motivo. - La doncella agregó, mientras se dirigía hacia la puerta-: El juez dijo que cualquier día va a haber una ley contra eso.
Hattie preguntó a Kunta: -¿Qué piensas de ese amo Alexander Hamilton, del Norte, que dice que a los negros hay que mandarlos al África porque los negros y los blancos son diferentes, y nunca se van a llevar bien?
-Tiene razón, yo pienso lo mismo -le dijo Kunta-. Pero los blancos dicen esas cosas, y siguen trayendo más negros del África.
-Sabes muy bien por qué lo hacen -dijo Hattie-. Los llevan a Georgia y a las Carolinas para cosechar más algodón, porque si no no sabrían qué hacer, desde que inventaron esa máquina desmotadora, hace unos años. Por la misma razón muchos amos de aquí están vendiendo a sus negros por el doble, o tres veces más, de lo que pagaron por ellos.
-El violinista dice que los grandes amos del Sur tienen blancos pobres como capataces, que son malísimos, que hacen trabajar a los negros como mulas, preparando nuevas tierras para sembrar más algodón.
-Sí, por eso los diarios están llenos de noticias acerca de esclavos prófugos -dijo Hattie.
Las doncellas empezaron a regresar con los platos sucios. Hattie estaba resplandeciente de orgullo. -Parece que han comido hasta reventar. Ahora el amo está sirviendo el champagne mientras limpian la mesa para el postre -dijo a Kunta-. Prueba esta tarta de ciruela, allá están comiendo duraznos en cognac, pero sé que tú no pruebas el alcohol.
Hattie se dejó caer sobre una silla, se sirvió un durazno en cognac y se lo metió en la boca. Mirando la pila de vasos, cubiertos, platos y utensilios que había que lavar y guardar, exhaló un suspiro y dijo, cansada: -Sabes una cosa, me voy a alegrar de ver mi cama esta noche, porque estoy realmente cansada.

CAPITULO 72

Hacía ya muchos años que Kunta se levantaba antes del alba, más temprano que ningún otro esclavo. Se levantaba tan temprano, que los demás estaban convencidos de que "el africano" podía ver en la oscuridad, como un gato. A él no le importaba lo que pensaran, con tal que lo dejaran tranquilo. Iba al granero, y allí miraba de frente el primer rayo débil del día, arrodillado entre dos grandes parvas de paja, para ofrecer su diaria plegaria suba a Alá. Después, para cuando ya había puesto un poco de heno en la cubeta de los caballos, sabía que Bell y Kizzy ya se habrían lavado y vestido, y estarían listas para empezar a trabajar en la casa grande; Cato, encargado de los demás esclavos que trabajaban en los sembrados, ya estaría con Noah, el hijo de Ada, que se estaría preparando para hacer sonar la campana y despertar a los demás esclavos.

Casi todas las mañanas, Noah lo saludaba con la cabeza y le decía "Buenos días" con tanta solemnidad que Kunta se acordaba de los jaloff en África. Decían que si saludaban a la mañana, ya no dirían otra palabra durante el resto del día. Pero aunque apenas habían hablado, a Kunta le gustaba Noah, tal vez porque le hacía acordar a sí mismo cuando tenía su misma edad: la misma seriedad, la forma en que se ocupaba de sus cosas, el hecho de que hablara poco pero se fijara en todo. Muchas veces lo había visto haciendo cosas que él también hacía, como quedarse quieto, mirando cómo brincaban Kizzy y la señorita Anne por toda la plantación. Una vez, Kunta estaba observando desde la puerta del granero, cómo hacían rodar un aro por el patio, riendo y gritando, y cuando estaba a punto de entrar, vio a Noah junto a la choza de Cato, que también las miraba jugar. Se cruzaron las miradas, y pasó un momento antes que se separaran. Kunta se preguntó qué estaría pensando Noah, y tuvo la sensación de que el muchacho también había pensado lo mismo. Kunta supo que los dos pensaban igual.

Noah tenía diez años, dos más que Kizzy, pero la diferencia de edad no era tan grande como para explicar por qué no se habían hecho amigos, o por lo menos compañeros de juego, ya que eran los únicos dos niños esclavos de la plantación. Kunta se había dado cuenta de que cuando se cruzaban, ambos hacían como si no se hubieran visto cosa que extrañaba a Kunta, a menos que ya supieran que, según la costumbre los esclavos de la casa no se mezclaban con los del campo.

Fuera cual fuera la razón, Noah se pasaba los días en los sembrados con los demás, mientras Kizzy barría, pasaba el plumero, pulía el bronce y limpiaba el dormitorio del amo todos los días, para que luego Bell pasara inspección, con una vara de nogal en la mano. Los sabados que era cuando caía de visita, por lo general, la señorita Anne, Kizzy se las arreglaba, milagrosamente, para terminar sus tareas en la mitad del tiempo acostumbrado, y las dos se pasaban el dia jugando, excepto al mediodía, cuando el amo estaba en casa para el almuerzo. En ese caso, la señorita Anne comía con él en el comedor mientras Kizzy, parada detrás, los apantallada con una rama para espantar las moscas, y Bell iba y venía sirviendo la comida y vigilando a las dos niñas, habiéndolas advertido de antemano: "¡Mejor que no las pesque a las risitas delante del amo, o les saco el pellejo!"

Kunta ya se había resignado a compartir a su Kizzy con el amo Waller, Bell y la señorita Anne. Trataba de no pensar en lo que le estarían haciendo hacer en la casa grande, y pasaba todo el tiempo posible en el granero cuando la señorita Anne estaba de visita. Eso era todo lo que podía hacer para aguardar a que llegara el domingo por la tarde, que era cuando, después de la iglesia, la señorita Anne regresaba a su casa. Entonces el amo Waller estaría descansando, o con visitas en la sala, Bell habría salido con la tía Sukey y la hermana Mandy, a sus "reuniones de Jesús", y Kunta estaría libre para pasar otro par de atesoradas horas con su hija.

Cuando hacía buen tiempo, iban a caminar, por lo general a lo largo del cerco, el mismo junto al cual había caminado hacía nueve años, cuando fue a pensar en el nombre que le

pondría a su hijita. Allí, a la vista del que pasara, Kunta la tomaba de la mano, sin sentir ninguna necesidad de hablar, y caminaban hasta un arroyito. Se sentaban juntos, bajo un árbol, y se ponían a comer lo que hubiera traído Kizzy de la cocina, por lo general bizcochos enmantecados, rellenos de dulce de moras, que era su favorito. Entonces empezaban a conversar.
Por lo general, era él quien conversaba, y ella lo interrumpía constantemente con preguntas. Pero un día Kunta no alcanzó siquiera a abrir la boca, cuando ella le dijo: -¿Quieres saber lo que me enseñó ayer la señorita Anne?
Él no tenía ganas de enterarse de nada relacionado con esa criatura, pero como no quería herir los sentimientos de Kizzy, le dijo:
-¿Qué?
Era un poema infantil, acerca de un niño llamado Peter, que comía zapallo.
-¿Te gustó? -le preguntó la niña.
Él pensaba que era lo único que se podía esperar de la señorita Anne: un poema completamente idiota. -Lo dices muy bien -dijo.
-Pero tú no lo puedes decir tan bien -dijo ella, guiñando un ojo.
- ¡Ni voy a intentarlo!
-¡Vamos, papá, dilo por mí, aunque sea una sola vez!
-¡Basta de estupideces! -Parecía más exasperado de lo que realmente estaba. Pero ella siguió insistiendo y finalmente, sintiéndose estúpido al ver que su Kizzy podía darlo vueltas como quería, hizo un esfuerzo por repetir los ridículos versos, sólo para que lo dejara" tranquilo, se dijo.
Antes de que le pidiera que lo repitiera, a Kunta se le ocurrió recitarle algo a su hija, tal vez unos versos del Corán, para que oyera lo hermosos que eran, pero luego se dio cuenta de que no tendrían más sentido para ella que su poema de "Peter, Peter" para él. Así que decidió contarle un cuento. Ya le había contado el del cocodrilo y el niñito, así que ahora le contó el de la tortuga perezosa que convenció al leopardo estúpido a que la llevara a pasear, diciéndole que estaba demasiado enferma para caminar.
- ¿Dónde oyes todos esos cuentos? -le preguntó Kizzy.
-Me los contó, cuando tenía tu edad, una vieja sabia, llamada Nyo Boto. -De repente, Kunta se rió, encantado, al recordar-: ¡Era calva, como un huevo! No tenía dientes, tampoco, pero sí una lengua afilada. Nos quería como si fuéramos sus nietos.
-¿No tenía nietos ella?
-Había tenido dos, cuando joven, mucho antes de ir a Juffure. Pero se los llevaron en una pelea entre dos tribus. Creo que nunca se repuso de esa pérdida.
Kunta se calló, aturdido al pensar en algo que no se le había ocurrido antes: lo mismo le había sucedido a Bell de joven. Ojalá pudiera contarle a Kizzy acerca de sus dos hermanas, pero sabia que eso la trastornaría, y mucho más a Bell, que nunca había vuelto a tocar el tema desde aquella vez, la noche en que nació Kizzy. Pero, ¿acaso él, y todos los demás que encadenaron en ese barco, no habían sido separados de sus madres? ¿Y los miles y miles que habían llegado antes, y después?
- ¡Nos trajeron desnudos! -se oyó decir abruptamente. Kizzy levantó la cabeza, mirándolo. El no se pudo contener-. Hasta nos quitaron el nombre. ¡Los que han nacido aquí, como tú, ni siquiera saben quiénes son! ¡Pero eres tan Kinte como yo! ¡Nunca lo olvides! ¡Nuestros antepasados fueron comerciantes, viajeros, hombres santos, y se remontan cientos de lluvias, hasta la tierra llamada Mali! ¿Entiendes lo que estoy diciendo, hija?
-Sí, papi -dijo ella, obedientemente, pero él sabía que no entendía. Tuvo una idea. Tomando un palito, alisando un poco de tierra, hizo unos caracteres arábigos.
-Ese es mi nombre: Kun-ta Kin-te -dijo, trazando las letras lentamente con el dedo.

Ella miraba, fascinada. -Papi, escribe mi nombre ahora. -Él lo hizo. Ella se rió-. ¿Eso dice Kizzy? -Él asintió-. ¿Por qué no me enseñas a escribir como tú? -le preguntó.
-No estaría bien -dijo Kunta con severidad.
- ¿Por qué no? -parecía herida.
-En África, sólo los muchachos aprenden a escribir. A las niñas no les sirve de nada, igual que aquí.
-¿Cómo es que mamá sabe leer y escribir?
Severamente, él dijo: -¡No hables de eso! ¿Me oyes? ¡Eso no le interesa a nadie! ¡A los blancos no les gusta que nosotros sepamos leer o escribir!
-¿Por qué?
-Porque, cuanto menos sepamos, menos lío hacemos.
-Yo no haría ningún lío -dijo ella, haciendo una mueca.
-Si no nos apuramos en volver, tu mamá sí va a hacer lío.
Kunta se puso de pie y empezó a caminar, luego se detuvo y se dio vuelta, al darse cuenta de que Kizzy no estaba detrás. Seguía junto al arroyo, mirando una piedrita.
-Vamos, es hora de irnos. -Ella lo miró, y él se acercó y le dio la mano-. Bueno -le dijo-, levanta esa piedrita, tráela y escóndela en alguna parte, y si no dices nada, la próxima luna nueva te dejaré que la eches en mi calabaza.

CAPITULO 73

-¡Oh, papi! -Estaba radiante de felicidad.
Era tiempo de que Kizzy echara una nueva piedrita en la calabaza de Kunta, un año después, verano de 1800, cuando el amo Waller le dijo a Bell que iba a Fredericksburg, por una semana, y había arreglado para que su hermano John viniera a "ocuparse de todo" mientras durara su ausencia. Cuando Kunta oyó la noticia, se preocupó más que los demás esclavos, pues aborrecía tener que dejar a Bell y a Kizzy a merced de su ex amo, además de lamentar tener que estar alejado de ellas tanto tiempo. Naturalmente, no dijo nada de su preocupación, pero la mañana de la partida, cuando estaba a punto de ir a enganchar los caballos, se sorprendió por lo que dijo Bell, pues parecía haber leído sus pensamientos. Dijo: -El amo John no es como su hermano, pero sé arreglármelas con personas como él. Así que no te aflijas. Todo irá bien.
-No me aflijo -dijo Kunta, deseando que no se diera cuenta de que mentía.
Arrodillándose para besar a Kizzy, le susurró al oído: -No te olvides de la piedrita- y le guiñó el ojo mientras Bell hacía como que no oía, aunque hacía más de nueve meses que sabía lo que hacían.
Los dos días siguientes a la partida del amo, todo siguió como de costumbre, excepto que Bell estaba levemente enojada por casi todo lo que hacía o decía el amo John. Le disgustaba especialmente que se quedara hasta tarde en el estudio, bebiendo el mejor whisky de su hermano, directamente de la botella, fumando los mejores cigarros, y arrojando la ceniza sobre la alfombra. Pero el amo John no se metía con su rutina normal, sino que estaba solo la mayor parte del tiempo.
Durante la mañana del tercer día, Bell estaba barriendo el porche de entrada cuando vio llegar a un hombre blanco, en un caballo todo sudado, que saltó a tierra y exigió ver al amo.
Diez minutos después partió tan apresuradamente como había llegado. El amo John llamó a los gritos a Bell, ordenándole que fuera al estudio. Estaba muy afectado, y a Bell se le

ocurrió que algo terrible había sucedido a Kunta y al amo. Estaba segura que era eso cuando él le ordenó, bruscamente, que reuniera a todos los esclavos en el patio de atrás. Se reunieron todos, en fila, duros de miedo. El abrió la puerta de alambre tejido y salió. En el cinturón llevaba un revólver.

Mirándoles las caras con frialdad, dijo: -Me acaban de informar que unos negros de Richmond se han completado para secuestrar al gobernador, asesinar a los blancos, y luego quemar la ciudad. -Los esclavos entrecruzan miradas bobas: Él prosiguió-: Gracias a Dios, y a unos pocos negros inteligentes que descubrieron el complot y les avisaron a sus amos a tiempo, se ha sofocado la rebelión, y apresado a la mayoría de los negros implicados. Hay patrullas armadas buscando al resto por los caminos, y me voy a asegurar de que ninguno se detenga aquí para pasar la noche. En caso de que algunos de ustedes quiera protegerlos, yo me voy a dedicar a patrullar noche y día. ¡Ninguno de ustedes puede salir de la propiedad! No quiero ningún tipo de reuniones, y nadie fuera de su choza después de anochecer-. Tocándose el revólver, dijo: -¡Yo no soy tan paciente ni blando con los negros como mi hermano! ¡Al primero que piense siquiera en desobedecer, le meto un tiro entre los ojos, que el doctor no va a poder curar! ¡Fuera, ahora!

El amo John cumplió sus amenazas. Los dos días siguientes, molestó a Bell, haciéndola poner furiosa, al insistir que Kizzy probara su comida antes de comer él. Se paseaba por el campo, a caballo, durante el día, y a la noche se sentaba en el porche, con una escopeta a su lado. Su vigilancia era tan absoluta, que los esclavos no se animaban siquiera a hablar del complot, y menos aún planear uno propio. Después de recibir y leer la "Gaceta", el amo John la quemó en el hogar. Cuando fue de visita un amo vecino, ordenó a Bell que dejara la casa, y los dos se reunieron a conversar en el estudio, en secreto, con las ventanas cerradas. Así que era imposible averiguar algo más del complot, o de lo que había sucedido después. Eso era lo que preocupaba a todos. Bell estaba tranquila con respecto a Kunta, pues estaba con el amo. Todos estaban preocupados por el violinista, que había partido el día anterior a la llegada de la noticia, con destino a Richmond, a tocar en un gran baile de sociedad. Los esclavos pensaban en lo que estaría sucediendo a los negros forasteros en Richmond, en manos de los blancos furiosos y presas del pánico.

El violinista no había vuelto todavía al regreso del amo y de Kunta -tres días antes- pues habían tenido que acortar el viaje por el complot. Al irse el amo John ese mismo día, más tarde, las medidas de restricción fueron aflojadas un tanto, aunque no por completo, y el amo se volvió muy frío con todos. Cuando Kunta y Bell estuvieron solos, en la choza, él pudo decirle lo que había oído en Fredericksburg: los negros rebelados que habían sido capturados fueron torturados para obligarlos a revelar a las autoridades los nombres de los demás implicados, y algunos habían confesado que la rebelión había sido planeada por un herrero libre llamado Gabriel Prosser, que había reclutado a doscientos negros escogidos -mayordomos, jardineros, porteros, mozos, herreros, mineros, barqueros, hasta predicadores- entrenándolos durante más de un año. Prosser seguía prófugo y la milicia estaba registrando el estado en busca de sospechosos. Los patrulleros (blancos pobres) aterrorizaban los caminos, y había rumores de que muchos amos castigaban a sus esclavos, ante la menor provocación, matándolos a palos con frecuencia.

-A mí me parece que nuestra esperanza está en que somos todo lo que tienen -dijo Bell-. Si nos matan, se quedarán sin esclavos.

-¿Volvió el violinista? -preguntó Kunta, avergonzado de no haber pensado antes en su amigo, de tan ocupado que estaba en transmitir las noticias.

Bell negó con la cabeza. -Todos estamos muy preocupados. Pero ese violinista es un negro astuto. Va a volver sano y salvo.

Kunta no estaba de acuerdo. -Aún no ha vuelto.

Como el violinista no regresó al día siguiente, el amo escribió un mensaje al sheriff, para notificarle la ausencia de su esclavo, y le dijo a Kunta que lo llevara a la ciudad. Kunta lo hizo, y vio que el sheriff meneaba la cabeza lentamente al leerlo. Al regresar, Kunta condujo el cabriolé muy despacio durante tres o cuatro millas, mirando fijamente, abatido, el camino, preguntándose si volvería a ver a! violinista. Se arrepentía por no haberle expresado nunca que lo consideraba un buen amigo, a pesar de que bebía, maldecía, y tenía otros puntos en contra. De repente oyó una voz que hacia una mala imitación del acento de un blanco sureño: -¡Oye tú, negro!

Kunta pensó que oía voces. -¿Dónde diablos crees que vas?-, repitió la misma voz. Frenando, Kunta miró a ambos lados del camino, sin ver a nadie. Luego, de repente: -Si no tienes pase para viajar, muchacho, te verás en dificultades-. Entonces lo vio. Salió de una zanja, con la ropa hecha andrajos, lleno de cortes y moretones, cubierto de barro: era el violinista, con su estuche, sonriendo de oreja a oreja.

Kunta dejó escapar un grito, saltó del asiento, y a los pocos segundos él y el violinista se abrazaban y daban vueltas, riendo.

-¡Eres la viva imagen de un africano que conozco! -exclamó el violinista-, pero no puedes ser él, él nunca hubiera demostrado que estaba contento de ver a nadie.

-No sé por qué estoy contento -dijo Kunta, sintiéndose avergonzado.

-Buena manera de dar la bienvenida a un amigo que se ha tenido que arrastrar sobre manos y rodillas todo el trecho desde Richmond, nada más que para volver a ver tu cara fea.

La seriedad de Kunta dejaba entrever su preocupación. - ¿Te fue muy mal, violinista?

- ¡Mal! Si no me apuraba, me iba a ver tocando a dúo con los ángeles en cualquier momento-. Kunta tomó el estuche del violín, todo gastado y embarrado, y ambos subieron al cabriolé. El violinista no dejaba de hablar. -Los blancos de Richmond están aterrorizados, como locos. Hay milicias en todas partes, que paran a los negros, y los que no tienen pase van directamente a la cárcel. Esos son los que tienen suerte. Hay jaurías de blancos pobres, patrullando las calles como perros, saltando encima de los negros, golpeando a algunos hasta desfigurarlos.

"El baile en el que estaba tocando se interrumpió por la mitad, al enterarse del complot; las mujeres gritaban y corrían, dando vueltas, los amos desenfundaban las pistolas y nos apuntaban a los negros de la orquesta. En medio del lío, yo me escabullí a la cocina y me escondí en un tacho de basura hasta que se fueron todos. Entonces salí por una ventana y caminé por las calles de los alrededores, lejos de las luces. Llegué al límite de la ciudad, y de repente oí un griterío a mi espalda, y luego un montón de pies que corrían en mi misma dirección. Algo me decía que no eran negros, pero no iba a quedarme para averiguarlo. Di vuelta la esquina a toda carrera, pero sentía que acortaban la distancia, y estaba a punto de decir mis oraciones cuando veo un porche bajo, y me meto.

"Hay muy poco lugar, pero me meto más cuando oigo que andan gritando, con antorchas: "¡Agarren a ese negro!" Choqué contra algo grande y blando, y siento que me ponen una mano en la boca, y la voz de un negro que me dice: "La próxima vez, llama a la puerta". Resulta que es el guardia nocturno de un almacén, que vio a una multitud que despedazaba a un amigo suyo, así que no pensaba siquiera salir de ese escondite hasta la próxima primavera.

"Bueno, después de un rato le deseé buena suerte, y volví a seguir caminando en dirección al bosque. Eso fue hace cinco días. Hubiera llegado en cuatro, pero había tantas patrullas en los caminos, que tuve que venir por los bosques, durmiendo con los conejos y comiendo fresas. Todo fue bien hasta unas pocas millas al Este de aquí, donde me sorprendieron unos blancos pobres, realmente malvados.

"Estaban desesperados por darle una paliza a un negro, o a lo mejor colgarlo. ¡Hasta tenían una cuerda! Me empujaban para atrás y para adelante, preguntándome quién era mi dueño,

y dónde creía que iba, sin prestar atención a lo que yo les decía, hasta que les dije que era violinista. Se quedaron callados. Creían que mentía, así que me gritaron: "¡Toca, entonces!"
"Africano, te voy a decir que abrí ese estuche y toqué el mejor concierto de mi vida en el medio del camino. Toqué las canciones que sé que les gustan, y todos empezaron a batir palmas y a mover los pies, y cuando terminé una pieza me pidieron otra, y otra, pero al fin se cansaron, y me dijeron que me fuera a mi casa directamente. Así lo hice, pero cada vez que oía un coche, me tiraba a una zanja, hasta que llegaste tú. ¡Y aquí estoy!
Cuando entraban en el sendero angosto de la casa, pronto oyeron gritos, y luego vieron a todos los esclavos que corrían a recibirlos.
-Podría creer que echaron de menos a alguien por estas partes dijo el violinista, sonriendo, pero Kunta vio que estaba muy emocionado. Kunta le dijo-: Me parece que vas a tener que volver a repetir toda la historia.
-¿Y quién me lo va a impedir? -preguntó el violinista-. Por lo menos, estoy aquí para contarla.

CAPITULO 74

Durante los meses siguientes, con la captura, juicio y ejecución de los conspiradores, y finalmente del mismo Gabriel Prosser, las noticias de la rebelión de Richmond -y de las tensiones que ocasionó- fueron disminuyendo gradualmente, y una vez más la política se convirtió en el tema predilecto de conversación del amo y sus amigos, y, por ende, también de los esclavos. Kunta, Bell y el violinista juntaban las distintas informaciones y sacaban sus propias conclusiones acerca de lo que habían oído, sobre la votación para el próximo presidente: un amo, llamado Aaron Burr, había empatado con el famoso amo Thomas Jefferson, quien por fin fue elegido, al parecer, porque tenía el apoyo del poderoso amo Alexander Hamilton. Aaron Burr, enemigo de Hamilton, fue elegido vicepresidente.
Nadie había oído hablar del amo Burr, pero Kunta se enteró, por un cochero nacido en Virginia, no muy lejos de Monticello, la plantación del amo Jefferson, que sus esclavos decían que no había amo mejor que él.
-El cochero me dijo que el amo Jefferson nunca ha permitido que los capataces castiguen a nadie -dijo Kunta-. Todos comen bien, y permite que las mujeres hilen y tejan y se cosan la ropa, y deja a todo el mundo aprender un oficio. -Kunta oyó decir que una vez, cuando el amo Jefferson regresó de un largo viaje, sus esclavos fueron a esperarlo a dos millas de la plantación, desengancharon los caballos, y ellos mismos alegremente tiraron del coche hasta Monticello, y al llegar lo llevaron en andas hasta el umbral de la mansión.
El violinista resopló. -Todo el mundo sabe que muchos de esos negros son hijos del amo Jefferson, con una morena de su propiedad llamada Sally Hemings. -Estaba a punto de seguir hablando cuando Bell contribuyó con un comentario muy interesante para ella. -Según una criada de cocina que él solía tener -dijo-, no hay nada que le guste más al amo Jefferson que conejo marinado la noche anterior en aceite, tomillo, romero y ajo, y hervido al día siguiente en vino, hasta que la carne se desprende de los huesos.
-¡No me digas! -exclamó sarcásticamente el violinista.
- ¡Puedes esperar sentado a que te invite con otro pedazo de ese pastel de ruibarbo que tanto te gusta! -dijo Bell con aspereza.
- ¡Puedes esperar sentada a que te lo pida! -contestó él.

Kunta, que antes solía tratar de mediar entre los dos, para que dejaran de discutir, esta vez decidió no meterse, pues había aprendido que en esos casos, los dos se volvían contra él, así que ahora hizo como si no hubiera oído nada, y siguió hablando, como si no lo hubieran interrumpido.
-He oído que el amo Jefferson dice que la esclavitud es mala para los blancos y para los negros, y está de acuerdo con el amo Hamilton que hay demasiada diferencia natural entre blancos y negros como para que puedan llegar a vivir en paz. Dicen que el amo Jefferson quiere vernos libres, pero no que nos quedemos en este país y le quitemos trabajo a los blancos pobres, sino que nos envíen de regreso al África, poco a poco, sin hacer líos.
-El amo Jefferson podría hablar con los traficantes de esclavos -dijo el violinista- porque ellos parecen tener ideas distintas con respecto al destino de los barcos.
-Cada vez que voy a otras plantaciones con el amo, oigo decir que están vendiendo a mucha gente -dijo Kunta-. Están vendiendo familias enteras, que habían vivido toda la vida por aquí, a plantaciones más al Sur. Ayer me crucé con un traficante de esclavos por el camino. Saludó, con una gran sonrisa, pero el amo ni siquiera lo miró, como si no lo conociera.
-Se ven muchísimos de esos traficantes de esclavos en las ciudades -dijo el violinista-. La última vez que fui a Fredericksburg se mostraron interesados hasta en un negro viejo como yo, pero les mostré el pase. Vi a un pobre negro, todo canoso, vendido por seiscientos dólares. Antes pagaban eso por los jóvenes: Pero ese negro no se quedaba quieto. Lo bajaron a los empujones de la plataforma de ventas, y él gritaba: "¡Ustedes los blancos han transformado la tierra de Dios en un INFIERNO para mi gente! ¡Pero seguro como que va a haber un juicio FINAL, todo lo que hacen se va a volver CONTRA ustedes! ¡Y aunque RUEGUEN, nada los va a SALVAR! ¡Ningún REMEDIO, ni aunque CORRAN, ni RECEN, NADA los va a ayudar!" Ese negro parecía un predicador, o algo así, por la forma en que hablaba.
Kunta vio la agitación de Bell. -Ese hombre -preguntó- ¿era muy negro, y delgado, un poco cargado de espaldas, de barba blanca, con una gran cicatriz en el cuello?
El violinista parecía sorprendido. -¡Sí! ¡Así era! ¿Lo conoces?
Bell miró a Kunta. Parecía a punto de echarse a llorar. -Es el predicador que bautizó a Kizzy -dijo, sombría.
Kunta estaba en la choza del violinista, al día siguiente, cuando Cato llamó a la puerta. -¿Qué estás haciendo? ¡Entra! -le gritó el violinista.
Cato entró. Kunta y el violinista se alegraron de verlo. Recientemente habían dicho que sería bueno que Cato, tan callado y honesto, fuera más amigo de ellos, como lo había sido el jardinero.
Cato parecía desasosegado. -Quería decirles que sería mejor que no contaran más esos cuentos acerca de la gente que están vendiendo, porque asustan... -Cato se interrumpió-. Les digo esto porque los que trabajan en el campo tienen tanto miedo que no pueden trabajar bien. -Volvió a hacer una pausa-. Todos, excepto yo y ese muchacho, Noah. Yo me digo, bueno, si me venden, me venden, y no hay nada que pueda hacer. Y ese Noah, parece que no le tiene miedo a nada.
Después de conversar los tres durante unos minutos (tiempo en el cual Kunta se dio cuenta de que Cato reaccionaba cálidamente a su buen recibimiento) acordaron que lo mejor sería que solamente ellos (ni siquiera Bell) se enteraran de las peores noticias, ya que no convenía alarmar a los demás innecesariamente.
Pero una noche en la choza, una semana después, Bell levantó de repente la vista de su labor y dijo: -Parece que a algunos le han comido la lengua los ratones, o que los blancos han dejado de vender negros, porque ya no se oye decir nada más del asunto.

Kunta gruñó algo para esconder su turbación, sorprendido de que ella (y todos los demás) hubieran intuido que él y el violinista no hablaban más del tema. Así que volvió a contar historias de venta de esclavos, omitiendo los detalles desagradables. Insistía especialmente en contar las noticias de los esclavos que habían logrado huir, repitiendo los rumores que habían oído acerca de esclavos astutos que habían burlado a los ignorantes patrulleros. Una noche les contó que un mayordomo moreno y un caballerizo negro robaron un cabriolé, un caballo y buenas ropas. El moreno se puso un sombrero y se hizo pasar por un amo rico; maldecía a su esclavo cada vez que pasaba cerca de las patrullas blancas, y así lograron llegar al Norte, donde automáticamente ganaron la libertad. Otra vez Kunta les contó que otro esclavo, no menos audaz, que iba galopando en su mula casi hasta las propias narices de los patrulleros, antes de detenerse para desenrollar un gran documento todo escrito que (decía él) explicaba la razón del recado urgente que llevaba. Siempre se arriesgaba con que los analfabetos blancos le permitirían seguir camino antes de reconocer que no sabían leer.

Kunta siempre había evitado acercarse a una subasta de esclavos, especialmente desde aquella vez que había visto a esa muchacha que le pidió ayuda. Pero unos meses después de hablar con Cato y el violinista, una tarde temprano Kunta llevó al amo a una plaza pública, en la ciudad cabecera del Condado, justo cuando comenzaba una subasta de esclavos.

-Caballeros de Spotsylvania, les ofrezco el mejor lote de negros que hayan visto en la vida. -Mientras el rematador anunciaba la mercadería, su musculoso ayudante, más joven, empujaba a una esclava vieja sobre la plataforma-. ¡Una gran cocinera! -dijo, pero ella empezó a gritar, haciendo gestos frenéticos e indicando a un blanco que estaba entre el público-: ¡Amo Philip, amo Philip! Parece que se ha olvidado que yo trabajé para usted y su padre y sus hermanos cuando ustedes eran niños. ¡Sé que soy vieja, y poca cosa, pero por favor, señor, no me venda! ¡Trabajaré duro para usted, amo Philip! ¡Por favor, señor, no deje que me maten a palos más al Sur!

- ¡Detén el cabriolé, Toby! -le ordenó el amo.

A Kunta se le heló la sangre al detener a los caballos. ¿Por qué, después de no demostrar ningún interés en las subastas de esclavos durante tantos años, de repente quería ver esta? ¿Pensaba en comprar un esclavo, o qué? ¿Se debía al pedido lastimero de la mujer, que rompía el corazón? La persona a quien ella imploraba le gritó como respuesta algo que hizo reír a todos; la multitud seguía riendo cuando un traficante la compró por setecientos dólares.

- ¡Ayúdame, señor Jesús, ayúdame! -gritaba, mientras el negro ayudante del traficante la empujaba con rudeza hacia el corral de esclavos-. ¡Saca tus manos negras, esclavo! -le gritó ella, mientras la multitud rugía de risa. Kunta se mordió los labios, parpadeando para evitar las lágrimas.

- ¡El mejor hombre del lote, caballeros! -Ahora subieron a la plataforma a un negro joven, cuyo amenazante odio saltaba a la vista. Tenía en el fornido pecho y en todo el cuerpo musculoso los verdugones rojos de latigazos recientes. -¡Este necesitaba que lo pusieran en su lugar! ¡Se sanará pronto! ¡Es más fuerte que una mula! ¡Puede recoger cuatrocientas libras de algodón en un día! ¡Mírenlo! ¡Un verdadero padrillo! A lo mejor lo necesitan, si vuestras mozas no tienen hijos todos los años, como deberían. ¡Barato a cualquier precio!-. Por el joven encadenado pagaron mil cuatrocientos dólares.

A Kunta se le volvió a nublar la vista cuando subieron a la plataforma a una mulata embarazada, que no dejaba de llorar. -¡Dos al precio de uno, o uno gratis, según como lo vean! -gritaba el rematador-. ¡Hoy en día los negritos valen cien dólares no bien abren los ojos! -Por ella pagaron mil dólares.

Kunta casi se cae del asiento al ver a la siguiente, a la que subieron tirándola de la cadena. Era insoportable. La niñita, que temblaba de terror, podía haber sido Kizzy, un poco

mayor: el mismo físico, el mismo color de piel, hasta los mismos rasgos. El rematador comenzó su arenga: ¡Una doncella muy bien enseñada, muy buen material de futura madre! -dijo, guiñando lascivamente un ojo. Invitando a los presentes a que la inspeccionaran más de cerca, abrió abruptamente el escote del vestido de bolsa de la muchacha, que cayó a sus pies, mientras ella gritaba y lloraba, tratando de levantar el vestido con los brazos para cubrir su desnudez de las miradas de deseo de la multitud. Varios hombres se adelantaron a los codazos para poder tocarla y acariciarla.

- ¡Basta ya! ¡Vamonos de aquí! -ordenó el amo, cuando Kunta estaba a punto de hacerlo.

Casi no veía el camino, de regreso a la plantación; le daba vueltas la cabeza. ¿Y si la niña hubiera sido su Kizzy? ¿Y si la cocinera hubiera sido su Bell? ¿Si las hubieran vendido a las dos, separándolas de él? ¿O si lo hubieran vendido a él? Era demasiado horrible pensar en eso, pero no podía pensar en ninguna otra cosa.

Aun antes de llegar a la casa grande, Kunta tuvo el presentimiento de que algo andaba mal, tal vez porque en una tarde cálida de verano, pero no se veía a ningún esclavo paseando o sentado afuera. Después de dejar al amo, Kunta desenganchó rápidamente los caballos y se dirigió inmediatamente a la cocina, donde Bell estaría preparando la cena del amo. Ella no lo oyó hasta que hubo traspuesto la puerta de alambre tejido.

-¿Estás bien?

-¡Oh, Kunta! -Ella giró, con los ojos abiertos de terror, y exclamó-: ¡Los traficantes de esclavos estuvieron aquí! -Luego prosiguió, bajando la voz-: Oí el silbido de Cato desde el campo, y corrí a la ventana de adelante. No bien vi a ese blanco de la ciudad bajar del caballo, olí lo que era. ¡Dios mío! Para cuando subió los escalones, yo ya había abierto la puerta. Pidió ver al amo o a la señora. Le dije que la señora estaba en el cementerio, y que mi amo era médico y estaba visitando sus enfermos, y que no sabía a qué hora de la noche volvería. Él se sonrió y me entregó una tarjeta con letra impresa y me dijo que se la diera al amo cuando viniera. Tuve miedo de no darle la tarjeta al amo, y finalmente se la puse sobre el escritorio.

- ¡Bell! -La llamada provino de la sala.

A ella casi se le cae la cuchara. Susurró: - ¡Espera! ¡Ya vuelvo! -Kunta esperó, casi sin atreverse a respirar, esperando lo peor, hasta que la vio regresar. Bell tenía una expresión de inmenso alivio.

- ¡Dice que quiere comer temprano! La tarjeta ya no está donde la dejé, pero él no dijo nada, y yo, por supuesto, no le pregunté nada tampoco.

Después de la cena, Bell informó a los demás esclavos lo que había pasado desde que oyó el silbido de advertencia de Cato, y la tía Sukey se echó a llorar. -¿Señor? ¿Piensan que el amo va a vender a algunos de nosotros?

- ¡Nadie me va a pegar de nuevo! -declaró la esposa de Cato, una mujer grande, de nombre Beulah.

Se hizo un silencio prolongado. A Kunta no se le ocurría qué decir. Lo único que sabía era que no les iba a contar nada acerca de la subasta.

-Bueno -dijo por fin el violinista-, el amo no tiene esclavos de sobra. Y tiene mucho dinero, así que no necesita vender negros para pagar las deudas, como muchos.

Ojalá que los demás encuentren que las palabras del violinista son un consuelo, pensó Kunta, que no las encontraba muy convincentes. Bell parecía más esperanzada. -Yo conozco al amo, o, por lo menos, así me parece. En todo el tiempo que he vivido aquí, nunca ha vendido a nadie, excepto a ese Luther, y eso porque Luther hizo ese mapa para ayudar a escapar a una muchacha. -Bell vaciló antes de continuar-. ¡No! -exclamó-. El amo no vendería a nadie, excepto con una buena razón, ¿no les parece?-. Pero nadie contesto.

CAPITULO 75

Kunta estaba escuchando atentamente el diálogo del amo con uno de sus primos, a quien llevaba a la casa para cenar. -En una subasta, los otros días -decía el amo- me sorprendió ver que el precio de los esclavos ha aumentado el doble o el triple en estos últimos años. Por los avisos que leo en la "Gaceta" los carpinteros, albañiles, herreros, o cualquier esclavo que conozca un oficio, como músico, trabajadores del cuero, cuestan hasta dos mil quinientos dólares.

-¡Lo mismo pasa en todas partes, desde la nueva desmotadora de algodón! -exclamó el primo-. Hay más de un millón de esclavos en el país, me han dicho, y sin embargo los barcos no alcanzan a traer cantidades suficientes para suplir las necesidades de las tierras bajas del Sur, que no dan abasto con la demanda de las hilanderías del Norte.

-Lo que me preocupa es que muchos de nuestros hacendados, por lo general muy sensatos, desesperados por ganar dinero fácilmente, están vendiendo a los mejores esclavos, que caracterizaban a nuestro estado de Virginia, e incluso a los mejores sementales -dijo el amo Waller-. ¡Eso es estúpido!

- ¿Estúpido? ¿No tiene acaso Virginia más esclavos de los que necesita? Cuestan más para mantener que lo que producen.

-Tal vez así sea actualmente -dijo el amo-, pero ¿cómo sabemos cuáles serán nuestras necesidades dentro de cinco, o diez años? ¿Quién podría haber predecido esta superproducción de algodón hace diez años? Yo nunca sostuve la opinión de que los esclavos cuestan mucho para mantener. A mí me parece que en cualquier lugar más o menos organizado, ellos mismos plantan, cultivan y cosechan lo que comen. Y por lo general, son prolíferos. Cada negrito que nace vale, también. Muchos pueden aprender oficios, lo que los hace más valiosos. Estoy convencido que las mejores inversiones que se pueden hacer hoy son: esclavos y tierra, en ese orden. Por esa
misma razón, yo nunca vendería a uno de mis esclavos: son la columna vertebral de nuestro sistema.

-El sistema puede haber empezado a cambiar, sin que muchos lo noten -dijo el primo-. Fíjate en estos patanes advenedizos, que se pavonean como si hubieran entrado en nuestra clase, sólo porque han comprado un par de esclavos arruinados, para terminar de matarlos trabajando en sus lamentables cosechas de algodón y tabaco. No son ni siquiera dignos de desprecio, pero estos rústicos se reproducen con mayor rapidez que los negros. Antes de mucho tiempo, son capaces de usurpar nuestras tierras y nuestras fuentes de trabajo.

-Bueno, me parece que no tenemos por qué preocuparnos -dijo el amo, riendo, aparentemente divertido por la ocurrencia-, no mientras los blancos pobres sigan compitiendo con los negros libres para comprar los esclavos que descartamos.

Su primo también se rió. -Sí, ¿no es increíble? Me han dicho que la mitad de los negros libres que viven en las ciudades trabajan día y noche para poder juntar dinero y comprar negros, y luego les dan la libertad.

- ¿Es por eso que tenemos tantos negros libres en el Sur? -dijo el amo.

-Me parece que estamos permitiendo demasiados en Virginia -dijo el primo-. No se trata solamente de que estén disminuyendo nuestros recursos laborales, al comprar a los de su raza, aumentando el número de negros libres. También son los que están detrás de todas las rebeliones. No debemos olvidar lo que sucedió en Richmond, con ese herrero.

- ¡Es verdad! -dijo el amo Waller-. Pero sigo creyendo que con leyes buenas y estrictas que los mantengan en su lugar, y si se trata con rigor a los que causan problemas, la mayoría

pueden servir para propósitos útiles en las ciudades. Me han dicho que actualmente dominan casi todos los oficios.
-En mis viajes, he visto cómo se ha generalizado eso- dijo el primo-. Trabajan en los depósitos, en los muelles, son comerciantes, jardineros, están en empresas de pompas fúnebres. ¡Son los mejores músicos y cocineros, por supuesto! Me han dicho que no hay ni un peluquero blanco en toda la ciudad de Lynchburg. ¡Voy a tener que dejarme crecer la barba! ¡Yo no dejaría acercarse a ninguno de ellos con una navaja!
Los dos rieron. Luego, el amo se puso serio. -Me parece que las ciudades nos van a traer un problema social más serio que los libertos, me refiero a estos traficantes de esclavos, todos unos sinvergüenzas, llenos de mañas. Ale han dicho que la mayoría son ex taberneros, especuladores, maestros, abogados, predicadores. Ya se me han acercado tres o cuatro, para ofrecerme muy buenos precios por mis esclavos, sin verlos siquiera, y uno tuvo el descaro de ir a mi casa y dejarme una tarjeta. Por lo que a mí respecta, son buitres sin escrúpulos.
Habían llegado a la casa del amo Waller, y Kunta (que parecía no haber oído ni una sola palabra de la conversación) saltó para ayudarlos a bajar del cabriolé. Para cuando entraron, se sacaron el polvo del viaje, se sentaron en la sala y llamaron a Bell para que les sirviera algo de tomar, ella y todo el resto de la plantación había oído de labios de Kunta el hecho vital de que el amo no pensaba venderlos. Poco después de la cena Kunta repitió, ante todos los esclavos que lo escuchaban embobados, la conversación completa, lo mejor que pudo recordarla.
Se hizo un silencio durante un momento. Luego habló la hermana Mandy. -El amo y su primo hablaban acerca de los negros libres que ahorran para poder comprar la libertad de los esclavos. ¡Me gustaría saber cómo hicieron esos negros para ser libres ellos!
-Bueno -dijo el violinista-, un montón de amos de los esclavos de las ciudades los dejan aprender oficios, luego los hacen trabajar y les dan algo de lo que ganan, como hace el amo conmigo. Así que después de ahorrar dinero durante diez o quince años, un negro puede reunir el dinero para comprar su propia libertad.
-¿Es por eso que siempre estás tocando el violín en las fiestas? -le preguntó Cato.
-No lo hago porque me encante ver bailar a los blancos- dijo el violinista.
-¿Ya tienes el dinero necesario para comprar tu libertad?
-Si lo tuviera, no estaría aquí para que pudieras hacer esa pregunta-. Todos rieron.
-¿Te falta poco? -insistió Cato.
-No te das por vencido, ¿eh? -dijo el violinista, exasperado-. Estoy más cerca de lo que estaba la semana pasada, aunque no tan cerca como voy a estar la próxima.
-Está bien, pero cuando tengas todo el dinero, ¿qué vas a hacer? -¡Desaparecer, hermano! ¡Me iré al Norte! He oído decir que hay negros libres en el Norte que viven mejor que los blancos. Supongo que me iré a vivir al lado de uno de esos mulatos que se dan mucho tono y empezaré a hablar igual que ellos y a vestirme de seda, como ellos; empezaré a tocar el arpa e iré a reuniones para discutir libros, cultivaré flores, y cosas por el estilo.
Cuando todos dejaron de reír, la tía Sukey preguntó: -¿Qué piensan de eso que dicen siempre los blancos, que a los mulatos y los morenos les va tan bien por la sangre blanca que tienen, y eso hace que sean más inteligentes que nosotros?
-Bueno, los blancos tienen bastante mezclada la sangre- dijo Bell, evasiva.
- ¡Cuidado con lo que dices de la mamá de mi capataz! -exclamó el violinista, tratando de mostrarse ofendido. Cato casi se cayó de la silla de la risa, hasta que Beulah le dio un golpe en la cabeza con el dorso de la mano.
- ¡Tengan seriedad! -dijo el violinista-. La tía Sukey hizo una pregunta que voy a contestar. Si juzgan por uno como yo, entonces sabrán que los negros de piel clara somos inteligentes. O ese moreno, Benjamín Banneker, que los blancos llaman el genio de los

números, que ha estado estudiando hasta las estrellas y la luna; pero hay muchos negros inteligentes que son como ustedes.
Bell dijo: -He oído hablar al amo de un tal James Derham, un médico negro de Nueva Orleáns. El médico blanco que le enseñó dice que sabe más que él, y es completamente negro.
-Hay otro -dijo el violinista-. Ese Príncipe Hall, que inició esa orden masónica negra. He visto cuadros de esos de grandes predicadores que fundaron las iglesias negras, todos tan negros que es imposible verlos a menos que tengan los ojos abiertos. ¿Y esa Phyllis Wheatley que escribe esos poemas que los blancos dicen que son tan buenos, y ese Gustávus Vassa, que escribe libros? -El violinista miró hacia donde estaba Kunta-. Los dos son africanos, sin una gota de sangre blanca, y no me parecen nada torpes a mí. -Luego, riendo, el violinista dijo: -Claro que siempre hay negros brutos, como Cato, por ejemplo... -Se paró. Cato le dijo: -¡Ya te voy a dar bruto! -gritó Cato.
Cuando todos dejaron de reír, Kunta habló. -Ríanse todo lo que quieran. Los negros son iguales a los blancos. Si se tiene una gota de sangre negra, se es negro, por más blanco que se parezca, y de esos hay muchos.
Un mes después, cuando el violinista regresó de uno de sus viajes, trajo noticias de que en todas partes había visto a los blancos muy felices por algo que sumió a los esclavos en la tristeza: el líder francés, Napoleón, había enviado un enorme ejército en barcos y, después de muchas batallas y derramamiento de sangre, había recuperado Haití de los negros y de su libertador, Toissant. Invitado a cenar por el general francés, del ejército victorioso, Toissant cometió el error de aceptar: durante la comida, los mozos lo tomaron y lo ataron, lo metieron en un barco con destino a Francia, donde fue llevado, encadenado, ante Napoleón, que era quien había planeado todo.
Como Kunta era el mayor admirador del general Toissant en toda la plantación, fue el que recibió la noticia con mayor desconsuelo. Seguía aún sentado en la choza del violinista, sumido en la tristeza, cuando se fueron todos los demás.
-Sé cómo te sientes por lo de Toissant -dijo el violinista-, y no quiero que pienses que lo tomo a la ligera, pero tengo otra noticia que ya no puedo aguantar sin contarte.
Kunta, lo miró tristemente, ofendido por la alegría del violinista. ¿Qué noticia podía ser tan buena que pudiera hacer olvidar la humillación sufrida por el líder negro más grande de su tiempo?.
- ¡Lo he conseguido! -dijo el violinista, excitado-. No dije nada hace un mes, cuando Cato me lo preguntó, pero entonces sólo me faltaban unos pocos dólares, y ahora los he reunido, en este viaje. Tuve que tocar más de novecientas veces, para que bailaran los blancos, y no sabía si lograría hacerlo, así que no se lo dije a nadie... ni siquiera a ti, hasta que no completara la suma. ¡Africano, tengo los setecientos dólares que me dijo el amo, hace mucho, que necesitaba para comprar mi libertad!
Kunta estaba demasiado estupefacto para hablar.
- ¡Fíjate! --dijo el violinista, abriendo el colchón y volcando el contenido en el piso. Cientos de billetes de dólar se desparramaron por todas partes. -¡Y fíjate aquí! -dijo-, sacando una bolsa debajo de la cama, y vaciándola: cayeron monedas de todos los valores.
-Bueno, africano, ¿vas a decir algo, o te vas a quedar con la boca abierta?
-No sé qué decir -dijo Kunta.
-¿Qué te parece si me felicitas?
-Es demasiado bueno para ser verdad.
-Pero es verdad. Los he contado mil veces. Hasta tengo algo de más, como para comprarme una valija de cartón.
Kunta no lo podía creer. ¡El violinista iba a ser realmente libre! No era un sueño. Kunta tenía ganas de reír y llorar a la vez, tanto por su amigo como por él mismo.

El violinista se arrodilló y empezó a juntar el dinero. -No digas absolutamente nada de esto hasta mañana a la mañana, ¿quieres? Entonces voy a ir al amo para decirle que puede contar con setecientos dólares para aumentar su fortuna. ¿Tú te vas a alegrar como él de que me vaya?
-Por ti, sí. Por mí, no -dijo Kunta.
-Si estás tratando de que te compadezca, ya verás cómo voy a comprar tu libertad. Tendrás que esperar un poco, claro. ¡Me llevó treinta y tres años tocando el violín, el llegar a ser libre!
Para cuando Kunta llegó a su propia choza, ya había empezado a echar de menos al violinista, y Bell creyó que estaba triste por lo de Toissant, así que no tuvo necesidad de esconder (o de explicar) su tristeza.
Cuando fue a la choza del violinista a la mañana siguiente, después de dar de comer a los caballos, la encontró vacía, así que fue a preguntarle a Bell si el violinista estaba con el amo.
-Estuvo hace como una hora. Parecía que hubiera visto un fantasma. ¿Qué le pasa, y por qué quería ver al amo?
- ¿Qué dijo cuando vino? -preguntó Kunta.
-No dijo nada. Te dije, pasó junto a mí como si no me hubiera visto.
Sin decir una palabra más, Kunta salió de la cocina y fue hasta las chozas de los esclavos, mientras Bell gritaba: ¿Y dónde vas tú, ahora?-. Como él no le contestó, agregó: -¡Está bien! ¡No me digas nada! ¡No soy nada más que tu esposa!-. Pero Kunta ya había desaparecido.
Después de preguntar en casi todas las chozas, e incluso de mirar en el retrete, y de gritar "¡Violinista!" en el granero, Kunta caminó a lo largo del cerco. Después de un buen rato, oyó una canción triste, que siempre cantaban los negros, en una de sus reuniones religiosas, sólo que esta vez era tocada en violín. La música del violinista siempre era juguetona y feliz; ahora parecía como si el violín estuviera sollozando.
Apurando el paso, Kunta llegó hasta un roble que se extendía sobre un arroyo cerca del borde de la propiedad del amo Waller. Acercándose más, vio los zapatos del violinista que asomaban detrás del árbol. Entonces, la música se detuvo, y con ella, Kunta, que se sintió como un intruso. Se quedó quieto, esperando que siguiera tocando el violín, pero sólo se oía el zumbido de las abejas y el burbujeo del arroyo, únicos sonidos que rompían el silencio. Por fin, casi avergonzado, Kunta dio vuelta al árbol y enfrentó al violinista. Le bastó una mirada para saber lo que había pasado: la luz había desaparecido del rostro de su amigo; el fulgor de sus ojos se había extinguido.
- ¿Necesitas relleno para el colchón? -le dijo el violinista, con la voz cascada. Kunta no dijo nada. Las lágrimas empezaron a deslizarse por las mejillas del violinista; se las secó con furia, como si fueran ácido, y empezó a hablar precipitadamente-: Le dije que por fin había reunido el dinero para comprarle la libertad, hasta el último centavo. Se quedó callado un minuto, mirando el techo. Luego me felicitó por ahorrar tanto. Pero luego me dijo que si quería, los setecientos dólares podía ser la primera entrega, porque tenía que considerar que los precios de los esclavos habían aumentado mucho desde que se empezó a usar la desmotadora. Me dijo que ahora no podía aceptar menos de mil quinientos dólares, por lo menos, por un buen violinista como yo, que siempre ganaba dinero, y que podía sacar dos mil quinientos si me vendía a algún otro. Dijo que lo sentía mucho, realmente, pero que esperaba que yo entendiera que negocios son negocios, y que tenía que conseguir un buen precio por sus inversiones-. El violinista ahora empezó a llorar con ganas. -Dijo que ser libre no es gran cosa, de cualquier manera, y que me desearía la mejor de las suertes si es que decido reunir lo que falta... y que siga trabajando bien... y cuando salí, que por favor le dijera a Bell que le llevara un poco de café.

Se quedó callado. Kunta estaba parado, en silencio.
- ¡Ese hijo de puta! -gritó el violinista de repente, y arrojó el violín al agua.
Kunta se metió para sacarlo, pero antes de agacharse, vio que se había roto.

CAPITULO 76

Una noche, cuando Kunta regresó tarde con el amo, Bell se mostró más preocupada que enojada de que estuvieran ambos demasiado cansados para comer la buena cena que les había preparado. Había una extraña fiebre en todo el Condado, y los dos hombres se iban muy temprano a la mañana y regresaban cada noche más tarde, pues el amo trataba desesperadamente de contener el contagio, que se iba extendiendo.
Kunta estaba extenuado; se tiró sobre la mecedora y se puso a observar el fuego, sin notar siquiera que Bell le puso la mano en la frente y luego le quitó los zapatos. Pasó media hora hasta darse cuenta de que Kizzy no estaba sentada en su falda, como de costumbre, mostrándole algún juguete que acababa de hacer o contándole lo que había hecho ese día.
- ¿Dónde está la niña? -preguntó por fin.
-La acosté hace una hora -dijo Bell.
-No está enferma, ¿no? -preguntó él, incorporándose.
-No, sólo cansada de jugar. La señorita Anne llegó hoy.
Kunta estaba demasiado cansado para sentirse enojado, como de costumbre, pero Bell cambió de tema de inmediato. -Mientras Roosby esperaba para llevarla de regreso, me contó que oyó tocar al violinista la otra noche en un baile, al que llevó al amo John, en Fredericksburg. Dijo que apenas si reconoció la manera de tocar, que no parecía la misma. Yo no le dije que el violinista no es el mismo desde que descubrió que no puede ser libre.
-Es como si ya nada le importara -dijo Kunta.
-Así parece. Anda solo, casi no saluda a nadie, excepto a Kizzy, cuando le lleva la comida y se sienta a esperar mientras termina de comer. Es a la única que quiere ver. Ya no pasa el tiempo contigo, tampoco.
-Y, con esta fiebre -dijo Kunta, cansado- no tengo mucho tiempo para visitar a nadie.
-Sí, y he visto que te vas derecho a la cama.
-Déjame, mujer, estoy bien.
- ¡No estás nada bien! -dijo Bell con decisión, tomándolo de la mano, ayudándolo a pararse y llevándolo al dormitorio sin que él se resistiera. Kunta se sentó en el borde de la cama mientras ella lo ayudaba a desvestirse. Luego él se acostó, con un suspiro.
-Date vuelta y te frotaré la espalda.
Obedeció, y ella empezó a sobarle la espalda con sus dedos endurecidos. Él dio un respingo.
- ¿Qué te pasa? No lo hago con fuerza.
-Nada.
- ¿Te duele aquí, también? -preguntó ella, apretando más abajo.
-¡Ay!
-Esto no me gusta -dijo ella, aflojando la presión.
-No es más que cansancio. Todo lo que necesito es dormir.
-Veremos -dijo ella, apagando la vela y metiéndose en la cama, a su lado.
Cuando le llevó el desayuno al amo, a la mañana siguiente, Bell le dijo que Kunta no había podido levantarse de la cama.

-Probablemente tiene la fiebre -dijo el amo, tratando de disimular su irritación-. Ya sabes lo que debes hacer. Mientras tanto, hay una epidemia, y necesito quien maneje el cabriolé.
-Sí, amo-. Ella pensó un momento-. ¿Qué le parece Noah? Está crecido, casi un hombre. Maneja bien las mulas, seguro que sabe manejar los caballos también, señor.
- ¿Cuántos años tiene?
-Bueno, señor, Noah tiene dos años más que mi Kizzy, así que... -se puso a contar con los dedos- debe tener trece o catorce, creo, señor.
-Demasiado joven -dijo el amo-. Ve y dile al violinista que lo reemplace. No trabaja mucho en el jardín, ni tampoco con el violín, últimamente. Que enganche los caballos y venga al frente de la casa inmediatamente.
Camino a la choza del violinista, Bell pensó que el violinista reaccionaría con indiferencia o con fastidio ante la noticia. Sintió las dos cosas. No le importaba tener que llevar al amo, pero cuando se enteró que Kunta estaba enfermo, se preocupó tanto que ella tuvo que disuadirlo para que no se detuviera a verlo antes de ir a buscar al amo.
Desde ese día, el violinista fue otro hombre, por cierto no más feliz que los últimos meses, pero sí considerado e incansable. Llevaba al amo por todas partes, día y noche, y luego cuando regresaba ayudaba a Bell a cuidar a Kunta y a los demás que habían contraído la fiebre.
Al poco tiempo había tantos enfermos (tanto en la plantación como afuera) que el amo ordenó a Bell que fuera su ayudante. Mientras él atendía a los blancos, Noah la llevaba en la carreta tirada por mulas, y ella curaba a los negros. -El amo tiene sus remedios, y yo los míos -le dijo confidencialmente al violinista. Después de administrar a los pacientes los remedios del amo, les daba su menjurje secreto de hierbas secas y en polvo, mezcladas con agua de corteza de diásporo seco; ella juraba que eso era mejor, y más rápido que cualquier remedio de blancos. Pero lo que realmente los curaría, según dijo a la tía Sukey y a la hermana Mandy, era el hecho de que ella siempre se arrodillaba junto al lecho de los enfermos, y rogaba por ellos. -Lo que el Él le causa al hombre, Él puede curar, si es Su voluntad -decía. Pero algunos de sus enfermos (y los del amo) morían, de todos modos.
A medida que la condición de Kunta empeoraba, a pesar de todo lo que hacían Bell y el amo, las plegarias de ésta se hicieron más y más fervientes. Las veces en que Kunta se había mostrado extraño, silencioso o testarudo habían sido olvidadas; Bell, demasiado cansada para poder dormir, velaba su sueño todas las noches, mientras él se daba vueltas, sudando, y se quejaba; a veces balbuceaba en su delirio bajo las colchas que ella apilaba sobre él. Tomaba entre las suyas la mano seca y caliente de él. Ella temía, en su desesperación, que nunca pudiera decirle que le había llevado todos esos años darse cuenta de que era un hombre honesto, fuerte y de carácter, y que nunca había conocido otro igual, y que lo amaba profundamente.
Kunta estuvo en coma durante tres días. La señorita Anne fue a visitar al amo y encontró a Kizzy en la choza, con Bell, la hermana Mandy y la tía Sukey; todas estaban llorando y orando. La señorita Anne, también llorando, regresó a la casa grande y dijo al amo Waller, que estaba agotado, que ella quería leer algo de la Biblia para el papá de Kizzy. No sabía cuál era una buena parte; ¿podía él indicarle, por favor? Los ojos del amo bebieron en la sinceridad angustiada de su amada sobrina, y poniéndose de pie, abrió la biblioteca y sacó su gran Biblia. Después de pensar durante un momento, la abrió en una página y señaló con el dedo el lugar preciso en que debía empezar a leer.
Cuando los esclavos se enteraron de que la señorita Anne iba a leer algo, todos se reunieron rápidamente fuera de la choza de Bell y Kunta, y ella empezó a leer: "El Señor es mi pastor; nada me faltará. Me ha colocado entre los verdes pastos: me conduce junto a las aguas calmas. Restaura mi alma. Me lleva por el sendero de la justicia, por amor a Su nombre". -La señorita Anne hizo una pausa, mirando la página con el ceño fruncido, luego

prosiguió-. "Sí, aunque caminé en medio del valle de las sombras de la muerte, no temeré males: pues Tú estarás conmigo; Tu vara y Tu cayado me consolarán"-. Volvió a hacer una pausa, esta vez para aspirar hondo, y levantó la vista, mirando con inseguridad los rostros que la observaban.
Profundamente conmovida, la hermana Mandy no se pudo contener, y exclamó: -Jesús, miren a esa niña. ¡No ha crecido aún, y ya sabe leer tan bien!
Entre un sinfín de elogios, Ada, la madre de Noah, dijo, maravillada: - ¡Parece que era ayer que andaba corriendo por acá en pañales! ¿Cuántos años tiene?
- ¡Hace poco cumplió catorce! -dijo Bell, llena de orgullo, como si fuera su madre-. ¡Léenos un poco más, querida!
Sonrojada por tantos elogios, la señorita Anne leyó el versículo final del Salmo XXIII.
Entre tratamientos y rezos, unos días después Kunta dio señales de mejoría. Bell supo que se iba a sanar cuando la miró con ira y se sacó de alrededor del cuello la pata de conejo y la bolsita de asafétida que le había atado ella para ahuyentar la mala suerte y la enfermedad. Kizzy lo supo también cuando le susurró al oído de su padre que la última luna nueva había puesto una piedrita en la calabaza, y él sonrió. Y Kunta se dio cuenta de que el violinista estaba bien cuando una mañana, al despertarse, oyó la música de su violín.
-Debo estar soñando -dijo Kunta, abriendo los ojos.
-No, no sueñas -dijo el violinista-. Estoy harto de llevar a tu amo a todas partes. De tanto que me mira, sus ojos me han abierto agujeros en la espalda. ¡Es hora de que te levantes, negro!

CAPITULO 77

Después de la Navidad del año siguiente -1803- el viento formó ventisqueros profundos, y en algunos lugares la nieve tapó los caminos, haciéndolos intransitables, excepto para las carretas pesadas. Cuando el amo salía (solamente para atender los llamados desesperados) lo hacía a caballo, y Kunta se quedaba, ayudando a Cato, Noah y al violinista a limpiar el camino y a cortar leña para alimentar continuamente los hogares.
Aunque estaban incomunicados (ni la "Gaceta" llegaba desde hacía un mes, al caer la primera nevada) los esclavos no dejaban de hablar, comentando la última noticia que les había llegado: los blancos estaban muy satisfechos con la manera en que el presidente Jefferson estaba gobernando, a pesar de las reservas iniciales que tenían los amos debido a las opiniones de Jefferson con respecto a los esclavos. Desde que había asumido el gobierno, el presidente Jefferson había reducido las fuerzas del Ejército y de la Armada, disminuido la deuda pública, incluso abolido los impuestos personales a los réditos; según el violinista, esa última medida había impresionado particularmente a los de la clase del amo.
Kunta dijo que cuando fue por última vez a la ciudad, antes de las nevadas, los blancos estaban más excitados por la compra que había hecho Jefferson del "territorio de la Luisiana", a tres centavos el acre. -Lo que me gusta, según lo que he oído -dijo- es que el amo Napoleón tuvo que venderlo tan barato porque está en dificultades en Francia, por todo el dinero que le costó vencer a Toissant en Haití, además de los cuarenta mil franceses que murieron.
Aún comentaban con placer acerca de todas estas cosas una tarde, cuando llegó un jinete negro en medio de una tormenta de nieve, con un llamado de urgencia para el amo, junto con una triste noticia para los esclavos: en un húmedo calabozo, en una región perdida de

montañas, donde había sido enviado por Napoleón, el general Toissant había muerto de hambre y de frío.
Tres días después, Kunta seguía muy impresionado y deprimido por la noticia mientras se dirigía lentamente a su choza una tarde, para tomar un tazón de caldo. Después de sacudirse la nieve de los zapato y de sacarse los guantes al entrar, encontró a Kizzy acostada sobre su camita en la habitación delantera. Tenía una expresión asustad;
-No se siente bien -fue la explicación que le dio Bell, que le preparo una taza de su té de hierbas y le ordenó que se incorporara para tomarlo. Kunta tuvo la impresión de que le escondían algo. Luego, después de unos minutos, en la habitación encerrada, donde hacía demasiado calor, se dio cuenta por un ligero olor, que Kizzy estaba teniendo su primer período.
La había visto crecer y madurar día a día, durante trece lluvias, y últimamente había llegado a aceptar que se convertiría en mujer en cuestión de días; sin embargo, no estaba en absoluto preparado para esta evidencia. Después de otro día en cama, sin embargo, la robusta Kizzy ya estaba levantada, trabajando en la choza, y luego en la casa grande. Kunta empezó a observar las redondeces del cuerpecito antes estrecho, como si los cambios hubieran tenido lugar de la noche a la mañana. Con una especie de turbada reverencia, notó sus senos, del tamaño de dos mangos, y las nalgas curvas y compactas. Hasta parecía caminar de otra manera, ya no como una niña. Ahora, cada vez que salía de su cuarto y atravesaba las cortinas para pasar junto a la parte delantera, donde dormía Kizzy, empezó a desviar la mirada, notando la turbación de Kizzy cuando no estaba vestida del todo.
Si estuvieran en África en este momento, pensaba (aunque había veces que África le parecía tan hundida en el pasado) Bell estaría enseñando a Kizzy cómo hacer que le brillara el cutis, usando manteca vegetal, y cómo embellecerse, ennegreciéndose la boca, las palmas y las plantas de los pies con el hollín en polvo del fondo de las cacerolas. Kizzy ya estaría a su edad, atrayendo a los hombres que buscaban una esposa virgen, bien criada y entrenada. Kunta sintió una sacudida al pensar en un foto penetrándola; luego se sintió mejor, al pensar que eso sólo ocurriría después de un casamiento formal. En su tierra natal, como padre de Kizzy, tendría la responsabilidad de valorar cuidadosamente las cualidades personales y de la familia de todos los hombres que hubieran expresado interés en casarse con Kizzy, para poder elegir el mejor; también tendría que decidir qué precio exigiría por su mano.
Después de un tiempo, mientras seguía sacando paladas de nieve junto con el joven Noah, Cato y el violinista, Kunta empezó poco
a poco a sentirse ridículo por seguir pensando en esas costumbres y tradiciones africanas. No sólo nunca serían observadas allí, ni respetadas, sino que hasta los negros se reirían de él si las contara. De cualquier manera, no se le ocurría ningún candidato posible y apropiado para Kizzy, que tuviera" la edad necesaria para poder casarse, es decir, entre treinta y treinta y cinco lluvias. De nuevo se reconvino por seguir pensando así. Tendría que acostumbrarse a pensar según las costumbres de los toubobs, donde las muchachas se casaban ("saltaban la escoba") con un muchacho de más o menos su misma edad.
Inmediatamente, Kunta empezó a pensar en Noah. Siempre le había gustado el muchacho. Tenía quince años, dos más que Kizzy, y era maduro, serio y responsable, e igualmente grande y fuerte. Cuanto más pensaba en e! asunto, lo único que encontraba en contra era la falta de interés que tenía en Kizzy; además, Kizzy actuaba como si Noah ni siquiera existiera. Kunta meditaba: ¿Por qué no
estaban interesados el uno en el otro, ni siquiera como amigos? Después de todo, Noah era bastante parecido a él de joven, por lo que era digno de la atención de Kizzy, si no de su admiración. Pensó:

No habría algo que podría hacer para juntarlos? Aunque esa sería, tal vez, la mejor forma de alejarlos, o de impedir que se juntaran. Decidió, como de costumbre, que lo mejor que podía hacer era ocuparse de sus cosas, y esperar, ahora que, como decía Bell "la savia empezaba a despertarse" en ambos jóvenes, que vivían tan cerca. Ademas, él le preguntaría a Alá si se podía ayudar a la naturaleza a que siguiera su curso.

CAPITULO 78

-¡Óyeme bien, muchacha, que yo no vuelva a oír que le has estado meneando la cola a ese Noah! ¡Te voy a dar unos buenos palos!-. Camino a su casa, Kunta se detuvo bruscamente a dos o tres pasos de la puerta de la choza y se puso a escuchar, mientras Bell seguía hablando- : ¡Ni siquiera has cumplido los dieciséis años! ¿Qué pensaría tu papá, si supiera la manera en que te portas?

Kunta dio media vuelta y volvió a la tranquilidad del granero, para pensar en las implicaciones de lo que acababa de oír. "Le meneaba la cola" a Noah! Bell no los había visto personalmente, sino que alguien se lo había contado Sin duda, había sido la tía Sukey, a la hermana Mandy: conociendo a esas dos viejas chismosas, no se sorprendería si una de las dos, o ambas, habían visto algo completamente inocente, haciéndolo parecer sugestivo, nada más que para tener algo que comentar. Pero, ¿qué? Por lo que había oído. Bell no le diría nada, a menos que se repitiera, y lo necesitara para ponerle coto. Era una clase de cosa sobre la cual él nunca podría preguntarle nada a Bell, porque eran chismes de mujeres.

Pero, ¿y si no hubiera sido tan inocente? ¿Si Kizzy se hubiera estado pavoneando delante de Noah, provocándolo? Y en ese caso, ¿qué habría hecho él para alentarla? Le había parecido ser un joven honorable, respetable, aunque nunca se podía jurar.

Kunta no sabía qué pensar o sentir. De cualquier modo, como había dicho Bell, su hija no tenía más que quince años, y, según las costumbres de la tierra de los toubobs, era demasiado joven para pensar en casarse. Se dio cuenta de que no actuaba de manera muy africana al pensar de ese modo, pero de cualquier manera no estaba preparado para ver a Kizzy con una gran panza, aunque había visto muchas niñas de su misma edad en esas condiciones, e incluso más jóvenes.

Pero si por lo menos se casaba con Noah, pensó, su hijo sería negro, y no uno de esos pálidos sasso borros, nacidos de la lujuria de amos o capataces que habían violado a sus madres. Kunta agradeció a Alá que ni su Kizzy ni ninguna otra esclava de allí hubiera tenido que enfrentarse con esa horrible experiencia, por lo menos, desde su llegada a esa plantación; muchas veces habían oído decir al amo, conversando con sus amigos, que se oponía a la mezcla de las dos sangres.

Cada vez que se presentaba una oportunidad, Kunta observaba detenidamente el traste de Kizzy, para ver si lo meneaba. Nunca la vio hacerlo, pero varias veces ambos se sorprendieron cuando él, al entrar en la choza, la veía dando vueltas, moviendo la cabeza y canturreando una tonada con expresión soñadora. Kunta también vigilaba a Noah; ahora se dio cuenta de que, a diferencia de antes, Noah y Kizzy se saludaban, sonriendo, cada vez que se veían. Cuanto más pensaba en el asunto, más pensaba que escondían su pasión. Después de un tiempo, Kunta decidió que no habría nada de malo en permitirles caminar y charlar juntos, en que ella acompañara a las reuniones religiosas o a los bailes que tenían lugar en el verano, donde era preferible Noah a algún extraño atrevido. Además, era posible que, después de una lluvia más, Noah fuera un buen marido para Kizzy.

Kunta se empezó a dar cuenta, también, que Noah lo observaba a él tanto como él lo observaba a Noah, y Kunta se puso nervioso al pensar que tal vez el muchacho estuviera juntando ánimos para preguntarle si podía casarse con Kizzy. Un domingo de abril, a la tarde, cuando Kunta estaba afuera del granero, lustrando el cabriolé de unos invitados que tenía el amo, de repente levantó la vista y vio al oscuro y delgado Noah caminando resueltamente hacia él.
Al llegar adonde estaba Kunta, habló sin vacilación, como si hubiera ensayado sus palabras: -Señor, usted es la única persona en quien puedo confiar. Tengo que decírselo a alguien. No puedo seguir viviendo así. Tengo que escapar.
Kunta estaba tan sorprendido que al principio no supo qué decir. Se quedó parado, mirando a Noah.
Por fin encontró la voz. -¡No vas a ir a ninguna parte con Kizzy! -afirmó con decisión.
-No, señor, yo no la metería en dificultades.
Kunta se sintió avergonzado. Después de un momento dijo, sin comprometerse demasiado: -Supongo que siempre llega el momento en que todos sienten ganas de huir.
Los ojos de Noah estudiaron los de Kunta. -Kizzy me contó que Bell le dijo que usted intentó escapar varias veces.
Kunta asintió, sin que su rostro expresara su pensamiento. Pensaba en sí mismo, a la edad de Noah, recién llegado, obsesionado, desesperado por la idea de huir, huir, huir, pasaba todos los días aguardando la primera oportunidad que se le presentara. Vivía atormentado. De repente se dio cuenta de que si Kizzy no sabía nada, como podía deducirse de las palabras de Noah, entonces, cuando desapareciera su amado, se sentiría desolada, y había pasado tan poco desde que había sufrido tanto por el alejamiento de Anne. Tal vez era inevitable. Pensó que, por varias razones, lo que dijera a Noah debía ser considerado cuidadosamente.
Dijo gravemente: -No te voy a decir que huyas o que no huyas. Pero si no estás dispuesto a morir si te apresan, entonces, no estás listo.
-No me van a apresar -dijo Noah-. He oído que lo más importante es seguir la estrella del Norte, y que varios ayudan en el camino, tanto cuáqueros como negros libres, que son los que esconden a uno durante el día. Luego uno es libre no bien llega a Ohio.
Qué poco que sabe, pensó Kunta. ¿Cómo podía parecerle tan fácil huir? Pero luego se dio cuenta de que Noah era joven, como él, entonces. Además, como la mayoría de los esclavos, Noah casi nunca había transpuesto los límites de su plantación. Era por eso que los que huían, en su mayor parte labradores, eran capturados tan pronto, sangrando por las heridas que se habían hecho en los matorrales espinosos, medio muertos de hambre, dando vueltas en bosques y pantanos, llenos de víboras. De repente, Kunta recordó su huida, los perros, las pistolas, los látigos, el hacha.
- ¡No sabes lo que dices, muchacho! -estalló, lamentando sus palabras casi simultáneamente-. Quiero decir que no es tan fácil. ¿Sabes que usan sabuesos para rastrearte?
Noah metió la mano derecha en el bolsillo y sacó un cuchillo. La hoja era tan filosa que resplandecía. -Los perros muertos no sirven para nada-. Cato había dicho que Noah no temía a nada. -No puedo permitir que nada me detenga -dijo Noah, guardando el cuchillo.
-Bueno, si vas a huir, huirás -dijo Kunta.
-No sé exactamente cuándo -dijo Noah-, Sólo sé que debo irme.
Kunta volvió a repetir torpemente: -Es mejor que Kizzy no esté metida en esto.
Noah no pareció ofendido. Miro a Kunta de frente. -No, señor. -Vaciló-. Pero cuando llegue ai Norte, voy a trabajar para comprar su libertad. -Hizo una pausa-. No le va a decir nada de esto, ¿no?
Ahora fue Kunta el que vaciló. Luego dijo; -Eso es cosa de ustedes.

-Se lo diré cuando llegue la hora -dijo Noah. Impulsivamente, Kunta le tomo la mano entre las dos suyas. -Espero que lo logres -dijo.
- ¡Bueno, hasta luego! -dijo Noah, y se volvió hacia las chozas.
Esa tarde, sentado en la choza, mirando las llamas de los leños que ardían en el hogar, Kunta tenía una expresión de lejanía en el rostro que Bell y Kizzy conocían muy bien; sabían que cuando estaba así, era inútil tratar de hablar con él, Bell tejía. Kizzy estaba, como de costumbre, inclinada sobre la mesa, practicando leer. A la caída del sol, Kunta decidió que le pediría a Alá buena suerte para Noah. Volvió a pensar que, si Noah se iba, eso sería un nuevo golpe para Kizzy. Levantó la vista y observó a su hija adorada, cuyos labios se movían silenciosamente, siguiendo con un dedo las líneas de una página. La vida de todos los negros en la tierra de los toubobs parecía estar llena de dolor, pero deseó poder evitarle a ella tanto sufrimiento, aunque fuera en parte.

CAPITULO 79

Una semana después del decimosexto cumpleaños de Kizzy, a la mañana temprano del primer lunes de octubre, cuando los esclavos que trabajaban en el sembrado se estaban reuniendo para salir al campo, alguien preguntó con curiosidad: -¿Dónde está Noah? - Kunta, que estaba cerca, hablando con Cato, supo de inmediato que se había fugado. Vio varias cabezas que se volvían, entre ellas las de Kizzy, esforzándose por mantener una apariencia de sorpresa casual. Las miradas de padre e hija se cruzaron; ella tuvo que mirar a otra parte.
-Yo creía que estaba aquí contigo desde temprano -dijo Ada, la madre de Noah, a Cato.
-No, yo pensaba reprenderlo por quedarse dormido -dijo Cato.
Cato fue a golpear la puerta cerrada de la choza, la misma que antes ocupaba el viejo jardinero, que Noah había heredado recientemente, al cumplir dieciocho años. Cato abrió la puerta, entró decididamente, y gritó, enojado: -¡Noah!-. Salió con expresión de preocupación. -Es raro -dijo. Luego ordenó a todos que fueran a ver en sus chozas, el retrete, los depósitos, los sembrados.
Todos corrieron en varias direcciones. Kunta se ofreció para buscar en el granero. ¡NOAH! ¡NOAH!, gritó, en beneficio de quien pudiera oírlo, pues sabía que no era necesario. Los animales en sus casillas del establo dejaron de masticar pasto para mirarlo, sorprendidos. Luego, espiando por la puerta y viendo que no venía nadie. Kunta se subió al henil, donde se arrodilló y volvió a pedirle a Alá para que Noah tuviera éxito en su huida.
Cato, muy preocupado, envió a todos los labradores al campo, diciéndoles que él y el violinista se les unirían pronto; el violinista se había ofrecido a ayudar con las tareas del campo desde la disminución de sus entradas en los bailes.
-Yo creo que se ha escapado -susurró el violinista a Kunta. Estaban parados en el patio.
Kunta gruñó, y Bell dijo: -Nunca ha faltado, y tampoco se escapaba a la noche.
Luego Cato dijo lo que todos pensaban. -Voy a tener que decirle al amo. ¡Que Dios se apiade de él!-. Después de una apresurada consulta, Bell recomendó que no se le dijera nada al amo hasta después del desayuno, en caso de que el muchacho hubiera ido a alguna parte y no quisiera volver por miedo a la oscuridad y a los patrulleros.
Bell sirvió al amo su desayuno favorito: duraznos al natural con crema, jamón ahumado frito, huevos revueltos, manteca de manzana y bizcochos y esperó a que pidiera la segunda taza de café antes de hablar.

-Amo... -tragó-, amo, Cato me pidió que le dijera que el muchacho Noah no está aquí esta mañana.
El amo dejó la taza, frunciendo el ceño. -¿Dónde está, entonces? ¿Me estás diciendo que está borracho o anda con alguna mujer en alguna parte, y crees que volverá en algún momento, o me estás diciendo que ha huido?
-Todo lo que decimos, amo -dijo Bell, con voz temblorosa-, es que parece que no está aquí, y hemos buscado en todas partes.
El amo Waller estudió su taza de café. -Le daré hasta esta noche, no, hasta mañana a la mañana, antes de hacer algo.
-Amo, es un buen muchacho, nacido y criado aquí, en su casa, y ha trabajado duro toda la vida, nunca le ha dado ni a usted ni a nadie una preocupación...
El amo miró a Bell: -Si está tratando de huir, se arrepentirá.
-Sí, señor amo-. Bell corrió al patio, donde comunicó a los demás lo que había dicho el amo. No bien se fueron Cato y el violinista, el amo Waller llamó a Bell y ordenó que le prepararan el cabriolé.
Todo ese día, mientras iban de paciente en paciente, Kunta sentía por momentos regocijo (por la huida de Noah) y luego angustia, cuando se acordaba de las espinas y los perros. También pensaba en la esperanza y el dolor de Kizzy.
Esa noche se reunieron en silencio; todos hablaban en susurros.
-Ese muchacho se ha ido. Muchas veces vi la decisión en sus ojos -dijo la tía Sukey.
-Yo sé que no es de esos que se escapan una noche para emborracharse, ¡no, señor! -dijo la hermana Mandy.
Ada, la madre de Noah, estaba ronca de llorar el día entero. -Mi nene nunca me dijo nada de huir. Señor, ¿creen que el amo lo venderá?-. Nadie contestó.
Cuando volvieron a la choza, Kizzy se puso a llorar no bien traspusieron la puerta. Kunta se sentía impotente y sin palabras. Sin una palabra, Bell abrazó a su hija.
Llegó la mañana del martes, y no había noticias de Noah. El amo Waller ordenó a Kunta que lo llevara a la ciudad cabecera del Condado, donde se dirigió a la cárcel de Spotsylvania. Después de una media hora, regresó con el sheriff, y le ordenó bruscamente a Kunta que atara el caballo del sheriff al cabriolé y que los llevara de regreso a casa. -Dejaremos al sheriff en el Camino del Río -dijo el amo.
-Hay tantos negros, que se escapan estos días, que es imposible llevar la cuenta. Prefieren arriesgarse por el bosque a que los vendan más al Sur...-. El sheriff no dejó de hablar desde que empezó a moverse el cabriolé.
-Desde que tengo la plantación -le dijo el amo Waller- nunca he vendido un esclavo, a menos que hiciera algo malo, y ellos lo saben muy bien.
-Pero es muy extraño que los negros sepan apreciar a un buen amo, doctor, ¿no le parece? -dijo el sheriff-. ¿Dice que el muchacho tiene dieciocho años? Bueno, si es como los demás, debe dirigirse al Norte. -Kunta se puso tenso-. Si fuera un negro doméstico, y no un labrador, sería más astuto, más hábil, y trataría de hacerse pasar por un negro libre, o de decirle a los patrulleros que está haciendo un mandado, y que ha perdido el pase, tratando de ir a Richmond o alguna otra ciudad grande donde es posible esconderse entre los otros negros y hasta encontrar trabajo. -El sheriff hizo una pausa-. Además de la madre que está en su plantación, este muchacho ¿tiene algunos parientes en otra parte?
-No que yo sepa.
-Bueno, ¿no tendrá una novia en alguna parte? Porque cuando estos padrillitos sienten que apunta la savia, no hacen más que abandonar la mula en el campo, y se van.
-Yo no sé -dijo el amo-. Pero hay una muchacha en la plantación, la hija de mi cocinera, que es bastante joven, de quince o dieciséis años, si no estoy equivocado. No sé si se han andado haciendo el amor o no.

Kunta casi no respiraba.
-¡Algunas han tenido un hijo a los doce años! -dijo el sheriff-. Muchas de estas negritas atraen a los blancos, y los negros se enloquecen.
En medio de su indignación, Kunta oyó que el amo decía: -Yo tengo el menor contacto personal con mis esclavos, y no sé, ni me importan, sus asuntos personales.
-Sí, sí, por supuesto -dijo rápidamente el sheriff.
Pero luego el tono del amo se dulcificó. -Siguiendo su idea, este muchacho puede haberse escabullido para ir a ver a una muchacha en otra plantación. No sé nada, y claro, nadie me lo diría, tampoco. En realidad, podría haber sucedido cualquier cosa. Una pelea, por ejemplo. Podría estar muerto en alguna parte. Es hasta posible que haya caído en manos de esos blancos pobres, que roban esclavos. Ha habido bastantes casos por estos alrededores, como usted sabe. Hay traficantes inescrupulosos que se dedican a eso. Pero no sé. Me han dicho que esta es la primera vez que el muchacho desaparece.
El sheriff, más cuidadoso ahora, dijo: -¿Ha nacido en su propiedad, y nunca ha viajado?
-Me parece que no tendría idea de cómo llegar a Richmond, y mucho menos al Norte -dijo el amo.
-Los negros intercambian mucha información, sin embargo -dijo el sheriff-. Hemos sabido de algunos que se habían memorizado el mapa en la cabeza, y sabían dónde esconderse. Los responsables son esos blancos que quieren a los negros, como los cuáqueros y los metodistas. Pero si no ha ido a ninguna parte, ni se ha escapado antes, ni le ha causado dificultades, es posible que después de un par de noches más en los bosques trate de volver, muerto de miedo y de hambre. Lo que más moviliza a un negro es la panza vacía. Eso le va a ahorrar el dinero que gastaría en poner un aviso en la "Gaceta" o en contratar a quien lo persiga con perros, para rastrearlo. No me parece que sea uno de esos negros peligrosos que se esconden en los pantanos y en los bosques, y andan matando ganado y chanchos como si fueran conejos.
-Ojalá tenga razón -dijo el amo-, pero sea como fuera, ha quebrantado las reglas al irse sin mi permiso, así que lo venderé inmediatamente-. Kunta apretó las riendas de tal manera que se clavó las uñas en las palmas. -Entonces, el prófugo vale entre mil doscientos y mil quinientos dólares -dijo el sheriff-. Me ha escrito su descripción, se la daré a los patrulleros del Condado, y si lo agarramos, o nos enteramos de algo, se lo haré saber en seguida.
El sábado a la mañana, después del desayuno, Kunta estaba cepillando un caballo fuera del granero cuando le pareció oír el silbido de Cato, imitando a un pájaro. Escuchó atentamente, y volvió a oírlo. Ató el caballo inmediatamente a un poste y se dirigió cojeando con rapidez por el sendero que llevaba a las chozas. Desde la ventana de su choza podía ver la intersección del camino principal con el sendero de la plantación. Sabía que el silbido de Cato habría alertado a Bell y Kizzy, que estaban en la casa grande.
Luego vio la carreta que venía por el sendero, y con alarma reconoció al sheriff, que conducía. Misericordioso Alá, ¿habrían capturado a Noah? Mientras veía bajar al sheriff, Kunta sabía, por experiencia, que debía apurarse para dar agua y una fricción al agotado caballo, pero estaba como paralizado, mirando, desde su choza. Vio que el sheriff subía corriendo los escalones a la puerta principal de dos en dos.
Pasaron unos pocos minutos antes de ver aparecer a Bell en la puerta de atrás. Empezó a correr. Kunta sintió una horrible premonición en el instante en que ella abría la puerta de la choza de tal manera que parecía que la iba a sacar de sus goznes.
Tenía la cara convulsionada y cubierta de lágrimas. -¡El sheriff y el amo están hablando con Kizzy! -chilló.
Él no podía reaccionar. Durante un momento se quedó mirándola, sin creer en sus palabras, pero luego se puso a sacudirla violentamente. Preguntó: -¿Qué quieren?

Con la voz entrecortada y llorosa, ella logró decirle que no bien entró el sheriff, el amo exigió ver a Kizzy, ordenándole que bajara del cuarto que estaba limpiando. Cuando lo oí gritar desde la cocina, corrí al pasillo que da a la sala, desde donde escucho siempre, pero no entendí nada, excepto que estaba furioso... -Bell tragó, sin aliento-. Luego oí que el amo tocaba la campanilla para llamarme, y corrí de vuelta a la cocina para hacer creer que venía desde allí. Pero el amo me estaba esperando en la puerta, con la mano en el picaporte. Nunca me ha mirado de esa manera en la vida. Me dijo, con la voz helada, que saliera de la casa y me quedara afuera hasta que me llamara-. Bell fue hasta la ventana pequeña y se quedó mirando la casa grande, como si no creyera lo que acababa de relatar. -Dios querido, ¿qué querrá el sheriff con mi hija?

Kunta pensaba, desesperado, qué podría hacer. ¿Correr al campo, por lo menos para prevenir a los que estaban trabajando allí? Pero sabía instintivamente que si se iba, cualquier cosa podía pasar. Bell fue hasta el dormitorio, rogando a Jesús con toda la fuerza de sus pulmones, y él no pudo contenerse más y le dijo, a los gritos, que debía darse cuenta ahora de lo que él estaba tratando de decirle desde hacía tanto, que no fuera tan ingenua, que estaba engañada acerca de la bondad del amo. Ningún toubob podía ser bueno.

-¡Voy a volver! -dijo de repente Bell. Salió corriendo del dormitorio y de la choza.

Kunta la vio desaparecer en la cocina. ¿Qué iba a hacer? Corrió y se puso a mirar por la puerta de alambre tejido. La cocina estaba vacía y la puerta ya se cerraba de un golpe. Entró, cerrando la puerta con mucho cuidado para que no hiciera ruido, y cruzó la cocina de puntillas. Se quedó parado, con una mano en la puerta, la otra crispada, aguzando los oídos, pero no se oía nada más que su respiración trabajosa.

Luego oyó: -¿Amo?-. Bell llamaba, suavemente. No se oyó respuesta.

-¿Amo? -volvió a decir, con voz más alta. Oyó que se abría la puerta de la sala.

-¿Dónde está mi Kizzy, amo?

-Está bajo mi cuidado -dijo él, fríamente-. No voy a permitir la huida de otro esclavo.

-No entiendo lo que me quiere decir, amo-. Bell habló con suavidad. Kunta casi no oía sus palabras. -Esa niña casi nunca ha salido del patio de su casa.

El amo empezó a decir algo, luego se detuvo. -Es posible que no sepas lo que ha hecho -dijo-. Han capturado al muchacho, Noah, pero no antes que él hiriera de gravedad con el cuchillo a dos patrulleros que desconfiaron del pase que llevaba. Después de ser reducido por la fuerza, confesó por fin que el pase no había sido escrito por mí, sino por tu hija. Ella acaba de confesarlo al sheriff.

Se hizo un silencio por un momento largo y agonizante, luego Kunta oyó un grito y pasos que corría". Al abrir la puerta, Bell se precipitó, empujándolo hacia un lado con la fuerza de un hombre, y salió por la puerta posterior. El pasillo estaba vacío, y la puerta de la sala cerrada. El corrió tras ella, alcanzándola en la puerta de la choza.

- ¡El amo va a vender a Kizzy, lo sé! -empezó a gritar Bell, y a él se le ocurrió algo-. ¡Voy a buscarla! -dijo con la voz entrecortada, y corrió, cojeando, hacia la casa grande. Entró en la cocina lo más rápidamente que pudo. Bell lo seguía. Con furia salvaje, abrió la puerta que daba al interior de la casa, y entró corriendo en el recinto prohibido.

El amo y el sheriff se volvieron, incrédulos, al oír que se abría la puerta de la sala. Kunta se detuvo abruptamente. Había una expresión asesina en su mirada. Bell lanzó un grito detrás de él. -¿Dónde está nuestra hija? ¡Venimos a buscarla!

Kunta vio que la mano derecha del sheriff se deslizaba hacia la pistola enfundada mientras el amo gritaba: -!Fuera!

-¿No oyen, negros?-. La mano del sheriff ya sacaba la pistola, y Kunta estaba a punto de precipitarse para apoderarse de ella, justo cuando oyó la voz temblorosa de Bell que decía: -Sí, señor-, y sintió la desesperación con que lo tiraba del brazo. Empezó a retroceder hacia el pasillo, y vio que cerraban la puerta de un golpe y daban vuelta la llave.

Kunta se sentó en cuclillas con su mujer en el pasillo, lleno de vergüenza. Se oía una conversación tensa entre el amo y el sheriff, y luego el ruido de pies que avanzaban, el llanto de Kizzy y el sonido de la puerta principal que se cerraba.
- ¡Kizzy! ¡Kizzy, hija! ¡Dios querido, no permitas que vendan a mi Kizzy! -Bell abrió la puerta posterior, seguido de Kunta. Los gritos de su mujer llegaron hasta el campo, y los esclavos vinieron corriendo. Cato llegó a tiempo para ver a Bell chillando, enloquecida, saltando, mientras Kunta trataba de impedir que se moviera. El amo Waller estaba descendiendo los escalones de la entrada, delante del sheriff, que arrastraba a Kizzy atada a una cadena. La muchacha lloraba y tironeaba.
-¡Mam! ¡Maaami! -chilló Kizzy.
Bell y Kunta saltaron del suelo y corrieron al otro lado de la casa como dos leones enfurecidos. El sheriff sacó la pistola y apuntó a Bell. Ella se detuvo. Miró a Kizzy. Bell gritó la pregunta desde lo profundo de su ser: -¿Hiciste eso que dicen ellos?-. Todos observaron la agonía de Kizzy. Sus ojos enrojecidos y llorosos dieron la respuesta enmudecida. Luego miraron, implorantes, al sheriff y al amo. No dijo nada.
-¡Oh Dios querido! -chilló Bell-. ¡Amo, tenga piedad, por favor! ¡No tuvo intención de hacerlo! ¡No sabía lo que hacía! ¡La señorita Anne le enseñó a escribir!
El amo Waller habló con un tono glacial. -La ley es la ley. Ella ha quebrantado las reglas. Ha cometido una felonía. Puede haber sido cómplice en un crimen. Me han dicho que uno de los blancos puede morir.
-¡No fue ella la que hirió al hombre! ¡Amo, amo, ella trabaja para usted desde que tiene fuerzas para llevar su bacinilla! ¡Y yo cocino y lo sirvo desde hace cuarenta años, y él... -señalando a Kunta, tartamudeando- él lo lleva a todas partes casi desde entonces! Amo, ¿eso no sirve para nada?
El amo Waller no la miró. -Ustedes cumplían con sus obligaciones. Ella será vendida, y no hay nada más que decir.
- ¡Sólo los blancos ordinarios, sin clase, son los que separan a nuestras familias! ¡Usted no es de esos!
Furioso, el amo Waller le hizo una seña al sherifí, que empezó a arrastrar a Kizzy hacia la carreta.
Bell se interpuso en su camino. -¡Entonces venda a su papá y a mí con ella! ¡No nos separe!
-¡Apártese del camino! -vociferó el sheriff, dándole un empujón.
Bramando, Kunta saltó como un leopardo, tirando al sheriff al suelo mientras le pegaba.
-¡Sálvame, papá! -gritó Kizzy. Él la tomó de la cintura y empezó a tirar frenéticamente de la cadena.
Cuando la bala de la pistola del sheriff le rozó la oreja, a Kunta le pareció que le explotaba la cabeza, y cayó de rodillas. Bell se precipitó sobre el sheriff, pero él la derribó de un puñetazo. Luego arrastró a Kizzy y la subió a la carreta, donde sujetó la cadena con un candado. Saltando ágilmente al asiento del cochero, el sheriff dejó caer el látigo sobre el caballo, y la carreta se movió con una sacudida, justo cuando Kunta trataba de subir. Enceguecido, mientras la cabeza le latía con violencia, ignorando la pistola, corrió tras la carreta, que iba juntando velocidad.
-!Señorita Anne!... ¡Señorita Anne! -gritaba Kizzy con todas sus fuerzas-. ¡Señoriiita Aaaanne!- Los gritos se oyeron un largo rato, como si se aferraran al aire, mientras la carreta entraba en el camino principal.
Cuando Kunta empezó a caminar a los tropezones, jadeando, ya la carreta estaba a media milla; cundo se detuvo, se quedó un largo rato mirando en la dirección en que se había ido, hasta que ya no se vio más el polvo y el camino se tornó solitario y vacío.

El amo se volvió y fue, con la cabeza gacha, a la casa. Pasó junto a Bell, acurrucada, llorando, en el primer escalón. Como caminando en sueños, Kunta volvió cojeando lentamente hasta el sendero. Un recuerdo de África cruzó su mente, y cerca del frente de la casa se agachó y empezó a mirar cuidadosamente a su alrededor. Buscando las huellas más claras dejadas por los pies de Kizzy, juntó con ambas manos la tierra donde habían quedado impresas y corrió a la choza. Los antiguos antepasados decían que si esa preciosa tierra se guardaba en un lugar seguro, eso aseguraría el regreso de Kizzy al lugar donde había dejado las huellas. Empujó la puerta, miró por todas partes hasta que vio la calabaza con las piedritas, sobre una repisa. Corrió, y justo antes de abrir las manos para dejar caer la tierra, la verdad lo asaltó: su Kizzy se había ido, no regresaría. Nunca la volvería a ver.
Con el rostro contorsionado, Kunta arrojó con fuerza la tierra sobre el piso. Con lágrimas en los ojos tomó la pesada calabaza, la puso sobre la cabeza, y con un grito sordo, la dejó caer con todas sus fuerzas. Se estrelló contra el piso de tierra apisonada, y las 662 piedritas que representaban cada mes de sus 55 lluvias se desparramaron, rebotando salvajemente, en todas direcciones.

CAPITULO 80

Débil y aturdida, Kizzy yacía en la oscuridad, sobre unas bolsas de arpillera, en la choza adonde la habían metido a los empujones al llegar la carreta poco después del anochecer. Se preguntó qué hora sería; la noche no terminaría nunca. Empezó a moverse, a retorcerse, tratando de obligarse a pensar en algo, en cualquier cosa, que no la aterrorizara. Por fin, por centésima vez, trató de concentrarse en cómo llegar al Norte, donde decían que los negros encontraban la libertad si escapaban. Si iba en dirección equivocada, podía terminar "más al Sur", donde decían que los amos y los capataces eran peores aún que el amo Waller. ¿Cuál era el Norte? No lo sabía. Voy a escapar, de todas maneras, se dijo amargamente.
Cuando oyó que crujía la puerta al abrirse, sintió como un alfilerazo en la columna vertebral. Se incorporó, haciéndose hacia atrás en la oscuridad, y vio una figura que entraba furtivamente, con una vela que protegía con la mano ahuecada. A la luz reconoció la cara del blanco que la había comprado, y vio que en la otra mano traía un látigo de mango corto, listo para usar. Pero fue la mirada lasciva del hombre la que la inmovilizó.
-Preferiría no tener que volver a lastimarte -dijo él, y hasta ella llegó el olor a alcohol de su aliento. Se dio cuenta de sus intenciones. Quería hacer con ella lo que hacía su papá con su mamá cuando oía ruidos extraños desde atrás de las cortinas, cuando ellos creían que ella dormía. Quería hacer lo que le había pedido Noah que hicieran un día en que fueron a caminar a lo largo del cerco, y ella había estado a punto de ceder, varias veces, especialmente la noche antes de partir él, pero se había asustado cuando él había exclamado, roncamente: "¡Quiero que lleves mi hijo!" Pensó que este blanco debía estar loco si creía que ella iba a permitirle que lo hiciera.
- ¡No tengo tiempo que perder contigo! -El hombre se comía las sílabas, farfullaba. Kizzy estaba midiendo cómo pasar a su lado, para perderse en la noche, pero él pareció leer su impulso, moviéndose un poco hacia un lado, sin quitarle la vista de encima mientras se agachaba e inclinaba la vela para volcar la cera derretida sobre el asiento de la silla rota, la única que había en la choza. La llama se irguió. Haciéndose hacia atrás, Kizzy sintió que había llegado a la pared-. ¿No te das cuenta de que soy tu nuevo amo? -La observaba, y

había en su boca un gesto que quería ser una sonrisa-. Eres una moza bonita. Hasta puedo dejarte libre, si me gustas...
Cuando él saltó, tomando a Kizzy, ella se libró de él, gritando; él, maldiciendo, dejó caer el látigo sobre la nuca de ella. -¡Te voy a desollar! -Embistiendo, como una salvaje, Kizzy le clavó las uñas en el rostro contorsionado, pero él la tiró con fuerza sobre el piso. Se volvió a incorporar, y él a empujarla. Luego el hombre se arrodilló a su lado, con una mano ahogando sus gritos-. ¡Amo, por favor, amo! -Con la otra le metió un pedazo de arpillera en la boca, hasta que la amordazó. Ella levantó los brazos, desesperada, arqueando la espalda en su esfuerzo por rechazarlo, pero él le golpeó la" cabeza contra el suelo, una y otra vez, luego comenzó a abofetearla, cada vez con mayor excitación, hasta que Kizzy sintió que le levantaba el vestido y le destrozaba la ropa interior. Sacudiéndose, desesperada, mientras la arpillera amordazaba sus gritos, sintió que las manos de él exploraban sus muslos, hasta encontrar su vagina. Metió un dedo. Volviéndole a pegar, el hombre se bajó los tiradores y empezó a desabotonarse. Luego ella sintió un dolor desgarrante, cuando él la penetró. Kizzy sintió que explotaba todo. Él siguió y siguió, hasta que por fin ella se desmayó.
Al alba, Kizzy abrió los ojos. Avergonzada, vio a una joven negra que le limpiaba sus partes privadas suavemente con un trapo y agua tibia y jabonosa. Cuando Kizzy se dio cuenta, por el olor, que había ido de cuerpo, cerró los ojos de vergüenza. Pronto sintió que la mujer limpiaba eso también. Cuando abrió los ojos, vio que el rostro de la mujer era completamente inexpresivo, como si estuviera lavando ropa, como si esa fuera una de las muchas tareas que tenía que hacer en su vida. Finalmente puso una toalla limpia sobre su intimidad, y la miró. -Supongo que en este momento no tienes ganas de conversar -dijo la mujer en voz baja, recogiendo los trapos sucios y la palangana con agua, preparándose para irse. Poniendo los trapos sobre un brazo, se agachó y usó la mano libre para cubrir el cuerpo de Kizzy con una arpillera-. Dentro de poco te traeré algo de comer -dijo, y se fue.
Kizzy se sentía como suspendida en el aire. Trató de imaginar que eso que no se podía mencionar no había sucedido, pero los dolores que sentía en sus partes privadas, lacerantes, la desmentían. Sintió una profunda suciedad, una desgracia que nunca podría borrarse, Trato de cambiar de posición, pero todo le dolía más. Quedándose quieta, se envolvió con la arpillera, como para protegerse de un nuevo ultraje, pero sus dolores aumentaron.
Recorrió con la mente lo sucedido cuatro días atrás. Podía ver aún el rostro aterrorizado de sus padres, oír sus gritos de impotencia mientras la llevaban. Podía verse luchando por escapar del traficante blanco al que la había entregado el sheriff del condado de Spotsylvania; estuvo a punto de huir después de rogar que le permitieran ir de cuerpo. Finalmente había llegado a un pueblo donde (después de muchos regateos, airosos y amargos), fue vendida a ese nuevo amo, que había aguardado la noche para violarla. ¡Mamá! ¡Papá! Si gritando pudiera llegar a ellos, pero ni siquiera sabían dónde estaba. Y ¿quien sabía lo que podía haberles pasado. Sabía que el amo Waller nunca vendería a nadie de su propiedad "a menos que quebrantaran sus reglas". Pero al tratar de impedir que el amo la vendiera, debían haber quebrantado una docena de esas reglas.
¿Y Noah, qué habría sido de él? ¿Lo habrían matado a palos? Nuevamente lo volvió a ver, exigiéndole, enojado, una prueba de su amor. Para hacerlo, debía escribirle un pase, que podría mostrar cuando lo detuvieran y lo interrogaran los patrulleros o cualquier otro blanco que sospechara. Recordó la seria determinación en su rostro mientras le prometía que una vez que llegara al Norte ahorraría un poco de dinero ganado en el empleo, que conseguiría inmediatamente. "Voy a volver en secreto y te voy a llevar al Norte a ti también, y vamos a pasar el resto de los días juntos". Volvió a llorar. Sabía que no lo volvería a ver. Ni a sus padres. A menos que...

¡Sintió una nueva esperanza! La señorita Anne le había prometido de niña que cuando se casara con un amo apuesto, rico y joven, sólo Kizzy sería su doncella personal, y que luego cuidaría a todos los niños. ¿No sería posible que, al enterarse de que Kizzy había sido vendida, no hubiera gritado, no hubiera rogado al amo Waller? ¡La señorita Anne podía convencerlo más que nadie en el mundo! ¿No habría enviado a averiguar el amo adonde había sido vendida, para poder volverla a comprar?
Pero volvió a sentir tristeza. Se dio cuenta de que el sheriff sabía exactamente quién era el traficante de esclavos. ¡Ya la habrían encontrado, para entonces! Se sintió más desesperadamente perdida, más totalmente abandonada aún. Más tarde, cuando ya no le quedaban lágrimas, le empezó a rogar a Dios que la matara, si Él pensaba que se merecía todo eso, sólo por haber amado a Noah. Sintió algo húmedo entre las piernas, y se dio cuenta de que había vuelto a sangrar. Pero el dolor había disminuido.
Cuando la puerta de la choza volvió a abrirse, Kizzy se incorporó y estaba retrocediendo ya, cuando se dio cuenta de que era la mujer. Traía una cacerolita, con un plato hondo y una cuchara, y Kizzy volvió a dejarse caer sobre el piso de tierra cuando la mujer puso la cacerola sobre la mesa, sirvió un poco de comida en el plato, y lo dejó al lado de Kizzy. Kizzy hizo como si no viera ni la comida ni a la mujer. Ésta se sentó a su lado y empezó a hablar como si se hubieran conocido de toda la vida.
-Soy la cocinera de la casa grande. Me llamo Malizy. ¿Y tú? Finalmente Kizzy sintió que era una estupidez no contestar. -Kizzy, señorita Malizy.
La mujer dejó oír un gruñido de aprobación. -Pareces bien criada. -Miró el guiso, sin tocar en el plato-. Supongo que sabes que si la dejas enfriar, la comida no cae bien. -La señorita Malizy hablaba como la tía Sukey o la hermana Mandy.
Tomando la cuchara con una mano vacilante, Kizzy probó el guiso, luego empezó a comer un poco, lentamente.
-¿Cuántos años tienes? -preguntó la señorita Malizy.
-Dieciséis, señorita.
-¡El amo se ha condenado al infierno! -exclamó la señorita Malizy, en voz baja. Mirando a Kizzy, dijo-: Te diré que el amo es uno de esos que aman a las mujeres negras, especialmente a las jóvenes, como tú. Solía meterse conmigo, y no tengo más que nueve años más que tú, pero dejó de hacerlo cuando trajo a la señora, me convirtió en cocinera, y me puso a trabajar en la misma casa en que vive ella, gracias a Dios. -La señorita Malizy hizo una mueca-. Supongo que lo vas a ver por aquí bastante seguido.
Viendo que Kizzy se llevaba la mano a la boca, la señorita Malizy dijo: -Querida, es mejor que te des cuenta de que eres negra. Con un tipo como el amo, o cedes, o te vas a arrepentir. Y permíteme que te diga, este amo es perverso si lo haces enojar. En realidad, nunca he visto a nadie enojarse tanto como él. Todo puede ir muy bien, pero si pasa algo que lo hace enojar -la señorita Malizy chasqueó los dedos-, así de rápido se enfurece y se vuelve como loco.
Los pensamientos se sucedían en tropel en la mente de Kizzy. Una vez que oscureciera, antes de que volviera, ella debía escapar. Pero la señorita Malizy pareció adivinar sus pensamientos. -¡Y no pienses en huir, querida! Te hace buscar con los sabuesos, y es peor. Cálmate. No va a venir durante cuatro o cinco días, de cualquier modo. Se ha ido con ese negro que entrena los gallos, a una riña, del otro lado del Estado-, La señorita Malizy hizo una pausa. -Lo que más le gusta al amo son esas riñas de gallos.
Siguió hablando sin parar, contándole cosas acerca del nuevo amo, que había sido un blanco pobre, había comprado un billete de lotería de veinticinco centavos, con el que ganó un gallo de riña, y así empezó, hasta convertirse en uno de los propietarios de gallos de riña más prósperos de la región.
Kizzy la interrumpió finalmente. -¿No se acuesta con su mujer?

- ¡Claro que sí! -dijo la señorita Malizy-. Le encantan las mujeres. A ella no la vas a ver seguido, porque vive aterrorizada por él, y se queda encerrada en la casa. Es mucho más joven que él; tenía catorce años cuando se casó con él y vino aquí. Era pobre, como él al principio. Pero ha descubierto que le importa menos que los gallos...-. A medida que la señorita Malizy seguía hablando del amo, su mujer, y sus gallos, Kizzy volvió a pensar en escapar.
- ¡Niña! ¿Me estás escuchando?
-Sí, señorita -contestó rápidamente. La señorita se ablandó-. Supongo que te conviene, ya que estoy familiarizándote con el lugar.
Por un momento estudió a Kizzy. -¿De dónde vienes?-. Kizzy le dijo que del condado de Spotsylvania, Virginia. -Nunca oí hablar de ese lugar. De todos modos, ese es el condado de Coswell, en Carolina del Norte. -La expresión de Kizzy reveló que no tenía idea de dónde estaba, a pesar de que había oído hablar de Carolina del Norte muchas veces, y tenía la impresión de que estaba cerca de Virginia.
-¿Sabes siquiera cómo se llama el amo? -preguntó la señorita Malizy. Kizzy la miró sin expresión-. Es el amo Tom Lea... -Reflexionó, un momento-. Supongo que eso hace que te llames Kizzy Lea.
-¡Me llamo Kizzy Waller! -exclamó Kizzy, protestando. Luego, de repente, recordó que todo eso le había sucedido por causa del amo Waller, cuyo nombre llevaba, y empezó a llorar.
- ¡No lo tomes así, tesoro! -exclamó la señorita Malizy-. Sabes que los negros toman el apellido de su amo. Los nombres de los negros poco importan, excepto para llamarlos...
Kizzy dijo: -El nombre verdadero de mi papá es Kunta Kinte. Es africano.
- ¡No me digas! -La señorita Malizy pareció sorprendida. -He oído que mi bisabuelo era uno de esos africanos, también. Mi mamá me dijo que la mamá de ella le contó que era más negro que el alquitrán, con cicatrices anchas en las mejillas. Pero mi mamá nunca me dijo su nombre... -La señorita Malizy hizo una pausa-. ¿Conoces a tu mamá, también?
-Claro que sí. Mi mamá se llama Bell. Es la cocinera de la casa grande, como usted. Y mi papá conduce el cabriolé del amo... o eso hacía.
-¿Vienes de vivir con tu papá y tu mamá?-. La señorita Malizy no podía creerlo-. ¡Pocos de nosotros llegamos ni siquiera a conocer a nuestros dos padres, antes de que vendan a uno!
Viendo que la señorita Malizy se estaba aprestando para irse, y teniendo miedo de volver a quedarse sola, Kizzy buscó una manera de extender la conversación. -Usted habla muy parecido a mi mamá -le dijo. La señorita Malizy se sorprendió, pero luego se mostró muy satisfecha-. Supongo que será una buena cristiana, como yo. -Vacilante, Kizzy le preguntó algo que se le ocurrió-. ¿Qué clase de trabajo me van a dar aquí, señorita Malizy?
La señorita Malizy se sorprendió por la pregunta. -¿Qué vas a hacer": ¿El amo no te ha dicho cuántos negros hay aquí? -Kizzy negó con la cabeza-. Querida, contigo hay exactamente cinco. Y eso contando a Mingo, el viejo negro que vive con los gallos. Así que yo cocino, lavo y limpio la casa, y la hermana Sarah y el tío Pompey trabajan en el campo, adonde vas a ir tú también...
La señorita Malizy levantó el ceño ante la expresión de desconsuelo de Kizzy. -¿Qué trabajo hacías donde estabas?
-Limpiaba la casa grande, y ayudaba a mi mamá en la cocina -contestó Kizzy con voz débil.
- ¡Me lo imaginé, cuando vi tus manos, tan suaves! Bueno, es mejor que te prepares a tener callos, no bien regrese el amo. -La señorita Malizy pareció pensar que debía ablandarse un poco-. ¡Pobrecita! Pero, sabes, estás acostumbrada a las casas de esos amos ricos. Aquí estás en la casa de un blanco pobre, que trabajaba hasta que consiguió un poco de tierra y se hizo una casa que no tiene más que el frente, para aparentar que tienen más dinero. Hay

muchos así por aquí. Hay un dicho: "Hay que tener cuatro negros para que trabajen en cien acres". Bueno, es tan tacaño que ni siquiera tiene tantos. Bueno, no tiene más que ochenta y tantos acres. Lo mejor que tiene son sus ciento y tantos gallos de riña que ese negro Mingo le ayuda a criar y a entrenar. Es lo único en que gasta dinero, en esos gallos. Siempre dice a la señora que uno de estos días los gallos lo van a hacer rico. Se emborracha y le dice que uno de estos días le va a hacer una casa tan grande que va a tener seis columnas en el frente, con dos pisos de alto, mucho mejor que las casas de los ricos, que tanto lo desprecian, como si siguieran siendo tan pobres como cuando empezaron. El amo dice que está ahorrando para cuando construya la casa grande. ¡Bah! Podría hacerlo, no sé. Lo que sé es que es demasiado tacaño como para tener un caballerizo, y mucho menos un negro que lo lleve en el cabriolé, como los amos ricos. Él mismo engancha los caballos al cabriolé y a la carreta, ensilla su caballo, y él mismo maneja. Querida, la única razón por la que yo no estoy en el campo es porque la señora no sabe cocinar, y a él le encanta comer. Además, le gusta mostrar que tiene una negra sirvienta cuando vienen invitados. Cuando sale a emborracharse, le gusta invitar a la gente para cenar, a fin de aparentar, especialmente cuando gana con las riñas. Por fin vio que sólo el tío Pompey y la hermana Sarah no podían sacar todo el provecho del campo, así que tuvo que conseguir a alguien más. Por eso te compró a ti... -La señorita Malizy hizo una pausa-. ¿Sabes cuánto costaste?

Kizzy dijo, débilmente: -No, señorita.

-Bueno, supongo que seiscientos o setecientos dólares, teniendo en cuenta los precios de hoy, según le he oído decir a él, y como tú eres joven y fuerte, y pareces buena para criar, lo que le va a dar negritos gratis.

Kizzy volvió a quedarse sin habla. La señorita Malizy se acercó a la puerta y se detuvo. -En realidad, no me sorprendería si el amo hace algún arreglo con uno de esos negros que tienen los amos ricos para alquilar como padrillos. Pero parece que él piensa plantar su propia semilla.

CAPITULO 81

La conversación fue breve.

-Amo, voy a tener un bebé.

-Bueno, ¿qué quieres que haga yo? ¡Es mejor que no te empieces a hacer la enferma, para trabajar menos!

Pero empezó a venir menos a la choza de Kizzy, a medida que se le agrandaba la barriga. Trabajando bajo el sol abrasador, Kizzy se mareaba; tenía además descomposturas a la mañana, a medida que aprendía el trabajo del campo. Le salieron ampollas dolorosas en las palmas de las dos manos, que se reventaban, se volvían a llenar de, líquido, luego se volvían a reventar por la fricción constante con el

áspero mango de la azada. Trataba de no quedar demasiado rezagada del tío Pompey, un negro bajo, gordo y experimentado, o de la hermana Sarah, flaca pero fuerte, de piel más clara. Kizzy pensaba que los dos aún estaban tratando de decidir cómo les caía ella. Mientras trabajaba, se rompía la cabeza, tratando de recordar lo que le había dicho su madre acerca de tener un hijo. Hubiera dado cualquier cosa por tener a Bell a su lado en esas circunstancias. A pesar de la humillación por estar embarazada, y de tener que enfrentar a su madre en esas condiciones, (que le había advertido repetidas veces de la desgracia que caería sobre ella si "sigues andando por ahí con ese Noah y permites que se

te acerque demasiado") Kizzy sabía que ella comprendería que no tenía la culpa. Ella le enseñaría todo lo que necesitaba saber.
Casi le parecía oír la voz de Bell, diciéndole tristemente, como lo había hecho tantas veces, lo que, según ella, había causado la muerte de la esposa y el hijo del amo Waller. ¡La pobrecita era demasiado pequeña para dar a luz a un hijo tan grande. "Y ella, ¿era grande? Kizzy se desesperaba pensando. ¿Cómo se sabía? Se acordaba de una vez que ella y la señorita Anne se habían quedado con los ojos abiertos mirando el nacimiento de un ternero, y luego habían dicho que, a pesar de lo que decían los adultos acerca de las cigüeñas, que traían a los bebés, a lo mejor los niños nacían igual, y las madres sentían que se les estrujaban las entrañas de la misma manera horripilante.
Las mujeres mayores, la señorita Malizy y la hermana Sarah, no parecían notar la hinchazón de su barriga (y de sus senos) así que Kizzy pensó que sería una pérdida de tiempo confiarles sus temores, como al amo Lea. A él no le importaba nada, por cierto. Lo veía cabalgar por su propiedad a caballo, vociferando amenazas al que no trabajaba con la rapidez requerida.
Cuando llegó la criatura, en el invierno de 1806, la hermana Sarah ofició de partera. Después de lo que pareció una eternidad en que se quejó, chilló, sintiendo que se partía en dos, Kizzy, empapada en sudor, se quedó mirando, alelada, al infante que se debatía en las manos de la sonriente hermana Sarah. Era un muchacho, pero la piel parecía clara.
Viendo la alarma de Kizzy. la hermana Sarah le aseguró: -¡Los bebés necesitan por lo menos un mes para que la piel tome el color verdadero, querida!-. Pero los temores de Kizzy aumentaban a medida que examinaba a su bebé varias veces por día. Cuando hubo pasado un mes entero, supo que el color permanente de su hijo iba a ser moreno.
Se acordaba de la jactancia de su madre: "Aquí, en la propiedad
del amo, todos somos realmente negros". Trató de no pensar en la palabra que usaba su padre: sasso-borro. Su padre, color ébano, hacía una mueca de desprecio para referirse a la piel de los mulatos. Agradable que no estuvieran ahí para verlo, para compartir su vergüenza. Pero sabía, que aunque no vieran nunca a su hijo, igualmente ella no volvería a erguir la cabeza, porque cualquiera no tenía más que comparar su color con el de su hijo para darse cuenta de lo que había pasado, y con quién. Pensó en Noah, y se sintió más avergonzada aun. Esta es la última oportunidad que tenemos antes de irme, nena, ¿como es que no puedes?, le oyó decir. Ojala lo hubiera hecho, deseo con desesperación. Ojalá ese fuera el bebé de Noah. Por lo menos, sería negro.
-¡Niña! ¿cómo es que no estás contenta, con ese niño tan hermoso y grande que tienes? -le dijo la señorita Malizy una mañana, al verla tan triste, y notar la torpeza con que sostenía al bebé, como si no quisiera ni mirarlo. La señorita Malizy, dándose cuenta, exclamo . No tienes que preocuparte por eso. No importa, porque ahora nadie presta atención a estas cosas. Hay tantos mulatos como negros como nosotros. Así son las cosas, eso es todo. -La señorita Malizy la miraba como implorándole-, Y puedes estar segura de que el amo nunca va a reclamar el niño. Sólo ve a un joven por el que no tuvo que pagar nada, a quien va a poner a trabajar en el campo, igual que tú. Así que debes pensar que ese bebé tan grande y lindo es tuyo, y eso es todo.
Eso ayudó a Kizzy a reponerse, por lo menos en parte. -Pero ¿que va a pasar -preguntó-, cuando tarde o temprano la señora vea a este niño, señorita Malizy?
- ¡Ella sabe que él es una porquería! Ojala me dieran un centavo por cada mujer blanca que sabe que su marido ha tenido un hijo con una negra. Supongo que esta se pondría celosa, porque ella no puede tener hijos.
A la noche siguiente el amo Lea fue a su choza. como al mes de nacer el niño, levantó la vela y la acercó a la cara del bebé dormido. -Hmm. No es mal parecido. Y tiene un buen

tamaño. -Con el índice tocó uno de los puñecitos y dijo, volviéndose a Kizzy-: Ya está bien. En este fin de semana terminarás de reponerte. El lunes vuelves al campo.
-Pero, amo ¡debo quedarme para alimentarlo! -dijo, tontamente.
Su ira explotó en sus oídos. -¡Cállate y obedece! ¡Ya terminaron los mimos a que estabas acostumbrada en manos de tu elegante sangre
pura de Virginia! ¡Lleva al negrito al campo contigo, o me quedo con él y te vendo en seguida!
Aterrorizada, Kizzy se echó a llorar con sólo pensar en que podía ser separada de su hijo. -¡Sí, señor amo!- gritó, temblando. Viendo su sumisión, el enojo de él desapareció, pero luego ella sintió, resistiéndose a creerlo, que había ido para volver a usarla, así, con el bebé dormido al lado.
-Amo, amo, es demasiado pronto -rogó, llorosa-. No he cicatrizado aún, amo. -Pero cuando él ignoró sus palabras, dejó de resistir y aceptó el trance con calma, temiendo que se despertara el bebé. Aliviada, vio que seguía durmiendo cuando el amo terminó. Se levantó, apretándose para irse. En la oscuridad, mientras se levantaba los tiradores, pasándoselos por los hombros, dijo-: Tenemos que darle un nombre... -Kizzy aguantaba la respiración-. Llámalo George, fue el negro más trabajador que conocí. -Después de una pausa, el amo continuó, como si hablara consigo mismo-: George, sí. Mañana lo escribiré en mi Biblia. Sí, es un buen nombre. ¡George! -Y se fue. Kizzy se lavó y luego se acostó, sin saber cuál de los ultrajes la enfurecía más. Había pensado que "Kunta" o "Kinte" sería un buen nombre, aunque no sabía cuál sería la reacción del amo, pues los consideraría extraños. Pero no se atrevía a enojarlo objetando el nombre que él había elegido. Pensó, horrorizada, lo que hubiera pensado su papá, dada la importancia que concedía a los nombres. Kizzy se acordaba que su padre le había contado que en su tierra natal, lo más importante de todo era darle un nombre al hijo, "¡porque los hijos se convienen en los hombres de la familia!".
Se quedó pensando que nunca había logrado entender por qué su padre se había sentido siempre tan amargado contra el mundo de los blancos; los llamaba "toubobs". Se acordó que Bell solía decirle: "Eres tan afortunada que me da miedo, hija, porque no sabes realmente lo que significa ser un negro, y ruego a Dios que nunca lo sepas". Bueno, ya lo sabía, y no había límites a la angustia que podían causar los blancos a los negros. Pero lo peor que hacían, decía Kunta, era mantenerlos ignorantes de su identidad, impedirles ser humanos... "Tu padre fue dueño de mis sentimientos desde el principio", le había dicho su madre, "porque era el hombre negro más orgulloso que conocí".
Antes de quedarse dormida, Kizzy decidió que, a pesar del bajo origen de su hijo, de su color claro, del nombre que le impusiera el amo, ella nunca lo dejaría, de considerar el nieto de un africano.

CAPITULO 82

Como el tío Pompey nunca le había dicho más que "¿Cómo estas? cuando la veía a la mañana, Kizzy se sorprendió y se conmovió al llegar al campo, con su hijo, el primer dia. El tío Pompey se acerco tímidamente y, tocándose el ala del sombrero de paja, lleno de manchas de sudor, indicó los árboles en el borde del campo. -Pense que podías poner al bebé allí -dijo. Como no sabía lo que quería
decir, Kizzy aguzó la vista y divisó algo bajo los árboles. Pronto se le humedecieron los ojos de lágrimas, pues al acercarse vio que era una cunita colgada de las ramas de un árbol, con un techito de paja, hecho de pasto recién cortado, malezas y hojas verdes.

Agradecida, Kizzy extendió su bolsa limpia sobre las hojas del lecho, y puso a su bebé. Lloró un poco, pero ella lo tranquilizó con palmaditas y ruiditos, así que pronto hacía gorgoteos mientras se inspeccionaba los dedos. Reuniéndose con sus dos compañeros, que estaban trabajando en el tabaco, dijo: -Muchas gracias, tío Pompey. -El gruñó y siguió cortando, más rápido, tratando de disimular su turbacion. De vez en cuando Kizzy corría a asegurarse de que su bebé estaba bien, y cada tres horas, cuando empezaba a llorar, se sentaba a amamantarlo.

Tu bebé nos da ánimos para trabajar -le dijo la tía Sarah unos dias después, dirigiéndose a Kizzy pero mirando de reojo al tío Pompey, que la miró con severidad. Ahora, al terminar cada jornada con la puesta de sol, la hermana Sarah insistía en alzar al bebé mientras KIZZY llevaba las dos azadas de regreso a las chozas de los esclavos, que no eran más que cuatro especies de jaulas con una sola ventana, cerca de un castaño grande. Por lo general ya había oscurecido completamenté para cuando Kizzy rápidamente encendía unos leños en el hogar, para cocinar algo con las raciones que le quedaban, distribuídas todos los sábados a la mañana por el amo Lea. Comía y se acostaba en su jergón relleno de chalas, jugando con George, sin alimentarlo hasta que el hambre lo hacía empezar a gritar. Luego lo llenaba de leche, lo levantaba, apoyado sobre el hombro, frotándole la espalda para que eructara, y después volvía a jugar con él. Se quedaban despiertos todo lo posible, pues quería que el bebé durmiera hasta más tarde, y no tener que despertarse para volver a alimentarlo, era durante ese interin cuando llegaba el amo (dos o tres veces por semana) para acostarse con ella. Siempre olía a bebida, pero ella había decidido, tanto por su bebé como por ella misma, no resistir más. Llena de aborrecimiento, vacía, fría e inmóvil, con las piernas separadas, mientras él satisfacía su placer a los gruñidos. Cuando terminaba y se levantaba, ella se quedaba con los ojos cerrados oyendo el sonido de la moneda de diez centavos, o a veces de veinticinco, que él le dejaba sobre la mesa antes de partir. Kizzy se preguntaba si la señora también estaría despierta en la casa grande, que estaba cerca, y desde la cual se podía oír lo que pasaba en las chozas. ¿Qué pensaría, cómo se sentiría, cuando el amo volvía a su lecho con olor a otra mujer?

Por fin, después de alimentar a George dos veces más antes del amanecer, caía en un sueño profundo, justo para cuando la despertaba el tío Pompey, que llamaba a su puerta. Kizzy desayunaba y volvía a dar de mamar al bebé antes de que llegara la hermana Sarah para llevarlo a uno de los sembrados. Había un sembrado de maíz, otro de tabaco, y el tercero de algodón, y para entonces ya el tío Pompey había hecho un refugio para el bebé en cada uno.

Cuando el amo y la señora terminaban el almuerzo los domingos, siempre se iban casi en seguida a pasear en el cabriolé, y mientras estaban afuera, los esclavos se reunían alrededor del castaño, a conversar durante una hora. Ahora que Kizzy y su hijo se les habían unido, la señorita Malizy y la hermana Sarah pronto empezaban a pelear para ver cuál de las dos tendría al inquieto George. El tío Pompey, que fumaba su pipa, disfrutaba conversando con Kizzy, tal vez porque ella lo escuchaba con menos interrupciones y más respeto que las otras dos mujeres.

-Este lugar no era más que bosques, y no valía más de cincuenta centavos el acre -le dijo el tío Pompey una tarde, -cuando el amo compró sus primeros treinta acres y su primer negro, llamado George, igual que el tuyo. A ese negro lo mató trabajando-. Como vio que Kizzy contenía el aliento, el tío Pompey se detuvo. -¿Pasa algo? -preguntó.

-¡No, señor, nada! -se apresuró a responder Kizzy, y el tío Pompey continuó.

-Cuando llegué aquí, el amo hacía un año que tenía a ese pobre negro, haciéndolo arrancar y cortar árboles, y limpiar el terreno para poder plantar la primera cosecha. Un día, yo y ese negro empezamos a serruchar troncos para hacer las tablas de esa, casa. -El tío Pompey

señaló la casa del amo-. Escuché un ruido raro, y levanté la vista del serrucho de mi extremo. El negro tenía los ojos en blanco, se puso la mano en el pecho, y se cayó muerto.
Kizzy cambió de tema. -Desde que llegué los oigo hablar de los gallos de riña. Nunca había oído nada antes...
-Bueno, le he oído decir al amo que hay muchos en Virginia dijo la señorita Malizy-. Supongo que no habría cerca de donde
vivias tú.
-Nosotros tampoco sabemos mucho acerca de ellos -dijo el tío Pompey-, excepto que son una clase especial, criados para matarse entre sí, y los hombres apuestan dinero en las riñas.
La hermana Sarah dijo: -El único que podría decirte más es ese negro Mingo, que vive con los gallos.
Al ver la sorpresa de Kizzy, la señorita Malizy exclamó: -Te lo
dije el primer día que llegaste. No lo has visto todavía. -Rió-. ¡Y a lo mejor no lo ves nunca!
-Yo hace catorce años que estoy aquí -dijo la hermana Sarah-, y no he visto a ese negro más que unas ocho o diez veces. ¡Prefiere estar entre los gallos que entre la gente! ¡Bah! -resopló-. ¡La madre debe haberlo empollado!
Kizzy se rió con los demás. La hermana Sarah se dirigió a la señorita Malizy, con los brazos tendidos. -Dame ese niño un rato-. De mala gana, la señorita Malizy le entregó el bebé.
-Bueno, de todos modos -dijo-, esos gallos han hecho que el amo y la señora no fueran tan pobres, y les han permitido andar por ahí, dándose aires. -Hizo un gesto de magnificencia-. El amo levanta la mano cuando el coche se cruza con el carruaje de algún amo rico. -Levantó el dedo como si fuera una mariposa revoloteando-. , Así hace la señora con el pañuelo flotante!
Entre las risotadas, la señorita Malizy necesitó tiempo para recobrarse. Luego, mientras exigía que le devolviera el bebé, la hermana Sarah dijo, cortante. -¡Te esperas, recién hace un minuto que lo tengo!
A Kizzy le encantaba que compitieran entre ellas para tener el bebé, y observar al tío Pompey mirándolas, y luego ver cómo se le iluminaba la cara cuando el bebé lo miraba. Entonces le hacía caras graciosas o movimientos con los dedos para retener la atención del niño. George andaba gateando, unos meses después, cuando empezó a llorar de hambre. Kizzy estaba a punto de alzarlo cuando la señorita Malizy le dijo: -Deja que yo lo tenga un ratito, querida. Es hora de que ese niño empiece a comer comida sólida-. Yendo a su choza, la señorita Malizy regresó a los pocos minutos, y todos vieron cómo usaba el reverso de una cucharita de té para hacer un puré de maíz.
Luego, alzando a George y poniéndolo sobre la falda, le empezó a dar de comer. Todos resplandecieron de alegría al ver que comía relamiéndose para que le dieran más.
Ahora George andaba gateando, explorándolo todo, mientras ellos trabajaban en el campo, así que Kizzy le ató una soga a la cintura para que no se fuera demasiado lejos, pero aun así vio que el niño no hacía más que levantar tierra e insectos. Todos acordaron que debían hacer algo. -Como ya no toma más la teta -sugirió la señorita Malizy-, si lo dejan conmigo, yo lo puedo cuidar mientras ustedes están en el campo. -Hasta la hermana Sarah pensó que era sensato, y, aunque a Kizzy no le gustaba separarse de su bebé, empezó a llevar a George a la cocina de la casa grande todas las mañanas, y luego lo buscaba al regresar. Casi estuvo a punto de cambiar de idea cuando oyó que la primera palabra reconocible que dijo el niño fue algo así como "Milize", pero poco después dijo "mamá", claramente, emocionando a Kizzy. La próxima palabra fue "Tío Pomp" que deleitó al viejo, y fue seguida al poco tiempo por "Sira".

Al año, ya George caminaba solo. A los quince meses retozaba de un lado para el otro, contento por el placer de ser independiente. Ahora ya no quería que nadie lo alzara, a menos que tuviera sueño o no se sintiera bien, lo que era raro, porque rebosaba salud, y crecía rápidamente, gracias a que la señorita Malizy lo llenaba con lo mejor de la cocina. Ahora, los domingos a la tarde, mientras Kizzy y los otros tres conversaban, no quitaban la vista del muchacho que caminaba por todas partes, jugando muy feliz solo, con sus pañales mojados que pronto tomaban el mismo color del suelo. Parecían cuatro viejos chochos. George probaba alguna ramita, deleitado, capturaba un escarabajo o corría tras un caballito del diablo, el gato o las gallinas, que espantaba. Un domingo las tres mujeres no paraban de reír viendo al generalmente sombrío tío Pompey, a medio galope, tratando de que una brisita impulsara el barrilete que había hecho para el fascinado niño. -Te diré que no sabes lo que estás viendo, niña -dijo la hermana Sarah a Kizzy-. Antes de que llegara ese niño, el tío Pompey se metía en su choza y ya no lo veíamos hasta la mañana siguiente.

- ¡Es verdad! -dijo la señorita Malizy-. ¡Yo no sabía que Pompey pudiera divertirse!

-Bueno, yo le quedé muy agradecida cuando hizo esa cunita para George cuando lo llevé por primera vez al campo -dijo Kizzy.

- ¡Tú, agradecida! ¡Ese niño nos ha hecho tanto bien a todos! -exclamó la hermana Sarah.

El tío Pompey volvió a acaparar la atención de George cuando empezó a contarle cuentos, a los dos años. Cuando se ponía el sol, los domingos, y empezaba a hacer fresco, Pompey hacía un fuego de hojas verdes, con mucho humo, para espantar los mosquitos, y las tres mujeres se ubicaban alrededor. George se ponía cómodo para observar los gestos y movimientos de las manos del tío Pompey, que le contaba acerca de las andanzas del conejito y el oso. Sabía tantos cuentos, que la hermana Sarah exclamó: -¡No me imaginaba que supieras esa cantidad! -El tío Pompey la miró con expresión misteriosa y dijo-: ¡Hay muchas cosas acerca de mí que tú no conoces! -La hermana Sarah dio un respingo, y adoptando una expresión de fingido asco, dijo-: ¡Bah! ¡Cómo si le importara a alguien! -El tío Pompey siguió fumando su pipa solemnemente, mientras sonreían sus ojos arrugados.

-Señorita Malizy, le voy a decir una cosa -dijo Kizzy un día-, La hermana Sarah y el tío Pompey siempre parecen estar peleándose. Pero a veces creo que es la manera que tienen de hacerse la corte...

-No sé, niña. Ninguno de los dos lo reconocería. Supongo que es la manera que tienen de divertirse y pasar el rato, nada más. Cuando una envejece, y no tiene a nadie, una se acostumbra, porque no le queda otro remedio-. La señorita Malizy la miró a los ojos, y prosiguió: -Ya somos viejos, pero cuando se es joven como tú, querida, y no se tiene a nadie, eso es distinto. ¿Ojalá el amo comprara a alguien con quien pudieras arreglarte!

-Sí, señorita Malizy, yo pienso igual -dijo Kizzy. Luego dijo algo que las dos sabían-: Pero el amo no va a hacer tal cosa-. Se sentía agradecida por el hecho de que nadie lo hubiera mencionado nunca, ni siquiera indirectamente, aunque sabían perfectamente bien lo que pasaba entre el amo y ella. Por lo menos, nunca dijeron nada delante de ella-. Ya que estamos hablando íntimamente -siguió diciendo-, conocía a un hombre en el otro lugar. Siempre pienso en él. íbamos a casarnos, pero luego todo se complicó. En realidad, fue la razón por la que vine aquí.

Tratando de poner más alegría en su voz, al ver la afectuosa preocupación de la señorita Malizy, Kizzy le contó lo que había habido entre Noah y ella, diciendo para terminar; -Me digo que debe andar buscándome, y que nos vamos a encontrar uno de estos días-. La expresión de Kizzy era de súplica-. Si eso pasara, señorita Malizy, le digo la verdad, ninguno de los dos tendría necesidad de decir una palabra. Nos tomaríamos de la mano y yo vendría a decirles adiós, buscaría a George y nos iríamos. No preguntaría adonde, ni me importaría. Nunca me voy a olvidar de lo último que me dijo. Me dijo: "¡Vamos a pasar el

resto de la vida juntos, nena!"-. A Kizzy se le quebró la voz y pronto las dos lloraban. Luego Kizzy volvió a su choza.
Un domingo a la mañana, unas semanas después, George estaba en la casa grande ayudando a la señorita Malizy con el almuerzo, cuando la hermana Sarah invitó a Kizzy para que fuera a su choza. Era la primera vez que lo hacía. Kizzy se quedó mirando las paredes, llenas de grietas. Por todas partes colgaban raíces secas y hierbas, sostenidas por clavos y perchas, pues la hermana Sarah decía que podía curar cualquier enfermedad con medios naturales. Indicando la única silla, le dijo: -Siéntate, niña. -Kizzy se sentó, y Sarah empezó a hablar-: Te voy a contar algo que nadie sabe. Mi mamá era de Luisiana, y me enseñó a leer el futuro. -Estudió el rostro de Kizzy-. ¿Quieres que te lo lea?
Kizzy se acordó de que tanto el tío Pompey como la señorita Malizy le habían dicho que la hermana Sarah sabía leer el futuro. Sin pensar, dijo; -Me gustaría mucho, hermana Sarah.
Sentándose en cuclillas sobre el piso, la hermana Sarah buscó una caja grande que estaba abajo de la cama. Sacando de ella una caja más pequeña, extrajo unos objetos secos, de apariencia extraña, y se volvió lentamente hacia Kizzy. Arreglando cuidadosamente los objetos hasta formar un diseño geométrico, sacó un palito delgado, como una varita, que guardaba en su cuerpo y comenzó a moverlos vigorosamente de un lado para otro. Inclinándose hasta tocar los objetos con la frente, parecía estar tratando de hacer un esfuerzo para incorporarse cuando dijo, en un tono extrañamente alto: -No me gusta tener que decirte el mensaje de los espíritus. Nunca más vas a volver a ver a tu papá y a tu mamá, por lo menos, no en este mundo...
Kizzy se puso a llorar. Ignorándola por completo, la hermana Sarah volvió a disponer cuidadosamente los objetos, los volvió a desacomodar, moviéndolos varias veces, esta vez mucho más que antes, hasta que Kizzy dejó de llorar. Con ojos empañados por las lágrimas, observaba la varita que temblaba. Luego la hermana Sarah empezó a musitar algo que apenas se oía: -Parece que no es un momento de buena suerte para esta niña... el único hombre al que amará... ha tenido un camino muy duro... él la amaba, también...
pero los espíritus le han dicho que es mejor saber la verdad... y abandonar las esperanzas...
Kizzy saltó, gritando, y esta vez agitó a la hermana Sarah.
-¡Shhhhh! ¡Shhh! -No disturbes a los espíritus, hija!
¡SHHHHH! ¡SHHHH! ¡SHHHHH! -Pero Kizzy seguía gritando, y luego salió corriendo de la choza, se metió en la suya y cerró la puerta, justo cuando se abría la puerta de la choza del tío Pompey y aparecían abruptamente las caras del amo y la señora Lea, la señorita Malizy y George, en distintas ventanas de la casa y la cocina. Kizzy seguía arrojándose violentamente contra su jergón, y aullando, cuando George entró como una tromba. -¡Mami! ¡Mami! ¿Qué pasa?-. Con el rostro contorsionado y bañado por las lágrimas, ella lo miró y gritó, con histeria: -¡CÁLLATE!

CAPITULO 83

Cuando cumplió tres años, George empezó a demostrar disposición para "ayudar" a los adultos. -¡Dios mío, trata de alcanzarme el agua, y apenas si puede levantar el balde! -dijo, riendo, la señorita Malizy. Y otra vez-: ¡Trajo un palito por vez, hasta que llenó el cajón de la leña, y luego barrió las cenizas del hogar! -Kizzy se sentía muy orgullosa, pero se cuidaba muy bien de trasmitir las alabanzas de la señorita Malizy a George, que ya le estaba dando dolores de cabeza.

-¿Cómo es que no soy negro como tú, mamá? -le preguntó una noche cuando estaban solos en la choza, y, atragantándose, Kizzy le dijo-: La gente nace con el color que tiene, eso es todo. -Pero no pasaron muchas noches antes de que volviera a hablar del tema-. ¿Mamá, quién es mi papá? ¿Por qué no lo he visto nunca? ¿Dónde está?-. Kizzy asumió un tono amenazador: -¡Cállate!-. Unas horas más tarde, yacía despierta a su lado, viendo aún la expresión dolorida y confusa de su carita. A la mañana siguiente, al irlo a dejar con la señorita Malizy, se disculpó como pudo-: A veces me canso con todas las preguntas que me haces.

Pero sabía que debía darle una explicación mejor, pues era un niño despierto y curioso. Debía decirle algo que entendiera y aceptara. -Es alto, negro como la noche, y casi nunca sonríe -le dijo por fin-. ¡Es tan tuyo como mío, aunque debes decirle abuelo!-. George parecía interesado, curioso por saber más. Le dijo que su abuelo había llegado en barco desde el África, a un lugar llamado Annapolis. Le contó que un hermano del amo Waller lo había llevado a una plantación en el condado de Spotsylvania, pero había tratado de escaparse. Sin saber cómo atenuar el resto de la historia, decidió resumirla-: ...y cuando volvió a escapar, le cortaron ¡a mitad del pie.

La carita de George se contorsionó, -¿Cómo le hicieron eso. mamá?

-Estuvo a punto de matar a los que lo perseguían.

-¿Y por qué perseguían a los negros?

-Perseguían a los que se escapaban.

-¿Y de qué escapaban?

-De sus amos blancos.

-¿Qué les hacían los amos blancos?

Sintiéndose frustrada, gritó: -¡Cállate la boca! ¡Déjame tranquila, quieres!

Pero George nunca se quedaba callado mucho tiempo, y nunca se satisfacía su curiosidad de saber más acerca de su abuelo africano. -¿Dónde queda África, mami?-. Y: -¿Hay niñitos en África?... ¿Cómo se llamaba mi abuelo?

George estaba trazando su propia imagen de su abuelo, y Kizzy (hasta lo que aguantaba) trataba de ayudarlo con lo que se acordaba. -¡Ojalá lo hubieras oído cantar esas canciones africanas, cuando conducía el cabriolé del amo! Yo era una niñita, de tu misma edad-. Kizzy empezaba a sonreír cuando se acordaba del placer con que iba sentada en el alto asiento del cabriolé, junto a su papá, mientras atravesaban los cálidos y polvorientos caminos del condado de Spotsylvania. Otras veces, ella y Kunta caminaban, tomados de la mano, a lo largo del cerco que llevaba al arroyo, por el mismo lugar donde más tarde caminaría con Noah. Dijo a George: -Tu abuelo me decía cosas en el idioma africano. Un violín se decía ko, el río era el Kamby Bolongo, todas las palabras sonaban raras y graciosas-. Pensó cuánto le gustaría a su papá que su nieto supiera palabras en africano.

-¡Ko! -dijo de pronto-. ¿Puedes decirlo?

-Ko -dijo George.

-Está bien, eres inteligente. ¡Kamby Bolongo!-. George lo repitió perfectamente la primera vez. Al ver que ella no pensaba continuar, le dijo: -¡Dime más palabras, mami!-. Enloquecida de amor por él, Kizzy le prometió decirle más palabras más adelante, y, en medio de sus protestas, lo acostó.

CAPITULO 84

Cuando George cumplió los seis años (lo que significaba que debía comenzar a trabajar en el campo) la señorita Malizy se entristeció porque iba a perder su compañía en la cocina, pero Kizzy y la hermana Sarah se alegraron porque lo iban a tener con ellas por fin. Desde el primer día en los sembrados, George disfrutó de su trabajo como si fuera una aventura, y los ojos amantes de los demás lo seguían, mientras él recogía las piedras que podían romper el arado del tío Pompey. Corría a traerles un balde de agua fresca para beber, desde la fuente en el otro extremo del campo. Incluso los "ayudaba" plantando maíz y algodón, dejando caer algunas semillas en el lugar indicado, en medio del surco. Cuando los tres adultos se reían de sus esfuerzos, torpes pero decididos, de manejar una azada cuyo mango era más largo que él, la sonrisa amplia de George era prueba de su buen genio. Se reían también cuando George decía insistentemente al tío Pompey que él sabía arar, aunque luego se dio cuenta de que no alcanzaba los mangos del arado. Sin embargo, se tomó de un costado y le gritó a la mula: -¡Vamos!

Cuando por fin regresaban a la choza al caer la tarde, Kizzy comenzaba inmediatamente a preparar la comida, pues sabía que George tendría mucha hambre. Una noche, él propuso que cambiaran la rutina. -Mamá, tú has trabajado todo el día. ¿Por qué no te acuestas y descansas un poco antes de cocinar? -A veces hasta le daba órdenes, si ella lo dejaba. A Kizzy le parecía que su hijo estaba tomando el lugar del hombre que faltaba en sus vidas. George era muy independiente y autosuficiente para su edad. De vez en cuando se resfriaba o se lastimaba, y entonces la hermana Sarah insistía en curarlo con sus hierbas; Kizzy coronaba la cura desplegando su cariño. Algunas veces, mientras estaban acostados, antes de dormirse, hacía sonreír a Kizzy, en la oscuridad, con las fantasías que le confiaba. -Voy caminando por un camino grande -le dijo una noche-, levanto la vista, y veo un oso grande que corre... es más alto que un caballo... y le grito: "¡Señor Oso! ¡Eh, señor Oso! ¡Es mejor que esté preparado, porque yo no le voy a permitir que haga daño a mi mamá!-. Otras veces insistía hasta que por fin la convencía para que cantara con él algunas de las canciones que le había oído cantar a la señorita Malízy cuando pasaba los días con ella en la cocina de la casa grande. La choza resonaba con las dos voces.

Otras veces, cuando no encontraba con qué divertirse, el inquieto niño de seis años se acostaba junto al hogar. Afilaba la punta de un palito, que luego carbonizaba en las llamas, hasta convertirlo en una especie de lápiz. Luego dibujaba, sobre una tabla de madera de pino, las siluetas de personas o animales. Cada vez que hacía eso, Kizzy se tornaba aprensiva, pues temía que George quisiera aprender a escribir o leer. Pero al parecer nunca se le ocurrió la idea, y Kizzy tenía especial cuidado de no mencionar nunca el asunto que había arruinado su vida. En realidad, todos esos años que había pasado en la plantación Lea, Kizzy nunca había tenido en sus manos un lápiz o una lapicera, un libro ni un diario, ni había dicho a nadie que sabía leer y escribir. Cuando pensaba en ello, se preguntaba si aún podría hacerlo, en caso de que fuera necesario, por alguna razón. Entonces deletreaba, mentalmente, algunas palabras que se acordaba, y con intensa concentración imaginaba cómo se verían escritas. Ya no podía imaginarse cómo sería su letra. Algunas veces sentía la tentación de escribir, pero había hecho una promesa, consigo misma, de no volver a hacerlo.

Pero extrañaba la ausencia de noticias de lo que sucedía en el mundo, más allá de la plantación. Siempre se acordaba de que su padre traía noticias de lo que había oído y visto cuando regresaba de sus viajes con el amo Waller. Pero aquí, en esta plantación modesta y aislada, donde el amo conducía su propio cabriolé, las noticias de afuera eran una rareza. Los esclavos sólo se enteraban de lo que sucedía en el mundo cuando los Lea tenían invitados para cenar, lo que no era muy seguido. Durante una de esas cenas, un domingo, en 1812, la señorita Malizy corrió con una noticia: -Están comiendo, y tengo que volver en

seguida, pero están hablando acerca de una guerra que se ha declarado contra Inglaterra! ¡Parece que Inglaterra está mandando barcos llenos de soldados!
-¡No nos los mandan a nosotros! ¡Son guerras de los blancos! -dijo la hermana Sarah.
-¿Dónde pelean? -preguntó el tío Pompey, pero la señorita Malizy le dijo que no había oído nada. -Bueno -replicó él- mientras sea en el Norte, y no cerca de aquí, no me importa.
Esa noche, en la choza, el pequeño George, que no se perdía nada de lo que pasaba, le preguntó a Kizzy: -¿Qué es una guerra, mamá?
Ella pensó un momento antes de responder. -Bueno, muchos hombres que pelean entre sí. ¿Por qué pelean? Por cualquier cosa.
¿Por qué se pelean los blancos y esa Inglaterra? Muchacho, nunca te das por satisfecho.
Media hora más tarde. Kizzy sonrió al oírlo cantar una de las canciones de la señorita Malizy, en la oscuridad, en voz muy baja.
Un domingo de 1814, George estaba ayudando a la señorita Malizy en la cocina. Pronto llegó corriendo, sin aliento, para llevar un mensaje a los demás esclavos: -¡La señorita Malizy dice que les diga que el ejército ingles ha ganado una batalla, y ha quemado el Capitolio y la Casa Blanca!
¿Dónde queda eso? -dijo Kizzy.
En Washington, la Capital -dijo el tío Pompey-. Es bastante lejos de aquí.
- ¡Mientras se sigan matando entre ¡ellos! -dijo la hermana Sarah.
Durante una cena, ese mismo año. la señorita Malizy les informo que los barcos ingleses habían bombardeado un gran fuerte cerca de Baltimore. El niño tenía dotes especiales para imitar, y pronto se convirtió en la fuente favorita de entretenimiento de los esclavos. Siempre le pedían que imitara al amo Lea. Primero se aseguraba de que el amo no estuviera cerca, luego se estiraba los ojos, haciendo gestos, y decía, con tono airado: -¡Escuchen, negros! ¡Si no terminan este sembrado antes de la caída del sol, se acabaron las raciones! -Los adultos se sacudían de risa, diciendo entre ellos-: ¿Han visto alguna vez una cosa igual?... ¡Yo nunca! -George no necesitaba más que ver algo por un momento. Eso le bastaba para poder hacer una imitación cómica. Una vez vio a un huésped de la casa grande, un predicador blanco, que luego el amo llevó junto al castaño para que predicara un momento a los negros. Y cuando George vio por primera vez al misterioso viejo Mingo, el que entrenaba los gallos del amo, en seguida empezó a imitarlo, especialmente su manera peculiar de caminar dando saltitos. George tomaba un par de pollos y los sacudía, como si estuvieran riñendo, mientras los hacía hablar-: ¡Te voy a sacar los ojos, viejo buitre! -El otro pollo respondía, despreciativamente-: ¡No eres más que plumas y pico!
El sábado siguiente, mientras el amo Lea distribuía, como era rutina, las raciones de la semana, Kizzy, la hermana Sarah, la señorita Malízy y el tío Pompey estaban parados respetuosamente frente a la puerta de sus chozas para recibir su parte, cuando George llegó corriendo, persiguiendo una rata, se detuvo de golpe, para evitar llevarse por delante al amo. Éste, divertido a medias, fingió adoptar un tono severo: -¿Qué haces tú para ganarte la ración, muchacho?-. Los cuatro adultos casi se desmayaron al oír al muchacho de nueve años que, cuadrando los hombros varonilmente y mirando al amo a la cara, declaró: -Trabajo en el campo y predico, amo. -Sorprendido, el amo Lea dijo-: Bueno, vamos a oirte predicar, entonces, -Con cinco pares de ojos clavados en él, George dio un paso adelante y anunció-: Voy a hacer ese predicador blanco que usted trajo aquí, amo... -y de repente empezó a agitar los brazos y a decir disparates-: ¡Si ven que el tío Pompey le roba un cerdo al amo, díganle al amo! ¡Si ven a la señorita Malizy robando la harina de la señora, díganle al amo! ¡Porque si todos son buenos negros, y se portan bien con el amo y la señora, entonces, cuando mueran, todos irán directamente de la cocina al Cielo!
El amo Lea se doblaba en dos de la risa mientras George hacía la imitación, y al terminar, el muchacho cantó una de las canciones que le había enseñado la señorita Malizy.

Nadie había oído reír de esa manera al amo Lea. Era evidente que el muchacho lo había cautivado, pues le dio una palmada en la espalda y le dijo: -Muchacho, ¡predica cuando quieras! -Les dejó la canasta con raciones para que las dividieran entre ellos y se fue a la casa grande, sacudiéndose de risa. Se dio vuelta para mirar a George, que se quedó parado, sonriente.

A las pocas semanas, ese verano, el amo Lea regresó de un viaje trayendo dos largas plumas de pavo real. Envió a la señorita Malizy para que fuera a buscar a George, y al llegar el muchacho le dijo que quería que el próximo domingo, en que iban a venir invitados, los abanicara suavemente con las plumas.

- ¡Para darse ínfulas! ¡Trata de hacer creer que son ricos! -se burló la señorita Malizy, después de dar a Kizzy las instrucciones de la señora Lea, que quería que el muchacho fuera a la casa grande bien limpio y con la ropa lavada, planchada y almidonada. George estaba tan excitado con su nuevo papel, y con toda la atención que le prestaban (incluso el amo y la señora) que apenas podía contenerse.

Los invitados estaban todavía en la casa cuando la señorita Malizy se escapó de la cocina por un momento y corrió a dar su informe a los demás, que la aguardaban con impaciencia. -¡Ese chico es demasiado! -Describió a George abanicando a los invitados con las plumas de pavo real, "moviendo las muñecas y haciéndose hacia adelante y hacia atrás, dándose más ínfulas que el amo y la señora". Después del postre, cuando el amo estaba sirviendo el vino, se le ocurrió la idea y dijo: Muchacho, oigamos un poco de prédica -¡Y les diré que me parece que ese chico ha estado practicando! Porque en seguida le pidió al amo un libro, para que fuera su biblia, y el amo le dio uno. ¡Dios! ¡Se subió en el escabel más bonito, ese todo bordado, de la señora! ¡Y empezó a predicar! Y luego, sin que se lo pidieran, se puso a cantar. Fue entonces que me vine. -Volvió a la cocina, dejando a Kizzy, la hermana Sarah y el tio Pompey meneando la cabeza y sonriendo, henchidos de incrédulo orgullo.

George tuvo tanto éxito, que la señora Lea, al regresar de pasear en cabriole con el amo, los domingos a la tarde, solía contarle a la señorita Malizy que los invitados que habían tenido, siempre le preguntaban acerca de George. Después de un tiempo, hasta la reservada señora Lea empezó a expresar su cariño por el mucho. -¡Y Dios sabe muy bien que nunca le han gustado los negros! -exclamó la señorita Malizy. Poco a poco la señora de Lea empezó a ordenarle a George que hiciera esto o lo otro en la casa, y cuando cumplió once años a Kizzy le pareció que ya casi no estaba con ellos en el campo, sino que se pasaba todo el tiempo en la casa.

Mientras abanicaba a los huéspedes. George oía las conversaciones, así que empezó a traer más noticias que la señorita Malizy limes, que tenía que andar a las corridas entre el comedor y la cocina. Poco tiempo después que se iban los huéspedes, George contaba orgullosamente todo lo que había oído. Se sorprendieron al enterarse de que un huésped había dicho que alrededor de tres mil negros libres provenientes de varias partes se reunieron en Filadelfia. Uno de los blancos dijo que los negros enviaron una resolución al presidente Madison en la que decían que tanto los negros libres como los esclavos habían contribuido a formar el país, habían luchado en las guerras, y que los Estados Unidos no serían lo que decían ser. a menos que los negros compartieran todas las bendiciones-. Y George añadió: -¡El amo dijo que cualquier estúpido se daba cuenta de que a los negros libres había que echarlos del país!

Un domingo, en 1818, George les contó que una sociedad colonizadora estaba tratando de enviar barcos llenos de negros libres a Liberia, que quedaba en África. Los blancos se reían porque habían dicho a los negros que en Liberia había árboles de tocino, y que las lonjas colgaban como si fueran hojas, y árboles de melaza, que bastaba hacerles un corte para poder beber. George dijo: -¡El amo dice que por él, bien podrían poner a todos los negros libres en un barco ya!

- ¡Bah! -resopló la hermana Sarah-. ¡Yo no iría al África, con todos esos negros colgados de los árboles como monos...!
- ¿De dónde sacaste eso? -quiso saber Kizzy vivamente-. Mi papá era de África, y él nunca anduvo por los árboles.
Indignada, la hermana Sarah farfulló, desconcertada: -Bueno, ¡todos hemos crecido sabiéndolo!
-Eso no quiere decir que sea así -dijo el tío Pompey, mirándola de reojo-. De cualquier manera, a ti no te van a llevar, no eres una negra libre.
- ¡Bueno, pues no iría aunque lo fuera! -dijo ásperamente la hermana Sarah, moviendo la cabeza y volcando un poco de su rapé, color ámbar, en el suelo. Estaba enojada con Kizzy y con el tío Pompey, y decidió no darles las buenas noches cuando se fueran a dormir. Kizzy, por su parte, también estaba enojada por la degradante implicación de la hermana Sarah acerca de su sabio y digno padre y su amada patria africana.
Se sorprendió, con satisfacción, al ver que hasta George se había irritado por las palabras de la hermana de Sarah, que parecieron ridiculizar a su abuelo africano. Aunque no quería decir nada, no pudo contenerse. Pero cuando abrió la boca, se dio cuenta de que su madre pensaba que no debía ser irrespetuoso. -Mamá, me parece que la hermana Sarah dijo algo que no es verdad ¿no?
-¡Así es! -dijo Kizzy, enfática.
George se quedó callado un momento antes de volver a hablar. -Mamá -dijo con vacilación-, ¿no me puedes contar algo más acerca de él?
Kizzy se arrepintió, porque el invierno anterior se había exasperado de tal manera por las preguntas interminables de George, que le había prohibido que le volviera a preguntar acerca de su abuelo. Ahora dijo, con suavidad: -Muchas veces he pensado, tratando de acordarme si hay algo acerca de tu abuelito que no te haya contado, pero me parece que no hay... -Hizo una pausa-. Sé que no te olvidas de nada, pero puedo volver a contarte lo que quieras.
George volvió a guardar silencio un momento. -Mamá -dijo-, una vez me dijiste que lo que al abuelito le importaba más era contarte acerca de África...
-Sí, así me pareció, muchas veces -dijo Kizzy reflexivamente. Después de otro silencio, George dijo: -Mami, he estado pensando. Yo también le voy a contar a mis hijos acerca de mi abuelito. -Kizzy sonrió, pues era típico de su hijo que estuviera hablando de sus hijos a los doce años.
A medida que seguía creciendo el favor de George con el amo y la señora, fue tomándose más y más libertades que en realidad no le tenían que conceder. De vez en cuando, especialmente los domingos a la tarde, cuando salían a pasear en cabriolé, él salía a caminar solo, a veces durante horas, dejando a los adultos mientras él exploraba curiosamente todos los rincones de la plantación de los Lea. Un domingo ya anochecía cuando volvió y contó a Kizzy que había pasado la tarde con el viejo que cuidaba los gallos del amo.
-Lo ayudé a agarrar a un gallo grande que se había escapado, y después nos pusimos a conversar. No me parece tan raro, como dicen ustedes, mamá. ¡Y nunca he visto gallos iguales! Dice que antes de crecer ya empiezan a saltar en el gallinero, tratando de pelearse. El viejo me dejó darles de comer. ¡Me dijo que cuidaba más a esos gallos que las mamas a sus bebés! -Kizzy lo miró, sin decir nada, divertida por el entusiasmo de su hijo-. ¡Me enseñó cómo les frota el lomo, el cogote y las patas, para que peleen mejor!
-¡Es mejor que no vayas mucho a ese lugar! -le previno-. ¡Sabes que el amo no quiere que nadie se meta con sus gallos!
-El tío Mingo me dijo que iba a decir al amo que me deje ayudarlo a dar de comer a los gallos.

Mientras iban al campo a la mañana siguiente, Kizzy contó a la hermana Sarah la última aventura de George. Sarah siguió caminando en silencio, pensativa. Luego dijo: -Sé que no quieres que te vuelva a decir el futuro, pero te voy a decir un poquito acerca del tal George, de todos modos-. Hizo una pausa. -¡Él no va a ser un negro común! Siempre va estar con algo nuevo y distinto, hasta que se muera.

CAPITULO 85

-Se porta bien, y es servicial, amo -dijo el tío Mingo, concluyendo su descripción del muchacho que vivía con los demás esclavos, pero cuyo nombre no se había molestado en averiguar.

Cuando el amo Lea consintió inmediatamente en probarlo, Mingo se mostró muy satisfecho, pues hacía muchos años que necesitaba un ayudante, aunque no se sorprendió. Sabía perfectamente que el amo estaba preocupado por la edad avanzada y salud incierta del que cuidaba de sus gallos de riña; desde hacía cinco o seis meses tenía ataques prolongados de tos. También sabía que el amo había tratado de comprar un joven aprendiz de cuidador de gallos a los otros criadores de la región, pero, naturalmente, nadie se había mostrado interesado en ayudarlo. -Si tuviera un muchacho que prometiera -le había dicho uno de sus competidores- tienes que saber que no lo vendería. ¡Si lo entrenara ese viejo Mingo que tienes, en cinco o seis años te ayudaría a vencerme!-. Pero la razón por la cual el amo consintió en seguida, como bien sabía Mingo, era la proximidad de la temporada de riñas, que empezaría pronto en el condado de Caswell, con la riña principal del nuevo año, y si el muchacho se podía ocupar de dar de comer a los pollos, Mingo podría pasar todo el tiempo entrenando a los gallos de dos años, ya maduros, que pronto empezarían a pelear.

La primera mañana de George en su nuevo trabajo, Mingo le enseñó cómo alimentar los pollos de los diversos gallineros, cada uno de los cuales contenía aves de más o menos la misma edad y el mismo tamaño. Al ver que el muchacho hacía bien ese trabajo, él viejo le permitió dar de comer luego a los más maduros, que aunque aún no tenían un año ya trataban de pelearse entre sí en sus rediles triangulares. Durante los días siguientes, Mingo tuvo al trote al muchacho, ordenándole dar el maíz a las aves, sémola, caparazones de ostra molidos y carbón, y cambiar el agua de los bebederos de lata tres veces por día.

George nunca se había imaginado que podría llegar a tener temor a los gallos, especialmente a los de un año, que empezaban a echar espolones y a adquirir colores brillantes, y que se pavoneaban con sus ojos lustrosos llenos de desafío. Si estaba lejos de la mirada escrutadora del tío Mingo, George se reía a veces cuando los polluelos echaban hacia atrás la cabeza y graznaban torpemente, como si estuvieran tratando de competir con los gritos roncos y frecuentes de los gallos de seis o siete años -llenos de cicatrices de batallas pasadas- que eran alimentados por el propio Mingo. George se veía como uno de los polluelos, y a Mingo como uno de esos gallos.

Por lo menos una vez por día, cuando el amo Lea venía a caballo por el camino arenoso, hasta la zona de adiestramiento de los gallos de riña, George se hacía lo menos notorio posible, pues se había dado cuenta de que el amo lo trataba ahora con mucha más frialdad. George había oído decir a la señorita Malizy que el amo ni siquiera le permitía a la señora ir allí, aunque ella le había asegurado, con indignación, que no tenía la menor intención de hacerlo.

El amo y Mingo se ponían a inspeccionar los rediles; Mingo siempre iba exactamente a un paso de distancia, lo suficientemente cerca para oír y contestar a su amo, que hablaba entre

los cacareos de los gallos mayores, los que estaban llenos de cicatrices. George noto que el amo hablaba a Mingo con un tono amistoso, que contrastaba radicalmente con la forma brusca y fría con que se dirigía al tío Pompey, la hermana Sarah y a su mamá, que no eran más que labriegos. Algunas veces, cuando la gira de inspección los llevaba cerca del lugar en que estaba trabajando George, podía escuchar lo que decían. -Me parece que voy a hacer reñir a treinta gallos esta temporada, Mingo, así que tenemos que empezar con sesenta, o más dijo un día el amo.

-Sí, señor amo. Para cuando llegue el momento de elegir los mejores, tendremos por lo menos cuarenta para entrenar.

George tenía cada vez más preguntas en la cabeza, pero le parecía que era mejor no preguntar al tío Mingo más que lo estrictamente necesario. Mingo apreciaba que no se hablara mucho, pues los entrenadores diestros debían saber guardar los secretos profesionales para sí. Los ojitos rápidos y estrábicos de Mingo, mientras tanto, no perdían detalle de la manera en que trabajaba George. Deliberadamente daba sus órdenes brevemente, y en seguida se iba, para comprobar si el muchacho sabía comprender y recordar las instrucciones que se le daban. Mingo estaba satisfecho al ver que no era necesario decirle las cosas más de una vez.

Después de un tiempo, Mingo dijo al amo Lea que aprobaba el cuidado y la atención que prestaba George a las aves, aunque tuvo la precaución de añadir: -Por lo menos, en lo que he podido comprobar en este breve tiempo, amo.

Mingo no estaba en absoluto preparado para la respuesta del amo: -He estado pensando que vas a necesitar al muchacho aquí continuamente. Tu choza no es lo suficientemente grande, asi que lo puedes hacer dormir en otra cercana, para tenerlo a mano todo el tiempo-. Mingo se espantó al pensar que iban a invadir su vida privada de una manera tan repentina y total. Estaba acostumbrado a vivir con las aves solamente, desde hacía veinte años. Lógicamente, no podía oponerse.

Después que se fue el amo, habló a George con tono agrio: -El amo dice que me vas a hacer falta aquí todo el tiempo. Debe saber algo que yo no sé.

-Sí, señor -dijo George, tratando de mantener el rostro inexpresivo-. ¿Dónde voy a dormir, tío Mingo?

-Te vamos a construir una choza.

Si bien disfrutaba con su trabajo y el tío Mingo, George sabía que esto sería el fin de los buenos ratos que pasaba en la casa, abanicando a los invitados con las plumas de pavo real, predicando para el amo, la señora y sus huéspedes. Hasta la señora de Lea había empezado a demostrarle su aprecio. Y pensó en la buena comida que echaría de menos, ahora que estaría lejos de la cocina y de la señorita Malizy. Pero lo peor de todo era tener que dar la noticia a su mamá.

Kizzy había metido los pies cansados en una palangana de agua caliente cuando George entró, con una expresión sombría, lo que era inusual. -Mamá, tengo que decirte algo.

-Bueno, cansada como estoy de trabajar el día entero en el campo, te diré que no tengo interés en que me cuentes nada sobre esos gallos.

-No se trata de eso, precisamente. -Aspiró hondo-. Mamá, el amo ha dicho al tío Mingo que hagamos una choza para que yo me mude allá.

Kizzy derramó parte del agua al ponerse de pie, como si fuera a saltar sobre George. -¿Mudarte? ¿Por qué? ¿Por qué no puedes quedarte acá, donde has estado siempre?

- ¡Yo no tuve nada que ver, mami! ¡Fue el amo! -Dio un paso atrás, para protegerse de la furia de su rostro. Luego dijo, en un tono alto-: ¡No quiero dejarte, mamá!

- ¡No tienes edad para irte a ninguna parte! ¡Debe ser ese viejo Mingo el que dio la idea al amo!

-No, él no dijo nada, mamá. ¡Porque a él tampoco le gusta! No quiere alguien encima de él continuamente. Me dijo que le gusta estar solo. -Pensó en algo que decir para hacerla sentirse mejor-. El amo piensa que está siendo bueno conmigo, mamá. Trata bien al tío Mingo y a mí, no como a los labriegos... -Era demasiado tarde. Tragó saliva, recordando que su madre era una labriega. Presa de celos y la amargura, ésta lo tomó y lo sacudió como un trapo, gritando-: Al amo no le interesas. ¡Podrá ser tu padre, pero lo único que le importa son sus gallos!
Ella se quedó tan aturdida como él por sus propias palabras.
- ¡Es verdad! ¡Y es mejor que lo sepas antes que se te ocurra pedirle favores! ¡Todo lo que quiere el amo es que ayudes a ese negro loco a cuidar a esos gallos que él piensa que lo van a hacer rico!
George se había quedado mudo.
Ella empezó a pegarle puñetazos. -Bueno, ¿qué haces aquí?-. se dio vuelta, tomó la poca ropa de él, y se la tiró. -¡Vete! ¡Sal de esta choza!
George estaba inmóvil. Ella sintió que se le derramaban las lágrimas, salió de la choza y corrió a la de la señorita Malizy. A George le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Después de un rato, sin saber qué hacer, metió su ropa en una bolsa y se dirigió, a los tropezones, a la zona de los rediles. Durmió cerca de uno de ellos, usando la bolsa como almohada.
Antes del alba, Mingo, que se levantaba a esa hora, lo vio dormido y se imaginó lo que había pasado. Todo ese día hizo lo posible por ser cortés con el muchacho, que hizo sus tareas en silencio.
Los dos días que tardaron en construir la chocita, Mingo empezó a hablar con él, como si recién se diera cuenta de su presencia. -Tu vida tienen que ser estos gallos, hasta que sean como tu familia, muchacho -dijo abruptamente una mañana. Era lo principal que quería inculcarle.
Pero George no dijo nada. Lo único en que podía pensar era Io que le había dicho su madre. El amo era su papá. Su papá era el amo. De ninguna de las dos maneras podía entenderlo.
Como el muchacho no decía nada, Mingo volvió a hablar. -Sé que esos otros negros piensan que soy raro... -Vaciló-. Supongo que lo soy. -Se quedó callado.
George se dio cuenta de que el tío Mingo esperaba que él dijera algo. No podía reconocer que eso era exactamente lo que habia oído decir del viejo. Así que le hizo una pregunta que lo preocupaba desde el día en que fue a visitarlo. -Tío Mingo, ¿cómo es que esos pollos no son como los demás?
-Te refieres a esos pollos domésticos que no sirven para nada, excepto para comerlos -dijo despreciativamente el tío Mingo-. Estas aves son iguales a las que vivían en la selva, antes de que vinieran aquí, hace mucho. Si pones uno de estos gallos en la selva, se pelea con los otros para quedarse con las gallinas, y mata a los otros, como si nunca hubiera salido de la selva.
George tenía otras preguntas que hacerle, pero ahora que el tío Mingo había empezado a hablar, él ya no pudo decir palabra. A todo pollo que cantaba antes de llegar a su primer año había que retorcerle el pescuezo, dijo, porque el cantar demasiado pronto era señal de cobardía después. -Las mejores aves salen del huevo con la riña en la sangre, que les viene de sus abuelos y bisabuelos. El amo dice que antes un nombre y sus gallos, eran como un hombre y sus perros ahora. ¡Pero estas aves tienen más sangre de pelea que los perros, los toros, los osos, los mapaches y muchos hombres! El amo dice que los reyes y los presidentes tienen aves de riña, porque es el mejor deporte que hay.

El tío Mingo notó el enrejado de pequeñas cicatrices lívidas que tenía George en las manos, las muñecas y los antebrazos. Yendo a su choza, Mingo regresó al poco tiempo con un par de púas curvas de metal que terminaban en puntas afiladas como agujas.
-El día en que empieces a atender las aves, tendrás las manos como las mías, si no tienes cuidado -dijo el tío Mingo, y George se sintió conmovido al ver que el viejo parecía considerar posible que él pudiera poner las púas a las aves del amo algún día.
Las semanas siguientes, sin embargo, transcurrían largos intervalos antes que el tío Mingo se dignara conversar. Hacía años que hablaba muy poco, sólo con el amo y las aves. Poco a poco se iba acostumbrando a tener a George cerca, ya lo consideraba su asistente, así que rompía el silencio cada vez con mayor frecuencia. Se dirigía a él siempre de manera abrupta, y siempre el tema estaba relacionado con lo mismo: sólo el ave mejor alimentada y entrenada, y en mejores condiciones, podía ganar riñas de manera consistente, y por ende, dinero para el amo Lea.
-El amo no teme a nadie en el reñidero -le dijo el tío Mingo una noche-. En realidad, le encanta que sus gallos riñan con los de los amos verdaderamente ricos, que tienen dinero para muchos gallos, hasta mil, así que pueden elegir los mejores cien para que peleen por año. Ya ves que nosotros no tenemos muchos, y sin embargo el amo ha ganado muchas veces contra los ricos. Ellos no lo quieren porque se ha levantado solo; antes era muy pobre. Pero con aves buenas y buena suerte, el amo podría llegar a ser tan rico como ellos... -El tío Mingo miró a George con los ojos bizcos-. ¿Me escuchas, muchacho? Hay pocas personas que se dan cuenta de que se puede ganar mucho dinero en las riñas de gallos. Yo sé una cosa; si alguien me diera a elegir entre cien acres de algodón o tabaco, y un buen gallo de riña, me quedaría con el gallo, sin dudarlo. El amo piensa lo mismo. Por eso no ha puesto mucho dinero en tierras, ni ha comprado muchos negros.
Cuando George cumplió catorce años, empezó a dedicar los domingos a visitar a su familia, en la que incluía no sólo a su madre sino también a la señorita Malizy, la hermana Sarah y el tío Pompey. Aun después de tanto tiempo se veía obligado a asegurar a su madre que no le guardaba rencor por la manera en que le había dado la noticia de quién era su padre. Pero siempre pensaba mucho en eso, aunque nunca lo discutía con nadie, y menos aún con el amo. Todos los demás esclavos lo respetaban por su nuevo trabajo, aunque trataban de disimularlo.
-¡Yo te he limpiado el traste, y te he cambiado los pañales, asi que no te vaya a ver dándote ínfulas! -exclamó la hermana Sarah simulando ferocidad un domingo a la mañana.
George sonrió. -No, hermana Sarah, yo no me doy ínfulas.
Todos se morían de curiosidad por saber las cosas misteriosas que ocurrían en la zona prohibida, donde vivía con las aves. George solo les contaba cosas rutinarias. Decía que había visto a los gallos matar ratas, correr a un gato, e incluso atacar a un zorro. Las gallinas tenían el mismo mal genio de los gallos, y a veces hasta cantaban como ellos. Decía que el amo tenía cuidado con los intrusos porque los huevos de campeones valían mucho dinero, para no decir nada de los gallos, que los ladrones podían llevar a vender a otro Estado, O hacer pelear para ellos mismos. Cuando George les contó que el tio Mingo le había dicho que se había llegado a pagar hasta tres mil dolares por un gallo, comprado por el riquísimo amo Jewett, la señorita Malizy exclamó: -¡Jesús, se podría haber comprado tres o cuatro negros por esa suma!
Después de conversar con ellos durante un rato largo, George se empezaba a poner inquieto, aunque sólo era temprano a la tarde. Pronto volvía rápidamente por el camino arenoso a ver sus aves. Caminaba más despacio cuando pasaba los rediles junto al camino, arrancaba un poco de pasto verde y tierno, tiraba un poco en cada redil, y a veces se quedaba a mirar, complacido, cómo comían. Los de un año ya estaban echando todas las plumas, brillosas; tenían fuego en la mirada, y ya empezaban a cantar de repente, mientras

trataban de atacarse. -¡Debemos apurarnos a sacarlos al terreno, para que empiecen a pisar las gallinas! -le había dicho el tío Mingo.
George sabía que eso sucedería cuando empezaran a entrenar a Ios gallos maduros, que estaban ahora en el terreno.
Después de quedarse un rato con los pollos, George pasaba el resto de la tarde caminando, camino abajo, al área que llamaban el "terreno", entre los pinos. De vez en cuando veía a uno de los gallos al frente de un montón de gallinas que andaban en libertad total. Allí abundaban el pasto, las semillas, las langostas y otros insectos, además de un montón de grava, siempre buena para el buche, y agua fresca en abundancia, proveniente de manantiales naturales.
Una mañana helada de noviembre, cuando el amo llegó en la carreta, el tío Mingo y George lo esperaban con los pollos de un año, que no dejaban de cacarear y picotear, dentro de canastos cubiertos. Después de cargarlos en la carreta, George ayudó al tío Mingo a agarrar un gallo viejo, lleno de mataduras, que usarían para atraer a los demás, y que era el favorito del negro.
-Es igualito a ti, Mingo -dijo el amo Lea, riendo-, Ya ha peleado y procreado en su juventud. ¡Ya ahora no sirve para nada, excepto para comer y cantar!
Sonriendo, el tío Mingo dijo: -Yo ya ni siquiera canto, amo.
Como George sentía tanto respeto por el tío Mingo, como miedo por el amo, se alegró de verlos tan contentos. Luego, los tres subieron a la carreta; el tío Mingo se sentó al lado del amo, sosteniendo al gallo viejo, y George detrás de los canastos, balanceando las piernas.
Por fin el amo Lea detuvo la carreta en medio del bosquecillo de pinos. Él y el tío Mingo ladearon la cabeza, para oír mejor. Luego Mingo dijo, en voz muy baja: -¡Los puedo oír, allí atrás!-. De repente se llenó las mejillas y sopló con todas sus fuerzas en la cabeza del gallo viejo, que inmediatamente cantó con fuerza.
A los pocos segundos se oyó un fuerte cacareo de entre los árboles, y nuevamente el gallo volvió a cantar, erizando el plumaje. A George se le puso la piel de gallina al ver al magnífico gallo que vino corriendo desde el borde del bosquecillo. Tenía el sólido cuerpo cubierto de plumas iridiscentes; las brillosas plumas de la cola estaban arqueadas. Un grupo de unas nueve gallinas lo seguían, nerviosas, cacareando y arañando el suelo mientras el poderoso gallo aleteaba y profería un graznido fuerte, sacudiendo la cabeza en busca del intruso.
El amo Lea habló en tono muy bajo: -¡Que vea a nuestro gallo, Mingo!
El tío Mingo lo levantó en vilo, y el gallo joven pareció a punto de estallar en vuelo para acercarse al viejo. El amo Lea se movió con rapidez, agarrando al gallo joven en el aire, evitando diestramente los largos espolones. Luego lo metió en un canasto y cerró la tapa.
- ¿Por qué miras como bobo, muchacho? ¡Suelta uno de los pollos! -rugió el tío Mingo, como si George lo hubiera hecho antes. Abrió con torpeza el canasto que estaba más cerca, y el pollo, libre, saltó de la carreta al suelo. Después de una vacilación momentánea, agitó las alas, cacareó, agachó un ala, y empezó a contonearse alrededor de una gallina. El nuevo gallo empezó a correr a todas las gallinas hasta hacerlas desaparecer entre los árboles.
Veintiocho gallos maduros, de dos años, habían reemplazado a igual número de pollos de un año cuando finalmente regresaron, antes del anochecer. Al día siguiente agarraron treinta y dos más. Para entonces, a George le parecía que había estado recuperando gallos del terreno toda la vida. Ahora estaba ocupado alimentando y dando agua a los sesenta gallos. Cuando no estaban comiendo, no dejaban de cacarear y picotear los costados de las jaulas, construidas de tal manera que no se podían ver, para así evitar que se lastimaran al hacer esfuerzos por pelear. George miraba con reverencia esas aves salvajes, violentas y hermosas. Como le había dicho el tío Mingo tantas veces, poseían un gran coraje, por

herencia, y tanto su constitución física como sus instintos los preparaban para pelearse a muerte con otros gallos en cualquier momento y en cualquier lugar.
El amo creía conveniente entrenar el doble de las aves que pensaba hacer pelear en una temporada. -Algunos gallos nunca adquieren un estado óptimo, no se alimentan o no trabajan como otros -le explicó el tío Mingo-, y entonces elegimos otros-. El amo Lea empezaba a llegar más temprano que antes para trabajar con el tío Mingo, estudiaba los sesenta gallos, uno por uno, durante varias horas al día. George escuchaba trozos de conversación, y se enteró que iban a dejar de lado a las aves que tuvieran heridas en la cabeza o en el cuerpo, y también a aquellas cuyos picos, pescuezos, alas, patas o configuración general no fuera perfecta. El peor pecado era no demostrar agresividad suficiente.
Una mañana llegó el amo con una caja de cartón. George observó que el tío Mingo medía una cantidad de maíz, otra de avena, y las mezclaba con manteca, una botella de cerveza, las claras de doce huevos, un poco de acedera menor, hiedra picada y un poco de regaliz. Se formaba una masa y con ella se hacían tortitas que se ponían a hornear. -Esto les da fuerza -dijo el tío Mingo, enseñando a George a que cortara las tortitas en pedacitos, diera tres puñados por día a cada gallo, y que pusiera un poco de arena en el agua cada vez que echara más.
- ¡Quiero que los ejercites de tal forma que no queden más que músculo y hueso, Mingo! -le oyó decir al amo-. -¡Los voy a ejercitar día y noche, amo!-. Desde el día siguiente, George empezó a correr de un lado para otro sosteniendo un gallo viejo bajo el brazo, que era perseguido por uno de los furiosos gallos jóvenes. Mingo le había dicho que de vez en cuando debía dejar acercarse al gallo joven, para que pudiera saltar y tratar de picotear al furioso gallo viejo, que no dejaba de chillar.
Tomando al agresor, que quedaba sin aliento, el tío Mingo le permitía picotear furiosamente una bolita de manteca sin salar mezclada con hierbas machacadas, del tamaño de una nuez. Luego ponía al extenuado gallo sobre paja blanda, en un canasto hondo, echándole más paja encima, antes de cerrar la tapa. -Ahora va a sudar allí -explicaba. Después de ejercitar al último gallo, George empezaba a sacar a las aves de los canastos. Antes de llevarlas a las jaulas, el tío Mingo les pasaba la lengua sobre la cabeza y los ojos, explicándole a George: -Así se acostumbran, en caso de que tenga que sacarles algún coágulo de sangre del pico después de una riña, para que puedan respirar.
Después de una semana George tenía tantas picaduras y heridas hechas por los espolones en las manos y en los brazos que el tío Mingo gruñó: -¡Te van a confundir con un cuidador de gallos de riña, si no tienes más cuidado!-. Estaban en Navidad, pero excepto por una breve visita que hizo George a los esclavos a la mañana, la celebración pasó inadvertida. Ahora que se acercaba la temporada de las riñas, los instintos de los gallos estaban tan exacerbados que cacareaban y picoteaban furiosamente al aire, agitando las alas. George pensaba la cantidad de veces que había oído a su mamá, a la señorita Malizy, a la hermana Sarah y al tío Pompey quejándose de su suerte. Ellos no soñaban qué vida excitada existía a unos pasos de ellos.
Dos días después de Año Nuevo, George tomó a un gallo por vez mientras el amo Lea y el tío Mingo cortaban al ras las plumas de la cabeza, un poco menos las plumas del pescuezo, las alas y la parte de atrás, mientras daban forma redondeada, en abanico, a las de la cola. George no podía creer cómo el corte acentuaba el cuerpo delgado y compacto de los gallos, el pescuezo parecido a una víbora, que hacía resaltar la cabeza grande, de pico fuerte y ojos brillantes. A algunas aves tuvieron que podarles un poco la parte inferior del pico, también. Por último les limpiaron los espolones.
Con la primera luz del día, Mingo y George empezaron a guardar a las doce aves finalmente seleccionadas en jaulas cuadradas, especiales para viaje, hechas de tiras de

nogal americano. El tío Mingo dio a cada ave un pedazo de manteca mezclada con caramelo de azúcar marrón pulverizado. Luego llegó el amo Lea en la carreta, trayendo un cargamento de manzanas rojas. Después que George y Mingo cargaron las doce jaulas, Mingo se subió al asiento junto al amo, y la carreta empezó a moverse.
Mirando hacia atrás, el tío Mingo dijo, con voz ronca: -¿Vienes o no?
Saltando, George se subió a la carreta por la parte de atrás. ¡Nadie le había dicho que iba a ir! Después de recobrar el aliento, se acomodó, sentándose en cuclillas. Los chirridos de la carreta se mezclaban con los cacareos y picotazos de las aves. Sentía mucha gratitud y respeto por el tío Mingo y el amo Lea. Volvió a pensar (siempre con gran perplejidad) en lo que le había dicho su mami, que el amo era su papá, o que su papá era el amo, fuera como fuese.
Más adelante en el camino, George empezó a ver otras carretas, carros, carruajes y cabriolés, jinetes y blancos pobres a pie, tanto en el camino como emergiendo de senderos laterales. Los que caminaban llevaban bolsas que George sabía que contenían gallos. Se preguntó si el amo Lea alguna vez había ido a pie a las riñas con su primer gallo, que, según decían, había ganado en la lotería. George vio que la mayoría de los vehículos llevaban uno o más hombres blancos y esclavos, y, por supuesto, jaulas. Se acordó que el tío Mingo le había dicho: "A los que están en las riñas no les importa el tiempo o la distancia, cuando se trata de una pelea importante". George pensó si alguno de esos blancos pobres llegaría a tener una plantación y una casa grande, como el amo.
Después de alrededor de dos horas, George empezó a oír, a la distancia, el cacareo de muchos gallos. El increíble coro iba creciendo gradualmente a medida que la carreta se acercaba a un bosque espeso de altos pinos. Le llegó el aroma de carne asada. Luego trataron de maniobrar, entre otras carretas, para encontrar un lugar donde estacionar. Alrededor había caballos y mulas atados a postes, resoplando, pegando patadas, moviendo la cola. Había también muchos hombres que hablaban.
- ¡Tom Lea!
El amo se acababa de parar en la carreta, flexionando las rodillas para aliviarse del viaje. George vio que el grito provenía de varios blancos pobres que estaban parados cerca, pasándose una botella. Le gustó que reconocieran a su amo al instante. El amo saludó con la mano a los hombres, saltó al suelo y pronto se unió a la multitud. Había cientos de blancos (desde niñitos, pegados a los pantalones de sus padres, hasta viejos arrugados) reunidos en grupos que conversaban. Mirando a todas partes, George vio que casi todos los esclavos se quedaban en los carros, al parecer ocupados con sus aves, y los cientos de gallos parecían estar llevando a cabo una competencia de cacareos. George vio colchones bajo varios vehículos y supuso que sus dueños habrían llegado de lejos, y tendrían que quedarse a pasar la noche. Por todas partes se olía el aroma fuerte del whisky de maíz.
- ¡Deja de abrir la boca, muchacho! ¡Tenemos que poner en forma a estas aves! -dijo el tío Mingo, que acababa de estacionar la carreta. Escondiendo su excitación como podía, George empezó a abrir las jaulas y a pasarle, una a una, las enfurecidas aves al tío Mingo, que las tomaba con sus negras manos deformes, y procedía a masajearles las patas y las alas. Cuando recibió el último gallo, el tío Mingo dijo-: Toma una media docena de manzanas y pícalas finas. Es lo mejor que pueden comer antes de pelear-. Cuando el viejo lo vio mirar embobado a la multitud, se acordó de su primera riña, hacía tanto tiempo que prefería olvidarlo. -¡Vamos! -rugió-, baja y corre un poco, si quieres, pero vuelve antes de que empecemos, ¿me oyes?
Para cuando su "sí, señor" llegó a Mingo, ya George había desaparecido. Deslizándose entre la multitud que avanzaba a empujones, sin dejar de beber, fue de un lado a otro, sintiendo la alfombra de agujas de pino bajo los pies descalzos. Pasó junto a docenas de

jaulas con gallos cuyo plumaje iba del blanco albo al negro retinto, con toda clase de combinaciones entre los dos extremos.
George se detuvo de repente cuando lo vio. Era un círculo grande, más bajo, como de dos pies de profundidad, con los lados acolchados. El piso era de arcilla arenosa, apisonada, y en el centro exacto tenía un circulito, y dos líneas rectas equidistantes a cada lado. ¡El reñidero! Al levantar la vista, vio a hombres ruidosos sentándose en una elevación natural del terreno, muchos de ellos pasándose una botella. Luego casi saltó al oír un rugido, proveniente de un oficial, de cara colorada: -¡Caballeros, empecemos la riña!
George regresó a la carreta con la rapidez de una liebre, llegando apenas un instante antes que el amo. Luego éste y el tío Mingo caminaron alrededor de la carreta hablando en voz baja mientras miraban a las aves en sus jaulas. Parado sobre el asiento delantero de la carreta, George alcanzaba a ver el reñidero por sobre las cabezas de los hombres. Había cuatro hombres hablando en un grupo y dos que se acercaban a ellos, cada uno con un ave bajo el brazo. De repente se oyeron los gritos de la multitud: "¡Diez al colorado!"... "¡Aceptado!"... "¡Veinte al azul!"... "¡Tomo cinco!"... "¡Hay cinco más!"... "¡Cubierta la apuesta!". Los gritos aumentaban en número y volumen. George vio que pesaban las dos aves y luego sus dueños les ponían algo. George se dio cuenta de que debían ser las púas de acero, con puntas afiladas como agujas. Se acordó que el tío Mingo le había dicho que no podía haber riña si uno de los gallos era dos onzas más liviano o pesado que el otro.
- ¡Tomen del pico a los gallos!- gritó alguien en el borde del reñidero. Entonces rápidamente él y otros dos hombres se pusieron en cuclillas fuera de la pista, mientras los dos propietarios lo hacían dentro de ella, tomando a sus gallos del pico, lo suficientemente cerca el uno del otro para que se picotearan por un instante.
- ¡Alistarse!-. Retrocediendo hasta las marcas respectivas de iniciación, los propietarios sostuvieron a sus aves, que se estiraban para atacarse.
-¡Soltarlos!
Con rapidez vertiginosa, las aves se abalanzaron con tanto ímpetu que rebotaron hacia atrás, pero recobrándose al instante, se elevaron por el aire, moviendo sus púas. Cayeron sobre el suelo del reñidero, y volvieron a elevarse al instante en un revoloteo de plumas.
- ¡El colorado está herido! -gritó alguien, y George observó sin aliento mientras los propietarios tomaban sus aves y las examinaban antes de volver a ponerlas en las marcas de partida. Él gallo colorado, herido y desesperado, saltó más alto que su rival, y de repente una de las patas hundió su púa de acero en el cráneo del gallo azul, que cayo, aleteando convulsivamente antes de morir. En medio de un alboroto de gritos excitados y toda clase de maldiciones, George oyó el anuncio del arbitro, pronunciado en voz alta: -¡El ganador es el gallo del señor Grayson, después de un minuto y diez segundos en la segunda vuelta!
George respiraba con dificultad. Presenció la riña siguiente, que fue más rápida aún, y pronto un airado propietario hizo a un lado el cuerpo sangriento de su ave perdidosa como si fuera un trapo.
-Cuando mueren, son un lío de plumas -dijo el tío Mingo, detrás de George. Había terminado la sexta o séptima riña cuando se oyó el llamado del oficial-: ¡Señor Lea!
El amo fue corriendo de la carreta, llevando un ave bajo el brazo. George se acordó que él había dado de comer a ese gallo, lo había ejercitado, lo había tenido en sus brazos. Estaba mareado de orgullo. El amo y su oponente ya estaban en la gallera, pesando sus aves, poniéndole las púas de acero en medio de un clamor de apuestas.
Al grito de "¡Soltarlos!" las dos aves se chocaron de cabeza; elevandose en el aire, volvieron a caer al piso, picoteándose con furia, amagando, maniobrando sus pescuezos como víboras, buscando una apertura. Volviendo a elevarse, se golpearon con las alas, y luego cayeron: ¡el gallo del amo Lea daba tumbos, claramente herido! Pero a los pocos

segundos, en el siguiente remolino en el aire, el ave del amo hundió, fatalmente, la púa de acero en el cuerpo del otro.
El amo Lea agarró su ave, que seguía cacareando su triunfo, y volvió corriendo a la carreta. George oyó, vagamente, que anunciaban: "¡Ganador, el señor Lea!", mientras el tío Mingo tomaba el ave herida, y con los dedos velozmente buscaba el corte profundo en su cuerpo. Poniendo los labios en la herida, succionó con fuerza para limpiar el corte de la sangre coagulada. Tirando de repente el ave junto a los pies de George, Mingo rugió: - ¡Méala! ¡Justo allí! -George, alelado, se quedó boquiabierto-. ¡Mea! ¡Hace que no se infecte! - George así lo hizo, y el fuerte chorro salpicó al dar con el ave herida y las manos del tío Mingo. Luego este acomodó al ave en medio de la paja en un canasto hondo-. ¡Yo creo que lo salvamos, amo! ¿Cuál es el siguiente? -El amo indicó una jaula-. ¡Saca ese gallo, muchacho! -George casi tropieza por tratar de obedecer en el acto, y el amo Lea corrió de vuelta en dirección a la multitud cuando anunciaron otro ganador. Débilmente, en medio del cacareo y el canto de un centenar de gallos, de hombres que hacían apuestas a los gritos, George podía oír que el ave herida cloqueaba en su canasto, apenas audible. Se sentía triste, regocijado, asustado. Nunca había estado tan excitado en su vida. En esa fresca mañana, acababa de nacer un nuevo entrenador de gallos de riña.

CAPITULO 86

Un domingo a la mañana, George ya se había ido a visitar a los esclavos de la casa cuando llegó el amo Lea a inspeccionar sus aves. Era el momento perfecto. Después de dar una recorrida y de hablar de los gallos un rato, el tío Mingo le dijo, como si recién se le ocurriera: -Amo, usted sabe que todas las temporadas después de elegir las mejores aves, quedan quince o veinte mucho mejores que las de la mayoría. Yo creo que podría ganar mucho dinero si deja que el muchacho se encargue de las riñas menores.
El tío Mingo sabía que el nombre de Tom Lea, a lo largo y a lo ancho del condado de Caswell, simbolizaba el ascenso de un hombre pobre, que había alcanzado eminencia en las riñas después de comenzar en las menores con un solo gallo. Muchas veces había contado con cuánto afecto recordaba sus comienzos, declarando que su placer era entonces igual al que experimentara después, al competir en los eventos principales. La única diferencia, solía decir el amo Lea, era que los eventos importantes contaban con mejor clase de gente y de aves, además de que las apuestas eran mucho mayores. Se podía ver a hombres que ganaban -y perdían- fortunas en una sola riña. Las riñas menores eran para los que tenían una o dos aves, por lo general, de segunda o tercera categoría: los blancos pobres, los negros libres, o esclavos que podían permitirse el lujo de apostar entre veinticinco centavos y un dólar. Cuando alguien apostaba veinte dólares, apostaba todo lo que tenía en este mundo.
-¿Por qué piensas que es capaz de desempeñarse con las aves en el reñidero? -preguntó el amo Lea.
El tío Mingo sintió alivio al ver que su propuesta no era objetada. -Bueno, señor, usted sabe que ese muchacho observa todos los detalles de las riñas. No se ha perdido detalle de ninguna pelea en estos últimos seis años, amo. Además, su habilidad con las aves en natural, como si hubiera nacido con ella, así que creo que sólo basta enseñarle muy poco. Aunque perdiera, sólo sería con aves que de cualquier manera usted no haría reñir, excepto en los alrededores.

-Bueno -murmuró el amo, frotándose la barbilla-. No veo ningun inconveniente. ¿Por qué no le enseñas algo este verano? Si promete, la próxima temporada lo haremos bajar al reñidero.
- ¡Con mucho gusto, señor! -El tío Mingo estaba alborozado, pues desde hacía varios meses, protegidos por los árboles, él y George habían estado haciendo reñir a los gallos inferiores, cubriéndo los espolones con un forro de cuero liviano inventado por el Tio Mingo. Como era un hombre muy cauto, el viejo no se había atrevido a hablar con el amo antes de asegurarse que su aprendíz tuviera potencial para poder convertirse en un buen gallero. Luego, con bastante experiencia, George podía algún día llegar a ser tan experto como el amo Lea en el reñidero. Como tío Mingo decía, aun las aves inferiores del amo, eran superiores a las que llevaban a reñir en las peleas menores, que tenían lugar todas las temporadas, en lugares que se improvisaban a tales efectos en varias partes del Condado. Al tío Mingo le parecía que era prácticamente imposible que George llegara a perder.
-Bueno, muchacho, ¿te vas a quedar parado con la boca abierta? -preguntó el tío Mingo después de darle la noticia esa tarde.
-No sé qué decir.
-Nunca pensé que vería el día en que te quedaras sin tener qué decir.
-Es que... no sé cómo agradecerle.
-Con esa sonrisa ya no es necesario. Pongámonos a trabajar.
Ese verano, todos los días, él y tío Mingo pasaban por lo menos una hora, al final de la tarde, en cuclillas frente a frente, en un reñidero que habían hecho, más pequeño de diámetro y menos profundo que el reglamentario, pero suficiente para el entrenamiento. Después de varias semanas, el amo vino a observar una de las sesiones. Se quedó impresionado con la agilidad y los reflejos rápidos de George, y le dio instrucciones propias.
-Quieres que tu gallo sea el primero en saltar. Mírame... -Tomando el ave de Mingo, dijo-: Bueno, el arbitro ya ha dado la señal de "¡Listos!" Estás en cuclillas, sosteniendo el ave, pero no la mires. ¡No saques los ojos de los labios del arbitro! ¡Debes estar preparado para el instante en que da la orden de soltar los gallos! Eso sucede cuando aprieta los labios... -El amo Lea apretó los suyos-. ¡Justo en ese segundo levanta las manos, y vas a oír la orden justo cuando tu gallo sale disparado primero!
Algunas tardes, después de la sesión de entrenamiento, y cuando ya habían guardado en sus jaulas a las aves, el tío Mingo se sentaba y le empezaba a hablar del dinero y la gloria que podían ganarse en las riñas menores. -Igual que los blancos pobres alientan al amo para que gane, he visto gritar por negros en las riñas menores. ¡Y se pueden ganar diez, doce y hasta más dólares en una riña, muchacho!
- ¡Yo nunca he tenido un dólar, tío Mingo! ¡Ni sé cómo es!
-Yo tampoco he tenido muchos. En realidad, no me servirían para nada. Pero el amo me dijo que te va a dar un poco de dinero para que apuestes, y si ganas, a lo mejor te da algo para ti...
-¿Te parece?
-Supongo, porque sé que le gustó esa idea de fortalecerles las alas, que le hizo ganar dinero. Si te da algo, ¿vas a tener el sentido de guardarlo?
- ¡Por supuesto que lo guardaría!
-He oído que algunos negros han ganado en las riñas para poder comprar su libertad.
- ¡Compraría la mía y la de mi madre!
Inmediatamente el tío Mingo se levantó del tronco en el que estaba sentado; los celos que había sentido no eran inesperados, pero eran tan hondos que no encontró respuesta. Luego se oyó decir con brusquedad: -¡Bueno, supongo que nada es imposible! -Sentía que el

afecto que prodigaba al muchacho no le era devuelto. Por eso se dirigió rápidamente a su choza, dejando solo a George, que lo siguió con la vista, intrigado.

En una riña importante, con el amo Lea, a principios de la temporada de 1824, el tío Mingo se enteró por un viejo entrenador que conocía desde hacía años, que ese sábado habría una riña menor detrás del granero de una plantación de la vecindad. -Me parece que está listo, amo -dijo Mingo a Lea, más tarde. El sábado a la mañana, como había prometido, el amo Lea contó veinte dólares en billetes pequeños y en monedas y se los dio al tío Mingo-. Bueno, ya conocen mi táctica -dijo a los dos-. ¡No hagan reñir a un gallo si temen apostar dinero por él! ¡Si no apuestan nada, nunca ganarán nada! Estoy dispuesto a perder lo que pierdan, pero yo soy el que pone el dinero, y son mis aves las que pelean, así que quiero la mitad de las ganancias, ¿entienden? Y si llego a sospechar que hacen manejos sucios con mi dinero, ¡los desuello a los dos! -Los dos se dieron cuenta de que se hacía el malo. Los dos contestaron-: ¡Sí, señor amo!

Al dar vuelta la esquina del enorme granero pintado de gris, tratando de no demostrar lo excitado que estaba, George vio a unos veinte galleros yendo de un lugar a otro, riendo y conversando al lado de un reñidero ancho y poco profundo. Reconoció a muchos, pues los había visto en las grandes riñas, con sus amos, así que los saludó y sonrió mientras recibía sus saludos. Intercambió inclinaciones de cabeza con otros cuyos coloridos atavíos y aires desenvueltos le hicieron suponer que debían ser libertos. Mirando de reojo a un grupo de blancos pobres, sentados en el otro lado del reñidero, vio con sorpresa que también conocía a algunos, y, lleno de orgullo, oyó que uno decía a otro: -Esos dos son los negros de Tom Lea-. Todos pronto empezaron a desatar las bolsas llenas de heno, sacando sus aves que no dejaban de cloquear. El tío Mingo dio la vuelta al reñidero y dijo algo al arbitro, un hombre gordo, de cara rubicunda, que asintió, mirando a George.

El muchacho estaba masajeando un gallo cuando volvió Mingo y empezó a hacer lo mismo con el otro gallo que habían llevado, George se sentía inquieto, pues nunca había estado físicamente tan cerca de blancos pobres, que por lo general no hacían más que causar problemas a los negros, pero se acordó de que el tío Mingo le había dicho durante el viaje que en lo único que se llevaban bien los negros y los blancos pobres era en las riñas menores. La regla era que los blancos hacían reñir sus aves entre sí, y los negros de igual manera, pero cualquiera podía apostar como se le antojaba.

Una vez masajeado el gallo, que había recobrado su flexibilidad, lo volvieron a guardar en la bolsa. George siguió observando el alboroto a su alrededor, y vio que seguían llegando galleros con sus bolsas cuando ya el arbitro levantaba las manos.

- ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Empecemos ya! ¡Jim Cárter! ¡Ben Spence! ¡Vengan ya!

Dos blancos delgados y mal vestidos se adelantaron, pesaron sus aves, les pusieron las púas en medio de apuestas esporádicas de veinticinco y cincuenta centavos. A George le pareció que los dos gallos no eran más que mediocres comparados con los dos que tenían él y Mingo en sus bolsas.

Al grito de "¡Soltarlos!" los gallos acometieron, se elevaron por el aire y volvieron a caer, revoloteando, riñendo de una manera convencional, pensó George, sin el dramatismo que caracterizaba a las riñas importantes. Cuando finalmente una de las aves le clavó una púa a la otra, hiriéndola en el pescuezo, le llevó varios minutos matar a su rival, cuando un gallo de clase lo hubiera hecho en segundos. Vio al dueño que perdió retirándose con amargura, maldiciendo su mala suerte, mientras arrastraba de las patas al ave muerta. En la segunda y tercera riñas ni el gallo que perdió ni el que ganó demostraron el estilo ni la viveza que George estaba acostumbrado a ver. Así disminuyó su nerviosismo. Ya para la cuarta riña aguardaba con impaciencia y decisión que le llegara el turno. Pero cuando llegó el momento sintió que se le aceleraban los latidos del corazón.

- ¡Bueno, bueno! Ahora el negro del señor Roames, con un gallo gris a pintas, y el negro del señor Lea con uno colorado. ¡Vamos, muchachos! -George había reconocido a su fornido oponente al llegar. Habían hablado varias veces en las riñas importantes. Sintiendo los ojos del tío Mingo clavados en él, George pesó al gallo, luego se arrodilló, desabotonando el bolsillo superior del jardinero, donde guardaba las púas bien envueltas. Sujetándoselas a las patas del aves, recordó la advertencia de Mingo: "No demasiado flojas, porque se pueden caer, pero tampoco muy ajustadas, porque pueden acalambrarles las patas". Deseando conseguir el punto justo, George oyó gritos a su alrededor: -¡Cincuenta centavos al colorado!... ¡Cubierto!... ¡Un dólar al gris!... ¡Venga!... ¡Cuatro dólares al colorado! -Era el tío Mingo, con la apuesta mayor. Varios la cubrieron. George sentía la excitación de la multitud, que aumentaba con la suya-. ¡Prepararse!

George se arrodilló, sosteniendo a su gallo con firmeza sobre el piso, sintiendo cómo le vibraba de ansiedad el cuerpo, listo para atacar.

- ¡Soltarlos!

¡Se había olvidado de observar los labios del arbitro! Para cuando abrió las manos, ya el otro gallo estaba en movimiento. Retrocediendo, siempre de rodillas, George vio, horrorizado, que su ave recibía una herida y perdía el equilibrio, luego su rival le clavó la púa con tanta rapidez y fuerza que hacía eses. Se recobró de inmediato, sin embargo, y devolvió el ataque a medida que parte de su plumaje empezaba a teñirse de sangre. Las dos aves se elevaron, la suya Voló más alto, pero no logró hundir la púa al caer. Volvieron a elevarse, casi al mismo nivel esta vez, mientras movían las púas con tanta velocidad que nadie podía ver bien. El corazón de George dejó de latir por segundos mientras las aves se picoteaban, embestían y saltaban por todo el reñidero. Sabía que su gallo debía estar débil por la sangre que perdía, aunque no dejaba de devolver las embestidas que le hacía e[gris. Luego, de repente, todo terminó, y el ave de George quedó acostada, debatiéndose en su agonía. Apenas si oyó los gritos y las maldiciones de los apostadores mientras arrastraba al ave muerta del reñidero. Con lágrimas en los ojos, se abrió paso a los empujones en medio de la multitud que lo miraba sorprendida. El tío Mingo lo tomó de un brazo y lo llevó a un lugar donde nadie podía oírlos.

- ¡Te estás portando como un imbécil! -le dijo roncamente-. ¡Ve a sacar el otro gallo para la próxima pelea!

-No sirvo, tío Mingo. ¡Hice que mataran el ave del amo!

Mingo parecía incrédulo. -Cuando dos aves riñen, una tiene que perder. ¿Nunca has visto perder al amo? ¡Vamos, rápido!-. Pero ni las amenazas ni las instigaciones bastaban para conmoverlo, y por fin dejó de insistir. -¡Está bien, voy a ir a decirle al amo que tuvimos miedo de tratar de recuperar el dinero perdido!

Enojado, el tío Mingo se volvió hacia la multitud amontonada alrededor del reñidero. George. humillado, se sorprendió, agradecido, que los demás galleros no notaran su actitud. Todos estaban ocupados con la próxima riña. Pasaron otras dos antes que el arbitro volviera a gritar: -¡El negro de Tom Lea!-. Cubierto de vergüenza, oyó que Mingo apostaba diez dólares, y cubrían la apuesta, antes que el viejo tuviera tiempo de poner en el reñidero el segundo gallo. Mató a su rival en menos de dos minutos.

Los esfuerzos del tío Mingo por consolar a George mientras regresaban a la plantación no sirvieron de nada. -Ganamos dos dólares, ¿por qué estás así?

-Estoy avergonzado por haber perdido, y supongo que el amo no va a querer que le haga matar más aves...

Mingo estaba trastornado porque el muchacho parecía decidido a aceptar la derrota casi antes de empezar. Después de tres días, durante los cuales George anduvo abatido, como si quisiera que se abriera la tierra y lo tragara, habló al amo Lea del asunto. -¿Por qué no habla con el muchacho, amo? ¡Él cree que es una deshonra perder una riña!-. Cuando el

amo fue a visitar los gallos la próxima vez, abordó a George. -¿Qué es esto que andan diciendo que no puedes perder ni una vez?
- ¡Amo, es que me siento tan mal por ese gallo que le mataron!
-Bueno, tengo veinte más que quiero que hagas reñir.
-Sí señor. -A pesar de la confianza que le daba el amo, seguía indiferente.
Pero cuando ganó con las dos aves en la siguiente riña, empezó a henchirse y a alardear como uno de los gallos triunfadores. Después de recoger orgullosamente las ganancias, el tío Mingo lo llevó en un aparte y le dijo: -¡Si dejas que el triunfo se te suba a la cabeza, volverás a perder!
- ¡Déjame sostener el dinero, tío Mingo! -dijo George, juntando las dos manos para recibirlo.
Mientras miraba la pila de billetes de un dólar, arrugados, y el montón de monedas, Mingo dijo, riendo: -¡Llévale tú el dinero al amo! ¡A los dos les va a hacer bien!
Camino a casa, George trató por centésima vez de convencer al tío Mingo a que fuera con él a conocer a su madre, la señorita Malizy, la hermana Sarah y el tío Pompey. -El amo no tiene más que seis negros, tío Mingo, así que lo menos que podemos hacer es conocernos. A ellos les gustaría mucho conocerte. Yo les hablo de ti todo el tiempo cuando estoy con ellos, y ellos creen que no los quieres.
- ¡Tú y ellos deberían saber que no puedo no querer a las personas que ni siquiera conozco! -dijo Mingo-. ¡Sigamos como hasta ahora, así yo no tengo que preocuparme por ellos, ni ellos por mí! -Al llegar a la plantación, como siempre, el tío Mingo tomó el sendero más largo, pero que pasaba lejos de las chozas de los esclavos.
Los ojos de Kizzy se abrieron, sorprendidos, al ver los billetes y las monedas en las manos de George. -¡Dios mío, muchacho! ¿De dónde sacaste eso? -dijo, llamando a la hermana Sarah para que viera.
-¿Cuánto tienes, de cualquier manera? -preguntó Sarah.
-No sé, hermana Sarah.
Esta tomó a George de un brazo para que le mostrara las ganancias al tío Pompey.
-Sería mejor que me comprara un gallo -dijo el viejo-. Pero ten cuidado, muchacho, ¡ese dinero es del amo!
- ¡La mitad es mía! -explicó, orgulloso, George-. En realidad, tengo que darle su parte ya.
George fue a la cocina, le mostró el dinero a la señorita Malizy, y luego pidió ver al amo.
Cuando el amo Lea se guardó los nueve dólares de ganancia, lanzó una carcajada. -¡Diablos, me parece que Mingo te está dando los mejores gallos, y me deja a mí el descarte!
George estaba loco de alegría.
En la próxima riña, George ganó con dos gallos con los que ya había ganado en otra oportunidad, y el amo Lea sintió tanta curiosidad por la racha de victorias que llevaba el muchacho que finalmente decidió olvidar su restricción, autoimpuesta, de no asistir a riñas inferiores.
La inesperada llegada del amo suscitó codazos y murmullos entre los concurrentes, tanto blancos como negros. Al ver que hasta el tío Mingo y George parecían nerviosos, el amo Lea empezó a arrepentirse de haber ido. "Luego, dándose cuenta de que él debía tomar la iniciativa, empezó a sonreír y a saludar a los blancos pobres: -¡Hola, Jim! ¿Cómo estás, Pete?-. Ellos sonrieron, sorprendidos de que recordara sus nombres. -¡Qué tal, Dave! -dijo el amo-. ¡Veo que tu mujer te sacó los dientes que te quedaban! ¿O fue el whisky barato?-. Entre carcajadas, casi se olvidaron de la riña rodeando al hombre que había empezado tan pobre como ellos, para luego convertirse en una figura legendaria.
Henchido de orgullo, George se puso el gallo bajo el brazo, y sorprendiendo al tío Mingo y al amo Lea, empezó a caminar alrededor del reñidero: -¡Muy bien! ¡Muy bien! -gritaba, en

voz alta-. ¡Todos los que tengan dinero, a ponerse en fila! ¡No importa las apuestas, si a mí no me alcanza para cubrirlas, mi amo podrá, que es rico!-. Al ver sonreír al amo, George empezó a alzar la voz más aun. -¡Esta es una de sus aves y puede ganarle a cualquiera!
A la hora, después de la segunda victoria, George había ganado veintidós dólares y el amo casi cuarenta. No le gustaba sacar el dinero a hombres tan pobres como él antes, pero sabía que el resto del año podrían mentir, exagerando la cantidad perdida contra Tom Lea.
Todos echaron de menos al engreído George en las cuatro riñas siguientes del condado de Caswell, pero el tío Mingo estaba enfermo, con continuos ataques de tos. Le venían de repente, sin ningún aviso, y luego persistían. George sentía que no debía dejar solo a su viejo maestro, y tampoco tenía ganas de ir solo. Aun cuando Mingo se mejoró algo, todavía no estaba fuerte como para caminar hasta el lugar de la riña, pero exigió a George que fuera solo.
- ¡Ya no eres un bebé! ¡Seguro que irías en seguida si supieras que iba a haber chicas ahí!
Así que George fue solo, llevando en cada mano una abultada bolsa conteniendo un gallo. Al aparecer en el lugar de la riña, uno de los galleros que había echado de menos su pintoresca presencia, exclamó: -¡Miren! ¡Ahí llega el Gallo George!-. Todos se rieron, y él también. Cuanto más pensaba en el asunto durante el viaje de regreso (con las ganancias en el bolsillo) más le gustaba cómo sonaba su nombre. Tenía cierto encanto.
- ¡A qué no saben cómo me dicen ahora! -dijo no bien llegó a la choza de su madre.
-No, ¿cómo?
-¡El Gallito George! ¡El Gallo George!
- ¡Jesús! -exclamó la hermana Sarah.
A Kizzy el amor y el orgullo se le salían por los ojos. -Bueno -dijo- es una buena manera de describirte.
El sobrenombre divirtió al amo Lea cuando se enteró por medio del tío Mingo, que agregó, torcidamente: -Me extraña que no lo llamen "El nenito George" por la forma en que llora cada vez que le matan un ave. ¡No importa que gane siempre, es lo mismo! Si le matan un gallo, lo abraza y se lamenta como si fuera su propio hijo. ¿Ha visto alguna vez algo igual, amo?
El amo Lea rió. -Bueno, muchas veces he tenido ganas de llorar cuando le entierran una púa a mi gallo. Pero no, creo que es único. Quiere mucho a las aves.
No mucho después, en la riña principal del año, el amo regresaba en la carreta, llevando su ave, que terminaba de ganar la última riña, cuando oyó que alguien gritaba: -;Oh. señor Lea!-. Volviéndose, se sorprendió al ver que se trataba del aristocrático George Jewett que se dirigía hacia él, sonriendo.
El amo Lea aparentó no estar sorprendido. -¿Sí, señor Jewett?
Se estrecharon la mano. -Señor Lea, voy a ser muy franco, como un caballero y gallero a otro. Acabo de perder a mi entrenador. Los patrulleros lo detuvieron una noche, y no tenía pase. Desgraciadamente, intentó huir y lo hirieron. No creo que se salve.
-Lo siento... quiero decir, por usted, no por el negro. -El amo Lea se maldijo por la confusión, adivinando lo que venía. El aristócrata quería a Mingo.
-Por supuesto -dijo Jewett-. Así que necesito un entrenador, temporariamente, alguien que sepa algo del oficio... -Hizo una pausa-. He visto en las riñas que usted tiene dos. No soñaría con pedirle el más viejo y experimentado, pero me pregunto si usted no estaría dispuesto a aceptar una oferta por el más joven, ese que anda noviando con una de las muchachas de mi plantación, según me cuentan mis negros...
El amo Lea sintió sorpresa mezclada con furia ante la evidencia de la traición del Gallito George. Parecía ahogado-. ¡Ya veo!

El amo Jewett volvió a sonreír, pues sabía que había dado en el clavo. -Permítame asegurarle que no quiero que discutamos por asuntos de dinero. -Hizo una pausa-. ¿Le parece bien tres mil dólares?
El amo Lea se quedó alelado, sin saber si había oído bien. -Lo siento, señor Jewett- se oyó decir. Tenía el placer de decir que no a un aristócrata rico.
-Está bien -dijo Jewett, seco-, ¡Mi oferta final: cuatro mil!
-No vendo a mis entrenadores, señor Jewett.
El rostro del rico gallero mostró su desconsuelo. Con extrema frialdad, dijo: -Ya entiendo. ¡Por supuesto! ¡Tenga usted muy buenos días!
-Igualmente, señor -dijo el amo Lea, y se separaron.
El amo regresó a la carreta tan rápidamente como le fue posible, furioso. El tío Mingo y el Gallito George, al ver su expresión, se quedaron inmóviles. Al llegar a la carreta, amenazó a George con el puño y dijo, con la voz temblorosa por la furia: -¡Te voy a romper la cabeza! ¿Qué diablos haces en lo de Jewett? ¿Andas diciendo cómo entrenamos nuestros gallos?
El Gallito George se puso pálido. -¡Yo nunca le he dicho nada al amo Jewett, amo...! -Apenas podía hablar-. Nunca he hablado con él, ¡nunca amo! -Su sorpresa y temor medio convencieron al amo Lea-. ¿Me vas a decir que vas tan lejos nada más que para acostarte con la esclava de Jewett. -Por más inocente que fuera la razón de las visitas, el simple hecho de ir exponía a su aprendiz a la astucia de Jewett, lo que era peligroso.
-Amo, ¡por piedad...!
Se acercaba otra carreta, llena de hombres que saludaban y decían algo. El amo Lea les devolvió los saludos, obligándose a sonreír. Se corrió al extremo del asiento, y dijo con rabia al tío Mingo, que estaba aterrorizado: -¡Conduce, maldito seas! -La tensión existente se podía cortar con un cuchillo. Duró todo el viaje de regreso, y siguió todo el resto del día. Esa noche, George no pudo dormir, pensando en el castigo futuro.
Pero no hubo ningún castigo. Unos días después el amo dijo al tío Mingo, como si no hubiera pasado nada: -La semana que viene voy a una riña al estado de Virginia. Como el viaje es largo, y no le va a hacer bien a tu tos, me llevaré al muchacho solamente.
-Sí, señor amo.
El tío Mingo sabía muy bien que ese día iba a llegar: por eso el amo había entrenado al muchacho, para que ocupara su lugar. Pero no se había imaginado que llegaría tan pronto.

CAPITULO 87

-¿En qué piensas tanto, muchacho?
Después de más de una hora de compartir el asiento de la carreta y de observar las nubes aborregadas de la cálida mañana de febrero, el camino polvoriento delante de ellos, o el monótono flexionar de los músculos de las ancas de las mulas, la pregunta repentina del amo Lea sorprendió al Gallito George.
-En nada -contestó-. No pensaba en nada, amo.
- ¡Es algo que no entiendo acerca de ustedes los negros!-. El tono del amo Lea era cortante-. Cuando uno trata de tener una conversación decente, responden como estúpidos. Eso me pone furioso, especialmente si se trata de un negro como tú, que cuando quiere habla sin parar. ¿No crees que los blancos te respetaríamos más si actuaras como una persona inteligente?

La mente adormecida del Gallito George empezaba a ponerse alerta. -Algunos sí, otros no -dijo cuidadosamente-. Todo depende.
-Ya estoy acostumbrado a esa forma de hablar, en que no se dice nada. ¿De qué depende?
Cuidándose hasta tener una idea mejor de la intención del amo, el Gallito George siguió hablando sin decir nada. -Bueno, señor, depende del blanco con el que se esté hablando, amo, o así me parece a mí.
El amo Lea escupió, disgustado. -¡Por más que uno dé de comer a un negro, lo vista, le dé un techo, le dé todo lo que necesita en el mundo, ese negro nunca le va a dar una respuesta directa!
El Gallito George se atrevió a suponer que el amo simplemente había sentido el impulso de conversar con él, tratando de animar ese viaje aburrido y aparentemente interminable.
Para no irritar más al amo Lea, se animó a decir: -Si quiere saber la verdad, amo, yo creo que la mayoría de los negros suponen que son inteligentes demostrando ser más torpes de lo que son porque tienen miedo a los blancos.
- ¡Miedo! -exclamó el amo Lea-. ¡Los negros son como anguilas, eso es lo que son! ¡Deben tener tanto miedo que no hacen más que planear rebeliones para matarnos a todos cada vez que les damos la espalda! ¡Envenenan la comida de los blancos, hasta matan a los bebés! ¡Hacen todo lo posible contra los blancos, y cada vez que los blancos hacen algo para protegerse, los negros gritan que tienen miedo!
El Gallito George pensó que sería mejor suavizar las cosas. -No veo que nadie en su casa haya hecho algunas de esas cosas, amo -dijo.
- ¡Es que ustedes saben que los mataría! -Un gallo cacareó en su jaula, y los demás cloquearon su respuesta.
George no dijo nada. Pasaban junto a una gran plantación y había un grupo de esclavos apaleando los tallos secos de maíz, antes de preparar el campo para arar.
El amo Lea volvió a hablar. -Me enferma pensar lo difícil que pueden hacerle la vida los negros a un hombre que ha trabajado duro para tener algo.
La carreta siguió su camino en silencio durante un rato, pero el Gallito George sentía que la furia del amo iba en aumento. Finalmente el amo exclamó: -Muchacho, te voy a decir algo. Has vivido en mi casa toda la vida, siempre con la panza llena. No sabes lo que es vivir, siempre medio muerto de hambre, arrebatando la comida, con diez hermanos, tu madre y tu padre todos durmiendo en dos cuartos calientes, que se llovían.
El Gallito George estaba sorprendido de oír esa confesión del amo, que siguió hablando, como si tuviera que sacarse los malos recuerdos de sí: -Muchacho, no me acuerdo haber visto a mi madre sin panza, esperando otro hijo. Y mi padre masticando tabaco, siempre medio borracho, chillando y maldiciendo porque ninguno de nosotros trabajaba como a él le gustaba en sus diez acres llenos de piedras que no valían ni cincuenta centavos, ¡pero él decía que era agricultor! -Mirando al Gallito George, dijo, enojado-. ¿Quieres saber cómo cambió mi vida?
-Sí, señor -dijo George.
-Vino un predicador. Todos corrían, excitados, porque había levantado su tienda. La primera noche todos los que podían caminar, incluso los que había que llevar en andas, fueron a la tienda. Después, la gente decía que nunca se había oído un sermón semejante ni que había habido tantas curas milagrosas en el condado de Caswell. Nunca me voy a olvidar de esos cientos de blancos pobres que saltaban, aullaban, gritaban, testificando. Se abrazaban, quejándose, se sacudían, tenían espasmos. Peor que en cualquier reunión de negros. Pero en medio del bochinche, hubo una cosa que me llegó. -El amo Lea miró al Gallito George-. ¿Sabes algo de la Biblia?
-No.. . bueno, muy poco, señor.

-Pues yo tampoco. Era algo de los Salmos, He marcado el lugar en mi Biblia. Dice: "He sido joven, y ahora soy viejo; pero no he visto a los justos dejados de lado, ni a Su simiente pidiendo pan".
"Después que se fue el predicador, me quedé pensando en esas palabras. Las daba vueltas tratando de pensar qué significaban para mí. Todos en mi familia parecían destinados a pedir pan. No teníamos nada, ni nunca lo íbamos a tener. Por fin pensé que quería decir que si yo era justo, es decir, si trabajaba duro, y vivía lo mejor que podía, entonces no tendría que pedir pan cuando fuera viejo-. El amo miró a George con desafío.
-Sí, señor -dijo el Gallito George, sin saber qué otra cosa decir.
-Fue entonces que me fui de mi casa -dijo el amo Lea-. Tenía once años. Me hice al camino, pidiendo trabajo a todos los que encontraba. Cualquier clase de trabajo, para hacer cualquier cosa, inclusive trabajo propio de negros. Vestía harapos. Comía mendrugos. Ahorré todo lo que ganaba, durante años, hasta que por fin me compré mis primeros veinticinco acres de bosque, y mi primer negro, llamado George. Por eso te puse ese nombre...
El amo parecía aguardar una respuesta. -El tío Pompey me lo dijo -dijo el Gallito George.
-Sí. Pompey vino después, fue mi segundo negro. Escucha lo que te digo, muchacho, yo trabajé al lado de ese negro George, como verdaderos esclavos, sacando troncos y matorrales y rocas hasta plantar la primera cosecha. Fue el Señor el que hizo que comprara un billete de lotería de veinticinco centavos, y gané mi primer gallo de riña. ¡El mejor que he tenido! Lo herían, pero lo remendaba y seguía peleando y ganando. Ganó más peleas inferiores que ningún otro gallo que conozco.
Hizo una pausa. -No sé por qué estoy contando todas estas cosas a un negro. Supongo que a veces hay que hablar con alguien.
Volvió a hacer una pausa. -No se puede hablar con la mujer de uno, tampoco. Una vez que una mujer consigue un marido que la cuide, se pasa el resto de la vida enfermándose, descansando o quejándose de algo, rodeada de negros que la atiendan. O se pasan la vida empolvándose, hasta que parecen fantasmas...
El Gallito George no podía creer lo que oía. Pero el amo no podía detenerse. -O si no está la otra clase, como mi familia. Muchas veces me he preguntado por qué ninguno de mis nueve hermanos o hermanas lucharon por escapar de esa clase de vida, como yo. Siguen muriéndose de hambre, igual que el día que me fui, sólo que ahora tienen su propia familia.
El Gallito George decidió que era mejor no decir nada, ni si quiera "sí, señor", como comentario al relato del amo acerca de su familia. A algunos de ellos George los había visto brevemente conversando con el amo en las riñas o en la ciudad. Sus hermanos eran pobrísimos, de la clase que no solamente los ricos, sino también los negros, despreciaban. Se había fijado que el amo se avergonzaba de estar con ellos. Los había oído quejarse continuamente de los tiempos difíciles, los había oído pidiendo dinero, y había visto el odio en la mirada cuando el amo les daba cincuenta centavos o un dólar que él sabía que iban a gastar en alcohol ordinario. El Gallito George pensó cuántas veces le había oído contar a la señorita Malizy que cuando el amo invitaba a algún miembro de su familia a comer, comían y bebían hasta hartarse; cuando él no los oía, no hacían más que despreciarlo, como si fuera un perro.
- ¡Cualquiera de ellos podría haber hecho lo mismo que yo! -exclamó el amo Lea a su lado-. Pero no se atrevieron, ¡así que al diablo con ellos! -Volvió a callarse, pero no por mucho rato.
-De una manera u otra, las cosas me van bastante bien ahora: tengo un techo decente, cien aves y ochenta y cinco acres, más de la mitad cultivables, el caballo, las mulas, vacas y cerdos. Y los tengo a ustedes, negros holgazanes.

-Sí, señor -dijo el Gallito George, pensando que sería razonablemente seguro expresar otro punto de vista-. Pero nosotros los negros trabajamos mucho para usted, amo. Desde que los conozco, mi mamá y la señorita Malizy y la hermana Sarah y el tío Pompey y el tío Mingo. ¿No trabajan todo lo que pueden? -Antes que el amo pudiera contestar, agregó algo que la hermana Sarah había mencionado la última vez que fue a visitarlos-. En realidad, amo, sacando a mi mamá, todos tienen más de cincuenta años... -Se interrumpió, porque no iba a agregar lo que había dicho la hermana Sarah: que el amo era demasiado tacaño para comprar esclavos más jóvenes, y que al parecer esperaba que siguieran trabajando hasta caerse muertos.
- ¡Me parece que no has estado prestando atención a todo lo que he estado diciendo, muchacho! ¡Ni siquiera un negro ha trabajado tanto como yo! ¡Así que no me vengas a mí con la historia de que los negros trabajan mucho!
-Sí, señor.
-Sí, señor ¿qué?
-Sí, señor. Usted sí que ha trabajado mucho.
- ¡Así es! ¡Te parece fácil ser responsable por todo y por todos en mi casa? ¿Te parece fácil mantener toda esa cantidad de aves?
-No, señor, sé muy bien que eso es muy duro para usted, amo.-
George pensó en el tío Mingo, que había cuidado a esas aves todos los días, desde hacía treinta años, y él ya hacía siete que lo ayudaba. Luego, como para destacar las décadas de servicio de Mingo, preguntó, inocentemente-: Amo, ¿tiene idea de cuántos años tiene Mingo?
El amo Lea hizo una pausa, frotándose la barbilla. -Diablos, realmente no lo sé. Veamos, una vez saqué la cuenta de que era quince años mayor que yo, así que debe tener sesenta y tantos. Y se hace viejo día a día. Cada año está más enfermo. ¿Qué te parece a ti? Tú vives con él.
El Gallito George pensó en los últimos ataques de tos del tío Mingo, los peores que había tenido. Se acordó de que la señorita Malizy y la hermana Sarah decían que cada vez que estaban enfermos, el amo pensaba que era una manera de estar sin trabajar, y por eso dijo: -Bueno, amo, la mayor parte del tiempo se siente bien, pero cuando le da el ataque de tos se siente realmente muy mal, y yo me asusto, porque ha sido una especie de padre para mí.
Demasiado tarde. Se dio cuenta de que sus palabras habían producido en el amo una reacción hostil. Un pozo en el camino hizo que las aves enjauladas volvieran a cloquear, y durante un rato el carro siguió andando en silencio. Luego el amo dijo: -¿Qué ha hecho por ti Mingo? ¿Fue él quien te sacó del campo y te puso una choza solo?
-No, señor, usted hizo eso, amo.
Siguieron andando en silencio un rato. Luego el amo decidió volver a hablar. -Nunca pensé en eso que me dijiste hace un rato, pero es verdad que tengo un montón de negros viejos. ¡Muchos van a empezar a fallarme pronto, malditos sean! ¡Voy a tener que comprar uno o dos para que trabajen en el campo, a pesar de lo que cuestan! -Se volvió hacia él-. ¿Ves de lo que tengo que ocuparme todo el tiempo?
-Sí, señor amo.
- ¡Sí, señor amo! ¡Esa es la respuesta eterna de los negros, para todo!
-Usted no querría que un negro no estuviera de acuerdo con usted, señor.
-Bueno, ¿no puedes hallar otra cosa que decir, excepto "sí, señor amo"?
-No, señor, quiero decir, bueno, señor, si tiene dinero para comprar negros... Esta temporada ganó mucho en las riñas. -El Gallito George quería llevar la conversación a un tema menos peligroso-. Amo -preguntó con candidez-, ¿hay galleros que no tienen granjas? Quiero decir, ¿que se dedican solamente a la cría de gallos?

-Hmm. Yo no conozco a ninguno, a menos que se trate de esos embaucadores de las ciudades, pero no tienen bastantes aves como para considerarlos galleros. -Pensó un momento-. En realidad, animas más aves, más grande es la plantación, como la del señor Jewett, que has estado visitando.
El Gallito George se hubiera pellizcado por darle esa oportunidad al amo, y se apuró a decir: -Ya no voy más, amo.
Después de una pausa, el amo Lea dijo: -¿Encontraste a otra muchacha?
El Gallito George vaciló antes de responder. -No voy lejos ahora, amo-. De esa manera no tuvo que mentir demasiado.
El amo Lea se burló. -¿Un muchacho de veinte años, fornido, como tú? ¡Muchacho, no me vengas con el cuento de que no sales a las noches en busca de algún culito caliente! Diablos, podría alquilarte como padrillo. ¡Apuesto a que eso te gustaría! -El amo Lea sonrió con lascivia-. Un amigo mío me ha dicho que esas negras son apasionadas, ¿es verdad, muchacho?
El Gallito George pensó en el amo con su madre. Hirviendo por dentro, dijo despacio, casi con frialdad: -A lo mejor son así, amo... -Luego, a la defensiva-: No conozco a tantas.
-Bueno, está bien, no quieres confesar que te has estado escabullendo de mi casa a la noche, pero sé que es natural, y sé donde vas y con qué frecuencia. No quiero que los patrulleros te maten como a ese negro del señor Jewett, así que te diré lo que voy a hacer, muchacho. Cuando volvamos, te voy a escribir un pase para que salgas todas las noches, si tienes ganas, ¡Nunca pensé que haría eso por un negro!
El amo Lea parecía casi turbado, luego frunció el ceño, como para disimular. -Pero te diré una cosa. La primera vez que te portes mal, que no regreses para el amanecer, o que estés demasiado cansado para trabajar, o que yo descubra que has vuelto a lo de Jewett, o hagas cualquier cosa que no debas hacer, rompo ese pase para siempre, y a ti también te rompo, ¿entiendes?
El Gallito George no podía creerlo. -¡Amo, se lo agradezco mucho! ¡De verdad!
Generosamente, el amo Lea interrumpió el agradecimiento con un movimiento de la mano. -Está bien, como ves, no soy tan malo como dicen ustedes los negros. Puedes decirles que sé tratar a un negro cuando quiero.
Volvió a sonreír lascivamente. -Está bien, cuéntame de las negras, muchacho. ¿Cuántas montas por noche?
El Gallito George se debatía en su asiento. -Señor, como le dije, no conozco a muchas...
El amo no pareció oírlo, y siguió: -Me han dicho que hay muchos blancos que se acuestan con negras. Tú sabes que eso sucede, ¿no, muchacho?
-Lo he oído decir, amo -dijo, tratando de no pensar en que estaba hablando con su propio padre. Pero además de lo que sucedía en las chozas de las plantaciones, George sabía que en Burlington, Greensboro y Durham había "casas especiales", de las que sólo se hablaba en voz baja, regenteadas por lo general por negras libres, donde los blancos pagaban entre cincuenta centavos y un dólar por acostarse con mujeres de su elección, cuyo color iba del negro ébano al canela claro.
-Diablos -insistía el amo-, después de todo no te hablo más que a ti solo. Según lo que me cuentan, son negras, es verdad, ¡pero qué mujeres! Especialmente hay algunas que demuestran que tienen tantas ganas como el hombre. Son calientes como cohetes, y nunca se quejan de que están enfermas. -El amo miró inquisitivamente al Gallito George-. Un hombre que conozco me ha dicho que ustedes nunca se cansan de esas mujeres, ¿es verdad?
-Amo, no sé, señor, quiero decir que no sé...
- ¡Vuelves a andarte con vueltas!

-No quiero andarme con vueltas, señor. -El Gallito George hacía lo posible por parecer sincero-. Quiero decirle algo que no le he dicho a nadie, amo. ¿Conoce a ese amo MacGregor, que tiene esos gallos amarillos?
-Por supuesto. Siempre conversamos. ¿Qué tiene él que ver con esto?
-Bueno, usted me ha dado su palabra que me va a dar un pase, así que no tengo por qué mentirle. Bueno, señor, últimamente he estado visitando a esa muchacha del amo MacGregor... -Tenía una expresión de absoluta seriedad.
-Yo quería hablar de esto con alguien, amo. ¡No la entiendo! Se llama Matilda, y trabaja en los sembrados, y también en la casa, cuando la necesitan. Amo, es la primera muchacha que, no importa lo que yo diga o haga, no se deja tocar. ¡No, señor! Dice que yo le gusto, pero que no soporta mi manera de ser, y yo le he dicho que yo tampoco soporto la de ella. Le he dicho que puedo conseguir todas las mujeres que quiera, y ella me dice que vaya y las consiga, y que la deje tranquila.
Él amo Lea lo escuchaba, incrédulo.
-Y otra cosa -siguió diciendo-. Cada vez que la veo no hace mas que citar la Biblia. Ha leído la Biblia porque fue criada por un predicador cuya religión lo obligó a vender a sus negros. ¡Es muy religiosa! Oyó que unos negros libres daban una fiesta nocturna en el bosque, no lejos de aquí, con bebidas y baile. Bueno, esta muchacha, que sólo tiene diecisiete años, se escabulló en la plantación del amo MacGregor y llegó a la fiesta cuando estaba en su apogeo. Dicen que empezó a sermonearlos de tal manera, llamando al Señor para que acudiera a salvar a esos pecadores, antes que se los llevara el demonio, que todos los negros libres se llevaron por delante entre sí para huir, seguidos por el violinista.
El amo Lea no podía dejar de reír. -¡Qué muchacha! ¡Hay que reconocerlo!
-Amo... -el Gallito George vaciló-. Antes de conocerla, yo... me he estado acostando con muchas, como dice usted, pero no es eso solamente lo que me pasa con ella. Un hombre empieza a pensar en saltar la escoba con una buena mujer...
El Gallito George estaba sorprendido de sí mismo. -Es decir, si me aceptara -agregó débilmente. Y luego, más débilmente aún-: Y si usted no lo viera mal.
Siguieron un buen trecho en medio de los crujidos de la carreta , y los cloqueos de los gallos antes de que el amo Lea volviera a hablar.
-¿Sabe el señor MacGregor que le has estado cortejando a esta muchacha?
-Bueno, como ella trabaja en el sembrado, no creo que le haya dicho algo directamente, señor. Pero los negros de la casa grande lo saben, así que a lo mejor alguno se lo contó.
Después de otro silencio, el amo Lea preguntó: -¿Cuántos negros tiene el señor MacGregor?
-Tiene una plantación bastante grande, amo. Por las chozas, yo diría que tiene más de veinte negros, amo. -George estaba confundido por las preguntas.
-Estoy pensando -dijo el amo después de otro silencio-. Desde que naciste, nunca me diste trabajo, en realidad, me has ayudado mucho, así que voy a hacer algo por ti. Te dije recién que necesito negros jóvenes para el campo. Bueno, si esa muchacha es lo suficientemente tonta como para saltar la escoba con un negro sinvergüenza como tú, que no creo que cambie, entonces voy a ir a hablar con el señor MacGregor. Si tiene tantos negros como tú dices, no va a echar demasiado de menos a una muchacha, si es que podemos llegar a un acuerdo en el precio. ¿Cómo se llama la muchacha?
-Tilda, Matilda, amo -dijo George, que no estaba seguro de que entendía bien.
-Entonces, podrías traerla aquí, hacerle una choza...
George trató de hablar, pero no le salió nada. Por fin exclamó:
- ¡Sólo un gran amo puede hacer algo así! El amo Lea gruñó. Hizo un gesto con la mano. -¡Siempre que comprendas que tu obligación es con Mingo!
- ¡Por supuesto, señor!

Haciendo como que fruncía el ceño, el amo Lea lo tocó con el índice. -Después que te enganchen, te quito el pase. ¡Y ojalá que esa Matilda pueda reformarte!
El Gallito George se había quedado sin palabras.

CAPITULO 88

Cuando salió el sol la mañana de la boda del Gallito George, en agosto de 1827, el novio estaba poniendo, desesperado, las bisagras de hierro al batiente de la puerta de roble curado, que tenía su choza de dos cuartos, y que aún estaba sin terminar. Cuando terminó corrió al granero, de donde trajo sobre la cabeza la puerta nueva, hecha por el tío Pompey, que luego la había teñido con el jugo de cascaras de nuez machacadas, y la colocó en su lugar. Luego, mirando con preocupación el sol naciente, se puso a comer la salchicha y el pan que su madre le habia tirado prácticamente la noche anterior, enojada como estaba por sus excusas, dilaciones, interrupciones y excursiones. Él había esperado tanto, y trabajado con tanta lentitud, que ella finalmente había ordenado a todos los demás que dejaran de ayudarlo. Ella misma dejó de ofrecerle ningún tipo de aliento.
El Gallito George luego llenó un barril de cal apagada y agua, revolvió vigorosamente la mezcla y metiendo un gran pincel empezó a blanquear la parte exterior de la madera. Eran las diez cuando se hizo atrás, casi tan blanco como la choza, para inspeccionar el trabajo completado. Tenía mucho tiempo se dijo. Todo lo que tenía que hacer era bañarse y vestirse, luego hacer el viaje de dos horas, en la carreta, hasta la plantación de MacGregor, donde la boda tendría lugar a la una.
Yendo entre la choza y el pozo, llevó tres baldes de agua que echó en la nueva tina galvanizada en la habitación anterior de la choza. Canturreando mientras se limpiaba, se secó rápidamente y luego se cubrió con la toalla de arpillera blanca para correr hasta el dormitorio. Después de ponerse los calzoncillos largos de algodón, se puso la camisa azul de pechera almidonada, calcetines rojos, pantalones amarillos y saco amarillo, con cinturón en la espalda, y por último los zapatos flamantes, color naranja, todo lo cual había comprado con las ganancias de las riñas, una prenda por vez durante los últimos meses, mientras viajaba con el amo por varias ciudades de Carolina del Norte. Caminando con los duros zapatos que no dejaban de crujir, se dirigió a la mesa del dormitorio; se sentó sobre el regalo del tío Mingo, un banco tallado, con asiento de nogal trenzado. El Gallito George sonrió ampliamente al mirarse en el espejo de mango largo que iba a regalar a Matilda. Con ayuda del espejo se arregló la bufanda de lana verde que le había tejido Matilda. Se veía bien, tuvo que reconocer. Sólo faltaba el último detalle. Sacando una caja de cartón de debajo de la cama, le quitó la tapa y con suavidad casi reverente extrajo el sombrero hongo negro que era el regalo de bodas del amo Lea. Dándolo vuelta lentamente con sus dedos duros, admiró la elegante forma con apreciación casi sensual antes de volver al espejo y ponerse el sombrero con la inclinación precisa sobre un ojo.
- ¡Sal de una vez! ¡Hace una hora que estamos sentados en este carro! -gritó su madre por la ventana. Su furia no había disminuido.
-Ya voy, mamá -gritó él. Después de apreciar por última vez su atavío en el espejo, se metió una botella pequeña y chata de aguardiente en el bolsillo interior del saco y salió de su nueva choza como si esperara una salva de aplausos. Iba a sacar a relucir su mejor sonrisa y a ladearse el sombrero cuando vio las miradas furiosas de su madre, la señorita Malizy, la hermana Sarah y el tío Pompey. Estaban sentados, inmóviles, en el carro, con sus atavíos domingueros, echando fuego por los ojos. Sin mirarlos, y silbando con toda la

despreocupación que pudo aparentar, subió al asiento del conductor -con cuidado de no arrugarse- hizo chasquear las riendas sobre el lomo de las dos mulas, y partieron, apenas con una hora de retraso.
Por el camino, el Gallito George tomó varios traguitos de su botella, subrepticiamente, para fortificarse, y la carreta llegó a la plantación de los MacGregor poco después de las dos. Kizzy, la hermana Sarah y la señorita Malizy descendieron en medio de una profusión de disculpas. Matilda, toda vestida de blanco, estaba visiblemente preocupada y molesta. El tío Pompey descargó los canastos con comida, y después de acariciarle la mejilla a Matilda, el Gallito George fue de un lado para otro, fanfarroneando, presentándose a algunos invitados y palmeando a otros, respirando en la cara de todos con su aliento pasado de alcohol. Aparte de los que ya conocían, que vivían en las chozas cercanas a la de Matilda, el resto eran personas que ella había reclutado de las plantaciones vecinas y qué había conseguido permiso para invitar; las conocía de las reuniones religiosas, y quería presentárselas a su prometido. Ahora habían venido. Muchos habían oído hablar de él por otras fuentes, pero la impresión que les causó el Gallito George provocó reacciones que iban desde los susurros hasta el pasmo total. Mientras él alardeaba durante toda la boda, se cuidaba muy bien de acercarse a Kizzy, la hermana Sarah o la señorita Malizy, cuyas miradas heladas se hacían más cortantes con cada comentario que oían acerca de lo que había "pescado" Matilda. El tío Pompey había decidido mezclarse con los otros invitados como si no tuviera idea de quién era el novio.
Por fin, el sacerdote blanco que habían contratado salió de la casa grande, seguido por los amos y las señoras de MacGregor y de Lea. Se detuvieron en el patio. El predicador aferraba la Biblia como si fuera un escudo. La multitud de negros, silenciosa de repente, se agrupó tiesamente a una distancia prudencial. Tal como lo había planeado la señora de Matilda, la boda combinaría parte del servicio cristiano, con el salto de la escoba después. Tomando al novio de una de las mangas amarillas (iba recobrando la sobriedad rápidamente), Matilda se ubicó ante el predicador, quien se aclaró la garganta y procedió a leer algunos pasajes solemnes de la Biblia. Luego preguntó: -Matilda y George, ¿juráis solemnemente aceptaros como marido y mujer para el resto de vuestras vidas?
-Juro -dijo suavemente Matilda.
- ¡Sí, señor! -dijo el Gallito George en voz demasiado alta. Retrocediendo, el predicador hizo una pausa y luego dijo: -¡Os declaro marido y mujer!
Entre los invitados negros, alguien sollozó.
- ¡Ahora puedes besar a la novia!
Tomándola en sus brazos, el Gallito George la estrujó y le dio un sonoro beso. Al oír respiraciones entrecortadas y chasqueos de lengua, a George se le ocurrió que no estaba dando una buena impresión, y mientras se tomaban del brazo y saltaban la escoba, se estrujó el cerebro por encontrar algo que decir que otorgara cierta dignidad a la ocasión, algo que aplacara a su familia y ganara a los amigos religiosos de Matilda. ¡Lo tenía!
- ¡El Señor es mi pastor! -proclamó-. ¡Él me dará lo que yo quiera!
Cuando vio las miradas fijas, gélidas, con que se recibió su anuncio, decidió darse por vencido, y a la primera oportunidad sacó la botella y tomó un buen trago. El resto de las festividades -la recepción- fueron sólo un borrón, y fue el tío Pompey el que tuvo que . conducir el carro de la plantación Lea de regreso, al atardecer. Ceñudas y mortificadas, Kizzy, la señorita Malizy y la hermana Sarah echaban miradas malévolas al espectáculo que se desarrollaba a sus espaldas; el novio roncaba ruidosamente con la cabeza apoyada en la falda de la llorosa novia. Él tenía la bufanda verde torcida y la otra oculta bajo su sombrero hongo negro.
El Gallito George se despertó de repente cuando el carro se detuvo con una sacudida frente a la nueva choza. Dándose cuenta en medio de su mareo que debía pedir disculpas, empezó

a hacerlo, pero oyó los portazos de las tres chozas vecinas. No podían negarle un último gesto de cortesía. Alzando a su novia, abrió la puerta con un pie y se las arregló con dificultad para entrar sin mayor novedad, excepto que tropezó con la tina que aún estaba en el medio del cuarto. Fue la humillación final, que Matilda olvidó y perdonó, un embargo, al ver su regalo de bodas: un reloj de pie, totalmente barnizado con laca, con cuerda para ocho días, que el Gallito George había comprado con sus últimas ganancias, y que había traído en el carro desde Greensboro.

Él estaba sentado en el suelo, donde había caído, con los ojos turbios y los zapatos anaranjados empapados por el agua del baño; Matilda se acercó y lo ayudó a ponerse de pie.

-Ven conmigo ahora, George. Te voy a meter en la cama.

CAPITULO 89

Al amanecer, el Gallito George fue por el sendero hasta los rediles. Luego, como una hora después del desayuno, la señorita Malizy oyó que alguien la llamaba y yendo hasta la puerta de la cocina, se sorprendió al ver a la flamante esposa, a quien saludó e invitó a entrar.

-No, señora, gracias -dijo Matilda-. Quería preguntar por dónde queda el sembrado donde se trabaja hoy, y dónde puedo conseguir una azada.

Unos minutos después, Matilda se unió a Kizzy, la hermana Sarah y el tío Pompey en el campo. Esa tarde todos se reunieron junto a las chozas, haciéndole compañía hasta que llegara su marido. En el curso de la conversación, Matilda les preguntó si se reunían regularmente a rezar, y cuando le dijeron que no lo hacían nunca, propuso que dedicaran un momento, todos los domingos a la tarde, con ese propósito.

-Para decirte la verdad, estoy avergonzada de lo poco que he rezado en mi vida -confesó Kizzy.

-Y yo también -dijo la hermana Sarah.

-A mí me parece que por más que se rece, nunca se va a cambiar a los blancos -dijo el tío Pompey.

-La Biblia dice que a José lo vendieron como esclavo a Egipto, pero el Señor estaba con José, y el Señor bendijo la casa de los egipcios en obsequio de José -dijo Matilda de manera casual.

Los tres esclavos intercambiaron miradas que expresaban el respeto que sentían por la joven.

-George nos dijo que tu primer amo era predicador -dijo la hermana Sarah-. ¡Tú también hablas como si lo fueras!

-Soy una sierva del Señor, eso es todo -respondió Matilda.

Sus reuniones religiosas se iniciaron el próximo domingo, dos días después que el Gallito George y el amo Lea partieron en la carreta con doce aves.

-El amo dice que por fin tiene el tipo de aves que se necesitan para reñir donde hay mucho dinero -explicó; esa vez las aves de Lea iban a competir en una riña importante cerca de Goldsboro.

Una mañana, cuando estaban trabajando en el campo, la hermana Sarah dijo, usando muy cuidadosamente un tono suave que indicaba la simpatía que sentía una mujer de cuarenta y siete años por una esposa reciente de dieciocho: -Querida, me parece que vas a tener que compartir tu vida con los pollos.

Matilda la miró de frente. -Siempre he oído decir, y así lo creo, que todo matrimonio es como uno quiere que sea. Y me parece que él sabe la clase de matrimonio que quiere.
Después de haber expresado su parecer acerca del matrimonio, Matilda siempre se unía a las conversaciones en las que su marido era el tema, fueran estas humorísticas o serias.
-Es inquieto desde que nació -le dijo Kizzy una noche que fue de visita.
-Sí, señora -dijo Matilda-. Me di cuenta de eso cuando me cortejaba. De lo único que hablaba era de las riñas y de los viajes con su amo. -Vacilando, agregó luego francamente-: Pero cuando descubrió que ningún hombre iba a hacer lo que quería conmigo, antes de saltar la escoba, ¡le dio un ataque! En realidad, llegó un momento en que pensé que no lo iba a ver más. No sé qué le pasó, pero casi me caigo de espaldas la noche que vino y me dijo: "¡Eh, vamos a casarnos!".
-Bueno, me alegro que mostrara sentido común -dijo Kizzy-. pero ahora que se han casado, te voy a decir algo que me preocupa, ¡quiero que me den nietos!
-Eso está muy bien, señora Kizzy. Yo también quiero hijos, igual que todas las mujeres.
Cuando Matilda anunció, dos meses después, que estaba embarazada, Kizzy se puso loca de alegría. Al pensar en que su hijo iba a ser padre, se acordó de su propio padre, mucho más que últimamente y una noche, cuando el Gallito George andaba nuevamente de que, Kizzy preguntó: -¿Te ha dicho algo alguna vez de su abuelo?
-No, señora -dijo Matilda, intrigada.
-¿No? -Al ver la desilusión de Kizzy, Matilda agregó, rápidamente-: Ya llegará el momento, mamá Kizzy.
Kizzy decidió que era mejor que ella se lo contara, ya que, de todas maneras, ella sabía más del asunto, por lo que empezó a contarle a Matilda acerca de su vida en lo del amo Waller los primeros dieciseis años de su vida, hasta que fue vendida al amo Lea. Habló principalmente de su padre africano y de las cosas que él solía contarle. -Tilda, te cuento todas estas cosas porque quiero que entiendas que quiero que ese niño que llevas, y todos los que tengas después, sepan acerca de él, porque es su bisabuelo.
-Claro que entiendo, mamá Kízzy -dijo Matilda, y su suegra le siguió contando sus recuerdos. Las dos sintieron que su intimidad aumentaba a medida que transcurría la noche.
El hijo varón del Gallito George y de Matilda nació en la primavera de 1828, con la hermana Sarah como partera, ayudada por Kizzy, que estaba nerviosa. Su alegría de tener un nieto por fin mitigó su enojo porque el padre estaba afuera por una semana con el amo Lea. A la tarde siguiente, cuando la madre tuvo fuerzas, todos los esclavos se reunieron en su choza para celebrar el nacimiento del segundo bebé de la plantación Lea.
- ¡Por fin eres la abuela Kizzy! -dijo Matilda, sentada en la cama, recostada en almohadones, con el hijo en brazos, mientras sonreía débilmente.
- ¡Gracias a Dios! ¿No suena bien? -exclamó Kizzy, sonriendo ampliamente.
-A mí me parece que Kizzy está envejeciendo, eso es todo
-dijo el tío Pompey con un guiño.
- ¡Bah! ¡Aquí no hay nadie tan viejo como el que habla! -resopló la hermana Sarah. y Finalmente, la señorita Malizy ordenó: -¡Bueno, es hora de que nos vayamos todos, para dejar que descansen!-. Todos se fueron, menos Kizzy.
Después de quedarse pensativa un rato, Matilda dijo: -He estado pensando en lo que me contaste de tu padre. Como yo nunca conocí al mío, me parece que a George no le importaría que le pusiera el nombre de mi papá. Se llamaba Virgil, según me dijo mi madre.
El nombre inmediatamente tuvo la completa aprobación del Gallito George a su regreso. Sentía tanto júbilo por el nacimiento de su hijo que casi no podía contenerse. Con el sombrero hongo torcido, mientras tiraba a su hijo por el aire, exclamó: -¡Mamá!

¿Recuerdas lo que te dije? ¡Voy a contar a mis hijos lo que tú me contaste a mí!-. Con el rostro iluminado, se sentó ceremoniosamente ante el hogar con Virgil en la falda, y empezó a hablarle con solemnidad: - ¡Escucha, muchacho! Te voy a contar acerca de tu bisabuelo. Era un africano llamado Kunta Kinte. A la guitarra le decía ko, y al río, Kamby Bolongo, y a muchas cosas les daba su nombre africano. Estaba cortando madera para hacer un tambor para su hermanito, cuando unos hombres lo agarraron por detrás. Luego lo trajeron en un barco grande, a través del mar, a un lugar llamado Annapolis. Trató de escapar cuatro veces, cuando lo apresaron de nuevo, quiso matar a los que lo apresaron, y le cortaron la mitad del pie.

Alzando al bebé, se volvió a Kizzy. -Y saltó la escoba con la cocinera de la casa grande, llamada Bell, y tuvieron una niña, que allí está, tu abuelita, que te sonríe-. Tanto Matilda como Kizzy sonreían, contentas. Kizzy lagrimeaba, llena de amor y de orgullo.

Como su marido estaba afuera la mayor parte del tiempo, Matilda empezó a estar más y más con la abuela, especialmente a la noche, y pronto empezaron a juntar las raciones y a comer juntas. Matilda rezaba siempre antes de comer, y Kizzy inclinaba la cabeza y entrecruzaba las manos. Después Matilda daba de mamar al bebé, y luego Kizzy se sentaba, alzando orgullosamente al pequeño Virgil, meciéndolo, cantando o canturreando, mientras el gran reloj de pie marcaba su sonido acompasado y Matilda leía su gastada Biblia. Si bien no era contrario a las reglas del amo, Kizzy no aprobaba que se leyera, aunque en este caso se trataba de la Biblia, por lo que tal vez no estaba mal. Por lo general, poco tiempo después que se dormía, el bebé, Kizzy empezaba a cabecear, y muchas veces hablaba mientras dormitaba. Cuando se inclinaba para levantar al pequeño Virgil, Matilda solía oír parte de sus palabras. Siempre era lo mismo: "¡Mami... papi... no dejen que me lleven! ¡He perdido a mi familia.., y nunca la volveré a ver en este mundo!" Profundamente conmovida, Matilda le decía: -Nosotros somos tu familia ahora, abuela Kizzy- y después de acostar a Virgil, despertaba dulcemente a su suegra -a quien amaba tanto como a su propia madre- y después de acompañarla a su choza, muchas veces tenía que enjugar las lágrimas en el trayecto de regreso.

Los domingos a la tarde, al principio solamente las tres mujeres acudían a las reuniones religiosas, hasta que la afilada lengua de la hermana Sarah hizo avergonzar al tío Pompey, que se les unió. A nadie se le ocurrió invitar al Gallito George, porque aun cuando estaba en la plantación, ya para el mediodía había regresado con los gallos. Con el pequeño grupo de cinco feligreses, sentados solemnemente en las sillas que traían de sus chozas y que colocaban en un semicírculo alrededor del castaño, Matilda leía el pasaje de la Biblia que había escogido. Luego, mientras sus serios ojos pardos escudriñaban todos los rostros presentes, preguntaba si alguien quería conducir las oraciones, y al no oír ninguna respuesta, decía:

-Bueno, en ese caso, arrodíllense y digan conmigo-. Todos se arrodillaban y entonces ella decía una oración sencilla pero conmovedora. Y después los hacía cantar; hasta la voz cascada, de barítono, se dejaba oír, y las chozas de los esclavos resonaban con vehementes spirítuals. Finalmente la reunión terminaba con una discusión acerca de la fe.

-Este es el día del Señor. Todos tenemos un alma que salvar y un cielo que conservar -dijo un día Matilda con naturalidad-. Debemos recordar constantemente quien nos hizo, es decir, Dios. Y quien nos redimió, es decir Jesucristo. Jesucristo nos enseñó a ser humildes, y devotos, para vivir eternamente.

-Yo amo a Jesús -dijo humildemente Kizzy-, pero sabía muy poco de Él hasta que crecí, aunque mi mamá me dijo que me bautizó cuando era niña, en una gran reunión.

-A mí me parece que es mejor que nos acerquen a Dios cuando somos niños -dijo la hermana Sarah, señalando a Virgil, en la falda de su madre-. Así nos empapamos de religión temprano.

La señorita Malizy se dirigió al tío Pompey: -Si hubieras comenzado temprano, podrías ser predicador. Tienes todo el aspecto.
-¡Predicador! ¿Cómo iba a predicar si ni siquiera sé leer? -exclamó él.
-El Señor pondría palabras en tu boca, si te llamara a predicar -dijo Matilda.
-¡Tu marido en una época se dedicaba a predicar! -dijo la señorita Malizy-. ¿Nunca te lo contó? -Todos rieron, y Kizzy dijo-: ¡Buen predicador hubiera sido! ¡Por más que le gusta hablar!
- ¡Hubiera sido uno de esos predicadores sinvergüenzas, que sacan el dinero a la gente, en grandes reuniones! -dijo la hermana Sarah.
Conversaron un rato acerca de grandes predicadores que cada uno había visto o sobre quienes habían oído hablar. Luego el tío Pompey les contó acerca de su madre, que era profundamente religiosa. Se acordaba de ella cuando él era un niño. -Era gorda y grande, la mujer más gritona que haya existido.
-Me hace acordar a la solterona hermana Bessie, en la plantación en que me crié -dijo la señorita Malizy-. También era gritona. Se hizo vieja, sin marido, hasta que fue a una de esas reuniones religiosas. Se puso a gritar hasta que entró en trance. Salió del trance y empezó a decir que había hablado con Dios. Le había dicho que su misión era salvar al viejo hermano Timmons del infierno, y que para hacerlo debía saltar la escoba con una mujer cristiana como ella. ¡Lo asustó tanto que no tuvo más remedio que saltar la escoba con ella!
Aunque los que veía en sus viajes nunca hubieran imaginado, por su manera de actuar, que había saltado la escoba (o que llegaría a hacerlo) el Gallito George fue una sorpresa para todos por la forma en que se adecuó al matrimonio y por lo bien que trataba a su mujer y a su familia. Nunca regresaba de una riña (con su sombrero hongo y su bufanda, parte inseparable de su atavío, en toda época del año) sin un poco de dinero para ahorrar. Después de darle unos dólares a Matilda, poco le quedaba para él, pues ya había gastado dinero en los regalos que traía no sólo para Matilda y su madre, sino también para la señorita Malizy, la hermana Sarah, el tío Pompey y Virgil. También traía las últimas noticias. Su familia se reunía alrededor de él, y Kizzy pensaba a menudo en que su hijo hacía ahora lo que su padre solía hacer antes.
De regreso de un viaje que había hecho a Charleston, el Gallito George describió "un montón de barcos, con tantos mástiles que parecían un bosque de veleros. Y muchísimos negros cargando toneles de tabaco y otras cosas para llevar a Inglaterra y a otros lugares a través del mar. A todas partes donde viajamos con el amo.
Vemos negros cavando canales, haciendo caminos, construyendo ferrocarriles. ¡Los negros están haciendo este país con sus músculos!".
Otra vez había oído decir que los blancos estaban amenazando a los indios con que debían aceptar a los negros en sus reservaciones. "Muchos creeks y seminóles se han casado con negros. ¡Hay hasta jefes negros! Pero me han dicho que los chocktaws, los chickasaws y los cherokees odian a los negros más que los blancos.
Le hacían pocas preguntas, sobre todo por cortesía, y pronto, disculpándose, Kizzy, la señorita Malizy, la hermana Sarah y el tío Pompey desaparecían en sus chozas, dejándolo solo con Matilda.
-Siempre digo que no me vas a oír quejarme demasiado, George -le dijo una noche, en la cama-, pero me parece que la mayor parte del tiempo no tengo marido.
-Sé lo que quieres decir, querida -dijo él-. Estoy todo el tiempo viajando con el amo, o a veces me paso la noche entera con el tío Mingo, cuando hay gallos enfermos, pero todo el tiempo pienso en ti y el niño.
Matilda se mordió la lengua, decidiendo no dar rienda suelta a sus dudas; no quería sospechar de él. En lugar de eso, preguntó: -¿Crees que van a mejorar las cosas, George?

-¡El amo nunca va a tener suficiente dinero! ¡Si sólo se quedara en su casa! Pero, mira, no nos va mal, querida. Estamos ahorrando dinero, y mientras Siga trayendo ganancias tendremos más.
-¡Él dinero no es lo mismo! -dijo Matilda categóricamente, pero luego suavizó el tono-. ¡Y ahorraríamos mucho más si dejaras de traer regalos para todos! Todos te lo agradecemos, como sabes. Pero, George, ¿adonde voy a usar vestidos como ese de seda, que ni siquiera la señora tiene?
-¡Te lo puedes poner aquí, y luego te lo sacas para mí!
-¡Eres terrible!
Por lo menos en ese sentido, George era el hombre más excitante que hubiera conocido. Y era un buen proveedor. Pero no tenía confianza en él, y no dejaba de preguntarse si los amaba a ella y a su bebé. ¿Habría algo en las Escrituras acerca de los pollos? Se acordaba, vagamente, de algo del Testamento según Mateo, si no se equivocaba, sobre una gallina, que "cobija sus pollos bajo las alas". Debo tratar de encontrarlo, se dijo.
Cuando su marido estaba en casa, Matilda sumergía sus dudas y desengaños y trataba de ser una buena esposa. Si sabía que venía, lo esperaba con una buena comida; si llegaba inesperadamente, preparaba una de inmediato, de día o de noche. Después de un tiempo desistió de tratar de que él bendijera la comida, así que ella simplemente rezaba una oración sencilla, y luego miraba complacida cómo él engullía hasta el último bocado, mientras ella sostenía a Virgil sobre la falda. Luego, cuando el niño ya estaba en la cama, ella examinaba la cara de su marido, sacándole los puntos negros; calentaba agua, llenaba la tina de latón hasta la mitad y le lavaba el pelo y la espalda. Si se quejaba de que le dolían los pies, se los frotaba con una pomada de cebollas asadas y jabón casero. Por fin, cuando ya apagaban las velas y se acostaban, el Gallito George compensaba al máximo sus ausencias. Para cuando Virgil empezó a caminar, ya Matilda estaba nuevamente embarazada. Estaba sorprendida de que no hubiera ocurrido antes.
Ahora que venía otro hijo en camino, Kizzy decidió que había llegado el momento de hablar con su hijo acerca de un par de cosas que la preocupaban desde hacía algún tiempo. Llegó de regreso de un viaje un domingo a la mañana y la encontró cuidando a Virgil, pues Matilda estaba en la casa grande ayudando a preparar la cena, pues había invitados.
-¡Siéntate! -dijo ella, sin perder tiempo. Él obedeció, alzando las cejas-. No me importa que seas un hombre crecido, yo fui quien te trajo al mundo, así que me vas a escuchar. Dios te ha dado una mujer muy buena, y no la tratas bien. ¡No voy a perder tiempo contigo! ¿Me oyes? ¡Te voy a dar una paliza en cualquier momento! ¡Tienes que pasar más tiempo con tu mujer y tu hijo, y con el que viene en camino!
-Mamá, ¿qué esperas? -dijo, con toda la irritación a que se animó-. Si el amo me ordena ir, ¿qué le voy a decir?
Los ojos de Kizzy echaban llamaradas. -¡No hablo de eso, y tú lo sabes! ¡Le dices a esa chica que tienes que pasar la noche curando pollos enfermos, y otras mentiras como esa! ¿De quién has aprendido a mentir y a beber y a andar de un lado para otro? ¡Yo no te crié de esa manera! ¡Y no creas que son cosas que se me ocurren a mí! Tilda no es ninguna tonta, no te ha dicho que se ha dado cuenta de todo. -Sin una palabra más, la abuela Kizzy salió de la choza.
Como el amo Lea participó del gran campeonato de riñas de gallos en Charleston, en 1830, nadie pudo criticar al Gallito George por no estar presente cuando nació el bebé. Cuando regresó, se enteró, estático, de que había nacido su segundo hijo, a quien Matilda ya había dado el nombre de Ashford. por su hermano. Estaba, además contento por su buena suerte.
-El amo ganó más de mil dólares, y yo gané cincuenta en las riñas menores. ¡Hubieras oído como tanto los blancos como los negros gritaban "¡Voy a apostar por el Gallito George!"-.

Le contó que en Charleston el amo se había enterado que el Presidente Andrew Jackson era un buen hombre.
-¡Le encantan las riñas de gallo! Ha llamado a senadores y les ha mostrado cómo riñen sus gallos de Tennessee en la Casa Blanca. El amo dice que Jackson bebe y juega con cualquiera. Dice que nunca viaja en el hermoso coche presidencial tirado por caballos Iguales, de pelo tostado, sin su valija forrada de terciopelo llena de botellas a su lado. El amo dice que todos los sureños quieren que siga siendo presidente hasta que se canse-, Matilda no se mostró impresionada.
Pero el Gallito George había visto en Charleston algo que trastornó a Matilda, igual que a él mismo y a los demás esclavos de la plantación. -Vi una fila larga como una milla de negros encadenados.
- ¡Dios mío! ¿De dónde eran? -preguntó la señorita Malizy.
-Algunos venidos de las Carolinas, pero la mayoría de Virginia, según me dijeron -dijo él-. Varios negros de Charleston me dijeron que por mes llevan más de mil a las grandes plantaciones de algodón que hay ahora, después de desmontar partes de Alabama, Mississippí, Luisiana, Arkansas y Texas. Dicen que ya no hay más de esos traficantes a caballo, como antes. Ahora son grandes compañías, que tienen oficinas en los grandes hoteles. ¡Dicen que los grandes vapores de ruedas no transportan más que negros de Virginia, encadenados hasta Nueva Orleáns. Y dicen...
-¡Cállate! -dijo Kizzy, saltando-. ¡Cállate! -Se fue llorando a su choza.
-¿Qué le pasa? -preguntó George a Matilda después que todos los demás se fueron, turbados.
-¿No lo sabes? -le espetó ella-. ¡Su padre y su madre estaban en Virginia, y no haces más que asustarla con tus historias!
El Gallito George parecía enfermo. Su expresión le dijo que no se había dado cuenta, pero Matilda se negó a dejar pasar la oportunidad. A pesar de todo su aire de mundo, carecía de sensibilidad acerca de muchas cosas. -¡Sabes tanto como yo que a mamá Kizzy la vendieron! ¡Igual que a mí! ¡Y alguien que ha sido vendido, no puede olvidar! ¡Y no va a volver a ser la misma persona, nunca más!
-Lo miró expresivamente-. Tú no has sido vendido. Por eso no entiendes que no se puede confiar en ningún amo, ¡incluyendo el tuyo!
-¿Por qué te sulfuras conmigo? -dijo él, encolerizado.
-Me preguntaste qué le pasaba a mamá Kizzy y te lo dije. ¡Y no hay nada más que agregar!
-Matilda se interrumpió. No quería enemistades con su marido. Después de un momento de silencio, se las arregló para sonreír-. ¡George, sé cómo podemos hacer para que la mamá Kizzy se sienta mejor! Vé y dile que venga para que te oiga cómo le cuentas al nuevo bebé acerca del abuelo africano, igual que a Virgil. -Y eso fue lo que hizo.

CAPITULO 90

Era cerca del amanecer, y el Gallito George estaba parado en la puerta, meciéndose levemente y sonriendo a Matilda, que estaba sentada, esperándolo. Tenía el sombrero hongo torcido. -Entró un zorro a los rediles -dijo, comiéndose las sílabas-. Yo y el tío Mingo estuvimos la noche entera persiguiéndolo...
La mano levantada de Matilda lo hizo callar. Habló con tono frío. -Parece que el zorro te dio de tomar alcohol y te bañó con esa agua de rosas que huelo... -El Gallito George abrió la boca-. ¡Escuchame George! Mientras sea tu esposa, y madre de tus hijos, estaré aquí

cuando te vayas y aquí estaré cuando vuelvas, porque te estás haciendo daño a ti, más que a nosotros, Está en la Biblia: "Siembras lo que cosecharás". ¡Si siembras sencillo, cosecharás el doble! Y en Mateo, capítulo siete, dice: "Con la medida con que midiereis, os volverán a medir".
Él trató de aparentar que estaba demasiado indignado para hablar, pero no se le ocurrió qué decir. Se dio media vuelta, caminó, dando tumbos, hasta la puerta y salió haciendo eses por el sendero, para dormir con los pollos.
Pero volvió al otro día, con el sombrero en la mano, y obedientemente pasó casi todas las noches con su familia ese otoño y el invierno, excepto cuando estaba de viaje con el amo. Cuando comenzaron los dolores del próximo parto de Matilda. temprano una mañana de enero de 1831, aunque la temporada de las riñas estaba en su apogeo, persuadió al amo de que le permitiera quedarse, y que llevara en cambio al achacoso tío Mingo esa vez.
Presa de ansiedad, se paseaba afuera, junto a la puerta de la choza, con el ceño fruncido, oyendo los quejidos y gritos angustiosos de Matilda. Luego, al oír otras voces, se acercó de puntillas, cautelosamente, y oyó que Kizzy recomendaba con urgencia en la voz:
-Sigue haciendo fuerza, tomándote de mi mano. ¡Fuerza, querida!... Vuelve a respirar hondo... ¡hondo!... ¡muy bien!... ¡Sostente! ¡Sostente! -Luego la hermana Sarah ordenó-: Haz fuerza hacia afuera, ¿me oyes?... ¡Ahora empuja! ¡EMPUJA!
Luego, pronto: -Ya viene... Sí, Señor...
Cuando oyó las fuertes palmadas, y luego el grito agudo de un bebé, el Gallito George dio unos pasos hacia atrás, aturdido por lo que había oído. Al poco tiempo salió la abuela Kizzy, el rostro arrugado en una sonrisa. -¡Bueno, parece que no tienes más que varones!
Él empezó a saltar de un lado a otro, gritando tanto que la señorita Malizy acudió corriendo desde la casa grande. Él corrió a su encuentro, la alzó en vilo, la hizo girar y gritó: -¡Éste va a llevar mi nombre!
A la noche siguiente, por tercera vez, reunió a todos para que oyeran mientras le contaba al nuevo miembro de la familia acerca del abuelo africano que se llamaba Kunta Kinte.
A fines de agosto, después de una reunión rutinaria de terratenientes del condado de Caswell, el palacio de justicia del Condado resonaba con los saludos de despedida de los propietarios locales que empezaban a separarse para dirigirse a sus respectivas plantaciones. El amo Lea conducía la carreta, y el Gallito George iba en cuclillas, en la parte de atrás, limpiando con el cortaplumas unos pescados que acababa de comprar el amo. De repente, la carreta se detuvo. George abrió grandes los ojos y se incorporó pues el amo Lea había saltado al suelo y corría con otros amos hacia un hombre blanco que acababa de apearse de un caballo jadeante, todo cubierto de espuma. Hablaba a los gritos a una multitud que crecía por momentos. Partes de sus palabras llegaron al Gallito George y a los otros negros, que escuchaban, boquiabiertos: -No se sabe cuántas familias han muerto... mujeres, niños... estaban durmiendo en su cama cuando los negros asesinos entraron... hachas, espadas, garrotes... un predicador negro llamado Nat Turner...
Las caras de los otros negros tenían la misma expresión de terror por anticipado mientras los blancos maldecían y gesticulaban, furiosos. George pensó en aquellos meses llenos de terror, después de la revuelta en Charleston, pero entonces nadie había muerto ni había sido herido. ¿Qué pasaría ahora? El amo regresó al carro, con los ojos entrecerrados de ira, el rostro helado. Sin mirar hacia atrás, condujo hacia la casa a todo galope. El Gallito George se aferraba con las dos manos para no caerse. Al llegar a la casa grande, el amo Lea saltó del carro, dejando a George con los pescados limpios. Momentos después, la señorita Malizy salió corriendo de la cocina en dirección a las chozas, agítando las manos en el aire. Luego reapareció el amo con su escopeta, y con la voz ronca, ordenó a George: -¡Vete a tu choza!

El amo, congregó a todos los esclavos frente a sus chozas, y les dijo fríamente lo que George ya había oído. Sabiendo que él era el único que tal vez podría mitigar la ira del amo, George logró hablar: -¡Por favor, amo!... -dijo, con voz temblorosa. La escopeta lo apuntó.
-¡Saquen todas sus cosas de las chozas! ¡Vamos, negros, Ya!
-Pasaron la hora siguiente trasportando, arrastrando sus míseras pertenencias bajo la mirada penetrante y las amenazas abusivas del amo, que no dejaba de decir lo que haría a cualquiera que escondiera armas u objetos sospechosos. Sacudieron todos los trapos, abrieron todas las cajas, cortaron y destriparon todos los colchones pero la furia del amo parecía no tener límites.
Con la bota aplastó la caja de remedios caseros de la hermana Sarah, desparramando sus raíces y hierbas secas mientras le gritaba:
-¡Tira ese maldito vudú! -Delante de las otras chozas arrojó atesoradas posesiones y destrozó otras con los puños o los pies. Las cuatro mujeres lloraban, el tío Pompey parecía paralizado, los niños atemorizados se aferraban, llorosos, a las polleras de Matilda. El Gallito George sintió que hervía de furia al oír el grito de Matilda, dolorido, cuando el amo, con la culata de la escopeta, destrozó la parte delantera de su precioso reloj de pie-. ¡Si llego a encontrar un arma allí, algún negro va a morir!
Después de dejar las chozas en ruinas, el amo, escopeta en mano, conducido por George, se dirigió a los rediles de las aves de riña.
Al ver que lo apuntaba con la escopeta, y le ordenaba, a los gritos, que vaciara sus pertenencias, el aterrorizado tío Mingo empezó a decir: -No he hecho nada, amo...
-¡Hay familias enteras muertas por confiar en los negros! -gritó el amo Lea. Confiscando el hacha de mango, la de mano, la cuña, un marco de metal y los dos cuchillos, el de Mingo y el de George, el amo los cargó en la carreta mientras "los dos negros observaban-. Por si a algunos de ustedes se les ocurre tratar de sorprenderme, les advierto que voy a dormir con la escopeta -les gritó, dio un latigazo al caballo y desapareció tras una nube de polvo.

CAPITULO 91

-¡Me han dicho que ahora tienes cuatro varones! -El amo se estaba bajando del caballo. Tuvo que pasar un año para que se calmara el miedo, mezclado con furia, del Sur. Aunque al mes de la revuelta ya había empezado a llevar al Gallito George a las riñas, la frialdad del amo había tardado un año entero en derretirse. Pero por razones que ninguno de los dos conocía, la relación entre los dos se había vuelto más estrecha. Nadie lo mencionaba, pero todos anhelaban fervientemente que no hubiera más insurrecciones negras.
-¡Sí, señor! ¡Antes del amanecer nació otro varón gordo, amo! -dijo el Gallito George, mientras mezclaba una docena de claras de huevo, una pinta de cerveza, harina de avena, maíz pisado y una variedad de hierbas molidas para hacer el pan especial de las aves, que luego freía al horno. Había aprendido la receta "secreta" esa mañana. El tío Mingo, que estaba enfermo, se la había dado a regañadientes. El amo Lea le había ordenado quedarse a descansar en su choza hasta que disminuyeran los ataques de tos, que ocurrían en cualquier momento, cada vez más fuertes. Mientras tanto, el Gallito George, solo, se ocupaba de entrenar veintidós pollos de primera, que fueron escogidos severamente entre las setenta y seis aves maduras traídas del terreno.
Faltaban nueve semanas para que él y el amo Lea salieran para Nueva Orleáns. Tras años de victorias locales, además de varias riñas interestatales, le habían dado finalmente valor

para hacer pelear a sus doce mejores gallos en la riña principal de esa afamada ciudad, que inauguraba la temporada el día de Año Nuevo. Si las aves de Lea lograban ganar la mitad de las riñas en que participaban contra los gallos campeones que peleaban allí, el amo no sólo ganaría una fortuna sino que además sería reconocido, de la noche a la mañana, como uno de los principales criadores de aves de riña de todo el Sur. La mera posibilidad era tan excitante que el Gallito George no podía pensar en otra cosa.

El amo Lea había acercado el caballo, atándolo con una soga del cabestro al cerco. Caminó hasta donde estaba George, restregó la punta de la bota contra el pasto y dijo: -Es extraño, cuatro varones, y a ninguno le has dado mi nombre.

El Gallito George se sorprendió, se alegró, y se sintió turbado, a la vez. -¡Tiene razón, amo! -exclamó, débilmente-. ¡A éste lo llamaré Tom! ¡Sí, señor, Tom!

El amo parecía complacido. Luego miró en dirección de la choza bajo un árbol, y se puso serio. -¿Cómo está el viejo?

-Para decirle la verdad, amo, anoche tuvo un ataque de tos muy serio. Eso fue antes que enviaran al tío Pompey a que me despertara porque Tilda estaba por dar a luz. Pero esta mañana le hice algo de comer, se sentó y comió todo, y me dijo que se sentía bien. Se enfureció cuando le dije que usted decía que debía quedarse en cama hasta que usted le avisara.

-Bueno, es mejor que el viejo buitre se quede en cama un día más -dijo el amo-. Tal vez sea mejor que llame un médico para que lo examine. Esa tos que se le va y viene, desde hace tanto tiempo, no es nada bueno.

-No, señor. Pero él no tiene fe en los médicos, amo...

-¡No me importa eso! Vamos a ver qué pasa el resto de la semana ...

El amo Lea se puso a inspeccionar, durante la hora siguiente, los gallos de un año, en sus rediles, y luego las aves magníficas que George estaba poniendo en condiciones y entrenando. Se mostró satisfecho con lo que vio. Se puso a hablar del viaje próximo. Les llevaría casi seis semanas llegar a Nueva Orleáns, dijo, en el nuevo carro que estaban haciendo especialmente para él en Greensboro. Iba a tener una tabla alargada con doce jaulas, desmontables, un banco, especialmente acolchado, para poder ejercitar diariamente a las aves durante el viaje, además de estantes, palos y recipientes ordenados por el amo Lea para llevar todas las provisiones y artículos necesarios para un viaje tan largo. Estaría listo en diez días.

Cuando se fue el amo Lea, el Gallito George se abocó al resto de las tareas del día. Estaba ejercitando los gallos al máximo. El amo le permitía usar su propio juicio para descartar el ave en la que detectara el menor defecto, pues solamente las aves perfectas podían tener chance en el tipo de competencias que les aguardaban en Nueva Orleáns. Mientras trabajaba con los gallos, no dejaba de pensar en la música que le habían dicho iba a oír en Nueva Orleáns, además de grandes bandas con instrumentos de bronce que marchaban por las calles. El marinero negro que había conocido en Charleston le había dicho también que todos los domingos a la tarde se reunían miles de personas en una gran plaza pública, llamada "Congo", para observar cómo cientos de esclavos bailaban las danzas típicas de los lugares de África de donde eran oriundos. El marinero juraba que la sección de los muelles de Nueva Orleáns era superior a todas las otras que había visto. ¡Y las mujeres! No se terminaban nunca, le había dicho el marinero, todas exóticas y complacientes, de toda clase y color, llamadas "criollas", "ochavonas" o "cuarteronas". No veía las horas de llegar.

Esa tarde, después de haberlo decidido varias veces, dejándolo siempre para después de la tarea siguiente, George finalmente llamó a la puerta de la choza del tío Mingo, y luego entró en el interior abigarrado y rancio.

-¿Cómo te sientes? -preguntó George-. ¿Necesitas algo? -No fue necesario esperar respuesta.

El viejo estaba muy débil y pálido, y muy irritable por su inactividad impuesta.
- ¡Vete de aquí! ¡Ve y pregunta al amo cómo me siento! ¡Él sabe mejor que yo! -Era evidente que el viejo quería estar solo, así que George se fue, pensando que el tío Mingo cada vez se parecía más a los correosos y desplumados gallos viejos, veteranos endurecidos de muchas batallas, pero con la vejez nada más que instinto.
Para cuando terminó de ejercitar el último gallo, y lo puso en su jaula, ya había caído el sol, y el Gallito George por fin se sintió libre de ir a su casa. Al llegar a a choza se puso contento al ver que estaba Kizzy de visita. Contó a su madre y a Matilda, riendo entre dientes, las palabras que había tenido esa mañana con su amo con respecto al nombre de su hijo. Cuando terminó, vio con sorpresa que las mujeres no parecían compartir su alegría.
Fue Matilda la que habló primero, con tono seco: -Bueno, debe haber muchos Toms en este mundo.
Su mamá parecía que se hubiera tragado una barra de jabón.
-Tilda y yo sentimos lo mismo, y ella prefiere no decirte lo que piensa acerca de tu precioso amo. No hay nada de malo en el nombre Tom. Sólo que ojalá fuera en honor de otro Tom que se le diera el nombre a esta pobre criatura... -Vaciló, y luego agregó, rápidamente-: Claro que no es más que mi opinión. No es hijo mío, ni cosa mía.
¡Es cosa del Señor! -dijo secamente Matilda, yendo a tomar su Biblia-, Antes que naciera el niño, estaba buscando en las Escrituras para ver si decía algo acerca de los nombres. -Hojeó rápidamente el libro, encontrando la página, capítulo y versículo que buscaba, y leyó en voz alta: -"El recuerdo de los justos es bendito, pero el nombre de los malvados se pudrirá".
-¡Ten misericordia de nosotros! -exclamó la abuela Kizzy.
El Gallito George se puso de pie, encolerizado. -¡Está bien, entonces! ¿Cuál de las dos va a dar la noticia al amo? -Se quedó mirándolas, furioso. ¡Estaba harto de tantos aguijonazos cada vez que venía a su casa! ¡Y de las maldiciones de Matilda, tomadas de la Biblia! Se estrujó el cerebro tratando de recordar algo que había oído una vez, y le vino a la memoria-: ¡Llámalo Tom por el Bautista, entonces! -Gritó tanto que aparecieron en la puerta del dormitorio las caras de sus tres hijos, y el recién nacido se puso a llorrar. George se fue como una tromba.
En ese mismo momento, en el escritorio de la sala de la casa grande, el amo Lea mojaba la pluma, y luego escribía, cuidadosamente, en la primera hoja de su Biblia, una quinta fecha de nacimiento debajo de los cuatro nombres allí ya escritos, el del Gallito George y sus tres primeros hijos: "Septiembre 23, 1833, varón, hijo de Matilda, llamado Tom Lea".
George iba echando humo, sendero abajo. No era que no quisiera a Matilda, se decía. Era la mujer más leal, la mejor que hubiera conocido. Una buena esposa, sin embargo, no era necesariamente la que no dejaba de corregir píamente a su marido, por el sólo hecho de ser humano. Un hombre tenía derecho, de vez en cuando, a gozar de la compañía de la clase de mujer que sólo quería disfrutar de las risas, el alcohol, el ingenio y las necesidades de la carne. Y después de tantos años de viajar juntos, sabía que el amo Lea pensaba igual. Después de terminadas las riñas, cuando estaban en alguna ciudad, siempre se quedaban un día más, dejaban las mulas en un establo y pagaban bien a algún gallero del lugar para que cuidara a las aves enjauladas. El amo y él se separaban. Se reunían en el establo, a la mañana siguiente, buscaban las aves y emprendían el regreso, cada cual con las consecuencias de la borrachera de la noche anterior, sin decir palabra acerca del hecho de que cada uno sabía que el otro había estado con una mujer.
Pasaron cinco días antes que la exasperación de George disminuyera lo suficiente como para que pensara en volver a su casa. Listo para perdonar, fue hasta su choza y abrió la puerta.

-¡Dios mío! ¿Eres tú, George? -dijo Matilda-. ¡Los niños se van a alegrar tanto de volver a ver a su papá! Especialmente éste, todavía no abría los ojos cuando lo viste.
Se puso furioso al instante, y ya estaba a punto de volverse cuando vio a sus otros tres hijos, de cinco, tres y dos años, parados juntos, y mirándolo casi con miedo. Sintió ganas de alzarlos y abrasarlos. Dentro de poco no los vería durante tres meses, cuando fuera a Nueva Orleáns. Debía traerles lindos regalos.
De mala gana, se sentó a la mesa cuando Matilda le sirvió la comida y empezó a bendecirla. Luego, poniéndose de pie, ella dijo:
-Virgil, ve y dile a la abuelita que venga.
El Gallito George dejó de masticar, tragando lo que tenía en la boca. ¿Qué habrían planeado esas dos para mortificarlo, esta vez?
Kizzy llamó y entró, abrazó a Matilda, besó y acarició a los tres muchachos antes de mirar a su hijo. -¿Cómo estás? Hace mucho que no te veo.
-¿Cómo estás tú, mamá? -Aunque estaba furioso, trató de hablar en broma.
Sentándose y tomando el bebé en brazos, su madre habló de manera casi convencional: -George, tus hijos quieren preguntarte algo. -Se volvió-. ¿Verdad, Virgil?
El Gallito George vio al mayor que se quedaba atrás. ¿Qué le habrían enseñado que dijera?
-Papi -dijo finalmente, con su voz aflautada-, ¿no nos vas a hablar del abuelo? Matilda lo miró.
-Eres un buen hombre, George -dijo Kizzy dulcemente-. ¡Qué nadie te diga lo contrario! Y nunca te vayas a creer que no te amamos. Me parece que a veces te confundes, no te das cuenta de quién eres, o de quiénes somos nosotros. Somos tu misma sangre, igual que el bisabuelo de estos niños.
-Está en las Escrituras... -dijo Matilda. Al ver la mirada de aprensión de George, agregó-: No todo lo que está en la Biblia es duro. Hay mucho de amor.
Embargado de emoción, el Gallito George acercó la silla al hogar. Los tres niños se sentaron en cuclillas ante él, con los ojos brillantes de expectación, y Kizzy le dio el bebé. Serenándose, se aclaró la garganta y empezó a contar a sus cuatro hijos la historia de la abuela acerca del bisabuelo.
- ¡Papá, yo ya sé el cuento! -interrumpió Virgil. Haciendo un gesto, contó la historia, incluyendo los vocablos africanos.
-Te la ha oído contar tres veces, y la abuela no bien entra empieza a hablar de lo mismo -dijo Matilda, riendo, George pensó: "¿Cuánto hacía que no oía reír a su mujer?"
Tratando de recobrar el centro de atención, Virgil se puso a saltar. -¡La abuelita dice que el africano hace que sepamos quiénes somos:
-¡Y es verdad! -dijo la abuela Kizzy, radiante. Por primera vez después de hacía mucho, el Gallito George pensó que su choza volvía a ser su hogar.

CAPITULO 92

Cuatro semanas después, el nuevo carro estaba listo para que lo fueran a buscar a Greensboro. Cuanta razón había tenido el amo en hacerlo hacer, pensaba el Gallito George mientras iban a buscarlo, pues no podían llegar a Nueva Orleáns a los crujidos y chirridos, en esa carreta desvencijada, sino en el mejor coche en plaza, apropiado para un gran criador de aves de riña, acompañado por su entrenador. Por la misma razón, poco antes de dejar Greensboro, debía pedir prestado al amo un dólar y medio para comprar un nuevo sombrero hongo que hiciera juego con la nueva bufanda verde que Matilda estaba a punto

de terminar. Debía asegurarse que Matilda empacara sus dos trajes, el amarillo y el verde, sus mejores tiradores, los rojos anchos, y muchas camisas, calzoncillos, medias y pañuelos, pues después de las riñas debía vestir bien para ir de paseo a la ciudad.
A los pocos minutos de llegar a la tienda del carretero, mientras esperaba afuera, George empezó a oír que discutían adentro. Hacía mucho que conocía al amo, así que eso no lo sorprendía, y no se molestó en escuchar; estaba demasiado ocupado pensando en todo lo que tenía que hacer antes de partir. Lo más difícil sería escoger doce entre las diecinueve magníficas aves que ya había entrenado. Sólo había lugar para una docena, y elegirlas sería un desafío no sólo a su juicio y al del amo sino también al del tío Mingo, que ya estaba en pie, trabajando, agrio y mordaz como de costumbre.
Dentro de la tienda, el amo Lea había empezado a gritar. La demora inexcusable en entregarle el coche le había costado dinero, que esperaba que dedujera del precio. El carretero le decía que había hecho el trabajo a toda prisa, y que el precio debía ser mayor, pues el costo de los materiales había aumentado por las exigencias vergonzosas de sus obreros libertos. Al escuchar, George se dio cuenta de que el amo estaba menos enojado de lo que parecía y que simplemente estaba molestando al carretero para ver si discutiendo lograba que le rebajara unos dólares.
Después de un rato algo debía haberse solucionado, pues el altercado había terminado, y pronto salieron el amo y el carretero, los dos colorados, pero hablando amistosamente. El comerciante gritó una orden dirigida a la parte posterior del negocio, y unos minutos después aparecieron cuatro negros, doblados en dos mientras tiraban del nuevo y pesado coche. George abrió los ojos de admiración al ver la artesanía y belleza del coche. Podía apreciar la resistencia de la construcción. El coche estaba hecho de roble. La parte central de la tabla, extremadamente larga, tenía los espacios para las doce jaulas desmontables. Los ejes de hierro y sus centros parecían soberbiamente balanceados y engrasados, pues a pesar del imponente peso del vehículo no se oía crujido ni ruido alguno. Nunca había visto al amo sonreír de tal forma.
- ¡Es uno de los mejores coches que hemos fabricado! -exclamó el carretero-. ¡Casi demasiado hermoso! -Expansivamente, el amo Lea dijo-: ¡Va a ir al camino, de todos modos! -El carretero meneó la cabeza-. ¡Nueva Orleáns! Un viaje de seis semanas. ¿Quién va con usted?
El amo Lea se volvió, señalando al Gallito George en el carro viejo. -¡Mi negro y doce aves!
Anticipándose a la orden del amo, el Gallito George saltó del carro y fue a desatar la yunta de mulas alquiladas que habían traído para llevarlas hasta el nuevo coche. Uno de los cuatro negros lo ayudó a engancharlas, luego se unió a los otros, que prestaban a George la misma atención que él prestaba a ellos; después de todo, eran negros libres, y el amo Lea decía a menudo que no los podía ver. Después de dar vueltas alrededor del coche varias veces, los ojos brillantes y una amplia sonrisa en el rostro, el amo dio la mano al carretero, le agradeció, y subió orgullosamente al asiento del nuevo coche. Deseándole buena suerte, el carretero se quedó moviendo la cabeza, admirando su propia obra, mientras el amo Lea salía del patio seguido por el Gallito George en el viejo carro.
Durante el largo trayecto de regreso, con el nuevo sombrero hongo a su lado sobre el asiento junto con un par de elegantes polainas de fieltro gris que le habían costado un dólar más de lo que pensaba gastar, George terminó la lista mental de tareas que debía hacer antes de partir a Nueva Orleáns, y se puso a pensar en lo que había que hacer para que todo fuera bien mientras estaban ausentes. Si bien sabía que sería difícil para Matilda y Kizzy cuando él no estuviera, sabía que podrían arreglárselas, y aunque el tío Mingo ya no andaba como antes, y cada vez se ponía más olvidadizo, George estaba seguro que el viejo

se ocuparía de los pollos adecuadamente hasta su regreso. Pero tarde o temprano sabía que iba a necesitar más ayuda que la de Mingo.
De alguna manera debía convencer a su esposa y a su madre, ciegas a la rara oportunidad que se le presentaba al joven Virgil, especialmente si se tenía en cuenta que a punto de cumplir los seis años el muchacho pronto tendría que empezar a trabajar en el campo. Durante su ausencia, se le ocurrió que podría decir a Virgil que ayudara a tío Mingo con los gallos, para luego dejarlo en el trabajo cuando él regresara. Apenas mencionó la idea, Matilda estalló: -¡Que el amo encuentre quien lo ayude, entonces!, -y Kizzy agregó, con vehemencia-: ¡Esos pollos ya han robado bastante gente de esta familia! -Como no quería pelear con ellas, no trató de forzar el asunto, pero no tenía la menor intención de decir al amo que comprara a un perfecto desconocido para que invadiera el territorio privado de él y del tío Mingo.
Aunque el amo decidiera no traer a un extraño, George no estaba seguro si el tío Mingo aceptaría la ayuda de Virgil. El viejo estaba más resentido que nunca, pues su primer ayudante había establecido con el amo una relación más íntima que la suya. Últimamente, amargado porque no le permitían ir con ellos a Nueva Orleáns, Mingo había dicho: -¿Tú y el amo se suponen que pueden confiar que les alimente los pollos cuando no estén?-. George quería que el tío Mingo se diera cuenta de que él no tenía nada que ver con las decisiones del amo. Al mismo tiempo, pensaba que el viejo debía entender que tenía setenta y dos años y que no estaba en condiciones de hacer un viaje de seis semanas de ida y otras seis de vuelta; era casi seguro que podía enfermarse, y eso sería un problema más para él y el amo. George rogaba que se le ocurriera algo que hiciera que el tío Mingo se sintiera mejor, o por lo menos que dejara de seguir culpándolo a él por todo.
Por fin los dos carros salieron del camino principal y entraron en el sendero de la plantación. Estaban a mitad de camino de la casa grande, cuando se sorprendió al ver a la señora de Lea que salía y bajaba los escalones. Un momento después salió la señorita Malizy por la puerta posterior. Luego corrieron de sus chozas Matilda y los muchachos, la mamá Kizzy, la hermana Sarah y el tío Pompey. ¿Qué estaban haciendo todos allí el jueves por la tarde?, se preguntó George. Debían estar en el campo, trabajando. ¿Estarían tan ansiosos de ver el nuevo coche que se habían arriesgado a contrariar al amo? Luego vio la expresión de sus rostros, y se dio cuenta de que a nadie le importaba el nuevo coche.
Como la señora de Lea seguía caminando al encuentro de los carros, George se detuvo y se inclinó para poder oír lo que le decía al amo. Vio que el amo se sacudía mientras la señora regresaba a la casa. Atónito, George observó cómo el amo se apeaba del nuevo coche y caminaba lentamente hacia él. Vio la cara, pálida del susto, y de repente se dio cuenta. Las palabras del amo le llegaron como de lejos: -Ha muerto Mingo.
Desmoronándose sobre el asiento, George se puso a gritar como nunca lo había hecho. Apenas se dio cuenta de que el amo y el tío Pompey lo bajaban. Luego Pompey de un lado y Matilda del otro lo llevaban hasta la choza mientras todos lloraban al ver su dolor. Matilda lo ayudó a entrar en la choza, seguida de Kizzy que llevaba al bebé.
Cuando logró recobrarse, le contaron lo que había pasado. -Ustedes se fueron el lunes a la mañana -dijo Matilda-, y esa noche nadie durmió bien aquí. El martes a la mañana todos nos levantamos sintiendo que nos había parecido oír lechuzas ululando y ladridos de perros. Luego oímos los gritos...
- ¡Era Malizy! -exclamó Kizzy-. ¡Dios mío, cómo gritaba! Todos fuimos al lugar en el que estaba; había llevado a los cerdos para que se dieran un remojón. Y allí estaba él. ¡El pobre hombre estaba tendido en el sendero, como un montón de trapos!
Aún vivía, dijo Matilda, pero... sólo movía un lado de la boca. Me arrodillé y apenas pude oír lo que susurraba. "Me parece que he tenido un ataque", decía. "Ayúdenme con los pollos... Yo no puedo..."

- ¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Nadie sabía qué hacer!
-dijo Kizzy- pero el tío Pompey trató de levantar el peso muerto. Como no pudo, entre todos finalmente lograron llevar al tío Mingo hasta la choza del tío Pompey, y lo acostaron en la cama.
-George, tenía tan mal olor... ¡olor a enfermedad! -dijo Matilda-. Empezamos a hacerle fresco cerca de la cara, y él no dejaba de decir: "Los pollos... vayan...".
-La señorita Malizy fue corriendo a decir a la señora entonces -dijo Kizzy-, y volvió gritando y frotándose las manos. ¡Pero no hablaba del hermano Mingo! ¡No¡ Gritaba que mejor que alguien fuera con los pollos antes que el amo tuviera un ataque... Así que Matilda llamó a Virgil...
- ¡Yo no quería hacerlo! -dijo Matilda-, ya sabes lo que pienso. Uno de nosotros ya era suficiente. Además, te he oído hablar de los zorros y de los perros salvajes que tratan de comer a esas aves. ¡Bendito sea el niño! Abría los ojos del susto, pero me dijo: "Mamá, yo voy, aunque no sé qué hacer". El tío Pompey le dio una bolsa de maíz y le dijo: "Le tiras un puñado a todas las aves que veas, y yo iré contigo no bien pueda...".
Como no había forma de encontrar a él y al amo, y la hermana Sarah les decía que el tío Mingo estaba muy enfermo para sus hierbas, y la señora no sabía cómo avisar a un médico, lo único que podíamos hacer era esperar que llegaran... -le dijeron, Matilda se puso a llorar, y George la tomó de la mano.
-Llora porque cuando volvimos a la choza de Pompey, después de hablar con la señora, Mingo ya había muerto -dijo Kizzy-. ¡Dios mío! ¡No había más que verlo! -Empezó a sollozar-. ¡El pobre hombre había muerto solo su alma!
-Cuando le avisaron a la señora de Lea -dijo Matilda-, ella empezó a gritar, diciendo que no sabía qué hacer con un muerto, y que había oído decir al amo que se empezaban a podrir después de un día. Dijo que iba a pasar más tiempo antes que ustedes volvieran, así que íbamos a tener que cavar un pozo...
-¡Dios mío! -exclamó Kizzy-. Debajo de los sauces el suelo es blando. Llevamos la pala, y empezamos a sacar tierra, uno por vez, hasta que hicimos un pozo grande. Volvimos, y Pompey lo lavó.
-Le puso glicerina, que la señora dio a la señorita Malizy -dijo Matilda-, luego un poco de ese perfume que me trajiste el año pasado.
-No teníamos ropa decente que ponerle -continuó diciendo Kizzy-. Lo que tenía puesto hedía, y la ropa de Pompey le quedaba apretada, así que lo envolvimos en dos sábanas. -Dijo que luego el tío Pompey había cortado dos ramas, y con ellas habían hecho una camilla-. Tengo que decir que cuando la señora nos vio llevándolo al pozo -dijo Matilda- vino corriendo con la Biblia. Cuando llegamos, leyó algo, de los Salmos, y luego yo recé, rogando al Señor que diera descanso al alma del señor Mingo... -Luego metieron el cuerpo y lo cubrieron.
-¡Hicimos lo mejor que pudimos! ¡No nos importa si estás enojado! -exclamó Matilda, interpretando mal la expresión de angustia de George.
Tomándola y abrazándola fuerte, él dijo, con voz ronca: -Nadie está enojado... -Estaba demasiado ahogado por sus emociones para decirle que estaba enojado consigo mismo y con el amo por no llegar esa mañana. Podrían haber hecho algo para salvarlo.
Un poco después salió de su choza pensando en la preocupación, el cuidado y hasta el amor que habían prodigado a Mingo esas personas que siempre habían dicho que no lo querían, Al ver al tío Pompey, se acercó y lo tomó de las manos, y hablaron un rato. Pompey estaba casi tan viejo como Mingo. Le dijo que acababa de venir de los rediles, y que había dejado a Virgil cuidando las aves. -¡Tienen un buen muchacho!-. Luego dijo-: Cuando vayas, como no ha llovido, todavía puedes ver en la tierra las huellas que dejó el hermano Mingo al arrastrarse esa noche.

George no quería verlas. Dejando al tío Pompey, caminó lentamente hasta los sauces. Pasó un rato antes de que se animara a mirar el lugar donde había tierra recién removida. Como atontado, levantó unas piedras y las dispuso alrededor de la tumba. Se sentía indigno. Para no ver las huellas dejadas por Mingo en la tierra, cruzó por un sembrado de tallos de maíz quebrados para llegar a los rediles. -Te has portado bien, muchacho. Ahora es mejor que vayas con tu mamá -dijo, tocándole ligeramente la cabeza. Después que se fue el niño, George se sentó, recordando escenas de los últimos quince años, escuchando ecos de su maestro, su amigo, lo más parecido a un padre que tuvo en su vida. Le parecía oír la voz desapacible dando órdenes, endulzándose cuando hablaba de los gallos; quejándose por haber sido dejado de lado: "¿Tu y el amo suponen que pueden confiar que les alimente los pollos cuando no estén?". George sintió arrepentimiento.

Se le ocurrieron preguntas: ¿Dónde había estado el tío Mingo antes que lo comprara el amo Lea? ¿Quién había sido su familia? Nunca había mencionado a nadie. ¿Tenía mujer e hijos en alguna parte? George había sido la persona más íntima en el mundo del tío Mingo, pero sin embargo sabía muy poco del hombre que le había enseñado todo lo que él sabía.

El Gallito George empezó a dar vueltas: Dios querido, ¿dónde estaba su viejo amigo, el del paso vacilante, con quien había recorrido tantas veces hasta la última pulgada de ese lugar tan familiar?

Se quedó allí solo el día y la noche siguientes. El amo recién apareció el sábado a la mañana. Con una expresión sombría, fue directamente al grano: -He estado pensando en este asunto. Por empezar, quema la choza de Mingo, ya. Es la mejor manera de deshacerse de ella.

Unos minutos después observaron cómo las llamas consumían la chocita que durante cuarenta años había sido el hogar del tío Mingo. El Gallito George sintió que el amo estaba pensando en algo más; no estaba preparado para ello cuando llegó el momento.

-He estado pensando en Nueva Orleáns -dijo el amo-. Hay muchos riesgos, a menos que todo esté perfectamente bien... -Habló lentamente, casi como si estuviera pensando en voz alta-. No podemos irnos a menos que dejemos a alguien aquí cuidando a los gallos.

Lleva mucho tiempo encontrar a alguien, y además hay que enseñarle. No tiene sentido que vaya solo, es muy lejos y hay doce aves que cuidar. No tiene sentido ir a una riña si no se va con el propósito de ganar. Sería tonto hacer el viaje ahora...

El Gallito George tragó. Todos esos meses haciendo planes... todo lo que había gastado el amo... sus esperanzas de formar parte de los mejores círculos de criadores del Sur... todas esas aves, magníficamente entrenadas para vencer a cualquier animal con alas. Tragando por segunda vez, dijo. -Sí, señor.

CAPITULO 93

Trabajar solo con las aves era tan extraño y solitario qué el Gallito George se preguntaba cómo habría podido hacerlo el tío Mingo durante veinticinco años, antes que él se le hubiera unido. "Cuando el amo me compró", le había dicho el viejo, "y empezó a aumentar el número de aves, él decía todo el tiempo que me iba a conseguir ayuda, pero no lo hacía nunca, y de cualquier manera, para mí los gallos son mejor compañía que las personas". Aunque George también quería a las aves tanto como podía quererlas cualquiera, para él nunca tomarían el lugar de la gente. Y necesitaba a alguien que lo ayudara a él, se decía, y no para que le hiciera compañía.

A él seguía pareciéndole que el mejor candidato era Virgil. Eso haría que todo quedara en la familia, y podría entrenar al muchacho igual que el tío Mingo lo había entrenado a él. Pero como no tenía ningún apuro de vérselas con Matilda y Kizzy para conseguirlo, George trataba de pensar en alguien que él conociera y que pudiera persuadir al amo a que lo comprara de su actual dueño. Pero sabía que un amo criador de aves de riña tendría que estar muy necesitado de dinero para pensar siquiera en vender a su entrenador, especialmente a un competidor como el amo Lea. Así que empezó a pensar en los negros que veía en las riñas inferiores, pero la mayoría eran entrenadores, como él, que hacían pelear las aves de sus amos; los demás, como sus aves, eran de tercera categoría, o personajes dudosos que hacían reñir muy buenas aves adquiridas de cualquier modo. Había visto a muchos libertos que eran realmente buenos, y que se contrataban por día, semana, mes y hasta por un año, pero sabía que de ninguna manera el amo Lea iba a permitir que ni el mejor enterrador, si era un liberto, pusiera los pies en su plantación. Así que no había alternativa. Por fin, una noche, se animó a traer el tema a colación en su casa.

-Antes que digas que no lo soportas, quiero que me oigas, mujer. La próxima vez que el amo quiera que yo lo acompañe en algún viaje, seguramente me dirá: "Ve y trae a tu hijo mayor aquí". Y cuando eso ocurra, Virgil se tendrá que quedar para siempre con los pollos. a menos que el amo decida que no, pero nosotros no tenemos de cualquier modo nada que decir... -Hizo una seña para evitar que Matilda lo interrumpiera-, ¡Espera! ¡No quiero que me interrumpas! Estoy tratando de decirte que es mejor que el muchacho vaya ahora. Si yo lo llevo, se puede quedar para que yo le enseñe a dar de comer a las aves para que lo haga cuando yo me vaya, y que luego me ayude a ejercitarlos durante el entrenamiento. Luego, el resto del tiempo, la mayor parte del año, puede estar contigo en el campo.

-Al ver la expresión de Matilda, se encogió de hombros, y dijo, con fingida resignación-. ¡Está bien, lo dejo para ti y el amo, entonces!

-Lo que me molesta es que hablas como si Virgil ya fuera grande -dijo Matilda-. ¿No te das cuenta de que el niño tiene solamente seis años? La mitad de tu edad cuando te llevaron con los pollos.

-Hizo una pausa-. Sé que tiene que trabajar ahora que ya tiene seis años. Así que supongo que habrá que hacer lo que dices, por más que me pongo furiosa cuando pienso cómo te acapararon esos pollos.

- ¡Hay que oírlas a ti y a mamá! ¡Es como si los pollos me hubieran robado y me hubieran llevado del otro lado del océano!

-Es lo mismo, si se piensa en todo el tiempo que estás afuera.

- ¡Afuera! ¿Quién está aquí sentado, conversando? ¿Quién ha estado aquí todo el mes?

-Este mes puede ser, pero ¿dónde estuviste antes?

-Si estás hablando de la temporada de riñas, estuve donde me mandó el amo. Si estás hablando de este momento, no bien termine de comer, por supuesto que no me voy a quedar aquí sentado mientras puede entrar alguna rata y comer los pollos, ¡porque entonces sí que tendría que irme!

- ¡Oh! ¿Estás de acuerdo entonces que también te vendería a ti, eh?

- ¡Vendería hasta la señora, si deja que le coman las aves!

-Mira -dijo ella-, hemos discutido lo de Virgil sin pelearnos, así que no busquemos otra causa.

- ¡Yo no soy el que discute, sino tú!

-Está bien, George, ya he terminado, -dijo Matilda, poniendo tazones humeantes sobre la mesa-. Come y apúrate a volver, y yo enviaré a Virgil mañana. A menos que te lo quieras llevar ahora. Puedo ir a buscarlo a la choza de la abuela.

-No, mañana está bien.

No había pasado una semana ya que el Gallito George se dio cuenta de que su hijo mayor no se sentía, en absoluto, fascinado por las aves de riña, como él de niño. A pesar de sus seis años, parecía inconcebible que después de completar una tarea, Virgil se fuera a jugar solo o se sentara en algún lugar sin hacer nada. Luego, Virgil saltaba cuando su padre exclamaba, enojado: -¡Levántate! ¿Qué te crees que es esto? ¡No son chanchos, sino aves de riña!-. Entonces Virgil desempeñaba aceptablemente cualquier tarea que le diera, pero luego volvía a sentarse o a jugar. Furioso, George se acordaba que de niño pasaba el poco tiempo libre que tenía yendo de jaula en jaula, admirando los gallos, arrancando pasto y cazando langostas para alimentarlos, pues todo le parecía excitante.
Aunque las enseñanzas del tío Mingo habían sido de carácter profesional, y frío, (daba una orden, seguida por un silencio de atención, luego otra orden) George decidió probar un nuevo enfoque con Virgil, con la esperanza de que resultara. Había decidido hablarle.
-¿Qué hacías tú solo, allá?
-Nada, papá.
-¿Se portan bien ustedes, obedecen a mamá y a la abuela?
-Sí, señor.
-Les dan bien de comer, ¿eh?
-Sí, señor.
-¿Qué te gusta más?
-Cualquier cosa que cocine mamá, señor.
El muchacho carecía por completo de imaginación. Usaría una táctica distinta.
-Quiero que me cuentes la historia de tu bisabuelo, como la otra vez.
Virgil lo hizo, obedientemente, pero sin entusiasmo. George se sintió deprimido. Después de quedarse pensativo por un momento, el muchacho preguntó: -Papá, ¿has visto tú al bisabuelo?
-No, yo no -contestó, esperanzado-. Sé lo que tú sabes, porque me lo contó la abuela.
- ¡Ella iba en el cabriolé con él!
- ¡Así es! Era su papá. Tú también contarás a tus hijos que te sentabas entre los pollos con tu papá.
Eso pareció confundir a Virgil, que se quedó callado.
Después de otras tentativas parecidas, George se dio por vencido,
la esperanza de que llegara a tener mejor suerte con Ashford, George o Tom. Sin decir a nadie su desilusión con Virgil, decidió, con pena, utilizar al muchacho para las tareas sencillas que había discutido con Matilda, en lugar de tratar, inútilmente, de entrenarlo como asistente permanente, como había sido su intención original.
Cuando el Gallito George vio que Virgil dominaba la tarea de dar de comer y beber a los gallos en los rediles tres veces por día, se lo devolvía a Matilda, para que empezara a trabajar en el sembrado, y eso parecía gustarle al muchacho. El Gallito George nunca se hubiera atrevido a mencionarlo a Matilda, Kizzy o los otros, pero sentía un desprecio profundo por el trabajo en los sembrados, que veía como una rutina interminable bajo el sol hirviente, arrastrando bolsas de algodón, sacando constantemente gusanos del tabaco, y aporreando los tallos de maíz para forraje, siguiendo incansablemente las estaciones. Riendo, recordó el dicho del tío Mingo: "Si me dan a elegir entre un buen sembrado de maíz o de algodón, y un buen gallo de riña, eligiría el gallo, sin dudar". Era estimulante el solo pensar en que dondequiera se anunciara una riña -en el bosque, en un pastizal, o detrás de algún granero- inmediatamente el aire mismo se animaba, a medida que los galleros empezaban a converger, con sus aves que no dejaban de cacarear roncamente, desesperadas por ganar o morir.
Ahora, en el verano, que no era la temporada, cuando las aves estaban cambiando de plumas, sólo había trabajo rutinario que hacer, y el Gallito George se fue acostumbrando

gradualmente a no tener a nadie con quien hablar, excepto los gallos, especialmente el veterano, nada más que canutos, que había sido el preferido del tío Mingo. Dentro de un año o dos, reflexionaba George, el viejo gallo se va a ir a juntar con el tío Mingo, dondequiera que se reúnan los viejos galleros con sus aves después de la muerte. ¿Qué le habría pasado a la primera ave del amo, ésa que se había sacado con la rifa de veinticinco centavos, y que lo había iniciado en el oficio, hacía cuarenta años? ¿La habría matado en una riña? ¿O había muerto, como los gallos honorables, de viejo? ¿Por qué no se lo preguntó nunca al tío Mingo? Debía acordarse de preguntarle al amo. ¡Hacía más de cuarenta años! El amo le había dicho que tenía diecisiete años cuando ganó el ave. Así que ahora tenía cincuenta y seis o cincuenta y siete años, unos treinta más que él. Pensando en el amo, que era dueño de las personas y de las aves, durante toda la vida, empezó a pensar cómo sería no pertenecer a nadie. ¿Cómo se sentiría uno siendo "libre"? No debía ser muy bueno, o el amo Lea, como la mayoría de los blancos, no odiaría tanto a los libertos. Pero luego se acordó de algo que le había dicho una negra libre de Greensboro, que le había vendido aguardiente. "Cada uno de nosotros, los negros libres, somos prueba viviente para ustedes, los negros de las plantaciones, que aunque uno sea negro, no tiene por qué ser esclavo. Tu amo no quiere que pienses así". Durante sus soledades, con los pollos, el Gallito George empezó a pensar en eso detenidamente. Decidió ponerse a conversar con algunos de los libertos que veía siempre pero que hasta entonces había ignorado, cuando iba a la ciudad con el amo.

Caminando a lo largo del cerco, dando de comer y de beber a los gallos, el Gallito George disfrutaba, como siempre, de los cloqueos inmaduros de enojo que le dirigían los de un año, como si estuvieran ensayando su futuro salvajismo en el reñidero. Cada vez pensaba más en lo que significaba pertenecer a otra persona.

Una tarde, mientras andaba inspeccionando a las aves del terreno, decidió divertirse practicando su imitación casi perfecta del canto dé un gallo. Como siempre en el pasado, eso traía, de inmediato, a un furioso defensor que llegaba cantando también y sacudiendo la cabeza de aquí para allá en busca del intruso rival que acababa de oír. Hoy fue igual. Pero el magnífico ejemplar que apareció entre la maleza en respuesta a su canto se quedó aleteando con furia durante casi medio minuto antes de que su canto pareciera horadar la tarde otoñal. El sol brillante resplandecía contra el iridiscente plumaje. Tenía un porte poderoso, feroz, ojos penetrantes y patas amarillas, con espolones letales. Cada onza, cada pulgada del animal simbolizaba su osadía, su espíritu y su libertad de manera tan dramática que el Gallito George se fue, jurando que ese gallo nunca debía ser apresado y entrenado. Debía quedarse allí, con sus gallinas, entre los pinos, ¡libre e intocable!

CAPITULO 94

La nueva temporada de riñas se acercaba rápidamente, pero el amo Lea no había mencionado a Nueva Orleáns. El Gallito George no esperaba que lo hiciera, en realidad; sabía, de alguna manera, que ese viaje no se iba a realizar. Pero él y el amo causaban una gran impresión cuando aparecían en su brillante coche, hecho especialmente, con sus doce jaulas. Y seguían con buena suerte. El amo Lea ganaba, como promedio, entre cuatro y cinco riñas, y George, también, con las aves inferiores, en el condado de Caswell. Era una temporada atareada, además de provechosa, pero dio la casualidad que George estaba en casa ese año cuando nació su quinto hijo. Matilda dijo que a este le quería poner el nombre

de James. Dijo que era su discípulo favorito. El Gallito George asintió, riendo interiormente.
Cada vez que él y el amo Lea salían de viaje ahora, oía hablar con creciente amargura contra los blancos. En el último viaje un liberto le había contado a George acerca de Osceola, jefe de los indios seminóles, en el estado de Florida. Cuando los blancos capturaron nuevamente a la esposa negra de Osceola, que era una esclava que había logrado huir, el jefe organizó un grupo de guerreros de dos mil indios y esclavos prófugos para que emboscaran a un destacamento del ejército de los Estados Unidos. Mataron más de cien soldados, según se lo contaron, y ahora una fuerza mayor del ejército andaba tras Osceola y sus hombres, que estaban huyendo por los pantanos de Florida, abriendo fuego desde sus escondites.
Durante la primavera del año siguiente, cuando George regresó de un viaje, trajo una noticia extraordinaria. -Me lo dijo el negro que trabaja como ordenanza en el palacio de justicia de la ciudad. ¡El nuevo presidente, Van Burén, ha ordenado al ejército que eche a todos los indios del otro lado del Mississippí!
-¡Va a ser el río Jordán de los indios, entonces! -dijo Matilda.
-Eso les pasa a los indios por permitir la llegada de los blancos a este país, por empezar -dijo el tío Pompey-. Todos sabemos que en este país al principio no había más que indios, que pescaban y cazaban y se peleaban entre sí. Luego empezaron a llegar los barcos con los blancos, todos haciendo señas y sonriendo. ¡Eh, pieles rojas! ¿Nos dejan echar una siesta con ustedes y comer un bocado, y todos vamos a ser amigos? ¡Apuesto a -que ahora esos indios están arrepentidos de no haber trasformado a esos barcos en puercoespines con sus flechas!
-Pero a veces había buenas noticias, también, sólo que esta vez lo aguardaban a él de regreso de un viaje en 1837: Acababa de nacer su sexto hijo varón. Matilda le puso Lewis, pero después de enterarse de dónde había salido el nombre de James, George decidió no hacer preguntas. Kizzy se mostraba menos contenta a medida que iban naciendo más nietos. Esta vez dijo: -¡A mí me parece que ustedes no van a tener otra cosa que varonesl
-Mamá Kizzy, bastante mal estoy para oírte quejar -exclamó Matilda desde la cama.
-¡No me quejo! Amo a mis nietos, y lo sabes. ¡Pero me parece que podrían tener por lo menos una niña!
El Gallito George rió. -¡Vamos a empezar a trabajar para darte una niña, mamá!
-¡Vete de aquí! -exclamó Matilda.
Pero sólo pasaron unos meses y sólo con ver a Matilda todos se dieron cuenta de que George había cumplido su promesa.
-¡Hmm! ¡Se ve muy bien que ese hombre ha estado todo el tiempo en su casa! -comentó la hermana Sarah-. ¡Los gallos no fueron! -dijo la señorita Malizy.
Cuando volvieron los dolores del parto a su mujer, George, que esperaba, oyó, entre las quejas de su mujer, los gritos de su madre: "¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Jesús!". Eso le bastó para darse cuenta de que por fin era padre de una nena.
Aun antes de que la lavaran, Matilda le dijo a su abuela que ella y George habían decidido, hacía años, que su primera hija se llamaría Kizzy.
-¡No he vivido en vano! -gritaba de vez en cuando la abuela. Su felicidad fue completa cuando al día siguiente el Gallito George reunió a su familia y volvió a contar la historia del bisabuelo Kunta Kinte frente a los seis muchachos y a la niña Kizzy en su falda.
Una noche, como dos meses después, cuando todos los niños dormían por fin, George preguntó: -Tilda, ¿cuánto dinero tenemos ahorrado?
Ella lo miró, sorprendida: -Un poquito más de cien dólares.
-¿Nada más?

- ¡Nada más! ¡Y gracias que tenemos eso! ¿No te vengo diciendo desde hace años que por la forma en que gastas casi no vale la pena ahorrar?
-Está bien, está bien -dijo él, culpable.
Pero Matilda siguió con el tema. -Sin contar lo que has ganado y gastado, que yo nunca he visto, y que era cosa tuya, ¿no quieres adivinar cuánto me has dado para que ahorrara desde que nos casamos, y que luego me quitabas?
-Está bien, ¿cuánto?
Matilda hizo una pausa efectista. -Entre tres mil y cuatro mil dólares.
George silbó de sorpresa. ¿Tanto?
Al ver cómo cambiaba su expresión, ella pensó que nunca lo había visto tan serio en los doce años de casados. -Allá solo -dijo él, por fin-, he estado pensando en muchas cosas... -. Hizo una pausa. A ella le pareció que se avergonzaba de lo que estaba a punto de decirle. -He estado pensando que si pudiéramos ahorrar bastante, podríamos comprar nuestra libertad.
Matilda estaba demasiado sorprendida para hablar.
Él hizo un gesto de impaciencia. -Me gustaría que sacaras el lápiz, para hacer las cuentas, en lugar de mirarme con esos ojos.
Aún alelada, Matilda trajo un pedazo de papel y un lápiz y se sentó a la mesa.
-El primer problema -dijo él- es que lo único que se puede hacer es calcular lo que pediría el amo por todos nosotros. Por nosotros dos y los niños. Empieza contigo. En la ciudad, sé que los que trabajan en el campo cuestan alrededor de mil dólares. Las mujeres cuestan menos, así que digamos ochocientos por ti...-. Se puso de pie y se inclinó para inspeccionar lo que escribía Matilda. Luego se volvió a sentar. -Luego digamos que el amo nos deja los niños, los ocho, por unos trescientos dólares cada uno...
- ¡Tenemos sólo siete! -dijo Matilda.
-Ese que me dijiste que ya sientes en la panza hacen ocho.
- ¡Oh! -dijo ella, sonriendo. Hizo la suma-. En total, dos mil cuatrocientos...
-¿Por los niños nada más? -Había duda e indignación en la voz. Matilda volvió a hacer la suma-. Ocho por tres es veinticuatro. Más ochocientos por mí, hace un total, de tres mil.
-¡Uf!
-¡No te sorprendas todavía! ¡El más caro eres tú! -Lo miró-. ¿Cuánto crees que costarás?
La cosa era seria, pero no pudo resistir preguntar a ella. -¿Cuánto crees tú que valgo?
-Si lo supiera, hubiera tratado de comprarte al amo yo. -Los dos rieron-. George, no sé como es que estamos hablando de estas cosas. ¡Sabes perfectamente bien que el amo nunca te vendería!
Él no contestó de inmediato. Pero luego dijo: -Tilda, nunca te he dicho esto, pues sé que no quieres siquiera que nombre al amo. Me ha hablado muchas veces de que cuando tenga suficiente para construir la casa que quiere, con seis columnas en el frente, entonces él y la señora podrían vivir de la cosecha, y entonces dejaría el negocio de las aves, porque dice que ya está volviéndose demasiado viejo para todas las preocupaciones que le dan.
-Tendría que verlo para creerlo, George. ¡Ni él ni tú van a dejar nunca a esos pollos!
- ¡Te estoy diciendo lo que él dice! ¡Si escucharas! El tío Pompey dice que el amo tiene unos sesenta y tres años. Dentro de cinco, seis años... no es fácil para un viejo correr de aquí para allá haciendo reñir los gallos. Yo tampoco le creía, hasta que pensé en eso, y entonces sí, podría dejarnos ir, especialmente si le damos bastante dinero para su casa.
-Hmm -gruñó Matilda, sin convicción-. Está bien, hablemos del asunto. ¿Cuánto pediría por ti?
-Bueno... -En su expresión había orgullo y dolor a la vez-. Bueno, un negro, que conduce el cabriolé del amo Jewett me juró una vez que oyó decir a su amo que había ofrecido cuatro mil dólares por mí...

- ¡Uff!- Matilda estaba alelada.
-Ves, ¡ni siquiera sabías qué valioso es el negro con el que duermes! -Volvió a ponerse serio-. Yo no le creo a ese negro. Me parece que inventó esa mentira para ver si yo era lo suficientemente tonto para tragármela. De todos modos, calculemos según lo que pagan por los negros con los mejores oficios, como carpinteros y herreros. Valen entre dos y tres mil dólares, y eso lo sé muy bien... -Hizo una pausa, observando el lápiz que se movía-. Anota tres mil... -Volvió a hacer una pausa-. ¿Cuánto sería todo? Matilda sacó la cuenta. Dijo que entonces el total para comprar la familia entera sería seis mil doscientos dólares. -¿Y la mamá Kizzy?
- ¡Ya voy a llegar a mamá! -dijo con impaciencia. Pensó-. Mamá se está poniendo bastante vieja, así que va a costar menos...
-Este año cumple cincuenta -dijo Matilda.
-Pon alrededor de seiscientos dólares-. Observó el movimiento del lápiz-. ¿Cuánto es ahora?
Matilda se concentró. -Ahora son seis mil ochocientos dólares.
- ¡Uf! ¡Me empiezo a dar cuenta de que los negros valemos dinero para los blancos! -George habló muy despacio-. Me parece que lo puedo ganar en las riñas. Claro que va a haber que esperar y ahorrar durante mucho tiempo... -Notó el desconcierto de Matilda-. Sé en qué estás pensando -dijo-. La señorita Malizy, la hermana Sarah y el tío Pompey.
Matilda se mostró agradecida porque él se había dado cuenta. Él dijo: -Fueron mi familia antes que fueran la tuya...
- ¡Jesús, George! -exclamó ella-, un hombre solo no puede comprar a todos, pero yo no podría irme y dejarlos.
-Tenemos mucho tiempo, Tilda. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.
-Es verdad, tienes razón. -Miró las cifras que había escrito-. George, no puedo creer que hayamos estado hablando de estas cosas... -Comenzaba a atreverse a tener esperanzas. Los dos, juntos, por primera vez discutían un asunto fundamental de la familia. Sintió necesidad de dar vuelta a la mesa y abrazarlo con todas su fuerzas. Pero sentía demasiadas cosas para poder moverse, ni siquiera hablar, por unos momentos. Luego preguntó: -George, ¿como es que empezaste a pensar en esto?
Él se quedó callado durante un momento. -Estaba solo, y entonces empecé a pensar más, como te dije...
-Bueno -dijo ella- es muy lindo.
-¡No vamos a ninguna parte! -exclamó él-. ¡Todo lo que hacemos es ayudar a que el amo vaya a alguna parte! -Matilda tenía ganas de gritar "¡Aleluya!", pero se quedó callada. -He estado hablando con los negros libres cuando voy a la ciudad con el amo -siguió diciendo George-. Dicen que los negros libres del Norte están mejor que nadie. Viven en barrios, cada uno en su propia casa, y tienen buenos empleos. ¡Yo sé que puedo conseguir un buen empleo! ¡Hay muchas riñas en el Norte! Hay negros famosos, que entrenan gallos, y que viven en la ciudad de Nueva York, como un tal tío Billy Roger, un tío Pete que tiene muchísimas aves y su propio reñidero, y otro que llaman el "negro Jackson", que tiene gallos que nadie ha vencido, o muy poco-. Dijo algo que sorprendió más aún a Matilda. -Y quiero que mis hijos aprendan a leer y escribir, como tú.
- ¡Mejor que yo, espero, si Dios quiere! -exclamó Matilda, con los ojos brillantes.
-Y quiero que aprendan oficios. -Sonrió de pronto, haciendo una pausa dramática-. ¿Qué te parece tener tu propia casa, con tus muebles y tus cosas? ¿Qué te parece cuando la señora Tilda invite a las otras negras libres a tomar el té a la mañana, y todas se sienten, mientras tú arreglas las flores? ¿Eh?
Matilda casi se muere de risa. -¡Hombre, sí que eres loco!-.

-Cuando terminó de reír, se dio cuenta de que lo quería más que antes-. Dios me ha dado esta noche lo que necesitaba. -Con los ojos llorosos, puso su mano entre las de él-. ¿Piensas realmente que podremos hacerlo, George?
- ¿Por qué crees que he estado diciendo todas estas cosas, mujer?
- ¿Recuerdas lo que te dije la noche en que decidimos casarnos?
-Vio por su expresión que no se acordaba-. Te dije algo del primer
capítulo de Ruth. Te dije: "Donde tú vayas, allí iré yo, y donde vivas, viviré; tu gente será mi gente...". ¿No te acuerdas que te dije eso?
-Sí, creo que sí.
-Bueno, nunca lo he sentido más que ahora.

CAPITULO 95

Sacándose el sombrero hongo con una mano, el Gallito George entregó a su amo con la otra, un pequeño recipiente para el agua que parecía hecho de alambre trenzado. -Mi hijo Tom, el que nombramos en su honor, amo, ha hecho esto para su abuela, pero yo quería que usted lo viera.
Dubitativamente, el amo Lea tomó el recipiente del asa de asta de vaca y la miró rápidamente. - ¡Ahá! -gruñó, sin comprometerse.
George se dio cuenta de que debía insistir. -Sí, señor, la hizo con alambre tejido herrumbrado, amo. Lo calentó y lo empezó a doblar y luego fundió un alambre con otro, hasta que le dio la forma. Ese Tom siempre ha sido muy hábil, amo...
Volvió a interrumpirse, esperando alguna respuesta, que no llegó.
Viendo que tendría que revelar sus intenciones sin lograr la ventaja táctica de una reacción positiva ante la artesanía de Tom, George se animó. -Sí, señor, este muchacho está tan orgulloso de llevar su nombre, amo, que creemos que si le da la oportunidad, sería un buen herrero para usted...
El amo Lea expresó desaprobación al instante, como por reflejo, pero eso avivó la determinación de George de no fallar a Matilda y Kizzy, a quienes había prometido ayudar a Tom. Sabía que tendría que mencionar lo que más atraería al amo Lea: las ventajas económicas.
-Amo, ¡piense en el dinero que gasta todos los años en herreros, y que podría ahorrar! No le hemos dicho que Tom ya le ha estado ahorrando dinero, afilando las azadas y hoces, y muchas otras herramientas, y arreglando todo lo que se rompe. Le digo esto porque cuando usted me mandó a lo de Isaíah, el negro herrero, para que pusiera las gomas de las ruedas en el coche, me estaba diciendo que hace años que el amo Askew le está prometiendo un ayudante, que necesita muchísimo, pues trabaja y hace mucho dinero para su amo. Me dijo que con mucho gusto enseñaría el oficio a un buen muchacho, así que en seguida pensé en Tom. Si aprendiera, amo, no sólo haría todo lo que necesitamos en la casa, sino que podría hacer trabajos para afuera y ganar mucho dinero para usted, como Isaíah para el amo Askew.
George estaba seguro que había interesado al amo, pero sin embargo este no manifestó nada. -Me parece que este hijo tuyo pierde mucho tiempo con estas cosas, en lugar de trabajar -dijo el amo Lea, entregándole la jarra.
-Tom no ha faltado ni un día desde que empezó a trabajar en el campo, amo. ¡Esto lo hace los domingos, o cuando no está trabajando! Desde pequeño está haciendo y arreglando cosas, como si lo llevara en la sangre. Todos los domingos va a ese cobertizo que se ha

hecho detrás del granero y se pone a martillar. En realidad, teníamos miedo que molestara con el ruido a usted o a la señora.
-Bueno, lo pensaré -dijo el amo Lea, volviéndose y alejándose de repente, y dejando al Gallito George parado solo, confundido y frustrado (a propósito, seguramente) con el recipiente de metal en la mano.
La señorita Malizy estaba sentada en la cocina pelando nabos cuando entró el amo. Se volvió un poco, sin pararse, como lo hubiera hecho en otros tiempos. Él ya no decía nada, pues había alcanzado tantos años de servicio que ciertas infracciones eran permitidas.
El amo Lea fue directamente al grano. -¿Qué sabes de ese muchacho llamado Tom?
- ¿Tom? ¿Quiere decir el Tom de Tilda, amo?
-Bueno, ¿cuántos hay? Ya sabes al que me refiero.
La señorita Malizy sabía perfectamente por qué se lo preguntaba. Unos minutos antes, la abuela Kizzy le había contado que el Gallito George no sabía cómo había reaccionado el amo ante su propuesta. Bueno, ahora lo sabía. Su opinión del joven Tom era tan alta (y no solamente porque le hubiera hecho nuevos ganchos para colgar sus cacerolas) que decidió vacilar antes de contestar, para parecer imparcial.
-Bueno -dijo por fin-, una no lo eligiría en medio de una multitud si tuviera ganas de conversar con alguien, amo, porque el muchacho habla poco. Pero puedo asegurarle que es el más inteligente de todos los jóvenes, y el mejor, además. -La señorita Malizy hizo una pausa-. Y cuando crezca va a ser más hombre que su padre, en muchos sentidos.
-¿Qué quieres decir? ¿En qué sentido?
-Como hombre, amo, más sólido, y de confianza, y más serio. Va a ser muy buen marido para cualquiera.
-Bueno, espero que no esté pensando en noviar -dijo el amo Lea, sondeándola-, porque recién se lo he permitido al mayor... ¿cómo es que se llama?
-Virgil, amo.
-Sí. Y todos los fines de semana se escapa para acostarse con la muchacha de la plantación de Curry, cuando tendría que estar trabajando.
-No, señor, Tom no. Es demasiado joven para pensar en eso, y me parece que no va a ser muy rápido para eso cuando crezca, por lo menos, hasta que encuentre a la muchacha que quiera.
-Eres demasiado vieja pasa saber cómo son los muchachos de hoy en día -dijo el amo Lea-. No me sorprendería si abandonaran el arado y la mula en el campo para correr tras alguna muchacha.
-Estoy de acuerdo con usted si se refiere a Ashford, amo, porque persigue a las mujeres, igual que lo hacía su padre. Pero Tom no es así.
-Está bien. Si es como dices, el muchacho puede servir.
-Cualquiera le diría lo mismo, amo. -La señorita Malizy disimuló su júbilo-. No sé por qué me pregunta acerca de Tom, pero es el mejor de todos los mayores.
El amo Lea le dio la noticia al Gallito George cinco días después.
-He hecho un arreglo para que tu Tom duerma en la plantación de los Askew -anunció con solemnidad-, para hacer un aprendizaje de tres años con ese negro herrero Isaíah.
George estaba tan contento que tuvo que contenerse para no tomar al amo y hacerlo dar vueltas. En lugar de eso, sonrió de oreja a oreja y empezó a manifestar su agradecimiento.
-Es mejor que no te equivoques con ese muchacho, George. En base a lo que me dijiste, lo recomendé muy especialmente al amo Askew. Si no es tan bueno como aseguras, lo traeré de vuelta y te voy a romper la cabeza, y si se porta mal, o traiciona mi confianza de cualquier manera, los degollaré vivos a los dos. ¿Me entiendes?
-No lo va a decepcionar, amo. Se lo aseguro. Es igualito a mí.
-Por eso tengo miedo. Que prepare sus cosas y esté listo para salir a la mañana.

-Sí, señor. Y gracias, señor. Nunca se va a arrepentir.
No bien se fue el amo, el Gallito George corrió a la choza, henchido de orgullo. Cuando les dio la buena noticia estaba tan contento, que no vio las sonrisas astutas y las miradas que intercambiaron Matilda y Kizzy, que eran quienes lo habían incitado a hablar con el amo en primer lugar. Pronto se paró a la puerta y empezó a gritar: -¡Tom! ¡Tom!
-¡Sí, papá! -La respuesta llegó de atrás del granero.
-¡Ven aquí, muchacho!
Un momento más tarde Tom abría la boca y los ojos. La increíble noticia era una sorpresa total, pues nadie había querido que se sintiera decepcionado si no resultaba. Pero por más contento que estaba, las felicitaciones de todos lo turbaron tanto, que se fue tan pronto pudo, en parte para poder apreciar el hecho de que su sueño se había hecho realidad. No había notado, mientras estaba en la choza, que sus hermanitas, Kizzy y Mary habían corrido a dar la noticia a todos sus hermanos.
El larguirucho Virgil volvía de sus tareas en el granero antes de partir para la plantación de su flamante esposa; simplemente gruñó algo en voz baja y pasó a su lado. Tom sonrió, pues Virgil vivía ofuscado desde que había saltado la escoba.
Pero Tom se puso tenso al ver que se acercaba el fornido y poderoso Ashford, de dieciocho años, seguido por sus hermanos James y Lewis. Después de una hostilidad permanente entre él y Ashford, Tom no se sorprendió de su amargura.
-¡Siempre fuiste el preferido! ¡Adulas a todos para conseguir favores! ¡Ahora te vas, riéndote de nosotros, que nos quedamos trabajando en el campo! -Hizo un ademán, como si fuera a pegarle, haciendo que James y Lewis emitieran un sonido entrecortado-. ¡Me voy a desquitar, ya verás! -Ashford se fue bajo la mirada de Tom, que estaba seguro que algún día iban a tener que ajustar cuentas.
Del "Pequeño George", Tom recibió otra clase de amargura.
- ¡Ojalá yo estuviera en tu lugar, porque papá me mata trabajando, nada más que porque tengo el mismo nombre, y cree que también debo estar loco por los pollos! ¡Odio esas aves malolientes!
Después que Kizzy, de diez años, y Mary, de ocho, desparramaron la noticia, empezaron a seguirlo toda la tarde, demostrando claramente que Tom era su hermano adorado y predilecto.
A la mañana siguiente, después de despedir a Tom, que iba con Virgil en la carreta, Kizzy, la hermana Sarah, y Matilda empezaron el trabajo en el campo cuando la abuela Kizzy observó: -Cualquiera que nos hubiera visto lloriqueando allí habría pensado que no íbamos a volver a ver a ese chico.
-¡Hmm! ¡Ya no es un chico, querida! -exclamó la hermana Sarah-. ¡Tom ya es un hombre!

CAPITULO 96

Con un pase especial que le había dado el amo Lea, Virgil colgó un farol en la carreta y condujo toda la noche, antes del Día de Acción de Gracias, para traer a Tom de la plantación de los Askew para la gran cena, después de una ausencia de nueve meses. Mientras el carro entraba en el sendero de los Lea, esa fría tarde de noviembre, y Virgil daba un latigazo a la mula para que apurara el paso, Tom tuvo que contener las lágrimas al ver las chozas familiares y a todos a los que tanto echaba de menos, parados, allí, esperándolo. Habían empezado a agitar los brazos en señal de saludo, gritando, y unos

momentos después, tomando la bolsa de regalos que había hecho con sus propias manos para cada uno de ellos, Tom saltó al suelo en medio de los abrazos y besos de las mujeres.
- ¡Bendito sea!... ¡Se lo ve tan bien!... ¡Fíjate en esos brazos, y en los hombros!... ¡Abuelita, déjame besar a Tom!... ¡No lo aprieten, que yo también quiero besarlo!
Por encima de ellas, Tom vio a sus dos hermanos menores. James y Lewis, con expresión solemne; sabía que el Pequeño George estaba con los pollos, junto a su padre, y Virgil le había dicho que Ashford tenía permiso del amo para visitar a una muchacha en otra plantación.
Luego vio al tío Pompey, que se lo pasaba generalmente en la cama, sentado fuera de su choza en una vieja silla de junco, cubierto por una frazada abrigada. No bien pudo desprenderse, Tom corrió a estrechar la mano temblorosa y entumecida del viejo, agachándose para oír la voz cascada, que hablaba casi en un susurro.
-Quería asegurarme de que en verdad habías vuelto para vernos, muchacho...
-Sí, tío Pompey, ¡y estoy muy contento de haber venido!
-Muy bien, te veré más tarde -dijo el viejo con su voz temblona.
Tom no podía controlar las emociones. En sus dieciséis años, no sólo nunca lo habían tratado como a un hombre, sino que tampoco había sentido tanto el amor y el respeto de toda su familia.
Sus dos hermanitas seguían tironeándolo y haciendo alboroto cuando se oyó una voz familiar a la distancia.
-¡Dios mío, ahí viene el señor Gallo! -exclamó Matilda, y las mujeres corrieron a poner la comida del Día de Acción de Gracias sobre la mesa.
Cuando el Gallito George, que venía a las zancadas, vio a Tom, se puso enloquecido de alegría. -¡Mira quién ha venido a casa!-, Palmeó a Tom con fuerza en la espalda. -¿Has empezado a ganar dinero?
-No, todavía no, papá.
-¿Qué clase de herrero eres que no ganas nada? -quiso saber George, simulando sorpresa.
Tom recordó que siempre su padre tendía a exagerar las cosas, expresándose de una manera ampulosa. -Me falta mucho para ser herrero, papá, recién estoy aprendiendo- dijo.
- ¡Bueno, dile a ese negro Isaíah que yo digo que se apure y que te enseñe algo!
-Sí, señor -dijo Tom mecánicamente, pensando por un momento que probablemente nunca llegaría a saber ni la mitad de lo que sabía el señor Isaíah, y que se esforzaba por hacerle aprender. Preguntó: -¿No viene a cenar con nosotros el Pequeño George?
-Tal vez llegue a tiempo, y tal vez no -dijo el Gallito George-. Es demasiado holgazán para terminar lo que le di para hacer a primera hora de esta mañana, y le dije que no lo quiero ver por acá hasta que no termine su trabajo. -El Gallito George caminó hasta la choza del tío Pompey-. Me alegro de verlo afuera, tío Pompey. ¿Cómo se siente?
-Mal, hijo, bastante mal. Soy un viejo que ya no sirve para nada, eso es todo.
-¡No me venga con esas cosas! -gritó el Gallito George, y riendo, se volvió a Tom-: ¡Tu tío Pompey es uno de esos negros como lagartos, que viven hasta los cien años! Estuvo bastante enfermo dos o tres veces desde que te fuiste, pero cada vez que las mujeres empiezan a lloriquear y a aprontarse para enterrarlo, ¡se sana en seguida!
Los tres se estaban riendo cuando se oyó la voz de la abuela Kizzy. -¡Traigan al tío Pompey a la mesa ya!-. Aunque estaba frío, las mujeres habían puesto la mesa bajo el castaño para que todos juntos pudieran gozar de la cena del Día de Acción de Gracias.
James y Lewis alzaron la silla del tío Pompey, mientras la hermana Sarah corría, solícita, detrás.
- ¡No lo dejen caer, que todavía no está tan viejo como para no darles una patada! -dijo el Gallito George.

Cuando todos estaban sentados, aunque era el Gallito George quien estaba sentado en la cabecera, fue a Tom a quien Matilda dijo:
-Hijo, bendice la mesa. -El sorprendido Tom deseó haber pensado por anticipado en esa eventualidad, para tener preparada alguna oracion que expresara sus emociones ante el calor y la fortaleza de la familia. Pero añora que todos habían inclinado la cabeza, no pudo pensar mas que en decir-: Señor, bendice esta comida que vamos a comer, te lo pedimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.
- ¡Amen!... ¡Amén! -dijeron todos. Luego Matilda, la abuela Kizzy y la hermana Sarah empezaron a ir y venir, depositando fuentes y platos humeantes sobre la mesa, a intervalos, pidiendo a todos que se sirvieran, antes de volver a sentarse. Durante varios minutos nadie habló. Todos estaban ocupados comiendo con ruiditos aprobatorios. Luego, después de un rato, cuando Matilda o Kizzy volvieron a llenar los platos con carne caliente, verduras y maíz, o llenar los vasos con leche fresca, todos empezaron a hacer preguntas a Tom.
-Pobrecito, ¿te dan bien de comer? ¿Quién te hace la comida? -preguntó Matilda.
Tom masticó antes de contestar. -La esposa del señor Isaíah, la señora Emma.
- ¿De qué color es, cómo es? -preguntó Kizzy.
-Es negra, más bien gorda.
- ¡Eso no tiene nada que ver con su manera de cocinar! -rió el Gallito George-. ¿Cocina bien, muchacho?
-Bastante bien, sí señor -dijo Tom.
- ¡Pues no tan bien como tu madre! -dijo, cortante, la hermana Sarah. Tom murmuró-: No -pensando cómo se hubiera indignado la señora Emmá de oírlos, y la indignación de ellos si se enteraran que ella cocinaba mejor.
-Ella y ese herrero, ¿son buenos cristianos?
-Sí, lo son -dijo él-. Especialmente la señora Emma, ella ha leído la Biblia muchas veces.
Tom estaba terminando su tercer plato cuando su madre y la abuela le sirvieron más, a pesar de que él decía que no con la cabeza. Logró protestar débilmente: -¡Guarden un poco para el Pequeño George cuando llegue!
- ¡Hay mucho para él y lo sabes! -dijo Matilda-. Come un poco más de conejo frito... un poquito más de coles... y de zapallo. Y la señorita Malizy mandó un flan de la cena que está sirviendo en la casa grande. Ya saben lo rico que es...
Tom había empezado a comer el flan cuando el tío Pompey se aclaró la garganta para hablar, y todos hicieron silencio para oírlo.
-Muchacho, ¿has empezado a herrar caballos y mulas?
-Me dejan sacarles las herraduras, pero todavía no se las pongo -dijo Tom, pensando que el día anterior había sido necesario mancar a una mula malísima para poder herrarla. En voz alta, el Gallito George dijo-: ¡No debe haber recibido bastantes patadas de mulas para aprender! Es fácil equivocarse cuando se hierra, a menos que se sepa bien lo que se hace. Oí decir que un negro herrero puso las herraduras al revés, ¡y el caballo no hacía más que retroceder!-. Cuando dejó de reír de su propio chiste, el Gallito George preguntó:
-¿Cuánto cobran por poner herraduras?
-Me parece que le pagan al amo Askew catorce centavos por herradura -dijo Tom.
- ¡No se gana tanto como con los gallos! -exclamó el Gallito George.
- ¡Bueno, dan más utilidad los herreros que los pollos! -dijo la abuela Kizzy, con un tono tan cortante que Tom sintió ganas de abrazarla. Ella prosiguió, con un tono tierno-: ¿Qué hace el hombre para que aprendas el oficio?
Tom se alegró de que hiciera la pregunta, porque quería que su familia tuviera idea de lo que hacía. -Bueno, abuelita, todas las mañanas, temprano, tengo que encender el fuego de la fragua, que debe estar listo para cuando llega el señor Isaíah. Luego saco las

herramientas que sé que va a necesitar para las tareas que va a hacer. Porque cuando se trabaja con hierro al rojo, no se lo puede dejar enfriar mientras se busca la herramienta...
- ¡Señor, el chico ya es un herrero! -exclamó la hermana Sarah.
-No -dijo Tom-. Soy un aprendiz. Si el señor Isaíah está haciendo algo pesado, como un eje de carro, o rejas de arado, entonces yo doy con el mazo donde él me indica. Y a veces, si es algo sencillo, él me deja terminar mientras empieza otra cosa.
- ¿Cuándo te va a dejar herrar caballos? -preguntó el Gallito George, volviendo a insistir, como si quisiera avergonzar a su hijo, pero él sonrió. -No sé, papá, pero supongo que será cuando vea que lo puedo hacer sin su ayuda. Como dijiste, cuando haya recibido bastantes patadas. En realidad, algunos animales no sólo patean, también muerden, así que hay que tener cuidado.
- ¿Van hombres blancos a esa herrería, hijo? -preguntó la hermana Sarah.
-Sí, señora, muchos. Casi todos los días vemos doce o más, conversando, mientras esperan que el señor Isaíah les termine algún trabajo.
- ¿Qué noticias les ha oído decir, ya que nosotros nos enteramos de tan poco aquí encerrados?
Tom pensó un rato, tratando de recordar cuáles habían sido noticias importantes para el señor Isaíah y la señora Emma últimamente. -Bueno, hay algo que llaman telégrafo. Un amo llamado Morse, en Washington, habló claramente con alguien en Baltimore. Dicen que dijo: "¿Qué ha forjado Dios?". Pero yo no entendí qué quería decir.
Todas las cabezas se volvieron hacia Matilda, la experta en la Biblia, pero ella pareció perpleja. -No estoy segura -dijo, incierta-, pero me parece que nunca he leído nada parecido en la Biblia.
-De alguna manera, mamá -dijo Tom-, parece que no tiene nada que ver con la Biblia. Fue algo que dijo desde lejos, a través del aire.
Les preguntó si alguno sabía que hacía unos meses el presidente Polk había muerto de diarrea en Nashville, Tennessee, y lo había sucedido el presidente Zachary Taylor.
-¡Todo el mundo sabe eso! -exclamó el Gallito George.
-Bueno, si sabes tanto, yo nunca lo he oído -dijo agudamente la hermana Sarah.
Tom dijo: -Los blancos, especialmente los jóvenes cantan canciones como nosotros, pero cantadas por un amo, Stephen Fóster-. Tom cantó lo que se acordaba del "Viejo negro Joe", "Mi viejo hogar en Kentucky", y "El amo está en la fría tierra".
-¡Son como las de los negros! -exclamó la abuela Kizzy.
-El señor Isaíah dice que el amo Fóster creció escuchando a los negros que cantaban en las iglesias y en los barcos y muelles- dijo Tom.
Les contó que en un estado lejano, llamado California, decían que había dos hombres que estaban construyendo un aserradero cuando descubrieron una riqueza increíble de oro y ahora había una multitud de personas que acudían en carretas, o mulas, y hasta a pie a ese lugar, donde decían que se podía sacar oro con la pala.
Dijo por fin que en el Norte había grandes debates sobre el tema de la esclavitud entre dos blancos llamados Stephen Douglas y Abraham Lincoln.
-¿Cuál de los dos apoya a los negros? -preguntó la abuela Kizzy.
-Bueno, parece que el amo Lincoln, según entiendo yo -dijo Tom.
-¡Que Dios lo bendiga y le dé fuerzas! -dijo Kizzy.
Haciendo ruido con los dientes, el Gallito George se puso de pie, pegándose en la barriga y se volvió a Tom. -Escucha, muchacho, ¿por qué no estiramos las piernas después de la comida?
-Sí, papá-. Tom casi tartamudeó, casi sin poder disimular su sorpresa.
Las mujeres, que no estaban menos sorprendidas, intercambiaron miradas extrañadas al ver al Gallito George y a Tom empezar a caminar por el sendero. La hermana Sarah exclamó: -

¡Dios mío! ¿Se dan cuenta de que ese muchacho está tan alto como su padre?-. James y Lewis vieron partir a su padre y a su hermano, muertos de envidia, pero no se animaron a ir con ellos. Pero las dos hijas menores, Kizzy y Mary no pudieron resistir seguirlos a unos ocho o diez pasos.
Sin mirar hacia atrás, el Gallito George ordenó: -¡Vuélvanse a ayudar a mamá con los platos!
- ¡No, papá! -rogaron a coro.
- ¡Vayan ya!
Tom se volvió a medias para echar una mirada afectuosa a sus hermanitas, y les dijo con dulzura: -¿No oyeron a papá? Las veremos después.
Dejando atrás las quejas de las niñas, siguieron caminando en silencio por un rato. Luego el Gallito George habló con aspereza:
Te darás cuenta de que no hablaba en serio en la mesa, que estaba bromeando.
-Si, señor -dijo Tom, sorprendiéndose por las palabras de su padre, que importaban una disculpa-. Sabía que estabas bromeando.
Con un gruñido, el Gallito George dijo: -¿Qué te parece si vamos a echar una mirada a las aves? A ver por qué sigue allí ese George de porquería. Es capaz de haber cocinado algún pollo para su cena de Acción de Gracias.
Tom rió. -El Pequeño George es un buen muchacho, papá. Sólo que es un poco lento. Me ha dicho que no quiere a los pollos tanto como tú-. Tom hizo una pausa, luego se animó a dar su opinión. -¡Supongo, que nadie en el mundo los ama como tú!
Pero el Gallito George estuvo de acuerdo de inmediato. -Nadie de esta familia, por lo menos. Probé con todos, excepto contigo. Parece que mis otros hijos están muy contentos con pasarse toda la vida yendo de un extremo del campo al otro, mirándole el culo a las mulas. -Pensó un momento-. Yo tampoco diría que tu trabajo como herrero es la gran vida, pero por lo menos es cosa de hombres.
Tom se preguntó si su padre respetaba seriamente cualquier cosa que no fuera su oficio. Se sentía agradecido por haberse refugiado en el oficio de herrero, sólido y estable. Pero ahora dijo, evasivamente: -No veo que haya nada malo en trabajar en el campo, papá. Si nadie trabajara en el campo, nadie comería. Yo me dediqué a la herrería, como tú a tus gallos de riña, porque me gusta, y espero que el Señor me dé habilidad. No a todos les gusta hacer lo mismo.
-Bueno, por lo menos tú y yo tuvimos el sentido de poder hacer dinero en el trabajo -dijo el Gallito George.
Tom replicó: -Tú ganas dinero. Yo no voy a ganar nada durante dos años, hasta que termine el aprendizaje y empiece a trabajar para el amo, es decir, si me da dinero, como te da a ti cuando vas a hacer reñir los descartes.
-¡Claro que te dará dinero! -dijo el Gallito George-. El amo no es malo, como dicen tu madre y tu abuela. Puede ser terco, claro. Hay que aprender a tratarlo para descubrir su lado bueno, como hago yo, hacerle creer que uno lo considera un amo de mucha clase, que ayuda a sus negros. -El Gallito George hizo una pausa-. ¿Tienes idea cuánto dinero le da al negro Isaíah por su trabajo como herrero el amo Askew?
-Creo que un dólar por semana -dijo Tom-. He oído decir a la esposa del señor Isaíah que eso es lo que él le da por semana para que ahorre, y ella guarda hasta el último penique.
-¡Yo gano más por minuto, con los gallos! -exclamó el Gallito George, pero se contuvo-. Bueno, déjame la parte dinero a mí cuando vengas a trabajar para el amo. Yo le voy a decir lo mezquino que es ese amo Askew con su negro.
-Sí, señor.
El Gallito George tenía la extraña sensación de que quería tener el apoyo, incluso la aprobación de este hijo, no porque los otros cinco fueran malos. Por otra parte, éste era el

que menos probabilidades tenía de ponerse algo como la bufanda verde y el sombrero hongo negro con la pluma larga. Se debía a que su Tom poseía un sentido de responsabilidad que no era muy común, además de resistencia y fortaleza inusuales.
Siguieron caminando un rato en silencio hasta que el Gallito George dijo de repente: -¿Has pensado en poner tu propia herrería alguna vez, muchacho?
- ¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría hacer eso, papá?
-¿Nunca has pensado en ahorrar dinero para tratar de comprar tu libertad?
Al ver que Tom estaba demasiado sorprendido para contestar, el Gallito George siguió hablando.
-Hace unos años, para la época en que nació la pequeña Kizzy, tu mamá y yo nos pusimos a calcular cuánto costaría comprar la libertad de toda la familia, según los precios de los negros entonces. Se necesitaban seis mil ochocientos dólares...
-¡Uff! -Tom meneó la cabeza.
- ¡Déjame terminar! -dijo George-. ¡Claro que es mucho! Pero desde entonces, me he estado matando para ganar dinero en las riñas, y tu madre ha estado ahorrándolo. No he ganado tanto como pensaba, pero de cualquier manera nadie lo sabe, excepto tu madre y yo. ¡Tiene más de mil dólares enterrados en latas en el patio de atrás!-. El Gallito George miró a Tom-. Muchacho, he estado pensando...
- ¡Yo también, papá!-. Los ojos de Tom centelleaban.
-¡Escúchame, muchacho!-. Él Gallito George habló con tono apremiante ahora-. Si sigo ganando como en las últimas temporadas, puedo llegar a tener trescientos o cuatrocientos dólares más para cuando empieces a trabajar como herrero para el amo.
Tom asentía, entusiasmado. -¡Y papá, si los dos ganamos dinero, mamá podría enterrar quinientos, o tal vez seiscientos por año!
- ¡Sí! -exclamó el Gallito George-. Y así, a menos que los precios de los negros aumenten mucho, podríamos juntar para comprar la libertad de todos en... veamos...
Los dos sacaron cuentas, con ayuda de los dedos. Al rato, Tom exclamó: -¡Como en quince años!
-¿Dónde aprendiste a contar tan rápido? ¿Qué te parece mi idea, muchacho?
- ¡Papá, voy a trabajar hasta caer rendido! ¡Ojalá me hubieras dicho algo de esto antes!
-¡Ahora que somos dos, sé que podremos hacerlo! -dijo George, radiante-. ¡Vamos a hacer que esta familia mejore! Nos iremos al Norte, vamos a tener hijos y nietos libres, como se debe... ¿Qué dices muchacho?
Los dos estaban profundamente conmovidos. Impulsivamente se abrazaron. Entonces vieron la figura regordeta del Pequeño George que se acercaba al trotecito, gritando "¡Tom! ¡Tom!", con una sonrisa de oreja a oreja. Sin aliento, tomó a Tom de las manos, lo palmeó en la espalda, y se quedó sonriendo, con las mejillas lustrosas de sudor. -Me... alegro... de... verte, Tom- dijo por fin.
-¡Tranquilízate, muchacho! ¡No te van a quedar fuerzas para comer! -le dijo el Gallito George.
-Para... eso... nunca... estoy... cansado, papá.
-¿Por qué no vas a comer, entonces? -dijo Tom-. Nosotros ya iremos después. Tenemos que conversar con papá.
-Está bien. Hasta... luego -dijo el Pequeño George, que no necesitó más recomendaciones.
-¡Es mejor que te apures! -gritó el Gallito George-. ¡No sé cuánto tiempo puede mamá guardar lo que quedó sin que se lo coman tus hermanos!
Al ver que el Pequeño George echaba a correr con todas sus fuerzas, Tom y su padre se echaron a reír hasta verlo desaparecer en una curva.
-Mejor calculemos dieciséis años -dijo el Gallito George,
- ¿Por qué? -preguntó Tom, preocupado de pronto.

-De la manera en que come ese muchacho, nos va a llevar un año más alimentarlo.

CAPITULO 97

En el recuerdo del Gallito George, nada había causado tanta excitación entre los criadores de gallos de riña del estado de Carolina del Norte, como una noticia que circuló en noviembre de 1855: el rico amo Jewett tenía como huésped en su casa a un noble inglés, adinerado, y también criador de aves de riña, que había traído consigo a través del océano a treinta de sus purísimas aves, de raza inglesa, que se decía eran las mejores del mundo. Según la noticia, el inglés, sir C. Eric Russell, había aceptado la invitación del amo Jewett de hacer pelear sus aves contra las mejores de los Estados Unidos. Como eran viejos amigos, preferían no hacer pelear sus respectivas aves entre sí, y habían decidido escoger veinte gallos cada uno para aceptar el desafío de cuarenta aves cuyos dueños, en conjunto, tuvieran dinero para aceptar la apuesta de $ 30.000. La apuesta lateral mínima por cada riña sería de $ 250. Otro criador local se comidió para organizar los cuarenta competidores, aceptando sólo cinco aves de ocho criadores, es decir, otros siete aparte de él.

No fue necesario que el amo Lea comunicara a su veterano entrenador que él participaría en las riñas.

-Bueno -dijo cuando regresó a la plantación después de llevar su parte, $ 1875-, tenemos seis semanas para entrenar cinco gallos. -Sí, señor, podremos hacerlo, creo -replicó el Gallito George, tratando, sin éxito, de no parecer demasiado entusiasmado. Aparte de la. emoción que sentía con sólo pensar en la competencia, el Gallito George comunicó con regocijo a toda su familia reunida que el hecho le había quitado veinticinco años de encima al amo Lea-. ¡El amo dice que es la riña donde va a cambiar de manos más dinero que en ninguna otra a la que él haya ido en su vida, y la segunda de la que haya tenido noticia!

- ¡Bah! ¿Y cuál fue más grande? -preguntó el tío Pompey.

El Gallito George dijo: -Hace como veinte años el rico amo Nicholas Arrington que vive cerca de Nashville, Tennessee, llevó once carros cubiertos, veintidós hombres y trescientas aves a través de quién sabe cuántos estados, sin pensar en los indios y en los bandidos, hasta llegar a México. Hicieron reñir las aves contra otras trescientas que pertenecían al presidente de México, el general Santa Ana, que tenía tanto dinero que no podía contarlo, y que criaba las mejores aves del mundo. ¡El amo dice que las riñas duraron toda una semana! El premio era tan alto que todo el dinero no cabía en Un baúl. El amo dice que las apuestas laterales podían arruinar hasta al hombre más rico. Al final, el amo Arrington de Tennessee ganó alrededor de quinientos mil dólares. A sus gallos los llamaba "Tonys Tullidos" por su entrenador tullido, llamado Tony. Y el general Santa Ana quería tener un Tony Tullido para reproductor, ¡y pagó su peso en oro!

-Veo que me conviene dedicarme al negocio de los pollos -dijo el tío Pompey.

Durante las seis semanas siguientes, casi nadie vio al Gallito George y al amo Lea. -¡Es mejor que el amo se quede con esos pollos, aunque la señora está muy enojada! -dijo la señorita Malizy a los otros al final de la tercera semana-. La oí gritarle porque había sacado cinco mil dólares del banco. Dijo que era la mitad de lo que habían ahorrado en toda la vida, y chilló y chilló, diciendo que él quería darse la vida de los grandes amos que tienen mil veces más que él. -Después de gritarle a la señora para hacerla callar, el amo se había ido de la casa-, dijo la señorita Malizy.

Atendiendo con el ceño fruncido, pero sin decir nada, estaban Matilda y Tom, de veintidós años, que hacía cuatro había regresado a la plantación y tenía una herrería detrás del

granero, donde atendía a muchos clientes para el amo Lea. A punto de estallar de ira, Matilda había confiado a su hijo que el Gallito George le había exigido los dos mil dólares de ahorro, obteniéndolos, y que se los iba a entregar al amo para que los apostara a su nombre a las aves de él. Matilda también había chillado, desesperada por hacer razonar al Gallito George. "¡Parecía un loco!", dijo a Tom. "¡Me gritó que conocía a esos pollos desde el huevo, y que había tres o cuatro que ningún otro gallo podía vencer! Dijo que no iba a dejar pasar esta oportunidad para duplicar nuestros ahorros en lo que canta un gallo. Dijo que dos minutos podían equivaler a ocho o nueve años de trabajo".
"¡Mamá, sé que le dijiste a papá que tendríamos que volver a empezar si los galios perdían!", había dicho Tom.
"¡Y no sólo le dije eso! ¡Le dije que no tenía derecho a apostar nuestra libertad! Pero se puso furioso, y gritaba que era imposible perder, y exigía el dinero". Matilda se lo dio.
En los rediles, el Gallito George y el amo Lea terminaron de escoger entre diecisiete aves las diez mejores. Eran los mejores gallos que habían visto. Empezaron a entrenarlos, a hacerlos volar alto, hasta que ocho llegaron a elevarse seis metros del suelo. -Parece que estuviéramos entrenando pavos silvestres, amo -dijo el Gallito George.
- ¡Van a tener que ser buitres para pelear contra los gallos de Jewett y del inglés! -dijo el amo.
Cuando faltaba una semana para la gran riña, el amo se fue, y regresó al día siguiente con seis pares de las mejores púas que se podían conseguir, de acero sueco, largas como navajas, y terminadas en puntas como agujas.
Después de un último examen, dos días antes de la riña, cada una de las ocho aves parecía tan perfecta, que no había forma de escoger las cinco mejores. Así que el amo decidió llevar las ocho y elegir a último momento.
Dijo al Gallito George que partirían a la medianoche siguiente para llegar temprano y poder descansar, tanto ellos como las aves, pues el viaje era largo, y era mejor estar frescos para las riñas. El Gallito George sabía que el amo estaba tan ansioso en llegar como él. El largo viaje en la oscuridad fue sin peripecias. Mientras miraba el farol que brillaba y se mecía al final de la vara, entre las dos mulas, el Gallito George pensaba en la pelea reciente con Matilda por el dinero. Se dijo que él sabía mejor que ella los años de paciente ahorro que representaba esa suma. ¿No lo había ganado él todo apostando en las riñas? Nunca había creído que Matilda no fuera la mejor de las esposas, así que se arrepentía por haberle gritado, disgustándola de esa manera. El amo había tenido que hacer lo mismo en la casa grande. Había momentos en que el jefe de la familia debía tomar las decisiones importantes y difíciles. Volvió a oír la queja de Matilda: "¡George, no tienes derecho a apostar nuestra libertad!" ¡Qué rápido había olvidado que había sido él el que pensó primero en ahorrar para comprar la libertad! Y después de todos esos años de ahorro, era un regalo del cielo que el amo le dijera que necesitaba más dinero para apostar, no sólo para hacer ostentación ante esos amos ricos y ampulosos, sino para ganar dinero. El Gallito George sonrió al pensar con agrado en la expresión de incredulidad del amo cuando le dijo: "Yo tengo dos mil dólares ahorrados que puede apostar, amo". Después de salir de su asombro, el amo Lea había tomado y apretado la mano de su entrenador, jurándole que al Gallito George recibiría hasta el último centavo que ganara apostando ese dinero, declarando: "¡Deberías doblarlo, por lo menos!". El amo había vacilado. "¿Muchacho, ¿qué vas a hacer con cuatro míl dólares?"
En ese instante el Gallito George había decidido arriesgarse, revelar por qué había estado ahorrando: "Amo, no quiero que me entienda mal, porque no tengo más que cariño por usted, amo. Pero yo y Tilda hemos estado hablando y hemos decidido tratar de comprarle a nuestros hijos, y también a nosotros mismos, para pasar en libertad el resto de la vida". Al

ver el desconcierto del amo, el Gallito George había implorado; "¡Por favor, amo, no me interprete mal...!".
Pero luego, en una de las mejores experiencias de toda la vida del Gallito George, oyó decir a su amo: "Muchacho, te voy a decir lo que he estado pensando yo desde que surgió esta riña. Creo que va a ser la última para mí. No te habrás dado cuenta, pero tengo setenta y ocho años. Hace más de cincuenta que voy y vengo, año tras año, preocupándome con estas aves, criándolas y haciéndolas pelear. Estoy harto. ¡Me oyes! Con lo que gane en esta riña, creo que Voy a tener bastante para hacer otra casa, no la mansión con que soñaba antes, sino una con cinco o seis habitaciones, pero nueva. No necesitamos más. Y no había pensado hasta que tú lo mencionaste, pero entonces no tendría sentido tener tantos negros. Nada más que Sarah y Malizy para cocinar y cuidar el jardín, y entonces tendríamos suficiente dinero en el Banco para no tener que pedir nada a nadie...".
El Gallito George se había quedado sin respiración. El amo Lea siguió: "Así que te voy a decir una cosa, muchacho. Tú me has servido fielmente, y nunca me has dado ningún problema. Si ganamos esta riña, si por lo menos doblamos el dinero, me das lo que tienes, los cuatro mil dólares, y listo. ¡Y sabes perfectamente que los negros cuestan el doble! En realidad, nunca te lo dije, pero ese ricachón Jewett una vez me ofreció cuatro mil dólares por ti, y lo rechacé. Si, y todos pueden irse libremente, si eso es lo que quieren.
Llorando, el Gallito George se abalanzó para abrazar al amo Lea, que se hizo a un lado turbado. "¡Oh Dios, amo, no sabe lo que ha dicho! ¡Queremos tanto ser libres!". El amo Lea había respondido, con voz ronca: "Bueno, no sé qué harán ustedes los negros, libres, sin nadie que los cuide. Sé que mi mujer me va a hacer la vida imposible, diciendo que los estoy regalando. Ese herrero Tom solamente vale dos mil quinientos dólares, y además me hace ganar dinero.
El amo empujó bruscamente al Gallito George. "Basta, negro, antes que cambie de idea. ¡Diablos! ¡Debo estar loco! Pero espero que tu mujer y tu madre y los demás negros se den cuenta de que no soy tan malo como dicen".
"No, señor, no señor. ¡Gracias, señor!" El Gallito George fue retrocediendo mientras el amo Lea se dirigía por el sendero a la casa grande.
El Gallito George deseaba que el amargo altercado con Matilda no hubiera ocurrido. Había decidido mantener en secreto lo que sabía, para que Matilda, su mamá y la familia entera supieran la noticia de la libertad como sorpresa absoluta. Como estaba a punto de estallar con tal secreto, varias veces estuvo a punto de decirle a Tom, pero a último momento se arrepintió, pues aunque Tom era de confianza, era tan apegado a su madre y a su abuela que podía hacerles jurar que guardarían el secreto, lo que arruinaría todo. También se pondrían a pensar en el punto debatible de la cuestión: según lo que había dicho el amo, habría que dejar atrás a la hermana Sarah, la señorita Malizy y el tío Pompey, aunque eran parte de la familia como cualquiera de los demás.
Así que durante las semanas siguientes, el Gallito George, solo con su secreto, se había abocado en cuerpo y alma a afilar a la perfección las ocho aves que ahora viajaban silenciosamente detrás de él y el amo Lea en el gran carro, hecho por encargo, que rodaba por el camino solitario en medio de la oscuridad. De vez en cuando el Gallito George se preguntaba en qué estaría pensando el amo Lea, que estaba tan callado, lo que no era común.
Con las primeras luces del día divisaron la enorme y diversa multitud que, tan temprano, se había desparramado por toda el área y las praderas circundantes. Seguían llegando carros, coches, cabriolés, carretas y mulas y caballos que bufaban.
-¡Tom Lea! -Un grupo de blancos pobres gritaron al ver al amo bajar del carro-. ¡Gánales, Tom! -Mientras se encasquetaba el sombrero hongo negro, el Gallito George vio que el amo los saludaba amistosamente, pero sin detenerse. Sabía que las reacciones del amo

oscilaban entre el orgullo y la turbación, por su fama entre los blancos pobres. Después de medio siglo, el amo Lea era una leyenda en las riñas locales, pues, aun a los setenta y ocho años, su habilidad con los gallos no se había visto disminuida.
El Gallito George no había oído nunca un bullicio igual de cacareos y cantos. Empezó a preparar todo. Un esclavo que pasaba, entrenador también, se detuvo y le dijo que entre la multitud había hombres que habían viajado días para llegar desde estados tan distantes como Florida. Mientras hablaban, el Gallito George vio que la zona destinada a los espectadores era el doble de lo común, pero ya estaba abigarrada de personas que querían asegurarse un asiento. Entre los que pasaban junto al carro vio muchas caras desconocidas, tanto blancas como negras, y también muchas conocidas. Estábil orgulloso de que lo conocieran tantas personas, que por lo general codeaban a sus acompañantes, murmurando algo.
La excitación de la inmensa muchedumbre llegó a su punto álgido cuando aparecieron tres jueces, que fueron al reñidero y empezaron a medir y a marcar las líneas de partida. Se oyó un murmullo general cuando se escapó un gallo y empezó a atacar furiosamente a todos cuanto encontró en su camino, haciendo gañir de dolor a un perro que quiso atajarlo, hasta que por fin pudieron arrinconarlo y agarrarlo. Los murmullos de la multitud aumentaban con cada uno que llegaba y que lograban identificar, especialmente el resto de los ocho criadores locales que competirían contra los amos Russell y Jewett.
-Yo nunca he visto a un inglés, ¿y tú? -oyó decir el Gallito George a un blanco pobre. También oyó hablar de la riqueza del Inglés, que no sólo tenía una inmensa propiedad, sino posesiones en lugares llamados Escocia, Irlanda y Jamaica. El amo Jewett se habia jactado que su amigo era famoso por hacer pelear a sus aves en cualquier momento y lugar, contra quien se atreviera, y por cualquier suma.
El Gallito George estaba cortando varias manzanas en pedacitos para dárselas a las aves cuando de repente oyó el rugido de la multitud. Parándose de pronto en el carro, reconoció el birlocho endoselado que se acercaba, conducido por el cochero negro del amo Jewett, de expresión insondable. En el birlocho venían los dos amos ricos, sonriendo y saludando a la multitud que se agolpaba alrededor del coche, hasta que los dos caballos casi iguales no pudieron seguir adelante. Detrás venían seis carros, cada uno lleno de jaulas; conducía el primero el entrenador blanco del amo Jewett, al lado del cual iba un blanco delgado, de nariz afilada, que alguien dijo, había traído el inglés para que se ocupara de sus aves.
Pero el mayor foco de atención de la multitud acordonada era el noble inglés, extrañamente vestido, bajo, fornido y de cara rubicunda, que viajaba junto al amo Jewett en el birlocho. Los dos parecían importantes, grandes señores. El inglés parecía desplegar un toque extra de desdén y arrogancia hacia la multitud apretujada.
El Gallito George había estado en tantas riñas que se ocupó de masajear las patas y alas de las aves, pues sabía por experiencia que los distintos ruidos de la multitud le avisarían lo que iba a suceder, sin necesidad de mirar. Pronto un arbitro ordenó que se acallaran los gritos y silbidos que revelaban que muchos ya habían estado empinando el codo.
Luego oyó el primer anuncio. -El señor Fred Rudolph de Williamstown va a hacer pelear su gallo colorado contra el gris moteado de sir C. Eric Russell de Inglaterra.
Luego: -¡Tomen los gallos!
Y luego: -¡Soltarlos! -El griterío de la multitud, seguido de un silencio reverente, le indicó, como si hubiera estado mirando, que la pelea había sido ganada rápidamente por el gallo del inglés.
A medida que cada uno de los ocho desafiantes hacían reñir sus cinco aves, por turno, contra las del amo Jewett, o las del inglés, el Gallito George nunca había oído tantos rugidos: eran las apuestas laterales. Las batallas que se libraban en el reñidero eran igualadas por las luchas verbales que tenían lugar entre la multitud y los arbitros, que

ordenaban silencio. De vez en cuando los gritos de la multitud informaban al Gallito George que ambas aves habían sido heridas de gravedad, y los árbitros interrumpían la riña para que los propietarios las curaran antes de que prosiguiera la pelea. George se daba cuenta por el rugido especial de la multitud cuándo vencían a un ave de los ricos, lo que no sucedía a menudo, y se preguntaba con nerviosismo cuándo le tocaría el turno al amo Lea. George suponía que los jueces escogían el orden de los desafiantes sacando papelitos con sus nombres de un sombrero.

Le hubiera encantado ver alguna riña, pero se arriesgaba tanto: no iba a dejar de masajear ni por un instante. Pensó la fortuna que iba a apostar el amo, dentro de la cual estaban sus años de ahorro. Todo, en las aves cuyos músculos estaba sobando con los dedos. Aunque sólo cinco pelearían, no había forma de adivinar cuáles, así que las ocho debían estar en un estado físico óptimo, perfecto. El Gallito George no había rezado muchas veces en su vida, pero ahora lo hizo. Trató de imaginar la expresión de Matilda, primero cuando al regresar echara en su delantal el dinero, por lo menos duplicado, y luego cuando le pidiera que reuniera a su familia, porque entonces les iba a anunciar que eran libres.

Luego oyó el grito del arbitro: -Las siguientes aves son las del señor Tom Lea, del condado de Caswell.

A George se le subió el corazón a la boca. Tomándose el sombrero hongo, saltó del coche, pues sabía que ya llegaría el amo para elegir el primer gallo.

-¡Tooom Lea! -Entre el griterío de la multitud oyó el acento inconfundible de los blancos pobres. Unos cuantos hombres, sin dejar de gritar, salieron de la multitud para rodear al amo. Él llegó al carro entre ellos, y poniéndose las manos como campana alrededor de la boca, para que lo oyera, el amo gritó-: ¡Estos hombres nos van a ayudar a llevarlas hasta el reñidero!

-Sí, señor amo.

George volvió a subir de un salto al carro, entregando las ocho jaulas a los compañeros del amo, todos blancos pobres, pensando que en sus treinta y siete años de hacer reñir gallos nunca había cesado de maravillarse ante la apariencia de serenidad absoluta del amo en momentos de tensión, como el presente. Pronto todos atravesaban la multitud. El amo Lea llevaba el espléndido gallo de plumaje oscuro brillante que había elegido como primer competidor, y el Gallito George en la retaguardia, llevando la canasta de mimbre con remedios, piel de panza de conejo, hojas frescas de hiedra, glicerina, tela de araña y aguarrás. Tenían que empujar con más fuerza a medida que se iba acercando al reñidero, entre los gritos de "¡Tom Lea!" de los borrachos, o el comentario. "¡Ese es el negro Gallito George!". George sentía los ojos clavados en él como si fueran alfileres, lo que le gustaba, pero seguía caminando, sin mirar, tratando de aparentar serenidad, igual que el amo.

El Gallito George vio al noble inglés, bajo y fornido, parado como casualmente cerca del reñidero, sosteniendo un ave magnífica sobre el brazo, sin perder detalle de la pequeña procesión que se acercaba. Después de saludar con una seca inclinación de cabeza al amo Lea, Russell puso su ave sobre la balanza y el arbitro anunció:

-Cinco libras y quince onzas. -El hermoso gallo tenía un plumaje azul plateado, que fulguraba bajo el sol.

Luego subió el amo con su ave oscura, una de las favoritas del Gallito George. Era poderosa, salvaje, tenía el cuello insertado como si fuera una serpiente de cascabel, ojos asesinos, y estaba desesperada porque la soltaran. Cuando el arbitro anunció "¡Seis libras exactas!", los borrachos partidarios del amo lanzaron una gritería, como si la onza de más significara que ya se había ganado la pelea. -¡TOM Leeeeaaa! ¡Gánale al inglés! ¡Parece engreído! ¡Haz que baje un escalón!

Era evidente que los partidarios del amo Lea estaban borrachos, y el Gallito George vio la turbación del amo y del inglés, que, haciendo como que no oían, se arrodillaron para atar

las púas a las patas de los gallos. Pero los gritos empeoraron: -¿Son pollos o patos los que tiene?... ¡Son pollitos!... ¡Los alimenta con peces! -El inglés estaba enojado. El arbitro había empezado a pasearse, agitando los brazos furiosamente, gritando-, ¡Caballeros! ¡Por favor! -Pero las risas burlonas se generalizaron y las agudezas se hicieron más cortantes-: ¿Dónde dejó la chaqueta roja? ¿También caza zorros?... ¡No, es demasiado lento, camina como una oca!... ¡Más bien como un sapo!

El amo Jewett se adelantó, furioso, enfrentándose al arbitro, agitando las manos en el aire. Sus palabras no se podían oír por el ruido del coro: -¡Tooom Leeaa!... ¡Toom LEA! -Ahora los jueces se unieron al arbitro, yendo de un lado para otro, moviendo los brazos, blandiendo los puños y gritando: -¡La riña se suspende sí no callan! -Poco a poco, los gritos y las risas de los borrachos se fueron acallando. El Gallito George vio que el amo estaba colorado de vergüenza, y que el inglés y el amo Jewett estaban pálidos.

-¡Señor Lea! -Cuando el inglés gritó el nombre en voz alta, con tono cortante, la multitud hizo silencio al instante.

-Señor Lea, los dos tenemos aquí aves soberbias, y me pregunto si usted no querría apostar algo más conmigo, a modo personal.

El Gallito George sabía que los cientos de presentes se dieron cuenta, como él, del tono de condescendencia y venganza disfrazados de buena educación del inglés. Vio que al amo se le enrojecía la nuca al contestar secamente: -Muy bien. ¿Cuál es su propuesta?

El inglés hizo una pausa. Parecía estar pensando antes de hablar. - ¿Le parece bien diez mil dólares?

Dejó que terminaran las exclamaciones de la multitud antes de agregar: -Es decir, a menos que no tenga tanta fe en sus aves, señor Lea. -Se quedó mirando al amo con una sonrisa despreciativa.

Los murmullos de la multitud se convirtieron en un silencio de muerte. Los que estaban sentados se habían puesto de pie ahora. El corazón del Gallito George había dejado de latir. Como un eco distante, oyó las palabras de la señorita Malizy acerca de la furia de la señora por el dinero que el amo había sacado del banco: los cinco mil dólares eran la mitad de todos los ahorros de su vida. El George se dio cuenta de que el amo no se atrevería a apostar esa suma. Pero ¿qué otra respuesta podía dar, para no sentirse completamente humillado ante esa multitud que incluía a todos los hombres que conocía? Compartiendo la agonía del amo, el Gallito George no se atrevió a mirarlo. Después de una eternidad, George no pudo dar crédito a sus oídos.

Había tensión en la voz del amo Lea: -Señor, ¿se atrevería a duplicar la suma? ¡Veinte mil!

La multitud dejó oír gritos de incredulidad entre movimientos agitados, nerviosos. Horrorizado, el Gallito George se dio cuenta de que esa suma representaba todo lo que poseía el amo Lea en el mundo, su casa, su tierra, sus esclavos, además de los ahorros del Gallito George. Vio la expresión de absoluto pasmo del inglés, antes de reponerse. -¡Un verdadero deportista! -exclamó, tendiendo la mano al amo Lea-. ¡Aceptado, señor! ¡A nuestras aves!

De repente el Gallito George entendió: el amo Lea sabía que su magnífica ave oscura iba a ganar. No sólo se iba a hacer inmensamente rico el amo al instante, sino que esa victoria crucial sería una leyenda heroica para todos los blancos pobres, sería un símbolo que significaría que hasta los amos arrogantes, de sangre azul, podían ser vencidos. ¡Ninguno de ellos podría volver a despreciar a Tom Lea!

El amo Lea y el inglés ocuparon su lugar en el reñidero, y en ese instante le pareció al Gallito George que pasaba por su mente la vida entera del ave del amo Lea, Ya de pollo, sus reflejos increíblemente rápido? le habían llamado la atención; luego, al año, su espíritu era tal que constantemente trataba de atacar a los otros por los intersticios del redil. Recientemente, cuando lo trajeron del terreno, en pocos segundos casi había matado al

viejo gallo antes de que pudieran impedirlo. El amo había elegido ese gallo porque sabía que era despierto, agresivo. Por un instante le pareció oír la voz indignada de Matilda: "¡Eres más loco aún que el amo! ¡Lo peor que le puede pasar es que vuelva a ser pobre, pero tú estás arriesgando la libertad de toda tu familia, apostándola a un pollo!".

Luego se adelantaron los tres jueces, colocándose alrededor del reñidero. El arbitro parecía parado sobre huevos. Se sabía por la atmósfera, que se estaba a punto de presenciar un acontecimiento que daría que hablar a todos durante el resto de la vida. El Gallito George vio que el amo y el inglés retenían a sus respectivas aves, con la cara levantada para observar los labios del arbitro. -¡Soltarlos!

El gallo azul plateado y el oscuro se convirtieron en un borrón al abalanzarse, chocando violentamente y rebotando. Aterrizando parados, los dos estuvieron al instante en el aire, arañando con violencia para dar en algún órgano vital. A los picotazos, mientras los espolones se movían a velocidad vertiginosa, se atacaban con una ferocidad que el Gallito George había visto pocas veces igualada. De repente el ave del amo hundió una púa profundamente en uno de los huesos de las alas del azul plateado, visiblemente herido; perdieron el equilibrio, tratando ambos de aflojar el espolón clavado mientras se picoteaban con furor.

- ¡Tomarlos! ¡Treinta segundos! -El arbitro no había terminado de dar la orden cuando el inglés y el amo se precipitaron sobre sus gallos; soltando el espolón clavado, los dos hombres alisaron las plumas de su respectiva ave, se volvieron a poner en la línea de partida, tomándolos de la cola-. ¡Prepararse... Soltarlos!

De nuevo los gallos se encontraron en el aire, desesperados por asestar el golpe fatal, pero sin poder hacerlo antes de volver a caer al piso. El ave del amo trató de voltear a su rival, pero ésta se hizo a un lado, arrancando gritos de la multitud cuando el ave del amo Lea atacaba con todas sus fuerzas, inútilmente. Antes de que pudiera volverse, el ave del inglés ya estaba encima; rodaron furiosamente por el piso, luego lograron pararse, luchando furiosamente, pico a pico, separándose, atacando con toda la fuerza de las alas. Volvieron a elevarse, y a caer, riñendo en el suelo con furia renovada.

¡Se oyó un grito! El ave inglesa había sacado sangre. Había una zona en el buche del ave del amo, que se iba oscureciendo por momentos. Pero rechazó a su rival con golpes de alas, hasta que lo hizo tropezar, y entonces se elevó para matar. Pero nuevamente el ave del inglés se agazapó, evitó el golpe, escapó. El Gallito George nunca había visto unos reflejos tan increíblemente veloces. Pero el ave del amo giró ahora con tanta fuerza que tumbó a su rival, patas arriba. Atacó dos veces en el pecho, sacando sangre, pero el ave del inglés logró elevarse en el aire, y bajó, hiriendo al ave del amo en el pescuezo.

El Gallito George había dejado de respirar mientras las aves peleaban, trazaban círculos, con la cabeza gacha, buscando una apertura. En un revoloteo repentino, se vio que el ave del inglés dominaba a la del amo, castigándola con las alas, sacando más sangre con las púas de acero, pero luego, increíblemente, el ave del amo saltó en el aire y se dejó caer, hundiendo una púa en el corazón de su rival, que se desplomó, convertida en un montón de plumas, con el pico ensangrentado.

Todo pasó tan rápidamente que transcurrió un segundo antes que se oyera el estrépito. Hombres de cara colorada, gritando, saltaban: - ¡Tom! ¡Tom! ¡Ganó! -El Gallito George, que no cabía en si de alegría, vio que rodeaban al amo, lo palmeaban, le estrechaban la mano-. ¡Tooom Leeaa! ¡Tooom Leeaa! ¡Tom LEA!

Vamos a ser libres, pensaba el Gallito George. El hecho de dar pronto la noticia a su familia le pareció increíble, inconcebible. Vio al inglés, con la mandíbula apretada; parecía un bulldog.

- ¡Señor LEA! -Probablemente ninguna otra cosa hubiera aquietado tan rápidamente a la multitud.

El inglés empezó a caminar y se detuvo a unos metros del amo. Dijo: -Su ave luchó brillantemente. Cualquiera de las dos pudo haber ganado. Hacen perfecto juego. Me dicen que usted es la clase de deportista que podría apostar el total en otra riña.
El amo Lea estaba parado, con el rostro pálido.
Durante segundos no se oyó más que el cacareo y el cloqueo de los gallos. La multitud trataba de comprender la potencia de dos criadores que iban a apostar ochenta mil dólares...
Las cabezas se volvieron para mirar al amo Lea. Parecía perplejo, incierto. Por una décima de segundo su mirada rozó al Gallito George, que estaba curando febrilmente al ave herida.
El Gallito George se sorprendió tanto como los demás al oír su propia voz: - ¡Sus gallos vencerían cualquier cosa con alas, amo! -El mar de rostros blancos giró hacia él.
-He oído decir que su fiel negro se cuenta entre los mejores entrenadores, pero yo no confiaría en su consejo. Yo también tengo muy buenas aves.
Las palabras sonaban como si el inglés considerara su pérdida anterior como un juego de niños, como si estuviera mofándose del amo Lea.
El amo Lea habló de una manera muy formal: -Sí, señor. Como usted propone, con mucho placer acepto que el total se apueste en la siguiente riña.
Los siguientes minutos de actividades preparatorias fueron un borron para George. No se oía ni un sonido de la multitud. Nunca había habido nada igual. El Gallito George aprobó completamente cuando el amo Lea indicó con el índice la jaula del ave a la que el Gallito George le había puesto un sobrenombre. -El Halcón, sí, señor -dijo, pues conocía perfectamente la tendencia del ave a tomar al rival con el pico mientras le clavaba los espolones. Era el rival indicado contra aves entrenadas para esquivar expertamente, como se había visto en la riña anterior.
Con el Halcón en los brazos, el amo Lea fue adonde estaba el inglés, con un ave gris. Las dos aves pesaban seis libras exactas.
Cuando se dio la orden de comienzo de la riña, causando el impacto anticipado, en lugar de que cada una de las aves se elevara por el aire, intercambiaron furiosos golpes de alas, y el Gallito George pudo oír los picotazos del Halcón... cuando de pronto, en medio de la pelea el ave del inglés clavó la púa. El ave del amo tropezó y se le cayó la cabeza antes de desplomarse, echando sangre por el pico abierto.
- ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! -El Gallito George se abalanzó, llevándose hombres por delante al dirigirse al reñidero. Bramando como un niño y alzando al mortalmente herido "Halcón", chupó la sangre que se coagulaba rápidamente de su pico. El ave se agitó débilmente, y murió en sus manos. George se puso de pie trabajosamente, sin dejar de gritar, en medio de su angustia, a los tropezones se abrió paso entre la multitud y se dirigió al carro, abrazando el ave muerta.
En el reñidero un grupo de terratenientes palmeaba al inglés, felicitando a él y al amo Jewett. Todos habían vuelto la espalda a la figura acongojada y solitaria del amo Lea, que parecía haber echado raíces, sin sacar la vista de las manchas de sangre que teñían el reñidero.
Volviéndose finalmente, sir C. Eric Russell fue hasta donde estaba el amo Lea, quien levantó lentamente los ojos.
- ¿Qué dice? -musitó.
-Dije, señor, que no fue su día de suerte.
El amo Lea se las arregló para sonreír.
Sir E. Eric Russell dijo: -Con respecto a la apuesta. Es natural que nadie lleve sumas así en el bolsillo. ¿Por qué no arreglamos mañana? En algún momento de la tarde... -Hizo una pausa-. Después de la hora del té, en la casa del señor Jewett.
Torpemente, el amo Lea asintió. -Sí, señor.

El viaje de regreso fue de dos horas. Ni el amo ni el Gallito George dijeron una palabra. Fue el viaje más largo que había hecho George en su vida. Pero al llegar al sendero de la casa, hubiera querido que hubiese sido más lento...
Cuando el amo Lea regresó de la casa del amo Jewett al atardecer siguiente, encontró al Gallito George mezclando alimento para los pollos en la choza que servía de depósito, donde había estado la mayor parte del tiempo desde que los gritos, alaridos y lamentaciones de Matilda de la noche anterior lo habían obligado a huir.
-George -dijo el amo-, tengo algo muy duro que decirte. Hizo una pausa, buscando las palabras-. No sé cómo decirlo, en realidad. Pero tú sabes que nunca tuve el dinero que la gente creía que tenía. En realidad, además de unos pocos miles, todo lo que tengo es la casa, esta tierra, y ustedes los negros.
Va a vendernos, se dio cuenta George.
-Lo malo es -siguió diciendo el amo- que todo eso no es más que la mitad de lo que le debo a ese maldito hijo de perra. Pero me ha ofrecido algo... -El amo volvió a vacilar-. Lo oíste decir lo que había oído de ti. Y hoy me dijo que podía apreciar lo bien que entrenaste los dos gallos que pelearon...
El amo aspiró hondo. George contuvo la respiración. -Bueno, parece que necesita reemplazar a un entrenador que perdió hace poco en Inglaterra, y piensa que sería divertido llevarse de aquí un entrenador negro. -El amo no podía mirar a George en los ojos, y su tono se volvió más abrupto-. Para no hacer más largo este desagradable asunto, acepta lo que tengo en efectivo, la primera y segunda hipoteca en esta casa, y tus servicios en Inglaterra hasta que logres entrenar a otra persona. Dice que será un par de años.
El amo hizo un esfuerzo y miró al Gallito George en la cara.
-¿No te das cuenta cómo me siento yo, George?... No tengo otra alternativa. Me sale barato. Si no acepto, es la ruina, pierdo todo lo que me costó tanto conseguir.
George no encontró palabras. ¿Qué podía decir él? Después de todo, era el esclavo del amo.
-Sé que tú también te has quedado sin un centavo, y pienso recompensarte. Te prometo que mientras tú no estés yo me voy a ocupar de tu mujer y tus hijos. Y cuando vuelvas a casa...
El amo Lea hizo una pausa, se metió una mano en el bolsillo, sacó un papel doblado, lo abrió y se lo dio al Gallito George.
- ¿Sabes lo que es? Me senté y lo escribí anoche. Estás mirando el documento legal que te otorga la libertad. Lo voy a guardar en la caja fuerte para el día en que regreses, muchacho.
Después de observar un momento la misteriosa escritura que cubría la mayor parte de la hoja cuadrada y blanca de papel, el Gallito George siguió luchando por controlar su furia. -Amo -dijo tranquilamente- ¡yo iba a comprar nuestra libertad! Ahora he perdido todo, y usted me manda a través del océano, lejos de mi mujer y mis hijos. ¿Por qué no los deja libres ahora, y luego a mí, cuando yo vuelva?
El amo Lea achicó los ojos. -¡Yo no necesito que me digas lo que debo hacer, muchacho! ¡No es culpa mía que perdieras ese dinero! ¡Estoy ofreciendo hacer demasiado por ti, y eso es lo malo de los negros! ¡Es mejor que cuides la lengua! -El amo se estaba poniendo rojo-. ¡Si no fuera porque has estado toda la vida aquí, ya te habría vendido!
George lo miró, luego meneó la cabeza. -Si toda mi vida significa algo para usted, amo, ¿por qué me la arruina?
Las facciones del amo se endurecieron. -¡Empaca lo que pienses llevar contigo! Partes para Inglaterra el sábado.

CAPITULO 98

Ahora que se había ido el Gallito George, con él se fue la suerte del amo Lea y también su valor. Su fortuna empezó a decaer. Al principio, ordenó al Pequeño George que se ocupara todo el tiempo de las aves, pero para el tercer día, el amo encontró vacíos los recipientes de comida de las aves, y echó al lento y regordete muchacho, amenazándolo. Luego transfirió a Lewis, de dieciocho años, del sembrado, para que se hiciera cargo de las aves. Con el fin de prepararse para lo que restaba de la temporada, el amo Lea se vio obligado a ocuparse de las tareas de entrenamiento, pues Lewis no sabía qué hacer. Acompañaba al amo a las riñas locales, y esos días el resto de la familia se reunía a la noche a aguardar el regreso de Lewis, para que les contara lo que había sucedido.

Lewis siempre decía que las aves del amo habían perdido más riñas que las que habían ganado, y después de un tiempo oyó que la gente decía que Tom Lea estaba pidiendo dinero prestado para las apuestas. -No hay muchos que quieran hablar con el amo. Lo saludan de lejos, y se van en seguida, como huyendo de la peste.

-Sí, ahora que es pobre -dijo Matilda-. ¡Siempre ha sido la misma porquería! -agregó la hermana Sarah.

Todos los esclavos sabían que el amo Lea había vuelto a beber mucho, casi todos los días, y discutía continuamente con la señora Lea.

-¡Ese viejo nunca ha sido tan malo como ahora! -dijo la señorita Malizy a todos los esclavos que la escuchaban una noche-. No hace más que gritar y maldecir. Se pone furioso por cualquier cosa; sólo basta que la señora lo mire. Y cuando él no está, ella se pasa el día entero llorando y diciendo que no quiere volver a oír hablar de pollos...

Matilda escuchaba, vacía de emociones de tanto llorar y rezar desde que se había ido el Gallito George. Miró por un momento a las hijas adolescentes y sus seis fuertes hijos, tres de los cuales ya estaban casados y tenían hijos propios. Luego posó la mirada en su hijo el herrero, Tom, como si quisiera que él dijera algo. Pero la que habló fue Lili Sue, la mujer de Virgil, que estaba embarazada, que estaba de visita de la plantación vecina de los Curry, donde vivía. Había miedo en su voz. -Yo no conozco al amo Lea como ustedes, pero presiento que está a punto de hacer algo terrible-. que hizo un silencio; nadie quería expresar su opinión en voz alta.

Después del desayuno, a la mañana siguiente, la señorita Malizy fue caminando tan rápido como podía desde la cocina a la herrería.

El amo dice que le ensilles el caballo y se lo lleves al frente de la casa, Tom -le dijo, con los ojos visiblemente humedecidos-. Por favor apúrate, porque ha estado diciendo unas cosas terribles a la pobre señora-. Sin una palabra, Tom pronto ató el caballo ensillado a un poste, y ya se iba por un costado de la casa cuando vio salir al amo Lea por la puerta principal. Tenía la cara colorada por la bebida,

a pesar de la hora. Montó con dificultad y se alejó al galope.

Por una ventana medio abierta, Tom podía oír el llanto de la señora Lea. Parecía que se le iba a partir "el corazón. Sintiéndose turbado, siguió camino hasta la herrería. Estaba afilando una punta de arado cuando volvió a aparecer la señorita Malizy.

-Tom -dijo ella-, parece que el amo- se va a matar, si sigue así. Tiene casi ochenta años.

-¿Quiere saber la verdad, señorita Malizy? -respondió él-, me parece que eso es lo que está tratando de hacer, de una manera u otra.

El amo Lea regresó a media tarde, acompañado por otro hombre blanco a caballo, y desde sus respectivos puntos de observación, tanto la señorita Malizy como Tom vieron con sorpresa que no desmontaban para entrar a tomar un trago en la casa, como era la costumbre con los invitados. Los caballos se dirigieron al trote a los rediles de las aves. Una media hora después, Tom y la señorita Malizy vieron reaparecer al visitante solo, con una gallina asustada bajo un brazo, y Tom logró ver la expresión furiosa del hombre.

Durante la reunión nocturna de los esclavos, Lewis relató lo que había ocurrido. -Cuando oí que se acercaban los caballos
-dijo-, me puse a trabajar, para que me viera el amo, y luego desaparecí. Me fui detrás de unos arbustos desde donde podía ver y oír.
-Bueno, después de discutir precios, bastante acaloradamente, llegaron a un acuerdo: cien dólares por una gallina que estaba ampollando. El hombre contó el dinero, luego el amo lo volvió a contar antes de metérselo en el bolsillo. Después volvieron a discutir, porque el hombre dijo que él había entendido que los huevos estaban incluidos en el precio. ¡El amo empezó a maldecir como loco! Corrió, tomó la gallina y con el pie aplastó todos los huevos, haciendo una tortilla. Estaban a punto de irse a las manos, cuando de pronto el otro hombre tomó la gallina y se subió al caballo, diciéndole que le hubiera roto la cabeza al amo, si no fuera tan viejo.
Cada día que pasaba, aumentaba la inquietud de los esclavos. No dormían bien, preocupados por lo que podía ocurrir al día siguiente. Todo ese verano de 1855, y luego durante el otoño, con cada estallido de ira del amo, cada vez que salía, o que regresaba, todos los ojos de los miembros de la familia se volvían hacia Tom, como rogándole que los guiara, pero el herrero de veintidós años no decía nada. Al llegar noviembre, frío, después de una buena cosecha de algodón y tabaco producida por los sesenta y cinco acres de la plantación, que se podría vender a buen precio, un sábado a la tarde Matilda estaba mirando por la ventana cuando vio que se iba el último cliente de Tom. Corrió a la herrería, y él se dio cuenta por esa expresión que conocía desde hacía años, que algo la preocupaba.
¿Que pasa, mamá? -preguntó, mientras cubría con cenizas el fuego de la forja.
-He estado pensando, Tom. Ustedes seis muchachos ya son hombres. Tú no eres el mayor, pero soy tu madre y sé que eres el de mejor cabeza -dijo Matilda-. Además, eres herrero, y ellos labriegos. Así que me parece que debes ser el jefe de esta familia, ahora que hace ya ocho meses que se fue tu padre... -. Matilda vaciló, luego agregó, con lealtad-: Por lo menos, hasta que él vuelva.
Tom estaba sinceramente sorprendido, pues siempre había sido el miembro más reservado de la familia. Aunque él y sus hermanos habían nacido y se habían criado en la plantación del amo Lea, nunca había intimado con ellos, principalmente porque había estado afuera varios años, aprendiendo el oficio, y desde que había vuelto, como hombre, se pasaba todo el día en la herrería, mientras sus hermanos estaban en el campo. Especialmente, casi no tenía ningún contacto con Virgil, Ashford y el Pequeño George, por distintas razones. Virgil, que ahora tenía veintiséis años, pasaba todo el tiempo libre en la plantación vecina, con su mujer Lilly Sue y su hijo recién nacido, al que le habían puesto Uriah. Ashford, de veinticinco años, siempre se había llevado mal con Tom, así que se evitaban; Ashford estaba más amargado que nunca desde que lo había rechazado una muchacha que él quería desesperadamente, diciendo que Ashford era "un negro arrogante". El Pequeño George, de veinticuatro, era realmente gordo, y también estaba de novio con la cocinera de la plantación vecina, que lo doblaba en edad. La familia comentaba, torcidamente, que él cortejaría a cualquiera que le llenara la panza.
El que su madre le hubiera dicho que era el jefe de la familia lo sorprendió más aún porque implicaba que sería el intermediario con el amo Lea, con quien tenía muy poco contacto. Desde que había comprado el equipo para la herrería, el amo parecía respetar la reserva de Tom y su habilidad en el oficio, que hacía que tuviera cada vez más clientes. Siempre pagaban al amo en la casa grande por el trabajo de Tom, y todos los domingos el amo daba a Tom dos dólares por la semana.
Además de su reticencia natural, de su parquedad en el hablar, Tom tenía una tendencia a meditar. Nadie hubiera soñado que hacía dos años que daba vueltas en la cabeza lo que le

había dicho su padre acerca de las potencialidades que ofrecía el Norte a los negros libres, y Tom había sopesado detenidamente proponer a su familia que en lugar de esperar interminablemente hasta que pudieran comprar la libertad, planearan cuidadosamente una manera de escapar en masa al Norte. Había abandonado la idea, de mala gana, al pensar que la abuela Kizzy tenía más de sesenta años, y la hermana Sarah y la señorita Malizy, que también eran de la familia, más de setenta. Sabia que las tres mujeres serían las más dispuestas para escapar, pero dudaba si podrían sobrevivir a los riesgos y rigores de aventura tan desesperada.

Más recientemente, Tom había deducido que la última pérdida del amo en las riñas, debía haber sido mayor de lo que confesó. Tom lo había visto envejecer día a día, poniéndose cada vez más tenso con cada botella de whisky que vaciaba. Pero Tom sabía que la evidencia más inquietante de que sucedía algo realmente malo era que, como había dicho Lewis, el amo había vendido por lo menos la mitad de las aves, cuyo pedigree era el resultado de medio siglo de cuidadosa reproducción.

Luego llegó Navidad, y el Año Nuevo de 1856 comenzó bajo un pesado palio que parecía suspendido no sólo sobre las chozas de los esclavos, sino sobre la plantación entera. Luego, una tarde de comienzos de primavera, entró otro jinete por el sendero de la casa. Al principio la señorita Malizy pensó que era otro comprador de pollos. Pero luego, al ver que el amo lo saludaba de manera distinta, se sobrecogió. El amo sonreía, charlando amistosamente con el hombre, que desmontó. El hombre ordenó al Pequeño George, que pasaba por ahí, que diera de comer y beber al caballo, y que lo llevara al establo para que allí pasara la noche. Luego, cortésmente, el amo Lea escoltó a su visitante hasta la casa.

Antes de que la señorita Malizy empezara a servir la cena, ya frente a las chozas los esclavos intercambiaban temerosas preguntas: "¿Quién es ese hombre?"... "¡Nunca lo había visto!"... "¡El amo hacía mucho que no se portaba así!"... "¿A qué habrá venido?". No veían la hora de que llegara Malizy para informarles.

-No han hablado de nada importante -dijo esta-. Tal vez porque la señora estuvo allí todo el tiempo. -Luego la señorita Malizy agregó, enfáticamente-: De alguna manera, no me gusta ese hombre. He visto muchos como él, con la mirada evasiva, tratando de aparentar lo que no son.

Todos los ojos estaban fijos en las ventanas de la casa grande cuando se dieron cuenta, por los movimientos de una lámpara, que la señora Lea había dejado solos a los hombres en la sala y subía a su cuarto para acostarse. La lámpara de la sala seguía encendida cuando el último de los miembros de la familia abandonó la vigilia y se fue a dormir, temiendo por anticipado el sonido de la campana de la mañana.

Matilda llevó a un aparte a Tom en la primera oportunidad, antes del desayuno. -Tom, anoche no te pude hablar a solas, y no quería asustar a los demás, pero Malizy me dijo que oyó al amo decir que tenía que pagar la hipoteca de la casa, y Malizy sabe que no tiene ni un centavo. ¡Tengo el presentimiento de que ese hombre es un traficante de esclavos!

-Yo también -dijo sencillamente Tom. Se quedó callado un momento-. Mamá, he estado pensando que con otro amo podríamos estar mejor. Es decir, mientras sigamos todos juntos. Eso es lo que me preocupa.

A medida que iban saliendo los demás de sus chozas, Matilda se alejó antes que se dieran cuenta de que algo pasaba, y se alarmaran.

Después que la señora Lea dijo a la señorita Malizy que tenía dolor de cabeza y no iba a desayunar, el amo y su visitante comieron un opíparo desayuno y luego salieron a caminar, conversando todo el tiempo con las cabezas juntas. Pasaron junto a un costado de la casa y se dirigieron a la herrería, donde Tom estaba bombeando los fuelles que él mismo había hecho, haciendo saltar chispas amarillas de la fragua en la que había dos chapas de hierro calentándose para connvertirse en bisagras de puerta. Durante varios minutos los dos

hombres se quedaron observando cómo Tom usaba las tenazas de mango largo para sacar las planchas de hierro al rojo. Diestramente las plegó por el medio con una vara fija al agujero de su yunque Fisher y Norris, formando el canal para los tornillos de los goznes, y luego perforó tres agujeros en cada hoja. Tomando el escoplo de mango corto y su martillo favorito, también casero, de cuatro libras, cortó las láminas en bisagras de forma de H, tal como se lo había ordenado el cliente, trabajando todo el tiempo como si no se percatara de la presencia de los visitantes.

El amo Lea habló finalmente: -Es un herrero muy bueno, a pesar de que yo lo diga -dijo casualmente.

El otro hombre gruñó afirmativamente. Luego empezó a caminar por el pequeño cobertizo que hacía de herrería, observando los diversos ejemplos de la habilidad de Tom, que colgaban de calcos y perchas. Abruptamente, el hombre se dirigió a Tom: -¿Cuántos años tienes, muchacho?

-Voy a cumplir los veintitrés, señor.

-¿Cuántos hijos tienes?

-No tengo mujer todavía, señor.

-Un muchacho grande y fuerte como tú no necesita mujer para tener hijos desparramados por todas partes.

Tom no dijo nada, pensando en cuántos hijos tenían los blancos desparramados en las chozas de sus esclavas.

- ¿O eres uno de esos negros religiosos?

Tom sabía que el hombre le hacía tantas preguntas por una razón: casi seguramente, lo estaba midiendo para comprarlo. Dijo, sutilmente: -Me imagino que el amo Lea le habrá dicho que aquí todos somos una gran familia, mi madre, mi abuela, hermanos y hermanas y niños. Todos hemos sido criados creyendo en el Señor y la Biblia, señor.

El hombre achicó los ojos. -¿Cuál de ustedes lee la Biblia a los demás?

Tom no iba a decir a este siniestro desconocido que tanto su madre como su abuela sabían leer. Dijo: -Todos nacimos escuchando las Escrituras, así que las sabemos de memoria, señor.

Tranquilizándose, el hombre volvió al tema anterior. -¿Crees que podrías hacerte cargo de una herrería más grande que ésta?

Tom estaba a punto de estallar, ahora que se veía confirmada la sospecha de que estaba planeada su venta; tenía que saber si se incluía a su familia. Furioso por el suspenso, volvió a sondear: -Bueno, señor, mi familia y yo sabemos cultivar y hacer todo lo que se necesita en una plantación...

Dejando al agitado Tom, el amo y su invitado se fueron tan tranquilamente como habían llegado, dirigiéndose hacia los sembrados. Casi inmediatamente llegó la señorita Malizy corriendo desde la cocina. -¿Qué dijeron los hombres, Tom? La señora ni siquiera me mira a la cara.

Tratando de controlar la voz, Tom dijo: -Va a haber una venta, señorita Malizy, tal vez nos vendan a todos, o tal vez solamente a mí. -La señorita Malizy se echó a llorar, Tom la sacudió, tomándola de los hombros-. ¡Señorita Malizy, no hay por qué llorar! Como le dije a mamá podemos estar mejor en otro lugar. -Pero a pesar del intento de Tom, no logró calmar el dolor de la anciana negra.

Esa tarde el resto regresó del campo. Los hermanos tenían una expresión seria, y las mujeres no dejaban de llorar copiosamente y de aullar. Todos trataban de decir que el amo y su visitante los habían ido a observar mientras trabajaban; el extraño iba de uno en uno, haciendo preguntas que indudablemente estaban relacionadas con su venta.

Las tres personas de la casa grande escucharon hasta la madrugada el pandemonio de dolor y terror que cundió entre las diecisiete personas que habitaban las chozas. Los hombres

reaccionaban con la misma histeria que las mujeres, y todos se abrazaban al que estaba más próximo, gritando que no se volverían a ver. -¡Dios mío, sálvanos de este mal! -rezaba Matilda.
Tom hizo sonar la campana al amanecer con la presciencia de la destrucción.
La vieja señorita Malizy había pasado a su lado, dirigiéndose a la cocina de la casa grande a preparar el desayuno. A los diez minutos regresó a las chozas. Tenía el rostro negro tenso de dolor, y le brillaban las lágrimas. -El amo dice que nadie debe ir a ninguna parte. Dice que cuando termine el desayuno quiere que todos estemos reunidos allí afuera...
Aunque el tío Pompey estaba enfermo, lo sacaron de su choza en una silla cuando todos se reunieron, aterrorizados.
Cuando el amo Lea y su visitante salieron de la casa grande, la manera tambaleante de caminar del amo informó a diecisiete pares de ojos que había estado bebiendo más aún que de costumbre, y cuando los dos hombres se detuvieron unos dos metros delante de los esclavos, la voz del amo era fuerte, airada, y se comía las sílabas.
-Ustedes los negros siempre han metido las narices en mis asuntos, así que no es noticia para ustedes que estamos en bancarrota. Son una carga demasiado grande para mí, así que he hecho una venta a este caballero...
Cuando se inició el coro de quejidos, el otro hombre hizo un gesto brusco: -¡Cállense! ¡Estos gritos desde anoche! -Miró con furia a los esclavos, hasta que se calmaron-. No soy un común traficante de esclavos. Represento una de las firmas más grandes y mejores del negocio. Tenemos sucursales, y utilizamos barcos que reparten los negros, según pedido, a Richmond, Charleston, Memphis y Nueva Orleáns...
Matilda fue la que dio voz a la angustia de todos: -¿Nos van a vender a todos juntos, amo?
-¡Les dije que se callaran! ¡Ya se enterarán! No tendría que decirles que el amo que tienen es un verdadero caballero, lo mismo que esa dama que está llorando desconsolada por ustedes los negros. ¡Obtendrían mucho más si los vendieran separados, mucho más! -Miró a las temblorosas Pequeña Kizzy y Mary-. Ustedes dos ya están listas para tener negritos, con un valor de cuatrocientos dólares cada uno. -Miró a Matilda-. Aunque te estás poniendo vieja, sabes cocinar. Más al Sur una buena cocinera cuesta entre mil doscientos y mil quinientos dólares. -Miró a Tom-. Como están las cosas, un herrero joven cuesta fácilmente dos mil quinientos, y hasta tres mil si trabaja para afuera, como tú. -Se fijó en los cinco hermanos de Tom, entre veinte y veintiocho años-. Y ustedes, labriegos, deben costar entre novecientos y mil dólares cada uno... -El traficante hizo una pausa-. ¡Pero tienen suerte, negros! Su dueña insiste en que deben ser vendidos todos juntos, ¡y el amo acepta!
-¡Gracias, señora! ¡Gracias, Jesús! -Gritó la abuela Kizzy-. ¡Alabado sea Dios! -exclamó Matilda.
- ¡CÁLLENSE! -gritó, furioso, el traficante-. ¡He hecho todo lo posible por hacerlos cambiar de idea, sin conseguirlo! Y resulta que mi firma tiene clientes con una plantación de tabaco no muy lejos de aquí. Cerca de la Compañía de Ferrocarril de Carolina del Norte, en el condado de Alamance. Necesitan una familia de esclavos que hayan estado juntos y no den trabajo, no quieren prófugos ni nada por el estilo, y gente con experiencia para correr con todo. No va a ser necesario rematarlos. Me han dicho que no necesitan cadenas, ni que los aten, a menos que causen dificultades-. Los observó con frialdad-. Muy bien, desde este momento pueden considerarse de mi propiedad, hasta que los entregue a sus nuevos dueños. Les doy cuatro días para que ordenen sus cosas. El sábado a la mañana partiremos para el condado de Alamance en unos carros.
Virgil fue el primero en hablar, con voz temblorosa: -¿Qué pasa con mi esposa, Lilly Sue, y mi hija, que están en la plantación de los Curry? ¿Las comprará también, no, señor?

Tom exclamó: -¿Y nuestra abuela, la hermana Sarah, la señorita Malizy y el tío Pompey? Son de la familia, y usted no ha dicho nada...
- ¡No iba a decir nada! ¡No vamos a comprar todas las hembras con las que ustedes se acuestan, para que no se sientan solos! -exclamó sarcásticamente el traficante-. ¡Y por lo que respecta a estas ruinas, apenas si pueden caminar, así que nadie las puede comprar! El señor Lea es bastante bondadoso para permitirles que se sigan arrastrando aquí.
En medio de una explosión de exclamaciones y llantos, la abuela Kizzy se paró frente al amo Lea, gritando: -Ha enviado afuera a su propio hijo, ¿no puede por lo menos dejarme mis nietos? -El amo Lea desvió la mirada, y cuando ella se desmoronó en el suelo, varios trataron de levantarla, mientras la señorita Malizy y la hermana Sarah exclamaban, al unísono-: ¡Son toda la familia que conocemos, amo! ¡Hace cincuenta años que estamos juntos! -El inválido tío Pompey, imposibilitado de ponerse en pie, se quedó mirando al vacío, con las lágrimas que le caían por la mejilla, mientras movía los labios como si rezara.
- ¡CÁLLENSE! -aulló el traficante-. ¡Se los digo por última vez! ¡O se van a enterar en seguida que sé manejar a los negros!
Tom buscó los ojos del amo Lea, y se los clavó por un instante, diciendo roncamente: -Amo, sentimos mucho que haya tenido mala suerte, y sabemos que nos vende porque se ve obligado a hacerlo...
El amo Lea pareció casi agradecido antes de volver a bajar la mirada, y tuvieron que esforzarse para oírlo. -No, no tengo nada en contra de ninguno de ustedes, muchacho... -Vaciló-. En realidad, todos son buenos negros y criados en mi casa.
-Amo -rogó Tom, con suavidad-, si la gente del condado de Alamance no quiere a nuestros viejos, ¿hay alguna manera en que se los pueda comprar? Este hombre dice que no valen mucho, y yo le pagaría un buen precio. Me voy a arrodillar ante el nuevo amo para rogarle que me deje trabajar como herrero, tal vez para ese ferrocarril, y mis hermanos me pueden ayudar también, señor-. Tom rogaba abyectamente, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas-. Amo, todo el dinero que ganemos se lo mandaremos hasta pagarle lo que cuesten la abuela y estos otros tres miembros de nuestra familia. Siempre hemos estado juntos, y queremos seguir estando juntos, amo...
El amo Lea se había endurecido. Pero dijo: -¡Está bien! Dame trescientos dólares por cada uno, y puedes quedarte con ellos...-. Levantó las manos antes que pudieran dar voz a su regocijo-. ¡Un momento! ¡Se quedan aquí hasta que yo reciba el dinero!
Entre sollozos y quejidos, se dejó oír la voz helada de Tom:
-Esperábamos algo más de usted, amo, después de todo...
-¡Sáquelos de aquí, traficante! -ordenó el amo. Dándose vuelta, se dirigió rápidamente a la casa.
De regreso en la choza, en medio de la desesperación, hasta la señorita Malizy y la hermana Sarah consolaban a la abuela Kizzy. Estaba sentada en su mecedora, que le había hecho Tom, en medio de la familia que la abrazaba, la besaba y la mojaba con sus lágrimas. Todos lloraban.
De alguna parte encontró la fuerza y el coraje para decir, roncamente: - ¡No se pongan así! Sarah, Malizy, Pompey y yo nos quedaremos a esperar a George. No falta tanto ya, han pasado casi dos años. Si él no tiene dinero para comprarnos, entonces nos comprarán Tom y los demás muchachos...
Ashford dijo, entrecortadamente: -¡Así lo haremos! -Ella sonrió-. Otra cosa, -siguió diciendo. Si algunos de ustedes tienen más hijos antes que yo los vuelva a ver, no se olviden de contarles de mis padres, mi mamá Bell, mi papá africano, llamado Kunta Kinte, que será el tatarabuelo de sus hijos. ¡Escúchenme! ¡Cuéntenles de mí, de mi hijo George,

de ustedes, también! Y todo lo que hemos sufrido, con todos estos amos. ¡Díganles a sus hijos quiénes somos!
Entre un coro lloroso de promesas, ella acarició los rostros que tenía más cerca: -¡Basta, ya! ¡Todo va a salir bien! ¡Silencio, les digo! ¡Me van a inundar el cuarto!
Los cuatro días pasaron rápidamente, y pronto llegó la mañana del sábado. Todos habían estado levantados la noche entera. Casi sin decir palabra, se reunieron, tomándose de la mano, para observar la salida del sol. Por fin llegaron los carros... Uno a uno de los que partían, se volvieron para abrazar a los que quedaban.
-¿Dónde está el tío Pompey? -preguntó alguien. La señorita Malizy dijo: -El pobrecito me dijo anoche que no podía aguantar verlos ir...
- ¡Yo voy a darle un beso! -exclamó la Pequeña Kizzy, y corrió hacia la choza del viejo.
Al rato, oyeron que gritaba: -¡Oh, NO!
Todos saltaron de los carros y corrieron a la choza. El viejo estaba sentado en su silla. Estaba muerto.

CAPITULO 99

La familia tuvo oportunidad de reunirse a conversar recién el domingo, cuando el amo Murray y su esposa se fueron en el cabriolé al servicio religioso.
-Bueno, yo no quiero juzgar tan pronto -dijo Matilda, mirando a todos sus hijos-, pero toda la semana la señora Murray y yo hemos charlado en la cocina, mientras yo cocinaba. Debo decir que ella y el nuevo amo son buenos cristianos. Me parece que vamos a estar mucho mejor aquí, si no fuera porque George todavía no ha vuelto, y la abuela y las demás siguen en lo del amo Lea. -Estudiando la expresión de sus hijos, preguntó-: ¿Cómo se sienten ustedes, por lo que han visto y oído?
Habló Virgil. -Bueno, este amo Murray no parece saber mucho de agricultura, ni cómo mandar, tampoco.
Matilda lo interrumpió. -Eso es porque tenían una tienda en Burlington, hasta que murió su tío y les dejó esta casa.
Virgil dijo: -Cada vez que ha hablado conmigo, me ha dicho que anda buscando un capataz blanco para que dirija nuestro trabajo. Yo le digo que no necesita gastar dinero, que un capataz se necesita cuando hay más de seis labriegos. Le dije que nosotros solos podemos darle una buena plantación de tabaco...
Ashford lo interrumpió: -¡Yo no me voy a quedar mucho tiempo con un capataz blanco vigilando hasta el último movimiento!
Después de mirar ásperamente a Ashford, Virgil continuó: -El amo Murray dijo que va a observar cómo trabajamos. -Hizo una pausa-. Prácticamente le rogué que compre a mi Lilly Sue y a mi hijo del amo Curry y los traiga acá. Le dije que Lilly Sue trabaja más duro que nadie. Dijo que lo pensaría, pero para poder comprarnos había tenido que hipotecar la casa, así que va a ver cuánto tabaco vende este año. -Volvió a hacer una pausa-. ¡Así que debemos trabajar fuerte! Me doy cuenta de que mucha gente le ha estado diciendo que los negros no trabajan a menos que se los vigile. Si ve a cualquiera perdiendo tiempo, vamos a terminar con un capataz. -Mirando al hosco Ashford, Virgil agregó-: En realidad, conviene que cuando el amo Murray se acerque al sembrado, yo les grite un poco, así que ya saben.
-¡Claro! -explotó Ashford-, ¡tú y otro que conozco siempre tratan de ser los favoritos del amo!
Tom se puso tenso, pero hizo lo posible por ignorar las palabras de Ashford mientras Virgil se ponía de pie y señalándolo con el índice endurecido por los callos: -¡Te voy a decir una

cosa, muchacho! ¡Algo malo pasa cuando alguien no se lleva bien con nadie! ¡Eso te va a causar problemas uno de estos días! ¡Y si es conmigo, a uno de los dos van a tener que llevarlos alzado después!

-¡Basta! ¡Terminan ya los dos! -Matilda los fulminó con la mirada, luego clavó los ojos en Ashford, antes de rogar con la mirada a Tom, pidiéndole que dulcificara las cosas-. Tom, te he visto varias veces conversando con el amo Murray, mientras levantabas el taller. ¿Qué piensas tú?

Lentamente, mientras pensaba, Tom dijo: -Estoy de acuerdo en que aquí estaremos mejor. Pero mucho depende de cómo nos portemos. Como dijiste, el amo Murray no es un hombre bajo y mezquino. Como dice Virgil, no tiene mucha experiencia, y no puede depositar su confianza en nosotros. Más aun, tiene miedo de que pensemos que es complaciente, así que trata de actuar como si fuera más duro, y por eso habla del capataz. -Tom hizo una pausa-. A mí me parece que mamá debe encargarse de todo, hablando con la señora. El resto debe hacer ver al amo que nos puede dejar solos.

Después de los murmullos de aprobación, el tono de Matilda era vibrante de alegría ante las esperanzas de un futuro promisorio para la familia. -Bueno, como tú dices, debemos persuadir al amo Murray para que compre a Lilly Sue y a Uriah, Con respecto al papá de ustedes, no podemos hacer más que esperar. Va a aparecer uno de estos días...

Riendo, Mary interrumpió: -¡Con la enorme bufanda verde y su sombrero hongo negro!

-Así es, hija -Matilda sonrió, igual que los demás. Siguió hablando-: Y debo decirles algo de la abuela, la hermana Sarah y Malizy. Ya he hecho prometer a la señora Murray que nos va a ayudar. Le dije lo mejor que pude cómo se nos rompió el corazón por dejarlas solas ¡Dios mío! ¡La señora se puso a llorar igual que yo! Dijo que no le podía pedir al marido que comprara tres mujeres viejas, pero me prometió pedir al amo que permita a Tom trabajar para afuera, y a ustedes también, muchachos. Así que debemos pensar que no estamos aquí trabajando para otros amos, sino para reunir a toda la familia.

Con esa resolución, la familia se puso a trabajar esa siembra de 1856. Matilda se había ganado la confianza y el aprecio del señor y la señora Murray gracias a su lealtad y sinceridad, su excelente cocina y la manera pulcra con que manejaba la casa. El amo vio que Virgil animaba a sus hermanos y hermanas para que la cosecha de tabaco fuera óptima. Vio que Tom iba poniendo todas las cosas de la plantación en perfecto estado de funcionamiento; sus talentosas manos manejaban diestramente las herramientas hechas por él mismo, transformando pedazos oxidados dé hierro viejo y descartado en docenas de fuertes implementos de labranza y de objetos funcionales y decorativos a la vez para la casa.

Casi todos los domingos a la tarde, a menos que los Murray hubieran salido, varias de las familias de las plantaciones vecinas venían a visitarlos, además de sus amigos de Burlington, Graham, Haw River, Mebane y otras ciudades de los alrededores. Cuando mostraban a sus huéspedes la casa grande y el terreno circundante, los Murray siempre destacaban distintos ejemplos de la habilidad de Tom. Pocos se iban sin pedirle al amo que le permitiera a Tom hacer o reparar algo para ellos, y el amo Murray consentía. Poco a poco, los objetos hechos por Tom fueron apareciendo por todo el condado de Alamance, pues se lo iba recomendando de boca en boca, y el pedido original de la señora Murray de que el amo buscara trabajo de afuera para Tom, se hizo completamente innecesario. Pronto, todos los días llegaban esclavos, viejos y jóvenes, montados en mulas, o a veces a pie, trayendo herramientas rotas u otros implementos para que Tom los arreglara. Algunos amos y señoras bosquejaban objetos decorativos que querían para su casa. Algunas veces los clientes requerían que el amo Murray le escribiera un pase de viaje para que Tom pudiera ir en mula a alguna otra plantación, o a un pueblo, para hacer reparaciones o instalaciones. Para 1857, Tom trabajaba del amanecer a la noche todos los días excepto

domingos, y el volumen total de su trabajo igualaba por lo menos el del señor Isaíah, que era quien le había enseñado. Los clientes pagaban al amo Murray; iban a la casa grande o le entregaban el dinero en la iglesia. Las tarifas eran: catorce centavos por herrar caballos, mulas o bueyes, treinta y siete centavos por una llanta nueva de carro, dieciocho por arreglar una horquilla, seis por afilar un pico. Los precios por trabajos decorativos, diseñados por los clientes, se fijaban llegando a un acuerdo; por ejemplo, costaba cinco dólares hacer el frente de una puerta con forma de enrejado decorado con hojas de roble. Todos los fines de semana, el amo Murray daba a Tom el diez por ciento de lo ganado esos días. Después de agradecer al amo, Tom daba todo el dinero a Matilda, que pronto lo enterraba en uno de sus frascos de vidrio donde sólo ella y Tom sabían.

La semana de trabajo terminaba para los labriegos el sábado a mediodía. La Pequeña Kizzy y Mary, de diecinueve y diecisiete años, respectivamente, se bañaban, se hacían sus trenzas cortas, de pelo motoso, y se pasaban cera de abeja por la cara para que brillara. Luego se ponían sus mejores vestidos de algodón almidonado y aparecían en la herrería con una jarra de agua, o de limonada, y un recipiente hecho de una calabaza. Una vez que Tom apagaba la sed, ellas ofrecían cucharones de la bebida a los grupos de esclavos que invariablemente se reunían los sábados a la tarde mandados por sus amos a buscar artículos que Tom había quedado en terminar para fin de semana. Tom notaba, con cierta diversión, que las bromas de sus hermanas estaban dirigidas a los jóvenes mejor parecidos. Un sábado a la noche no se sorprendió al oír los retos de Matilda: ¡No soy ciega! ¡No hago más que verlas moviendo la cola entre los hombres! -La Pequeña Kizzy contestó, a la defensiva-. Bueno, mami, ¡somos mujeres! ¡Y nunca conocimos a un hombre en lo del amo Lea! -Matilda musitó algo que Tom no logró entender, pero sospechaba que no desaprobaba el comportamiento, como parecía demostrar. Tom confirmó sus sospechas cuando, más adelante, Matilda le dijo-: Me parece que permites que esas dos chicas anden cortejando bajo tu nariz. ¡Por lo menos debes vigilar que no se metan con quien no convenga!

Para la sorpresa general de la familia, no fue la inquieta Kizzy sino la mucho más tranquila Mary, la que pronto anunció su deseo de "saltar la escoba" con un caballerizo de una plantación cerca de la aldea de Mebane. Rogó a Matilda-: ¡Sé que puedes convencer al amo que me venda a un precio razonable cuando el amo de Nicodemus se lo pida, mami, así podemos vivir juntos! -Matilda le contestó con evasivas, haciendo llorar a Mary.

-Dios mío, Tom, ¡no sé cómo me siento! -dijo Matilda-. Feliz por la chica, porque ella es feliz. Pero aborrezco que vendan a uno de nuestra familia.

-Estás equivocada, mamá. ¡Y sabes que estás equivocada! -dijo Tom-. A mí no me gustaría casarme y vivir separado de mi mujer. Mira lo que le pasó a Virgil. Desde que nos vendieron, está enfermo por Lilly Sue, que quedó atrás.

-Hijo -dijo ella-, ¡no me digas lo que es estar casada con alguien a quien no ves nunca! Muchas veces, mirando a todos mis hijos, pensé que tenía un marido... -Matilda vaciló-. Volvamos a lo de Mary. No es ella solamente la que me preocupa, sino todos ustedes. Trabajan tanto que piensan que no me fijo en ustedes, pero los domingos no veo más que a ti y a Virgíl aquí. Todos los demás están noviando afuera...

--Mami -interrumpió Tom agudamente-, ¡somos hombres crecidos!

-¡Ya lo sé! -replicó Matilda-. ¡No me refiero a eso! ¡Quiero decir que esta familia se va a repartir por los cuatro vientos, y no nos vamos a volver a juntar.

Se hizo un momento de silencio entre ellos, y Tom intentó pensar en decir algo que pudiera consolarla, viendo que la irritabilidad reciente de su madre, o sus depresiones, antes desacostumbradas, se debían a que su padre debía haber regresado meses antes. Como acababa de decir, seguía viviendo con su ausencia.

Tom se sorprendió cuando Matilda le preguntó, abruptamente:

-¿Cuándo te vas a casar?
-No pienso en eso por ahora... -Turbado, vaciló, y cambió de tema-. Pienso en traer a la abuelita, la hermana Sarah y la señorita Malizy. ¿Cuánto hemos ahorrado hasta ahora, mami?
- ¡Ni cerca! ¡Te diré exactamente cuánto! Con esos dos dólares y cuatro centavos que me diste el domingo pasado tenemos ochenta y siete con cincuenta y dos.
Tom meneó la cabeza. -Tengo que ganar más...
-Ojalá Virgil y los demás contribuyeran también.
-No los podemos culpar. Es difícil que pidan labriegos, porque la mayoría de los amos que necesitan contratan negros libres que trabajan hasta matarse por veinticinco centavos diarios, para no morirse de hambre. ¡Tengo que ganar más! ¡La abuela, la hermana Sarah y la señorita Malizy se están haciendo viejas!
-Tu abuela tiene setenta, y Sarah y Malizy alrededor de ochenta.
Matilda pensó en algo de pronto, y su rostro adoptó una expresión lejana. -Tom, ¿sabes lo que se me ocurrió? Tu abuela decía que tu bisabuelo africano llevaba la cuenta de la edad echando piedritas en una calabaza. ¿Te acuerdas?
-Sí, me acuerdo. -Hizo una pausa-. ¿Cuántos años tendría?
-Nunca supe, que me acuerde. Depende del momento. Tenía una edad cuando vendieron a la abuela Kizzy y la separaron de él y su madre. Luego tendría otra edad cuando lo reclamó el Señor... -Vaciló-. Si tu abuela tiene casi setenta, su papá debe hacer mucho que murió. Su madre también. ¡Pobres!
-Sí... -dijo Tom, pensativo-. Algunas veces pienso cómo serían. He oído tantas cosas de ellos...
Matilda dijo: -Yo también, hijo. -Se enderezó en la silla-.
Pero volviendo a tu abuela, Sarah y Malizy, todas las noches, arrodillada, pido a Dios que las acompañe y ruego que llegue tu papi uno de estos días con dinero en el bolsillo y pueda comprarlas. -Rió alegremente-. Una mañana nos despertaremos y aquí estarán libres como pájaros.
- ¡Eso sería magnífico! -dijo Tom, sonriendo.
Se hizo un silencio entre ellos, y cada uno se puso a pensar. Tom pensaba que era el momento propicio para confiar a su madre algo que había escondido cuidadosamente de todos, pero que ahora no podía ocultar más.
Utilizó como introducción una pregunta que le había hecho Matilda hacía un momento. -Mamá, hace un rato me preguntaste si no pensaba en casarme.
Matilda levantó la cabeza, con la mirada iluminada. -¿Sí, hijo?
Tom se hubiera pegado por traer a colación el tema. Ahora le costaba continuar. Luego, dijo con firmeza: -Bueno, he conocido a una muchacha, y hemos estado conversando...
- ¡Dios mío, Tom! ¿Quién?
-Tú no la conoces. Se llama Irene. Algunos le dicen "Reeny". Pertenece al amo Edwin Holt, trabaja en la casa grande...
-¿Ese amo rico que según el nuestro tiene una gran algodonería en Alamance Creek?
-Sí...
-¿Esa casa grande donde pusiste las rejas en las ventanas?
-Sí... -La expresión de Tom era la de un niño a quien sorprenden robando galletitas.
- ¡Jesús! -A Matilda se le iluminó la cara-. ¡Por fin cazaron al viejo zorro! -Poniéndose de pie abrazó a su turbado hijo, exclamando-: ¡Me alegro tanto por ustedes, Tom!
-¡Espera! ¡Espera, mamá! -Desembarazándose de ella, indicó que se volviera a sentar en su silla-. Dije que hemos estado conversando.
-¡Muchacho, nunca he conocido a nadie más callado que tú! ¡Si dices que has visto a una muchacha, sé en seguida que hay mucho más que eso!

Él la fulminó con la mirada. -¡No quiero que se lo digas a nadie!
-¡Sé que el amo la compraría para ti, muchacho! ¡Dime algo más de ella, Tom! -Matilda pensaba en tantas cosas a la vez que le salían todas juntas. Ya estaba pensando en la torta de bodas que iba a hacer...
-Se hace tarde, debo irme... -Pero ella llegó antes que él a la puerta-. ¡Me alegro que los enganchen a todos pronto! ¡Y tú eres el mejor de todos! -Hacía mucho que Tom no veía tan feliz a su madre. Se está poniendo vieja, igual que la abuela Kizzy, quiere nietos. Tom salió, y la oyó decir-: ¡Si vivo mucho, tal vez llegue a ver a mis nietos!

CAPITULO 100

Varios meses atrás, un domingo, cuando el amo Murray y su esposa regresaron de la iglesia, el amo tocó la campanilla para llamar a Matilda, y cuando ésta acudió le dijo que llamara a Tom al porche de entrada.
El placer se reflejaba en el rostro del amo, y en el tono de su voz, cuando dijo a Tom que el señor Edwin Holt, dueño de la hilandería Holt, le había dicho que la señora de Holt estaba muy impresionada por la forma en que trabajaba el hierro Tom; que ya había diseñado una rejas para sus ventanas y que esperaba que Tom pudiera hacerlas e instalarlas en su casa.
Con un pase del amo Murray, Tom partió en mula a la mañana siguiente, temprano, para ver los bosquejos y medir las ventanas. El amo Murray le había dicho que no se preocupara por los trabajos que tenía que hacer en el taller. La mejor manera de ir, le aconsejó, era seguir el camino del río Haw hasta el pueblo de Graham, luego el camino Graham hasta la iglesia de Bellemont, donde debía doblar a la derecha, seguir dos millas, y allí vería ya la elegante mansión de los Holt.
Al llegar se identificó ante el jardinero negro, que le dijo que debía esperar cerca de los escalones de entrada. Pronto acudió la señora Holt, felicitando a Tom por los herrajes que había visto, y mostrándole los bosquejos, que él estudió detenidamente. Ella quería un enrejado decorado con hojas y enredaderas. -Creo que se lo haré, señora, lo mejor que pueda- dijo él, pero como eran tantas las ventanas, y cada enrejado requería mucho trabajo, tardaría en total unos dos meses. La señora de Holt le dijo que estaría encantada si el trabajo podía terminarse en ese tiempo, y dándole los bocetos a Tom, le dijo que se encargara de medir las ventanas cuidadosamente.
A la tarde Tom estaba trabajando en las ventanas del piso superior, que se abrían a una terraza, cuando se dio cuenta de que alguien lo estaba observando, y volviéndose vio a una muchacha hermosa, de tez cobriza, que tenía un trapo de repasar en la mano y estaba parada junto a la ventana próxima. Tenía puesto un sencillo uniforme de mucama y se había recogido el pelo negro lacio en un rodete. Cuando Tom la miró, sostuvo la mirada. Su innata reserva permitió u Tom disimular su impresión; reponiéndose, se quitó el sombrero y dijo: -¿Cómo está, señorita...?
-¡Cómo está usted, señor! -respondió ella, sonriéndole y desapareciendo.
Mientras iba de regreso en la mula a la plantación de los Murray, Tom estaba sorprendido porque no podía dejar de pensar en la muchacha. Esa noche en su cama, le asaltó el pensamiento de que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Debía tener diecinueve o veinte años. Por fin se quedó dormido, aunque esa noche durmió a intervalos. Cuando se despertó empezó a atormentarse con la idea de que era tan bonita que seguramente estaba casada, o de novia.

Hacer los marcos básicos de las rejas, soldando cuatro barras chatas de hierro hasta formar rectángulos del tamaño de las ventanas era un trabajo de rutina. Después de seis días las terminó, y empezó a hacer varas calientes cada vez más pequeñas hasta obtener varitas del espesor de guías de hiedra o madreselva. Después de calentar y doblar varias, para probar su flexibilidad, Tom no quedó satisfecho, y empezó a caminar a la mañana temprano para inspeccionar de cerca las gráciles curvaturas y uniones de las enredaderas. Copiándolas, su trabajo mejoró.

Él trabajo progresaba bien. El amo Murray debía explicar diariamente a los clientes, algunos de los cuales se enojaban, que Tom sólo podía ocuparse de los trabajos más urgentes o de emergencia, hasta que hubiera terminado un trabajo importante que estaba haciendo para el señor Edwin Holt, lo que mitigaba la indignación de la mayoría. El amo y la señora acudían al taller a observar, y traían a los amigos que los visitaban. Había veces que ocho o diez personas venían a observar cómo trabajaba Tom. Mientras trabajaba con ahinco, Tom pensaba que tenía mucha suerte en que todos esperaran que un herrero ensimismado en lo que hacía, los ignorara por completo. La mayoría de los esclavos que iban al taller para llevarle trabajo de sus amos se quedaban callados o hablaban de grandezas ante los otros esclavos. Pero no bien aparecía algún blanco, en seguida todos los esclavos sonreían, empezaban a arrastrar los pies y hacerse los payasos, igual que su padre, como había notado con vergüenza Tom, con ese sombrero hongo que usaba y su manera ampulosa de hablar.

Tom también agradecía el placer que sentía al refugiarse, aislándose casi, dentro de su mundo cuando trabajaba. Mientras hacía los enrejados desde el amanecer hasta que oscurecía, dejaba volar el pensamiento, hasta que indefectiblemente caía en la bonita mucama que había visto.

Hacer las hojas para los enrejados sería lo más difícil, como se había dado cuenta cuando la señora de Holt le mostró los dibujos. Tom volvió a salir a recorrer el campo, esta vez estudiando hojas. Calentó y volvió a calentar pedacitos de hierro de una pulgada cuadrada, los golpeó con su pesada maza hasta formar láminas delgadas, que cortó con las tijeras hasta formar hojas como corazones. Como el metal era tan delgado, se podía arruinar fácilmente si la forja estaba demasiado caliente, bombeó los fuelles con gran cuidado, poniendo en seguida las láminas al rojo fuego sobre el yunque y formando rápidamente los contornos con golpecitos de su martillo redondo.

Por medio de intrincadas soldaduras, Tom trazó delicados nervios en las hojas, uniéndolas luego por medio de tallos a las guías. Estaba satisfecho de que todas fueran distintas, como había observado que sucedía en la naturaleza. Por fin. después de trabajar intensamente durante siete semanas, Tom soldó las guías a los enrejados.

- ¡Tom, te aseguro que parecen naturales! -exclamó Matilda, admirando la artesanía de su hijo. Igualmente demostrativa se manifestó la Pequeña Kizzy, que para ahora ya flirteaba abiertamente con tres esclavos del lugar. Hasta los hermanos de Tom, y sus mujeres -pues sólo Tom y Ashford quedaban solteros- lo miraban con respeto. El amo y la señora de Murray no podían contener el placer y el orgullo que sentían, por poseer un herrero tan hábil.

En el carro, cargado con las rejas, Tom viajó solo a la gran casa de los Holt para instalarlas. Cuando levantó una para que la señora de Holt la examinara, ésta, con una exclamación, batió palmas de alegría, y llamó a su hijita y a varios de sus hijos, que felicitaron a Tom.

De inmediato empezó a instalarlas. Después de dos horas, las rejas de las ventanas de la planta baja habían sido colocadas todas, siendo nuevamente admiradas por los miembros de la familia Holt. y por varios esclavos, que habían oído las ponderaciones y acudían a verlas. ¿Dónde estaría ella? Tom no dejaba de preguntárselo mientras uno de los

muchachos Holt le indicó el camino, hasta el primer piso, atravesando el vestíbulo bien encerado, subiendo la escalera curva, donde iba a instalar los enrejados que faltaban en las ventanas que. daban a la terraza.
Era donde la había visto la primera vez. ¿Cómo, y a quién, podía preguntar, sin parecer demasiado curioso, quién era ella, dónde estaba, y si era soltera? Sintiéndose frustrado, Tom estaba trabajando con mayor rapidez; debía terminar e irse, se dijo.
Estaba instalando el enrejado en la tercera ventana, cuando oyó unos pasos y allí estaba ella, sonrojada, casi sin aliento por haber corrido. Él se quedó mudo al verla.
- ¡Cómo está, señor Murray! -Él se sorprendió que ella no lo llamara "Lea"; sólo sabía que ahora pertenecía al amo Murray. Él tomó con torpeza su sombrero de paja.
- ¡Cómo está, señorita Holt...!
-Estaba en un cuarto cerrado, ahumando carne, y me enteré hace un momento que usted estaba acá... -Miró el último enrejado que él acababa de colocar-. ¡Oh, es hermoso! -exclamó-. Pasé junto a la señora Emily y está enloquecida con su trabajo.
Él miró por un momento el trapo que tenía ella en la cabeza, que era el que usaban las labriegas. -Yo creía que usted era mucama... -Era una cosa tan estúpida la que acababa de decir.
-Me encanta hacer cosas distintas, y me dejan -dijo ella, mirando a su alrededor-. Vine un segundo. Es mejor que vuelva al trabajo, y usted también...
Él tenía que saber algo más, por lo menos cómo se llamaba. Se lo preguntó.
-Irene -dijo ella-. Me dicen "Reeny". ¿Cuál es el suyo?
-Tom -dijo él. Como decía ella, tenían que seguir trabajando. Tenía que jugarse-. Señorita Irene, usted... ¿tiene novio?
Ella lo miró un rato largo, duramente, y él se dio cuenta de que había cometido un error. -Siempre se me ha conocido por mí sinceridad, señor Murray. Cuando vi antes lo tímido que era, tuve miedo de que no me dirigiera más la palabra.
Tom tenía ganas de saltar por la terraza.
Desde entonces, había empezado a pedir al amo Murray un pase para todo el día domingo, junto con permiso para usar la carreta tirada por la mula. A su familia le dijo que iba a buscar objetos de metal tirados por ahí, para su taller. Siempre encontraba algo útil mientras recorría el camino, pues le llevaba dos horas llegar a ver a Irene.
No sólo ella, sino todos los que conoció en lo de los Holt lo trataron con mucho cariño. -Eres tan tímido, con toda tu inteligencia, que todos te quieren -le dijo sinceramente Irene. Por lo general iban a algún lugar donde pudieran estar solos por los alrededores, donde Tom desenganchaba la mula para que pastoreara, aunque siempre con una soga larga, mientras ellos caminaban. Irene hacía todo el gasto de la conversación.
-Mi papá es indio. Se llamaba Hillian, me contó mi mamá. Por eso tengo este color raro -le dijo Irene con naturalidad-. Hace mucho, mi mamá huyó de un mal amo, y en los bosques la agarraron unos indios y la llevaron a su aldea, donde conoció a mi papá, y yo nací. Yo era pequeña cuando unos hombres blancos atacaron la aldea, y después de la matanza que hicieron, capturaron a mi mamá y se la devolvieron a su amo. Él la castigó y luego nos vendió a un traficante de esclavos, y el amo Holt nos compró, así que tuvimos suerte, porque son personas de mucha clase... -Contrajo la mirada-. Bueno, bastante suerte. De cualquier manera, mamá se convirtió en lavandera y planchadora, hasta que se enfermó y murió, hace cuatro años. Yo estoy aquí desde entonces. Tengo dieciocho años, voy a cumplir diecinueve el día de Año Nuevo... -Miró a Tom con su acostumbrada franqueza-, ¿Cuántos años tienes tú?
-Veinticuatro -dijo Tom.
Tom contó a Irene los hechos esenciales acerca de su familia, diciéndole que no conocía muy bien la región de Carolina del Norte donde vivían desde hacía tan poco.

Irene llevó a Tom, el domingo siguiente, a la hilandería de algodón del amo, que quedaba sobre las márgenes del río Alamance. Estaba orgullosa, como si la hilandería y la familia Holt fueran de ella.
Después de trabajar duramente en la herrería, Tom suspiraba porque llegara el domingo, cuando la carreta rodaba junto a las millas de cercos que encerraban las plantaciones de maíz, trigo, tabaco y algodón, algún huerto de manzanas o peras, y casas modestas. Se cruzaba con otros negros, que iban casi siempre descalzos, e intercambiaban miradas, y Tom deseaba que entendieran que no podía ofrecerse a llevarlos, porque entonces no podría estar solo con Irene. Algunas veces detenía la carreta de repente, saltaba y levantaba algún metal oxidado que encontraba mientras conducía. Una vez Irene lo sorprendió, pues también saltó, sólo que para recoger una rosa silvestre. -Desde niña amo las rosas -le dijo.
Cuando encontraban blancos, que también iban en carro, o a caballo, Tom e Irene se convertían en estatuas, y tanto ellos como los blancos pasaban sin mirarse. Tom comentó en una oportunidad que en el condado de Alamance había menos blancos pobres que en el lugar donde él vivía antes.
-Sé la clase que dices; son unos que tienen la nuca colorada, como los pavos -dijo ella-. No, por aquí no hay muchos. Los pocos que se ven van de paso. Los blancos ricos los quieren menos que a los negros.
Tom se sorprendió al ver que Irene sabía algo de todas las tiendas que pasaban, situadas en los cruces de caminos, igual que de las iglesias, escuelas, etc. -Bueno, lo he oído decir en las reuniones del amo -así lo explicaba Irene. Identificando un molino harinero, que pertenecía a su amo, le dijo-: Hace harina y whisky, que vende en Fayetteville.
Interiormente, Tom empezaba a preocuparse por lo que a él le parecía una cronología constante de alabanzas implícitas a su amo y su familia. Un domingo, cuando se aventuraron a la ciudad cabecera de Graham, ella dijo: -Ese año que descubrieron oro en California, y todos corrieron hacia allá, el padre de mi amo fue uno de los grandes hombres que compraron tierra y edificaron en esta ciudad para que llegara a ser la cabecera del Condado. -Al domingo siguiente, mientras iban por el camino Salisbury, ella indicó una roca que parecía una especie de monumento y dijo-: Allí, en la plantación del abuelo del amo libraron la batalla de Alamance. La gente, cansada de que la maltratara el rey, disparó contra los soldados, y el amo dice que esa batalla fue la mecha que encendió la Revolución, unos cinco años después.
Para entonces, Matilda estaba enojada. Ya no aguantaba más, guardando el secreto desde hacía tanto. -¿Qué sucede contigo? ¡Parece que no quisieras que nadie viera a tu india!
Controlando su irritación, Tom musitó algo ininteligible, pero la exasperada Matilda le dio un golpe. -A lo mejor cree que es demasiado para nosotros, como pertenece a amos tan distinguidos...
Por primera vez en su vida, Tom se alejó de su madre, sin dignarse responder.
Deseaba encontrar a alguien, cualquiera, con quien pudiera hablar acerca de sus profundas dudas con respecto a la continuación de sus relaciones con Irene.
Finalmente había llegado a admitir a sí mismo cuánto la amaba. Además de sus bonitos rasgos negros e indios, indiscutiblemente era la mujer más encantadora, atormentante e inteligente que podría aspirar a tener. Pero como era deliberado y cuidadoso por naturaleza, Tom sentía que a menos que se solucionaran dos preocupaciones vitales, nunca disfrutarían de una unión verdaderamente satisfactoria.
Por empezar, profundamente, Tom no quería ni confiaba en ningún blanco, incluyendo a su propio amo Murray o su esposa. Le molestaba seriamente que Irene pareciera realmente adorar a los blancos que tenía por dueños; eso significaba que nunca serían de la misma opinión en ese aspecto fundamental.

Su segunda preocupación, al parecer menos soluble, era que la familia Holt parecía mucho menos devota a Irene; había ciertas familias prósperas que a menudo consideraban de manera especial a algunos esclavos de la casa. Sabía que nunca iba a soportar casarse con una mujer y vivir separado de ella, en distintas plantaciones, teniendo que recurrir constantemente a la indignidad de solicitar permiso a uno de los dos amos para que aprobaran ocasionales visitas maritales.
Tom había pensado en lo que le parecía la manera más honorable, si bien sabía que cualquiera sería penosa, para poder dejar de ver a Irene.
-¿Qué sucede, Tom? -le preguntó ella el domingo próximo, con un tono cargado de preocupación.
-No sucede nada.
Siguieron andando en silencio un rato más. Luego ella dijo con su franqueza acostumbrada: -Bueno, no te voy a presionar, si no quieres decirlo, pero quiero que sepas que sé que algo te preocupa.
Sin darse cuenta de que tenía las riendas en la mano, Tom pensó que una de las cualidades de Irene que más admiraba era su franqueza y honestidad, sin embargo, durante semanas y meses, él había sido deshonesto con ella, en el sentido que había evitado decirle sus propios pensamientos, por más dolorosos que fueran para ambos. Y cuanto más guardara silencio, más deshonesto sería, además de prolongar su frustración.
Tom se esforzó por adoptar un tono casual. -Hace un tiempo te conté que la mujer de mi hermano Virgil tuvo que quedarse con su amo cuando a él lo vendieron, ¿recuerdas? -Como no tenía nada que ver con lo que estaba tratando de decir, no mencionó que el amo Murray había viajado al condado de Caswell y había logrado comprar a Lilly Sue y a su hijo Uriah.
Obligándose a continuar. Tom dijo: -Pensaba que si alguna vez pienso en casarme con alguien... bueno, no podría hacerlo con alguien que viviera en otra plantación.
-¡Yo tampoco! -Su respuesta fue tan rápida y enfática que Tom casi soltó las riendas, dudando lo que acababa de oír. Hizo un movimiento brusco, boquiabierto-. ¿Qué quieres decir? -tartamudeó.
-¡Lo que dijiste!
Él prácticamente la abordó. -¡Sabes que el amo y la señora Holt te venderían!
- ¡Me venderían cuando yo quisiera! -Lo miró con calma.
Tom sintió una debilidad en todo el cuerpo. -¿De qué has estado hablando?
-No quiero parecer grosera, pero eso es cosa mía, no tuya. Débilmente, Tom se oyó decir: -Bueno ¿por qué no haces que te vendan entonces... ?
Ella pareció dudar. Él sintió pánico.
Ella dijo: -Está bien. ¿Has pensado en una fecha?
-Supongo que depende de ti también...
La mente le funcionaba rápidamente. ¿Qué suma exigiría su amo por un tesoro como ella... si es que no se trataba de un sueño imposible, por empezar?
-Tienes que preguntarle a tu amo si me compraría.
-Él te compraría -dijo él con mayor certeza de la que sentía. Como un tonto, preguntó-: ¿Cuánto te parece que cuestas? Supongo que querrá tener una idea.
-Supongo que van a aceptar cualquier oferta razonable. Tom la miró, y ella a él.
-Tom Murray, en cierta manera eres el hombre más exasperante que he conocido. ¡Podría habértelo dicho el día en que nos conocimos! ¡Hace muchísimo que espero que digas algo! ¡Espera que tenga la oportunidad, y te voy a sacar esa tozudez! -Apenas si sentía cómo ella lo golpeaba con sus puñitos en la cabeza y los hombros. Tomó a una mujer en los brazos por primera vez, mientras la mula seguía andando sin ser guiada.

Esa noche, en la cama, Tom empezó a ver mentalmente la rosa de hierro que iba a hacer para ella. Cuando hiciera un viaje a la ciudad debía comprar una barrita del mejor hierro. Debía estudiar detenidamente una rosa, ver cómo se unía el tallo, cómo se abrían los pétalos, cada uno curvándose a su manera... cómo calentar el hierro hasta que estuviera justo en el punto anaranjado, para martillarlo rápidamente hasta que estuviera delgado como una hoja, y entonces cortaría los pétalos de la rosa que una vez vueltos a calentar, con sus formas delicadas y tiernas serían puestos en salmuera mezclada con aceite, para dar el temple necesario a la rosa...

CAPITULO 101

Primero oyendo el sonido, luego avanzando rápidamente hasta ver, sorprendida, a su querida mucama Irene agachada y llorando desesperadamente detrás del lugar en que la escalera trazaba un arco, la señora Emily Holt reaccionó con alarma. -¿Qué pasa, Irene? -La señora Emily se inclinó, tomando y sacudiendo los pesados hombros-. ¡Levántate en el acto y dímelo! ¿Qué pasa?

Irene se las arregló para incorporarse con dificultad y habló a su ama de su amor por Tom, con quien quería casarse, pues ya no tenía fuerzas para seguir resistiendo la persecución regular de ciertos amos jóvenes. Obligada por la señora Holt, de pronto agitada, a revelar su identidad, Irene, llorando, le dio dos nombres.

Esa noche, antes de la cena, el amo Holt y su esposa, muy agitados, acordaron que para beneficio del círculo familiar, era conveniente vender a Irene al amo Murray rápidamente.

Aun así, como querían sinceramente a Irene, y aprobaban la elección de Tom como esposo, insistieron en que el amo y la señora Murray les permitieran que la boda y la recepción se realizaran en su casa. Todos los miembros, blancos y negros, de ambas familias, asistirían a la ceremonia frente a la casa grande. Su ministro celebraría la boda y el amo Holt entregaría a la novia.

En medio de ocasión tan conmovedora, la sensación fue la delicada rosa de tallo largo, hecha de hierro forjado, que el novio se sacó del bolsillo y obsequió tiernamente a su radiante novia. Entre las exclamaciones de los allí reunidos, Irene la abrazó con la mirada, luego, apretándola contra el pecho, dijo: -Tom, ¡es demasiado hermosa! ¡Nunca me voy a alejar de esta rosa... o de ti!

Durante la pródiga cena que tuvo lugar en el patio, después que las radiantes familias de los blancos se retiraron a comer dentro de la casa grande, después de su tercer vaso de vino fino, Matilda dijo a Irene-: ¡Eres más que una hija bonita! Terminaste mis preocupaciones ... no sabía si Tom iba a vencer la timidez para pedir a una muchacha que se casara con él... -Irene respondió de inmediato, en voz alta-: ¡No lo hizo! -Y los huéspedes que la oyeron se echaron a reír con ellas.

Después de la primera semana, en la plantación de los Murray, la familia de Tom empezó a bromear, diciendo que desde la boda el martillo había empezado a cantar cuando daba contra el yunque. Por cierto nadie lo había oído hablar tanto, ni sonreír tan a menudo, ni trabajar tan duro. La hermosa rosa de hierro adornaba la repisa del hogar de la nueva choza, de la que él salía al amanecer para ir a encender el fuego de la fragua, y los ruidos de sus herramientas no dejaban de oírse hasta el anochecer, cuando el último objeto al rojo vivo se sumergía en el agua de su cuba y silbaba y hacía burbujas hasta enfriarse. A los clientes que venían para que les hiciera alguna reparación menor, o para hacer afilar una herramienta, les preguntaba si podían esperar. Algunos esclavos preferían sentarse sobre

los troncos que estaban a un lado, pero la mayoría se quedaba en un grupo, conversando de temas de interés común. En el lado opuesto, los clientes blancos que esperaban se sentaban en bancos que les había puesto Tom, en un lugar estratégico donde podía oír lo que decían, aunque a suficiente distancia, para que los blancos no sospecharan que, mientras trabajaba, Tom podía escuchar sus conversaciones. Fumando o afilando un pedazo de madera con un cuchillo, o de vez en cuando tomando un trago de las petacas de bolsillo, mientras conversaban, habían terminado por considerar el taller de Tom como un lugar de reunión local, y así le traían a veces noticias recientes e importantes que él pasaba a Irene, Matilda, y al resto de su familia después de la cena.

Tom contó a su familia la amargura que sentían los blancos por los abolicionistas, que habían montado una campaña contra la esclavitud en el Norte. -Dicen que es mejor que el presidente Buchanan no se meta con esos amantes de los negros, si es que quiere conseguir respaldo del Sur. -Pero los blancos reservaban su peor odio contra un amo llamado Abraham Lincoln, que andaba hablando de dar la libertad a los negros.

-Es la vedad -dijo Irene-. Hace más de un año que oigo decir que si no se calla, va a causar la guerra entre el Norte y el Sur.

- ¡Hubieran oído al amo que tenía, como vociferaba y maldecía! -exclamó Lilly Sue-. ¡Decía que el amo Lincoln tenía las piernas y los brazos larguiruchos y una cara fea y peluda, y nadie sabía si era un mono o un gorila! Que había nacido entre la basura, en una choza, que tenía que matar osos para poder comer, y que cortaba leña para hacer cercos, como un negro.

-Tom, ¿no nos dijiste que el amo Lincoln es abogado? -preguntó la pequeña Kizzy, y Tom asintió.

- ¡Bueno, no me importa lo que diga esta gente! -declaró Matilda-. ¡El amo Lincoln debe estar haciendo algo bueno por nosotros para que se molesten tanto! ¡Cada vez que oigo algo más de él, más me parece como Moisés, tratando de liberar a los hijos de Israel!

-Pues por mí que se apure -dijo Irene.

El amo Murray había comprado a Irene y a Lilly y Sue para aumentar el número de labriegos, e Irene trabajó en el campo al principio. Pero después de unos meses pidió a su locamente enamorado marido que le hiciera un telar de mano, y tuvo uno listo en muy poco tiempo. Entonces empezó a trabajar hasta la noche, despues que muchos de los esclavos ya se habían ido a acostar. Pronto Tom, visiblemente orgulloso, usaba una camisa que había cortado y cosido Irene con una tela también hecha por ella. -Me encanta hacer lo que me enseñó mi mamá -decía ella modestamente, cuando la felicitaban. Luego cardó, hiló, tejió y cosió vestidos con volados para Lilly Sue, que estaba encantada, y para la Pequeña Kizzy, que. al aproximarse a los veinte años, no demostraba interés en casarse, prefiriendo, al parecer, un noviazgo tras otro. Su último novio, Amos, trabajaba en el hotel, recién terminado, de la Compañía Ferrocarrilera de Carolina del Norte, a diez millas de la plantación. Irene luego hizo camisas para todos sus cuñados -lo que los conmovió, incluso a Ashford- y finalmente delantales, vestidos y sombreros para Matilda y para sí. La señora y el nuevo amo Murray estaban visiblemente encantados con el vestido y la camisa que hizo para ellos, con algodón cultivado en su propia plantación.

- ¡Es hermoso! -exclamó la señora Murray, dando vueltas para lucir su vestido ante Matilda, que estaba radiante-. ¡Nunca voy a entender cómo nos la vendieron los Holt, y a un precio tan razonable! -Matilda, que sabía la verdad, pues se la había confiado Irene, dijo, volublemente-: Se me ocurre que fue porque quieren a Tom, señora.

Irene amaba los colores, así que coleccionaba ávidamente plantas y hojas que utilizaba para teñir la tela, y durante los fines de semana de comienzos del otoño de 1859 se podían ver muestras rojas, verdes, violetas, azules, marrones y amarillas, que era su color favorito, colgando de la varilla de roten, secándose. Sin que nadie lo decidiera, ni pareciera notarlo,

poco a poco Irene dejó de trabajar en el campo. Desde el amo y su esposa hasta Uriah, el hijo de Virgil y Lilly Sue, de cuatro años, todos se daban cuenta de que Irene había puesto mucho colorido en sus vidas.

-Creo que una de las razones por las que quería tanto casarme con Tom era porque a los dos nos gusta hacer cosas para la gente -dijo a Matilda, que se mecía en su sillón ante el hogar, una fría noche de fines de octubre. Después de una pausa, Irene miró a su suegra de una manera disimulada. -Conociendo a Tom -dijo-, no necesito preguntarle si le ha dicho que estamos haciendo otras cosas...

Pasó un segundo para que Matilda se diera cuenta. Dio un gritito de felicidad, saltó de la mecedora y abrazó a Irene, fuera de sí.

-¡Ten una niña primero, tesoro, así puedo abrazarla y mecerla como si fuera una muñeca!

Irene hizo una cantidad increíble de cosas ese invierno, a medida que avanzaba su embarazo. De sus manos parecía brotar cierta magia que pronto todos apreciaron, desde los esclavos hasta los amos. Hacía alfombras de restos de lana; hacía velas de Navidad y Ano Nuevo, teñidas y perfumadas; con astas de vaca fabricaba peinetas; con calabazas, recipientes para beber agua. Insistió hasta que Matilda le permitió encargarse de la tarea semanal de hervir, lavar y planchar la ropa de todos. Ponía entre la ropa limpia hojas perfumadas, de pétalos de rosa y de albahaca, de modo que tanto los blancos como los negros Murray olían tan bien como se sentían.

En febrero, Irene entró en una conspiración de tres, con Manida y Ashford, a instancias de su suegra. Después de explicar su plan, Matilda les recomendó severamente: -¡No vayan a decir una palabra a Tom, pues saben lo estirado que es! -Como no veía ningún mal en ello, Irene usó la primera oportunidad que se le presentó para llamar aparte a su cuñada Kizzy, que la adoraba, y decirle con solemnidad-: Me he enterado de algo que pienso debes saber. Ashford anda diciendo que hay una muchacha muy bonita que sale con ese muchacho Amos, el que trabaja en el hotel del ferrocarril... -Irene vaciló un momento, para fijarse en los ojos de Kizzy, que se entrecerraron de celos, y continuó-: Ashford dice que la muchacha es de la plantación de donde es su novia. Dice que Amos la visita de noche los días de semana. Y que la muchacha asegura que dentro de poco va a saltar la escoba con Amos...

Kizzy se tragó el anzuelo, lo que agradó a Matilda, que había llegado a la conclusión que comparado con los otros volubles noviecitos de Kizzy, Amos parecía el mejor candidato para que esta terminara de flirtear y se casara.

Irene vio que hasta el estoico Tom levantaba las cejas el domingo siguiente al ver llegar a Amos en la mula que le prestaban para visitar a Kizzy. Nadie la había visto desplegar tanta alegría, ingenio y tretas. No dejaba de atender a Amos, que se había quedado mudo, pues por lo general Kizzy actuaba como si se aburriera. Después de algunos domingos más, la Pequeña Kizzy confesó a Irene que por fin se había enamorado, e Irene comunicó la noticia inmediatamente a Matilda.

Cuando pasaron dos domingos más y no hubo ninguna referencia a saltar la escoba, Matilda confió a Irene: -Estoy preocupada. Sé que no va a pasar mucho antes que hagan algo. Te habrás fijado que cada vez que él viene, salen a caminar, se alejan de nosotros, muy juntos... -Matilda hizo una pausa-. Irene, estoy preocupada por dos cosas. Primero, si se vuelven demasiado íntimos, ella puede quedar embarazada. Y lo segundo, ese muchacho acostumbrado a los ferrocarriles, y a la gente que viaja, ¿no estará pensando en huir al Norte? ¡Porque la Pequeña Kizzy haría cualquier cosa, como bien sabes!

Cuando llegó Amos el próximo domingo, Matilda apareció de inmediato con una torta y una jarra de limonada. Dijo en voz alta que tal vez no cocinaba tan bien como Kizzy, pero que lo mismo podría Amos conversar con ella mientras comían torta y tomaban limonada. -En realidad, ¡te vemos bastante poco!

La Pequeña Kizzy gimió, pero una mirada fulminante de Tom la paralizó, y Amos, sin otra alternativa, aceptó la silla que le ofrecían. Mientras todos conversaban de cosas intrascendentes y tomaban el refresco, Amos contribuyó con unas pocas sílabas tensas. Después de un rato, Kizzy decidió demostrar que su novio era mucho más interesante de lo que podía apreciar su familia.
-Amos, ¿por qué no les cuentas de los postes y los alambres que van a instalar los blancos del ferrocarril? -Su tono era, más que un pedido, una exigencia.
Después de dudar un poco, Amos dijo: -Bueno, no sé si puedo describir exactamente lo que es. Pero el mes pasado terminaron de tender los alambres en lo alto de los postes, que se extienden tan lejos como alcanza la vista...
-¿Para qué son esos postes y los alambres? -quiso saber Matilda.
-¡Ya lo va a decir, mamá!
Amos pareció turbado. -El telégrafo. Así lo llaman, me parece, señora. He visto que los alambres llegan dentro de la estación, donde el empleado tiene el escritorio. Encima tiene un aparatito raro, con una especie de manija en un costado. Algunas veces lo hace sonar, apretándolo con el dedo. Pero por lo general el aparatito suena solo. Entusiasma a los blancos. Todas las mañanas van muchos y atan los caballos, y esperan a que el aparatito empiece a hacer ruido. Dicen que son noticias que llegan de distintos lugares por los. alambres de los postes.
-Amos, espera un minuto... -dijo Tom, lentamente-. Dices que trae noticias, pero que no habla, ¿no hace más que un ruidito?
-Sí, señor Tom, como un grillo grande. Parece que el empleado de la estación saca palabras de eso, hasta que termina. Luego sale y dice a los hombres lo que oyó.
-¿No es maravilloso? -dijo Matilda-. ¡Sólo Dios sabe! -Sonrió a Amos tan ampliamente como Kizzy.
Amos, que se sentía mucho más tranquilo que antes, escogió el momento para contarles acerca de otra maravilla. -Señor Tom, ¿ha estado alguna vez en un taller de reparaciones de un ferrocarril?
Tom había decidido para sus adentros que le gustaba ese joven que parecía ser el hombre con quien su hermana iba a saltar la escoba. Tenía modales. Parecía sincero, sólido.
-No, hijo, nunca -dijo Tom-. Con mi esposa solíamos pasar por la aldea del ferrocarril, pero nunca he entrado a uno de los edificios.
-Bueno, señor, yo llevo muchas veces bandejas con comida del hotel, a los hombres que trabajan en doce talleres distintos, y me parece que la más atareada es la herrería. Allí enderezan los grandes ejes, cuando se tuercen, arreglan todas las cosas de los trenes y hacen todos los repuestos. Hay grúas hasta el techo, y como doce o quince herreros, cada uno con un asistente negro que maneja mazos y machos enormes. ¡Tiene fraguas en las que se podrían asar tres vacas, y uno de los negros ayudantes me dijo que los yunques pesan ochocientas libras!
Tom silbó, evidentemente impresionado.
-¿Cuánto pesa tu yunque, Tom? -preguntó Irene.
-Alrededor de doscientas libras, y no todos podrían alzarlo.
-Amos... -exclamó Kizzy-, ¡no les has contado nada de tu nuevo hotel, en el que trabajas!
- ¡No es mi hotel! -dijo Amos, sonriendo-. ¡Ojalá lo fuera! ¡Entra dinero a manos llenas! ¡Dios mío! Supongo que todos saben que no hace mucho que se hizo ese hotel. Dicen que muchos se han disgustado, porque el presidente del ferrocarril habló con ellos, pero luego eligió a la señorita Nancy Hillard para que lo administrara. Ella es la que me contrató, porque se acordó que yo trabajaba bien para su familia, cuando crecí. El hotel tiene treinta habitaciones, con seis baños en el patio de atrás. La gente paga un dólar por día, por habitación, lavado y toalla, además de desayuno, almuerzo, cena, y una silla reservada en

el porche de entrada. Muchas veces oigo cómo se queja la señorita Nancy porque la mayoría de los trabajadores del ferrocarril ensucian sus lindas sábanas limpias con manchas de grasa y de hollín, pero luego dice que por lo menos gastan todo lo que ganan, así que dan buenos beneficios a las tiendas de la compañía.
-La señorita Nancy dice que el ferrocarril es lo mas grande que existe, desde el caballo -observó Amos con modestia-. Dice que pronto, cuando haya más ferrocarriles, y se unan las vías, nada va a ser como antes.

CAPITULO 102

El Gallito George disminuyó el paso de su sudado caballo justo cuando el camino daba una curva pronunciada para entrar en el sendero. Estaba en el lugar correcto, pero era increíble cómo había cambiado desde la última vez que lo vio. Más allá del sendero invadido por las malezas, la casa de los Lea, entonces color castaño, había adquirido un tono grisáceo, y la pintura estaba descascarada; en vez de vidrios, había trapos en las ventanas; en un costado el techo, lleno de parches, estaba a punto de venirse abajo. Hasta los terrenos estaban estériles, llenos de tallos secos, y los cercos todos rotos y desvencijados.
Intrigado, escandalizado, soltó las riendas para que el caballo continuara su camino, esta vez en medio de la maleza. El porche de entrada de la casa grande estaba medio hundido, los escalones rotos. Los techos de las chozas de los esclavos se habían venido abajo. No se veía ni un gato, perro o pollo. Se bajó del caballo y lo llevó de la brida junto a la casa hasta la parte de atrás.
Tampoco estaba preparado para ver la vieja gorda que estaba sentada, inclinada sobre un pedazo de tronco, limpiando verdura, tirando los troncos junto a los pies y echando las hojas en una palangana oxidada. La reconoció: debía ser la señorita Malizy, pero tan increíblemente cambiada que parecía imposible. Gritó para llamar su atención.
La señorita Malizy dejó de limpiar la verdura. Levantando la cabeza, miró a su alrededor, lo vio, pero él se dio cuenta de que no sabía quién era.
-¡Señorita Malizy! -Se acercó corriendo, deteniéndose, incierto, al ver que aún había una expresión interrogante en su cara. Entrecerró los ojos, para enfocarlo mejor... y de repente, dejando caer una mano pesadamente sobre el tronco, se paró-. George... ¿no eres George?
- ¡Sí, señorita Malizy! -Corrió a ella ahora, abrazando su flaccidez, a punto de llorar.
-¡Dios mío, muchacho! ¿Dónde has estado? ¡En una época estabas aquí todo el tiempo!
El tono y las palabras indicaban que parecía no haberse dado cuenta de que habían transcurrido cinco años. -Estuve del otro lado del océano, en Inglaterra, señorita Malizy. Haciendo reñir los gallos... señorita Malizy, ¿dónde están mi mamá, mi esposa y mis hijos?
No había expresión en el rostro de ella, como si ya no fuera a sentir ninguna emoción, pasara lo que pasara. -¡Ya no hay nadie más aquí, muchacho! -Parecía sorprendida de que no lo supiera-. Todos se han ido. No quedamos más que yo y el amo...
-¿Adonde se han ido, señorita Malizy? -Se dio cuenta de que estaba reblandecida.
Con una mano regordeta ella indicó el bosquecillo de sauces cerca de las chozas. -Tu mami... se llamaba Kizzy... yace allá...
Un sollozo le subió a la garganta. Levantó la mano para ahogarlo.
-Sarah, también, está allí... y la vieja señora..., en la parte de adelante. ¿No la viste al pasar?
-Señorita Malizy, ¿dónde están Tilda y mis hijos? No quería sacudirla. Tenía que dejarla pensar.

-¿Tilda? Sí. Tilda era una buena muchacha. Con muchos hijos, también. Sí. Muchacho, tendrías que saber que el amo los vendió a todos hace mucho...
-¿Adonde, señorita Malizy, adonde? -Lo invadió la ira-. ¿Dónde está el amo, señorita Malizy?
Se volvió hacia la casa. -Allí, dormido todavía, supongo. Se emborracha tanto que no se levanta hasta tarde, y se pone a gritar que quiere comer... y casi no hay comida... muchacho ¿trajiste algo para cocinar?
Le dijo que no. El Gallito George atravesó la ruina que era la cocina, pasó por el pasillo de cuyas paredes colgaba el papel, y llegó a la sala maloliente y desordenada. Se detuvo al pie de la baja escalera, y gritó, furioso: -¡Amo Lea!
Esperó un momento.
-¡AMO LEA!
Estaba a punto de subir corriendo, cuando oyó ruidos. Después de un momento apareció su figura desarreglada, en una de las puertas, mirando hacia abajo.
Furioso, el Gallito George se quedó mudo de la impresión al ver el esqueleto del amo, flaco, sin afeitar, desgreñado. Era evidente que había dormido vestido. -¿Amo Lea?
-¡George! -El cuerpo del viejo se sacudió-. ¡George! -Bajó tropezando la crujiente escalera, parándose al llegar al pie. Se quedaron mirando el uno al otro. En la cara hundida, el amo Lea tenía los ojos llenos de derrames. Con su risa cascada corrió con los brazos abiertos para abrazar al Gallito George, que se hizo a un lado. Tomando las manos huesudas del amo Lea, las agitó vigorosamente.
-¡George, me alegro tanto de que hayas vuelto! ¿Dónde estuviste? ¡Debías haber regresado hace tanto!
-¡Sí, señor, sí señor! Lord Russell me dejó libre. Y tardé ocho días en llegar desde Richmond, donde llegó el barco.
- ¡Muchacho, ven a la cocina! -El amo Lea lo tiraba de las muñecas. Cuando llegaron, juntó las dos sillas rotas. -¡Siéntate, muchacho! ¡LIZY! ¿Dónde está mi botella? ¡Lizy!
-Voy, amo... -dijo la voz de la vieja desde afuera-. Se ha venido abajo desde que te fuiste, no sabe distinguir entre ayer y hoy- dijo el amo Lea.
-Amo, ¿dónde está mi familia?
-Muchacho, tomemos algo antes de conversar. ¡Hemos pasado tantas cosas juntos, y nunca tomamos un trago juntos! Estoy tan contento de que hayas vuelto, por fin tengo alguien con quien hablar.
-No vine a hablar, amo. ¿Dónde está mi familia?
-¡Lizy!
-Sí, señor... -Apareció por la puerta y puso una botella y dos vasos sobre la mesa. Luego salió, como si no viera al Gallito George y al amo Lea conversando allí.
-Sí, muchacho, lo siento tanto por lo de tu mamá. Se puso vieja, no sufrió mucho, se murió en poco tiempo. La enterramos en una buena tumba...-. El amo Lea estaba sirviendo los tragos.
A propósito no menciona a Tilda ni a los chicos, pensó el Gallito George. No ha cambiado en nada... sigue lleno de mañas, tan peligroso como una serpiente... tengo que evitar que se ponga demasiado furioso...
-¿Se acuerda lo último que me dijo, amo? Que me dejaba libre no bien volviera. ¡Bueno, aquí estoy!
Pero el amo Lea no dio señales de haber oído mientras le pasaba un vaso lleno en sus tres cuartas partes. Luego, llenando el suyo: -¡Aquí estás, muchacho! Celebremos tu regreso...
Necesito este trago... Vaciando el vaso de un golpe, el Gallito George sintió el calor de la bebida.

Volvió a intentarlo, indirectamente. -Me enteré por la señorita Malizy que se murió la señora. Lo siento mucho, amo.
Terminando el alcohol, con un gruñido el amo Lea dijo: -Una mañana no se despertó. Me apenó verla irse. Nunca me dejó tranquilo desde aquella riña. Pero me apenó verla irse. Me apena ver que se vaya alguien. -Eructó-. Todos tenemos que irnos...
No está tan mal como la señorita Malizy, pero va en camino. Ahora fue directamente al grano.
-Mi Tilda y mis hijos, amo. La señorita Malizy me dijo que los vendió...
El amo Lea lo miró. -Sí, tuve que hacerlo, muchacho. ¡Tuve que hacerlo! La mala suerte me obligó. Tuve que vender lo último que me quedaba de la tierra. ¡Todo, diablos, hasta los pollos!
George estaba a punto de encolerizarse, pero se contuvo.
-Muchacho, estoy tan pobre ahora, que Malizy y yo comemos lo que encontramos. -Rió de pronto-. ¡Demonios, no es cosa nueva! ¡Nací pobre! -Se volvió a poner serio-. Pero ahora que has vuelto, tú y yo podemos volver a hacer que las cosas marchen, ¿me oyes? ¡Sé que podemos, muchacho!
Todo lo que evitaba que el Gallito George se abalanzara sobre el amo Lea, era que inmediatamente se lo acusaría de atacar físicamente a un blanco. Habló con furia contenida. -Amo, usted me mandó lejos de aquí con la promesa de que me iba a dar la libertad. Pero vuelvo, y encuentro que ha vendido a mi familia. Quiero mis papeles. Quiero saber dónde están mi mujer y mis hijos, amo.
-¡Pensé que te lo había dicho! Están en el condado de Alamance, con un hombre que tiene plantaciones de tabaco, de apellido Murray, no lejos del ferrocarril... -El amo Lea achicó los ojos-. ¡No me levantes la voz, muchacho!
Alamance..."Murray..-. el ferrocarril. Grabando en la memoria las palabras clave, el Gallito George simuló estar contrito. -Lo siento, no quería hacerlo, amo...
El amo titubeó, luego lo perdonó. Tengo que sacarle ese pedazo de papel en que me da la libertad.
- ¡He estado mal, muchacho! -Inclinándose sobre la mesa, se puso bizco-. ¿Me oyes? ¡Nadie sabe lo mal que he estado! Y no sólo por dinero... -Se indicó el pecho-. ¡Aquí! -Parecía esperar una respuesta.
-Sí, señor.
-¡He visto tiempos difíciles, muchacho! Esos hijos de perra que solían gritar mi nombre cruzaban la calle a la otra vereda cuando me veían venir. Se reían de mí. ¡Hijos de perra! -Golpeó la mesa con su huesudo puño-. ¡Juré que les iba a dar una lección! Ahora has vuelto. ¡Vamos a comprar pollos! No importa que tenga ochenta y tres años...
-Amo...
El amo Lea se volvió a poner bizco. -No me acuerdo cuántos años tienes, muchacho...
-Cincuenta y cuatro, amo.
-¡No! .
-Sí, amo, y dentro de poco tendré cincuenta y cinco.
- ¡Diablos, te vi la misma mañana que naciste! Un negrito todo arrugado, color paja... -El amo Lea cacareó-. ¡Qué diablos, yo te puse el nombre!
Volviéndose a servir otro trago, más pequeño esta vez, después que George le hizo señas con la mano que él no quería, el amo Lea miró a su alrededor, como para asegurarse que estaban solos. -¡A ti no te voy a engañar como a los demás! Creen que ya no me queda nada... -Miró al Gallito George con expresión conspiradora-. ¡Tengo dinero! No es mucho... ¡Y lo tengo escondido! ¡Yo sólo sé dónde! -Miró un rato largo al Gallito George-. Muchacho, cuando yo me muera, ¿sabes quién se queda con lo que tengo? ¡Me quedan

diez acres todavía! ¡La tierra es igual que dinero en el Banco! ¡Todo lo que tengo será tuyo! ¡Eres lo más cercano que tengo, muchacho!
Tiene que haber tocado fondo para decir eso. El Gallito George se quedó mudo. Parecía que se le contraían las entrañas.
-Quédate un poquito más, George... -Había ruego en la expresión del borracho-. Sé que no vas a volver la espalda al que te trajo a este mundo...
Antes de irme me mostró los papeles de mi libertad que había escrito y firmado, y dijo que los iba a guardar en la caja fuerte. El Gallito George se dio cuenta de que iba a tener que hacer que se emborrachara más. Estudió la cara del otro lado de la mesa, pensando: lo único que le queda es ser blanco...
-Amo, nunca voy a olvidar cómo me crió, pocos hombres han sido tan buenos.
Los ojos acuosos se iluminaron. -Eras un negrito de faldones... Me acuerdo bien.
-Sí, señor, usted y el tío Mingo.
- ¡El viejo Mingo! Era el mejor de los entrenadores... -Los ojos vacilantes se fijaron en el Gallito George...- hasta que tú aprendiste... y empecé a llevarte a ti a las riñas, dejando a Mingo...
"... espero que tú y el amo me tengan suficiente confianza y me permitan dar de comer a los pollos...". El recuerdo de la amargura del viejo tío Mingo seguía doliéndole.
-¿Recuerda, amo, que íbamos a ir a una gran riña en Nueva Orleáns?
- ¡Claro que me acuerdo! Y nunca fuimos... -Frunció el ceño.
-Murió el tío Mingo y no fuimos.
-¡Sí! El viejo Mingo está bajo los sauces ahora-. Junto con mi mamá, la hermana Sarah, y la señorita Malizy cuando se vaya, dependiendo de cuál de los dos se muera primero. ¿Qué haría el uno sin el otro?
-Muchacho, ¿te acuerdas que te di un pase para que te acostaras con cuantas quisieras?
Haciendo como que se moría de risa, el Gallito George golpeó la mesa, mientras el amo continuaba: -¡Y la suerte, porque eras el macho más calentón que conocí! ¡Y los dos nos divertimos bastante durante los viajes, muchacho! Tú sabías de mí y yo sabía de ti...
- ¡Sí señor! ¡Sí que sabía, señor!
-Y empezaste a hacer reñir los descartes y yo te di dinero para que apostaras, y ganaste hasta cansarte.
- ¡Sí, señor! ¡La verdad!
- ¡Muchacho, formábamos un equipo!
El Gallito George casi empezaba a sentir el mismo entusiasmo que el amo por los recuerdos; también estaba un poco mareado por el whisky. Pensó en su objetivo. Alargó la mano, tomó la botella de whisky, se sirvió una pulgada, tomando su vaso con el puño para que no se viera, y casi llenó el vaso del amo. Levantando el vaso, el Gallito George empezó a arrastrar las sílabas. -¡Bebamos por el mejor amo que haya existido nunca!
Tomando un sorbo, vio que el amo Lea vaciaba su vaso. -Muchacho me hace sentir tan bien que pienses así...
- ¡Otro brindis! -Se alzaron los dos vasos-. ¡El mejor negro que tuve! -Vaciaron los vasos.
Secándose la boca con el dorso de la mano venosa, tosiendo por el alcohol, el amo Lea dijo, también tragándose las sílabas: -No me has contado nada de ese inglés, muchacho, ¿cómo se llama?
-Lord Russell, amo. Tiene más dinero del que puede contar. Tiene más de cuatrocientos gallos de riña, listos para pelear... -Después de una pausa significativa, agregó-: Pero no es ni sombra lo que era usted con los gallos, amo.
-¿Lo dices en serio, muchacho?

-No es tan inteligente por empezar. Es rico y tiene suerte. ¡No tiene su calidad tampoco, amo! -El Gallito George se acordó que sir C. Eric Russell decía a sus amigos: "El amo de George es un gallero de segunda, glorificado por todos".
Al amo Lea le colgaba la cabeza; la sacudió, para echarla hacia atrás, tratando de enfocar la mirada en el Gallito George. ¿Dónde guardará la caja fuerte? George pensó que el futuro del resto de su vida dependía de ese pedazo cuadrado de papel, que recordaba tan vividamente, que contenía tres veces más palabras que un pase de viaje, y luego la firma.
-Amo, ¿podría tomar un poco más?
-No tienes que pedir, muchacho... toma todo lo que quieras...
-Le dije a todos los ingleses que tenía el mejor amo en el mundo... nunca nadie me oyó decir que me quería quedar allá.,. eh, no está tomando nada, amo...
-... sólo un poquito... no, tú no eres de ésos... nunca me diste ningún problema...
-No señor..., bebamos por usted, señor... -Bebieron, y un poco de la bebida del amo le chorreó por la boca y le mojó la barbilla. El Gallito George, sintiendo los efectos del whisky, se sentó derecho, viendo que al amo se le caía la cabeza sobre la mesa...
-Siempre fue bueno con los otros negros también, amo...
Estuvo a punto de levantar la cabeza, pero no lo hizo. -Lo intenté, muchacho... lo intenté... -Se calló.
Me parece que está completamente borracho ahora. -Sí, señor, usted y la señora...
-Buena mujer... todos lo decían...
El amo apoyó el pecho también sobre la mesa. El Gallito George levantó su silla casi sin hacer ruido, y esperó un instante de gran suspenso. Fue hasta la puerta, se detuvo, y luego dijo, no demasiado fuerte: -¡Amo!... ¡Amo!
Se volvió, y como un gato empezó a buscar en todos los cajones de todos los muebles que encontró. Se detuvo, oyendo nada más que su respiración, y subió la escalera, maldiciendo los crujidos.
Entrar en el dormitorio de un blanco le produjo un impacto. Se detuvo... dando un paso atrás, involuntariamente, observó el desorden general. Reponiéndose de inmediato, volvió a entrar, y sintió los olores mezclados a whisky, orines, sudor y ropa sucia en medio de las botellas vacías. Luego, como un poseído, empezó a abrir cajones, a tirar todo lo que contenían, a buscar, inútilmente. A lo mejor debajo de la cama. De rodillas, mirando con atención, vio la caja fuerte.
Tomándola, en un instante estuvo abajo, y tropezó en el pasillo. El amo todavía estaba sobre la mesa. Volviéndose, se apresuró a salir por la puerta principal. En un lado de la casa trató de abrir la caja. Estaba cerrada con llave. Me subo al caballo y me voy, la abro después. Pero tenía que estar seguro que contenía el papel.
Vio el zoquete de madera para cortar leña, y la vieja hacha en el suelo. Fue corriendo, tomó el hacha, puso la caja sobre el zoquete,
y de un golpe la abrió. Se desparramaron billetes, monedas, papeles doblados. En un instante reconoció su papel.
-¿Qué estás haciendo, muchacho?
Casi saltó del susto. Pero era la señorita Malizy, sentada sobre su tronco, impertérrita, mirándolo con tranquilidad.
-¿Qué dijo el amo? -preguntó ella, vagamente.
-¡Tengo que irme, señorita Malizy!
-Bueno, es mejor que te vayas, entonces...
-Le voy a dar sus saludos a Tilda y a los chicos.
-Sí, muchacho... cuídense mucho...
-Sí... -rápidamente, la abrazó con fuerza. Tengo que ir a ver las tumbas. Pero pensó que era mejor recordar a su mamá Kizzy y a Ia hermana Sarah tal como eran cuando vivían. Echó

una última mirada al lugar en ruinas en el que había nacido y donde se había criado: Se echó a llorar. Aferrando el papel de su libertad, corrió hasta su caballo, subió de un salto, sentándose sobre la montura, detrás de la cual había dos rollos con sus pertenencias, y se alejó galopando en medio de las altas malezas del sendero, sin mirar atrás.

CAPITULO 103

Cerca del cerco que flanqueaba el camino principal, Irene estaba atareada recogiendo hojas para hacer sus perfumes. Levantó la vista al oír el ruido de los cascos de un caballo que se acercaba. Se le cortó la respiración al ver al jinete con su bufanda verde y el sombrero hongo adornado con una pluma de cola de gallo sostenida por la faja.

Agitando los brazos como loca, corrió hacia el camino, gritando con toda su voz: -¡El Gallito George! ¡Gallito George! -El jinete refrenó el caballo al llegar al cerco. El animal, cubierto de espuma, jadeó, aliviado.

- ¿Te conozco, muchacha? -dijo, devolviéndole la sonrisa.

- ¡No, señor! Nunca nos hemos visto, pero Tom, mamá Tilda y toda la familia hablan tanto de usted que sé cómo es su apariencia. Él la miró. -¿Mi Tom y mi Tilda?

- ¡Sí, señor! Su esposa y mi esposo... ¡el padre de mi bebé!

Él tardó unos segundos "en comprender. -¿Tú y Tom tienen
hijos? -Ella asintió, radiante, tocándose el protuberante vientre.

Le falta un mes. -Él meneó la cabeza-. ¡Dios mío! ¡Dios misericordioso! ¿Cómo te llamas?

- ¡Irene, señor!

Diciéndole que pasara, ella se apuró todo lo que pudo hasta llegar cerca de donde estaban Virgil, Ashrord, el Pequeño George, James, Lewis, la Pequeña Kizzy y Lilly Sue, sembrado en una parte de la plantación. Sus fuertes gritos pronto atrajeron a Kizzy, preocupada, que se acercó corriendo y luego volvió a dar la increíble noticia. Todos llegaron sin aliento a las chozas, gritando y saltando alrededor de su padre, su. madre y Tom, tratando de abrazarlo, hasta que el Gallito George quedó todo desarreglado pero abrumado por el recibimiento.

-Es mejor que se enteren de las malas noticias primero -les dijo, y les dio la noticia de la muerte de la abuela Kizzy y la hermana Sarah-. La señora Lea también se fue...

Cuando disminuyó un tanto el dolor de su familia, describió la condición de la señorita Malizy, y luego les contó su experiencia con el amo Lea, con el resultado: el papel de su libertad, que desplegó triunfalmente. Cenaron y pronto cayó la noche sobre la familia reunida alrededor de él, embelesada, mientras empezaba a contarles sus cinco años en Inglaterra.

-¡Para decirles la verdad, necesitaría un año entero para tratar de contarles todo lo que vi y todo lo que hice del otro lado del océano: ¡Dios mió! -Les contó, por lo menos, acerca de la enorme riqueza y prestigio de sir C. Eric Russell; de sus purísimas aves de riña, que ganaban constantemente y de como él, entrenador negro de los Estados Unidos, había resultado fascinante para los amantes de las aves de riña de Inglaterra, donde las damas elegantes salían a pasear con sus africanitos vestidos de seda y terciopelo, a quienes llevaban con cadenas de oro sujetas alrededor del cuello.

-No les voy a mentir, me alegro de las experiencias que tuve. ¡Pero Dios sabe cuánto los eché de menos!

-¡A mí no me parece... estiraste dos años a más de cuatro! -dijo secamente Matilda.

-La viejita no ha cambiado nada, ¿eh? -observó el Gallito George a sus divertidos hijos.

-¡Hmm! ¿Quiénes vieja? -replicó Matilda-. ¡Tú tienes muchas más canas que yo!
El rió y palmeó a Matilda en la espalda, mientras ella simulaba gran indignación. -¡No era yo el que no quería volver! Yo vivía recordándole a lord Russell que habían pasado los dos años. Pero un día vino y me dijo que entrenaba tan bien sus aves, y que enseñaba tan bien al blanco que me ayudaba, que había decidido enviar más dinero al amo Lea, deciéndole que me contrataba por un año más. A mí casi me da un ataque! Pero, ¿qué iba a hacer? Le pedí que en la carta al amo Lea le dijera que les explicara bien a ustedes...
- ¡No nos dijo ni una palabra! -exclamó Matilda, y Tom agregó:
- ¿Sabes por qué? ¡Ya nos había vendido para entonces!
- ¡Tienes razón! ¡Por eso no nos enteramos de nada!
-¿Vieron? ¡No era yo! -El Gallito George estaba muy contento por haber sido reivindicado. Después de esta amarga desilusión, dijo que le hizo prometer a lord Russell que sería el último año. -Entonces me dediqué a sus aves y las hice ganar; fue la mejor temporada que tuvieron, o así me dijeron, por lo menos. Finalmente dijo que le parecía que le había enseñado bien al ayudante blanco, que ahora se podía hacer cargo. Me puse tan contento!
"Les voy a decir una cosa. Muy pocos negros han tenido el honor dé ser acompañados, como yo, por dos carruajes cargados de ingleses, cuando fuimos a Southampton. Esa es una gran ciudad junto al mar, con una infinidad de barcos que van y vienen. Lord Russell me había sacado un pasaje en tercera clase para que viajara en un Barco a través del océano.
"¡Dios mío! ¡Nunca estuve tan asustado! No habíamos viajado mucho cuando el barco empezó a hacerse para un lado y para otro, como un potro salvaje. ¡Entonces sí que recé! -ignoró la exclamación de asumbro de Matilda-. ¡Parecía que el océano entero se había enloquecido y quería hacernos pedazos! Pero por fin el mar se tranquilizó y todo fue muy bien hasta que llegamos a Nueva York donde lodos bajamos.
-¡Nueva York! -exclamó la Pequeña Kizzy-. ¿Qué hiciste allí, papá?
-¿No les estoy contando todo lo más rápido que puedo? Bueno, lord Russell le había dado dinero a uno de los oficiales del barco, con instrucciones para que me pusiera en otro barco hasta Richmond. Pero el barco no partía antes de cinco o seis días. Así que recorrí toda Nueva York, mirando y escuchando...
-¿Dónde paraste? -preguntó Matilda.
-En una pensión para gente de color... eso quiere decir negros, ¿en qué otro lugar? Tenía dinero, y todavía me queda. Se los voy a mostrar mañana. -Miró con picardía a Matilda-. A lo mejor te doy hasta cien dólares, si te portas bien. -Mientras ella resoplaba, él continuó-: lord Russell resultó ser un buen hombre. Me dio este dinero antes de partir. Dijo que era estrictamente para mí, que no debía mencionarlo al amo Lea, y por supuesto, no le dije nada.
"Lo más importante que hice fue hablar con los negros libres de Nueva York. La mayoría trata de no morirse de hambre; están peor que nosotros. Pero es como nos dicen. ¡Algunos viven bien! Son dueños de negocios, o tienen empleos que les pagan bien. Algunos hasta tienen casa propia, y los demás alquilan departamentos; algunos niños hasta van a la escuela.
"Pero todos los negros con quienes hablé están furiosos con los blancos inmigrantes...
- ¿Los abolicionistas? -preguntó la Pequeña Kizzy.
- ¡No! ¡Ellos no! Son gente que viene en barco y se baja en Nueva York, y se va al Norte. Son irlandeses principalmente; no se entiende lo que dicen, y otras clases extrañas, que ni siquiera saben inglés. Lo primero que aprenden cuando bajan del barco es "negro", y en seguida empiezan a decir que los negros les sacan los trabajos. Están peleando y provocando problemas todo el tiempo. ¡Son peores que los blancos pobres!
-¡Dios mío! ¡Espero que se queden lejos y no vengan acá!

-dijo Irene.
-Me llevaría otra semana contarles la mitad de las cosas que oí y vi antes de que el barco zarpara para Richmond.
- ¡Me sorprende que no lo perdieras!
- ¡Mujer! ¿Es que nunca me vas a dejar tranquilo? ¡Me fui hace años y parece que hubiera sido ayer por la forma en que me tratas!
-Había un tono de impaciencia en la voz del Gallito George.
- Tom preguntó rápidamente: -¿Compraste el caballo en Richmond?
- ¡Así es! ¡Setenta dólares! Es una yegua realmente veloz. Pensé que un hombre libre iba a necesitar un buen caballo. Fui a todo galope hasta lo del amo Lea...
Como era a comienzos de abril todos estaban terriblemente atareados. La mayoría de la familia estaba ocupada con la siembra. Matilda casi no tenía tiempo libre entre la limpieza y la cocina, y servir las comidas en la casa grande. Los clientes de Tom lo tenían ocupado del amanecer a la noche, e Irene, de casi ocho meses, tenía muchísimas tareas que hacer.
Sin embargo, durante la semana siguiente, el Gallito George los visitó a todos. En el campo, pronto todos se dieron cuenta de que no le gustaba nada que tuviera que ver con la tierra... Cuando se acercaba a Matilda y a Irene, éstas le sonreían pero se disculpaban de inmediato: esperaban que comprendiera, pero tenían que volver a lo que estaban haciendo. Varias veces cayó a visitar a Tom mientras él realizaba sus tareas en la herrería, pero cada vez la atmósfera se ponía más tensa. Los esclavos que esperaban se ponían visiblemente nerviosos al ver que los blancos que aún no habían sido atendidos dejaban de conversar abruptamente, escupían enfáticamente y cambiaban de posición en el banco de tronco, sin quitar los ojos de encima del negro de la bufanda verde y el sombrero hongo que evidentemente no les inspiraba confianza.
Dos -veces Tom vio que el amo Murray estaba a punto de dirigirse al taller, luego se volvía, y Tom se dio cuenta por qué. Matilda dijo que cuando los Murray se enteraron de la llegada del Gallito George, "se pusieron contentos por nosotros, pero ahora me preocupa, Tom porque los veo conversar, y cuando yo llego, se interrumpen".
¿Cuál iba a ser la situación del Gallito George, un liberto, en la plantación de los Murray? ¿Qué iba a hacer? Las preguntas daban vuelta en la cabeza de todos, excepto la de Uriah, el hijo de cuatro años de Virgil y Lilly Sue.
-¿Tú eres mi abuelito? -Uriah aprovechó la oportunidad para decir algo directamente al intrigante hombre que había causado tal revuelo entre los adultos al llegar hacía unos días.
-¿Qué?
El sorprendido Gallito George acababa de regresar a las chozas, muy resentido pues se sentía rechazado. Miró al chico que lo miraba con curiosidad. -Supongo que así es-. Listo para seguir su camino, George se volvió-. ¿Cómo te llamas tú?
-Uriah, señor. Abuelito, ¿dónde trabajas?
-¿De qué estas hablando? -Miró severamente al niño-. ¿Quién te dijo que me preguntaras eso?
-Nadie. Se lo pregunto yo.
Decidió que el muchacho decía la verdad. -No trabajo en ninguna parte. Soy libre.
El muchacho vaciló. -Abuelito, ¿qué es libre?
Sintiéndose ridículo, parado allí mientras lo interrogaba un niño, el Gallito George echó a andar, pero luego pensó en lo que le había confiado Matilda del niño. "Parece enfermizo, y un poco raro en la cabeza. Fíjate en la manera en que mira después que una ha dejado de hablar". Volviéndose, el Gallito George miró a Uriah, y se dio cuenta de lo que quería decir Matilda. El niño daba la impresión de debilidad física y, a no ser por su parpadeo, los enormes ojos parecían clavados en el Gallito George, observando hasta el más ínfimo detalle. George se sintió incómodo. El niño repitió la pregunta: -Señor, ¿qué es libre?

-Libre quiere decir que nadie es dueño de uno. -Le parecía que estaba hablando a los ojos. Volvió a alejarse.
-Mamá dice que usted riñe a los pollos. ¿Con qué los riñe?
Dándose vuelta, listo para contestar con ironía, el Gallito George vio el rostro sincero y curioso de un niñito. Y sintió algo adentro: era su nieto.
Estudió críticamente a Uriah, pensando que debía haber algo apropiado para decirle. Y por fin: -¿Tu mamá o alguien te dijo de dónde vienes?
-¿Cómo, señor? -No le habían dicho nada, pensó George, y si se lo habían dicho no se acordaba.
-Ven conmigo, muchacho.
Era algo que podía hacer. Seguido por Uriah, el Gallito George se dirigió a la choza que compartía con Matilda. -Ahora, siéntate en esa silla y no empieces a hacer muchas preguntas. Escucha lo que te voy a decir.
-Sí, señor.
-Tu papá es hijo mío y de tu abuelita Tilda. -Miró al niño-. ¿Entiendes eso?
-Mi papi es hijo de ustedes.
-Eso es. No eres torpe, como pareces. El nombre de mi mamá es Kizzy. Repítelo.
-Sí, señor. Abuelita Kizzy.
-Sí, la mamá de ella era Bell. Miró al muchacho.
-Bell.
El Gallito George gruñó. -Muy bien. Y el nombre del papá de Kizzy era Kunta Kinte...
-Kunta Kinte.
-Eso es. Bueno, él y Bell, tus tatarabuelos...
Casi una hora después, cuando Matilda llegó, apurada y nerviosa, a la choza, preguntándose dónde estaría Uriah, lo encontró repitiendo obedientemente palabras como "Kunta Kinte" y ko y "Kamby Bolongo". Y Matilda decidió que tenía tiempo para sentarse, y radiante de satisfacción, escuchó cómo el Gallito George le contaba a su absorto nieto la historia de su tatarabuelo, que no estando lejos de su aldea, cortando madera para hacer un tambor, fue sorprendido, dominado y robado por cuatro hombres, que lo hicieron esclavo.
-Luego un barco lo trajo a través del gran océano hasta un lugar llamado Annapolis, y allí fue comprado por el amo John Waller, que
lo llevó a su plantación, qué estaba en el condado de Spotsylvania, en Virginia...
El lunes siguiente, el Gallito George fue con Tom en la carreta a comprar provisiones a la ciudad de Graham, cabecera del Condado. Hablaron poco, pues cada uno parecía abstraído en sus propios pensamientos. Mientras iban de almacén en almacén, el Gallito George admiró la dignidad con la que su hijo, de veintisiete años, trataba a los comerciantes blancos. Luego fueron a un café que, según le informó Tom, había sido comprado recientemente por un ex sheriff del condado, llamado J. D. Cates.
El rechoncho Cates parecía ignorarlos mientras iba de un lugar a otro, atendiendo a sus clientes blancos. Tom tuvo una sensación extraña; se dio cuenta de que Cates miraba de reojo al Gallito George, ataviado con su bufanda verde y su sombrero hongo negro, y que caminaba de un lugar a otro inspeccionando la mercadería como si estuviera en su casa. Intuitivamente, Tom se dirigía a su padre para que se retiraran de ese lugar cuando se oyó la voz de Cates en todo el negocio: -¡Eh, muchacho, tráeme un vaso de agua de ese balde!
Cates miraba directamente a Tom con ojos insultantes, amenazantes. A Tom se le dio vuelta el estómago. Cumpliendo la orden de un blanco fue hasta el balde, con cara de piedra, y regresó con un vaso de agua. Cates lo bebió de un trago, y miró al Gallito George por encima del borde. George estaba meneando lentamente la cabeza. Cates le arrojó el vaso. -¡Todavía tengo sed!

Evitando un movimiento rápido, el Gallito George sacó del bolsillo su papel, cuidadosamente doblado, y se lo entregó a Cates. Cates lo abrió y lo leyó. -¿Qué estás haciendo en nuestro Condado?
-preguntó con frialdad.
-Es mi padre -dijo Tom con calma. Sobre todo, no quería que su padre adoptara un tono desafiante-. Le acaban de dar la libertad.
-¿Vive con todos ustedes en la plantación, del señor Murray?
-Sí, señor.
Mirando a sus clientes blancos, Cates exclamó: -¡El señor Murray debería conocer mejor las leyes de este Estado!
Sin entender qué quería decir, ni Tom ni George dijeron nada.
De repente Cates se tornó casi afable. -Bueno, cuando lleguen a casa, no se olviden de decirle al señor Murray que dentro de poco voy a ir a hablar con él. -Seguidos por la risa de todos, Tom y el Gallito George salieron del café.
Fue a la tarde siguiente que llegó Cates a la casa de los Murray. Unos pocos minutos después, Tom levantó la vista de la fragua y vio que Irene corría al taller. Él pasó junto a los clientes que aguardaban, y fue a su encuentro.
-Mamá Tilda dice que te diga que el amo y ese hombre blanco están en el porche, conversando. El hombre es el que habla todo el tiempo, y el amo asiente.
-Está bien, querida -dijo Tom-. No te asustes. Vete ahora. -Irene se fue.
Luego, como a la media hora, vino a decirle que Cates se había ido. -Ahora están conversando el amo y la señora.
Pero no pasó nada hasta que Matilda sirvió la cena al amo y a la señora Murray, que estaban tensos y callados. Finalmente, cuando les sirvió el postre y el café, el amo Murray dijo, con la voz tirante:
-Matilda, ve y avísale a tu marido que quiero verlo en el porche en el acto.
-Sí, señor amo.
Encontró al Gallito George con Tom en el taller. El Gallito George rió forzadamente cuando recibió el mensaje. -¡Supongo que querrá que le compre unos gallos de riña!
Arreglándose la bufanda y torciéndose el sombrero, se dirigió rápidamente a la casa grande. El amo Murray lo esperaba, sentado en la mecedora, en el porche. El Gallito George se detuvo en el patio, al pie de la escalera.
-Tilda dice que usted me quiere ver, señor.
-Sí, así es, George. Voy a ir directamente al grano. Tu familia nos ha traído mucha felicidad a esta casa...
-Sí, señor -dijo George-, ¡y ellos no tienen más que ponderaciones para ustedes también, amo!
El amo habló con más firmeza. -Pero me temo que vamos a tener que resolver un problema, que te concierne a ti. -Hizo una pausa-. Tengo entendido que ayer conociste al señor J. D. Cates, nuestro ex sheriff del Condado...
-Sí, señor, supongo que se puede decir que lo conocí, señor.
-Bueno, probablemente ya sabes que el señor Cates vino a visitarme hoy. Me llamó la atención sobre una ley de Carolina del Norte que prohíbe que ningún liberto se quede en los límites del Estado por más de sesenta días, o deberá volver a ser esclavo.
Las palabras del señor Murray tardaron un momento en causar efecto. El Gallito George se quedó mirando con incredulidad al amo Murray. Se había quedado sin palabras.
-Lo siento mucho, muchacho. Sé que no te debe parecer justo.
- ¿Le parece justo a usted, señor Murray?
El amo vaciló. -No, para decirte la verdad. Pero la ley es la ley. -Hizo una pausa-. Pero si prefieres quedarte aquí, puedo garantizarte que serás bien tratado. Tienes mi palabra.

-¿Su palabra, amo Murray? -Los ojos de George eran impasibles.
Esa noche George y Matilda se quedaron mirando el techo, tomados de la mano bajo el edredón. -Tilda -dijo después de un rato largo-, supongo que lo único que puedo hacer es quedarme. No he hecho más que correr toda la vida.
-No, George. -Ella meneó la cabeza lentamente-. Porque eres el primero de nosotros en ser libre. Tienes que seguir siendo libre, así nosotros tenemos a alguien que es libre en la familia. ¡No puedes volver a ser un esclavo!
El Gallito George se echó a llorar. Y Matilda lloró con él. Dos noches más tarde ella no pudo reunirse con él a cenar con Tom e Irene, en la choza pequeña de éstos. Empezaron a conversar del bebé, que llegaría en dos semanas, y el Gallito George se puso solemne.
-No se olviden de contarle a ese bebé de su familia, ¿me oyen?
-Papá, ninguno de mis hijos va a crecer sin saberlo. -Tom se obligó a sonreír-. Si yo no les cuento, la abuela Kizzy se me va a aparecer para corregir el error.
Se hizo un silencio mientras los tres miraban el fuego.
Finalmente el Gallito George volvió a hablar.
-Tilda y yo estábamos contando los días. Me quedan cuarenta antes de irme, según la ley. Pero he estado pensando. No hay por qué posponer la partida...
Se puso de pie, y abrazó con todas sus fuerzas a Tom y a Irene.
-¡Volveré! -dijo, con la voz ronca-. ¡Cuídense! -Salió rápidamente de la choza.

CAPITULO 104

Era a principios de noviembre de 1860, y Tom se estaba apurando a terminar su último trabajo en la herrería antes de que oscureciera. Logró terminarlo. Luego, cubriendo con cenizas el fuego de la fragua, caminó pesadamente a su choza para comer con Irene, que estaba alimentando a su niña, María, de un año y medio. Comieron en silencio, porque Irene vio. que su marido estaba pensativo, y no quiso interrumpirlo. Después se reunieron con el resto de la familia en la choza de Matilda, donde cascaron y comieron nueces del nogal americano recogidas por Matilda y por Irene (que estaba nuevamente embarazada) para hacer tortas especiales para Navidad y Año Nuevo.
Tom escuchaba la conversación intrascendente sin hacer comentarios (al parecer sin oírla) y luego, por fin, durante un silencio, se inclinó hacia adelante en la silla y habló: -¿Se acuerdan que varias veces les he dicho que he oído a los blancos maldecir al amo Lincoln? Bueno, ¡ojalá los pudieran haber oído hoy, porque es el presidente! Dicen que desde la Casa Blanca va a hacerle la guerra al Sur, y contra quien tenga esclavos.
-Bueno -dijo Matilda-. Tengo ganas de oír lo que tiene que decir el amo Murray al respecto. Ha estado diciendo a la señora que va a ver serias dificultades a menos que el Norte y el Sur arreglen sus diferencias, de una manera u otra.
-He oído muchas cosas -siguió diciendo Tom-, y hay muchos más de los que pensamos en contra de la esclavitud. Y no todos están en el Norte. Hoy no podía concentrarme en lo que hacía. He estado pensando mucho en esto. Parece demasiado bueno para creerlo, pero puede llegar el día en que no haya más esclavos.
-Bueno, nosotros seguramente no vamos a llegar a ver ese día -dijo Ashford agriamente.
-A lo mejor ella sí -dijo Virgil, refiriéndose a la hijita de Irene.
-No me parece posible -dijo Irene-, por más que quisiera creerlo. Si suman a todos los esclavos del Sur, y si no cuentan más que a los labriegos, cada uno cuesta alrededor de ochocientos o novecientos dólares, ¡y eso es un montón de dinero! Además, somos

nosotros los que hacemos todo el trabajo. -Miró a Tom-. Sabes muy bien que los blancos no van a perder todo eso.
-No sin pelear -dijo Ashford-. Y ellos son muchos más que nosotros. ¿Cómo vamos a ganar?
-Pero si hablamos de todo el país -dijo Tom-, podría haber tantos contra la esclavitud como a favor de ella.
-El problema es que los que están en contra no están aquí con nosotros -dijo Virgil, y Ashford asintió, cosa rara en él, pues nunca estaba de acuerdo en nada.
-Bueno, si hay una pelea, como dice Ashford, las cosas podrían cambiar rápidamente -dijo Tom.
A principios de diciembre, poco después de que el amo y la señora Murray regresaran a su casa en el cabriolé, de una cena que habían tenido en la vecindad, Matilda corrió desde la casa grande a la choza de Tom e Irene. -¿Qué quiere decir "secesión"? -preguntó, y cuando ellos se encogieron de hombros, prosiguió-. El amo dice que eso es lo que Carolina del Sur acaba de hacer. El amo dijo algo así como que se van de los Estados Unidos.
- ¿Cómo se van a separar del país de ellos? -dijo Tom.
-Los blancos pueden hacer cualquier cosa -dijo Irene.
Tom no les había dicho nada, pero ese día había estado escuchando decir a sus clientes que iba a correr mucha sangre antes de que cedieran sus derechos "estatales", y a tener esclavos.
-Yo no quiero asustarlas más -dijo a Matilda y a Irene- pero yo creo creo realmente que va a haber guerra.
- ¡Oh, Dios mío! ¿Dónde va a ser, Tom?
-Mami, ¡no hay campos destinados especialmente a la guerra, como para los picnics!
-¡Bueno, espero que no pase cerca de nosotros!
Irene se burló de ambos. -No me van a decir que los blancos se van a matar entre sí por los negros.
Pero a medida que pasaban los días, lo que oía en el taller convenció a Tom que estaba en lo cierto. Algunas cosas contó a su familia, otras no, porque no quería alarmarlos innecesariamente, y no estaba seguro de si se sentía aterrado por lo que podía suceder, o si deseaba que sucediera. Pero sentía que la inquietud de la familia seguía aumentando, a medida que crecía el tránsito en el camino principal, por el que pasaban, a todo galope, jinetes y cabriolés, cada vez en mayor número y cada vez más rápido. Casi todos los días alguien venía a conversar con el amo Murray. Matilda empleaba todas las tretas posibles para poder escuchar, poniéndose a limpiar o a barrer. Lentamente, durante las semanas siguientes, en las reuniones nocturnas de la familia, comentaban las conversaciones temerosas y furiosas de los blancos, lo que les hacía creer que habría guerra, y que si los "yanquis" ganaban, era posible que les dieran la libertad. Los negros que le llevaban trabajo, contaban a Tom que sus amos y amas se estaban volviendo cada vez más desconfiados y místeriosos. Bajaban la voz y deletreaban las palabras cuando se acercaba hasta el esclavo más antiguo y de confianza.
-¿Se comportan de manera extraña en la casa grande cuando estás cerca, mamá? -preguntó Tom a Matilda.
-No, no susurran ni deletrean palabras, ni nada por el estilo dijo ella-. Pero cambian de conversación, y se ponen a hablar de la cosecha o de una cena cuando yo entro.
-Lo mejor que podemos hacer -dijo Tom- es hacernos los tontos, como si no supiéramos nada de lo que pasa.
Matilda lo pensó, pero no estuvo de acuerdo. Y una noche, despues de servir el postre a los Murray, entró en el comedor y exclamó, estrujándose las manos: -¡Dios mío, amo y ama, perdóneme, pero yo y mis hijos hemos oído lo que se dice, y tenemos miedo a los yanquis,

así que esperamos que ustedes nos van a cuidar si hay problemas! -Con satisfacción, notó las expresiones de aprobación y alivio de los Murray.
-Bien, tienen razón en asustarse, porque estos yanquis no son amigos de ustedes -dijo la señora Murray.
-Pero no se preocupen -dijo el amo, tranquilizándola-, no va a haber problemas.
Hasta Tom tuvo que reírse cuando Matilda describió la escena. Y todos se rieron cuando él les contó que había oído como había encarado el asunto un caballerizo de Melville. El amo le preguntó de qué lado estaría él en caso de guerra, y el caballerizo dijo: -¿Ha visto a dos perros peleando por un hueso, amo? Bueno, nosotros los negros somos el hueso.
Navidad y Año Nuevo pasaron sin festividades en el condado de Alamance. De vez en cuando los clientes de Tom traían noticias de que nuevos estados del Sur se habían separado de la Unión, primero Mississippi, luego Florida, Alabama, Georgia y Luisiana, todos durante el mes de enero de 1861, y el primero de febrero, Texas. Todos formaron una "Confederación" de Estados sureños dirigidos por su propio presidente, llamado Jefferson Davis.
-El amo Davis y muchos senadores sureños y altos oficiales del Ejército -Tom informó a la familia-, renuncian para regresar a sus hogares.
-Tom, se está acercando a nosotros -exclamó Matilda-. Hoy vino un hombre y dijo al amo que el viejo juez Ruffin sale de Haw River mañana para Washington, donde habrá una conferencia de paz. Pero unos días después, Tom oyó decir a sus clientes que el juez Ruffin había regresado triste, diciendo que la conferencia de paz había fracasado, terminando con explosivas discusiones entre los delegados más jóvenes del Norte y del Sur. Un cochero negro dijo a Tom, que se había enterado por el portero del Palacio de Justicia del condado de Alamance, que había habido una reunión de casi cuatrocientos blancos del lugar (entre los que estaba el amo Murray), y que el amo Holt, el ex propietario de Irene, y otros de igual importancia, habían gritado que había que evitar la guerra, y habían golpeado las mesas diciendo que los que se unían a los confederados eran unos traidores. El portero también dijo que un amo llamado Giles Mebane fue elegido para llamar a una convención, en la que se iba a discutir la secesión del Estado y el voto del Condado de Alamance, por cuatro a uno, para permanecer dentro de la Unión.
La familia no podía mantenerse al tanto de todo lo que pasaba, y que Tom o Matilda informaban noche a noche. Durante un solo día, en marzo, llegaron las noticias de que Lincoln había jurado como presidente; que se había descubierto una bandera de la Confederación en una importante ceremonia en Montgomery, Alabama; y que el presidente de la Confederación, Jeff Davis, había declarado abolido el tráfico de esclavos africanos. Conociendo lo que él pensaba de la esclavitud, nadie en la familia entendía por qué había hecho eso. Unos días después la tensión alcanzó su punto álgido con el anuncio de que la legislatura de Carolina del Norte había convocado inmediatamente a veinte mil voluntarios para el ejército.
Temprano en la mañana del viernes 12 de abril de 1861, el amo Murray fue a una reunión en Mebane, y Lewis, James, Ashford, Kizzy y Mary estaban en el campo, ocupados en transplantar vastagos de tabaco, cuando empezaron a ver una enorme cantidad de jinetes blancos que pasaban por el camino principal a todo galope. De pronto un jinete se detuvo por un momento, blandiendo, furioso, el puño en la dirección de ellos y gritándoles algo que no entendieron, Virgil mandó a Kizzy para que avisara a Tom, Matilda e Irene que algo importante debía haber ocurrido.
Tom, por lo general tan reposado, perdió los estribos cuando Kizzy no le pudo dar más detalles. -¿Qué les gritó? -exigió saber. Pero ella sólo pudo decirle que el jinete estaba demasiado lejos para que pudieran oír.
- ¡Es mejor que vaya en la mula a averiguar qué ha pasado! -dijo Tom.

-¡Pero no tienes un pase de viaje! -le gritó Virgil cuando iba por el sendero.
-¡Tengo que arriesgarme! -gritó Tom.
Para cuando llegó el camino principal, éste parecía una pista de carreras, y supo que los jinetes se dirigían a los almacenes del ferrocarril, donde la oficina de telégrafos recibía las noticias importantes por los alambres tendidos a lo alto de los postes. Mientras se dirigían a todo galope, muchos intercambian saludos, o se hacían preguntas, pero nadie sabía nada. Mientras pasaba junto a blancos pobres y a negros que iban a pie. Tom supo que había sucedido algo terrible, pero aun así se le estrujó el corazón al llegar al lugar donde reparaban los trenes y vio la inmensa multitud amontonada alrededor de la oficina de telégrafos.
Saltando y atando su mula, Tom corrió en círculo, bordeando la multitud de blancos furiosos que gesticulaban sin dejar de mirar los alambres de los postes, como si esperaran ver algo. A un costado estaba un grupo de negros, y oyó lo que decían: -¡El amo Lincoln va a luchar por nosotros ahora!... ¡Parece que a Dios le importan los negros, después de todo!... ¡No puedo creerlo!... ¡Libres, Dios mío, libres!
Acercándose a un hombre, Tom se enteró de lo que había pasado. Las tropas de Carolina del Sur estaban disparando contra las federales en el Fuerte Sumter, en el puerto de Charleston, y otras veintinueve bases federales del Sur habían sido tomadas por orden del presidente Davis. Había comenzado la guerra. Tom regresó con la noticia, sin novedad, logrando llegar antes que el amo. Durante el resto de la semana las noticias se sucedieron sin interrupción. Después de dos días de sitio, el Fuerte Sumter se había rendido. Habían muerto quince de cada bando, y más de mil esclavos estaban obstruyendo con bolsas de arena las entradas al puerto de Charleston. Después de informar al presidente Lincoln que no contribuiría con tropas de Carolina del Norte, el gobernador del Estado, John Ellis, había comprometido el apoyo de miles de fusileros al Ejército de la Confederación. El presidente Davis había pedido que todos los hombres blancos, entre dieciocho y treinta y cinco, se presentaran como voluntarios para luchar hasta tres años, y ordenó que de cada diez esclavos por plantación, uno debía ser entregado al ejército, donde trabajaría sin paga. El general Robert E. Lee renunció al Ejército de los Estados Unidos para comandar el Ejército de Virginia. Y se decía que todos los edificios de gobierno, en Washington, estaban llenos de. soldados armados, y que había barricadas de hierro y cemento contra una posible invasión de las fuerzas sureñas.
En todo el condado de Alamance, mientras tanto, los blancos hacían fila para alistarse en el ejército. Tom se enteró por un cochero negro, que su amo había llamado al sirviente de más confianza de la casa grande y le había dicho: "Muchacho, espero que tú cuides de la señora y de mis hijos mientras yo no esté, ¿entiendes?". Un gran número de blancos de la vecindad fueron a la herrería a herrar sus caballos para acudir a una reunión en Mebane con el resto de los que formaban la "Compañía Hawfields" del condado de Alamance, recientemente formada, y luego abordar el tren que los llevaría al campamento de entrenamiento en Charlotte. Otro cochero negro que había llevado a sus amos que fueron a despedir a su hijo mayor describió la escena: las mujeres lloraban amargamente, sus hijos se asomaban por las ventanillas haciendo vibrar el aire con gritos de rebeldía. Muchos decían: "¡Vamos a arreglar a esos yanquis hijos de puta y volveremos para desayunar!". "El joven amo", dijo el negro, "tenía puesto su uniforme gris nuevo, y lloraba tanto como el amo y la señora, y se empezaron a abrazar y a besar hasta que por fin se separaron, y se quedaron allí parados, aclarándose la garganta. ¡Y no voy a mentir, yo estaba llorando, también!".

CAPITULO 105

En la choza iluminada por una lámpara, esa noche, tarde, por segunda vez, Tom se sentó junto a la cama mientras Irene le apretaba convulsivamente la mano hasta que de repente sus quejidos de dolor se convirtieron en alaridos de desesperación. Entonces corrió a buscar a su madre. A pesar de la hora, la intuitiva Matilda no se había dormido, y había oído los alaridos. Tom la encontró a mitad de camino, dando órdenes a Kizzy y Mary. -¡Hiervan unas pavas con agua y tráiganmelas en seguida! -A los pocos minutos, todos los adultos de la familia salieron de sus chozas, y los cinco hermanos de Tom se pusieron a caminar nerviosamente con él, mientras continuaban los gritos angustiados de Irene. Con los primeros rayos del alba, cuando se oyó el gritito del bebé, los hermanos de Tom se amontonaron a su alrededor, palmeándolo en la espalda, tomándolo de las manos. A los pocos segundos salió Matilda, sonriente, y exclamó-: ¡Tom, tienes una niña más!

Después de un rato, a medida que aclaraba, primero Tom, y luego los demás, desfilaron en procesión para saludar a una descolorida pero sonriente Irene, junto a la arrugada criatura de tez marrón. Matilda había llevado la noticia a la casa grande, donde preparó rápidamente el desayuno, y no bien los amos terminaron de comer, también acudieron a la choza para ver, encantados, al nuevo infante de su propiedad. Tom aceptó la idea de Irene de llamar a la niña Ellen, que era el nombre de su madre. Estaba tan contento de volver a ser padre que no se acordó hasta mucho más tarde qué había querido tener un varón.

Matilda aguardó hasta la tarde siguiente para caer al taller. -¿Sabes qué estoy pensando, Tom? -preguntó. Sonriendo, Tom dijo-: Llegaste tarde, mamá. Ya he avisado a todos... y estaba por decirte a ti, para que vengan a la choza este domingo a la noche, para oír la historia que le voy a contar a la nueva niña, igual que hice cuando nació María. -La familia se reunió de acuerdo con los planes, y Tom siguió la tradición iniciada por la abuelita Kizzy y el Gallito George. Luego todos bromearon, diciendo que si alguien descuidaba contar la historia de la familia a un nuevo miembro, seguramente serían visitados por el fantasma de la abuela Kizzy.

Pero hasta el entusiasmo por la segunda hija de Tom e Irene disminuyó pronto a medida que se oían noticias de la guerra. Mientras Tom estaba atareado herrando caballos y mulas y reparando herramientas, aguzaba los oídos para no perderse ningún detalle de las noticias que intercambiaban los blancos que acudían a su taller, y se sentía desilusionado cada vez que oía que había habido un triunfo de los confederados. Una batalla en especial, llamada "Bull Run", había hecho que sus clientes gritaran de alegría, se palmearan entre sí y tiraran los sombreros por el aire, mientras decían cosas como "¡Los yanquis que quedaron vivos salieron corriendo!" "¡No bien se enteraron de que llegaban nuestros muchachos, huyeron!" El júbilo se repitió cuando hubo una gran pérdida de los yanquis en Wilson's Creek, en Missouri, luego otra en Ball's Bluff, en Virginia, donde murieron cientos de yanquis, entre ellos un general que había sido amigo personal del presidente Lincoln. -Esos blancos saltaban de un lugar a otro, riéndose mientras contaban que al enterarse el presidente Lincoln se había echado a llorar como un niño. -Tom contó a su triste familia. Para fines de 1861 (cuando el condado de Alamance había enviado ya doce compañías a la lucha) ya no quería contar más que un poco de lo que oía, porque sólo servía para incrementar el dolor de su familia y el propio-. Dios sabe que parece que no vamos a ser libres, si seguimos así -dijo Matilda un domingo a la tarde, mientras observaba el semicírculo de rostros acongojados. Nadie hizo ningún comentario durante un rato largo; luego Lilly Sue dijo, mientras asistía a su hijo Uriah, que estaba enfermo-: ¡Tanto hablar de libertad! ¡Yo ya no tengo más esperanzas!

Una tarde, en la primavera de 1862 llegó un jinete por el sendero de la plantación de los Murray, con el uniforme gris de la Confederación, y ya desde lejos Tom vio que era una cara familiar. Mientras se aproximaba, Tom se dio cuenta, con alarma, que era el ex sheriff Cates, el dueño del café, a quien debían el alejamiento del Gallito George. Aprensivo, Tom vio que Cates desmontaba y entraba en la casa grande. Al poco tiempo apareció Matilda, corriendo, con expresión preocupada. -El amo te llama, Tom. Está hablando con esa mala persona, el amo Cates. ¿Qué querrán?

Tom había pensado en varias posibilidades. Incluso había oído decir que muchos amos habían llevado a esclavos con ellos al frente de batalla, y otros habían alistado a sus esclavos como voluntarios,

especialmente a aquellos que sabían algún oficio, como carpintería, curtiembre y herrería. Dijo, tan tranquilamente como pudo: -No sé, mamá. Lo mejor es ir a ver. - Tranquilizándose, Tom se dirigió a la casa grande.

El amo Murray dijo: -Tom, tú conoces al mayor Cates.

-Sí, señor. -Tom no miró a Cates, cuya mirada podía sentir, clavada en él.

-El mayor Cates me informa que es el jefe de una nueva unidad de caballería, que es entrenada en los almacenes del ferrocarril, y necesitan que tú te encargues de las herraduras de sus caballos.

Tom tragó. Oyó sus palabras, que sonaban vacías. -Amo. ¿quiere decir entonces que voy a la guerra?

Fue Cates el que respondió, despreciativamente. -¡Los negros no irán a ninguna parte mientras yo pelee, y de cualquier manera huyen no bien oyen una bala! Te necesitamos para las herraduras de los caballos durante el entrenamiento, nada más.

Tom tragó, aliviado. -Sí, señor.

-El mayor y yo lo hemos discutido -dijo el amo Murray-. Trabajarás una semana para la caballería, luego otra para mí, durante todo el tiempo que dure la guerra, y parece que no va a ser mucho. -El amo Murray miró al mayor Cates-. ¿Cuándo quiere que empiece?

-Mañana a la mañana, si le parece bien, señor Murray.

- ¡Por cierto, es nuestro deber para con el Sur! - al parecer contento de poder ayudar a la causa de la guerra.

-Espero que este negro entienda su lugar -dijo Cates-, El ejército no es blando, como una plantación.

-Tom sabe comportarse -dijo el amo Murray, mirando a Tom con confianza-. Esta noche te escribiré un pase de viaje y te llevarás una mula, para presentarte mañana temprano.

- ¡Perfecto! -dijo Cates, y luego miró a Tom-. Tenemos herraduras, pero lleva tus herramientas, y te daré instrucciones para que trabajes rápidamente y bien. ¡No podemos perder tiempo!

-Sí, señor.

Llevando sobre el lomo de la mula un equipo portátil de herramientas reunidas apresuradamente, al acercarse a los almacenes del ferrocarril, Tom vio que los acres antes ocupados por algunos árboles, estaban ahora cubiertos de tiendas ordenadas en hileras. Luego oyó toques de llamada y disparos de fusil; se puso tenso al ver a un guardia montado que se acercaba galopando hacia él. -¿No ves que éste es el ejército, negro? ¿Adonde crees que vas? -exigió saber el soldado.

-El mayor Cates me ha ordenado venir para herrar los caballos -dijo Tom con nerviosismo.

-Bueno, la caballería está por allí -dijo el guardia, indicándole el lugar-. ¡Corre! ¡Antes que disparen contra ti!

Dando talonazos a la mula, Tom llegó a una pequeña elevación y vio cuatro filas de soldados de caballería ejecutando maniobras y formaciones, y detrás, los oficiales, que estaban gritando órdenes. Entre ellos distinguió al mayor Cates dando vueltas, muy

gallardamente, con su caballo. El mayor lo vio, sobre su mula e hizo un gesto, y otro soldado montado se acercó al galope. Tom se quedó esperando.
-¿Tú eres el negro herrero?
-Sí, señor.
El soldado le indicó un grupito de tiendas. -Te quedarás a trabajar junto a esas tiendas de basura. No bien estés listo, empezaremos a mandar los caballos.
Los caballos necesitaban nuevas herraduras, pues las que tenían estaban en muy mal estado. Empezaron a llegar en interminable procesión, durante el transcurso de la primera semana de Tom en el ejército de la Confederación, y desde la primera luz del alba, hasta el anochecer, no hizo otra cosa que poner herraduras. Todo lo que oía decir a los jóvenes soldados aseguraba la derrota de los yanquis en todas las batallas que se libraban. Tom regresó cansado y desconsolado a su casa para pasar la acostumbrada semana sirviendo a los clientes del amo Murray.
Encontró que las mujeres estaban muy preocupadas. La noche anterior, se pensó que Uriah se moría. Sólo poco antes de la llegada de Tom, Matilda, mientras barría el porche, había oído ruidos extraños, y había ido a investigar. Entonces encontró al muchacho, lloroso y hambriento, escondido bajo el porche. -Estaba tratando de oír lo que decían el amo y la señora acerca de dejarnos libres, pero no pude oír nada desde allí -había dicho Uriah, y ahora Matilda e Irene estaban tratando de consolar a Lilly Sue, turbada, y aturdida, cuyo hijo, siempre tan extraño, había causado una conmoción. Tom ayudó a tranquilizarla, luego describió su experiencia a la familia. -Nada que he visto o que he oído ha contribuido a mejorar las cosas -concluyó. Irene intentó, inútilmente, de hacerlos sentirse mejor-. Nunca he sido libre, así que no lo voy a echar de menos -dijo. Pero Matilda dijo-: Para decirles la verdad, tengo un miedo terrible que estemos peor que antes.
Embargado por un sentimiento de malos augurios, Tom empezó su segunda semana para la caballería de la Confederación. Durante la tercera noche, mientras estaba acostado, despierto, oyó un ruido que parecía venir de una de las tiendas de basura próximas. Tom buscó nerviosamente hasta tomar su martillo. Salió a la noche, apenas iluminada por la luz de la luna, a investigar. Estaba a punto de pensar que había sido un animal en busca de alimento cuando vio una figura humana que se alejaba de la tienda de basura mientras comía algo que tenía en las manos. Acercándose, Tom sorprendió a un joven blanco, flaco, de rostro amarillento. Durante un segundo, a la luz de la luna, se miraron, y luego el joven logró huir. A unos diez metros, tropezó con algo que hizo un gran estrépito, se levantó y desapareció en la oscuridad. Aparecieron guardias armados con sus fusiles, llevando faroles, y vieron a Tom parado con su martillo.
-¿Qué estás robando, negro?
Tom se dio cuenta de inmediato que estaba en un lío. Si negaba la acusación directamente, estaría llamando mentiroso a un blanco, lo que era aún más peligroso que robar. Tom balbuceó, desesperado por no saber qué hacer. -Oí un ruido y salí y vi a un blanco en la basura, amo, que huyó.
Intercambiando expresiones de incredulidad, los dos guardias se echaron a reír burlonamente. -¿Parecemos tan brutos, negro? -quiso saber uno-. ¡El mayor Cates dijo que te vigiláramos muy especialmente! ¡Lo verás cuando se despierte mañana, muchacho! -Sin dejar de mirar a Tom, los guardias se pusieron a conversar en secreto.
El segundo guardia dijo: -¡Muchacho, suelta ese martillo! -Tom tenía instintivamente aferrado el mango del martillo. Adelantándose un paso, el guardia le puso el fusil en el estómago-. ¡Suéltalo!
Tom aflojó los dedos y oyó el ruido sordo del martillo al caer al suelo. Los guardias le indicaron que caminara delante de ellos durante un buen trecho, antes de ordenarle que se detuviera en un pequeño claro delante de una tienda grande frente a la cual montaba

guardia un soldado. -Hacíamos la ronda y sorprendimos robando a este negro -dijo uno de los guardias, haciendo una seña en dirección a la tienda-. Podríamos haber resuelto el problema, pero el mayor nos dijo que lo vigiláramos y que le informáramos cualquier cosa personalmente a él. Volveremos cuando se levante el mayor.
Los dos guardias se fueron. Tom se quedó con el nuevo guardia, que dijo, con voz ronca: -Acuéstate de espaldas, negro. Si te mueves, eres hombre muerto. -Tom se acostó, tal como se lo ordenaron. El suelo estaba frío. Pensó qué pasaría, pensó la posibilidad que tenía de huir, luego las consecuencias, si lo intentaba. Observó la llegada del alba; luego regresaron los dos guardias, y los ruidos dentro de la tienda revelaron que el mayor Cates se había levantado. Uno de los guardias gritó: -¡Permiso para verlo, mi Mayor!
-¿Para qué? -Tom oyó la respuesta que llegó como un gruñido desde adentro.
-Anoche descubrimos al negro herrero robando, señor. Se hizo una pausa. -¿Dónde está ahora?
- ¡El prisionero está aquí afuera, señor!
- ¡Ya salgo!
Después de un minuto se abrió la hoja de la tienda y salió el mayor Cates, que se puso a observar a Tom como un gato a un canario. -Bueno, negro pomposo, ¡así que has estado robando! ¿Sabes lo que pensamos de eso aquí en el Ejército?
-Amo... -Apasionadamente Tom dijo la verdad, terminando-: Tenía mucha hambre, amo, para buscar en la basura.
- ¡Ahora acusas a un blanco de comer basura! ¡Te olvidas que nos conocemos de antes, y que te conozco muy bien, negro! Me encargué de ese negro libre, tu padre, pero tú te me escapaste. Bueno, esta vez te tengo bajo la ley marcial.
Con ojos incrédulos, Tom vio que Cates caminaba hasta tomar una fusta que colgaba de la montura encima de un tronco. Tom miró a todos lados, para tratar de escapar, pero los tres soldados levantaron sus fusiles mientras Cates avanzaba, con el rostro contorsionado, levantando la fusta trenzada. La dejó caer como fuego sobre la espalda de Tom, una y otra vez,..
Cuando Tom regresó, tropezando, humillado y furioso, al lugar en que había levantado su herrería, tomó sus herramientas, sin importarle lo que pasaría, montó su mula, y no paró hasta llegar a la casa grande. El amo Murray escuchó lo que había sucedido. Estaba rojo de ira cuando Tom dijo, al terminar: -No me importa lo que pase, amo, yo no voy más.
-¿Estás bien ahora, Tom?
-Sólo me duele adentro de la mente, señor.
-Bueno, te doy mi palabra. Si aparece el mayor a hacer problemas, no pararé hasta llegar a su oficial superior, si fuera necesario. Siento sinceramente que haya sucedido esto. Vuelve a tu taller y sigue con tu trabajo. -El amo Murray vaciló-. Tom, sé que no eres el mayor, pero la señora Murray y yo te consideramos el jefe de la familia. Y quiero que digas a todos que esperamos pasar el resto de nuestras vidas juntos, no bien venzamos a estos yanquis. ¡No son más que demonios!
-Sí, señor -dijo Tom. Pensó que era imposible que el amo entendiera que no podían ser felices teniendo un dueño. A medida que transcurrían las semanas y llegaba la primavera de 1862, Irene volvió a quedar embarazada, y las noticias que oía Tom diariamente de los blancos del lugar, que eran clientes suyos, le daban la impresión que el condado de Alamance era el centro tranquilo de un huracán que azotaba el resto del país, donde se libraba la guerra, -Tom, yo no quiero oír nada más de esta terrible guerra -dijo Irene una noche de septiembre, mientras miraban el fuego, después, que él le contó que dos filas de soldados confederados y yanquis, de tres millas de largo cada una, se habían hecho frente y matado recíprocamente en un lugar llamado Antietam-. Aquí estoy, con nuestro tercer hijo en la panza, y no me parece bien que no hablemos más que de lucha y de muerte...

Simultáneamente los dos miraron hacia atrás, en dirección a la puerta de la choza, al oír un sonido tan leve que en seguida dejaron de prestarle atención. Pero cuando volvieron a oírlo, y se dieron cuenta ahora que llamaban a la puerta, muy despacio, Irene, que estaba más cerca, se puso de pie y abrió la puerta. Tom levantó las cejas al oír la voz de un hombre blanco, que rogaba: -Perdón. ¿No tienen nada de comer? Tengo hambre. -Volviéndose Tom casi se cae de la silla al reconocer la cara del joven al que había sorprendido robando entre los tarros de basura del puesto de caballería. Controlándose rápidamente, sospechando alguna treta, Tom se quedó sentado, muy rígido, oyendo que su esposa decía-: Bueno, no tenemos nada más que un poco de pan de maíz que quedó de la cena.

-Le agradecería un poco, pues hace dos días que no como.

Tom llegó a la conclusión de que no era más que una extraña coincidencia. Se levantó de la silla y se acercó a la puerta. -Ha estado haciendo algo más que pedir, ¿no?

Por un instante el joven miró, intrigado, a Tom, y luego abrió los ojos. Desapareció tan rápidamente que Irene se quedó helada. Más se sorprendió cuando Tom le contó quién era el hombre al que había estado a punto de dar de comer.

Todos los esclavos se enteraron del increíble suceso a la noche siguiente, cuando estaban reunidos, y Matilda contó que esa mañana, después del desayuno, "un pobre muchacho blanco, raquítico" había aparecido de pronto ante la puerta de la cocina pidiendo comida. Ella le había dado un plato de guiso frío, que había sobrado, y él le agradeció profundamente antes de desaparecer. Más tarde había encontrado el plato vacío sobre los escalones. Después de que Tom explicó quién era el muchacho, dijo: -Como le estás dando comida, supongo que se quedará por los alrededores. Debe dormir en el bosque. Yo no le tengo confianza. Puede causar dificultades a cualquiera.

-¡Es verdad! -exclamó Matilda-. Bueno, les diré una cosa. Si lo vuelvo a ver, le diré que espere, para hacerle creer que estoy preparando algo, mientras aviso al amo.

Preparó la trampa perfectamente la vez que apareció el muchacho a la mañana siguiente. Alertado por Matilda, el amo Murray salió por la puerta principal y sorprendió completamente al muchacho mientras Matilda volvía a la cocina. -¿Qué andas haciendo por aquí? -preguntó el amo Murray. El muchacho no se asustó, ni siquiera se aturdió-. Señor, estoy cansado de viajar y tengo hambre. Eso no se lo puede reprochar a nadie, y los negros suyos han sido generosos y me han dado un poco de comida. -El amo Murray vaciló, y luego dijo-: Bueno, eso me da lástima, pero sabrás que estas son épocas difíciles, así que no podemos estar alimentando otras bocas. Vas a tener que seguir camino. -Luego Matilda oyó que el muchacho rogaba abyectamente-: Por favor, señor, permítame quedarme. No me asusta el trabajo. No quiero morirme de hambre. Haré cualquier cosa que me ordene.

El amo Murray dijo: -Aquí no hay nada que puedas hacer. Mis negros trabajan en el campo.

-Yo nací y me crié en el campo. Trabajaré más duro que sus negros, señor, por la comida -insistió el muchacho.

-¿Cómo te llamas y de dónde vienes, muchacho?

-George Johnson, de Carolina del Sur, señor. La guerra destrozó todo el lugar donde vivía. Traté de alistarme pero me dijeron que era demasiado joven. Acabo de cumplir dieciséis años. La guerra arruinó nuestras cosechas y no quedan ni conejos. Así que me fui, pensando que cualquier otro lugar debía ser mejor. Pero los únicos que me han dado de comer han sido sus negros.

Matilda se dio cuenta de que la historia del joven había conmovido al amo Murray. Sin dar crédito a sus oídos, oyó que decía:

-¿Sabrías hacer de capataz?

-Nunca lo he hecho -George Johnson parecía sorprendido. Luego agregó, dubitativamente-: Pero no hay nada que no intentaría.
Matilda se acercó al borde de la puerta de alambre tejido, horrorizada, para oír mejor.
-Siempre me ha gustado la idea de tener un capataz, aunque mis negros hacen muy buen trabajo. Estoy dispuesto a probarte, por casa y comida, para ver si resulta.
-Señor, ¿cómo se llama usted?
-Murray -dijo el amo.
-Bueno, acaba de contratar a su capataz, señor Murray. Matilda oyó la risita del amo. Dijo:
-Hay un cobertizo detrás del granero. Puedes acomodarte allí. ¿Dónde están tus cosas?
-Señor, todo lo que tengo, lo llevo puesto -dijo George Johnson.
La espantosa noticia corrió por la familia con la fuerza de un trueno. -¡Yo no podía creer lo que oía! -exclamó Matilda, terminando su historia increíble, y los miembros de la familia casi explotaron-. ¡El amo se debe haber enloquecido!... ¿No llevamos bien la cosas nosotros solos?... ¡Es porque los dos son blancos, por eso!... -Pero por más furiosos que estaban, desde la primera confrontación directa con el impostor, en el campo, a la mañana siguiente, él inmediatamente hizo imposible que siguieran enojados. Ya estaba en el campo cuando llegaron, encabezados por Virgil. El flacucho George Johnson se acercó a recibirlos. Su cara delgada se enrojeció, y se le subió la manzana de Adán al decir-: No puedo culparlos por odiarme, pero les pido que esperen para ver si soy tan malo como piensan. Ustedes son los primeros negros con los que he tenido algo que ver, pero me parece que somos iguales, ustedes negros, yo blanco, y me gusta juzgar a las personas según cómo se portan. Sé algo: todos ustedes me alimentaron cuando tenía hambre, y muchos blancos no me dieron nada. Parece que el señor Murray estaba decidido a tener un capataz, y sé que ustedes podrían ayudarlo a librarse de mí, pero si hacen eso, el que les toque después puede ser mucho peor.
Nadie sabía qué decir como respuesta. No había otra cosa que hacer, excepto empezar a trabajar, y eso hicieron, pero todos se pusieron a observar a George Johnson que trabajaba tanto o más que ellos, como para probar su sinceridad.
La tercera hija de Tom e Irene -Viney- nació al terminar la primera semana de la llegada del recién venido. Ya George Johnson se sentaba con los miembros de la familia a comer al mediodía, al parecer sin notar que Ashford se ponía de pie notoriamente y se iba a sentar a otra parte. -Se habrán dado cuenta de que no sé cómo vigilar, así que me van a tener que ayudar -les dijo con franqueza George Johnson-. Estaría muy mal que viniera el señor Murray y pensara que no estoy haciendo el trabajo como él quiere.
La idea de entrenar a su propio capataz divirtió hasta al solemne Tom, cuando le contaron esa noche, y todos estuvieron de acuerdo que la responsabilidad recaía naturalmente en Virgil, que siempre había corrido con el trabajo del campo. -Antes que nada -dijo a George Johnson-, va a tener que cambiar muchas cosas. Si todos estamos juntos, no vamos a poder avisarle cuando se acerque el amo. Así que es mejor que se aleje un poco. Sabrá que los blancos, y especialmente los capataces, no son muy amigos de los negros.
-Bueno, en Carolina del Sur, de donde soy, los negros nunca se acercaban demasiado a los blancos -dijo George Johnson.
-¡Bueno, son negros inteligentes! -dijo Virgil-. Además, un amo querrá ver que el capataz hace trabajar a los negros más que cuando no había capataz. Tiene que aprender a gritar: "¡A trabajar, negros!" y cosas por el estilo. Y cuando esté con el amo. o con otros blancos, no nos llame por el nombre, como hace siempre. Debe aprender a gruñir y maldecir, y a hacerse el malo, para que el amo crea que es severo, y nos hace trabajar.
Cuando el amo Murray visitó los sembrados la próxima vez, George Johnson se esforzó, gritando, maldiciendo, hasta amenazando a todos los que estaban en el campo, de Virgil para abajo. -Bueno, ¿qué tal van? -preguntó el amo Murray-. Bastante bien para ser negros

acostumbrados a estar solos -dijo George Johnson, arrastrando las sílabas-, pero en una semana más van a estar a la perfección.
Todos los miembros de la familia se murieron de risa esa noche, imitando a George Johnson y comentando el placer del amo Murray. Después, cuando disminuyó el entusiasmo, George Johnson les contó que había sido pobrísimo toda la vida, antes de que la familia se viera forzada a desalojar los campos arruinados por la guerra, y entonces pensó en buscar otra vida mejor. -Debe ser el único hombre blanco completamente honesto y franco -dijo Virgil, expresando el sentir de todos.
-Les voy a decir la verdad, disfruto oyéndolo hablar -dijo Lilly Sue, y el Pequeño George agregó, con sorna-: habla como cualquier otro blanco pobre. Lo que lo hace distinto es que es el primero que no trata de parecer lo que no es. La mayoría están avergonzados de lo que son. -Mary rió-. Bueno, este no siente vergüenza, mientras siga comiendo como come.
-Me parece que a todos les gusta el Viejo George -dijo Matilda. Todos rieron al oír el nuevo apodo del capataz, tan fuera de lugar, ya que George era ridiculamente joven. Y Matilda estaba en lo cierto: aunque pareciera mentira, todos lo querían mucho.

CAPITULO 106

El Norte y el Sur parecían trenzados en combate mortal. Ninguno de los dos parecía capaz de iniciar una campaña exitosa para sacar al otro del camino. Tom empezó a notar cierto desaliento en las conversaciones de sus clientes. Eso alimentó su esperanza de libertad, aún fuerte.
La familia se sumió en hondas especulaciones cuando el Viejo George dijo misteriosamente: -El señor Murray me ha dicho que me puedo ocupar de otro asunto. Volveré tan pronto como pueda. -No apareció en toda la mañana.
-¿Qué será?
-Por la manera en que hablaba, no le quedaba nada que cuidar en el lugar del que proviene.
-A lo mejor algo relacionado con sus padres...
-Pero nunca mencionó a sus padres... de manera particular, por lo menos.
-Debe tener padres en alguna parte.
-A lo mejor decidió alistarse.
-No veo al Viejo George con ganas de disparar contra nadie.
-Ahora que tiene la panza llena se habrá ido para no volver.
- ¡Oh, cállate, Ashford! ¡Nunca dices nada bueno de nadie!
Había pasado casi un mes cuando un domingo se oyó un griterío, pues había vuelto el Viejo George, sonriendo descaradamente, y con él estaba una niña muy tímida, tan flaca y macilenta como él, con un embarazo de ocho meses que le daba la apariencia de que se hubiera tragado un zapallo.
-Esta es mi esposa, la señora Martha -les dijo el Viejo George-. Antes de que me viniera nos casamos, y le dije que volvería cuando encontrara algo. No dije nada de que tenía esposa porque nadie ni siquiera quería aceptarme a mí solo.
Sonrió a su Martha. -¿Por qué no saludas a esta gente?
Martha respetuosamente saludó a todos, y luego dijo, como si pronunciara un largo discurso: -George me ha hablado mucho de ustedes.
-¡Espero que bien! -dijo Matilda, y el Viejo George la vio mirar con curiosidad el embarazo avanzado de Martha.

-No sabía, cuando me fui, que venía un bebé en camino. Sentía, sin embargo, que debía volver. Y así la encontré, esperando familia.
La frágil Martha era la pareja ideal para el Viejo George. En seguida la familia los quiso a los dos.
- ¿Ni siquiera se lo ha dicho al amo Murray? -preguntó Irene.
-No. Le dije que tenía algo que hacer, lo mismo que a ustedes. Si nos quiere echar, nos iremos, eso es todo.
-Bueno, yo sé que el amo no va a hacer una cosa así -dijo Irene, y Matilda le hizo eco-: por supuesto que no. El amo no es esa clase de hombre.
-Bueno, dígale que lo quiero ver a la primera oportunidad -dijo el Viejo George a Matilda.
Para no dejar nada librado a la casualidad, Matilda primero informó a la señora Murray, dramatizando la situación un poco. -Señora, sé que es el capataz, y todo eso, pero él y esa pobre mujer están muertos de miedo porque creen que e] amo los va a echar porque él no dijo nada de su mujer, y los tiempos están tan difíciles. Y no le falta mucho a ella, tampoco.
-Bueno, por supuesto, yo no puedo tomar las decisiones de mi marido, pero estoy segura que no los va a echar...
-Sí, señora, yo ya lo sabía, especialmente porque ella no tiene más de trece o catorce años, señora, y parece que va a tener familia en cualquier momento, y acaban de llegar y no conocen a nadie excepto a nosotros...
La señora Murray dijo: -Bueno, como digo, no son cosas mías, sino que será la decisión del señor Murray. Pero estoy segura que se podrán quedar.
Regresando a las chozas, Matilda dijo al Viejo George, que se mostró muy agradecido, que no se preocupara, que la señora Murray había dicho que no habría problema. Luego fue a la choza de Irene, donde, después de una breve consulta, las dos se dirigieron al pequeño cobertizo detrás del granero donde vivían el Viejo George y su mujer.
Irene llamó, y cuando el Viejo George acudió a la puerta, ella dijo: -Estamos preocupados por su esposa. Dígale que nosotras nos encargaremos de cocinar y lavar, porque ella tiene que guardar las fuerzas para el bebé.
-Está dormida ahora. Se lo va a agradecer mucho -dijo él-. Vomita todo el tiempo.
-No es raro. Parece tener la fuerza de un pájaro -dijo Irene-. No debía haberla traído desde tan lejos en su estado -agregó con severidad Matilda.
-Intenté convencerla. Pero ella insistió.
-¿Y si hubiera pasado algo? ¡Usted no sabe traer un bebé al mundo! -exclamó Matilda.
Él dijo: -Ni siquiera puedo creer que voy a ser papá.
- ¡Bueno, eso no se puede dudar! -Irene casi se rió de la expresión preocupada del Viejo George, luego ella y Matilda se volvieron y fueron a sus chozas.
Irene y Matilda estaban preocupadas. -Esa chica no está bien -susurró, confidencialmente, Matilda-. Se le pueden contar las costillas. Y es demasiado tarde para fortalecerla.
-Me parece que lo va a pasar muy mal -profetizó Irene-. ¡Dios mío! ¡Yo nunca pensé que iba a terminar queriendo a unos blancos pobres!
Pasaron casi dos semanas cuando un mediodía empezaron los dolores de Martha. Todos los miembros de la familia oyeron su agonía, mientras Matilda e Irene la ayudaban toda la noche y hasta casi el mediodía siguiente. Cuando Irene salió, al ojeroso Viejo George sólo bastó verle la expresión. -Me parece que la señora Martha va a estar bien. Su bebé era una niña, pero está muerta.

CAPITULO 107

A la tarde del día de Año Nuevo de 1863, Matilda fue corriendo a las chozas. -¿Vieron a ese hombre blanco que acaba de llegar? ¡No lo van a creer! ¡Está hablando con el amo porque llegó por el telégrafo la noticia de que el presidente Lincoln ha firmado la Proclama de Emancipación que nos da la libértad!

La increíble noticia hizo que los negros Murray se contaran entre los millones que se regocijaron en la soledad de sus chozas... pero con cada semana que transcurría, la espera jubilosa de la libertad se fue convirtiendo poco a poco en una nueva desesperación a medida que se hacía claro dentro de la ensangrentada y asolada Confederación, que la orden presidencial no había hecho más que aumentar el desprecio hacia el presidente Lincoln.

Tan honda era la desesperación de los esclavos Murray que a pesar de los informes intermitentes de Tom acerca de los triunfos importantes de los yanquis, incluyendo la captura de Atlanta, se negaban a esperar demasiado, hasta hacia fines de 1864, cuando vieron a Tom más entusiasmado que nunca. Dijo que sus clientes blancos estaban describiendo a miles y miles de yanquis que se dedicaban a saquear y a asesinar, marchaban bajo las órdenes de un insano, el general Sherman, devastando el estado de Georgia. A pesar de que las esperanzas de la familia siempre se habían estrellado, ahora casi no podían reprimir la esperanza renovada de libertad a medida que Tom les traía más noticias.

- ¡Parece que los yanquis no dejan nada! ¡Los blancos juran que están incendiando los campos, las casas grandes, los graneros! ¡Matan las mulas y cocinan las vacas, y todo lo que pueden comer! ¡Lo que no queman o comen, lo arruinan, y además roban todo lo que pueden! ¡Dicen que hay negros en los bosques y en los caminos, como hormigas, que han abandonado las plantaciones de sus amos y siguen a los yanquis, pero ese general Sherman les ruega que vuelvan a sus casas!

Luego, cuando la marcha triunfal de los yanquis había llegado al mar, Tom, sin aliento, trajo la noticia de la caída de Charleston, y luego de que el general Grant había capturado a Richmond. Por fin, en abril de 1865, el general Lee se rindió. ¡El Sur se había dado por vencido!

El júbilo de los esclavos no tenía límites ahora. Pasaron por la casa grande y recorrieron el sendero hasta el camino principal para unirse a cientos que ya estaban allí, arremolinados, vitoreando, gritando, cantando, predicando, orando. -¡Libres, Señor, libres!... ¡Gracias a Dios misericordioso, por fin libres!

Pero a los pocos días el espíritu de celebración se sumió en profundo dolor y luto con la noticia demoledora del asesinato del presidente Lincoln. -¡Maldad! -aulló Matilda mientras la familia lloraba a su alrededor, como millones que habían reverenciado al presidente como a su Moisés.

Luego en mayo, como ocurría en todo el Sur vencido, el amo Murray convocó a todos sus esclavos en el patio delantero. Cuando estaban todos alineados, les fue difícil mirar de frente el rostro conmocionado del amo, la llorosa señora Murray, y los dos Johnson que, después de todo, eran blancos. Con voz angustiada, el amo Murray leyó de un diario que tenía en la mano que el Sur había perdido la guerra. Haciendo un esfuerzo para no echarse a llorar delante de los negros allí reunidos, dijo: -Supongo que eso significa que son tan libres como nosotros. Pueden irse si lo quieren, quedarse si lo prefieren, y en ese caso, trataremos de pagarles algo...

Los negros Murray empezaron a saltar, a cantar, a rezar, gritando nuevamente: -¡Somos libres!... ¡Libres, por fin! ¡Gracias, Jesús! -Los sonidos de celebración llegaron por la ventana abierta de la choza en la que yacía, desde hacía semanas, Uriah, el hijo de Lilly Sue, que sufría un delirio por la fiebre-. ¡Libertad! ¡Libertad! -Al oírlo, Uriah saltó de su

cama, corrió al chiquero, mientras el viento levantaba los faldones de su camisón, gritando-: ¡Chanchos, dejen de gruñir, son libres! -Corrió al granero-. ¡Vacas, dejen de dar leche, son libres! -El niño luego corrió al gallinero-: ¡Gallinas, dejen de poner huevos, son libres! ¡Y YO también!

Esa noche, exhaustos después de tanto júbilo, todos se reunieron, convocados por Tom Murray, en el granero, para discutir lo que iban a hacer ahora que por fin había llegado esa tan esperada "libertad". -La libertad no nos va a dar de comer, sólo nos permite decidir lo que queremos hacer para poder comer -dijo Tom-. No tenemos mucho dinero, y además de mamá, que sabe cocinar, y de mí, que sé desempeñarme en una herrería, los demás sólo saben trabajar en el campo. -Así describió el dilema de todos.

Matilda informó que el amo Murray le había pedido que dijera a todos que consideraran el ofrecimiento que él les hacía de parcelar la plantación, y él iría a medias con ellos. Hubo un acalorado debate. Varios querían marcharse tan pronto como fuera posible. Matilda protestó: -Yo quiero que esta familia se mantenga unida. Nadie debe hablar de marcharse. ¿Y si vuelve el Gallito George, su padre, y nadie puede decirle adonde nos fuimos?

Se hizo un silencio cuando Tom dijo que quería hablar. -Les voy a decir por qué no podemos irnos aún, y es porque no estamos preparados. Cuando lo estemos, yo seré el primero en tratar de irme-. La mayoría se convenció de que Tom estaba en lo cierto, y la reunión terminó.

Tomando a Irene de la mano, Tom caminó con ella bajo la luna en dirección a los sembrados. Saltando por una cerca, caminaron a largos pasos, doblaron a la derecha. Él dijo: -Irene, ¡todo esto va a ser nuestro! -Ella le hizo eco, suavemente-: Nuestro.

A la semana, los distintos grupos de la familia trabajaban en sus sembrados. Una mañana, cuando Tom dejó la herrería para ayudar a sus hermanos, vio a un jinete solitario y lo reconoció: era el ex mayor de caballería Cates, con el uniforme rasgado y el caballo escuálido. Cates también reconoció a Tom, y acercándose a la cerca, sofrenó el caballo. -¡Eh, negro, tráeme un poco de agua!-, gritó.

Tom miró el balde, estudió la cara de Cates durante un rato largo antes de ir hacia el balde. Llenó el recipiente y fue a dárselo a Cates.

-Las cosas han cambiado ahora, señor Cates -dijo Tom con tranquilidad-. La única razón por la que le traigo agua es porque le daría de beber a cualquier sediento, y no porque gritó. Quiero que lo sepa.

Cates le devolvió el recipiente. -Dame más, negro.

Tom tomó el recipiente y lo dejó caer en el balde. Se alejó, sin volverse.

Cuando llegó otro jinete al galope y empezó a gritar por el camino, con un sombrero hongo negro encima de una bufanda blanca, todos los que estaban en el campo corrieron hacia las chozas.

- ¡Mamá! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!-. Cuando el caballo llegó al patio, los hijos del Gallito George lo llevaron en andas hasta la llorosa Matilda.

-¿Por qué lloras, mujer? -dijo, simulando estar indignado, y la abrazó como si no la quisiera dejar ir nunca más, aunque por fin la soltó, gritándole a la familia que se callara-, ¡Después les voy a contar en todos los lugares que he estado y todo lo que he hecho desde que los vi! -gritó el Gallito George-. ¡Pero ahora tengo que decirles dónde vamos a ir todos juntos!-. En medio de un silencio absoluto, y con su innato sentido del dramatismo, el Gallito George les dijo que había encontrado para todos un lugar al Oeste de Tennessee donde los blancos aguardaban ansiosamente su llegada para que los ayudaran a levantar un pueblo.

-¡Les voy a decir algo! ¡La tierra adonde vamos es tan negra y tan rica, que si uno planta una cola de lechón sale un chancho grande! ¡A la noche no se puede dormir por el ruido que hacen las sandías al crecer, y en seguida se parten como fuegos artificiales!

La familia no lo dejó terminar, de tan entusiasmados que estaban todos. Algunos corrieron a las plantaciones vecinas, a jactarse. Tom empezó a planear, esa tarde, cómo alterar una carreta para hacerla cubierta. Necesitarían diez para transportar a todos los miembros de la familia, y sus posesiones, al nuevo lugar. Pero para el anochecer aparecieron una docena de cabezas de las familias recientemente liberadas, no a pedir, sino a exigir acompañarlos: eran los Holt, Fitzpatrick, Perm, Taylor, Wright, Lake, MacGregor, todos de las plantaciones vecinas del condado de Alamance.
Durante esos dos meses de actividad febril, los hombres construyeron las carretas cubiertas. Las mujeres mataban animales, los cocinaban, los ahumaban y enlataban, preparando toda clase de alimentos para el viaje, y escogiendo otras cosas necesarias para llevar consigo. El Gallito George se paseaba, supervisando todas las actividades, enamorado de su papel de héroe. Tom Murray tenía muchos asistentes voluntarios de las nuevas familias, que le aseguraban que pronto iban a obtener sus propias carretas para cubrirlas. Él anunció que todos los que quisieran ir, podían hacerlo, pero era necesario que hubiera una carreta por familia. Finalmente, cuando hubo veintiocho carretas terminadas y cargadas, listas para salir al amanecer, los libertos sintieron una extraña tristeza, y recorrieron la plantación tocando los objetos familiares, los cercos, las bacías, pues sabían que lo hacían por última vez.
Desde hacía días, los negros Murray no habían visto a los blancos Murray por más de un instante. Matilda lloraba: -¡Dios mío, no quiero ni pensar en su padecimiento!
Tom Murray se había dispuesto para dormir en la carreta esa noche cuando oyó que golpeaban en la sección movible de atrás. Sabía quién estaba allí, antes de abrir la hoja del toldo. Era el Viejo George, visiblemente emocionado, con el sombrero en las manos. -Tom, querría conversar contigo un momento, si tienes tiempo...
Bajando de la carreta, Tom Murray siguió al Viejo George Johnson. Caminaron un trecho bajo la luz de la luna. Cuando por fin se detuvieron, el Viejo George estaba tan turbado y emocionado a la vez que no podía hablar. -Martha y yo hemos estados conversando ... y parece que ustedes son la única familia que tenemos. Tom, ¿no nos dejarían ir con ustedes?
Pasó un momento antes que hablara Tom. -Si fuera solamente mi familia, podría contestarte ahora mismo. Pero hay muchos más. Voy a tener que hablar con ellos. Luego te diré...
Tom fue de carreta en carreta, llamando a los hombres. Reuniéndolos, les dijo lo que había ocurrido. Se hizo un silencio. Tom Murray dijo: -Fue el mejor capataz, porque no era un capataz; trabajaba a la par de nosotros.
Hubo una fuerte oposición proveniente de algunos, que no querían blancos. Pero después de un rato alguien habló con tranquilidad.
-No es culpa suya que sea blanco... -. Por fin se sometió la cuestión a votación, y se decidió por mayoría que los Johnson podían acompañarlos.
Se necesitó un día más para hacer una carreta para George y Martha. Luego, al siguiente amanecer, una caravana de veintinueve carretas cubiertas salieron crujiendo de la plantación de los Murray. Delante de todas iba a caballo el Gallito George, de sesenta y siete años, con su bufanda y su sombrero, llevando su viejo gallo de riña tuertó en su caballo "Old Bob". Detrás, Tom Murray conducía la primera carreta, con Irene a su lado y los niños, enloquecidos de contentos; la menor de todas era Cynthia, de dos años. Y después de veintisiete carretas ocupadas por negros o mulatos, con sus esposas, la última de todas llevaba al Viejo George y a su esposa Martha, que trataban de divisar, en medio del polvo levantado por los cascos de las mulas y las ruedas de las carretas, lo que el Gallito George había dicho que sería la tierra prometida.

CAPITULO 108

-¿Esta es? -preguntó Tom.
-¿La tierra prometida? -preguntó Matilda.
-¿Dónde brotan de la tierra los chanchos y las sandías? -preguntó uno de los niños, cuando el Gallito George detuvo su caballo.
Delante de ellos había un claro en el bosque con unos pocos frentes de tiendas de madera en la intersección del camino lleno de surcos en el que estaban y otro que lo cruzaba en ángulo recto. Tres hombres blancos -uno sentado en un barrilito, otro en una mecedora, y el tercero apoyado en las patas posteriores de un taburete con la espalda contra una pared de tabla de chilla y los pies sobre el poste de atar los caballos- se codearon, señalando la hilera de polvorientas carretas y sus pasajeros. Un par de niños blancos que hacían rodar un aro se detuvieron a mirar, y el aro siguió rodando hasta la mitad del camino, donde dio varias vueltas antes de parar. Un negro viejo que estaba barriendo una escalinata los miró, impasible, durante un largo rato y "luego les dedicó una sonrisa. Un perro grande que se estaba rascando junto a un barril de agua de lluvia se interrumpió, con la pata en el aire, ladeó la cabeza, y luego siguió rascándose.
-Les dije que era un poblado nuevo -dijo el Gallito George, hablando rápidamente-. No hay nada más que unos cien blancos que viven por aquí, y aun con las quince carretas nuestras que quedaron después de las que abandonaron por el camino, vamos a doblar la población, nada más. Estamos ante una ciudad que va a crecer.
-Bueno, lo único que puede hacer es crecer, eso es seguro -dijo el Pequeño George sin sonreír.
-Esperen a ver la tierra arable, que es de primera -dijo su padre alegremente, frotándose las manos.
-Probablemente pantanosa -musitó Ashford, aunque no lo bastante alto como para que lo oyera el Gallito George.
Pero era de primera, fértil y negra. Había treinta acres para cada familia, desparramados en lotes como en un tablero de ajedrez desde las afueras del pueblo hasta las granjas de los blancos, que ya ocupaban las mejores tierras del condado de Lauderdale, en las orillas del río Hatchie, seis millas al Norte. Muchas de las granjas de los blancos eran tan grandes como toda la propiedad de ellos junta, pero nadie había poseído ni un acre en la vida, así que treinta eran una buena extensión.
Las familias siguieron viviendo amontonadas en las carretas, mientras limpiaban el terreno de malezas y troncos. Pronto abrieron los surcos y plantaron la primera cosecha, principalmente algodón, un poco de maíz, dejando lotes para verduras y otro para flores. Mientras se abocaban a la siguiente tarea de cortar los árboles y preparar la madera para hacer las chozas, el Gallito George circulaba en su caballo, dando consejos acerca de la mejor forma de construir, sin dejar de recordarles que les había cambiado la vida. Aun entre los blancos de Henning se jactaba de haber traído gente que iba a hacer crecer y prosperar la ciudad, sin dejar de mencionar que su hijo Tom pronto abriría la primera herrería de la zona.
Un día, poco después, tres hombres blancos fueron al terreno de Tom mientras él y sus hijos estaban mezclando barro con cerdas para llenar los resquicios de las paredes de la choza, a medio construir.
- ¿Cuál de ustedes es el herrero? -preguntó uno desde el caballo.
Seguro de que acababan de llegar sus primeros clientes antes de que estuviera listo para empezar a trabajar, Tom se adelantó, orgulloso.

-Nos hemos enterados que quiere abrir una herrería en el pueblo -dijo uno.
-Sí, señor. Estoy buscando el mejor lugar para levantarla. Estuve pensando en ese lote vacío cerca del aserradero, si nadie lo quiere. Los tres hombres intercambiaron miradas. -Bueno, muchacho -dijo el segundo hombre-, no hay por qué perder el tiempo, así que iremos al grano. Usted puede trabajar como herrero, si quiere. Pero si quiere hacerlo en este pueblo, tendrá que trabajar para un blanco que sea dueño del negocio. ¿Había pensado en eso?
La ira invadió a Tom. Pasó casi un minuto antes que se animara a hablar. -No, señor -dijo lentamente-. Mi familia y yo somos libres ahora, y queremos ganarnos la vida como los demás, trabajando duro y haciendo lo que sabemos hacer. -Miró a los hombres directamente-. Si yo no puedo ser dueño del trabajo que hago con mis propias manos, entonces éste no es lugar para nosotros.
El tercer hombre dijo: -Si ésa es la manera en que piensas, me parece que van a tener que recorrer mucho camino en este Estado, muchacho.
-Bueno, estamos acostumbrados a viajar -dijo Tom-. No queremos causar problemas en ninguna parte, pero quiero ser mi propio jefe. Ojalá lo hubiéramos sabido antes, así no los hubiéramos molestado deteniéndonos aquí.
-Bueno, piénsalo, muchacho -dijo el segundo hombre-. De ti depende.
-Ustedes tienen que acostumbrarse a que esto de la libertad no se les suba a la cabeza -dijo el primer hombre.
Se alejaron sin decir otra palabra.
Cuando la noticia pasó de carreta en carreta, los jefes de cada una de las familias fueron a ver a Tom.
-Hijo -dijo el Gallito George- has conocido toda la vida cómo son los blancos. ¿No puedes empezar como ellos dicen? Cuando vean que eres buen herrero, las cosas cambiarán.
-¡Tanto viajar para volver a irnos! -exclamó Matilda-. ¡No hagas eso a tu familia, hijo!
Irene se unió al coro: -¡Tom, por favor! ¡Estoy cansada! ¡Cansada!
Pero Tom era inflexible. -Las cosas no mejoran nunca si uno no las mejora -dijo-. No me quedaré en ninguna parte donde no pueda hacer lo que puede hacer un hombre libre. No pido a nadie más que venga conmigo, pero nosotros ponemos nuestras cosas en la carreta y nos vamos mañana.
-¡Yo voy contigo! -dijo Ashford, enojado.
Esa noche Tom salió a caminar solo, sintiéndose culpable por la nueva penalidad que imponía a su familia. Pensó en todo lo que habían tenido que soportar en las carretas, semanas y semanas... y en algo que Matilda había dicho muchas veces: "Si buscas y buscas en algo malo, acabarás encontrando algo bueno".
Cuando se le ocurrió la idea, siguió caminando una hora más, para que el plan tomara forma en su mente. Luego volvió rápidamente a las carretas, donde todos estaban durmiendo, y se fue a acostar.
A la mañana, Tom dijo a James y Lewis que hicieran cobertizos temporarios para que pudieran dormir Irene y los niños, porque él iba a necesitar la carreta. Mientras la familia lo observaba, sorprendida -Ashford con incredulidad y furia- descargó el pesado yunque con la ayuda de Virgil, y lo montó sobre un tronco recién cortado. Para el mediodía había hecho una fragua. Mientras todos seguían mirando, sacó el toldo de la carreta, luego los costados de madera, dejando la tabla sola, y empezó a trabajar. Poco a poco se empezaron a dar cuenta de la idea extraordinaria de Tom, que estaba haciendo realidad.
Para fines de semana, Tom atravesó el pueblo con su herrería rodante, y no hubo nadie que no se detuviera, boquiabierto, a observar el yunque, la fragua y la cuba de enfriar, los soportes conteniendo todas las herramientas necesarias, todo firmemente montado sobre una carreta reforzada con pesadas maderas.

Saludando cortésmente a todos los que veía -blancos y negros- Tom les preguntaba si necesitaban algún trabajo de herrería, a precios módicos. A los pocos días sus servicios eran requeridos cada vez en más granjas, pues a nadie se le podía ocurrir una buena razón por la que un negro no podía trabajar en una carreta. Para cuando se dieron cuenta de que le iba mucho mejor con una herrería rodante que con una fija, Tom se había vuelto tan indispensable en el pueblo que ya nadie podía levantar ninguna objeción. Pero nadie quería hacerlo, porque se dieron cuenta de que Tom era la clase de hombre que trabajaba y se ocupaba de sus propios asuntos, algo que todos respetaban. En realidad, toda la familia se hizo conocida al poco tiempo como personas decentes y cristianas que pagaban sus deudas y no se metían con nadie, y "se quedaban en su lugar", como oyó decir el Viejo George Johnson a un grupo de blancos en la tienda de ramos generales.

Al Viejo George también lo trataban como a "uno de ellos". Lo ignoraban socialmente, lo hacían esperar en las tiendas hasta terminar de atender a todos los otros clientes blancos. Una vez que se probó un sombrero y al ver que era demasiado pequeño lo puso de vuelta en el estante, el dueño del negocio le dijo que lo acababa de "comprar". Se lo contó a la familia más tarde, poniéndoselo para que vieran cómo le quedaba, y todos se rieron tanto como él. Ashford se enojó tanto que amenazó con "ir a hacérselo a tragar" al dueño, algo que, naturalmente, nunca soñó con hacer.

Aunque la comunidad de blancos no los quería -ni ellos tampoco a los blancos- Tom y los demás sabían que los comerciantes del lugar estaban muy contentos debido al rápido aumento en los negocios por el que eran responsables. Aunque se hacían la mayor parte de la ropa, cultivaban sus alimentos, y cortaban la madera que necesitaban, la cantidad de clavos, láminas de estaño y alambre tejido que compraron durante los dos años siguientes eran pruebas de la rapidez con que iba creciendo la comunidad.

Para 1874 ya habían construido todas las casas, los graneros, cobertizos y cercos que necesitaban, y entonces los miembros de la familia -dirigidos por Matilda- prestaron atención a una empresa que consideraban no menos importante para su bienestar: la construcción de una iglesia para reemplazar la glorieta de arbustos que había servido hasta entonces como templo. Les llevó casi un año, y la mayor parte de sus ahorros, pero cuando Tom, sus hermanos y los hijos de éstos terminaron de hacer el último banco, y colgaron la hermosa tela blanca hecha por Irene, blasonada con una cruz púrpura, sobre el pulpito, frente a la ventana de vitraux que les había costado 250 dólares en Sears y Roebuck, todos estuvieron de acuerdo que la iglesia episcopal metodista para gente de color, Nueva Esperanza, bien valía el esfuerzo, el tiempo y el dinero que representaba.

Tantas personas concurrieron al servicio religioso ese primer domingo -prácticamente todos los negros en veinte millas a la redonda que podían caminar o ser llevados- que la gente estaba parada junto a las ventanas y las puertas, de la parte exterior, y alrededor de la iglesia. Pero nadie dejó de oír hasta la última palabra del sermón pronunciado por el reverendo Sylus Henning, ex esclavo del doctor D. C. Henning, ejecutivo del Ferrocarril Central de Illinois, con enormes posesiones alrededor de la ciudad. En el curso del sermón, el Pequeño George susurró a Virgil que el reverendo parecía estar convencido de que él era el doctor Henning, pero nadie se hubiera atrevido a cuestionar el fervor de su prédica.

Después que el coro entonó el último himno, muy conmovedor (bajo la dirección de Matilda que nunca se vio tan radiante, según reconoció el Gallito George) la congregación se enjugó las lágrimas y desfiló junto al predicador, estrechándole la mano y palmeándolo en la espalda. Recogiendo las canastas de picnic que habían dejado en el porche, las familias desplegaron mantas sobre el césped y procedieron a probar el pollo frito, chuletas de cerdo, huevos rellenos, ensalada de papas, de repollo, pickles, pan de maíz, limonada y tantas tortas y pasteles que hasta el Pequeño George se quedó sin resuello de tanto comer.

Los hombres y mujeres de saco y corbata, las mujeres mayores de blanco, las más jóvenes con vestidos de colores brillantes con una cinta en la cintura, se quedaron sentados charlando, o se pusieron a pasear, mientras Matilda, lagrimeando, observaba a todos sus nietos que correteaban y jugaban. Volviéndose finalmente a su esposo, y poniendo una mano entre las de él, llenas de cicatrices hechas por las aves de riña, dijo suavemente: -Nunca olvidaré este día, George. Hemos recorrido un largo trecho desde el día en que viniste a cortejarme con ese sombrero hongo. Nuestros hijos han crecido y tienen hijos propios, y el Señor ha querido mantenernos unidos. Lo único que desearía es tener con nosotros a la abuelita Kizzy.
Con los ojos llenos de lágrimas, el Gallito George la miró: -Ella está acá con nosotros, nena. ¡Puedes apostarlo!

CAPITULO 109

Al mediodía del lunes, durante el primer recreo del trabajo en el campo, los niños fueron a la iglesia para su primer día de escuela bajo techo. Los dos últimos años, desde que llegó al pueblo como una de las primeras graduadas de Lane College, en Jackson, Tennessee, la hermana Carrie White había estado dando clase bajo los árboles, y poder utilizar la iglesia fue un gran acontecimiento. Los administradores de Nueva Esperanza -el Gallito George, Tom y sus hermanos- habían contribuido con dinero para comprar lápices, cuadernos y libros de lectura, escritura y aritmética. Como enseñaba a todos los niños de edad escolar al mismo tiempo, en sus seis grados, la hermana Carrie tenía alumnos entre cinco y quince años, incluyendo a los cinco hijos mayores de Tom: María Jane, de doce; Ellen, Viney, Matilda y Elizabeth, de seis. Tom empezaría al año siguiente, y luego Cynthia, la menor.
Para cuando Cynthia terminó la escuela, en 1883, María Jane la había dejado para casarse, y ya había dado a luz a su primer hijo. Elizabeth, que fue la mejor estudiante de la familia, enseñó a su padre, Tom Murray, a escribir su nombre, y llegó a ser la tenedora de libros de la herrería. Tom necesitaba a un tenedor de libros, porque su herrería rodante había tenido tanto éxito que terminó por construir otra permanente -sin ninguna objeción- y era uno de los hombres más prósperos del pueblo.
Un año después que Elizabeth empezó a trabajar con su padre, se enamoró de John Toland, recién llegado a Henning, que fue a trabajar como colono en una granja de seiscientos acres de una familia blanca cerca del río Hatchie. Se conocieron en el pueblo, en la tienda de ramos generales. Ella dijo a su madre, Irene, que había quedado impresionada no sólo por su apostura y físico musculoso, sino también por sus modales refinados e inteligencia. Notó que sabía escribir un poco, pues había firmado un recibo. Durante los días subsiguientes, fueron a caminar al bosque, una o dos veces por semana, y ella se enteró que era un joven de buena reputación, que iba a la iglesia, con ambiciones de ahorrar para tener su propia granja, y que era tan educado como fuerte.
Después de verse regularmente durante dos meses -y empezar a hablar de casamiento, en secreto- Tom Murray, que había sabido todo desde el principio, ordenó a su hija que se dejaran de andar a las escondidas y que lo llevara a la casa después de la iglesia el próximo domingo. Elizabeth así lo hizo. John Toland no pudo haber sido más respetuoso ni amable cuando fue presentado a Tom Murray, que estaba más taciturno que de costumbre y pidió que lo excusaran después de unos pocos minutos de dolorosos cumplidos. Después que se fue John Toland, Tom llamó a Elizabeth, y le dijo severamente: -Se ve claramente que estás metida con ese muchacho. ¿Han hecho planes ustedes dos?

-¿Qué quieres decir, papá? -dijo ella tartamudeando, ruborizada.
- ¡Para casarse! En eso piensan, ¿no? Ella no pudo decir nada.
-Acabas de decírmelo. Bueno, me gustaría darte mi bendición, porque quiero que seas feliz. Parece un buen hombre, pero no puedo permitir que te cases con él.
Elizabeth lo miró sin comprender.
-Es demasiado claro. Podría pasar por blanco, casi. No es ni una cosa ni la otra. ¿Me entiendes? Es demasiado claro para ser negro, demasiado oscuro para blanco. No tiene la culpa de ser como es, pero no importa lo que haga, nunca va a ir a ningún lado. ¡Y tú tienes que pensar en tus hijos! No. quiero esa clase de vida para ti, Elizabeth.
-¡Pero, papá, todo el mundo quiere a John! Si nos llevamos bien con el Viejo George Johnson y su familia, ¿por qué no podemos llevarnos bien con él?
- ¡No es lo mismo!
-¡Pero papá! -Estaba desesperada-. ¡Dices que la gente no lo va a aceptar! ¡Tú eres el que no lo acepta!
- ¡Basta! ¡Terminas de decir lo último que quiero oír sobre el tema! Si no eres capaz de evitar el dolor, yo lo haré por ti. No quiero que lo veas más.
-Pero papá... -Estaba llorando.
-¡Terminado! ¡Se acabó!
-¡Si no me caso con John, no me casaré con nadie! -gritó Elizabeth.
Tom Murray se volvió y salió del cuarto, dando un portazo. En el cuarto contiguo se detuvo.
-Tom, ¿qué quieres...? -empezó a decir Irene, sentándose erguida en su mecedora.
-¡No tengo nada más que decir de este asunto! -dijo él, cortante, saliendo por la puerta principal.
Cuando Matilda se enteró, se puso tan furiosa que Irene tuvo que impedirle que enfrentara a Tom. -¡El padre de ese muchacho tiene sangre blanca! -gritó. Dando un respingo, se tomó el pecho y se apoyó contra una mesa. Irene la sostuvo mientras se caía.
-¡Oh, Dios mío! -se quejó, con la cura contorsionada por el dolor-. ¡Oh, Jesús! ¡No, Señor! -Parpadeó varias veces y cerró los ojos.
-¡Abuelita! -gritó Irene, tomándola de los hombros-. ¡Abuelita! -Puso la cabeza en el pecho de Matilda y escuchó. Se oían los latidos del corazón. Pero dos días más tarde ya no se oyeron más.
El Gallito George no lloró. Pero partía el corazón su imperturbabilidad, la falta de expresión de su mirada. Desde ese día, nadie lo volvió a ver sonreír ni decir nada cortés a nadie. Él y Matilda nunca habían dado la impresión de ser muy íntimos, pero cuando ella murió, de alguna manera la animación de él murió con ella. Y empezó a encogerse, a secarse, envejeció de la noche a la mañana. No se volvió débil y aniñado, sino duro y de mal genio. No quiso vivir más en la choza que había compartido con Matilda, y empezó, a dormir en la choza de sus hijos, uno tras otro, hasta que él y ellos se hartaban, y entonces el canoso Gallito George se iba. Cuando no se quejaba, se sentaba en el porche, en su mecedora, que llevaba con él de un lugar a otro, y se quedaba mirando el campo durante horas.
Acababa de cumplir los ochenta y tres -negándose, avinagrado, a probar ni un bocado de la torta de cumpleaños que le hicieron- y estaba sentado, ese invierno de 1890, frente al fuego, en la casa de su nieta mayor, María Jane, Ella le había dicho que se quedara quieto y descansara la pierna mala mientras iba al campo a llevarle la comida a su marido. Regresó no bien pudo, y lo encontró junto al hogar, donde se había arrastrado después de caer sobre el fuego. Los alaridos de María Jane atrajeron a su marido, que acudió corriendo. El sombrero hongo, la bufanda y el suéter humeaban, y el Gallito George se había quemado horriblemente de la cabeza a la cintura. Esa misma noche murió.

Casi todos los negros de Henning fueron al funeral. Docenas de ellos eran hijos, nietos o biznietos. Lo enterraron junto a Matilda. Mientras lo bajaban, el Pequeño George dijo a Virgil, en un susurro:
-Papá era tan fuerte que nunca hubiera muerto de muerte natural. Virgil se volvió y miró con tristeza a su hermano. -Lo amaba
-dijo con sencillez-. Y tú también, todos nosotros.
-Por supuesto -dijo el Pequeño George-. ¡Nadie lo soportaba mientras vivía, a ese viejo pillo, y mírennos ahora, no podemos dejar de llorar!

CAPITULO 110

- ¡Mamá! -exclamó sin aliento Cynthia, dirigiéndose a Irene-. ¡Will Palmer me ha pedido que camine con él hasta casa desde la iglesia el domingo!
-No es de los que se van de boca, ¿eh? Hace por lo menos dos años que no te saca los ojos de encima en la iglesia, domingo tras domingo... -dijo Irene.
-¿Quién? -preguntó Tom.
- ¡Will Palmer! ¿Está bien que me acompañe a casa?
Después de un rato Tom Murray dijo, secamente: -Lo pensaré.
Cynthia reaccionó como si la hubieran acuchillado. Irene se puso a estudiar la expresión de su marido. -Tom, ¿nadie es demasiado bueno para tus hijas? Todos saben en la ciudad que el joven Will maneja la compañía maderera de ese borracho permanente, que es el señor James. Todo el mundo lo ve descargar la madera de los vagones, venderla y repartirla él solo, luego escribir las facturas, cobrar el dinero, y depositarlo en el Banco. Hasta hace trabajos de carpintería para los clientes sin cobrarles nada. Y a pesar de todo eso. nunca dice una palabra en contra del viejo señor James.
-Como yo lo veo, no hace más que su trabajo, y ocuparse de sus cosas -dijo Tom Murray-. También lo veo en la iglesia, y la mitad de las muchachas lo miran continuamente.
-¡Por supuesto! -dijo Irene-, porque es el mejor partido de Henning. Pero nunca ha acompañado a ninguna todavía.
-¿Y esa Lula Cárter, a la que le regaló flores?
Sorprendida de que Tom supiera eso, Irene dijo: -Hace más de un año de eso, Tom, y ya que sabes tanto, supongo que sabrás que ella se portó como una tonta, persiguiéndolo como una sombra, hasta que él se hartó y ya no le dirigió la palabra.
-Si lo hizo una vez, podría volver a hacerlo.
-A Cynthia no, porque ella tiene bastante sentido común, además de ser bonita y bien criada. Me ha dicho que por más que le gusta Will, ella nunca le haría ver cómo se siente. No hace más que saludarlo y sonreírle, cuando él lo hace primero. ¡No importa cuántas anden detrás de él, él anda detrás de una sola!
-Veo que ya tienes todo pensado -dijo Tom. Irene rogó: -Vamos, Tom, permítele caminar con él. Que se vean, por lo menos. Si siguen haciéndolo, es cosa de ellos.
-¡Y mía! -dijo Tom con severidad. No quería que sus hijas, ni su mujer, creyeran que era demasiado complaciente. Sobre todo, no quería que Irene sufriera que él ya había visto el potencial de Will Palmer, lo había sopesado, dándole su completa aprobación. Lo observaba desde que llegaron a Henning, y muchas veces había deseado que uno de sus dos hijos tuviera la mitad de la iniciativa de Will. En realidad, el serio, ambicioso y altamente capaz Will Palmer le hacía acordar a él mismo cuando joven.

Nadie esperaba que el noviazgo fuera tan rápido. Diez meses después, en la sala de la nueva casa de cuatro dormitorios de Tom e Irene, Will propuso matrimonio a Cynthia, que tuvo que contenerse para no darle el "¡Sí!" antes de que hubiera terminado. Al tercer domingo se casaron en la iglesia de Nueva Esperanza, en una ceremonia a la que asistieron más de doscientas personas, la mitad de las cuales viajaron en tren desde Carolina del Norte, además de todos los miembros de la familia, que ahora vivían en granjas diseminadas por el condado de Lauderdale.

Con sus propias manos y herramientas, Will construyó la casita en la que, un año después, en 1894, nació el primer hijo, un varón, que murió a los pocos días. Will Palmer nunca descansaba ni los fines de semana, pues el dueño de la maderería siempre estaba muy borracho, así que Will tenía que correr con todo. Revisando los libros un viernes a la tarde, Will descubrió que ese mismo día había un vencimiento del Banco. Fue a caballo ocho millas, bajo un verdadero diluvio, hasta la casa particular del gerente.

-Señor Vaugham -le dijo-, el señor James no se dio cuenta de este vencimiento, y sé que no querría que usted esperara hasta el lunes.

El señor Vaugham lo invitó a pasar, pero Will dijo: -No, gracias, Cynthia debe estar preocupada, pues no sabe dónde estoy. -Deseándole buenas noches al gerente, regresó a su casa bajo la lluvia.

El banquero, profundamente impresionado, relató el incidente por toda la ciudad.

En el otoño de 1893 alguien vino a decir a Will que lo llamaban del Banco. Intrigado, Will fue caminando hasta el mismo, donde lo esperaban los diez comerciantes más importantes de Henning, todos nerviosos. El banquero Vaugham le explicó, en pocas palabras, que el dueño de la maderería se había declarado en quiebra, y tenía planes para irse a vivir a otra parte con su familia. -Henning necesita la maderería -dijo el banquero-. Todos nosotros, aquí presentes, lo venimos discutiendo hace varias semanas, y pensamos que la persona a quien recurrir eres tú, Will. Hemos decidido pagar las deudas de la compañía y que tú te hagas cargo como nuevo dueño.

Con lágrimas _en los ojos, Will Palmer recorrió la hilera de hombres blancos, sin decir una palabra. Estrechó la mano de los hombres, que después rápidamente firmaron la nota, y salieron del cuarto, también emocionados. Cuando todos se fueron, Will apretó firmemente la mano del banquero. -Señor Vaugham, tengo otro favor que pedirle. ¿Quiere tomar la mitad de mis ahorros y hacer un cheque a nombre del señor James, sin que él se entere nunca de dónde vino el dinero?

Al año, el lema de Will -dar el mejor servicio y la mejor mercadería al precio más bajo posible- atraía a clientes de los pueblos vecinos, y carretas llenas de blancos y negros viajaban hasta desde Memphis -cuarenta y ocho millas al Sur- para ver con sus propios ojos el primer negocio en el Estado de Tennessee, cuyo propietario era un negro. En la parte delantera, Cynthia había colgado cortinas blancas, llenas de volados, y Will había pintado el cartel: COMPAÑÍA MADERERA W. E. PALMER".

CAPITULO 111

Las plegarias de Cynthia y Will fueron por fin escuchadas en 1895, con el nacimiento de una niña sana y fuerte a quien pusieron el nombre de Bertha George, "George" en honor del padre de Will. Cynthia insistió en reunir a su familia, frente a la cual relató al gorgoteante bebé toda la historia, remontándose al africano, Kunta Kinte, igual que Tom Murray había hecho con todos sus hijos.

Will Palmer respetaba la devoción que sentía Cynthia por los recuerdos de sus antepasados, pero le irritaba, en su orgullo, que se considerara que él había entrado en la familia de Cynthia, no al revés. Esa fue probablemente la razón por la que empezó a monopolizar a la pequeña Bertha aun antes de que caminara. Todas las mañanas la alzaba, antes de irse a trabajar. Todas las noches la arropaba en su cunita, que él mismo había hecho para ella.

Para cuando Bertha cumplió los cinco años, toda la familia, y la comunidad negra de la ciudad, repetía lo que decía Cynthia: "¡Will Palmer está echando a perder a esa niña!". Había arreglado para que la niña tuviera crédito en todas las tiendas de la ciudad que vendían caramelos, y él pagaba las facturas todos los meses, aunque hacía que ella llevara la cuenta, que él comprobaba con solemnidad, "para enseñarle, cuestiones de negocios". Como regalo de quince años, le abrió una cuenta, a su nombre, en la tienda Sears y Roebuck, donde podía hacer compras por correspondencia. Entonces todos menearon la cabeza, sintiendo sorpresa, consternación, y orgullo a la vez: "Todo lo que tiene que hacer esa criatura es elegir lo que le gusta del catálogo llenar el cupón, y a vuelta de correo, Sears y Roebuck, desde Chicago, se lo mandan... Lo he visto con mis propios ojos... y el papá paga... ¿entiendes lo que te digo? ¡Lo que Bertha quiera!". Más tarde, ese mismo año, Will contrató a un profesor para que fuera todas las semanas desde Memphis a dar lecciones de piano a Bertha. Era una alumna de talento, y al poco tiempo tocaba para el coro de la iglesia de Nueva Esperanza, de la que Will era sindico principal y Cynthia presidente" perenne del Consejo de Administración.

Cuando Bertha terminó el octavo grado, en junio de 1909, no había dudas de que se iría de Henning para asistir al Instituto Lane, sostenido por la Iglesia Episcopal Metodista de Color, a treinta millas al Este, en Jackson, Tennessee, que tenía hasta el segundo año de la universidad.

-Niña, no hay manera en que te des cuenta de que eres la primera de esta familia que va a ir a la universidad

-¿No están para eso las universidades? ¿Para que la gente asista? Cynthia se puso a llorar cuando se quedó sola con su marido.

-Que Dios nos ayude con ella, Will, porque no entiende nada.

-Tal vez sea mejor así -dijo él, para consolarla-. Sólo sé que voy a hacer todo lo posible para que ella tenga más oportunidades que las que tuvimos nosotros.

Como se esperaba de ella, Bertha obtuvo las mejores calificaciones, estudiando pedagogía, para ser maestra. Tocaba el piano y cantaba en el coro de la universidad. Iba dos veces por mes a su casa, y en una de las visitas empezó a hablar de un muchacho que había conocido en el coro de la universidad, llamado Simón Alexander Haley, proveniente de la ciudad de Savannah, estado de Tennessee. Era muy pobre, y tenía cuatro trabajos distintos para poder asistir a la universidad, donde estudiaba agricultura. Como Bertha siguió hablando de él, un año después, en 1913, Will y Cynthia le dijeron que lo invitara a que viniera a Henning, así podían verlo personalmente.

La iglesia de Nueva Esperanza estaba de bote en bote el domingo que se anunció que "el novio de Bertha, de la universidad" iba a asistir. Llegó bajo la mirada penetrante de Will y Cynthia Palmer, y de toda la comunidad negra. Pero parecía ser un joven seguro de sí. Después de cantar un solo de barítono. "En el jardín", acompañado por Bertha en el piano, conversó con toda naturalidad con cuantos se le acercaron más tarde en el patio de la iglesia, miró a todos de frente, estrechó con firmeza la mano de todos los hombres, sacándose el sombrero ante las damas.

Bertha y su Simón Alexander Haley regresaron juntos a la universidad Lane en el ómnibus esa misma tarde. Nadie tenía nada que decir en contra de él -en público- en las conversaciones de la comunidad. En privado, sin embargo, algunos expresaron ciertas

delicadas dudas por su tez demasiado clara. (Él había dicho, confidencialmente, a Bertha, que sus padres, ex esclavos, le habían dicho que sus madres eran negras, pero los padres de ambos eran irlandeses; el padre era un capataz llamado Jim Baugh, del que poco se sabía, y el de su madre, el heredero de una plantación del condado de Marión, en Alabama, (después coronel de la Guerra Civil, llamado James Jackson). Pero todos estuvieron de acuerdo en que cantaba bien; que parecía bien criado; que no se jactaba de ser educado.
Haley se empleó como guarda de tren durante el verano, ahorrando hasta el último centavo para poder seguir estudiando cuatro años en la universidad tecnológica de Greensboro, Carolina del Norte, desde donde intercambiaba una carta por semana con Bertha. Cuando llegó la primera guerra mundial, él y todos sus compañeros del último curso se alistaron en grupo en el Ejército de los Estados Unidos, y al poco tiempo sus cartas para Bertha llegaban de Francia, donde en el bosque de Argonne, en 1918, sufrió los efectos del gas. Después de un tratamiento de varios meses en un hospital europeo, fue devuelto a su patria, para su convalecencia, y en 1919, ya completamente repuesto, fue nuevamente a Henning, donde él y Bertha anunciaron su compromiso.
La boda, en la Iglesia de Nueva Esperanza, en el verano de 1920 fue el primer acontecimiento social de Henning al que asistieron invitados blancos y negros, no sólo porque Will Power se contaba entre los ciudadanos más prominentes, sino porque, por derecho propio, la culta e indomable Bertha era el orgullo de la ciudad. La recepción tuvo lugar en el parque, extenso y en declive, de la nueva casa de los Palmer, de diez habitaciones, incluso con salón de música y biblioteca. Se sirvió un banquete. Hubo más regalos que en tres bodas juntas. Hubo incluso un recital del coro de la universidad de Lane -que era donde se habían conocido los felices recién casados- cuyos integrantes habían llegado en un ómnibus especialmente alquilado desde Jackson.
Más tarde, la pequeña estación de ferrocarril de Henning se vio colmada de gente cuando Simón y Bertha tomaron el tren del Ferrocarril Central de Illinois, que los llevó a Chicago, donde trasbordaron a otro tren con dirección a un lugar llamado Ithaca, en el Estado de Nueva York. Simón iba a estudiar para su licenciatura en agricultura en la Universidad de Cornell, y Bertha se iba a inscribir en el Conservatorio de Música de Ithaca.
Durante nueve meses, Bertha escribió con regularidad a su casa, contando todas las excitantes experiencias y diciendo lo felices que eran. Pero luego, a principios del verano de 1921, las cartas de Bertha empezaron a llegar cada vez con menor frecuencia, hasta que finalmente Will y Cynthia se preocuparon, creyendo que pasaba algo malo, y que Bertha guardaba el secreto. Will dio a Cynthia quinientos dólares para que los enviara a Bertha, diciéndole que los gastara como quisiera, sin decírselo a Simón. Pero las cartas de su hija llegaban cada vez menos, hasta que a fines de agosto. Cynthia dijo a Will y a sus amigos más íntimos que iba a viajar a Nueva York a averiguar por sí misma qué pasaba.
Dos días antes de la partida de Cynthia, llamaron a la puerta a medianoche, y se despertaron alarmados. Cynthia fue la primera en saltar de la cama, poniéndose la bata, seguida de Will. Desde la puerta del dormitorio, vieron a través de las ventanas francesas de vidrio, bajo la luz de la luna, las siluetas de Bertha y Simón en el porche de entrada. Cynthia lanzó un alarido y corrió a abrir la puerta.
Bertha le dijo, con tranquilidad: -Perdón por no escribirles. Queríamos traerles una agradable sorpresa... -. Entregó a Cynthia el bulto que tenía en los brazos. A Cynthia le latía desesperadamente el corazón. Will miraba, incrédulo, por sobre el hombro de su mujer. Cynthia retiró la parte superior de la manta, revelando un rostro marrón, redondo.
El bebé, un varón de seis semanas, era yo.

CAPITULO 112

Papá me solía decir, riendo cuando recordaba esa noche de gran sorpresa: -Parece que entonces casi perdí a un hijo...-. Papá me contaba que el abuelo Will Palmer se acercó y me alzó de brazos de la abuela. -Sin decir una palabra te llevó al patio, en la parte de atrás de la casa. Debe haber tardado un media hora antes de regresar. Ni Cynthia, ni Bertha ni yo le dijimos una sola palabra tampoco, principalmente porque era Will Palmer, pero además porque sabíamos que durante muchos años había querido criar a un varón, y como era el hijo de Bertha, era la respuesta a sus deseos.

Después de una semana, papá volvió a Ithaca, dejándonos a mamá y a mí en Henning; habían decidido que era lo mejor, mientras él preparaba su tesis para la licenciatura. La abuela y el abuelo procedieron a adoptarme como si fuera de ellos, especialmente el abuelo.

Años después, la abuela me contaba que aun antes de que aprendiera a hablar, el abuelo me llevaba alzado hasta la maderería, donde hizo una cuna para ponerme mientras se ocupaba de los negocios. Después que aprendí a caminar, íbamos juntos al centro de la ciudad. Yo daba tres pasos por cada uno de él, sin soltarme de su dedo índice, que mantenía extendido. Para mi estatura era un enorme árbol negro, y se detenía a conversar con muchas personas que encontraba por el camino. El abuelo me enseñó que siempre debía mirar de frente a las personas, y hablar con cortesía y claridad. Muchas veces la gente decía que yo era muy bien educado, y que estaba creciendo rápidamente. -Bueno, parece que va a salir bueno- solía decir el abuelo.

En la Compañía Maderera W. E. Palmer me dejaba jugar entre las grandes pilas de roble, cedro, pino y nogal americano, cortados en tablas de distintos largos y anchos, que despedían una mezcla de olores agradables, y yo me veía envuelto en toda clase de aventuras excitantes, casi siempre en lugares distantes y épocas pasadas. Algunas veces el abuelo me dejaba sentar en su oficina, en su gran silla giratoria, de respaldo alto, y yo me ponía la visera verde, dando vueltas y vueltas en la silla hasta que me mareaba, y entonces dejaba de girar. Siempre me divertía cuando salía con el abuelo.

Cuando yo iba a cumplir cinco años, él murió. Me puse tan nervioso que el doctor Dillard tuvo que darme un vaso con un líquido lechoso para hacerme dormir esa noche. Pero antes de dormirme, recuerdo que vi a muchas personas, blancas y negras, reunidas en fila en el camino polvoriento que pasaba junto a la casa, todos con la cabeza baja, las mujeres con un pañuelo en la cabeza, los hombres con el sombrero en la mano. Durante los días siguientes, me pareció que todo el mundo lloraba.

Papá, que estaba a punto de terminar su tesis, vino desde Cornell para encargarse de la Compañía, y mamá empezó a enseñar en la escuela local. Como yo amaba tanto al abuelo, y la abuela sufría tanto, la relación entre nosotros se volvió muy íntima, y casi no iba a ninguna parte sin llevarme con ella.

Supongo que fue para tratar de llenar el vacío dejado por la ausencia del abuelo que todas las primaveras, la abuela empezó a invitar a varias de sus parientas Murray a pasar el verano con nosotros. Casi todas tenían entre los cuarenta y los cincuenta, y venían de lugares que para mí eran exóticos, como Dyersburg, Tennessee; Inkster, Michigan; St. Louis y Kansas City, y se llamaban tía Plus, tía Liz, tía Till, tía Viney y prima Georgia. Cuando terminaban de lavar los platos de la cena, todas salían al porche de entrada y se sentaban en las sillas de hamaca, de caña, mientras yo me ubicaba detrás de la mecedora blanca de la abuela. Era la hora del atardecer, cuando empezaban a revolotear los bichos de luz entre las madreselvas, y todas las noches, a menos que hubiera algún chisme del

momento, hablaban del mismo tema: trozos de la larga crónica familiar, transmitida a través de las generaciones.
Esas conversaciones eran las únicas que causaban fricción entre mamá y la abuela. La abuela tocaba el tema sin que estuvieran presentes las invitadas del verano, y mamá, al poco tiempo, hacía un comentario abrupto, como: "¡Oh, mamá! ¿por qué no dejas de hablar de esas cosas viejas, de esclavos? ¡Son una vergüenza!". La abuela le contestaba en el acto: "Si a ti no te importa de dónde vienes, a mí sí". Y pasaban el día entero, y a veces más tiempo, sin hablarse.
Pero de todos modos, yo tuve desde el principio la impresión de que la abuela y las otras señoras hablaban de algo que se remontaba mucho tiempo atrás. De repente se acordaban de algún incidente de cuando eran niñas, y señalándome, decían: -¡Yo no era mayor que este pequeño! Yo no podía comprender como alguien tan viejo y arrugado podía haber sido como yo alguna vez. Pero, como digo, fue esto lo que me llevó a que me diera cuenta de que hablaban de cosas que habían sucedido hacía mucho tiempo.
Como era un niñito, no podía seguir muy bien lo que decían. No sabía lo que era el "amo" ni la "señora". Tampoco lo que era una plantación, aunque era algo parecido a una granja. Pero poco a poco, de oír las historias verano tras verano, empecé a reconocer los nombres que repetían con frecuencia, y a acordarme de cosas que decían acerca de esas personas. La persona más remota en el tiempo de la que hablaban era el "africano", que decían que había sido traído al país, en un barco, a un lugar llamado Annapolis. Decían que lo había comprado un "amo John Waller", que tenía una plantación en un lugar llamado "condado de Spotsylvania", en Virginia. Decían que el africano trataba continuamente de huir, y que en la cuarta tentativa tuvo la desgracia de ser capturado por dos blancos que se dedicaban a perseguir a los esclavos para devolverlos a sus dueños, y estos hombres al parecer decidieron enseñarle una lección. Le dieron a elegir entre ser castrado o cortarle un pie, y "gracias a Dios, o no estaríamos aquí contando el cuento" el africano eligió el pie. Yo no podía imaginarme por qué los blancos podían hacer algo tan cruel y bajo.
Pero a este africano lo había salvado el hermano del amo John, el doctor William Waller, que se enfureció tanto por la mutilación innecesaria que compró al africano para su propia plantación. Aunque el africano ahora era un lisiado, podía hacer algunos trabajos, y fue asignado al jardín y huerto. Fue así como el africano pudo vivir en una sola plantación durante mucho tiempo, en una época en que los esclavos, especialmente del sexo masculino, eran vendidos con tanta frecuencia que muchos niños crecían sin saber quiénes eran sus padres.
La abuela y las otras decían que a los africanos, no bien bajaban de los barcos, sus amos les ponían un nombre. A este africano le pusieron "Toby". Pero decían que cada vez que algún otro esclavo lo llamaba así, él le decía que su nombre era "Kintay".
Cojeando, trabajando en el jardín, luego como cochero del amo, "Toby" o "Kintay" conoció y se casó con una esclava a la que la abuela y las otras llamaban "Bell, la cocinera de la casa grande". Tuvieron una niña y le pusieron "Kizzy" de nombre. Cuando la niña tenía cuatro o cinco años, su padre empezó a llevarla a pasear, y cuando tenía la oportunidad señalaba varias cosas y le decía el nombre en su lengua africana. Señalaba una guitarra, por ejemplo, y decía algo parecido a ko. O señalaba el río que corría cerca de la plantación -el río Mattaponi- y decía algo que sonaba como "Kamby Bolongo", y muchas otras cosas. A medida que Kizzy iba creciendo, y que su padre aprendía a hablar mejor el inglés, empezó a contar historias acerca de sí mismo, su gente y su patria, y cómo fue robado. Decía que estaba en el bosque, no lejos de su aldea, cortando madera para hacer un tambor, cuando fue sorprendido por cuatro hombres, reducido, y hecho esclavo.
Cuando Kizzy tenía dieciséis años, decían la abuela Palmer y las demás señoras Murray, fue vendida a un amo llamado Tom Lea, que era dueño de una plantación más pequeña en

Carolina del Norte. Y en esta plantación Kizzy dio a luz un niño, cuyo padre era Tom Lea, y quien le puso como nombre George.
Cuando George tenía cuatro o cinco años, su madre empezó a contarle las historias del africano, y sus palabras, hasta que llegó a conocerlas bien. Cuando George tenía doce años lo pusieron de aprendiz de un viejo "tío Mingo", que entrenaba las aves de riña de su amo, y a los pocos años el muchacho tenía tanta fama como entrenador de aves de pelea que ya se lo conocía con el apodo que llevaría hasta la tumba: "El Gallito George".
El Gallito George tendría dieciocho años cuando se casó con una esclava llamada Matilda, y juntos tuvieron ocho hijos. Cada vez que nacía un hijo, el Gallito George reunía a su familia en la choza, y les relataba la historia de su bisabuelo africano, "Kintay", que a la guitarra le decía ko, y a un río en Virginia "Kamby Bolongo", y muchas otras cosas, y que contaba que estaba cortando madera para hacer un tambor cuando lo apresaron.
Los ocho hijos crecieron, se casaron, y tuvieron a su vez hijos. El cuarto, Tom, era herrero. Todos ellos fueron vendidos a un "amo Murray", dueño de una plantación de tabaco en el condado de Alamance, Carolina del Norte. Allí Tom conoció a una muchacha esclava, medio india, llamada Irene, y se casó con ella. Irene provenía de la plantación del "amo Holt", dueño de una algodonería. Irene llegó a tener ocho hijos, y cuando nacía uno, Tom continuaba la tradición de su padre, el Gallito George, reuniendo a toda la familia junto al hogar para contarles acerca de su tatarabuelo africano y sus descendientes.
De esos ocho hijos, la menor era una niñita llamada Cynthia, que tenía dos años cuando su padre, Tom, y su abuelo, el Gallito George, llevaron un tren de carretas con esclavos recientemente liberados, hacia el Oeste, a Henning, Tennessee, donde Cynthia, se casó, a los veintidós años, con Will Palmer.
Cuando estaba absorto escuchando las historias de toda esa gente que no había visto nunca, y que habían vivido en otros lugares y otros tiempos, siempre me sorprendía al ver que la larga narración llegaba hasta Cynthia... ¡que estaba allí, junto a mí! Lo mismo que tía Viney, tía Matilda, y tía Liz, que habían viajado en el tren de carretas con la abuela, pues eran sus hermanas mayores.
Viví en lo de la abuela, en Henning, hasta que nacieron dos hermanos menores: George, en 1925 y luego Julius en 1929. Papá se ocupó de vender la compañía maderera de la abuela, y entonces se dedicó a su profesión, como profesor de agricultura, viviendo con mamá y sus tres hijos en las distintas universidades donde enseñó Vivimos más tiempo en Normal, Estado de Alabama. Yo estaba en clase, una mañana, en 1931, cuando recibí un mensaje de que fuera a casa inmediatamente, donde oí los sollozos desesperados de papá, y abrí la puerta. Mamá, que hacía un tiempo que estaba enferma, desde que salimos de Henning, agonizaba. Tenía treinta y seis años.
George, Julius y yo pasábamos todos los veranos con la abuela en Henning. Había perdido gran parte de su vitalidad, con la muerte del abuelo y de mamá. La gente que pasaba junto a su mecedora blanca, en el porche de entrada, la saludaba, diciendo: "Hermana Cynthy, ¿cómo está?", y ella contestaba, por lo general: "Aquí me ve, sentada...".
Después de dos años, papá se volvió a casar con una profesora universitaria llamada Zeona Hatcher de Columbus Ohio donde se había licenciado en la Universidad del Estado de Ohio. Se encargó de la educación de nosotros tres, que íbamos creciendo rápidamente, y nos dio una hermana, Lois.
Al terminar el segundo año de la universidad, me alisté en la Fuerza de Guardiamarinas de los Estados Unidos como mozo del comedor, con la entrada de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial. En las largas travesías de mi barco, que transportaba armamentos en el Pacífico Suroccidental, tropecé con el largo camino que me llevó, finalmente, a escribir estas Raíces.

A veces pasaba hasta tres meses en el mar, y entonces la lucha más incesante de la tripulación no era contra los bombarderos o submarinos enemigos, sino contra el tedio. Ante la insistencia de papá, había aprendido a escribir a máquina en la secundaria, y mi posesión más preciosa a bordo era mi portátil. Escribía cartas a todo el mundo, a quien se me ocurría. Y leí todos los libros de la pequeña biblioteca del barco, o los que pertenecían a mis compañeros. Amaba leer desde niño, especialmente historias de aventuras. Después de leer todos los libros a bordo por tercera vez, supongo que por la frustración que sentía decidí empezar a escribir. La idea de que podía poner una hoja en blanco en la máquina y escribir algo que otras personas tendrían ganas de leer era un desafío que me intrigaba y me llenaba de gozo. Sigue siendo así hoy en día. No sé qué otra cosa me motivó y me incitó a continuar escribiendo, todas las noches, siete noches por semana, enviando mis esfuerzos por correo a las revistas y coleccionando cientos de respuestas de rechazo, durante ocho años, hasta que al cabo de ellos aceptaron mi primer cuento.

Después de la guerra uno que otro editor aceptaba un cuento de vez en cuando. La Fuerza de Guardiamarinas me designó "periodista". Escribía cuando podía, y empecé a publicar más; finalmente, en 1959, a los treinta y siete años, después de veinte años de servicios, estaba en condiciones de retirarme, y lo hice, y entonces decidí dedicarme por entero a escribir.

Al principio vendí artículos a las revistas de aventuras de hombres, en su mayoría historias marítimas, porque amo el mar. Luego "Reader's Digest" empezó a contratarme para que escribiera biografías de personas que habían tenido experiencias dramáticas o vidas excitantes.

Luego, en 1962, grabé una conversación con el famoso trompetista de jazz, Miles Davis, que se convirtió en la primera de mis entrevistas para "Playboy". Entre mis subsiguientes entrevistados figuró el portavoz de la Nación de Islam entonces, Malcolm X. Un editor, que leyó la entrevista, me encargó un libro que narrara su vida. Malcolm X me pidió que trabajara con él, como su colaborador, y lo hice. Pasé el año siguiente entrevistándolo intensivamente, y el otro lo dediqué a escribir La autobiografía de Malcolm X. Como él había profetizado, no vivió para leerla, porque fue asesinado dos semanas después que terminé el manuscrito.

Pronto una revista me envió a Londres, Entre trabajo y trabajo, fascinado con la riqueza histórica que me rodeaba, no creo haber perdido ni una sola gira guiada en el área de Londres durante los primeros días. Fisgoneando en el Museo Británico, un día, me vi frente a algo que había oído mencionar vagamente: la Piedra Roseta. No sé por que, pero me fascinó. Saqué un libro de la biblioteca del Museo para enterarme de algo mas acerca de ella.

Había sido descubierta en el delta del Nilo, y en la faz de la piedra se habían inscripto tres textos: uno en caracteres griegos, conocidos, el segundo en unos caracteres entonces desconocidos, y el tercero en los antiguos jeroglíficos, que se creía completamente intraducibies. Pero un estudioso francés, Jean Chimpollion, logró comparar todos los caracteres entre sí, y propuso la tesis de que los tres textos decían lo mismo. Acababa de descifrar el misterio de los jeroglíficos, en los que estaba registrada la historia primera de la humanidad.

La llave que había abierto una puerta al pasado me fascinó. Parecía tener un significado personal, pero no me daba cuenta cuál. Estaba en un avión, de regreso a los Estados Unidos, cuando tuve una idea. Usando caracteres grabados en la piedra, el estudioso francés había descifrado un historial desconocido al compararlo con otro conocido. Tenía una analogía básica: en la historia oral que la abuela, la tía Liz, la tía Plus, la prima Georgia y las otras solían contar en el porche de Henning, durante mi niñez, tenía un cociente desconocido en aquellas palabras o sonidos extraños trasmitidos por el africano.

Me puse a pensar en ellos: "Kintay", decía, era su nombre. Ko quería decir guitarra. "Kamby Bolongo" era el nombre que daba a un río de Virginia. Eran sonidos bien definidos, en los que predominaba la k. Los sonidos probablemente habrían sufrido algunos cambios a través de las generaciones, pero indudablemente representaban pedacitos fonéticos de un idioma específico hablado por mi ancestro africano que era la leyenda familiar. Mi avión desde Londres daba vueltas encima de Nueva York, y yo pensaba: ¿Qué idioma africano era ése? ¿Había alguna forma posible de averiguarlo?

CAPITULO 113

Después de más de treinta años la única sobreviviente de las señoras que conversaban en el porche de Henning era la más joven de todas, la prima Georgia Anderson. La abuela había muerto, todas las demás también. La prima Georgia, de más de ochenta años, vivía con su hijo y su hija, Floyd Anderson y Bea Neely, en el número 1200 de la avenida Everett, en Kansas City. No la veía desde hacía unos años, cuando iba con frecuencia, para ayudar en lo que podía a mi hermano George, interesado en la política. George había luchado en la Fuerza Aérea, había asistido a Morehouse College y luego a la Facultad de Derecho de la universidad de Arkansas. Estaba en plena campaña para ser elegido senador del estado de Kansas. La noche de la fiesta en que celebraron la victoria, se reían porque decían que la persona que lo había hecho ganar era... la prima Georgia. Continuamente había oído hablar a su hijo Floyd, que era el director de la campaña, acerca de la reconocida integridad de George, y entonces la querida, canosa y agobiada prima Georgia se había hecho a la calle. Golpeaba a la puerta de las casas con su bastón y entregaba una foto de su sobrino nieto, el candidato, declarando: - ¡Ese muchacho tiene una integridad a prueba de sacudones!

Ahora volé a Kansas City de nuevo, para ver a la prima Georgia.

Creo que nunca me repondré de su reacción inmediata cuando traje a colación la historia de la familia. Arrugada y achacosa como estaba, saltó en la cama, con tanto entusiasmo que me recordó el experimentado de niño, en el porche:

- ¡Sí, muchacho, ese africano decía que su nombre era Kintay!... ¡A la guitarra le decía ko, al rio, "Kamby Bolongo", y estaba cortando madera para hacer un tambor cuando lo robaron!

La prima Georgia se emocionó tanto con la vieja historia de la familia que Floyd, Bea y yo tardamos en tranquilizarla. Le expliqué que quería ver si había alguna forma de averiguar la procedencia de "Kintay"... lo que nos llevaría a nuestra tribu ancestral.

-¡Sigue adelante, muchacho! -exclamó la prima Georgia-. ¡Tu dulce abuela, y todos los demás, están allí, mirándote! La idea me asustó.

CAPITULO 114

Poco después fui al Archivo Nacional de Washington y dije a un empleado del mostrador de la sala de lectura, que estaba interesado en el condado de Alamance, Carolina del Norte; quería ver los censos inmediatamente posteriores a la Guerra Civil. Me trajeron rollos de microfilm. Empecé a pasar la película por la máquina, sintiéndome cada vez más intrigado mientras veía un desfile interminable de nombres escritos con la letra antigua de los

censistas del siglo XIX. Después de ver varios rollos de películas, ya cansado, de repente me quedé helado, al leer: "Tom Murray, negro, herrero"; "Irene Murray, negra, ama de casa"... seguidos por los nombres de las hermanas mayores de la abuela, a las que yo había oído hablar muchísimas veces en el porche de entrada de la casa de la abuela: "Elizabeth, 6 años". ¿Quién otra que mi tía Liz? A la fecha de ese censo, la abuela no había nacido todavía.

No era que no hubiera creído yo las historias de la abuela y de las demás. Era imposible no creer a la abuela. ¡Pero era tan extraño estar allí sentado, viendo los nombres en los registros oficíales del gobierno de los Estados, Unidos! .

Entonces yo vivía en Nueva York. Viajaba a Washington cuando podía, buscando en el Archivo Nacional, en la Biblioteca del Congreso, en la Biblioteca de las Hijas de la Revolución Norteamericana. Estuviera donde estuviera, cuando algún bibliotecario negro se daba cuenta de la naturaleza de mi búsqueda, documento que pedía aparecía con rapidez milagrosa. De una u otra fuente, durante 1966, logré documentar por lo menos acontecimientos descollantes de la atesorada historia familiar. Hubiera dado cualquier cosa por haber podido contárselo a la abuela, pero me contentaba pensando que ella estaba con las demás, como había dicho la prima Georgia "mirándome".

Ahora el problema era dónde y cómo rastrear esos extraños sonidos fonéticos del ancestro africano. Era obvio que tenía que abarcar todos los africanos que pudiera, pues hay muchos idiomas tribales distintos hablados en África. En la ciudad de Nueva York, empecé a hacer lo que me pareció lógico: visitar las Naciones Unidas alrededor de la hora de salida de los empleados. Esos ascensores estaban llenos de personas que se desparramaban por los vestíbulos al dirigirse a su casa. No era difícil darse cuenta cuáles eran los africanos. A todos los que lograba detener les decía mis sonidos. En un par de semanas creo que detuve a unas dos docenas de africanos, que me miraban rápidamente, me escuchaban por un instante, y se alejaban. No los culpo: yo trataba de reproducir sonidos africanos con mi acento de Tennessee.

Sintiéndome cada vez más frustrado, tuve una larga charla con George Sims, con el que me había criado en Henning, y que es investigador profesional. George me trajo la lista de una docena de personas de renombre académico, especialistas en lingüística africana. Uno cuyos antecedentes me intrigaron era un belga, el doctor Jan Vansina. Después de estudiar en el Departamento de Estudios Africanos y Orientales de la Universidad de Londres, había vivido en aldeas africanas y escrito un libro titulado La tradition órale. Llamé por teléfono al doctor Vansina a la universidad de Wisconsin, donde trabajaba, y concertamos una entrevista. Un miércoles a la mañana volé a Madison, Wisconsin, motivado por mi intensa curiosidad acerca de unos extraños sonidos fonéticos... sin soñar acerca de lo que estaba a punto de ocurrir...

Esa noche, en la sala de los Vansina, conté al doctor Vansina hasta la última sílaba de la historia de la familia, oída desde la niñez, recientemente encerrada, como último reducto, en la prima Georgia, en Kansas City. Después de escuchar atentamente, el doctor Vansina empezó a hacerme preguntas. Como era un historiador oral, estaba especialmente interesado en la trasmisión física de la narración a través de las generaciones.

Hablamos hasta tan tarde que me invitó a que me quedara a dormir en su casa, y a la mañana siguiente el doctor Vansina, con una expresión muy seria, dijo: -Quería dejar pasar una noche. Las ramificaciones de los sonidos fonéticos preservados a través de las generaciones de su familia pueden ser inmensos-. Dijo que había hablado por teléfono con un colega, el doctor Philip Curtin; ambos estaban seguros que los sonidos pertenecían a la lengua mandinga. Yo nunca había oído esa palabra; me dijo que era el idioma hablado por los mandingas. Luego tradujo algunos sonidos. Uno probablemente significaba vaca, o ganado; otro probablemente quería decir baobab, generico en África Occidental. La

palabra ko, podía referirse al kora, uno de los instrumentos de cuerda más antiguos de los mandingas, hecho de mitades de calabazas cubiertas con cuero de cabra, con un largo mástil y veintiuna cuerdas con un puente. Un mandinga esclavo en Estados Unidos fácilmente habría relacionado el kora con los instrumentos de cuerda que veía.
La palabra más larga y complicada que yo había oído era Kamby Bolongo, que mi antepasado había usado para señalar a su hija Kizzy el río Mattaponi en el condado de Spotsylvania en Virginia. El doctor Vansina dijo que, sin duda, bolongo quería decir, en mandinga, agua que corre, como río; precedido por "Kamby", podía referirse al río Gambia.
Nunca lo había oído nombrar.
Algo sucedió que me hizo volver a sentir -sí, a medida que iban ocurriendo cosas extrañas- que sí, estaban mirándome...
Me invitaron a hablar en un seminario en la universidad de Utica, en el Estado de Nueva York. Iba caminando por un pasillo con el profesor que me había invitado, y le conté que acababa de llegar de Washington y por qué había ido. -¿Gambia? Si no me equivoco, alguien me dijo hace poco que hay un estudiante excepcional de ese país en Hamilton.
La vieja y distinguida universidad de Hamilton estaba a una media hora de viaje, en Clinton, Estado de Nueva York. Antes que terminara de preguntar, un profesor, llamado Charles Todd, me dijo: -Usted se refiere a Ebou Manga-. Consultando una lista de cursos, me dijo que lo podía encontrar en la clase de economía agrícola. Ebou Manga era pequeño, con ojos cautelosos, reservado y negro como el hollín. Tentativamente confirmó la procedencia de mis palabras, claramente sorprendido de oírmelas decir. ¿Su idioma natal era mandinga? -No, pero me es familiar-. Era un wolof, dijo. En su habitación le conté mi búsqueda. Partimos para Gambia a fines de la semana siguiente.
Al llegar a Dakar, Senegal, a la mañana siguiente, tomamos un avión pequeño para el diminuto aeródromo Yundum en Gambia. En camión de pasajeros viajamos a la ciudad capital, Banjul (entonces Bathurst). Ebou y su padre, Alhaji Manga, musulmanes como la mayoría de los habitantes de Gambia, reunieron a un pequeño grupo de hombres que conocían bien la historia de su pequeño país, en el vestíbulo del hotel Atlantic. Igual que al doctor Vansina en Wisconsin, relaté a esos hombres la historia de la familia, trasmitida a través de las generaciones. Se las conté al revés, empezando por la abuela, siguiendo por Tom, el Gallito George, luego Kizzy, diciéndoles que su padre insistía en que su nombre era "Kintay", y luego repetí los sonidos, identificando varias cosas, y les conté la historia de cuando lo atacaron y apresaron mientras cortaba madera, no lejos de su aldea.
Cuando terminé, dijeron, casi con un gesto divertido: -Bueno, por supuesto que "Kamby Bolongo" significa río Gambia; cualquiera sabe eso-. Les dije que no, que muchísima gente no lo sabía. Demostraron mucho interés cuando les dije que mi antepasado, alrededor de 1760, había insistido llamarse "Kintay". -Las aldeas más antiguas de nuestro país toman por lo general el nombre de las familias que las colonizaron -dijeron. Buscaron un mapa, señalaron un lugar, y dijeron-: Fíjese, aquí está la aldea de Kinte Kundah. Y no demasiado lejos, la aldea de Kinte-Kundah Janneh-Ya.
Luego me dijeron algo que yo nunca había soñado posible: había hombres muy viejos, llamados griots, que aún existían, que eran en realidad archivos vivientes y ambulantes de historia oral. Un griot mayor era un hombre de sesenta o setenta y tantos años; luego venían, progresivamente, griots más jóvenes, y aprendices, así que un muchacho podía oír las historias de estos griots durante cuarenta o cincuenta años antes de poder ser considerado un griot mayor, que en ocasiones especiales relataba las historias antiquísimas de las aldeas, clanes, familias y grandes héroes. A través de toda el África negra, esas crónicas habían sido trasmitidas desde los primeros antepasados, y había ciertos griots

legendarios que narraban facetas de la historia africana hasta durante tres días enteros sin repetirse nunca.
Viendo que yo estaba atónito, estos hombres de Gambia me hicieron presente que toda persona se remonta ancestralmente a un lugar y un tiempo, antes del advenimiento de la escritura; que la memoria, las bocas, los ojos y los oídos eran los únicos medios que tenían los hombres de almacenar y trasmitir información. Dijeron que los que pertenecemos a la cultura occidental estamos tan condicionados a "la muletilla de la imprenta" que pocos llegamos a entender de lo que es capaz una memoria entrenada.
Como mi antepasado había dicho que su nombre era "Kintay", que se escribía "Kinte", y como el clan de los Kinte era antiguo y bien conocido en Gambia, prometieron hacer todo lo posible para encontrar a un griot que pudiera ayudarme en mi búsqueda.
De regreso en los Estados Unidos empecé a devorar libros de historia africana. Pronto fue una especie de obsesión corregir mi ignorancia con respecto al segundo continente de la tierra. Todavía hoy me avergüenzo al pensar que hasta ese momento mis imágenes del África provenían de las películas de Tarzán, y lo poco verdadero que sabía de las veces que había hojeado algún número de "National Geographic". Ahora, de repente, después de leer el día entero, me sentaba en el borde de la cama, de noche, estudiando un mapa del África, memorizando las posiciones relativas de los diferentes países y las aguas principales en las que habían operado los barcos de los traficantes de esclavos.
Después de algunas semanas llegó una carta certificada de Gambia. Me decían que cuando me fuera posible debía tratar de regresar. Para entonces no tenía un centavo, especialmente porque había invertido muy poco tiempo para escribir.
Una vez, en una fiesta de jardín del "Reader's Digest", la cofundadora de la revista, la señora Be Dewit Wallace, me había dicho que le gustaba mucho uno de los "personajes inolvidables" que yo había escrito. Era un viejo lobo de mar, un cocinero, que había sido jefe mío en la Fuerza de Guardamarinas de los Estados Unidos, y antes de partir, la señora de Wallace me dijo que acudiera a ella alguna vez si necesitaba ayuda. Ahora escribí a la señora de Wallace una carta, bastante avergonzado, contándole la búsqueda compulsiva en que me había embarcado. Ella invitó a un grupo de editores para que se reunieran conmigo, y ver su reacción. Tuvimos un almuerzo, en el que hablé tres horas sin parar. Poco después recibí una carta en la que se me decía que "Reader's Digest" me enviaría un cheque de trescientos dólares por mes durante un año, y además de eso, lo que era mi necesidad vital: "gastos de viaje necesarios, dentro de lo razonable".
Volví a visitar a la prima Georgia en Kansas City. Algo me impulsó a hacerlo, y la encontré muy enferma. Pero se entusiasmó al enterarse de lo que ya sabía, y de lo que esperaba saber. Me deseó la protección de Dios, y entonces volé a África.
Los mismos hombres con los que había hablado me dijeron con mucha naturalidad que habían hecho correr la voz por las aldeas, y que habían encontrado un griot que sabía mucho del clan de los Kinte. Se llamaba Kebba Kanji Fofana. Yo estaba por desmayarme. ¿Dónde está? Me miraron de manera extraña. -Está en su aldea.
Descubrí que si quería ver a ese griot tendría que hacer algo que nunca había soñado hacer: organizar lo que me pareció en ese momento una especie de minisafari. Después de tres días de negociaciones y de una interminable palabrería, por fin logré alquilar una lancha para ir río arriba; alquilar un jeep para llevar provisiones para el viaje de ida y vuelta por tierra; contratar un total de catorce personas, incluyendo a tres intérpretes y cuatro músicos, pues me habían dicho que los viejos griots nunca hablaban sin música de fondo.
En la lancha Baddibu, que avanzaba vibrando por el ancho y rápido "Kamby Bolongo", me sentía delicado, incómodos forastero. ¿Me considerarían un excéntrico más? Por fin delante estaba la isla James; durante dos siglos había habido allí un fuerte por el que se peleaban Inglaterra y Francia, pues era un punto ventajoso en la trata de esclavos.

Preguntamos si podíamos desembarcar un momento, y recorrí las ruinas, aún protegidas por fantasmagóricos cañones. Imaginando las atrocidades que se habrían cometido allí, sentí furia al pensar en esa faceta de la historia del África negra. Sin suerte, traté de encontrar algún eslabón, un vestigio simbólico de alguna antigua cadena, pero saqué un trozo de argamasa y un ladrillo. Durante los minutos siguientes, antes de volver al Baddibu, recorrí con la vista ese río que mi antepasado había mencionado a su hija, muy lejos, del otro lado del Océano Atlántico, en el condado de Spotsylvania, Virginia. Luego continuamos viaje, y al llegar a una aldea llamada Albreda, desembarcamos. Nuestro destino ahora quedaba a pie: era la aldea pequeña de Juffure, donde me habían dicho que vivía el griot.

Hay una expresión llamada "experiencia pico": es aquella que ningún otro momento en la vida de uno llega a superar. Yo la tuve, ese día, al avistar el territorio del África Occidental negra.

Cuando llegamos cerca de Juffure, los niños que estaban jugando afuera dieron el alerta, y la gente salió en tropel de sus chozas. Es una aldea de unas sesenta personas. Como la mayoría de esas aldeas, está tal cual como hace doscientos años, con sus casas redondas de barro y sus techos cónicos de paja. Entre las personas había un hombre pequeño, con una túnica que había sido blanca, y un sombrero encasquetado sobre una cara de rasgos aguilenos. Tenía una aureola especial: era el hombre al que venía a ver y a oír.

Mis tres intérpretes se apartaron del grupo para rodearlo; los aldeanos, en su totalidad, se ubicaron a nuestro alrededor, en una especie de herradura, de tres o cuatro en fondo, y yo extendí los brazos hasta casi tocar los que estaban más cerca. Todos me miraban con fijeza. Me traspasaban con su mirada. Tenían el ceño fruncido por la intensidad de la mirada. Yo empecé a sentir una reacción visceral, una especie de agitación interna; intrigado, me preguntaba qué era esto... luego, al momento sentí como una oleada, y me di cuenta: ¡muchas veces en mi vida había estado entre multitudes, pero nunca en medio de una multitud donde todos eran negros como el carbón!

Emocionado, bajé los ojos, como solemos hacerlo cuando nos sentimos inseguros, inciertos, y me fijé en la piel de mis propias manos marrones. Esta vez, con mayor rapidez, y con mayor fuerza, sentí otra emoción gigantesca: yo era una especie de ser híbrido... me sentí impuro entre los puros; fue un sentimiento de terrible vergüenza. Entonces, abruptamente el viejo se alejó de los intérpretes. La gente también se fue, para situarse alrededor de él.

Uno de mis intérpretes se acercó y susurró en mi oído: -Lo miran tanto porque nunca han visto a un negro norteamericano. -Cuando comprendí, creo que eso me causó un impacto mayor que lo que había ocurrido realmente. No me habían estado mirando como a un individuo, sino que yo representaba ante sus ojos un símbolo de los veinticinco millones de negros que nunca habían visto, y que vivían allende el océano.

Las personas estaban apiñadas alrededor del viejo, y de vez en cuando me lanzaban miradas intermientes mientras hablaban animadamente en su lengua mandinga. Después de un rato, el viejo se volvió, caminó rápidamente entre la gente, pasó junto a mis tres intérpretes, y vino hacia mí. Mirándome con ojos penetrantes, como si creyera que yo entendía mandinga, expresó lo que ellos sentían con respecto a esos millones de nosotros, que nunca habían visto, y que vivían en los lugares que fueron destino de esos barcos de esclavos. La traducción fue la siguiente: Nuestros antepasados nos han dicho que hay muchos de nosotros, de este lugar, exiliados en ese lugar llamado América, y en otros lugares.

El viejo se sentó, frente a mí, y la gente rápidamente se reunió detrás de él. Luego empezó a recitar para mí la historia ancestral del clan de los Kinte, tal como había sido trasmitida oralmente, en el transcurso de los siglos, desde el tiempo de sus antepasados. No era una

conversación; parecía más bien que estaba desenrollando un pergamino. Para los aldeanos inmóviles y silenciosos, era evidentemente una ocasión formal. El griot hablaba, inclinado desde la cintura, con el cuerpo rígido, los tendones del cuello saltados, y las palabras parecían casi objetos físicos. Después de una oración o dos, parecía ponerse flaccido, se echaba hacia atrás, para oír la traducción del intérprete. De la cabeza del griot surgió un linaje increíblemente complejo del clan de los Kinte, que se remontaba a través de muchas generaciones: quién se casó con quién; quién tuvo cuáles hijos; con quiénes se casaron luego los hijos; luego su descendencia. Era realmente increíble. Me sorprendió no sólo la profusión de detalles, sino también el estilo bíblico de la narración, algo así: "... .y tal y tal tomó por esposa a tal y tal, y engendró... y engendró... y engendró...".- Luego nombraba la esposa del engendrado, y su numerosa prole, y así sucesivamente. Para fijar los hechos en el tiempo, el griot los relacionaba con acontecimientos, como "en el año de las grandes aguas" (una inundación), "mató a un búfalo del agua". Para determinar la fecha en el calendario, había que localizar la gran inundación.

Simplificando a sus puntos esenciales la saga enciclopédica que oí, el griot dijo que el clan de los Kinte se había originado en el país llamado Vieja Mali. Entonces los hombres Kinte eran tradicional mente herreros "que habían conquistado el fuego", y las mujeres hacían cerámica o tejidos. Con el tiempo, una rama del clan se traslado a Mauritania; fue desde Mauritania que un hijo de ese clan, cuyo nombre era Kairaba Kunta Linte, un morabito, u hombre santo en la fe musulmana, viajó hasta el país llamado Gambia. Primero fue a una aldea llamada Pkli N'Ding, permaneció allí un tiempo, luego fue a una aldea llamada Jiffarong, y finalmente a Juffure.

En Juffure, Kairaba Kunta Kinte se casó por primera vez con una doncella mandinga llamada Sireng. Con ella tuvo dos hijos, llamados Janneh y Saloum. Luego tomó una segunda esposa, llamada Yaisa. Con Yaisa tuvo un hijo llamado Omoro.

Estos tres hijos vivieron en Juffure hasta que se hicieron hombres. Entonces los dos mayores, Janneh y Saloum, se marcharon y fundaron una nueva aldea llamada Kinte-Kundah Janneh-Ya. El hijo menor, Omoro, se quedó en la aldea hasta cumplir las treinta lluvias (años) de edad, y entonces se casó con una doncella mandinga llamada Binta Kebba. Con ella, entre los años 1750 y 1760, Omoro Kunte engendró cuatro hijos, cuyos nombres eran, en orden de nacimiento: Kunta, Lamin, Suwadu y Madi.

El viejo griot había hablado durante casi dos horas hasta entonces, y tal vez cincuenta veces la narración había incluido algún detalle acerca de las personas nombradas. Ahora después de nombrar a esos cuatro hijos, agregó un detalle, y el intérprete tradujo:

"Para la época en que vinieron los soldados del rey (otra de las referencias del griot con respecto al tiempo), el mayor de los hijos, Kunta, se alejó de la aldea para cortar madera... y nunca volvió a ser visto...". Y el griot siguió con su narración.

Yo estaba sentado como si fuera de piedra. Parecía que se me hubiera congelado la sangre. Ese hombre, que había vivido toda la vida en su aldea africana, no tenía forma de enterarse que acababa de repetir lo que yo había oído durante toda mi niñez en el porche de entrada de la casa de mi abuela en Henning, Tennessee... acerca de un africano que repetía con insistencia que su nombre era "Kintay"; que a la guitarra llamaba ko, y a un río, en el estado de Virginia, "Kamby Bolongo"; y que había sido robado y hecho esclavo mientras estaba no muy lejos de su aldea, cortando madera, para hacer un tambor.

Logré sacar mi cuaderno del bolso. Sus primeras páginas contenían la historia de la abuela, que mostré a uno de mis intérpretes. Después de leer por un momento, claramente sorprendido, habló rápidamente y se lo mostró al viejo griot, que se puso todo agitado; se levantó, hablando a la gente, indicando mi cuaderno, en las manos del intérprete, y entonces todos se pusieron agitados.

No me acuerdo que nadie diera una orden, sólo me acuerdo que me di cuenta de que las setenta y tantas personas habían formado un anillo humano a mi alrededor, y se movían en dirección contraria a las agujas del reloj, cantando dulcemente, en voz alta, luego suave; con los cuerpos juntos, levantando las rodillas, levantando nubes de polvo rojizo...

La mujer que salió del círculo era igual a otras muchas que llevaban a sus hijos colgados de la espalda. Con el negrísimo rostro contorsionado, la mujer corrió hacia mí, golpeando la tierra con las plantas de los pies, y desprendiéndose el bebé, me lo entregó con rudeza, con un gesto que parecía decir "¡Tómelo!"... y yo lo tomé, acercándolo a mí. Luego ella me lo quitó, y entonces otra mujer hizo lo mismo con su hijo, y otra, y otra... hasta que debo haber abrazado por lo menos una docena de bebés. Recién un año después me enteré, por un profesor de la universidad de Harvard, el doctor Jerome Bruner, especialista en estos asuntos: "Usted no sabía que estaba participando en una de las ceremonias más antiguas de la humanidad, llamada "la imposición de las manos". A su manera, le estaban diciendo: "Por esta carne, que es la nuestra, nosotros somos usted, y usted es nosotros".

Más tarde los hombres de Juffure me llevaron a la mezquita hecha de bambú y paja, y oraron a mi alrededor en árabe. Recuerdo qué pensé, arrodillado como estaba: "Después de descubrir mis orígenes, no entiendo ni una palabra de lo que dicen". Más tarde me tradujeron lo esencial de la oración: "Alabado sea Alá por uno de nosotros, tanto tiempo perdido, que Alá nos ha devuelto".

Como habíamos venido por río, yo quería volver por tierra. Sentado al lado del joven y musculoso conductor mandinga, que dejaba atrás de nosotros una polvareda en el camino caliente, escabroso, lleno de pozos hacia Banjul, tuve de repente una percepción sorprendente: si cualquier negro estadounidense pudiera como yo, tener alguna pista ancestral, si pudiera saber quiénes fueron sus antepasados africanos, paternos o maternos, y dónde vivían cuando fueron capturados, entonces esas, pocas pistas podrían ayudarlo a localizar a algún viejo griot cuya crónica podría llegar a revelar el clan ancestral del negro estadounidense, tal vez hasta la aldea misma.

Mentalmente empecé a ver, como si fueran proyectadas en una pantalla, algunas descripciones que había leído sobre la manera en que habían sido condenados a la esclavitud, colectivamente, millones de nuestros antepasados. Muchos miles fueron secuestrados individualmente, como mi antepasado Kunta, pero los demás habían despertado en la mitad de la noche, tratando de huir de las aldeas invadidas, a -menudo incendiadas. Los sobrevivientes que capturaban eran encadenados por el cuello, formando una especie de procesión que a veces alcanzaba hasta una milla de largo. Imaginé los que morían, los que eran abandonados a su suerte cuando estaban demasiado débiles para continuar esa tortuosa marcha a la costa. Los que llegaban eran engrasados, afeitados, les revisaban todos los orificios, los marcaban con hierros candentes. Los vi bajo los latigazos, arrastrados hacia las balsas. Vi sus espasmos, sus alaridos, la tentativa de aferrarse con las uñas a la tierra de la orilla, mordiendo la arena en su deseperación por tocar por última vez el África que había sido su hogar. Vi cómo los empujaban, cómo les pegaban, cómo los arrastraban a las hediondas bodegas de los barcos, donde los encadenaban a las tablas, hacinándolos de tal manera que tenían que yacer de costado.

Tenía la mente llena de estas imágenes cuando nos aproximamos a otra aldea. Mirando hacia adelante, me di cuenta de que ya se habían enterado de lo sucedido en Juffure. El conductor disminuyó la marcha y pude ver a los habitantes de la aldea apiñados en el camino; saludaban con la mano en medio de una cacofonía de gritos. Me puse de pie en el jeep, devolviéndoles el saludo mientras se abrían con desgano para dejarnos pasar.

Supongo que habríamos recorrido un tercio de la extensión de la aldea cuando de repente me di cuenta de lo que gritaban: los viejos marchitos con sus túnicas, las madres y los

niños desnudos, negros como el alquitrán, me saludaban. Con expresión vivaz, radiantes, todos decían, a la vez: "¡Meester Kinte! ¡Meester Kinte!".
Debo decir una cosa: soy un hombre. Me nació un sollozo desde abajo, y fue subiendo, me llenó las manos, llegó a la cara, y me puse a llorar como no lo hacía desde que era niño. "¡Meester Kinte!". Era como si estuviera llorando por todas las increíbles atrocidades de la historia, los actos contra nuestros prójimos, que parecen ser la imperfección mayor de la humanidad...
En el viaje de vuelo de regreso, desde Dakar, decidí escribir un libro. La saga de mis antepasados sería, automáticamente, una saga simbólica de toda la gente descendiente de africanos, que son, sin excepción, las semillas de alguien como Kunta que nació y se crió en una aldea africana, que fue apresado y encadenado en uno de los barcos negreros que atravesaron el océano y que luego fue de plantación en plantación, luchando por la libertad.
En Nueva York me aguardaba una lista de llamadas telefónicas hechas durante mi ausencia. Entre ellas estaba el mensaje de que en un hospital de Kansas City, a los ochenta y tres años, había fallecido la prima Georgia. Mas tarde, calculando las horas, me di cuenta de que había muerto mientras yo entraba en Juffure. Creo que, como la última de las viejas señoras que contaban la historia en el porche de entrada de la casa de la abuela, había sido su misión hacerme ir a África. Después, se unió a las demás que me miraban.
En realidad, veo que desde mi niñez parte una sucesión de ocurrencias relacionadas, que ama vez unidas, son la causa de la existencia de este libro. La abuela y las demás me enseñaron la historia. Luego, por una serie de circunstancias, cuando trabajaba en la cocina de los barcos de la Fuerza de Guardamarinas, empecé el largo proceso de aprender a escribir, experimentando y cometiendo errores. Y debido a que llegué a amar el océano, mis primeros cuentos acerca de aventuras marítimas provinieron de amarillentos documentos depositados en los Archivos de la Fuerza de Guardamarinas. Era imposible adquirir una preparación mejor para hacer frente a los problemas de investigación que traería aparejados este libro.
La abuela y las demás señoras viejas siempre habían dicho que el barco del africano llegó a Annapolis. Era el puerto que queda en el estado de Maryland. Ahora decidí tratar de ver si podía descubrir qué barco había partido hacia Annapolis desde el río Gambia, con un cargamento humano entre el que se contaba el "africano" que insistía en llamarse "Kintay" después que su amo John Waller le había puesto el nombre de "Toby".
Necesitaba determinar una fecha para enfocar la investigación. Unos meses antes, en la aldea de Juffure, el griot había dicho que la captura de Kunta Kinte había tenido lugar "en el tiempo en que vinieron los soldados del Rey".
De regreso en Londres, después de diez días de búsqueda en documentos referentes a destinos de las unidades militares británicas en la década de 1760, encontré por fin que "los soldados del Rey" debían ser la unidad llamada "las fuerzas del coronel O'Hare". La unidad fue enviada desde Londres, en 1767, para proteger el fuerte de esclavos de James, en el río Gambia, entonces en manos de los ingleses. El griot había estado tan en lo cierto que me sentí avergonzado de haber tratado de comprobar sus palabras.
Fui a Lloyds de Londres. En la oficina del ejecutivo R. C. E. Landers, expliqué lo que estaba tratando de hacer. El se levantó de su escritorio y dijo: "-Jovencito, Lloyds de Londres le brindará toda la ayuda posible-. Fue una bendición, pues a través de Lloyds se abrieron todas las puertas que necesitaba para investigar los miles de antiguos documentos marítimos ingleses.
No recuerdo una experiencia más agotadora que mis primeras seis semanas de esfuerzos aparentemente inútiles e interminables. Pasaba los días enteros tratando de aislar un determinado barco de esclavos en un viaje determinado, en medio de ficheros y ficheros de miles de viajes triangulares hechos por los barcos negreros entre Inglaterra, África y

Estados Unidos. Además de mi frustración, empecé a ponerme furioso al darme cuenta de que el tráfico de esclavos, en su tiempo, era considerado por quienes participaban en él como una industria importante, como la compra, venta y transporte de ganado en pie actualmente. Había muchos documentos que nunca habían vuelto a ser abiertos después de ser guardados; al parecer nadie había sentido la necesidad de revisarlos.

No había encontrado ni un solo barco que hubiera zarpado para Annapolis desde Gambia, cuando, durante la séptima semana, a las dos y media de la tarde, me dediqué a estudiar la hoja número 1023 de registros. Era una ancha hoja rectangular y contenía las entradas y salidas de unos treinta barcos durante los años 1766 y 1767. Recorriendo la lista, llegué al barco número 18, y automáticamente leí los informes de las anotaciones.

El 5 de julio le 1767 (el año que "vinieron los soldados del rey") había zarpado un barco del río Gambia, con destino a Annapolis, llamado Lord Ligonier, cuyo capitán era Thomas E. Davies...

No sé por qué, pero mi reacción emotiva se demoró. Me acuerdo que escribí la información tranquilamente, guardé los documentos, y me fui. A la vuelta de la esquina había un pequeño salón de té. Entré y pedí una taza de té y un bollito. Ahí sentado, mientras sorbía la infusión y comía el bollito, recién capté la idea de que ése era el barco que había llevado a Kunta Kinte.

Todavía debo esa taza de té. Por teléfono, Pan American me aseguró el último asiento disponible ese día para Nueva York. No había tiempo para ir al hotel donde paraba. Dije a un conductor de taxi: -¡Al aeropuerto de Heathrow!

Esa noche en el avión no dormí. Veía el libro que estaba en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington. D. C., y que tenía que volver a conseguir. Tenía una cubierta marrón, y el título estaba escrito en letras más oscuras, también marrones: Shipping in the Port of Annapolis, por Vaughan W. Brown.

Desde Nueva York tomé el avión a Washington, luego un taxi hasta la Biblioteca del Congreso, pedí el libro, casi se lo arrebaté de la mano al joven que me lo trajo, y empecé a recorrer las páginas... ¡Allí estaba la confirmación! El Lord Ligonier había pasado Aduanas el 29 de septiembre de 1767.

Alquilé un auto y fui a toda velocidad a Annapolis, donde me dirigí al Registro de Maryland. Pedí a la archivista, señora Phebe Jacobsen, las copias de periódicos locales publicados durante la primera semana de octubre de 1767. Pronto me trajo un microfilm de la "Gaceta" de Maryland. En la máquina había llegado a la mitad del número del primero de octubre, cuando vi un aviso en esos caracteres antiguos: "RECIÉN IMPORTADOS, en el barco Lord Ligonier, capitán Davies, desde el río Gambia, en África, será vendido por los que suscriben en Annapolis, por efectivo o letras de cambio, el miércoles, 7 de octubre, un cargamento de ESCLAVOS SANOS DE PRIMERA. El mismo barco transportará tabaco a Londres, con licencia, a seis chelines la tonelada". El anuncio estaba firmado por John Rideout y Daniel de St. Thos. Jenifer.

El 29 de septiembre de 1967, sentí que no debía estar en ninguna otra parte del mundo que no fuera el muelle de Annapolis, y así fue. Habían pasado doscientos años desde el día del arribo del Lord Ligonier. Miré hacia el mar, a través de las aguas por las que había sido traído mi antepasado, y volví a llorar.

El documento de 1766-67 compilado en el Fuerte James, río Gambia, decía que el Lord Ligonier había zarpado con 140 esclavos en la bodega. ¿Cuántos habían sobrevivido? Volví al Registro de Maryland y busqué hasta encontrar el informe del cargamento a la llegada a Annapolis. He aquí el inventario: 3265 "dientes de elefantes", o como se llamaban entonces los colmillos; 3700 libras de cera de abeja; 800 libras de algodón en bruto, 32 onzas de oro de Gambia; y 98 negros". La pérdida de 42 africanos durante la travesía, es decir, alrededor de un tercio, era lo normal.

Me di cuenta de que la abuela, la tía Liz, la tía Plus y la prima Georgia también habían sido griots, a su manera. Mis apuntes contenían la historia centenaria de nuestro africano, vendido al amo John Waller, quien le habia dado el nombre de "Toby". Durante su cuarta tentativa por escapar, cuando fue arrinconado y había herido con una piedra a uno de los dos captores profesionales de esclavos, le habían cortado parte del pie. El hermano del amo John, el doctor William Waller le había salvado la vida; indignado por la mutilación, se lo había comprado a su hermano. Deseaba que hubiera algún documento de todo esto.

Fui a Richmond, Virginia. Leí montones de escrituras de venta, en microfilm, en el condado de Spotsylvania, Virginia, después de septiembre de 1767, la llegada del Lord Ligonier. Después de un tiempo, encontré una escritura fechada 5 de septiembre de 1768, en la que John Waller y su esposa Ann, transferían a William Waller tierra y propiedades, incluyendo 240 acres de tierra arable. En la segunda página, leí: "Y también un esclavo negro llamado Toby".

¡Dios mío!

Pasados doce años, desde que vi la piedra Roseta, he recorrido medio millón de millas, investigando, comprobando, volviendo a comprobar, descubriendo más y más datos acerca de las personas cuyas historias orales no sólo resultaron ser correctas, sino que concordaron a ambos lados del océano. Finalmente logré dejar de investigar para abocarme a la empresa de escribir el libro. Escribir la niñez y jueventud de Kunta Kinte me llevó muchísimo tiempo. Lo conocía tan bien, que me desesperaba el sólo pensar en su captura... Cuando empecé a escribir del cruce del barco de esclavos, que era la travesía de todos los barcos negreros, volé al África y me anoté en una lista de espera para conseguir pasaje en el primer barco de carga que partiera de cualquier puerto africano directamente a los Estados Unidos. Conseguí pasaje en el African Star, de las Líneas Farrell. Cuando ya navegábamos, expliqué lo que esperaba que me ayudaría a describir el cruce de mi antepasado. Después de la una, todas las noches, bajaba por diversas escaleras hasta la bodega, oscura y fría. Me quedaba en ropa interior, me acostaba de espaldas sobre una plancha dura de madera y permanecía allí toda la noche. Lo hice durante las diez noches de la travesía, tratando de imaginar lo que Kunta había visto, oído, sentido, olido, gustado, y sobre todo, lo que habría pensado. Mi travesía, naturalmente, era ridiculamente lujosa comparada con la ordalía espantosa que habrían sufrido Kunta Kinte, sus compañeros, y todos esos millones que yacieron encadenados, aterrorizados, acostados en su propia inmundicia durante ochenta o noventa días, después de los cuales les esperaban nuevos horrores físicos y psíquicos. De cualquier manera, por fin escribí el cruce del océano, desde la perspectiva del cargamento humano.

Finalmente, entretejí las siete generaciones que aparecen en este libro. Mientras escribía Raíces, he hablado muchas veces acerca de cómo surgió el libro, y es lógico que de vez en cuando alguien pregunte: "¿Cuánto del libro es realidad, y cuánto ficción?". Creo, según mis conocimientos y mis esfuerzos, que todo lo referido al linaje proviene de la historia oral, cuidadosamente preservada por mi familia y que he logrado corroborar en documentos. Esos documentos, y los innumerables detalles textuales de lo que eran los modos de vida, la historia cultural, etc., provienen de años de intensas investigaciones en más de cincuenta bibliotecas, archivos y otros depósitos de tres continentes.

Como yo no existía cuando ocurrió la mayor parte de mi historia, el diálogo y los incidentes son una amalgama novelada de lo que sé que tuvo lugar, y de lo que, según mis investigaciones, siento que tuvo lugar.

Pienso que no sólo me están "mirando" la abuela, la prima Georgia, y las otras señoras, sino también todos los demás: Kunta y Bell; Kizzy; el Gallito George y Matilda; Tom e Irene; el abuelo Wiil Palmer; Bertha; mamá, y ahora, el último en reunirse con ellos, papá...

Tenía ochenta y tres años. Cuando sus hijos"-George, Julius, Lois y yo- discutimos los arreglos para el funeral, algunos dijimos que la vida de papá había sido rica, de acuerdo con la manera en que él consideraba la riqueza. Además, había muerto rápidamente, sin sufrir, y conociendo a papá como lo conocíamos nosotros, decidimos que él no habría querido que lloráramos. Y convinimos en no llorar.

Yo estaba tan lleno de recuerdos que cuando el empleado de pompas fúnebres se refería al "difunto", me sorprendía al ver que quería decir mi padre. Poco antes del primer servicio que tuvo Jugar en Washington, D. C, en una capilla llena de amigos de la familia, mi hermano George dijo al reverendo Boyd, que estaba a cargo del servicio, que en un momento determinado nosotros los hijos queríamos compartir algunos recuerdos de papá con los amigos allí reunidos.

Así que, después de un breve servicio convencional, cantaron una canción favorita de papá. Luego George se puso de pie y se paró cerca del cajón abierto. Dijo que se acordaba vividamente que dondequiera papá enseñaba, en nuestro hogar siempre había por lo menos un joven, a cuyo padre agricultor, papá había convencido para que su hijo asistiera a la universidad. Cuando el padre protestaba que "no había dinero", papá siempre decía: "Vivirá con nosotros". Como resultado, George calculaba que en el Sur había alrededor de dieciocho empleados del Ministerio de Agricultura, directores de escuelas secundarias y maestros que orgullosamente se llamaban "los muchachos del profesor Haley".

George dijo que uno de los primeros recuerdos se remontaba a Alabama, cuando vivíamos allí; durante el desayuno, papá dijo: "Vengan, muchachos, hay un gran hombre que quiero que vean". De esa manera papá nos metió en el auto y manejó durante horas hasta llegar a Tuskegge, Alabama, donde visitamos el misterioso laboratorio del pequeño científico genial, el doctor George Washington Carver, quien nos habló de la necesidad de estudiar mucho y nos dio una flor a cada uno. George dijo que durante sus últimos años a papá le enojaba que no hiciéramos grandes reuniones de familia, como a él le habría gustado, y George pidió a los presentes que sintiéramos como que estábamos en una reunión en homenaje a nuestro padre, y con él.

Me puse de pie cuando George se sentó, y mirando a papá, dije a la gente que como era el mayor de todos los hijos, recordaba más cosas con respecto al caballero que allí yacía. Por ejemplo, mi primera impresión de amor, cuando niño, se debía al momento en que vi a papá y a mamá mirándose por encima del piano, mientras mamá tocaba una pequeña introducción y papá estaba a punto de cantar en nuestra iglesia. Otro recuerdo temprano era que yo siempre conseguía una moneda de papá, a pesar de los tiempos difíciles. Todo lo que tenía que hacer era lograr verlo a solas, y hacer que me contara acerca de su división de infantería la 366, y la batalla del bosque de Meuse Argonne. -¡Éramos feroces, muchacho! -exclamaba papá. Para cuando me daba la moneda, era evidente que si las cosas se llegaban a poner difíciles para el general Blackjack Pershing, este volvería a enviar a un correo para llamar al sargento Simón A. Haley. (N9 2816106), de Savannah, Tennessee, e inmediatamente los espías alemanes, que acechaban en todas partes, transmitirían la noticia al alto comando, atemorizando hasta el mismo kaiser.

Pero a mí me parecía, dije a los presentes, que después del encuentro de papá con mamá, en la universidad de Lane, el siguiente encuentro decisivo para todos nosotros había tenido lugar cuando fue a seguir su carrera en la universidad tecnológica de Greensboro, Carolina del Norte, y estuvo a punto de dejar y volver a trabajar en el campo. "Porque, muchachos, con cuatro empleos, no tenía tiempo de estudiar". Antes de abandonar, le avisaron que lo habían aceptado como guarda en los trenes durante el verano. En un tren nocturno de Búffalo a Pittsburgh, alrededor de las dos de la madrugada, sintió que lo llamaban. Era un hombre blanco, que no podía dormir. Él y su esposa querían un vaso de leche tibia. Papá les llevó la leche y quiso retirarse, "pero el hombre tenía ganas de conversar, y se mostró

sorprendido de que yo estuviera en la universidad. Me hizo muchas preguntas, y luego me dio una buena propina al llegar a Pittsburgh".

Después de ahorrar hasta el último centavo, cuando papá volvió a la universidad, en septiembre de 1916, el rector le mostró una carta que había recibido del hombre del tren - un ejecutivo, retirado, de la editorial Curtis, llamado R. S. M. Boyce- que había escrito preguntando cuál era el costo de los estudios durante un año, todo incluido, y luego había mandado el cheque. "Era por $ 503.15, con enseñanza, alojamiento, comida y libros incluidos", decía papá y por sus calificaciones ganó una beca para hacer estudios de postgrado en la universidad de Cornell, destinada, desde ese año, al mejor estudiante de agricultura de las universidades negras.

Y así fue, dije a la gente, cómo nuestro padre logró su licenciatura en Cornell, y luego llegó a ser profesor, para que nosotros, sus hijos, pudiéramos crecer en medio de influencias positivas, que sumadas a las ventajas recibidas del lado materno, habían permitido que estuviéramos despidiendo a papá: yo, un escritor; George, director asistente de la Agencia de Informaciones de los Estados Unidos; Julius, arquitecto de la Armada de los Estados Unidos, y Lois, profesora de música.

Trasladamos el cuerpo de papá por avión a Arkansas, donde tuvo lugar una segunda ceremonia, a la que asistieron sus amigos de la universidad de Pine Bluff y de la zona, donde, como decano de la facultad de agricultura, papá había completado un total de cuarenta años dedicados a la enseñanza. Como él hubiera querido, atravesamos la universidad y recorrimos dos veces el camino hasta la calle cerca del edificio de agricultura, llamada "S. A. Haley", en su honor, al retirarse.

Una vez finalizado el servicio en Pine Bluff, llevamos a papá al lugar en que nos había dicho que quería descansar: en el Cementerio de Veteranos de Little Rock. Siguiendo el féretro hasta la sección 16, nos quedamos hasta que bajaron a papá a la tumba N' 1429. Entonces nosotros, sus hijos, miembros de la séptima generación, desde Kunta Kinte, nos alejamos rápidamente escondiendo la cara los unos de los otros, pues habíamos jurado no llorar.

Así, papá se ha reunido con los otros. Siento que me miran y me guían, y siento también que, como yo, esperan que esta historia de nuestra gente logre mitigar el hecho de que, por lo general, la historia haya sido escrita por los que triunfaron.

Fin